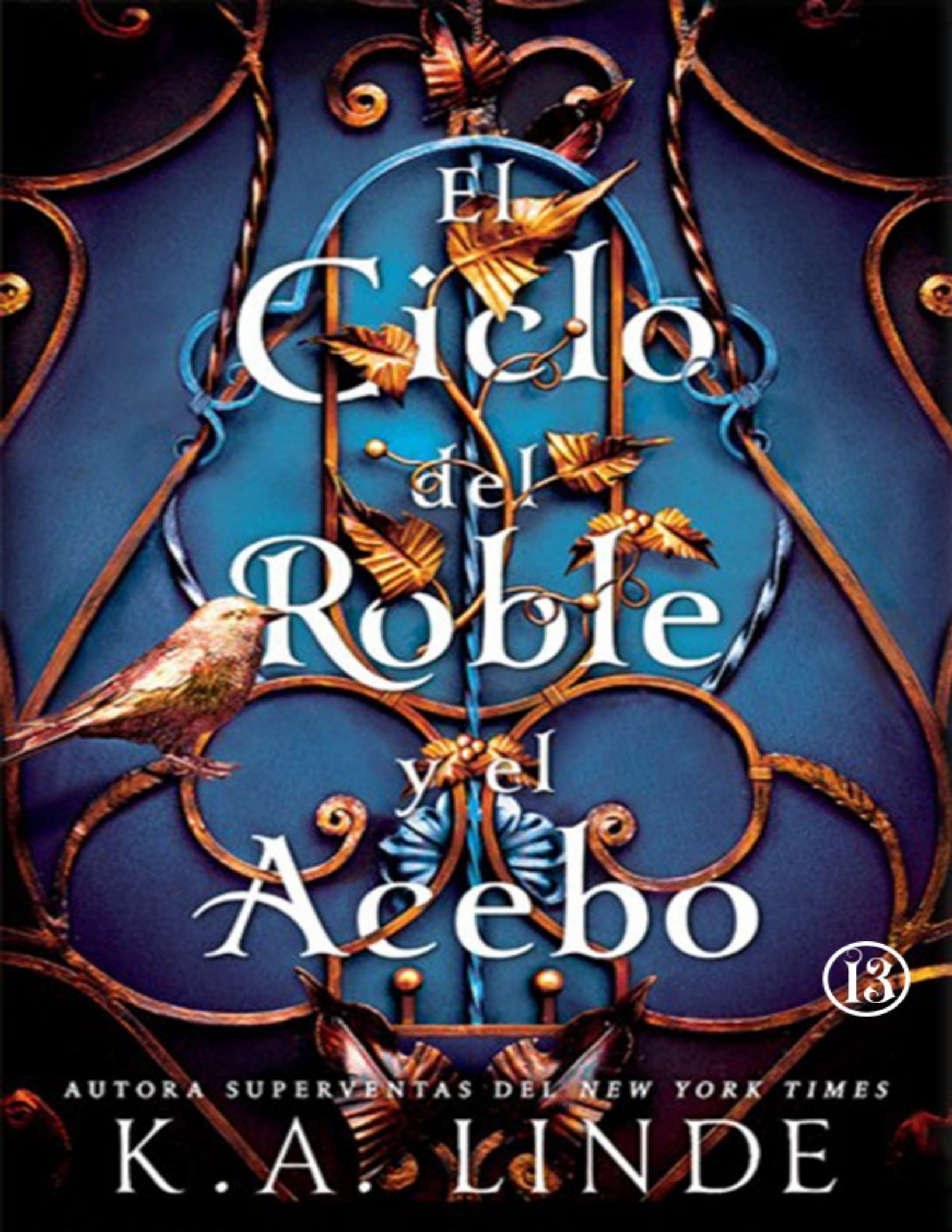

El Ciclo del Roble y el Acebo
13
AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES
K.A. LINDE

¿Sabes qué se esconde en la oscuridad?

Los monstruos son reales: vivían ocultos entre los humanos, pero hace trece años su existencia salió a la luz. La lucha entre vampiros, hombres lobo, brujas, y el resto de criaturas por el control fue muy sangrienta, hasta que alcanzaron una tregua.

Pero, al entrar en una asombrosa mansión de Nueva York, Kierse, una joven ladrona, acaba de romper la tregua sin saberlo. Si no quiere que los monstruos reinicien la guerra, deberá robar algo muy especial para el misterioso dueño de la mansión, un poderoso monstruo, a la vez irresistible y aterrador, que lleva siglos jugando a un peligroso juego…

K. A. Linde

El Ciclo del Roble y el Acebo



Título original: *The Wren in the Holly Library*
K. A. Linde, 2024
Traducción: Patricia Henríquez, 2024

Revisión: 1.0

27/09/2020

Para las que se quedaron prendadas de la biblioteca
antes que de la bestia.

NOTA DE LA AUTORA

Durante mi día favorito en Irlanda, no paró de llover.

Esto no debería sorprenderle a nadie. A mí no me sorprendió.

Me arrebujé bajo un chubasquero morado junto a mi madre y recorrimos los adoquines grises desde el campanario de una iglesia hasta un reluciente castillo, pasando por la antigua biblioteca de una escuela. Habíamos viajado a Dublín para seguir el rastro de nuestras raíces irlandesas y esa era nuestra primera parada antes de acudir a una firma de libros en París. No tardé en ponerme a tomar notas con frenesí en mi móvil desde cada nueva ubicación.

Unas notas que acabarían suponiendo el nacimiento de este libro.

Escribí sobre el corazón de Laurence O'Toole, que había sido guardado dentro de una caja de metal y luego había sido robado de la Catedral de la Santísima Trinidad. Sobre la inmensa biblioteca del Trinity College, que albergaba un libro tan antiguo que debía conservarse detrás de un cristal. Sobre los árboles de las hadas de Irlanda, tan sagrados que las carreteras debían construirse en torno a ellos.

Todo comenzó con una ladrona, una biblioteca y un monstruo que buscaba tesoros antiguos.

Pero no terminó ahí.

Cuando regresé a casa, los mitos, las leyendas y los cuentos de hadas enseguida me absorbieron. Me adentré en un reino de magia donde los druidas caminaban entre nosotros, donde unos seres primordiales controlaban el cambio de estación y en la batalla se usaban armas legendarias.

Mientras recorría las calles de la ciudad de Nueva York, supe que quería tomar toda esa magia y moldearla, aportarle profundidad e incorporarla en un nuevo tipo de historia.

Una en la que la biblioteca siempre estuviese abierta.

Y la oscuridad acechase en cada rincón.

Así que tomad asiento. Dejaos llevar por esa acogedora sensación. Permitid que el gato negro que tenéis al lado sisee levemente. Hay cientos de libros, miles de libros, más libros de los que seréis capaces de leer. La hiedra verde crece bajo la luz tenue.

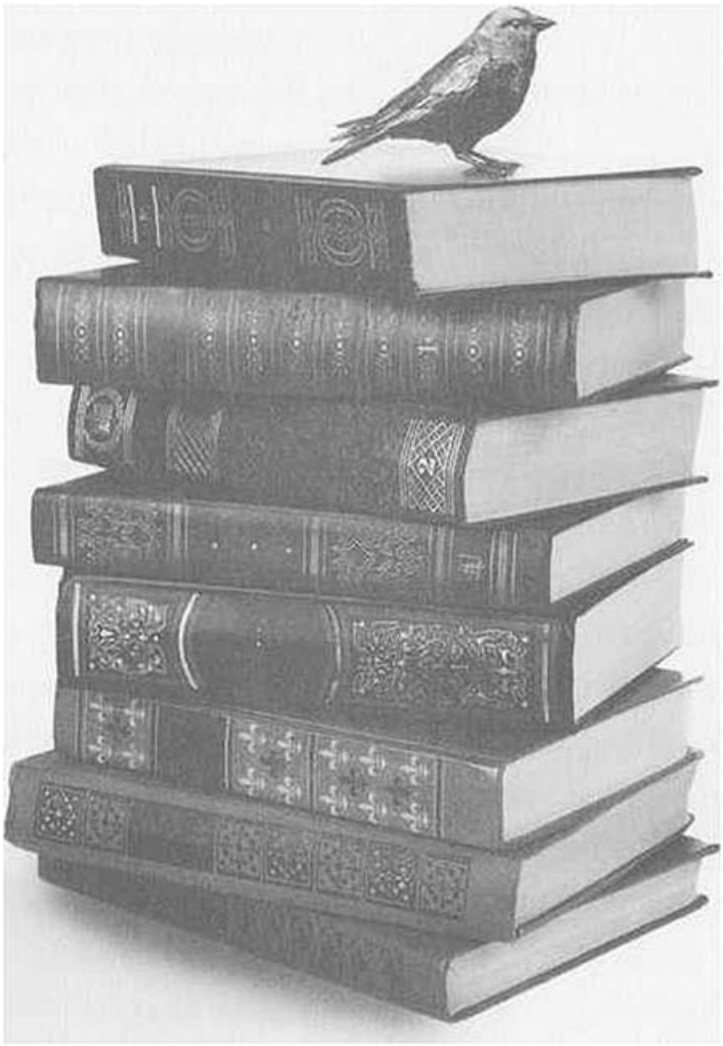
Ahora permitidme que os cuente una historia… de monstruos, magia y ladronzuelas.

El ciclo del roble y el acebo es una historia de monstruos, misterio y romance. Sin embargo, la narración incluye elementos que pueden no ser apropiados para todos los lectores. Contiene escenas de lucha, violencia, sexo, drogas, consumo de alcohol, trabajos sexuales y violencia de bandas.

También trata otros temas como el abuso, el genocidio y la colonización. Es importante que los lectores sensibles a estos asuntos lo tengan en cuenta. Y, ahora, servíos una taza de té y adentraos en la Biblioteca de Acebo…

PARTE I

LA BIBLIOTECA DE ACEBO





CAPÍTULO 1

«Es ahora o nunca».

Kierse se agachó todo lo que pudo y pegó la espalda contra la piedra en la oscuridad.

Al otro lado de la calle se hallaba el mayor edificio de piedra rojiza del Upper West Side que había visto nunca. Cada detalle de la casa victoriana parecía original, desde las barandillas de hierro forjado hasta los arbustos de acebo que se encontraban alineados en el camino de entrada y que se enredaban en los balcones del piso superior. Incluso la intrincada aldaba de la puerta y los apliques de bronce tenían pinta de ser originales.

Kierse controló su respiración y enfiló hacia allí, atravesando el desastre marrón pastoso que era la ciudad de Nueva York después de una nevada. Volvían a caer copos, lo que la ayudó a ocultar las huellas de sus pisadas antes de asomarse por la ventana del primer piso hacia un gigantesco estudio sumido en las sombras. No había nada fuera de lugar…, como si todo aquello hubiera sido escenificado. Un único resquicio de luz se colaba por debajo de la rendija de la puerta.

Su misión era simple: robar un anillo de diamantes y que le pagaran por ello.

—Por favor, intenta tener cuidado. —La voz de Ethan resonaba en el pinganillo, conectado a

la radio que llevaba en la cadera. Un teléfono móvil hubiese sido una mejor opción, pero nunca había podido permitirse uno.

A la joven se le extendió una sonrisa por el rostro.

—Siempre tengo cuidado.

—¿Desde cuándo?

«Nunca». Levantó la mirada hacia Ethan, que se hallaba en una azotea cercana, desde donde la vigilaba a través de unos prismáticos. Kierse le dedicó un corte de mangas y se puso manos a la obra. Sacó una serie de herramientas, trasteó con la cerradura de la ventana y la abrió sin hacer ruido. Ya había investigado el inexistente sistema de seguridad del lugar en una de sus primeras misiones de reconocimiento. Seguía sin entender por qué no había ninguna alarma ni trampa. Examinó su entorno y después se coló en el estudio, tras lo cual cerró la ventana tras de sí.

Esa era la parte que había trazado en su mente. Tras haber dibujado un plano del interior de la casa, había repasado su plan una y otra vez. Estaba preparada, aunque a esas alturas había allanado suficientes lugares como para saber que nada salía nunca según lo previsto. Su benefactor, Gregory Amberdash, le había proporcionado toda la información con la que contaba, la cual no era mucha. El anillo se hallaba dentro de una caja fuerte en la biblioteca. Parecía un sitio extraño para guardar una joya con un diamante del tamaño de un huevo de petirrojo. Pero ¿qué sabría ella sobre lo que hacían los ricos? Ese tío ni siquiera tenía instalado un sistema de seguridad. Probablemente a él le pareciera que una biblioteca era un lugar de lo más normal para guardar algo así.

Kierse se preparó para la que podría ser la primera señal de problemas, pero todo estaba tal y como se suponía que debía estar. Rodeó un escritorio de caoba con una lámpara dorada y un elegante tapizado en cuero negro, un par de sillones y el silencioso reloj de cuco que indicaba que era casi medianoche. Tras dejar escapar un suspiro, abrió la puerta con cautela y se asomó al pasillo iluminado por una luz suave. Lo recorrió con la mirada y reconoció el salón al final, que hasta ahora solo había podido ver a través de los prismáticos, la gran escalera que quedaba a su derecha, los suelos de madera pulida y el interior exuberante y asquerosamente opulento. Intentó no hacer ruido al caminar y se arrastró por el parqué hasta que llegó a la cerradura de la puerta principal.

Primera regla de un robo: tener siempre una estrategia de huida.

—Por ahora vamos bien —le susurró a Ethan, plantada en mitad de la casa vacía.

—¿Algún monstruo? —inquirió él.

Kierse negó con la cabeza a pesar de ser consciente de que no podía verla.

—Aún no.

La investigación que había llevado a cabo Ethan sobre el dueño de la casa había sido infructuosa. Resultaba evidente que John Smith era un nombre falso, y estaba vinculado con un negocio que no existía. La casa era enorme y contaba con dos empleados fijos que se presentaban allí todos los días sin falta. Sin embargo, no habían visto ni una sola vez al dueño. En su profesión, eso solo podía significar dos cosas: que se trataba de un humano acaudalado que estaba fuera de la ciudad o de un monstruo.

Un monstruo supondría un gran problema. Si pillaban a Kierse en casa de uno de ellos, la someterían al Tratado de los Monstruos igual que al resto. Y las consecuencias de quebrantar el Tratado solían ser fatales. Eso significaba que no podía dejar que la pillaran. Cruzó los dedos por

que se tratara de un multimillonario que hubiera salido de la ciudad.

—Mantenme informado —le pidió Ethan—. Si te pasara algo, Gen me mataría.

—Gen me conoce lo bastante como para saber que no me va a pasar nada.

Kierse sentía el latido de su corazón en los oídos, y la adrenalina le recorría las venas mientras se movía por la casa vacía. Una sonrisa le iluminó el rostro. No era el momento de sonreír. En numerosas ocasiones le habían advertido que aquello no debería divertirla tanto. Colarse en sitios, robar y, sobre todo, salir impune.

Su sonrisa maliciosa se ensanchó aún más mientras subía a toda prisa la escalera y se detenía ante unas gigantescas puertas de madera. En un letrero de bronce que colgaba sobre el umbral se leía: La Biblioteca de Acebo. En el marco había grabadas unas intrincadas espirales y remolinos. Kierse pudo distinguir hojas de acebo y bayas en su diseño. Entonces, a medida que lo observaba, algo pareció cambiar. Era como si se tratase de un lenguaje familiar que despertara en el fondo de su memoria, pese a no haber visto nunca nada parecido. Sacudió la cabeza para librarse de su embrujo y alargó la mano hacia el frío pomo de hierro. Esperaba encontrárselo cerrado. No obstante, para su sorpresa, el picaporte giró.

Puso los ojos en blanco. Ni alarmas ni cerraduras. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Encontrarse las joyas expuestas en unas vitrinas?

Aun así, abrió la puerta solo lo justo para poder introducirse en ese lugar de secretos.

Se le pusieron los ojos como platos. De pronto, el letrero sobre la puerta pasó a adquirir mucho sentido. Unas enredaderas de acebo recorrían los estantes y la parte superior de la madera de la biblioteca privada más grande que había visto en su vida. Esas plantas deberían haber supuesto un riesgo para la colección, pero ninguno de los libros parecía estar dañado. Todos se encontraban excepcionalmente bien conservados. Sin embargo, la verdadera belleza de lo que tenía delante era que cada una de esas estanterías, que eran cientos, estaba a rebosar de libros, colocados uno tras otro. Hileras infinitas que albergaban desde volúmenes antiguos encuadernados en piel hasta libros de tapa dura completamente nuevos con sobrecubiertas sin rastro de polvo.

Lo que más le apetecía a Kierse era sacarlos de los estantes para olerlos. Abrir los libros y devorar su contenido. Quería experimentar y empaparse de un mundo distinto. Anhelaba algo, cualquier otra cosa que no fuera su propia y horrible realidad. Fácilmente podría pasarse la vida entera en esa habitación y no llegar a leer nunca todos esos volúmenes. Pero no tenía tiempo. Solo contaba con un par de minutos para encontrar el anillo de diamantes y salir pitando de allí.

Entornó la mirada hacia la gran ventana que se encontraba entre las estanterías en el otro extremo de la gigantesca biblioteca. Pasó junto a una acogedora zona de estar con una mesa, un sofá y un par de sillones que había en el centro de la estancia, hasta que llegó a la ventana y abrió el pestillo. Las salidas eran siempre una prioridad.

—Ya estoy en la biblioteca —le dijo a Ethan—. ¿Alguna novedad ahí fuera?

—Todo despejado. Date prisa.

Kierse puso los ojos en blanco. Cómo no, Ethan, que estaba sentado cómodamente ahí fuera, tenía que ser el que le metiera prisa. La joven se puso a buscar la caja fuerte. Amberdash había afirmado que se encontraba oculta en el interior de una estantería en el lado izquierdo de la estancia. Kierse acababa de caer en la cuenta de lo poco que le servía aquella descripción en un lugar de esas dimensiones. Pasó junto a las estanterías, echando un vistazo a sus recovecos y

apartando las enredaderas para comprobar si allí había una caja de seguridad escondida. La búsqueda comenzaba ya a frustrarla cuando echó hacia un lado una rama de acebo y se encontró con la caja fuerte sobre un estante a la altura de sus ojos. Frunció el ceño ante esa caja tan inocua.

—Gen me conoce lo bastante como para saber que no me va a pasar nada.

Kierse sentía el latido de su corazón en los oídos, y la adrenalina le recorría las venas mientras se movía por la casa vacía. Una sonrisa le iluminó el rostro. No era el momento de sonreír. En numerosas ocasiones le habían advertido que aquello no debería divertirla tanto. Colarse en sitios, robar y, sobre todo, salir impune.

Su sonrisa maliciosa se ensanchó aún más mientras subía a toda prisa la escalera y se detenía ante unas gigantescas puertas de madera. En un letrero de bronce que colgaba sobre el umbral se leía: La Biblioteca de Acebo. En el marco había grabadas unas intrincadas espirales y remolinos. Kierse pudo distinguir hojas de acebo y bayas en su diseño. Entonces, a medida que lo observaba, algo pareció cambiar. Era como si se tratase de un lenguaje familiar que despertara en el fondo de su memoria, pese a no haber visto nunca nada parecido. Sacudió la cabeza para librarse de su embrujo y alargó la mano hacia el frío pomo de hierro. Esperaba encontrárselo cerrado. No obstante, para su sorpresa, el picaporte giró.

Puso los ojos en blanco. Ni alarmas ni cerraduras. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Encontrarse las joyas expuestas en unas vitrinas?

Aun así, abrió la puerta solo lo justo para poder introducirse en ese lugar de secretos.

Se le pusieron los ojos como platos. De pronto, el letrero sobre la puerta pasó a adquirir mucho sentido. Unas enredaderas de acebo recorrían los estantes y la parte superior de la madera de la biblioteca privada más grande que había visto en su vida. Esas plantas deberían haber supuesto un riesgo para la colección, pero ninguno de los libros parecía estar dañado. Todos se encontraban excepcionalmente bien conservados. Sin embargo, la verdadera belleza de lo que tenía delante era que cada una de esas estanterías, que eran cientos, estaba a rebosar de libros, colocados uno tras otro. Hileras infinitas que albergaban desde volúmenes antiguos encuadernados en piel hasta libros de tapa dura completamente nuevos con sobrecubiertas sin rastro de polvo.

Lo que más le apetecía a Kierse era sacarlos de los estantes para olerlos. Abrir los libros y devorar su contenido. Quería experimentar y empaparse de un mundo distinto. Anhelaba algo, cualquier otra cosa que no fuera su propia y horrible realidad. Fácilmente podría pasarse la vida entera en esa habitación y no llegar a leer nunca todos esos volúmenes. Pero no tenía tiempo. Solo contaba con un par de minutos para encontrar el anillo de diamantes y salir pitando de allí.

Entornó la mirada hacia la gran ventana que se encontraba entre las estanterías en el otro extremo de la gigantesca biblioteca. Pasó junto a una acogedora zona de estar con una mesa, un sofá y un par de sillones que había en el centro de la estancia, hasta que llegó a la ventana y abrió el pestillo. Las salidas eran siempre una prioridad.

—Ya estoy en la biblioteca —le dijo a Ethan—. ¿Alguna novedad ahí fuera?

—Todo despejado. Date prisa.

Kierse puso los ojos en blanco. Cómo no, Ethan, que estaba sentado cómodamente ahí fuera, tenía que ser el que le metiera prisa. La joven se puso a buscar la caja fuerte. Amberdash había afirmado que se encontraba oculta en el interior de una estantería en el lado izquierdo de la estancia. Kierse acababa de caer en la cuenta de lo poco que le servía aquella descripción en un

lugar de esas dimensiones. Pasó junto a las estanterías, echando un vistazo a sus recovecos y apartando las enredaderas para comprobar si allí había una caja de seguridad escondida. La búsqueda comenzaba ya a frustrarla cuando echó hacia un lado una rama de acebo y se encontró con la caja fuerte sobre un estante a la altura de sus ojos. Frunció el ceño ante esa caja tan inocua.

—¿Qué cojones? —susurró hacia el silencio.

Era una simple caja con un orificio para una llave diminuta. Solo contaba con una cerradura de doble paletón. Se trataba de uno de esos maletines ignífugos que cualquiera podía tener en su casa para almacenar documentos. Era demasiado sencillo. Casi insultante. Debía de tener truco. ¿Quién iba a guardar un enorme anillo de diamantes en una caja de seguridad con una cerradura que hasta un niño podría abrir?

De repente, sintió como si le corriera hielo por las venas. Algo iba mal. Muchos otros trabajos se le habían torcido, pero la punzada de nervios que hizo que se le erizara el vello de la nuca no era normal. Para disipar esa sensación, llevó una mano al reyezuelo plateado que tenía colgado alrededor del cuello en un cordón de seda negro. Al fin y al cabo, daba igual cuál fuera el motivo de que ese trabajo fuese tan sencillo.

Sacó las herramientas de su bolsillo y frotó suavemente un pedazo de goma contra la caja fuerte. En el pasado, había forzado una que había sido manipulada previamente con electricidad. No había sido agradable. Pero esta vez no sucedió nada. Ni siquiera se produjo un chisporroteo.

Intentó calmar los nervios antes de introducir sus herramientas en la cerradura y trastear con los dos paletones del interior hasta lograr abrirla. Era capaz de hacer aquello desde que había cumplido los siete años. Solo tardó unos segundos en forzar el cierre. El maletín se abrió sin emitir ningún sonido, dejando a la vista el contenido de su interior: un fajo de papeles doblados, una extraña moneda de plata con un grabado, un pedazo de metal negro, lo que parecía ser una uña humana y el gigantesco anillo de diamantes.

Bueno, al menos Amberdash no le había mentido. Allí estaba. Kierse se guardó el anillo en el bolsillo y se quedó contemplando el resto del contenido. Menuda mezcolanza. Cerró la tapa, volvió a colocar con cuidado la caja en su sitio para que pareciera intacta y dejó caer de nuevo la enredadera de acebo sobre ella. Al enderezarse, se echó a temblar. Aquella biblioteca le daba mal rollo. Había algo raro en ese lugar, aunque no sabía decir el qué.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz fría y oscura desde las sombras—. ¿Qué tenemos aquí?

Kierse se quedó petrificada, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Mierda. Se había equivocado. Sí que había alguien en casa.

Y, en ese instante, ella no era más que una presa que había caído en la trampa de un depredador. Lo percibía en el sonido de la voz del recién llegado. Fue ese modo de hablar, con tanta precisión, lo que la puso nerviosa. Tenía un ligero acento británico. Su voz, suave como la seda y carente de toda emoción, era pura y desmesuradamente masculina. En cada sílaba desprendía un poder oscuro y voraz.

En lugar de conservar su habitual tranquilidad y su calculadora calma, Kierse sintió cómo el pánico provocaba que se le encogiera el pecho. Tenía que recomponerse y dejarse llevar por esos instintos que tan cuidadosamente había perfeccionado. Sin ellos, estaba muerta. No le quedaba otra alternativa.

El recién llegado dio un paso hacia la luz, con el cuerpo enmarcado contra las puertas cerradas de la biblioteca. Su pálido rostro estaba formado por ángulos afilados, duras facciones y sombras

oscuras. Sus pómulos eran altos y parecían estar tallados en mármol, mientras que sus ojos estaban cuidadosamente envueltos en la penumbra. Tenía el cabello tan oscuro como el carbón, tan negro que casi se fundía con el entorno.

Kierse respiró lenta y profundamente, echando su peso hacia la parte delantera de los pies. Estaba más cerca de la ventana que él, y le rezaba a cualquier dios que pudiera oírla para ser capaz de llegar hasta allí antes que ese hombre. Era el momento de poner en práctica la segunda regla de un robo: echar a correr.

Cruzó a toda prisa la biblioteca. Antes, le había parecido que la ventana estaba a unos cuantos pasos de distancia, pero ahora le daba la sensación de que se encontraba lejísimos. Sin embargo, a medida que comenzaba a sentir el subidón de adrenalina y su sangre corría cada vez más rápido por sus venas, todo lo demás se fue ralentizando hasta convertirse en una imagen nítida y clara, como a cámara lenta. Kierse era rápida, se movía a la velocidad del rayo gracias a horas y horas de entrenamiento. No obstante, esto era algo distinto. Algo que, cuando entrenaban juntos, Ethan siempre le decía que era una ventaja injusta. Esa habilidad la había sacado de muchos apuros.

Kierse se concentró en llegar hasta la ventana que antes había dejado abierta. Metió los dedos enguantados por debajo y tiró de ella hacia arriba. Los engranajes bien engrasados no emitieron ningún sonido. La joven miró hacia abajo, a la caída de dos pisos hacia el hormigón, con un creciente temor. Había estado metida en situaciones peores, pero no era algo de lo que disfrutase.

Mientras se subía al alféizar, apretó los dientes. La altura era vertiginosa. Recordó las sesiones de entrenamiento con su antiguo mentor, cuando este había intentado acabar con su miedo irracional a las alturas. No era un rasgo muy atractivo para una aspirante a ladrona experta.

Jason la había hecho recorrer cada rascacielos de la ciudad.

La había hecho saltar entre azoteas.

La había empujado desde lo alto de algunas.

No era lo peor que le había hecho, pero recordarlo le hacía volver a sentir la misma rabia justificada de entonces.

En ese momento, y solo en ese momento, Kierse le estuvo agradecida a Jason por haberla ayudado a que esa caída no la paralizase por completo. Y, tras una exhalación, se dejó caer.

Quedó ingrávida en el aire. Estaba cayendo, y se preparó para el aterrizaje. Era una putada caer sobre el hormigón. Justo el año pasado se había torcido la rodilla por haber calculado mal una caída y se había pasado semanas cojeando. No podía permitirse cometer el mismo error esa noche.

Acababa de dejar atrás el alféizar y la gravedad tiraba de ella hacia abajo con premura justo cuando una mano apareció desde arriba y la agarró del brazo. Kierse escuchó cómo se le dislocaba el hombro y profirió un grito. Solía enorgullecerse de su estoicismo, pero aquello había sucedido sin previo aviso. Había sido inesperado. Nadie, ningún humano, podía moverse tan rápido como lo había hecho él. Era imposible.

La ladrona colgaba indefensa bajo su agarre, apretando los dientes para contener el dolor. A su pesar, el desconocido tiró de ella para subirla de nuevo por la ventana. Y, lo que era aún peor, ese hombre había empleado tan solo un brazo para levantarla. Una vez que Kierse hubo cruzado el alféizar, él la lanzó al otro extremo de la habitación. La joven se tambaleó y tropezó con la alfombra. Perdió el pinganillo de la oreja por el camino, que desapareció hacia las profundidades de la biblioteca, después de que la radio acabase aplastada bajo el peso de su cadera. Ya no podría

llamar a Ethan para que la sacara del apuro. Justo entonces, chocó con brusquedad y de frente contra el respaldo del sofá de la zona de estar en el centro, con tanta fuerza que vio las estrellas. Reprimió un gemido. Se le soltó el cabello oscuro, que hasta entonces había llevado recogido, y le cayó sobre el rostro. Echó la cabeza hacia atrás para apartárselo, pero tuvo que cerrar los ojos a causa del dolor.

Joder. Eso no debería haber pasado. Todo se había ido a la mierda tan rápido que era ahora cuando su cuerpo comenzaba a procesar la realidad, sintiendo cada golpe y moratón.

Cuánta fuerza. Cuánta brutalidad.

En su mundo, eso solo significaba una cosa. Algo horrible: un monstruo.

No, esa noche no se lo iban a poner fácil. Ni mucho menos.

En ocasiones, le resultaba inconcebible aceptar que vivía en un mundo con monstruos. De niña, cuando había tenido que vivir en las calles del sur de Manhattan, esos seres no habían sido más que historias de miedo antes de dormir. Los hombres eran monstruos más que suficientes para ella.

Ahora, todas las historias eran ciertas.

Hacía trece años, los monstruos habían salido a la luz, tan veloces, furiosos y brutales como los pintaban en las historias. De pronto, monstruos y humanos se vieron obligados a convivir. Todo se volvió tan sangriento como cabía esperar, y el mundo se desmoronó prácticamente de la noche a la mañana.

Por las calles deambulaban todo tipo de bestias que mataban humanos a discreción. Los monstruos habían destruido gran parte de las ciudades. Los lugares seguros escaseaban. Y la comida todavía más. La policía, los bomberos, los sanitarios… Parecía imposible lidiar con todo aquello. Los humanos habían abandonado las ciudades en masa. Se habían dirigido hacia viejos búnkeres o habían probado con la vida rural. Pero los monstruos no se limitaron a quedarse en Manhattan, y el mundo no tardó en comenzar a verse reducido. Los padres de Kierse habían muerto mucho antes de que aparecieran los monstruos, y ella había sobrevivido gracias a que se había congraciado con el gremio de los ladrones al que pertenecía su antiguo mentor, Jason. La población había acabado diezmada entonces y, si no hubiese sido por el Tratado de los Monstruos, no hubiera quedado nadie vivo en la actualidad.

Y Kierse acababa de quebrantar el Tratado.

—Bravo —declaró el hombre en un tono desafiante.

Dio dos palmadas, lentas y condescendientes. Ni siquiera se molestó en cerrar la ventana o asegurarla. La dejó abierta al gélido aire de la noche y caminó hacia delante de forma natural y segura.

—Menudo plan de huida más osado.

Kierse se puso a cuatro patas. Sintió el hombro dislocado. La cabeza le dio vueltas. Seguramente había sufrido una contusión. Gen y Ethan iban a cabrearse mucho. La joven se apoyó en el sofá para poder ponerse en pie a duras penas. Se tambaleó ligeramente y la sangre comenzó a caerle desde la nariz. Esperaba no tenerla rota.

Entonces, alzó la barbilla y lo miró directamente.

El hombre se limitó a sonreír. Era un asesino impresionantemente atractivo. En ese momento, bajo la luz, Kierse podía ver que su cabello tenía un matiz negro azulado. Sus ojos no eran los orbes oscuros y sin fondo que le habían parecido en un principio. Eran de un

hipnotizante tono gris, tan temperamentales como el clima y tan letales como estar en mitad de un océano durante un huracán. El hombre avanzó hacia ella mientras se metía las manos, enfundadas en unos guantes oscuros, en los bolsillos de su traje negro.

Kierse repasó todos los tipos de monstruos que existían, intentando clasificarlo. Las principales clases eran vampiros, hombres lobo, sirenos, espectros, cambiaformas y duendes. Existían otros tipos de monstruos, pero eran mucho menos comunes: las ninfas, los fénix, los íncubos y los súcubos, los trols. Aquel desconocido no le transmitía a Kierse la frialdad habitual de los vampiros. Incluso desde la distancia, era puro fuego. Los hombres lobo encajaban más con el calor que irradiaba, pero la joven había pasado un tiempo con una manada de lobos, y la persona que tenía delante parecía demasiado solitaria para ser uno de ellos. Los espectros siempre transmitían una ligera e incómoda sensación de muerte, como si en cualquier momento fueran a succionarte el alma. Era demasiado pequeño para ser un trol. Demasiado grande para ser una ninfa. No había agua cerca como para que fuera un sireno. ¿Tal vez fuese un cambiaformas?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a Kierse cuando se detuvo delante de ella.

—No es asunto tuyo.

—Conque sabes hablar. —El hombre alargó una mano como si fuera a examinarle la nariz ensangrentada, pero Kierse se movió por instinto y lo esquivó, para luego abalanzarse sobre él e intentar asestarle un puñetazo. Funcionó. Los ojos del hombre refulgieron con pura rabia, cuando la ladrona le apartó de un golpe la mano de su cara. Entonces, él bloqueó su puñetazo como si la joven apenas se hubiera movido.

—Eso no ha estado bien —gruñó.

A Kierse le daba igual. Accedió a ese lugar que se encontraba en su interior y comenzó a fluir como si fuera agua. Afianzó su centro de gravedad y puso en práctica todo su entrenamiento para balancearse y esquivarlo al mismo tiempo que intentaba acertarle algún golpe. Buscaba una forma de poder alejarse de él.

Sin embargo, él apenas parecía notar los puñetazos ni las patadas que le lanzaba. Ladeaba el cuerpo hacia un lateral u otro. Esquivaba y fintaba. Se movía con una elegancia que se tardaba años en perfeccionar, aunque solo parecía tener unos veinticinco, los mismos que ella.

Pasados unos pocos minutos, Kierse empezó a jadear. Una leve sonrisa se extendió por el rostro del hombre. Estaba jugando con ella. No pensaba dejar que le tocara ni un pelo. De repente, por un momento, el monstruo pasó a ocupar el ángulo muerto de la joven y le hundió una mano en el punto gatillo de su hombro. A Kierse se le durmió completamente el brazo. No podía levantarlo.

El hombre la alzó en el aire como si nada y la tumbó con fuerza de espaldas contra el suelo. A ella se le escapó todo el aire de los pulmones de forma sonora. La cabeza le daba vueltas. No podía mover un brazo, y el otro le dolía porque lo tenía desencajado. Se había pasado casi toda su vida entrenando y ese hombre la había hecho quedar como una aficionada.

—¿Piensas comportarte? —le preguntó él con la misma sonrisa insufrible.

Kierse se incorporó un poco y, en respuesta, escupió sangre sobre la alfombra.

El hombre le dedicó una mirada de advertencia.

—Eso es una reliquia.

La ladrona le devolvió la mirada. La había vencido, pero, aun así, no podía resistirse a desafiarlo.

—Que te den.

El hombre se enderezó y señaló hacia un gran sillón de terciopelo.

—Toma asiento ahí, responde a mis preguntas y te liberaré. Te doy mi palabra.

—¿Y qué valor tiene tu palabra, monstruo?

—Mi palabra lo vale todo —respondió él, y su voz retumbó tanto que a Kierse le reverberó en los huesos.



Kierse tomó asiento. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Los monstruos eran reales. Él era uno de ellos. Estaba en todo su derecho de matarla por haber allanado su casa. Si quería hablar, Kierse hablaría. No era el primer monstruo con el que había tenido que lidiar, y estaba decidida a que tampoco fuera el último.

Los derechos de los monstruos seguían siendo algo relativamente nuevo. Solo habían pasado tres años desde el fin de la guerra y la firma del Tratado. Antes de aquello, Kierse jamás había creído que monstruos y humanos pudieran alcanzar ningún tipo de acuerdo.

La guerra había comenzado tras el asesinato a sangre fría de Coraline LeMort, una vampira visionaria que había liderado el movimiento para acabar con el conflicto entre vampiros y hombres lobo. Contaba con el apoyo de su propio ejército, que respaldaba sus palabras. Que un hombre lobo solitario la asesinara de forma pública prendió la chispa que hizo arder al mundo entero. La muerte de Coraline LeMort había provocado que todos los monstruos salieran de su escondite y que arrancara la Guerra de los Monstruos. Los vampiros y los hombres lobo acabaron aún más divididos entre ellos, y el resto de los monstruos escogieron un bando.

La situación se puso tan fea que tanto monstruos como humanos empezaron a pasar hambre.

Entonces se convocó la Convención Coraline. Delegaciones de cada raza de monstruos, junto con las Naciones Unidas, acordaron poner fin a los asesinatos y restaurar el orden. El resultado fue la firma del Tratado de los Monstruos. Este establecía ciertos límites a todos los monstruos, promulgaba leyes para que ellos y los humanos pudieran convivir en el mundo, y aseguraba una paz duradera para la humanidad. Incluso llegaron a erigir una estatua de Coraline frente al Museo Metropolitano de Arte para conmemorar el Tratado.

El mundo por fin comenzaba a recuperarse tras una década de reinado del terror, pero eso no significaba que todos los monstruos estuvieran de acuerdo con los términos.

Y tampoco aseguraba que Kierse fuera a sobrevivir a ese altercado.

—Empecemos con tu nombre —dijo él.

—¿Por qué no empezamos con el tuyo?

—Sin duda, sabrás cómo se llama el hombre al que le estás robando. —Su sonrisa decía lo contrario. Era como si supiese que Kierse no tenía ni idea de quién era; como si fuese evidente que no se trataba del falso John Smith que figuraba como dueño del lugar.

—¿«Hombre»? —replicó ella.

—Tu nombre —repitió él en un tono cortante.

—Kierse —soltó la joven—. Me llamo Kierse.

—¿Viene de Kirsten?

La ladrona entornó la mirada.

—No —estalló—. Es como Pierce, pero con K.

—Ah. —Él no había tomado asiento. Seguía de pie a unos metros de ella, proyectando ese fuego impenetrable—. A mí puedes llamarme Graves.

—¿Graves? —preguntó la joven—. ¿Cómo la grava que tuviste que apartar para salir de tu tumba?

—Hay quienes hacen eso, sí.

—No eres humano —lo acusó.

Graves la atravesó con la mirada.

—No, no lo soy.

Kierse deseaba preguntarle qué tipo de monstruo era, pero no quería darle esa satisfacción. Era evidente que él quería que se lo preguntase, que quería que averiguase con qué bando del Tratado se posicionaba y si iba a matarla o no.

—No pareces mucha cosa —dijo al fin Graves, cuando vio que Kierse no cedía.

La joven apretó los dientes.

—Las apariencias engañan.

Él la fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿quién eres?

—Eso ya lo sabes. Soy la persona que ha venido a robarte.

—Ah, creo que no.

Graves sacó una mano del bolsillo y le mostró el anillo por el que ella acababa de jugarse la vida. La joven se quedó mirándolo boquiabierta. ¿Cómo había conseguido arrebatárselo? Se lo había guardado en un bolsillo interior secreto que tenía en el lado izquierdo de la chaqueta, y Graves no la había cacheado. Ni siquiera lo había estado buscando. Pero Kierse solo permitió que la sorpresa se le reflejara en el rostro durante un breve instante antes de volver a adoptar esa

apariencia petulante y desinteresada.

—Te has tomado demasiadas molestias solo por un anillo —le dijo él, haciendo girar la joya entre sus dedos como si fuera una moneda.

—Si tú lo dices.

—¿Cómo has conseguido colarte en mi casa? —le preguntó, guardándoselo de nuevo.

Kierse lo observó atentamente mientras lo hacía, para saber de dónde tendría que extraerlo más tarde.

—Me he colado por la ventana.

—¿Por qué ventana?

—Por la del estudio.

Graves apretó los labios y miró a lo lejos, como si estuviera contemplando el estudio con mucha atención. No, más bien como si pudiera ver el estudio en la otra estancia y seguir los pasos de Kierse. Desde luego, eso era imposible. Ningún monstruo de los que la ladrona conocía poseía esa habilidad.

—¿Cómo has burlado el sistema de seguridad?

Kierse estuvo a punto de romper a reír.

—Estaba desactivado.

Graves giró la cabeza de forma brusca hacia ella.

—Te aseguro que no.

—Tal vez debas volver a comprobarlo.

—Yo controlo la seguridad. —A Graves le faltó gruñir.

—Pues se te da de pena.

Él volvió a sonreír.

—Y lo dice la chica a la que he atrapado sin esfuerzo.

—Mujer —le espetó ella.

Graves pareció aceptar su réplica.

—¿Cuántos años tienes exactamente?

—¿No sabes que es de mala educación preguntar eso?

Él arqueó una ceja, adoptando un gesto con el que parecía decir: «Has accedido a responder a mis preguntas».

Kierse soltó un suspiro.

—Veinticinco. No soy mucho más joven que tú.

—Las apariencias engañan —le respondió Graves, usando las mismas palabras que había empleado ella antes, mientras se acercaba despreocupadamente a un mueble bar y se servía una copa.

Se acercó a Kierse y se la ofreció. Beber con el enemigo era una muy mala idea. Aunque, de todas formas, no podía aceptarla con el hombro en esas condiciones.

—Ah, perdona —dijo él con aire de suficiencia.

Dejó la copa sobre la mesa. Y luego, haciendo gala de unos reflejos que Kierse no podía explicar, la agarró del hombro y se lo colocó en su sitio. Sin previo aviso, con una perfecta precisión y un sonido brusco. Kierse se dobló sobre sí misma mientras el dolor le bajaba por el brazo. Apenas pudo contener un grito.

—¿Mejor?

La joven carraspeó.

—¿Podemos terminar ya con este interrogatorio?

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —Graves volvió a ofrecerle la copa y, cuando ella volvió a declinarla, se la bebió de un trago—. Los interrogatorios ya no son tan divertidos como antaño. —Kierse abrió los ojos como platos. ¿Qué quería decir con eso?—. De acuerdo. ¿Quién te envía?

—No me gusta dar nombres —replicó—. No puedo responder a preguntas que vayan a perjudicar mi trabajo.

Graves se apoyó contra la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Crees que eso es lo peor que te puede pasar si no respondes a mis preguntas?

Kierse tragó saliva. Era una amenaza. Seguramente fuera a matarla. Lo veía capaz. Podía liquidarla cuando quisiera. Según los términos del Tratado de los Monstruos, hasta se iría de rositas. Que aún no lo hubiera hecho significaba que necesitaba algo de ella. De ahí el interrogatorio. Solo que Kierse no sabía qué era lo que Graves intentaba averiguar.

La joven detestaba romper las reglas. Se había prometido a sí misma no delatar nunca a un cliente. Pero si tenía que elegir entre su vida y la de un multimillonario gilipollas para el que ella era indiferente, siempre se imponía su propia supervivencia.

—Gregory Amberdash.

Graves arqueó ligeramente las cejas. Esa no era la respuesta que había estado esperando.

—¿El espectro? —El anillo volvió a aparecer como por arte de magia en su mano—. ¿Para quién trabaja Amberdash?

—Eso ya no me incumbe.

Graves la miró como si acabara de recordar que ella estaba metida en el ajo.

—Descubrirás para quién está trabajando.

Kierse profirió una carcajada.

—No, no lo haré. Eso no formaba parte del trato. Y, de todas formas, jamás me lo diría. Él no trabaja así. —Se levantó del sillón de terciopelo, desafiando la orden que le había dado Graves. Se tambaleó ligeramente antes de recuperar el equilibrio—. He respondido a tus preguntas. No voy a hacerte el trabajo sucio. Pregúntaselo a Amberdash tú mismo.

Graves soltó un suspiro y luego sacudió la cabeza una única vez. Parecía frustrarle que Kierse no suplicase por su vida ni se ofreciera a hacer lo que él le pidiera para que no la matara.

—Vas a ponerme las cosas difíciles, ¿verdad?

—Llama a la policía si quieres. Ya me conocen. No servirá para una mierda. —No había ninguna cárcel en Nueva York que pudiese retenerla.

Entonces, Graves sonrió.

—No tengo ninguna intención de meter a las autoridades en esto. Mis métodos son mucho más… efectivos.

A Kierse le dio un vuelco el estómago.

—¿Tus métodos?

Graves no le respondió. Comenzó a quitarse metódicamente los guantes negros. Se los sacó dedo a dedo, retirándoselos despacio antes de tirar de la punta del tejido hacia fuera. Kierse vislumbró las líneas oscuras de un tatuaje que le rodeaba las muñecas antes de que se bajase las mangas del traje. Tenía unas manos grandes, con unos dedos largos y finos. La joven no sabía mucho sobre música, pero los pianistas que había visto en los clubs tenían los dedos así. Estaban

hechos para acariciar las teclas y crear una melodía hipnótica por medio de unas cuerdas ocultas. Kierse no tenía ni idea de por qué se los cubría con guantes dentro de su propia casa.

—Acércate —le ordenó Graves con una voz tan impactante como un choque entre coches.

No obstante, Kierse se negó a ceder. Ya había sufrido el abuso de hombres controladores en el pasado. Había aprendido la lección. Había dejado de ser un arbusto al que cualquier brisa mecía sin piedad. Ahora era una montaña, inamovible.

Graves supo reconocer su desafío. Ese «no» que no había pronunciado y que estaba suspendido en el aire.

Lo había cabreado. Ese hombre, ese monstruo, estaba acostumbrado a recibir un respeto inconmensurable. Kierse podía imaginárselo. Una lucha de poder era la única forma de poner a prueba el carácter de una persona. Y él quería ser quien lo ostentase.

Entonces, Graves se acercó. Dio dos pasos rápidos hacia delante, de forma que acabó plantado justo frente a ella. Kierse levantó la cabeza para ver qué se ocultaba tras esas nubes que cubrían sus penetrantes ojos grises.

—Muy bien —declaró él.

Tiró de la cremallera de la chaqueta de Kierse, dejándole el cuello expuesto, y a la joven le dio un vuelco el corazón. Mierda, era un vampiro…, y estaba a punto de drenarla. Kierse abrió la boca para protestar, pero se detuvo cuando vio el gesto de sorpresa en el rostro de Graves. Contemplaba su collar con un evidente interés.

—Un reyezuelo. —Entonces, clavó la mirada en la de ella. Una sonrisa cruel apareció en sus labios—. Interesante.

—¿Por qué? —preguntó Kierse, sintiendo que debía proteger el collar, su más preciada posesión. Era lo único que le quedaba de sus padres.

Graves no le respondió. Despacio, muy despacio, bajó la mano y le presionó la zona que quedaba justo debajo de su oreja con la punta del dedo índice. Con la elegancia de un depredador que jugara con su comida, deslizó el dedo con suavidad hacia abajo, donde a la joven le latía el pulso contra la garganta.

Kierse se negó a temblar, a pesar de que el latido de su corazón se había acelerado ante ese mínimo contacto. De repente, su cuerpo había despertado.

La joven se había pasado toda su vida odiando a los vampiros, pero, de pronto, entendió por qué algunos humanos se ofrecían voluntarios para que se alimentasen de ellos. Estaba dolorida y terriblemente asustada por lo que iba a suceder. No obstante, aunque quisiera, no podía moverse.

Graves apoyó un dedo en el hueco donde se unían sus clavículas y volvió a deslizarlo hacia abajo. Entonces, le envolvió todo el cuello con la mano, inmovilizándola. Él estaba al mando. Él tenía todo el poder. La joven veía el ansia reflejada en las facciones de ese hombre.

Se tragó su propia confusión, su deseo y su ataque de rabia. ¿Acaso creía Graves que tenía derecho a tocarla así? ¿Acaso le había dado permiso? ¡Cómo se atrevía! Aun así, ella no se apartó. Su cuerpo vibró en respuesta. Los iguales se atraían. El poder atraía al poder.

Graves se inclinó hacia delante. Durante un breve segundo, Kierse creyó que iba a besarla. Pero él se quedó allí parado, mirándola fijamente a los ojos. Sacudió la cabeza una única vez y algo similar a la sorpresa apareció en su rostro.

—¿Qué eres? —le susurró.



Kierse parpadeó. ¿Le estaba preguntando qué era? ¿En qué mundo tenía eso sentido? Era él quien se había desplazado por la estancia a la velocidad de la luz. Ella había saltado por una ventana y él la había arrastrado de nuevo adentro con una sola mano. Graves la había incapacitado sin dificultad.

—Contesta —gruñó él.

—Me llamo Kierse McKenna —respondió ella, alzando la barbilla—. Y no quiero que te alimentes de mí. Ahora, aparta tu manaza.

Graves se apresuró a soltarla, como si lo hubiera quemado. La joven reajustó su postura, doblando las rodillas justo a tiempo para evitar caerse de espaldas. Se mantuvo firme mientras lo observaba y esperaba algún tipo de explicación.

—¿Crees que soy un vampiro? —le preguntó él, asqueado, y un destello de confusión apareció en el gesto de sus labios. Bueno, si no era un vampiro, ¿entonces qué leches era?

—Solo me has dado tu nombre —prosiguió Graves—. Explícame el resto. Explícame qué eres.

—Tú tampoco me has explicado qué eres —replicó ella.

—Esta es una conversación de besugos. Sería mucho más sencillo si me dieras una respuesta clara. —Graves bajó la mirada hacia su mano, la misma con la que le había rodeado el cuello a Kierse, como si no pudiera comprender qué había sucedido—. Pero no estás yendo al grano.

—He respondido a todas tus preguntas. Tal y como me has pedido. ¿Vas a dejar que me vaya ahora?

—No —respondió Graves de forma abrupta—. Tengo más preguntas.

—Pues hazlas.

—¿Cómo has logrado derribar los escudos?

—¿Escudos? —preguntó Kierse despacio.

Él apretó los dientes.

—¿Lo han hecho esas personas para las que trabajas? ¿Han sido ellos quiénes te han ayudado a entrar aquí?

—No tengo ni idea de qué estás hablando. He entrado yo solita.

Graves volvió a examinarla, como si estuviera buscando algo, probablemente el indicio de alguna artimaña o mala fe, pero no encontró nada. Era cierto que Kierse no tenía ni idea de qué le estaba hablando. La joven había escuchado la palabra «escudo» en los cuentos de hadas, pero era imposible que se estuviera refiriendo a eso. «Monstruos, no magia» era el lema del movimiento de los monstruos. Los escudos parecían pertenecer más bien a la categoría de magia. Conque tenía que existir alguna otra definición.

Kierse era una ladrona, una muy buena, pero nada más. Sabía cómo desactivar sistemas de seguridad. Le habían enseñado a colarse en toda clase de edificios. Podía forzar cualquier tipo de cerradura en cuestión de segundos. Incluso se había colado en la cámara acorazada de un banco mientras trabajaba para Jason, solo para poder demostrar que era capaz de hacerlo sin que la pillasen. Era muy buena en su trabajo, pero no tenía ni idea de qué tipo de cerradura llevaba un «escudo».

—No sabes de qué te estoy hablando —dijo al fin Graves.

—Sí que has tardado en pillarlo.

El hombre dio un paso hacia atrás mientras reflexionaba.

—De verdad crees que ha sido Gregory Amberdash quien te ha enviado aquí.

—Él es quien me paga.

—¿Y no sabes nada más?

—Sé que estás en posesión de lo que se supone que tengo que entregarle para que me pague.

Graves extendió la mano.

—Dámelo.

—Lo tienes tú —le recordó Kierse.

—Sácatelo del bolsillo y devuélvemelo. —La joven vaciló, y él le espetó—: Ahora.

Kierse resopló y sacó el gigantesco anillo de donde se lo había escondido. Se lo había robado cuando él se le había acercado. La joven había creído que estaría despistado mientras le miraba el cuello igual que un vampiro embelesado, y había sido entonces cuando se había puesto a trabajar.

La tercera y cuarta norma de un robo: distracción y juego de manos.

Kierse depositó la joya sobre la palma de Graves.

—Merecía la pena intentarlo.

Él sacudió la cabeza.

—Eres una ladronzuela cualquiera. Me siento insultado.

Kierse se enderezó todo lo que pudo.

—¿Disculpa?

—No me puedo creer que se estén rebajando a este nivel. —Graves volvió a guardarse el anillo. A ella apenas le dio tiempo a ver dónde se lo había escondido esta vez—. Tendré que ponerlo a prueba. Algo para lo que no han podido prepararse.

—¿Qué vas a poner a prueba?

Graves se dio la vuelta sin responderle.

—Aquí está.

Colocó una pequeña caja de madera con unos intrincados grabados sobre la mesa. Kierse reconoció algunos de los remolinos de su diseño. Era el mismo patrón de acebos que rodeaba las puertas de la biblioteca. Un lenguaje que vibró justo cuando las enredaderas en la periferia de su visión comenzaron a relucir. Sin embargo, al examinarlo de cerca, todo ello desapareció.

—Ábrela —le ordenó Graves.

Kierse enarcó una ceja.

—¿Este interrogatorio va a alargarse mucho más?

Él entornó la mirada en señal de advertencia. Kierse soltó un suspiro y levantó la tapa de la caja. Dentro no había nada. Era aún menos interesante que la cerradura de doble paletón que había forzado antes.

—Caray —dijo ella con sarcasmo—, puedo abrir cajas.

A pesar de la despreocupación de la joven, Graves parecía impresionado… Y no tardó en cambiar esa expresión por otra que indicaba que maquinaba algo.

—Parece que cuentas con unas curiosas habilidades, señorita McKenna. La verdadera pregunta es… ¿cómo es posible que no seas consciente de ello?

—Sí que lo soy —le respondió ella, levantando la barbilla.

Pero la mirada de Graves transmitía algo más. Algo superficial que se arremolinaba y que llamó la atención de la joven. Como un trance que le llegaba a lo más hondo del alma. Dicho eso…, tal vez Graves tuviera razón. Tal vez hubiera algo más en ella. Tal vez Kierse siempre lo había sabido. Esa idea la sacudió durante un instante y luego se desvaneció.

Despacio, Graves cerró de nuevo la caja.

—Por nuestro mundo corren leyendas —comenzó él con voz lenta y segura, tan espesa e igual de dulce que la melaza—. Historias de bestias y bellas. Criaturas y cuentos que no te dejarían dormir por la noche. De nacimientos de monstruos.

Kierse se deleitó con la forma sensual en que las palabras salían de sus labios.

—Sé todo lo que hay que saber sobre las cosas que dan miedo por las noches.

—Hay cosas mucho peores que los monstruos que conoces en este mundo —le respondió él, como si le estuviera leyendo los pensamientos—. Todas esas historias que has escuchado, todos los cuentos y las leyendas, entrañan algo de verdad.

—¿Cómo qué?

—Como yo —respondió Graves sin más. A continuación, ladeó la cabeza—, Y tú.

—¿Yo? —soltó Kierse—. Yo soy humana.

—¿Seguro?

La joven resopló en señal de incredulidad.

—Sí. Evidentemente. ¿Cómo voy a ser peor que un monstruo? ¿Y mucho menos un vampiro? Se alimentan de sangre humana. —Kierse puso cara de asco.

—Los vampiros son unos carroñeros patéticos. Les permitimos vivir en la superficie, mientras que nosotros permanecemos en las sombras para que nos molesten con sus estúpidas rencillas. Tú… eres algo completamente distinto. —La joven tragó saliva y esperó a que siguiera hablando —. Si puedo creer algo de lo que dices, has desactivado mis escudos sin ninguna ayuda externa.

—No dejas de hablar de escudos, pero ni siquiera sé lo que son. O, al menos, no pueden ser lo que creo.

Graves soltó un profundo suspiro, como si su ignorancia fuese una afrenta a su persona.

—Los escudos son barreras mágicas.

—De acuerdo —respondió ella, incrédula—. Eso es lo que creía que eran. Pero… ¿magia? — Pronunció esa última palabra en un tono burlón.

—Sí, magia. Los escudos son el motivo por el que no cuento con ningún sistema de seguridad tradicional. Mantienen alejados a los intrusos y me alertan de cualquier interferencia. —Se metió las manos en los bolsillos—. No deberías haber podido acercarte a menos de metro y medio de mi casa sin mi conocimiento. Al menos, no sin ayuda, rompescudos o algún importante poder que tengas.

Kierse lo miró sin comprender. Entonces, soltó una risita para luego comenzar a reír tan alto que no pudo mantener la compostura. Había pasado mucho tiempo desde que alguien había estado a punto de hacerla llorar de la risa. Ethan siempre lo intentaba, pero solía ser el agudo ingenio de Gen el que lo conseguía.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso? —le preguntó Graves por encima del sonido de sus carcajadas.

—La magia no es real.

Graves enarcó una ceja.

—¿Eso crees?

—Monstruos, no magia —pronunció Kierse como un mantra—. Eso es lo que no paraban de repetir los monstruos cuando aparecieron por primera vez. Prácticamente es su lema: «Monstruos, no magia». Poseen habilidades sobrenaturales, como fuerza, velocidad, agilidad… Pero no pueden hacer cosas en plan…, mover objetos con la mente. O lo que quiera que sea un rompescudos.

—¿Y te crees eso?

Kierse le dedicó una mirada escéptica.

—Si no fuera así, ¿no habría visto a alguien usar la magia antes? ¿No me habría hablado alguien sobre ello?

—Aparece en cada cuento de hadas de cada cultura en el mundo —respondió Graves—. Si existen cuentos sobre nosotros, es por algo. Es un talento muy peculiar que los niños suelen perder mucho antes de que puedan desarrollarlo como para convertirlo en algo mucho más útil. Así que no, dudo que hayas conocido a alguien capaz de hacer algo similar.

—No… no te creo. ¿Por qué iba a creerte?

Graves la miró como si fuera la persona más insufrible del planeta.

—No me dedico al mundo del entretenimiento.

—Bueno, si no me enseñas la magia —dijo Kierse, haciendo el símbolo de las comillas en el

aire al pronunciar esa última palabra—, ¿cómo voy a creerte?

Graves inspiró profundamente y luego soltó todo el aire. Después, abrió la tapa de la caja de nuevo y se la ofreció. Kierse miró en el interior y vio una gruesa moneda dorada del tamaño de un dólar de plata. Graves se la lanzó y ella la atrapó en el aire.

—Conque eres un mago. —La joven pronunció la palabra con sarcasmo mientras dejaba la moneda otra vez sobre la mesa—. He visto a un par por las calles. Buen juego de manos.

Graves frunció el ceño al mismo tiempo que cerraba de golpe la caja vacía.

—No tengo que convencerte de nada, pero ¿para qué iba a mentir?

—Se me ocurren cientos de motivos distintos.

—Abre la caja —gruñó Graves.

Kierse se la arrebató de las manos. Esta vez la abrió de forma ostentosa, retirando la tapa de nuevo mientras le sonreía. Y, al hacerlo, cientos de monedas salieron del interior. La joven abrió mucho los ojos, alarmada. Levantó la caja entre sus manos mientras caían cada vez más monedas al suelo. Cuando el tintineo se detuvo, Kierse examinó la caja en busca de un falso fondo.

—¿Dónde está el truco? —le preguntó a Graves. Desde cualquier ángulo, la caja parecía totalmente intacta. Y Kierse había visto que antes estaba vacía—. Estaba…

—¿Vacía? —terminó Graves por ella—, ¿Para qué iba a proteger una caja vacía con un escudo?

Kierse dejó escapar un leve jadeo y alejó la caja de ella como si le quemara.

—¿Qué cojones? ¿Magia?

Graves le lanzó una mirada imperiosa.

—Ya te lo he dicho.

Magia.

Joder… Magia.

Todos esos años rodeados de monstruos. Habían salido de entre las sombras y habían comenzado a matar por igual a humanos y a otros monstruos. Había sido una época sombría. Si Kierse no se hubiera metido en el mundo de los robos antes del inicio de la guerra, habría acabado muerta como los demás cuando comenzó todo.

En cierto modo, Jason le había salvado la vida al arrastrarla a su propio mundo sombrío, pese a que Kierse había sufrido considerablemente a manos de su mentor, una y otra vez. No obstante, incluso durante todos esos años plagados de muerte y destrucción, ella siempre había tenido claro que eran monstruos, no magia. Monstruos…, no magia. Y, aun así…

—¿Ahora me crees? —le preguntó Graves.

Kierse abrió y cerró la boca.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

Todo tenía un precio. Al menos, en su mundo. Y más después de todo por lo que Kierse había tenido que pasar. Si la magia era un bien escaso y preciado que le habían estado ocultando al público, incluso después de que los monstruos hubieran abandonado sus escondites, y si, contra todo pronóstico, ella tenía una especie de don que le recorría sus miserables venas, entonces, ¿cuál era el precio que había que pagar por ello?

—Porque quiero ofrecerte un trabajo.



Un trabajo. Ese era el precio.

Lo último que quería en el mundo era trabajar para él. Detestaba a los multimillonarios engreídos e insípidos para los que robaba, pero debía admitir que eran predecibles. Todos querían baratijas, fruslerías, arte y demás cosas inútiles. Y le pagaban a Kierse una buena suma por ellas. Por eso trabajaba para jefes del crimen, madames y cualquier otra persona con los medios para pagarle por hacer aquello con lo que disfrutaba.

Sin embargo, sabía, estaba segurísima, de que involucrarse con Graves sería su ruina. Cualquier cosa que le pidiera que robara entrañaría un peligro completamente nuevo. Ya había mencionado la magia. Tan imposible, y, aun así…, real. Debido a que se había criado en las calles, Kierse había aprendido una importante lección: por qué cosas merecía la pena morir y por cuáles no.

Pese a todo, apretó los labios y esperó a escuchar su oferta. Iba a ser interesante.

—¿Qué tipo de trabajo? —le preguntó en un tono neutral.

—De los que se te dan bien. Necesito que robes algo para mí.

Kierse lo recorrió de arriba abajo con la mirada. Intentó ver más allá de su estoica fachada.

Había pasado demasiado rápido de querer matarla a ofrecerle un empleo. Debía tratarse de algo que Graves ansiara desesperadamente tener. Algo por lo que desembolsaría mucho dinero. Kierse era capaz de intuir todo aquello.

Lo que no entendía era por qué la necesitaba a ella y qué sacaba ella misma de todo aquello. Porque el dinero no bastaba para aceptar un trabajo como ese. Ni siquiera por obtener la protección que tan desesperadamente quería para sus amigos merecía la pena dirigirse a una muerte segura.

Kierse paseó la mirada a su alrededor y puso esos ojos de corderito que provocaban que los hombres la subestimaran.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

Despacio, Graves esbozó una sonrisa.

—Porque, por supuesto, no puedo conseguir todo lo que quiero por mis propios medios.

Entonces, ¿Kierse era valiosa para él? Eso le proporcionaba algo con lo que negociar.

Si Graves no podía conseguir ese objeto por sí mismo y no le servía ningún otro ladrón, ¿era ella la única persona con la que podría trabajar? Kierse deseaba poder calarlo mejor, pero ese hombre era un libro cerrado. Solo revelaba la información justa para que a la joven le llamara la atención la oferta. Inteligente. Esa también era la táctica preferida de Kierse.

—Puedo pagarte una buena suma —dijo Graves cuando ella no le respondió—. Puedo hacer que tu vida sea muy cómoda.

—¿Cómo dices? ¿Crees que necesito dinero? —Kierse bajó la voz hasta convertirla en un susurro ronco.

Graves recorrió de arriba abajo con la mirada su figura vestida de negro. El atuendo de Kierse no era nada del otro mundo. No eran prendas de calidad, pero cumplían con su finalidad. La joven sabía lo que veía Graves en ella al mirarla. Un cuello de la chaqueta roto a causa del tirón que le había dado, unas botas gastadas y un exceso de confianza.

Graves ensanchó aún más su sonrisa.

—Venga, es evidente que necesitas dinero. Con esta baratija de aquí… —dijo, sacando de nuevo el anillo—, seguramente puedas conseguir varios miles de dólares. Lo suficiente como para mantenerte durante un par de meses en la ciudad.

Kierse forzó un gesto de sorpresa para hacerle creer que no tenía ni idea de cuánto valía un diamante de ese tamaño.

—¿Ni siquiera ibas a cobrar tanto? —le preguntó Graves al percibir su gesto, cayendo de lleno en su trampa—. Qué lástima.

Aunque Kierse había estado buscando esa reacción, detestaba aquella palabra. La lástima era el beso de la muerte. Cuando había vivido en los suburbios, había detestado las miradas de lástima. Esas miradas con las que le transmitían que nunca llegaría a nada.

También había recibido las miradas de los otros protegidos de Jason. Al principio, le habían tenido envidia por haber sido ella la elegida, y más adelante…, había sufrido el tormento de haberse convertido en su favorita. Peor aún fue la lástima que le dispensaron cuando vieron los moratones que Jason había intentado ocultar con cautela en el cuerpo de Kierse.

Pero, con el tiempo, todos acababan dándose cuenta de lo que Graves pronto aprendería cuando ella lo desplumase.

—No necesito tu lástima —gruñó a la defensiva.

—Vale. Puedo pagarte, y muy bien. Solo tienes que aceptar el trabajo. Déjame darte todo lo que deseas.

Kierse se puso en alerta. Graves estaba demasiado ansioso, y esa sensación no parecía encajar con su personalidad. Como si realmente nunca hubiera tenido que pedir algo que quisiera. Simplemente, tomaba lo que deseaba. Y, por el momento, Kierse no había estado dispuesta a darle nada.

—No me has dicho aún en qué consiste el trabajo y a quién voy a robarle.

—No parecía que eso te importara cuando ibas a robarme a mí —dijo él con frialdad. Era la táctica que empleaba alguien que no quería revelar demasiada información antes de que ella accediese.

Sin embargo, lo que Graves acababa de decir distaba mucho de la verdad. A Kierse sí que le importaba saber a quién iba a robarle. No obstante, en aquella ocasión, necesitaba el dinero para poder pagarle el alquiler a Colette. Por eso se había metido dentro de aquella casa sin saber antes qué monstruo la aguardaba dentro. Se la había jugado, y había perdido.

Pero esa negociación no pensaba perderla.

—No —se limitó a responder, solo para ver qué le contestaba él.

Graves se la quedó mirando, confundido, como si ella hubiera movido una pieza de ajedrez que ni siquiera hubiera estado sobre el tablero.

—¿No? —preguntó él con incredulidad.

—Escojo qué trabajos acepto y, ahora mismo, he decidido no aceptar el tuyo. Así que, si hemos terminado, ya he respondido a todas tus preguntas y quiero irme.

Algo brilló en los ojos oscuros de Graves.

—Si quieres, puedes irte, pero esta es una aventura única en la vida. Se trata de un objeto tan excepcional, tan valioso y tan difícil de adquirir que hará que colarse en cámaras acorazadas parezca cosa de niños.

Colarse en cámaras acorazadas sí que era cosa de niños. Al menos, ella lo había hecho en su infancia.

—¿Qué clase de objeto? ¿El Santo Grial? —preguntó Kierse con una risa burlona.

Había hecho mal en mostrar su interés, ya que Graves se aferró a ello. Vio que el dinero no le importaba, pero que sí le interesaba lo emocionante que era todo aquello. Le había picado el gusanillo.

—Algo así. Podrías ser la única que lo sacara de donde lo tienen escondido bajo la ciudad, custodiado por un sistema de seguridad infranqueable y oculto por el más vil de los monstruos. —Graves enarcó una ceja en su dirección—. Si es que eres lo bastante buena.

Kierse entornó la mirada. Era tentador. Aunque fuera una estupidez.

Jason la había escogido a ella cuando era una cría porque no robaba carteras por necesidad. Era evidente, por la carita de pilla que ponía, lo mucho que disfrutaba con ello. No debería haber sido así. A lo largo de los años, Kierse aprendió a ocultar su entusiasmo. A enmascarar esa ansia como otra cosa. La gente normal no se sentía de ese modo. Les aterrorizaba que Kierse disfrutara tanto de burlar la ley abiertamente. Y, sin embargo, crecer en las calles le había enseñado que la ley era una nimiedad diseñada para ser corrompida y burlada. Porque, por supuesto, algo iba en contra de la ley… solo si acababan pillándola.

Graves apoyó la cadera contra la mesa y volvió a tomar su copa, adoptando de nuevo esa

conducta distante. Toda esa impaciencia había desaparecido. Aunque siguió recorriéndola con la mirada, juzgándola y considerando las posibilidades que se le pasaban por la cabeza.

—Entonces, ¿vamos a trabajar juntos?

Kierse vaciló. Era tentador. Y era así a propósito. Graves le había ofrecido algo que, después de habérselo vendido, ahora ella quería de verdad: aventura y más riesgo. Un trabajo que nadie más pudiese hacer. Esas cosas eran mucho más difíciles de conseguir que el dinero en esa ciudad dejada de la mano de Dios.

De hecho, Graves le estaba ofreciendo cosas que Kierse no se había imaginado que deseaba incluso más que la aventura, el dinero y la protección. Si iba a robarles a unos viles monstruos que se hallaban bajo la ciudad, se hacía una ligera idea de a qué se refería. Había visto de primera mano lo que sucedía cuando alguien se metía con los monstruos equivocados. La ciudad abría sus fauces y se lo tragaba entero. Cualquier excusa para devolverles el golpe a esos monstruos ya suponía una victoria para ella.

Y pese a todo… vaciló. No porque no quisiera aceptar. Sí que quería. Pero antes necesitaba poner sus asuntos en orden.

—Dame veinticuatro horas —dijo pasado un minuto—. Tendrás una respuesta entonces.

Graves sopesó su propuesta y luego asintió.

—De acuerdo. Una última cosa antes de que te vayas.

Sacó un pequeño libro encuadernado de un cajón del escritorio. Lo abrió por una página casi a la mitad y le ofreció un bolígrafo. Kierse lo aceptó de forma automática, movida por la curiosidad. Era una página de firmas. Había cuatro nombres tachados en la parte superior. Dos de ellos eran completamente ilegibles, un simple tachón en la página. Los otros dos ponían «Uma Matthewson» y «Mateo Parrish». A Kierse no le sonaba ninguno de los dos.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Firma.

—¿Por qué?

Graves la miró con ironía.

—Todo el mundo deja su firma. Si quieres marcharte, tienes que añadir la tuya.

—¿Para qué sirve?

—Si no me equivoco contigo, señorita McKenna —le dijo mientras ladeaba la cabeza—, no servirá absolutamente de nada.

Otro juego. Kierse tomó el bolígrafo con la mano izquierda y garabateó su nombre. Dejó el libro de vuelta encima de la mesa.

—¿Hemos terminado?

Graves volvió a guardar el tomo en el cajón y luego señaló con la mano hacia la puerta.

—Te sigo.

Volvió a ponerse los guantes mientras la acompañaba a la salida. Kierse sentía que todo aquello no era real, que no podía estar permitiéndole marcharse y que mucho menos iba a acompañarla a la puerta como si fuera una invitada en lugar de una intrusa. Abandonaron la biblioteca y se dirigieron juntos hacia la gigantesca escalera. Graves unió las manos a la espalda mientras caminaban en silencio.

La inquietud se apoderó de Kierse, como si en cualquier segundo fueran a retirarle la alfombra bajo sus pies. La policía acabaría presentándose allí para llevársela a ese lugar en el que

no podían retenerla. O algo mucho peor.

Pero no sucedió nada. Graves se limitó a abrir la puerta principal.

La nieve caía como un manto sobre los escalones delanteros y el camino de entrada, transformando el paisaje en un paraíso invernal. Al día siguiente, todo acabaría convertido en un desastre resbaladizo, pero en ese momento era impresionante.

—Te espero mañana —le dijo Graves.

Kierse alzó la barbilla para mirarlo a esos increíbles ojos grises. Antes no los había tenido tan cerca y, además, había estado tan concentrada en recuperar el anillo que no se había fijado en lo alto que era. Se cernía sobre ella. Emanaba calor y se lo transmitía como si fuese un hierro candente. Como si estuviera marcándola. Como si pudiera quemar su duro exterior y revelar lo que hubiera habido allí debajo si no la hubieran abandonado, utilizado y abusado de ella.

La joven se estremeció bajo su escrutinio. Veía cosas de sí misma que prefería mantener ocultas.

—Cumplo mis promesas.

—Si no lo haces, iré a buscar mi respuesta.

A Kierse no le gustaba mucho esa idea.

—Muy bien —respondió, y luego bajó al trote los escalones cubiertos de nieve.

—Señorita McKenna —dijo él antes de que se alejara más.

Kierse se dio la vuelta, anticipando alguna pega. Había sido demasiado fácil irse sin más. En cambio, Graves le lanzó el gigantesco anillo. Ella lo atrapó al vuelo. En sus facciones se reflejó su sorpresa al ver el diamante del tamaño de un huevo.

¿Por qué se lo daba? Y más después de haber hecho todo lo posible por recuperarlo.

—Una muestra de buena fe —le dijo.

Ah, conque trabajar con él iba a ser complicado.

En ese momento, Kierse fue consciente de que Graves guardaba bajo su manga a medida tantos trucos como ella, solo que él tenía más tiempo y experiencia. Si quería sobrevivir a ese hombre, debía ir con cuidado. Porque allí, plantada en el umbral de su mansión con el objeto que había ido a buscar entre sus manos y el hermoso rostro de Graves medio oculto entre las sombras, era muy difícil pensar en cualquier otra cosa.

Y eso era lo que más la asustaba.



Cuando se reunió con ella a pie de calle, Ethan tenía los ojos marrones desorbitados a causa de la preocupación. Hizo un amago de atusarse los bucles negros de su cabello antes de dejar caer la mano a un costado, intranquilo.

—¿Qué leches ha pasado? Parece que te hayan dado una paliza.

—Y así es —masculló Kierse.

—No he dejado de llamarte por radio, pero no respondías. La joven recordó cómo la radio bidireccional había acabado estrellada contra el suelo y extraviada entre las sombras. Hizo una mueca.

—La he perdido.

—¿Que la has perdido?

Ethan se llevó la mano a la cara y se frotó la piel marrón que siempre tenía aspecto de haber sido sumergida en sepia. Era prácticamente de la misma altura que Kierse, pero sus extremidades, alargadas y desgarbadas, lo hacían parecer más alto de lo que era en realidad. Y, en ese momento, mientras se dejaba llevar por la desesperación, parecía haber ganado un par de centímetros más.

—Estabas en lo cierto —le dijo Kierse, que intentaba disimular su cojera—. Se trataba de un monstruo. Uno de los grandes.

Ethan profirió un ruido angustiado, le pasó un brazo a Kierse por debajo de los hombros y dejó que la joven apoyara todo su peso en él para aliviarle un poco el dolor del tobillo.

—Nunca he visto entrar ni salir a nadie. ¿Qué era? ¿Un vampiro? ¿Un hombre lobo?

—No tengo ni puta idea.

Ethan se sobresaltó mientras caminaban calle abajo.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—A ver…, no lo sé, Ethan. No era un hombre, pero tampoco ningún tipo de monstruo que haya visto antes o del que haya oído hablar. —La joven se mordió el labio inferior—. Cuando vuelva, os lo contaré todo a Gen y a ti.

—¿Cuando vuelvas?

Kierse se puso el anillo que llevaba en el bolsillo en el dedo y se lo mostró al chico.

—Ahora mismo voy a llevarle esto a Amberdash.

Ethan abrió mucho los ojos al verlo.

—¿Lo has conseguido igualmente? ¿Incluso después de violar el Tratado? ¿Qué cojones?

Kierse recorrió con la mirada la calle aparentemente vacía.

—Más tarde, Ethan.

El chico palideció como si se hubiera percatado de la gravedad de la situación.

—Deberías venir a casa ahora. Ya verás a Amberdash por la mañana.

Ella negó con la cabeza mientras doblaban la esquina este de la calle Setenta y Cinco hacia Central Park, donde habían pensado tomar el autobús.

—Te lo explicaré cuando llegue a casa.

Siempre acababan relatándole lo acontecido durante la noche a Gen. Ella era el centro de ese trío imperfecto, quien los había salvado a ambos de un destino peor que el infierno.

Ethan agarró a Kierse más fuerte.

—Te acompañaré.

La joven le dedicó una sonrisa.

—Venga ya, sé que esta noche tenías pensado ver a Corey en el festival.

Ethan se ruborizó bajo la luz tenue.

—No me vengas con esas.

—Se preocupará si no llegas a casa. Igual que Gen. Diles que todo va bien. Yo iré enseguida.

El chico frunció el ceño.

—¿Y de verdad todo va bien?

Kierse no sabía qué responder a eso, pero se limitó a esbozar su sonrisa ganadora, esa con la que lograba librarse de cualquier cosa.

—No te preocupes tanto.

—Kierse —gruñó él.

Llegaron a la parada y el autobús ya estaba deteniéndose delante de ellos.

—Te veo luego —le dijo ella.

—¡Ten cuidado, por favor! —le respondió Ethan.

La joven se despidió de él con la mano mientras el autobús tomaba la MIO y se dirigía hacia la parte alta de la ciudad. Kierse dejó atrás las opulentas mansiones de piedra rojiza que se alineaban a lo largo de la luminosa calle que conducía a Central Park. No pudo evitar mirar con el ceño fruncido hacia ese lujo que seguía existiendo como si las guerras no lo hubieran

perturbado. Esa parte de la ciudad de Nueva York estaba prácticamente igual que siempre.

En su ciudad existían dos mundos: el de los acaudalados y el de los demás. Los ricos se habían integrado con los monstruos desde el principio. Había quienes incluso sospechaban que estos ya habían estado al tanto de su existencia y, que cuando estalló la Guerra de los Monstruos, simplemente habían pagado por su libertad. Vivían en sus mansiones como si la economía no se hubiese hundido, como si los monstruos nunca hubieran tomado las calles y como si millones de personas no hubieran muerto. Nada había cambiado para ellos de un día para otro, salvo que ahora coexistían con monstruos. O, al menos, lo hacían con los monstruos que poseían el mismo poder adquisitivo. Dirigían negocios con ellos, acudían a fiestas de gala con ellos y enviaban a sus hijos a los mismos colegios privados pijos. Resultaba que el dinero sí que podía comprar cualquier cosa.

Luego estaba la parte de la ciudad en la que vivía Kierse. Una vez que dejabas atrás el centro, el mundo pasaba a tener un aspecto increíblemente distinto. Unos edificios de pisos destartalados que habían triplicado su precio de un día para otro. Una fuerza policial que solo se preocupaba por quienes les llenaban los bolsillos. Las bandas callejeras aparecían en cada esquina. Tanto mujeres como hombres comenzaron a vender sus cuerpos cuando el resto de los trabajos se esfumaron. La destrucción no solo había traído consigo la aparición de los monstruos, sino que los había convertido a todos en uno.

Desde la implantación del Tratado de los Monstruos, los comercios habían abierto de nuevo, la gente volvía a salir después de que anocheciera y los precios se estaban recuperando. Cada vez había más gente que abandonaba las sombras en busca de luz, pero la ciudad no había cambiado del todo. Las bandas seguían dominando las calles. Los prostíbulos se alineaban a lo largo de las manzanas de la parte baja de Manhattan y sus barrios periféricos. Los monstruos habían dejado de matar abiertamente por diversión, pero, aun así, todos los humanos mantenían las distancias con ellos. Quizás esa fuera ahora la nueva normalidad.

Kierse atajó por el sur hasta que las luces comenzaron a adquirir intensidad. Entonces, enfiló hacia el este. Hacía poco tiempo que la zona centro había comenzado a revitalizarse de nuevo a pesar de que los monstruos seguían ocupando TimesSquare. La joven se entremezcló con *el* flujo constante de peatones. Esquivó como pudo a un voluminoso medio trol que se dirigía a trompicones calle abajo y estuvo a punto de chocar contra un vampiro díscolo. Se apresuró a eludir al vampiro y acabó chocando contra un turista que tenía el móvil en alto para sacarle una foto al trol. Kierse bajó la cabeza para intentar ocultar su aversión. Los móviles habían sido una verdadera necesidad para muchos antes de la Guerra de los Monstruos. Pero ahora, tristemente la mayoría de la gente no podía permitírselos…, ni tampoco viajar. Cómo y por qué los turistas acaudalados seguían queriendo acudir a Nueva York era algo que Kierse no comprendía. Y mucho *menos* cómo podían ser tan inconscientes como para sacarles fotos a monstruos en mitad de la calle. Algunas personas no tenían ningún sentido común.

Kierse pasó de largo a unos turistas que contemplaban boquiabiertos el Rockefeller Center y se encaminó hacia el edificio Amberdash en la avenida Madison. Gregory Amberdash había aprovechado sus habilidades de espectro (una audición excepcional, una increíble velocidad y un gran ojo para los negocios) para hacerse rico durante la Guerra de los Monstruos. Y, a pesar de ello, era una de las pocas personas con dinero a la que Kierse podía soportar. Aunque a la joven no le gustaba particularmente trabajar para monstruos, teniendo en cuenta lo que habían hecho

durante la guerra, lo cierto era que prefería a los monstruos antes que a los humanos ricos, que se habían limitado a quedarse cruzados de brazos y a dejar que el mundo se fuera a la mierda.

El portero le dedicó un asentimiento de cabeza cuando entró en el edificio. El interior contaba con un techo altísimo, unas columnas de mármol y asientos de felpa. A sus clientes de alto nivel les gustaba contar con un lugar de lujo desde el que dirigir sus negocios. El edificio Amberdash era el sitio perfecto para complacerlos. Kierse pasó de largo al conserje, se dirigió hacia los ascensores y se subió al primero que abrió sus puertas.

Introdujo una tarjeta de acceso que la llevó directamente a la planta alta. El propio Amberdash le había proporcionado esa tarjeta para poder saltarse la seguridad e ir directamente hacia el ático. Kierse había comenzado a trabajar para Amberdash cuando aún estaba en el gremio de ladrones de Jason, antes de que las cosas se torcieran. La relación con ese cliente había sobrevivido al desenlace, y ahora Amberdash le proporcionaba trabajos cuando tenía algún cliente que necesitaba algún trabajo sucio. Que él actuara como intermediario ayudaba a que hubiera menos gente intentando matar a Kierse para que la joven guardara sus secretos.

El ascensor emitió un pitido al abrirse y dio paso a un vestíbulo que separaba el despacho de Amberdash de su vivienda. Kierse se estremeció al enfilar hacia su despacho. De ninguna manera le apetecía estar a solas con un espectro en su territorio. Eso era lo mismo que buscar problemas. Como la pérdida de su alma.

Llamó dos veces y una rubia bajita le abrió la puerta. Tenía los ojos vacíos y las mejillas hundidas. Su gesto febril era algo que Kierse solo había visto antes en las otras víctimas voluntarias de Amberdash. Los espectros podían alimentarse del alma de alguien durante años, si lo hacían con cautela. Algunos consideraban que era más placentero contemplar cómo la vida se le escapaba lentamente a la víctima, poco a poco. Como sucedería en cualquier otro trabajo de oficina.

—Señorita McKenna —dijo la mujer tras reconocerla enseguida—. Avisaré al señor Amberdash de que ha llegado. Por favor, pase y póngase cómoda.

Kierse cruzó el umbral mientras la rubia se movía lánguidamente a lo largo de la estancia hacia otra puerta cerrada que conducía a la vivienda. La joven se cruzó de brazos y permaneció de pie, a la espera de acabar de una vez por todas con ese asunto.

Cinco minutos acabaron convirtiéndose en diez. Kierse miró hacia el sofá de cuero con interés. No iba a bajar la guardia, pero detestaba esos juegos mentales. Los espectros no dormían por la noche. De hecho, no estaba del todo segura de que durmieran en algún momento cuando se alimentaban con regularidad. El único motivo por el que Amberdash la estaba haciendo esperar era porque podía.

Justo cuando Kierse comenzaba a pensar que Ethan había estado en lo cierto y que debería haberse deshecho del anillo al día siguiente, una voz le habló sobre la oreja izquierda.

—Entonces… —dij o Amberdash.

Kierse se estremeció y se giró para mirarlo a la cara.

—Amberdash.

El espectro sonrió y ella intentó no temblar. Los espectros podrían hacerse pasar perfectamente por humanos, si no fuera por esa sensación de muerte que emanaba de ellos nada más acercarse a alguien. Por lo general, tenían una piel especialmente cetrina, unas expresiones sombrías y unas sombras que se aferraban a ellos. En definitiva, nadie quería quedarse a solas en

una habitación oscura con un espectro.

—Hola, Kierse. —Pasó por el lado de la joven, entre caminando y deslizándose, hasta llegar detrás de su escritorio—. Supongo que tendrás un motivo para estar aquí.

La joven sacó el anillo de su bolsillo y lo dejó caer sobre la mesa con un golpeteo.

Amberdash tenía el rostro hundido y su atuendo envolvía con delicadeza su constitución alta y delgada.

—Como de costumbre, vuelves a demostrar que tus talentos no están sobrevalorados.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías —respondió él, alargando la mano por encima del escritorio para tomar el anillo.

Kierse dejó caer una mano sobre la joya y enarcó una ceja.

—¿A qué está jugando exactamente, Amberdash?

Los ojos del espectro destellearon ante la audacia de la joven. Tenía los dedos a unos milímetros de la muñeca de Kierse.

—¿Qué quieres decir?

—Me envió a casa de un monstruo sin la información pertinente. Podría haberme matado.

—Yo solo soy el intermediario —respondió, agitando una mano contra las sombras como si eso sirviera de respuesta—. A pesar de todo, habrías acabado aceptando el trabajo. Por eso te pago tan bien. Haces lo que hay que hacer. Por lo que veo, esta noche también lo has hecho.

Kierse cambió de táctica. Retiró la mano de encima del anillo y lo dejó desprotegido. El espectro bajó la mirada hacia la joya y luego la levantó hacia ella.

—Sabe que me encantan los encargos que me asigna. Quiero que sigamos trabajando juntos. Pero también quiero seguir viva. Creía que valoraba el trabajo que hacía para usted. —Kierse soltó un suspiro y se pasó una mano nerviosa por el cabello, revelando así el moratón que se había hecho tras el forcejeo con Graves.

Amberdash ladeó la cabeza.

—No es habitual verte magullada.

—Y me gustaría que eso siguiera siendo así. —Su cabello oscuro volvió a caer sobre el corte —. Soy más valiosa para usted si conservo todas mis extremidades intactas.

—Muy bien. Te pagaré por las molestias, si eso es lo que quieres. —Amberdash se guardó el anillo despacio y luego introdujo un código en su escritorio con el que abrió un cajón que había debajo. Kierse había averiguado el código una vez mientras estaba esperando en esa estancia, solo para comprobar si era capaz de hacerlo. No era tan idiota como para robarle nada. Si lo traicionaba, Amberdash acabaría dándole caza y asesinándola él mismo.

—Se acabaron los monstruos sin previo aviso —añadió Kierse mientras el espectro sacaba un fajo de billetes de cien. Cuando hubo terminado de contar el dinero, se lo pasó por encima de la mesa y ella se lo guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta antes de darse la vuelta para marcharse. Se planteó contarle lo del otro trabajo que le había salido, pero le gustaba mantener sus opciones abiertas.

—Yo que tú me andaría con ojo.

Kierse se quedó petrificada al escuchar aquello. Cuando se dio la vuelta para mirarlo, Amberdash estaba con las manos entrecruzadas delante de él.

—¿Es una amenaza?

—No por mi parte.

La joven se esforzó por no reaccionar.

—¿Qué es lo que sabe?

—Solo que hay *una gran* demanda de talentos como el tuyo —le dijo mientras se adentraba de vuelta a la oscuridad de su despacho—. Así que… ándate con ojo.

Kierse se estremeció al escuchar esa advertencia. Gregory Amberdash no solía hacerlas a la ligera. La joven aguardó hasta que lo perdió de vista y entonces se apresuró a abandonar el edificio Amberdash, aliviada por estar lejos de su alcance y de esa siniestra advertencia.



El autobús dejó a Kierse a un par de manzanas de su casa.

A pesar de la noche que había tenido, seguía muy espabilada. Por lo general, cuando terminaba una misión, la presencia reconfortante de Ethan lograba relajarla sin importar qué clase de monstruo o humano se hallara cerca. El autobús era uno de los últimos vestigios de la antigua Manhattan. Nadie se metía con los conductores de autobús.

Respiró aliviada cuando llegó a su zona. La calle Houston estaba atestada a esas horas de la noche. Todas las tiendas estaban cerradas, incluido su local de *bagels* favorito en toda la ciudad, pero eso no impedía que el Lower East Side cobrara vida de madrugada. La banda criminal local, los Roulettes, patrullaban el barrio. Las chicas la llamaban desde las ventanas mientras Kierse avanzaba hacia el sur por la calle Delancey. Acabó en la esquina entre el cuartel general de los Roulettes, su tienda de ultramarinos de referencia y el local de madame Colette, un burdel emblemático y el lugar al que ella llamaba hogar.

Ethan, Gen y Kierse vivían en el ático del burdel. Gen era la única hija de Colette, y Kierse y Ethan habían empezado siendo sus dos proyectos caritativos, luego sus mejores amigos y ahora su familia. Todo lo que le pertenecía a uno de ellos les pertenecía a todos. Así habían sido las cosas

desde que se conocieron.

Kierse subió los escalones de entrada al edificio, dedicándole una sonrisa al *roulette* que hacía guardia en la puerta principal con una ficha de casino en la solapa.

—Hola, Corey. Creía que esta noche tenías planes con Ethan.

Corey lo era todo para Ethan. Los padres del joven habían emigrado desde Filipinas justo antes de que los monstruos aparecieran y de que la economía se hundiera. Habían tenido grandes sueños para su hijo, pero tras su muerte, Corey había tenido que unirse a los Roulettes para salir adelante. Encajaba a la perfección en la banda, con esos hombros anchos, esos músculos abultados y ese gesto serio. Kierse nunca habría dicho que Ethan y él pudieran hacer tan buena pareja. Ambos se habían conocido en uno de los trabajos que Ethan había hecho para los Roulettes, y Corey se había enamorado de él al instante. Kierse se habría sentido asqueada si no hubiera sido porque se alegraba mucho por su amigo.

Corey le guiñó un ojo.

—Los planes siguen en pie. Mi turno termina pronto. Vamos a ir al festival en Little Italy. ¿Gen y tú también venís?

A Kierse le dio un vuelco al corazón al ponerse a pensar en el festival.

—¿No se ha acabado aún con lo tarde que es?

Hacía solo un par de años atrás, nada habría sobrevivido a la brutalidad de los monstruos por la noche. Y mucho menos un festival callejero. Lo cierto era que parecía que comenzaban a volver a la normalidad.

—No —respondió Corey, revolviéndose el lustroso cabello castaño—. Supongo que durará toda la noche, y más si hay ninfas de por medio.

Kierse se rio.

—Me lo imagino.

Las ninfas eran unos de los pocos monstruos que los humanos podían tolerar. Eran unas criaturitas traviesas, pero las fiestas se les daban genial.

—Deberías venir. Te vendrá bien.

La joven hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Ya veremos.

Corey la dejó pasar sin decirle nada más. Durante las horas de apertura, el burdel era el lugar que menos le gustaba del mundo. La mayoría de las noches, Kierse bajaba por la escalera de incendios para eludir la risa falsa de las trabajadoras sexuales, las miradas acechantes y los manoseos de sus clientes. Pero le tocaba pagar el alquiler, y la joven detestaba dejar para mañana lo que pudiera hacer hoy.

Cuando entró en la sala de estar, se encontró con una pelirroja pechugona con toda la elegancia y la belleza de la líder de ese hogar: madame Colette. A su lado se hallaba sentado Carmine García, su socio y el líder de los Roulettes. Sus frecuentes aventuras amorosas eran de dominio público. Al igual que el hecho de que madame Colette jamás lo dejaría todo por él.

—Llegas tarde —le dijo la mujer, sentada en un sillón antiguo junto a la titilante chimenea del burdel.

—Como siempre, señora —respondió Kierse.

—Haz algo útil y sírveme otro brandi.

Madame Colette nunca admitiría que solía esperar a que Kierse regresara de sus misiones.

Cuando ella había cometido el error de preguntarle al respecto, la mujer le había dado una colleja por esa estupidez. Colette tenía mejores cosas que hacer que permanecer en vela por una niñata a la que su hija había dado cobijo en el ático. Pero Kierse sabía la verdad.

Aun así, le sirvió más brandi a Colette en su copa de cristal. Además, del bueno.

—Carmine, querido. Tenemos negocios que atender —dijo la mujer, agitando sus uñas pintadas de color rojo hacia él.

El hombre se levantó todo lo alto que era y se colocó el bombín sobre su cabello negro engominado hacia atrás. Su piel, de un moreno claro, era lisa y estaba libre de imperfecciones, pero sus ojos del color del ónice eran sagaces y calculadores. Debían serlo para poder liderar a una de las mayores y más despiadadas bandas criminales de la ciudad.

—Desde luego —respondió Carmine, y se ajustó su traje de tres piezas. La luz se proyectó en la ficha plateada de casino que llevaba prendida en su corbata. El hombre pegó los labios contra la pálida muñeca de Colette—. La veo más tarde.

Colette lo despachó con un gesto de la mano, y solo cuando se hubo marchado, dijo:

—¿Por qué parece que te hayan pegado una paliza, niña? —Se recostó contra el sillón, apartándose el flequillo pelirrojo intenso de la frente, blanca y sin arrugas, y de sus ojos azules.

Kierse estiró sus doloridos hombros.

—Sigo estando en forma para pelear, Colette.

—Te iría mejor si te abrieras de piernas por dinero como una buena chica. Todas esas peleas hacen que parezca que acabas de salir de un contenedor. No está a la altura de mi casa ni de mi hospitalidad.

—Tomo nota.

—¿Al menos has traído algo que merezca la pena?

Kierse dejó el dinero del alquiler sobre la mesa y Colette esbozó una sonrisa.

—Pagado al completo.

—Buena chica.

La madame agitó el brandi en su copa. Había tenido a Gen con veinte años y aun así había logrado convertirse en una de las madames más prominentes de la ciudad tras tomarle el relevo a su predecesora y hacer que el burdel adquiriera su nueva gloria.

—¿Algo más?

—Dile a mi querida hija, Génesis, que voy a necesitarla en la carpa otra vez mañana por la noche, ¿de acuerdo?

—Se lo diré. Buenas noches, Colette.

Kierse abandonó el salón y se encaminó hacia la grandiosa escalera principal. Las amplias escaleras abiertas estaban abrillantadas y adornadas con intrincadas barandillas. Eran un vestigio de una época pasada. De antes de que ese edificio de cuatro plantas fuera usado como burdel, cuando vivían en él algunas personalidades de la élite. De antes de que esa parte de la ciudad pasara a manos de los desechos de la sociedad.

Kierse apretó los dientes y subió al ático. Por suerte, nadie la molestó mientras ascendía por las escaleras que la conducían a su refugio. Cuando entró allí, la luz era tenue y proyectaba sobre todas las cosas distintos tonos de medianoche.

Gen estaba tirada sobre su cama. Ethan se había cambiado de atuendo y se encontraba hecho un ovillo detrás de ella, haciéndole despacio pequeñas trenzas por todo su abundante cabello

cobrizo. A Kierse le encantaba verlos así, sin ninguna preocupación. Gen, que se había criado en ese burdel, siempre había vivido creyendo que un día tendría que trabajar en él. Y Ethan, que había sido acogido por la iglesia de Hartford, Connecticut, su ciudad natal, había ido escalando posiciones hasta poder marcharse al fin a Manhattan solo para que acabaran abusando de él y escapara con vida por los pelos.

Y Kierse… Bueno, le encantaba contar con una estrategia de huida porque eso era lo que Gen había sido para ella en el pasado. Jason había descubierto que Kierse había estado intentando abandonar el gremio. En un ataque de ira, le había pegado una paliza que había estado a punto de matarla, para luego darla por muerta. Esa había sido la única salida que había tomado en su vida y que le había salido mal. Y luego Gen la había encontrado y le había dado un hogar.

El mundo al otro lado de aquella habitación era un lugar aterrador. Pero, aunque fuera solo durante ese momento, los tres se sentían en paz.

—¿Una noche dura? —le preguntó Gen.

—Seguro que Ethan ya te lo ha contado —dijo Kierse mientras avanzaba con sigilo por el ruidoso suelo de madera.

Cruzó la zona de entrenamiento en el centro de la estancia y rodeó el andrajoso sofá naranja y el colorido sillón que Gen había retapizado con maestría. Tuvo cuidado de no volcar la pequeña mesa redonda en la que su amiga tenía su parafernalia de lectura del tarot y esquivó la decena de plantas que Ethan estaba intentando revivir. Al joven le fascinaban esas cosas, y a Colette le habría dado un ataque si no fuera porque el chico cultivaba las hierbas que su hija empleaba para elaborar sus tónicos medicinales.

—Colette quiere que estés mañana en la carpa del festival.

Gen resopló.

—Vale. Pero cuéntame lo de esta noche. Ethan dice que las cosas no salieron bien. Que había un monstruo.

—Sí, podría decirse eso. —Kierse respiró hondo y se tiró sobre la cama adyacente. Aquello iba a ser divertido—. Había un monstruo, pero no uno que hubiera visto antes.

Gen profirió un ruidito en señal de protesta. Se quitó a Ethan de encima y se recogió el cabello pelirrojo en un moño en lo alto de la cabeza. Por lo general, era una joven muy tranquila y serena, pero en ese momento su rostro reflejaba una punzada de preocupación. Kierse detestaba preocupar a Gen, pero eran gajes del oficio.

Ethan se puso en pie en el espacio entre las camas.

—Eso es lo que te he dicho yo.

—Es verdad —admitió Gen—, pero no te he creído.

La joven dejó de hablar al darse cuenta de lo callada que estaba Kierse. Gen había estado perdiendo la visión progresivamente debido a una degeneración macular precoz que padecía desde que tenía siete años. Había perdido la mayor parte de su visión central en ambos ojos, pero podía seguir viendo la periferia. La única vez que Colette había pagado una suma desorbitada para que un médico la examinase, la había diagnosticado con una enfermedad rara, le había dicho que no había cura ni tratamiento y la había mandado a paseo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ethan.

Ese era su mundo, su santuario. El único lugar en el que Kierse sentía que podía bajar la guardia por completo. Gen era el faro que los guiaba. Juntos, habían creado aquel lugar en el

mundo que solo les pertenecía a ellos tres. Necesitaban a Gen. Necesitaban ese hogar en el que la hija de la madame de un burdel, un monaguillo y una ladrona podían vivir sin expectativas. Y Kierse estaba a punto de echarlo todo a perder.

—Dos cosas. La primera: me ha ofrecido un trabajo. Y la segunda: tiene magia.

—¿Magia? —dijo Gen.

Al mismo tiempo, Ethan preguntó:

—¿Qué trabajo?

—Sí, magia —respondió Kierse.

—¿Y le crees? —preguntó Ethan. La joven desplazó la mirada hacia él. Era el más joven de los tres. Alto, esbelto y guapo. Si hubiera querido, podría haber ganado más dinero en el burdel que cualquiera de los que trabajaban allí. Ni siquiera esa cicatriz irregular en un lado de la cara podía arruinar lo deslumbrante, atractivo y fascinante que era.

Kierse se encogió de hombros.

—No le hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

—Pero entonces, ¿es algún tipo de monstruo que no conocemos? —preguntó Gen, petrificada al considerar esa posibilidad—, ¿No está sujeto al Tratado de los Monstruos?

—No lo sé —respondió Kierse.

—Pero ese tratado lo firmó un representante de cada raza de monstruos. Eso evita que nos maten… Es lo único que nos mantiene a salvo.

Kierse conocía los términos del Tratado. Los monstruos habían acordado con los humanos que, para hacer del mundo un lugar mejor, todos tenían que dejar sus diferencias a un lado. Los monstruos serían sometidos a las leyes humanas, incluso si cometían asesinato. Y los humanos tenían prohibido interferir en los asuntos de los monstruos, a no ser que estos últimos estuvieran incumpliendo alguna ley humana. Eso significaba que un humano que allanara la casa de un monstruo, tal y como había hecho Kierse esa noche, podía ser asesinado. Sin hacer preguntas. Eso les otorgaba a los monstruos más autonomía de la que a muchos humanos les hacía sentirse cómodos, pero era un compromiso.

—La verdad es que esa es la menor de mis preocupaciones. —Kierse se levantó y se alejó de sus amigos.

—¿De qué tipo de trabajo se trata, Kierse? —le preguntó Gen.

—De los peligrosos —respondió la joven con frialdad—. Tengo que robar algo muy poderoso a unos monstruos muy malos. Es el tipo de trabajo que requiere de una visita a los bajos fondos.

Gen tragó saliva.

—Ay, Kierse.

—Y el dinero no supone un problema. Cuando lo haya acabado, contaremos con toda la protección y ahorros suficientes para marcharnos de aquí.

—¿Tiene esto que ver con Torra? —susurró Ethan. Gen le dio un apretón en la mano para intentar hacerlo callar.

Kierse se encogió. No hablaba sobre Torra, y no pensaba comenzar entonces.

—Ese hombre puede tener información sobre mis orígenes —respondió, en lugar de adentrarse en el tema peliagudo que suponía su exnovia.

Kierse sabía muy poco sobre su propio pasado. Su madre había muerto al nacer ella. Luego, había vivido un corto periodo de tiempo con su padre, pero este la había abandonado siendo muy

pequeña. Un día, la había acompañado hasta el colegio y, al siguiente, había desaparecido. Las penurias en las calles habían borrado todo lo bueno que había quedado dentro de ella. Ni siquiera lograba recordar la cara o la voz de su padre. Los recuerdos eran un borrón.

Lo único que le quedaba de sus padres era su collar.

Había terminado en las calles y había aprendido a apañárselas sola. Al final, había acabado siendo reclutada por Jason cuando este la había pillado robando carteras como si nada. Entonces la joven se había unido a su gremio de ladrones. Con él había ido perfeccionando sus habilidades y, al final, le había pagado su brutalidad hacia ella clavándole un cuchillo en las tripas. Y hasta nunca.

Aquello demostraba que Kierse era más que capaz y que el tiempo que había pasado sola desde que sus padres la habían abandonado había acabado por convertirla en la persona que era. ¿Le habría enseñado su padre a tener esa resiliencia? ¿Le habría transmitido su madre sus poderes? No tenía ninguna respuesta, y no había conocido a nadie que pudiera proporcionarle una…, hasta ahora. Lo que le había sucedido en el pasado se había perdido en el tiempo.

Pero quizás ese ya no fuera el caso. Iba a abrir la boca para decir exactamente eso cuando escuchó unos gritos procedentes del piso de abajo.

Corey irrumpió en la estancia entre gritos.

—¡Asalto de bandas!

—¿Qué cojones? —dijo Ethan, conmocionado.

—Asalto de bandas —repitió el recién llegado—. ¡Tenemos que sacaros de aquí, joder! Tengo que ayudar a las chicas. —Le plantó un beso firme a Ethan en los labios—. Tened cuidado.

—Lo tendremos —respondió el joven, intentando agarrar a Corey, aunque él ya estaba saliendo a toda prisa del ático.

Kierse se lanzó a la acción y acompañó a Ethan y a Gen hasta la escalera de incendios que había en la parte trasera del edificio. Durante todo ese rato, estuvo dándole vueltas a la cabeza.

¿Un ataque de bandas? ¿Qué banda iba a ser tan estúpida como para atacar el local de Colette? Los Roulettes tenían intimidados a casi todos en esa *zona*. Había muy pocas bandas que pudieran plantarles cara.

Kierse no tenía tiempo de pararse a pensar. Necesitaba sacar a sus amigos del burdel y llevarlos a un lugar seguro.

Comprobó que todo estuviese despejado y ayudó a Gen a salir por la ventana.

—Sigue tú —dijo Gen, irritada—. Yo puedo bajar sola.

—¿Ethan? —Kierse lo llamó mientras descendía por la escalera de incendios.

—Voy detrás de vosotras.

Kierse escuchaba los disparos en la lejanía y los gritos en el interior del edificio. Llevaba años viviendo allí y, aunque se habían producido trifulcas entre las bandas locales, desacuerdos con clientes y disturbios con nuevos trabajadores, nunca había tenido lugar un verdadero ataque. Habían asaltado su refugio, y eso la enfurecía.

La joven comprobó que su ruta de huida estuviera despejada antes de bajar los últimos metros que quedaban hasta la acera. Gen cayó detrás de ella, sujetándose a la escalera con vacilación. Por suerte, usaba la escalera de incendios tan a menudo como Ethan para evitar a su madre. Aunque eso no había hecho que a Kierse le preocupara menos que aterrizara de forma inestable. Ethan

saltó a mitad de la escalera y cayó de pie sin problema detrás de ellas.

Aparte de las misiones con Kierse, Ethan trabajaba haciendo recados para Colette, transmitiendo mensajes y tratando con los Roulettes. Se pasaba la mayor parte de las mañanas haciendo ejercicio hasta acabar sudado para intentar definir aún más esos músculos marcados y esbeltos. Kierse nunca había estado tan agradecida de tenerlo a su lado como cuando Gen se encontraba con ellos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ethan.

—Al festival —respondió Kierse enseguida—. Nos ocultaremos entre la gente.

Él asintió y tomó la mano de Gen mientras se encaminaban hacia Little Italy.

Estaban doblando una esquina cuando, de repente, Kierse sintió algo raro. Sus instintos se activaron cuando se le erizó el vello de la nuca y un malestar anidó en su barriga. Se dejó llevar por esa sensación. Lo que quiera que fuera eso, cualquier ventaja que le aportara, confiaría en ello. Centró toda su atención en la siguiente esquina justo antes de que un arma apareciera y le apuntara directamente a la cara.

Gen soltó un gritó. Ethan jadeó. En ese mismo instante, Kierse volvió al presente y dio un paso hacia el intruso mientras él se les abalanzaba. La joven esquivó el arma en cuestión de un segundo y, con determinación, le asestó un golpe contra los delicados huesos de la muñeca. El hombre soltó una maldición cuando el arma cayó al suelo a varios metros de distancia.

No había tiempo para hacer preguntas. No había tiempo para pensar en quién diantres era ese hombre. El arma ya no entraba en la ecuación; sin embargo, si todo se veía reducido a la fuerza bruta del atacante contra la de Kierse, no pintaba bien. La joven sabía pelear, pero su constitución no era óptima para ello, y no quería hacerlo a no ser que fuese absolutamente necesario. Su *modus operandi* siempre se había basado en el sigilo, en mantenerse oculta, en evitar ser vista y, si todo lo demás fallaba, en huir. En un cara a cara, ese hombre tan gigantesco seguramente acabaría con ella.

Así que Kierse tiró del hombre para acercarlo a ella en lugar de alejarlo. En ese momento de confusión, le clavó la rodilla en la entrepierna de la forma más rápida y eficiente posible. El hombre jadeó y se desplomó contra el suelo.

No había tiempo que perder. Kierse se giró hacia Gen y Ethan y les gritó una única orden:

—¡Corred!



No hizo falta que lo repitiera dos veces.

Gen y Ethan pasaron por encima del hombre. Kierse los siguió de cerca. La joven miró por encima de su hombro una única vez para ver a su atacante, que intentaba ponerse en pie mientras gritaba órdenes. Grabó la imagen de ese hombre en su cabeza. Iba vestido completamente de negro, con un gorro que le cubría el cabello. Mediría un metro ochenta, y tenía las mejillas sonrosadas, los ojos de un verde esmeralda y una sonrisa torcida. Llevaba un broche de un roble en la solapa de su abrigo. ¿Se trataría de un druida? ¿Qué leches hacía una banda de Brooklyn enfrentándose a los Roulettes?

Kierse no tenía ninguna intención de quedarse para averiguarlo. Se apresuró a adentrarse en la noche, adelantando a sus amigos y tomando la calle Grand. Nadie dijo nada mientras huían del caos del burdel hacia las afueras del festival. Allí al menos podían perderse entre el gentío.

A pesar de la nieve, miles de personas bailaban, bebían y se divertían. Pagaban por comida, bebida, sexo y la predicción de su futuro en las carpas que se alineaban a lo largo de la calle Mulberry en Little Italy. Era como una feria de las de antaño, con máscaras, disfraces y jolgorio. Las ninfas revoloteaban por el lugar, sin perderse del todo entre la gente debido a su cabello

multicolor. Suponían una agradable visión en cualquier fiesta a causa de su belleza etérea y la inspiración que transmitían, al estilo de las musas. No obstante, seguían siendo monstruos, y lo último que podía querer un humano era cabrear a una ninfa, a esos picaros diablillos. Aunque, al menos, esa noche parecía que se estaba respetando el Tratado y que todo iba bien. Sin embargo, otros peligros acechaban entre las sombras.

Tras coger a Gen de la mano, Kierse se abrió camino a empellones por entre la multitud. Costaba creer que durante las noches de festival habían estado allí fuera, en la carpa rosa, morada y anaranjada del burdel, donde Gen ganaba dinero por contemplar una bola de cristal, leer las palmas de las manos y echar las cartas. Los allegados a la joven sabían que lo del tarot era solo cuestión de suerte, y únicamente sucedía cuando las cartas le hablaban, pero nadie más lo sabía. Era su propia forma de robo. Y Gen había acertado suficientes veces como para acabar siendo respetada dentro de esa comunidad. No era solo por ser hija de Colette, sino por ser Génesis, la dama profeta. Un título ridículo para una verdad a medias.

El mundo se había sumido en la oscuridad. Los copos de nieve caían sobre los juerguistas.

—¿Qué hacemos? —jadeó Ethan.

Gen se estremeció contra él. La chica parecía tan joven y frágil, allí de pie mientras los copos de nieve caían sobre las calles como si alguien hubiera roto una almohada de plumas y hubiera dejado que se desperdigaran por todas partes. A Kierse aquello le venía grande. Su habitual sensación de control se había evaporado.

—¿Kierse? —dijo Gen.

—Creo que no nos han seguido —respondió ella. Escudriñó a los vendedores ambulantes y no vio ningún rostro familiar. Cuando regresara, iba a tener que hablar con los Roulettes sobre lo que había pasado—. Vamos. Encontremos un sitio en el que guarecernos hasta que todo se calme.

Kierse se abrió paso a codazos a través de la diversa mezcla de gente. La multitud era tan numerosa que dificultaba la tarea, pero logró avanzar. Examinó su entorno, calculando el número de personas que se interponían entre ella y la salida más cercana, y trazó una ruta hacia el siguiente puesto vacío. Todo esto lo hizo mientras agarraba la mano trémula de Gen y tiraba de ella, con Ethan de cerca. Esquivaron a una pareja que se besaba y a una ninfa que enrollaba su cabello azul verdoso alrededor de un dedo.

Ya casi habían llegado cuando una mujer negra y fornida le cortó el paso a Kierse, —No tienes a dónde ir. —Su tono era cerrado e indiscutiblemente extranjero. Un marcado acento irlandés. Llevaba un roble tatuado en la garganta.

—Druida —siseó Kierse.

La mujer le enseñó los dientes.

—El jefe ha dicho que se te ha acabado el tiempo.

—Ethan —susurró Kierse—, protege a Gen.

La ladrona no quería pararse a comprobar si su amigo le había hecho caso. Dejó que el tiempo se ralentizara para poder anticipar lo que la mujer haría a continuación. Si dar un rodeo no iba a funcionar, entonces tendría que seguir de frente. Iba a emplear todas esas técnicas que había practicado sin parar.

Kierse apretó los dientes, se sacó un cuchillo de la manga y lanzó una estocada hacia el pecho de la mujer. Esta se apartó del alcance del cuchillo y sacó otros dos. Esa mujer no esperaba que

Kierse supiera pelear. La joven era ágil y veloz, pero más como una corredora de fondo que de maratón, así que aquello tenía que acabar rápido.

Se acercó a la mujer, respirando entrecortadamente y con los brazos en posición. La druida la atacó primero, lanzando uno de sus cuchillos hacia delante. Kierse se apartó con brusquedad.

Esquivó el golpe y se abalanzó con su propio cuchillo contra la mujer, haciéndole un corte en el brazo. Su atacante se movió con fluidez mientras intentaba de nuevo atacar a Kierse, pero ella estaba preparada. Volvió a golpearla y arrastró el cuchillo a lo largo del muslo expuesto de su contrincante.

Kierse aprovechó su ventaja. La mujer se apartó enseguida de la trayectoria del cuchillo y luego apuntó con el suyo hacia las costillas de la joven.

—¡A tu izquierda! —gritó Ethan.

Kierse dio un respingo al oír la voz de su amigo. Se movió, pero no lo bastante rápido. El cuchillo le arañó la costilla izquierda, haciéndola sangrar.

La ladrona siseó cuando sintió dolor en el costado. No podía perder. No ahora.

Era sorprendente que nadie les prestara la más mínima atención. Daba igual que estuviesen peleándose en un espacio público y que estuviesen sangrando en la calle. Tal vez en el Upper East Side alguien hubiera gritado y huido del lugar, pero allí esa era una escena común. Se producían demasiadas peleas como para que a la gente le importase. Solo cuando se desenfundaban las armas o se sacaban los colmillos y las garras era cuando los testigos presenciales sabían que tenían que huir.

La respiración de Kierse se intensificó. La joven podía sentir cómo le latía el corazón a toda prisa. Intentó sumirse en ese estado en el que lo veía todo a cámara lenta, pero estaba agotada. Mucha adrenalina demasiado rápido. Necesitaba tomarse un momento para pensar. Un momento para respirar. Pero no lo tenía.

—Se acabó. Ríndete y prometo acabar rápido con esto —le espetó la mujer.

Kierse se negó a morder el anzuelo. Tenía personas a las que proteger. Personas que contaban con ella. Esa mujer quería cabrearla para que cometiera un error. Pero el único error que había cometido era no haber acabado con eso antes. Tenía que dar por sentado que otros druidas habían seguido a aquella mujer hasta allí. Y si el primer atacante los alcanzaba, acabarían siendo dos contra una. A Kierse no le gustaban esas probabilidades.

La joven suspiró profundamente, como si se estuviera rindiendo. Asintió con la cabeza hacia su contrincante y dejó caer despacio el cuchillo cerca de su costado. Entonces aguardó a ver si la otra mujer había mordido el anzuelo. Tal y como esperaba, se apresuró a acercarse a ella, pensando que tenía ante sí una presa fácil.

En cuanto la tuvo cerca, Kierse giró en redondo, la agarró del brazo y le partió la muñeca. La atacante dejó caer el cuchillo con un jadeo ahogado. Kierse le golpeó con la mano en los riñones con la suficiente fuerza como para hacerla caer de rodillas. Y, una vez que se hubo caído, le estrelló la empuñadura del cuchillo contra la sien. La mujer se tambaleó durante un momento antes de desplomarse como si fuera un saco de patatas.

—Me cago en la puta —exclamó Ethan.

—Kierse —dijo Gen en un creciente estado de alarma.

—No sé si habrá más —respondió la ladrona mientras se giraba hacia sus amigos. Todo había pasado muy rápido y, a la vez, parecía haber llevado mucho tiempo—. Tenemos que movernos.

—Agarró de nuevo la mano de Gen y echó a correr.

—¿Por qué vienen a por nosotros? —jadeó Ethan.

Kierse había dado por sentado que se trataría de un problema de los Roulettes, pero esa mujer había dicho que su jefe la quería muerta a ella. ¿Por qué leches iban los Druidas a querer matarla? ¿Por qué iban a tener tanto interés en liquidarla como para atacar el burdel y declararles la guerra a los Roulettes? Solo había cambiado una cosa: Graves.

—Joder —siseó Kierse—. Esta noche, cuando abandoné su edificio, Amberdash me dijo que me anduviera con ojo.

—¿Tiene esto que ver con el tipo que te ha ofrecido un trabajo? —inquirió Ethan, incrédulo, esquivando a tres personas que reían y bailaban.

—¿Quiere verte muerta ese tipo o es que esos eran sus enemigos? —preguntó Gen entre jadeos mientras continuaban abriéndose camino por entre el gentío.

Kierse se había tomado en serio lo que le había dicho Amberdash, pero no se le había pasado por la cabeza que aquello pudiera significar que unos enemigos *atacarían su* lugar seguro.

—Limitaos a… daros prisa.

Kierse no sabía qué hacer si había más druidas tras ellos, y según la mujer, debía dar por sentado que así era. No podría enfrentarse a más gente. Apenas le quedaban fuerzas para correr. Y no sabía qué significaría todo eso para sus amigos. ¿Los convertía eso en daños colaterales?

Algo fiero y letal se abrió paso por su pecho al pensar en ello. No. Ellos eran sus amigos, su familia, su hogar. No cometería ningún error si ellos estaban involucrados. Prefería matar que dejar que sus atacantes les tocaran un pelo de la cabeza a sus amigos.

—Tengo una idea —soltó Kierse a toda prisa, ignorando el dolor agudo en su tobillo mientras esquivaban a dos personas más—. Seguidme. Salgamos de este follón.

Con un renovado subidón de energía, se abrió camino entre la masa de gente en dirección al norte, hacia NoHo. Gen respiraba laboriosamente detrás de ella. Kierse y Ethan solían entrenar, pero Gen era blanda y maleable. Sus especialidades correspondían a otras áreas. Kierse nunca había tenido que preocuparse de aquello hasta ese momento.

—Estoy bien. Seguid —les instó Gen entre jadeos.

Entonces Kierse se centró en el presente y corrió calle Prince abajo hasta doblar la siguiente esquina a la izquierda. Salió a un callejón prácticamente vacío que conectaba con Lafayette. Empujó a Ethan y a Gen delante de ella.

—¡Seguid!

Si lograba conseguir que llegaran al otro lado, entonces podría enfrentarse a su atacante mientras ellos huían. Veía la salida del callejón como si fuese un faro que la atrajera en mitad de la noche mientras sus amigos corrían hacia el final de la calle. Entonces, a seis metros de la salida, el primer atacante se interpuso en su camino. Y volvía a blandir un arma.

El primer disparo rebotó contra el suelo y no acertó a Kierse por los pelos. Gen profirió un grito y Ethan tiró de ambos hacia un lado, contra la pared de ladrillo y fuera de la trayectoria del arma.

—Esfumaos —le gritó Kierse a Ethan mientras el joven empujaba a Gen hacia una puerta cerrada.

Kierse buscó un lugar en el que esconderse, al tiempo que sacaba el arma de su bota y apuntaba hacia el atacante. Con la silueta del hombre recortada en la boca del callejón, la joven

no lograba discernir nada sobre él.

—Baja el arma —gruñó el hombre.

—Tú primero —le espetó ella.

—La persecución ha sido divertida, y has acabado con Orla. Me impresionaría bastante si no fuera un poco irritante.

—¿Por qué estáis aquí? —le preguntó Kierse—. ¿Por qué nos perseguís?

—A ellos no los queremos. Solo a ti —dijo el hombre tras esbozar una sonrisa que a Kierse no le gustó nada—. Estás trabajando con el enemigo. Lo que significa que tenemos que eliminarte. Son negocios. Seguro que lo entiendes.

A Kierse se le retorció el estómago. Conque aquello sí que tenía que ver con Graves. Alguien había descubierto que había estado en su casa. Había salido por la puerta principal como si nada.

Un segundo hombre apareció en la boca del callejón.

—Estás acorralada.

Kierse movió el arma y apuntó con ella al recién llegado.

—Me entregaré, pero ¿dejaréis marchar a mis amigos?

—No tenemos nada contra ellos. Solo los mataremos si sigues intentando escapar. Dado que te has quedado sin opciones, es el mejor momento para entregarte.

—¡No, Kierse! —gritó Gen.

—¡Desde luego que no! —insistió Ethan.

—Declan, no puedes hablar en serio —dijo el segundo hombre—. Lorcan te abrirá desde la nariz hasta el ombligo si los dejas marchar.

—Cierra el pico, Cormac —estalló Declan. Hizo un gesto con su arma para indicarle a Kierse que sus amigos podían marcharse.

Lorcan. La joven guardó aquel nombre en su memoria para más tarde, cuando Gen y Ethan ya no corrieran peligro.

—Kierse —dijo Ethan. Su voz no era más que un susurro.

Los dos druidas estaban discutiendo entre ellos. Creían que Kierse había elegido detenerse junto a ese edificio de forma aleatoria. La joven había intentado dar la impresión de que ya la habían derrotado, de que de verdad iba a renunciar a sus amigos.

—Ahora —declaró Kierse justo cuando disparó una bala contra el primer hombre.

Ethan abrió la puerta de golpe y tiró de la mano de Gen. Kierse los siguió de cerca. Se tomó un segundo más para volver a cerrar la puerta y luego recorrer el familiar edificio de apartamentos. Uno de sus exnovios había vivido allí durante un par de meses antes de mudarse a un barrio más seguro. Y Kierse jamás olvidaba la distribución de un lugar.

El sonido de cristales rotos y pisadas de botas sobre azulejos sonó tras ellos mientras corrían hacia la entrada principal. Un grupito de gente que fumaba marihuana se pegó contra los buzones cuando los tres pasaron corriendo por su lado y salieron hacia la atestada calle Houston.

Kierse levantó una mano para parar al primer taxi disponible. No tuvo tiempo de pensar en el precio desorbitado que pagaría antes de meter a sus amigos en el asiento trasero delante de ella. Cerró la puerta de golpe justo cuando Declan y Cormac aparecieron en la acera y el taxi arrancó.

—¿Adónde? —preguntó el taxista con impaciencia, como si no se hubiera dado cuenta del peligro que acababa de correr ese trío.

Ethan y Gen miraron a la ladrona interrogantes. No podían regresar al burdel. No era seguro.

Eso había pasado a ser evidente. Solo les quedaba otra opción.

—A Five Points —dijo Kierse.



Cuando el taxi por fin se detuvo a una manzana del Five Points, Kierse lanzó el pago por el trayecto sobre el asiento sin más preámbulos, abrió la puerta con brusquedad y se apeó. La sostuvo abierta para Ethan y luego para Gen. El joven se enganchó a Gen, con la mirada desorbitada a causa de un terror mal disimulado. La chica también tenía mal aspecto después de la persecución, pero, por lo demás, el recorrido en taxi había hecho que recuperara su calma habitual.

—¿Estáis bien? —preguntó Kierse.

Los dos intercambiaron una mirada antes de asentir. Gen tomó la mano de su amiga.

—¿Y tú estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—En marcha.

La ladrona se colocó entre sus dos amigos.

—Todo este asunto es un verdadero follón. —Ethan caminaba con la cabeza gacha y las manos dentro de los bolsillos—. No podemos volver con Colette. Tendremos que encontrar un

modo de hacerle saber qué nos ha pasado. Y a Corey también. —El joven pareció sucumbir al pánico—. Estará preocupado.

—Mi madre es una mujer formidable —comentó Gen—. Y Corey ha sido el que nos ha dicho que nos marcháramos. Esta noche no estará muy preocupado. Todo irá bien.

—Pero ¿cómo vamos a contactar con ellos? Ni siquiera tenemos un móvil.

Kierse dejó escapar un suspiro y dijo unas palabras que detestaba tener que pronunciar:

—Nate sabrá qué hacer.

Porque Nate O'Connor tenía la solución para cualquier cosa. Kierse estaba segura de que también la tendría para ese nuevo dilema. Y la joven tenía en mente algo que iba más allá de proporcionarles protección y un modo de comunicarse.

—Estamos en buenas manos —dijo Gen.

—Pero ese era nuestro hogar —susurró Ethan, expresando lo que todos estaban pensando.

—Lo sé —añadió Kierse.

Después de eso, guardaron silencio. Les habían arrebatado su hogar, pero, al menos, se tenían los unos a los otros.

Kierse condujo al grupo hasta que doblaron una esquina y bajaron por la calle Diez hasta el gigantesco almacén que conformaba la planta baja del Five Points. Su nombre era un homenaje al conocido barrio homónimo en la parte baja de Manhattan, territorio de la famosa banda de los Five Points durante el siglo XIX. Encajaba a la perfección con la consolidación de las cinco manadas de lobos que se había producido durante la Guerra de los Monstruos bajo el mando del afamado hombre lobo alfa, Nate O'Connor. En ese edificio, los monstruos habían estado conviviendo de forma pacífica con los humanos incluso desde antes de que se estableciera el Tratado. Hacía mucho tiempo que suponía un refugio para aquellos que habían creído en un futuro conjunto para monstruos y humanos, y que seguían creyendo en él a día de hoy.

El exterior era negro con un gran y brillante cartel azul, y una cola de gente rodeaba todo el edificio. Los tres amigos se encaminaron hacia la entrada trasera, donde aguardaron su turno mientras Kierse, que no dejaba de mover el pie con impaciencia, contemplaba cómo se llevaban a cabo los trapícheos de drogas en el parque de la calle de enfrente.

Pasaron varios minutos antes de que llegaran al frente de la fila. El portero le echó un vistazo al trío de arriba abajo y señaló un cartel en el que se leía: «Aquí acatamos el Tratado de los Monstruos».

—¿Os supone eso algún problema?

—Ninguno —le respondió Kierse—. Solo hemos venido a ver a Nate. ¿Está aquí esta noche?

—No lo sé —dijo el hombre—. No lo he visto. Podéis pasar.

Kierse pagó la entrada y los tres entraron. El edificio era una monstruosidad. Lo que en el pasado había sido un gran almacén se había convertido en un animado club nocturno lleno hasta los topes de gente bailando. A Ethan se le iluminó el rostro ante la extravagancia del lugar. Era más fiestero de lo que le gustaba admitir. Era joven, guapo y estaba abierto a cualquier cosa. Aunque era evidente que hubiera preferido estar allí con Corey.

Kierse no comprendía cómo Ethan y ella habían pasado por experiencias tan similares y, sin embargo, él mostraba sus emociones abiertamente, mientras que la joven había acabado cerrándose en banda y rota por dentro.

—Este lugar emana mucha energía —dijo Gen.

No se equivocaba. Five Points era el club nocturno de referencia. En el pasado, solía estar incluso más lleno, pero los festivales callejeros eran su nueva competencia.

—Menos mal que no hay luna llena —masculló Kierse—, si no, todo este lugar estaría confinado.

Ethan se estremeció.

—Hubiera sido muy mal momento.

Los hombres lobo podían transformarse cuando quisieran, pero durante las tres noches que duraba la luna llena, no les quedaba elección. Entonces pasaba a ser un acto animal, y cualquier cosa que se cruzara en su camino estaba destinada a acabar muerta. Kierse recordaba cómo las calles se sumían en el silencio durante esos tres días. Las puertas acababan selladas a cal y canto, todos los negocios cerraban y no se oía ni pío. Bajo el mando de Nate como alfa, los hombres lobo se confinaban durante esos días para así respetar el Tratado de los Monstruos.

—Vamos, busquemos a Nate.

Kierse y Ethan dejaron a Gen entre ambos mientras avanzaban por el club. Después de la divertida persecución que acababan de vivir en el festival, el gentío allí parecía menos agobiante que de costumbre. Kierse mantuvo la cabeza alta y los ojos fijos al frente.

Cuando llegaron al bar, se inclinó sobre la barra para hablar con la camarera rubia, que llevaba, enganchado a su escotado corpiño, un broche de una media luna con cinco estrellas, el símbolo de los Temibles.

—Oye, ¿está Nate por aquí?

La mujer sirvió dos chupitos y se los pasó por encima de la barra a la pareja que Kierse tenía delante. Tomó el dinero que le entregaban antes de dirigirse a ella.

—¿Buscas a Nate? ¿De qué lo conoces?

—Somos amigos.

—Nate es amigo de todo el mundo —respondió la camarera con una carcajada—. Tendrás que ser más específica.

—Soy su hermana pequeña.

La camarera la miró de arriba abajo.

—Nate no tiene hermanas. Y menos mal. De lo contrario, sería la mujer más sobreprotegida de toda la ciudad. Pero si se la está pegando a Maura contigo, le cortaré las pelotas.

Kierse soltó una carcajada y dejó sobre la barra un billete de cincuenta.

—Si se la pega a Maura, lo mataré yo misma. Somos más bien socios. Dile que Kierse McKenna está aquí.

—Kierse McKenna —repitió la mujer al reconocer el nombre mientras se guardaba el dinero —. He oído hablar de ti.

—¿Ah, sí? —Kierse nunca sabía si eso era algo bueno. No reconocía a esa mujer, pero había pasado un año desde que había estado con los lobos.

—Sí, Finn es mi novio. Me ha contado que solíais trabajar juntos para el jefe.

—Llevaba mucho tiempo sin escuchar ese nombre —dijo Kierse. Finn había sido su persona de contacto en el pasado. Ronan y él habían ocupado el rango superior del círculo de Nate.

—Soy Cara. Vamos. —La mujer lanzó un paño hacia la barra—. Iré a ver qué está haciendo el jefe.

Kierse les hizo una seña a sus amigos con la cabeza mientras Cara levantaba la portezuela de

la barra para dejarlos pasar hacia la parte de atrás. Cruzaron la puerta del servicio y subieron un tramo de escaleras.

Cara llamó dos veces a la puerta.

—Jefe, vas a querer ver esto.

—¡He dicho que no me molesten! —gritó Nate al mismo tiempo que abría la puerta de golpe con una mueca feroz en los labios.

Desplazó la mirada de Cara a Kierse en un segundo y abrió los ojos como platos.

La ladrona le dedicó una amplia sonrisa.

—Hola, Nate.

—¡No me jodas! Kierse McKenna en el Five Points.

La ladrona no pudo evitar que la sonrisa se le ensanchara aún más al verlo. Nathaniel O'Connor tenía unos treinta años, era de estatura media y con músculos fibrosos. Su tez era de un tono ambarino, como una luna de cosecha, y sus ojos, color avellana. Su cabello era castaño, corto y rizado. Además, contaba con un pico de oro y esa irresistible sonrisa característica de un O'Connor. Ya era una verdadera pieza antes de que Kierse descubriera que se trataba de un hombre lobo, con ese carácter posesivo, depredador y temperamental.

La familia de su padre había pertenecido a una poderosa mafia irlandesa que se remontaba generaciones atrás, hasta que Nate había sido mordido durante la guerra. La mafia había caído y el joven se había convertido en un alfa, unificando a los lobos de Manhattan bajo su mando en la banda de los Temibles. Kierse había colaborado con él durante años en algunos trabajos hasta que su propio mundo se había desmoronado. Había pasado más de un año desde que habían tomado caminos distintos, pero, maldita sea, cuánto se alegraba de verlo.

—He vuelto.

Nate intentó darle un abrazo, pero Kierse lo esquivó.

—Vale, vale —dijo la joven entre risas.

—Sé que me has echado de menos. —Nate le recorrió el cuerpo con la mirada para examinar su estado. Soltó un silbido bajo—. Parece que has tenido una noche dura.

—Ni que lo digas.

Kierse llevaba un año sin hablar con Nate, y verlo de nuevo le hizo recordar los vínculos tan estrechos que compartían. Después de que Gen hubiera salvado a Kierse, Colette había querido que la joven retomara de forma segura los robos. Amberdash era peligroso; esa noche había sido prueba de ello. Pero, en el pasado, Kierse había contado con un amigo, un alfa de la zona que necesitaba a alguien para un par de trabajillos extra. Ella no había tardado en acceder. Había consistido en tareas sencillas, cosas que la joven podía hacer con los ojos cerrados, pero que la habían cambiado de un modo que no sabía ni cómo explicar.

Dejó de esperar que Nate fuera a tirarla de un tejado o a darla por muerta en mitad de un trabajo. De repente, había pasado a darse cuenta de que… podía confiar en él. Entonces ese hombre lobo se había convertido en una constante en su mundo.

Hasta lo de Torra.

Hasta que todo se hizo añicos.

—¿Recuerdas a Gen y a Ethan?

—Desde luego —dijo el hombre lobo, que le estrechó la mano al joven.

—Me alegro de volver a verte, Nate —respondió este.

—Génesis, la profeta —declaró Nate con una sonrisa lobuna. A continuación, la rodeó con un brazo con cariño.

—Hola, Nate —dijo Gen con timidez.

—Cualquier amigo de Kierse también es amigo mío —comentó él.

—Dirás amigo de Colette —lo corrigió Ethan.

—Oye, aquí todos somos familia.

Nate era tan discreto que nadie habría adivinado que era el líder de los Temibles. Sin embargo, Kierse sabía que el joven, en el fondo de su corazón, solo quería lo mejor para la ciudad.

—Gracias, Cara —le dijo Nate a la camarera—. Eso es todo.

—No hay de qué. Un placer conocerte, Kierse —dijo ella antes de desaparecer.

Nate presionó con un dedo la herida que Kierse tenía en un costado.

—Vamos a echarle un vistazo a esto. Doy por sentado que si has venido a verme, es porque te has metido en un lío. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un año?

La ladrona asintió. Se había encogido cuando Nate le había tocado la herida.

—Estoy bien.

—Maura está de camino. Deja que te atienda.

—Vale —cedió.

—Bueno, ¿y ese problema que tenéis? —preguntó Nate, ladeando la cabeza hacia Kierse.

—Acepté un trabajo. Me pillaron. —Nate enarcó las celas—. Ya lo sé, no es lo habitual. En fin, el tipo me dejó marchar, pero, al parecer, cuenta con enemigos poderosos.

—¿Cómo de poderosos? —le preguntó el hombre lobo.

—Druidas.

Nate profirió un gruñido bajo.

—Perfecto, joder.

—Ya. Han atacado el burdel con los Roulettes allí dentro y nos han perseguido hasta el festival callejero de esta noche en Little Italy. Hemos escapado por los pelos.

—Estás de mierda hasta el cuello.

—Sé que te pongo en un compromiso, pero ¿podríamos quedarnos aquí? Solo hasta que averigüe cómo quitarnos a esos capullos de encima.

Nate la miró detenidamente con la cabeza ladeada, transmitiéndole que sabía que no le había contado ni la mitad de la historia. Aun así, asintió.

—Por supuesto. Parece que hayáis visto a un fantasma. ¿Por qué no os llevo a vuestras habitaciones? Y luego, Kierse, dejaremos que Maura le eche un vistazo a eso. —El hombre lobo se giró hacia Gen y Ethan—, ¿Alguno de vosotros dos está herido?

Ambos negaron con la cabeza. Nate abrió la puerta trasera y los condujo a través de una escalera a la vivienda.

—¿Estaréis bien aquí? —les preguntó, señalando hacia un par de habitaciones.

—Es perfecto —dijo Kierse—. Sé que quieres saber más, pero antes tengo que hablar con ellos. ¿Podemos ponernos al día cuando regrese Maura?

Nate señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Si no te estás desangrando, creo que podemos posponerlo un par de minutos. Parece que tus amigos te necesitan.

—Sí —respondió ella—. Ha sido una noche larga. ¿Podrías hacerme un favor y contactar con

Corey de los Roulettes? Es el novio de Ethan. Estará de los putos nervios.

—Desde luego. —Antes de que Kierse entrara en la habitación, Nate añadió—: Oye, me alegro mucho de volver a verte.

La joven sintió una punzada de dolor en el pecho, lo que le recordó el motivo por el que había dejado de pasar por allí. El corazón se le había partido en miles de pedazos cuando todo se había ido al garete con su novia, y ni siquiera Nate había sido capaz de solucionar el problema. Después de aquello, Kierse había dejado de pedirle ayuda a nadie. Había dejado de ver a cualquiera que la hiciera recordar los viejos tiempos. Ni siquiera su familia, que era la única que podía intentar mencionar lo que había pasado, podía pronunciar el nombre de Torra.

—Lo mismo digo, Nate.

Luego, Kierse entró en la estancia para intentar aclarar todo ese follón.

Ethan tenía sus largas piernas extendidas sobre la cama al fondo de la habitación. Gen se había sentado a su lado y se miraba las manos. Kierse sabía exactamente cómo se sentían ambos. Los habían echado de su hogar. Su mundo se había visto reducido a esa habitación vacía y a un futuro incierto.

Sintió una punzada de culpa. Todo aquello era culpa suya. Cerró los ojos al ocurrírsele ese pensamiento tan doloroso. No, todo aquello había empezado por culpa de Graves. Kierse lo culpaba absolutamente de todo.

—¿Cómo tienes las costillas? —le preguntó Gen, levantando la mirada al escuchar el sonido de las botas de Kierse.

La joven se apartó la chaqueta y se miró el corte.

—Es superficial. Maura me lo vendará.

—Ojalá tuviera mis hierbas. Al menos, podría ayudarte con el dolor.

Aunque Gen leía el futuro en sus cartas de tarot, su verdadero don eran los remedios medicinales. Tenía una receta perfecta para curar la resaca, coleccionaba hierbas que Ethan, quien tan buena mano tenía con las plantas, le ayudaba a cultivar para ayudar a Kierse con sus muchos arañazos y heridas, e Incluso había elaborado una especie de remedio anticonceptivo.

Ya que la medicina moderna era tan cara, las habilidades de Gen eran increíblemente valiosas.

—Me pondré bien —dijo Kierse mientras se hundía en la cama que había frente a la de sus amigos—. Ha sido una noche larga, pero tenemos que hablar de lo que ha sucedido.

—¿De qué parte? —preguntó Ethan—. ¿Esa en la que casi nos matan o el atrevimiento que han tenido para atacar el burdel?

—El trabajo —dijo la joven—. Sobre el trabajo y la magia.

—¿De verdad sigues planteándotelo? —exigió saber Ethan—. Ese tío casi hace que te maten.

—Mira, no es que salte de la alegría por haber desencadenado todo esto al involucrarme con ese tío. En cuanto lo vi, supe que podría haberme matado de inmediato, y solo hay un motivo por el que me necesita con vida. Puedo aprovecharme de ello.

—¿Y ese motivo es que quiere que robes algo para él? —preguntó Gen—. ¿Por qué tú?

Kierse se miró los dedos. Esa parte era la más surrealista. Que ese tipo tuviera magia ya era suficientemente raro.

—Porque cree que yo también cuento con magia.

Gen y Ethan se quedaron callados durante demasiado rato. Kierse levantó la mirada para estudiar sus reacciones. Ethan parecía incrédulo, pero Gen transmitía cierto interés.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque su casa no estaba protegida con sistemas de seguridad modernos como las de los gilipollas multimillonarios a los que les suelo robar. Contaba con un sistema de escudos. Así lo llamó. Usa magia para proteger la casa, y yo logré franquearla sin problema. Mientras estuve allí, me puso a prueba, y sé que es verdad. Puedo desactivar esos escudos.

Ethan se quedó boquiabierto.

—¿Magia? ¿En serio? Creía que la conclusión era que los monstruos no tenían magia.

—Yo también —reconoció Kierse—. Pero tampoco puedo negar lo que he visto.

—Conque eres la única que puede hacer ese trabajo —aventuró Gen.

Ethan soltó un silbido.

—Eso significa que puedes cobrarle lo que quieras.

—No creo que el dinero sea un problema para él, y pretendo cobrar este trabajo para que podamos contar con un lugar seguro cuando todo esto acabe —les dijo mientras se pasaba una mano por su cabello oscuro—. Además, él es el único que puede darme más información sobre si de verdad tengo magia.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Ethan.

—Lo que mejor se me da —respondió ella, esbozando una sonrisa que transmitía exceso de confianza—. Sonsacarles información y dinero por medio de engaños a unos imbéciles que no se lo esperan.

Gen suspiró.

—Espero que sea así de fácil, Kierse.

—¿Acaso he estado equivocada alguna vez? —preguntó con bravuconería por el bien de sus amigos. Gen y Ethan tenían que creer en sus capacidades casi tanto como ella misma. Necesitaban estar seguros de que su amiga iba a salir viva de todo aquello. Y después de esa noche, Kierse también necesitaba creerlo.



—A Maura le quedan cinco minutos para llegar —dijo Nate cuando volvió a asomar la cabeza en el dormitorio unos minutos después.

Kierse se despidió de sus amigos y siguió a Nate escaleras abajo hasta una pequeña enfermería. El hombre lobo comenzó a sacar los materiales que iba a necesitar Maura, que era enfermera en uno de los pocos hospitales que aún aceptaban pacientes que no podían permitirse pagar el tratamiento. Había atendido a Kierse en numerosas ocasiones cuando la joven había trabajado para Nate. Era una suerte contar con alguien así en el equipo, sobre todo, teniendo en cuenta lo difícil y caro que era acceder a servicios sanitarios.

—Entonces, ¿estás lista para contarme lo que ha pasado realmente? —le preguntó Nate.

—Supongo que he omitido una parte de la verdad. —Kierse se sentó en la silla vacía tras soltar un suspiro.

Nate soltó una carcajada.

—¿Una parte? Apuesto lo que sea a que lo has omitido casi todo.

—A ver, tampoco quiero molestarte con esto.

—Kierse, no es ninguna molestia si lo necesitas.

—No soy un caso de caridad, Nate —replicó ella.

—Nadie ha dicho eso. Los Druidas van a por ti —le respondió el hombre lobo mientras tomaba un bote de desinfectante y se daba la vuelta para mirarla a la cara—. Lo que no entiendo es qué ocurrió el año pasado. ¿Dónde leches te habías metido?

Kierse frunció el ceño.

—No sé…

—No hagas eso. Somos amigos. Podemos hablar de lo que sucedió con Torra. No tenías por qué marcharte.

—No quiero hablar de ello —replicó Kierse. Intentó no recrearse en el sonido del nombre de Torra—. Intentamos salvarla. Fracasamos. No hay nada más que decir.

—Hay muchísimo más que decir. Tú no tuviste la culpa de que la secuestraran, Kierse —dijo él con un gruñido de frustración—. No es culpa tuya que acabara involucrándose con la gente equivocada.

—Debería haber estado allí con ella —respondió Kierse entre dientes.

—Cuando sucedió todo eso, ni siquiera erais ya pareja —le discutió Nate.

—Como si eso importara.

—También era mi amiga, ¿sabes? —prosiguió el joven—. Trabajaba para mí como camarera cuando las dos os conocisteis. No era de la manada, pero como si lo hubiera sido. Era de los míos, y ellos se la llevaron igualmente.

—¿Crees que no lo sé?

—En ese caso, no deberías haber desaparecido.

Kierse se puso en pie.

—No tienes ni idea de lo que estaba viviendo. No tienes derecho a…

—Todos echamos de menos a Torra.

—¡Nate!

El hombre lobo perdió toda su rabia en cuanto Kierse desató la suya. Bajó la mirada.

—Tienes razón. Ha sido una guarrada por mi parte. —Cruzó un brazo sobre su musculado torso—. No te culpo por lo que sucedió. Espero que tú tampoco lo hagas. Hicimos todo lo que pudimos. —Sus ojos castaños transmitieron sinceridad cuando se encontraron con los de la joven —. Da igual que pase un día, una semana o un año, Kierse. Puedes contar conmigo. Y que estés aquí ahora es muestra de ello.

Kierse se relajó.

—Gracias.

—Ahora dime la verdad. Empieza por el principio y no omitas las mejores partes.

De ese modo, la ladrona comenzó a contárselo todo desde el principio. Nate mantuvo un sorprendente gesto impasible durante todo el rato que estuvo escuchando la historia. No fue hasta el final cuando soltó un suspiro y dijo enérgicamente:

—Joder.

Kierse profirió una carcajada.

—Sí, han sido un par de horas jodidas.

—¿Y estás segura de que ha dicho el nombre de Lorcan?

—Segurísima. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? —dijo Nate con una sonrisa irónica—. Pues claro que lo conozco. Es

el líder de los Druidas, un capullo aterrador.

—¿Humano?

—Por lo que tengo entendido, sí. Cuando la mafia cayó en Manhattan y nosotros consolidamos a los lobos en Five Points durante la guerra, contactamos con él y le ofrecimos una alianza. Por aquel entonces, tenía suficiente influencia como para unirse. Se rio en mi cara y me dijo que los lobos estaban muy por debajo de él.

—Graves dijo lo mismo de los vampiros —admitió Kierse.

Nate apretó los labios y cruzó sus fornidos brazos.

—El asunto es que no logro entender qué pretende. Lorcan no es alguien a quien me gustaría joder, pero nunca he oído que vaya detrás de inocentes para matarlos por las calles.

—Bueno, al parecer, Graves es su enemigo.

—Y ahora tú también —añadió Nate.

—Genial —masculló ella.

—Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que Lorcan es el bueno de la pelea —dijo Nate con un encogimiento de hombros—. Su territorio siempre ha sido más seguro para los humanos que las calles de Manhattan. No sé qué es lo que hace en Brooklyn, pero consigue mantener a la gente con vida.

—Ya, bueno, pues a nosotros ha intentado matarnos. Así que no sé si será bueno o malo, solo sé que va a por nosotros.

Nate asintió, pero no dijo nada más porque una chica india y alta entró en la enfermería. Su lustroso cabello castaño le caía en unas ondas peinadas con esmero hasta la mitad de la espalda y la luz tenue jugueteaba sobre su piel dorada.

—Nathaniel O'Connor, ¿qué has hecho esta vez?

—Maura —respondió él, como si estuviera listo para abalanzarse sobre ella—. Mírate.

La joven se quitó la chaqueta para mostrar el pijama de enfermera color granate.

—Estoy más sexi que nunca.

Nate sonrió mientras se acercaba a su novia.

—No me lo digas dos veces.

Cuando fue a darle un beso, Maura le puso una mano en la cara.

—Primero la paciente.

Nate profirió un gruñido desde el fondo de la garganta.

—Siempre anteponiendo a los pacientes.

Maura rio y se enfiló hacia Kierse.

—Hola, cariño. Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué te ha ocurrido para que hayas acabado en mi enfermería?

—Hola, Maura —respondió Kierse. Jamás se acostumbraría a que alguien fuera capaz de tratar a Nate como lo hacía ella—. Una puñalada en las costillas.

—Cómo no. —La enfermera se puso manos a la obra. Le cortó la camiseta a Kierse y le limpió la herida.

Maura había dejado atrás la Ciudad de Jersey para convertirse en enfermera de guerra en Manhattan. Seguía manteniendo una relación estrecha con sus padres y hermanos en su ciudad natal, y a ellos les enorgullecía que la chica hubiese hecho algo tan altruista. Había conocido a Nate una de las muchas veces que el hombre lobo había necesitado atención médica y él la había

convencido de que se uniera a su equipo. Había logrado encandilarla hasta conseguir colarse en su vida, su cama y su corazón.

—Necesitarás un par de puntos. Va a doler. Nate, dale algo de *whisky*.

—No hace falta.

—Tengo tequila —le ofreció Maura.

Kierse negó con la cabeza.

—Paso.

—Como quieras.

Kierse apretó los dientes mientras ella le cosía la herida y se la cerraba con maestría. Dolía horrores. Al acabar, la enfermera le proporcionó una muda de ropa y Kierse se sintió mucho más humana una vez que volvió a ponerse su chaqueta.

—Ahora, lo más importante —dijo Maura con una sonrisa—, ¿qué te trae a nuestro hogar?

—Lo ha conocido, Mar —le contó Nate.

—¿A quién?

—Al capullo aterrador del que te hablé.

—Ah —susurró ella.

—Espera —dijo Kierse con gran alarma—, ¿lo conocéis?

—He oído hablar de él. Igual que muchos —le confirmó Nate—. Es el tipo que puede conseguirte cualquier cosa que necesites por el precio adecuado.

—Bueno, pues ahora es él quien va a contratarme a mí para que le consiga algo —dijo Kierse.

—He oído que obliga a la gente a firmar en un librito negro, de modo que se comprometen a cumplir su parte del trato y juran que mantendrán su nombre en secreto.

Kierse se quedó petrificada. ¿Era eso lo que había querido decirle Graves cuando le había informado de que con ella no funcionaría? Kierse había firmado ese libro, pero había sido capaz de pronunciar su nombre como si nada. Había guardado algunos de sus secretos, pero solo porque no quería poner en peligro a sus amigos, no porque se viera obligada a hacerlo. Eso suponía otra prueba más de que la joven tenía magia que Graves no podía someter. No era de extrañar que quisiera contar con ella.

—Ah, y colaboró para que se firmara el Tratado.

Kierse miró a Nate, estupefacta.

—¿Me estás diciendo que… es un buen tipo?

—No —afirmó él con cautela, pero luego se encogió de hombros—. Estoy seguro de que hizo aquello en su propio beneficio. Pero tampoco diría que es del todo malo.

Kierse se mordió el labio al escuchar eso. No era algo que hubiera esperado. Aunque aquello tampoco iba a cambiar su percepción de las cosas, no cuando también sabía que ese tipo era tan peligroso.

—¿Qué crees que debería hacer? —le preguntó.

—Es aterrador —dijo Nate—. Puede controlar la política y esas mierdas. En su momento, también ayudó a la humanidad. Pero, sinceramente, no me gustaría cabrearlo.

—Entonces, ¿debería aceptar el trabajo?

—Si quiere que lo hagas tú, es el tipo de persona que consigue lo que desea. Sería mejor que lo hicieras bajo tus propias condiciones.

Kierse espiró. Conque esa era la verdad. La joven no había llegado a pensar que sería tan fácil

como entrar y salir, pero tampoco creía que Graves fuera a detenerse. No cuando tenía ese premio tan a su alcance. Lo mejor sería que Kierse lo hiciera a su manera.

—Además, piensa en lo que esto podría significar para la causa —prosiguió Nate.

Kierse enarcó una ceja.

—Tú y tu causa.

El joven sonrió.

—Mira, sabemos que el Tratado no resolvió todos los problemas. Sigue habiendo monstruos ahí fuera que quieren que todo vuelva a ser como era antaño. No están dispuestos a que los humanos se inmiscuyan en sus asuntos. Robarles ese preciado tesoro solo puede ayudarnos a seguir avanzando en nuestra misión, ¿no?

Ese era un argumento que Kierse no había considerado. Detestaba a los monstruos por todo lo que le habían hecho a ella y a su ciudad. Por todo lo que le habían arrebatado. No todos los humanos eran santos, por supuesto. Jason era el ejemplo perfecto de que los hombres también podían ser monstruos fácilmente. Pero cualquier golpe que pudiera asestarle a los monstruos que querían destrozar de nuevo su ciudad era algo bueno.

—Es verdad. Aunque tendré que andarme con ojo —dijo la joven—. No creo que vaya a ser un blanco fácil.

—Sí, pero también es verdad que nunca se ha enfrentado a nuestra Kierse, ¿no? —le preguntó Nate.

Maura se rio de ambos.

—Que Dios ayude al hombre o monstruo que se enfrente a Kierse McKenna.

—Gracias —respondió la ladrona con sinceridad.

—Pero acabo de salir de un turno de doce horas y necesito dormir —prosiguió la enfermera con un bostezo. Se pasó una mano por su pálido rostro y Kierse vio en él la mella que le hacía su trabajo—. Ten cuidado y mantennos informados. No dejes pasar tanto tiempo.

—Buenas noches —le dijo Kierse.

Maura besó a Nate en los labios antes de dejarlos a los dos de nuevo a solas.

Nate le tocó la mano a Kierse y ella no la apartó.

—Decidas lo que decidas sobre ese trabajo, estoy aquí si necesitas algo. Tengo contactos y cuento con mi manada. No tienes que volver a desaparecer. Somos familia.

Kierse no sabía lo mucho que necesitaba escuchar eso. Que alguien creía en ella y la ayudaría con ese dilema.

—Gracias. Lamento lo del año pasado.

—Bueno, cuando Torra se marchó, supe que las cosas se torcerían.

—«Se marchó» —repitió Kierse con un susurro resentido.

Torra no se había marchado. La habían raptado. Era cierto que ambas habían estado pasando una mala racha y habrían acabado rompiendo de todas formas, pero antes de que eso sucediera, Torra se había desvanecido sin más.

—Lo sé. —Nate inclinó la cabeza—. De todos modos, me alegro de tenerte de vuelta.

El cansancio comenzaba a apoderarse de ella, por lo que dejó a Nate en la enfermería. Había pasado más tiempo en el piso de abajo del que había creído porque, cuando regresó al dormitorio, las luces seguían encendidas y Corey estaba sentado en una cama con Ethan. Gen se encontraba sentada en la otra.

La chica dio una palmadita sobre un hueco vacío en la cama. Kierse se retiró la chaqueta de los hombros y se sentó en el colchón junto a su amiga.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó Gen.

Corey y Ethan giraron las cabezas en su dirección.

—¿Marcharse? —preguntó Ethan.

—¿Sabías que iba a hacerlo? —inquirió Kierse.

—Desde luego. Te conozco tanto como me conozco a mí misma. Eres lo más parecido a una hermana que he tenido nunca.

Kierse tragó saliva para intentar aliviar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sabes que siento lo mismo.

—Espera, no puedes marcharte esta noche —discutió Ethan.

—Ya es casi de día —respondió Kierse—. Y creo que vosotros dos deberíais refugiaros aquí hasta que averigüe cuánto peligro corréis.

Gen apretó los labios.

—Temía que dijeras eso.

—¿Qué vivamos aquí? —preguntó Ethan, conmocionado. Estaba de pie y con los *brazos cruzados*—. *No podemos* vivir aquí.

—Debéis permanecer bajo la protección de los Temibles hasta que descubra si seguís en peligro.

—Eso es absurdo —dijo Corey, apoyando una mano sobre el hombro de Ethan—, Los Roulettes podemos proteger sin problema a Gen y a Ethan.

—Esta noche no habéis podido —intervino Gen en voz baja.

Ethan frunció el ceño.

—No podemos quedarnos aquí. Todas nuestras cosas están en casa. Toda nuestra vida. ¿Quién va a regar mis plantas?

—Mi madre puede encontrar a alguien que se encargue de ellas —intentó asegurarle Gen, pero Ethan no parecía convencido. Kierse tampoco. Colette contaba con muchos talentos, pero hacer que las cosas florecieran no era uno de ellos.

—No tendréis que quedaros mucho tiempo —insistió Kierse—. Una vez que termine este trabajo, conseguiremos nuestra propia casa con su propia seguridad, ¿de acuerdo? Hasta entonces, solo quiero que estéis a salvo.

Corey suspiró al darse cuenta de que Kierse no iba a ceder.

—Tiene razón. Estaréis más seguros aquí. Os puedo traer vuestras cosas del ático. Y también algunas de tus plantas preferidas.

Ethan miró boquiabierto a su novio.

—¿A ti te parece bien todo esto?

—Lo siento, Ethan —dijo Kierse—. Ojalá hubiera otro modo.

—Me pasaré por aquí, no te preocupes —dijo Corey mientras le daba un beso a Ethan en la mejilla—. No será tan malo.

—Seguro que Nate hasta te dará acceso a la azotea para que puedas plantar —dijo Gen—. Ya sabes cómo es. Querrá que te sientas cómodo.

Ethan soltó un suspiro.

—Vale. De acuerdo. Nos quedaremos aquí.

—Te veremos pronto. —Gen abrazó a Kierse.

Incluso después de tantos años de amistad, la calidez y la bondad de Gen siempre hacían que Kierse se quedara paralizada. El problema no era el contacto físico, que no era tan informal como con otros amigos. Era la familiaridad de su contacto. Aquel no era un simple abrazo. Era un abrazo de despedida. Era un abrazo con el que le decía «te quiero».

Pero la ladrona necesitaba ese abrazo, así que dejó a un lado su incomodidad y le devolvió el gesto a su amiga.

—No te diré que tengas cuidado —comentó Ethan. Kierse le dedicó una sonrisa confiada.

—Siempre tengo cuidado.

El joven resopló.

—Todos sabemos que no lo tendrás.

—Seguro que no —intervino Corey.

Kierse cruzó la estancia.

—Al menos, me conocéis bien.

Ethan soltó un suspiro.

—Procuraremos tener cuidado por ti, ¿vale? Tú limítate a volver pronto.

Ella asintió, porque las palabras se le quedaban cortas. Podría permanecer allí parada eternamente con sus amigos, su familia, y no llegar nunca a estar lista para dejarlos atrás.

Gen le dio otro abrazo más y le susurró algo para que Ethan no pudiera oírla:

—Prométeme que volverás.

Una parte de Kierse sabía que no podía prometerle nada, pero pronunció esas palabras de todas formas. Aunque ambas sabían que eran mentira.

INTERLUDIO

—A Lorcan no va a gustarle esto —dijo Cormac mientras daba alcance a su compañero.

—Cierra el puto pico —le espetó Declan.

Era evidente que Lorcan no iba a estar contento. Les había asignado un único trabajo y ese era el panorama. Orla había caído, Kierse se había escabullido con sus dos amigos y Graves ni siquiera había tenido que pasarse por allí a hacerse el héroe.

—Vas a tener que decírselo.

Declan lo fulminó con la mirada.

—Ve a buscar a Orla y tráela de vuelta a casa.

—¿No debería acompañarte?

Declan se quedó mirándolo.

—¿Acaso tengo que repetirlo?

—No —se apresuró a decir Cormac—, No, iré a buscar a Orla.

Cormac se marchó en busca del miembro desaparecido de su equipo. Declan se pasó una mano por la cara, intentando pensar qué diantres iba a hacer. No había ido ascendiendo puestos hasta llegar a convertirse en el segundo al mando de Lorcan cometiendo errores como ese. Era rápido y eficiente, unas cualidades que su jefe admiraba. Obtenía resultados.

Bueno, esa noche no.

Así que Declan enfiló hacia el todoterreno que habían abandonado antes mientras perseguían a la chica. Se subió detrás y le dijo al conductor que arrancase. Por suerte, el hombre no le preguntó por los demás. Sabía que no le correspondía hacerlo.

A Declan no le entusiasmaba acudir a aquella reunión. No tendría que hacerlo si Graves no hubiese metido las narices donde no lo llamaban. Como siempre.

Recordó la primera vez que conoció a Graves, hacía unos veinte años. Entonces, Declan había sido un recién llegado a la ciudad procedente de su pequeño pueblo natal en Irlanda. La mitad de la gente no lograba entender ni una palabra de las que salían por su boca. Había estado trabajando en los escalafones más bajos de la banda de Lorcan durante unos tres meses cuando le llegó la orden. El jefe tenía una misión especial solo para él.

Declan había llegado a pensar que se trataba de una recompensa por estar allí y haberlo dejado todo atrás. Tal vez fuera porque los baños que le había estado haciendo limpiar habían

quedado relucientes. Se había sentido entusiasmado, pero debería haber sido más listo. Pasaron a ofrecerle el peor de los trabajos que podían asignarles a los nuevos reclutas, y Declan estaba muy verde.

Entonces, había tomado un todoterreno muy parecido al que se había subido ahora, y había conducido por el puente y a través de la resplandeciente ciudad. En aquella época, la ciudad había sido distinta. Más brillante, vibrante, con las calles plagadas de coches. Antes del colapso, de que los monstruos salieran a la luz, no había tanto miedo. Por aquel entonces, había llegado a tardar media hora en encontrar una plaza de aparcamiento. Ese problema ya no existía.

Sujetando en la mano la caja que le había dado Lorcan, Declan se había acercado a la puerta de la casa de ese capullo. Solo había sentido una pequeña punzada de pavor. Había oído hablar a los otros de Graves. Lo pintaban como si fuera el hombre del saco. Declan lo había puesto en duda hasta que lo había conocido.

El mayordomo había ido a buscar a Graves, y, cuando este apareció en el umbral, Declan pensó que se parecía a cualquier otro rico de mierda que Declan hubiese conocido. Salvo por la mirada y el fuego. Algo no encajaba en su persona; se dio cuenta nada más verlo.

La caja era inofensiva. Declan no tenía ni idea de qué contenía cuando se la entregó a Graves. Pero sonrió como si lo supiera y le dijo:

—Lorcan te envía saludos.

Graves se tensó al tomar la caja. Abrió la tapa y en el interior había un ramo de flores silvestres irlandesas. Eran las típicas que florecían en los campos detrás de la cabaña de la madre de Declan, en tonos amarillos, morados y azules oscuros. Las flores le hicieron acordarse de su hogar. Ni siquiera había sido consciente de que lo echaba de menos hasta ese momento.

Sin embargo, Graves había levantado la mirada y algo había brillado en sus ojos. Era la muerte personificada. Lanzó el ramo al suelo, haciendo añicos el jarrón de cristal, y las flores acabaron desperdigadas por toda la entrada. Luego se lanzó a por Declan.

El joven hubiera deseado poder decir que había sido valiente y que se había mantenido firme contra el hombre del saco, pero había tenido la certeza de que Graves pretendía matarlo. Había perdido los papeles por una caja con flores. Declan había echado a correr con el rabo entre las piernas. Corrió todo lo rápido que pudo. Y, desde entonces, odiaba a ese capullo. Las flores que Lorcan le había enviado habían sido una amenaza, pero, por el amor de Dios, tampoco tenía que matar al mensajero.

Declan se apeó del todoterreno cuando llegaron a la sede central en Brooklyn y tomó el ascensor hasta el despacho de Lorcan. Nada más entrar, un petirrojo revoloteó en una jaula cerca de la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Lorcan—. ¿Están muertos?

—Han escapado.

Su jefe levantó la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa. Sus ojos azules eran amenazantes.

—¿Qué?

—Se metieron en un taxi. Los perdimos en el territorio de los Temibles.

Lorcan se apartó de su escritorio y caminó hacia la ventana.

—¿Y Graves?

—Ni rastro de él.

—Mmm —dijo Lorcan, mirando hacia las calles de Brooklyn a través de la ventana—. ¿Y estás seguro de que se trataba de la misma chica que salió de su casa?

—Sin ninguna duda. —Declan carraspeó—. Que nos eludiera de ese modo demuestra que es valiosa para él. Esto nunca había pasado.

—¿Ella está al corriente del acuerdo?

—No parecía tener ni idea de quiénes éramos —admitió Declan.

Su jefe curvó los labios hacia arriba.

—Bueno, eso tendrá que cambiar, ¿no?

Declan temía esa sonrisa.

—¿Quieres que vuelva a ir tras ellos?

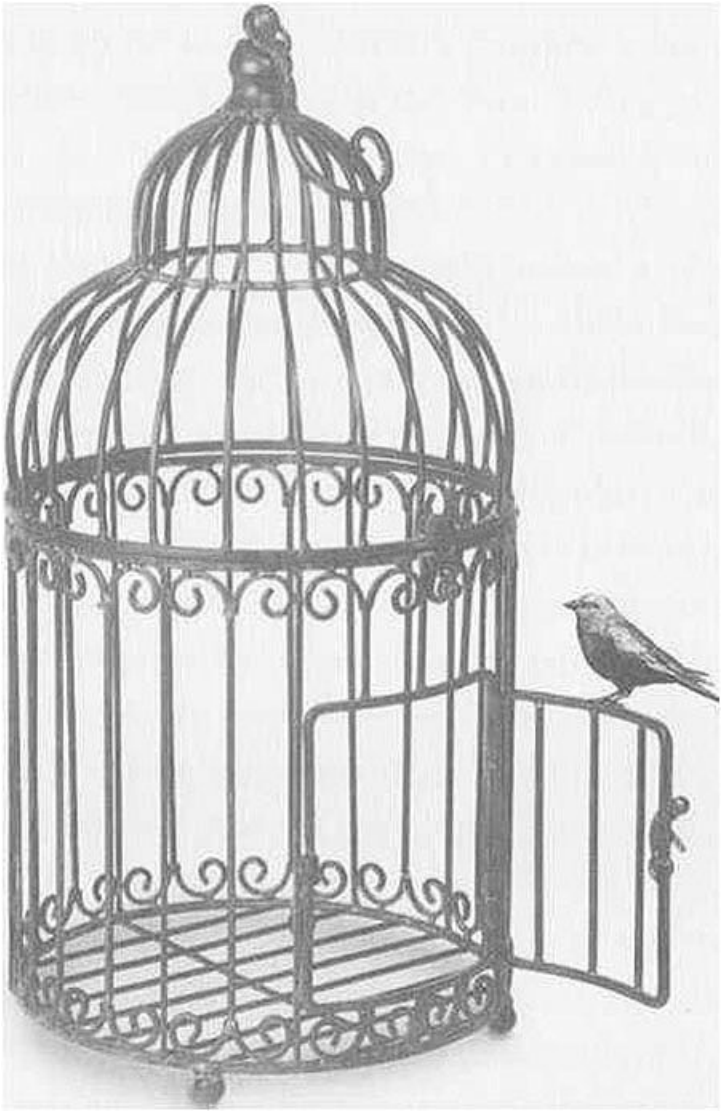
Lorcan levantó una mano sin mirarlo.

—No, ya has hecho suficiente. A partir de aquí, me encargaré yo.

Declan sabía cuándo lo estaban echando de un lugar. Abandonó el despacho de Lorcan mientras maldecía a Graves una y otra vez. El muy bastardo.

PARTE II

EL REYEZUELO





Kierse abandonó el Five Points y regresó a las calles de Manhattan. Necesitaba salir del West Village y volver a la parte alta de la ciudad, pero conocer las rutas del autobús y del metro no bastaba para conseguirlo.

Aunque Nueva York comenzaba a volver a la normalidad, el transporte seguía siendo un lujo. La joven aún se arrepentía de haber tomado un taxi tan apresuradamente la noche anterior. Si hubiera tenido alguna otra opción, no lo habría hecho. Los autobuses pasaban de forma casi regular, si uno tenía la suerte de encontrarse cerca de su ruta, pero el metro era una apuesta mejor. No siempre había sido un lugar seguro antes del colapso, cuando la policía se molestaba en patrullar la ciudad. Pero ahora había pasado a ser un mundo en sí mismo. Era peligroso, mortal, y estaba plagado de bandas… y de monstruos. El metro era en parte el motivo por el que Kierse salía armada todas las noches de casa.

A la joven le habría encantado tomar el autobús, pero Nate le había recomendado usar las entradas del metro que estaban controladas por los Temibles. Podría haber tomado la línea uno hasta el Upper West Side, pero necesitaba tiempo para averiguar cuál sería su siguiente paso antes de regresar con Graves. Por eso, se dirigió hacia el norte, a la esquina de la Sexta Avenida

con la calle Catorce, para tomar la conocida línea F que la llevaría directamente al centro.

Tensó los hombros al descender hacia el metro. Las luces parpadeaban por encima de ella, iluminando a duras penas la penumbra. Otra de las consecuencias de que los monstruos hubieran salido a la luz era que los trols se encargaban de custodiar las entradas al metro. Estos monstruos estaban asociados con ciertas bandas y obligaban a unas víctimas desprevenidas a pagar peajes. En cierto modo, era igual que pagar por cruzar un puente.

—Thad —dijo Kierse con un asentimiento de cabeza al acercarse al trol que se encontraba en esa parada.

El monstruo gruñó. La joven hizo todo lo que pudo para no estremecerse ante la visión de ese trol de gran tamaño. Era el doble de alto que ella y tenía unos hombros abultados y unos brazos que parecían bates de béisbol. Su voluminosa cabeza era casi plana sobre sus hombros y sus ojos eran pequeños y brillantes. La forma cruel en la que retorció los labios y el resplandor de esos ojos negros le transmitió a Kierse que prefería aplastarla antes que dejarla pasar. No obstante, debido al Tratado, siempre y cuando Kierse pagara el peaje, todo iría bien. O eso esperaba.

—Nate ha dicho que me dejes pasar —le dijo al trol tras mostrarle el broche con la media luna y las cinco estrellas que demostraba su asociación con los Temibles.

El trol se irguió todo lo alto que era.

—Aun así, tienes que pagar el peaje.

Kierse detestaba aquel ritual, tener que pagar un peaje para usar unos servicios que ya de por sí eran de pago. Pero era más fácil eso que abrirse camino a balazos, algo que había hecho en el pasado cuando había acabado en la estación equivocada mientras huía de unos monstruos turbios en el East Village.

Nate le había asegurado que no tendría que pagar, pero no iba a ponerse a discutir con un trol para descubrir si era verdad o no. Buscó un billete de cinco y se lo entregó. En otras paradas había llegado a pagar incluso más que eso, y esperaba que el trol no le pidiera más dinero.

El monstruo tardó un minuto en asegurarse de que esa era la cantidad que quería. Los trols no eran muy inteligentes. Cobrar la entrada era más una cuestión de poder que de dinero. Al fin, Thad se guardó el billete y le hizo un gesto con la cabeza para que se adentrara en las profundidades. Kierse ya tenía en la mano su MetroCard y se subió en el siguiente tren de la línea F en dirección norte. Tomó asiento en el primer lugar que encontró vacío, flanqueada a ambos lados por otros humanos que no querían tener nada que ver con ella. En el último segundo, un cambia formas entró en el vagón acompañado de un duende. Ambos iban armados y prácticamente transmitían malicia. De inmediato, todo el mundo centró su atención en cualquier otra parte, y Kierse hizo lo mismo. Ya tenía bastantes problemas.

El motivo por el que le encantaba la línea F era que se trataba de la ruta más directa hacia el centro sin tener que hacer demasiadas… paradas desagradables. Existía una norma tácita de evitar la parada que hacía la línea uno en Times Square. Los turistas seguían siendo lo suficientemente idiotas como para apearse allí, pero Kierse siempre se bajaba en otra estación y caminaba si tenía que ir a algún lugar cerca de la zona. También evitaba las líneas cuatro, cinco y seis en dirección norte, pese a que a veces eran más rápidas. Del mismo modo, bajarse en Grand Central era buscar problemas. Kierse temblaba solo de pensarlo.

No, la línea F era la más segura. Y cuando, media hora después, salió y se topó con los primeros rayos de sol del día en la calle Cincuenta y Siete, se alegró de haber dejado el metro

atrás. Aunque ya había estado en la parte alta de la ciudad la noche anterior, el contraste era peor durante el día. El mundo resplandecía y cobraba vida, con los rascacielos de cristal, los restaurantes abiertos sin rejas en las ventanas, las madres empujando los carritos de bebé, los negocios con unos carteles luminosos que invitaban a los peatones a su interior, y ningún sórdido personaje a la vista. El dinero sí que podía comprar la felicidad.

Kierse tuvo que meterse las manos en los bolsillos de su chaqueta para contener el impulso de robar. Le costaba ignorar a los ingenuos corderitos que merodeaban por las calles con la mirada desorbitada, casi suplicando que alguien les robara. Pero la policía sí que patrullaba por esas calles, y Kierse ya había tenido suficientes problemas por un día.

En cambio, se dirigió al Upper East Side y fue directa a su pastelería judía preferida. Llevaba décadas siendo un lugar de referencia en su privilegiada ubicación en la avenida Madison. Incluso durante la Guerra de los Monstruos, solo había permanecido cerrada durante un par de meses. Tras haber pagado por sus antojos, Kierse tomó la bolsa de papel llena de galletas de chocolate blanco y negro, *rugelach* y *babka* de canela, y se encaminó hacia las calles atestadas. Puso los ojos en blanco al ver una tetería llena de monstruos que charlaban sobre los viejos tiempos. Antes de la guerra, las mujeres acaudaladas habían sido asiduas de ese lugar, donde consumían sus pequeños sándwiches y postres. Hasta que habían descubierto que un súcubo había empleado el local como lugar para alimentarse. Kierse sacó una galleta y la mordisqueó mientras cruzaba hacia el Met.

Se sentó en las escaleras del museo y levantó la mirada hacia la famosa estatua de Coraline LeMort mientras se tomaba su desayuno. Coraline se hallaba sobre un pedestal, con los hombros hacia atrás y la barbilla en alto. Tenía los ojos claros como el día. Miraba hacia un futuro que nunca había podido vivir, pero que había visualizado cuando había luchado por la unidad de los monstruos incluso antes de que los humanos supieran de su existencia. Kierse siempre se había preguntado lo que Coraline habría pensado sobre que su muerte hubiera sido el detonante de la Guerra de los Monstruos. ¿Se habría sentido decepcionada? ¿O no le habría sorprendido?

Por supuesto, Kierse nunca lo sabría porque habían acabado matándola…, y ese había sido el motivo por el que todo había cambiado.

Los hermosos escalones del Met podían hacerle creer a cualquiera que el mundo era igual que antes de la guerra. Que la muerte de Coraline no había sido en vano. Pero Kierse tenía un mapa mental de la ciudad, y este no solo le mostraba los edificios, sino los territorios. Las bandas humanas que habían sobrevivido a la guerra habían acabado unificándose. Los Roulettes en el Lower East se encontraban reforzados por uno de sus grandes competidores, los Chacales, en Nolita. Había otra media docena de bandas esparcidas por toda la ciudad. Y luego estaban las más importantes: los Caballeros en el East Village, la mafia italiana en Little Italy y los Druidas en Brooklyn.

Todo era aún peor en el territorio de los monstruos, que había sido repartido tras la guerra, aunque a veces seguían disputándoselo, lo que acababa siendo catastrófico para los humanos. Por ejemplo, el mayor clan de vampiros del Upper East y la manada de Nate competían por el West Village. Eso sin mencionar los territorios más disputados, como era Times Square.

Pero, al menos, esos seres respetaban el Tratado de los Monstruos. Eran otros los que no creían que debían estar sometidos a los humanos de los que se alimentaban. Algunas facciones lo expresaban abiertamente, mientras que otras seguían actuando como si el Tratado no se hubiera

firmado nunca. De entre todos ellos, los peores monstruos se habían organizado en los Hombres de Valor.

Kierse llevaba años escuchando rumores sobre esa organización, desde antes de que se llevara a Torra. Lo único positivo que podía decir de esa organización trastornada y sedienta de sangre era que, a pesar de que la palabra «hombres» formaba parte de su título, sus miembros no pertenecían solo a ese género. Estaba conformada por unos monstruos terribles que querían matar a toda la humanidad. Unos verdaderos encantos.

Kierse tragó saliva mientras contemplaba a Coraline LeMort y se preguntaba si todo aquello podría haber sido distinto. Si la mujer hubiera sobrevivido y la guerra nunca se hubiera producido, ¿Kierse seguiría teniendo novia?

Tiró la bolsa de papel a la basura, todavía con Torra en su mente, mientras caminaba hacia Central Park. A medida que la nieve caía con delicadeza, avanzó por los senderos plagados de hojas y por el famoso embarcadero de techo verde del parque hasta que llegó a la fuente de Bethesda. El ángel en el centro de la conocida fuente miraba hacia abajo a los transeúntes. Kierse siempre se lo había imaginado juzgándolos a todos por ser humanos.

La joven no podía culparlo. La única persona a la que responsabilizaba del destino de Torra era a ella misma. Hacía poco más de un año, los Hombres de Valor la habían raptado por una deuda que tenía Torra, de la que Kierse jamás había estado al corriente. Un día, su novia estaba en casa y, al siguiente, había desaparecido sin dejar ni rastro. Kierse debería haber estado allí ese día. Pero habían tenido una gran pelea la noche anterior. Ella le había dicho cosas terribles. Torra le había pedido que se marchara, y eso había hecho ella. No había vuelto a verla.

Se dejó caer sobre un escalón cubierto de nieve frente al lago y se perdió en su melancolía mientras observaba desde lejos cómo se bañaban las sirenas. Poca gente se atrevía ahora a adentrarse en el agua, y Kierse no era tan idiota como para intentarlo. Las sirenas podían caminar sobre dos piernas si lo deseaban, que era como habían logrado llegar hasta el lago, pero nadie quería interponerse en su camino si eso sucedía. Esas criaturas atraían a los marineros para matarlos; tenían la voz de un pájaro cantor y los dientes de un tiburón.

En ese momento, una estaba mirando a Kierse.

—Hola, guapa.

La joven le sonrió, pero no se sintió atraída por la dulce voz de la sirena. Esa criatura era pura inocencia, si se obviaba el hecho de que quería ahogar a Kierse en el fondo del lago y dejarla allí para tomar un tentempié más tarde.

—Hoy no —le dijo a la sirena, que le salpicó agua con un bufido y se marchó nadando.

La ladrona meditó sobre su difícil situación mientras recorría el patio de Bethesda y cruzaba la plaza, virando ligeramente hacia el oeste para llegar a la mansión de piedra rojiza de Graves.

Los monstruos se lo habían arrebatado todo. Y, ahora, ni siquiera su santuario era un lugar seguro.

Graves tampoco era la opción menos peligrosa. Kierse ni siquiera lo había considerado una opción. Pero se trataba de la única persona que podía arreglar lo que ella había roto. Además, jamás esperaría lo que la ladrona iba a hacer.



Kierse permaneció en el exterior de la mansión de Graves.

Tenía grabadas en la mente todas las entradas y salidas. Las zonas donde daba la sombra a medida que el sol se desplazaba por la propiedad. Los movimientos de quienes entraban y salían… Salvo, aparentemente, los del dueño. Había hecho los deberes y, aun así, la había pillado. Ahora que estaba allí plantada sentía que había pasado por alto algo clave en su estrategia de batalla, que era por lo que había acabado convertida en el peón de otra persona. Sin embargo, Kierse no era el peón de nadie.

Tras inspirar profundamente el gélido aire, se dejó envolver por una fachada de seguridad y subió los escalones hacia la mansión del diablo. El día anterior, a Kierse le había preocupado que sus huellas quedaran marcadas en la nieve. Ahora, las dejaba a propósito a lo largo del sendero de entrada para anunciar su llegada a todo el que estuviera observándola.

Se estremeció. Y esta vez no fue a causa del frío.

La aldaba de hierro era antigua: un dragón serpenteante que formaba un ocho con su cola y una corona de acebo que flotaba sobre su cabeza. Tal vez ese fuera su emblema. Sin duda, el motivo del acebo se hallaba por toda su propiedad. De cualquier manera, a Kierse aquello le

causó una gran impresión cuando levantó la gigantesca aldaba y golpeó con ella tres veces la majestuosa puerta.

La puerta chirrió al abrirse hacia dentro y el mayordomo apareció en la entrada. Era un hombre canoso de estatura media, de pasos decididos y una amable mirada azul. Kierse había calculado que tendría unos cincuenta años, pero de cerca veía que estaba más en forma de lo que había creído en un principio. Como si esos cincuenta años hubieran servido para fortalecerle el cuerpo. Aunque no tenía ni idea de con qué propósito.

—Hola. ¿Es usted la señorita McKenna? —dijo con un carácter alegre y un ligero acento británico.

—Sí, esa soy yo.

—Excelente. Pase a resguardarse del frío. Es un placer contar con su presencia.

—Mmm, gracias —replicó Kierse.

—Permítame tomar su abrigo —le dijo, ayudándola a quitarse su chaqueta de cuero.

—¿Y usted es?

El mayordomo sonrió.

—Me llamo Edgar.

—Un placer conocerlo, Edgar.

—El placer es mío, señorita McKenna.

—Kierse. Puede llamarme Kierse —respondió ella con su sonrisa de corderito.

—Como desee.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Graves?

Edgar se limitó a indicarle con un gesto que avanzara.

—Sígame. Hagámosla entrar en calor. La nieve está cayendo con fuerza.

Kierse valoraba esa forma de eludir la pregunta. No había esperado que el mayordomo le revelara el secreto de su señor, pero había merecido la pena intentarlo. Dejó que la guiara a través de la casa. Era tan asquerosamente opulenta como la recordaba, con alfombras persas, tapices y cuadros de valor incalculable. Era una ladrona, podía calcular el precio de cada objeto que veía y saber exactamente cuánto podía sacarle. Pero la casa de Graves era algo de otro mundo. La guarida de un dragón. Sin duda, ahora la aldaba le resultaba de lo más apropiada.

Sus posesiones parecían infinitas. Y, sin embargo, había una cosa que Graves quería y no podía obtener. Y para eso la necesitaba a ella.

Edgar la condujo hasta una acogedora sala de estar en la que el fuego se encontraba encendido en una pequeña chimenea. No había ninguna otra luz en la estancia, ni tampoco electricidad. Solo el suave resplandor del fuego revelaba unos sillones de terciopelo, unas lujosas mantas de piel y unas mesas de madera tallada. Una gran estantería de madera a juego se hallaba adornada con el tipo de baratijas que Kierse solía robar para sus clientes. De algún modo, los jarrones, las figuras talladas y las velas no parecían estar fuera de lugar, sino que conferían armonía a toda la estancia.

Graves no podía ser un espectro. Estos adoraban la opulencia tanto como los vampiros, pero Kierse no podía imaginarse a un espectro cerca de un fuego encendido. Eso sin mencionar que Graves la había tocado y ella no había perdido una parte de su alma. Así que también tachó a esa criatura de su lista.

Les había contado a Gen y a Ethan que Graves no se parecía a ningún otro monstruo que ella

hubiese visto, pero no iba a poder dejar de divagar hasta que descubriera qué era.

—Bueno, siéntese, querida —dijo una mujer que entró con una bandeja de plata cargada con una tetera, tazas, platillos y también un par de galletas y pequeñas exquisiteces. Su acento británico era más marcado que el de Edgar. Era como si el mayordomo hubiera intentado disimularlo, mientras que esa mujer alardeaba de él.

Kierse la siguió hasta el sillón que parecía más cómodo y tomó asiento.

—Soy Isolde. No le haga caso a Edgar, no está acostumbrado a recibir invitados —prosiguió la mujer con una amable sonrisa. Todo en ella irradiaba calidez, desde su cabello castaño, recogido en un moño en lo alto de la cabeza, hasta su traje de doncella blanco y negro y la dulzura de su rostro arrugado—. Estamos encantados de que se aloje con nosotros. ¿Cómo le gusta tomar el té?

—Mmm…, ¿caliente?

Isolde rio.

—Somos británicos, querida. El té solo se toma caliente.

—Ya, claro. El que más me gusta es el Earl Grey con miel, pero puedo tomarlo de cualquier otra forma.

—Lo tendré en cuenta —dijo Isolde con sencillez—. Pero, por ahora, lo tengo con leche y azúcar.

Kierse observó fascinada cómo le servía el té. No tenía nada que ver con cómo lo hacía Gen en el ático. Se parecía más al modo en el que lo consumían las damas distinguidas del centro, con sus tacitas, sus platillos y sus sándwiches diminutos.

Isolde le pasó la taza de té y Kierse se la llevó a los labios.

La joven abrió mucho los ojos.

—Es excelente.

—Todavía hay esperanzas de convertirla en una buena británica —dijo Isolde con una sonrisa —. Ahora pruebe un *scone* con mermelada y crema. Si necesita algo más, volveré enseguida.

Kierse intentó beberse el té con toda la delicadeza que requerían esa taza y ese platillo. Echó un vistazo hacia la bandeja para tomar un *scone*, pero vio que solo había galletas. Tras untarse una con crema y mermelada de fresa, se la comió. Luego se apresuró a devorar dos más. Esa comida era… increíble. Como si le hubieran añadido más sabor del habitual al hornear cada porción.

—Me alegro de que estés disfrutando de mis refrigerios —dijo Graves desde el umbral de la puerta.

Kierse derramó algo de té en el platillo al dejarlo sobre la mesa mientras se apresuraba a ponerse en pie al escuchar su voz. No lo había oído acercarse.

Graves extendió una mano enguantada.

—Por favor, no te levantes. —Se apoyó contra el marco.

Cuando Kierse no le hizo caso, Graves entró en la estancia y cerró la puerta tras de sí. Se sentó frente a ella, lo que hizo que la joven se relajara y volviera a sentarse.

—¿Sabes? Antaño era normal beber del platillo. Claro que ahora se considera chabacano.

Un nuevo pensamiento surgió en la mente de Kierse. Le lanzó una mirada recelosa.

—¿Esto tiene magia?

Él esbozó una sonrisa torcida.

—¿La comida? No, Isolde es solo la mejor cocinera que he tenido nunca. Yo también devoro

sus *scones* con una fascinación enfermiza.

Kierse desplazó la mirada hacia sus labios, como si se estuviera imaginando a ese hombre devorando algo.

—Has decidido aceptar el trabajo. —Era una afirmación, no una pregunta. Y eso la hizo enfurecer.

—Ya hablaremos de ello —dijo la joven, inclinándose hacia atrás e intentando mantener una fachada de calma. Las negociaciones acababan de comenzar. Ahora no podía dar marcha atrás—. Antes tengo algunas preguntas.

Graves mantenía el rostro impasible, pero le hizo una seña con la mano para que continuase hablando.

—¿Qué relación tienes con los Druidas?

Si al hombre le sorprendió la pregunta, no lo demostró.

—«Relación» no es la mejor palabra para describirlo —dijo él, tras lo que cruzó una pierna sobre la rodilla y se inclinó sobre el brazo de su asiento.

—¿Enemigos? —sugirió Kierse—. ¿Eso es lo que son? ¿Ahora es cuando vas a decirme que los irlandeses son los malos y los británicos, los buenos?

—No todo es lo que parece. —Su rostro no denotaba más que pasividad cuando añadió—: No hay buenos ni malos. Esto no es un cuenta de hadas.

—No, en un cuento de hadas no te persiguen a punta de pistola.

—Depende de la historia que estés leyendo. —Graves arqueó una ceja, como si estuviera retándola a que se lo discutiera—. Y, una vez que trabajes para mí, estarás bajo mi protección. Los Druidas no supondrán un problema.

—¿Quieres decir que, de repente, Lorcan dejará de querer verme muerta?

Graves frunció el ceño al escuchar ese nombre.

—Lorcan y yo tenemos… un acuerdo. No iré a por los suyos si él no ataca a los míos.

—Un alto el fuego con el enemigo. Es todo muy conveniente, pero eso no asegura en absoluto la seguridad de mis amigos, a quienes también ha intentado asesinar.

Graves alzó una de las manos enguantadas.

—Parecen estar a salvo con tus amigos de los Temibles.

Kierse no reaccionó ante esa declaración. Cómo no, Graves ya estaba al corriente de todo lo que había sucedido y sabía exactamente donde se encontraban Gen y Ethan. Debía tomarse en serio lo que le decía. Gen y Ethan estaban a salvo con Nate. Kierse no iba a lograr sonsacarle nada sin darle algo a cambio. Tenía que cambiar de táctica si quería obtener algo de esas negociaciones.

—¿Eres tú el responsable de que tengamos un tratado?

—Estuve involucrado en él —dijo con indiferencia, como si eso no hubiera cambiado el mundo.

—¿Y lo firmaste?

Graves parecía divertido.

—¿Y tú?

—Yo no estuve involucrada —le recordó Kierse—, pero tú sí.

—Te aseguro que lo hice en mi propio beneficio.

—Estoy segura de ello —respondió en un tono cortante.

La joven aguardó por si Graves añadía algo más, pero no lo hizo. Por lo general, sacarle a alguien el tema de discusión clave solía hacer que empezara a hablar. A la mayoría de la gente le gustaba hablar de sí misma. Pero Graves parecía sentirse cómodo con el silencio.

Bueno, había merecido la pena intentarlo. Al menos, había obtenido un par de garantías por su parte, aunque no hubiesen sido explícitas. Gen y Ethan estarían a salvo. Lorcan no la molestaría. Graves había ayudado a que se implantara el Tratado de los Monstruos, pese a no haberlo firmado. Aunque debía de estar de acuerdo con los términos de este si había estado involucrado en el proceso. Así que seguramente no iba a matarla sin motivo. Seguramente.

—Aceptaré tu propuesta de trabajo, pero solo con algunas condiciones.

—¿Y bien? —Graves se reclinó hacia atrás, apoyando ambos pies en el suelo. Seguía con las manos envueltas en esos finos guantes de cuero negro. Bajo la luz del fuego, sus pómulos parecían tan afilados como una cuchilla.

Kierse apretó los dientes y le mantuvo la mirada. Estuvo a punto de atragantarse con las palabras que salieron de su boca.

—Quiero diez millones de dólares.

Graves ni parpadeó.

—Tres millones.

—No voy a negociar mi salario. Si no me pagas eso, me marcharé.

—Cinco millones.

La ladrona entornó la mirada.

—Soy la única persona que puede hacer esto, lo que significa que sé cuál es mi valor. Diez millones. Y la mitad por adelantado.

—Muy bien —gruñó Graves, claramente disgustado por haber tenido que ceder a sus demandas—. Pero solo pagaré todo el importe una vez que hayas completado el trabajo. Tus gastos correrán de mi cuenta.

—Hecho.

Kierse reprimió una sonrisa. Joder. No había esperado que estuviera dispuesto a pagarle más de tres millones.

Ya había conseguido lo principal: el dinero y la protección. No pensaba que pudiera garantizar su propia seguridad. Podía morir durante la ejecución de ese trabajo. Lo había sabido desde el principio. Su verdadera preocupación eran sus amigos.

Iba a intentar salir viva de allí por todos los medios, pero, en caso de que no fuera así, Gen y Ethan eran lo único que importaba. Esa familia que había elegido debía sobrevivir.

Kierse alzó la barbilla.

—Y si muero, el dinero irá a parar a manos de Gen y Ethan.

Graves asintió una única vez.

—Necesito una confirmación verbal —exigió la joven—. Ellos son lo más importante aquí. Haré el trabajo, pero ellos recibirán el dinero. Seguirán estando a salvo.

Algo que parecía sorpresa brilló en la mirada de Graves al escuchar esa petición, pero lo único que dijo fue:

—Hecho.

—Bien.

—¿Algo más? —insistió él.

La única otra cosa que realmente quería Kierse era información. Pero Graves no parecía el tipo de persona que fuera a contarle todo lo que quería saber. De hecho, dudaba que fuera a contarle nada de provecho.

De todas formas, estaba acostumbrada a trabajar de ese modo. Solo le contaban lo imprescindible. No podía pedirle abiertamente la información que quería, pero tampoco iba a hacer aquel trabajo sin esperar descubrir más cosas sobre sí misma en el proceso.

—No voy a pedirte que garantices mi seguridad, pero creo que ambos sabemos que la verdadera moneda de cambio en esta ciudad es la información. Y no puedo ser el activo valioso que quieres que sea sin saber qué es lo que puedo llegar a hacer.

—Te entrenaré —respondió él sin más.

—¿Para usar mi magia? —Kierse estuvo a punto de atragantarse con esa palabra, pero logró mantener la cabeza alta y devolverle esa mirada fría.

—Tu magia, tu mente, tu cuerpo.

Kierse abrió mucho los ojos al escuchar esas palabras.

—Explícame qué significa eso.

—Si vas a trabajar conmigo, tendrás que hacer unas tareas formativas y te someterás a una instrucción en el uso de armas.

—Créeme, se me dan bastante bien las armas.

—No las lanzas.

La ladrona le dedicó una mirada escéptica.

—¿Para qué iba a necesitar blandir una lanza?

—Porque, señorita McKenna —dijo él muy serio—, eso es lo que vas a robar.

—Ah —susurró ella. Bueno, ahora solo tenía más preguntas—. ¿Por qué quieres que robe una lanza?

—Soy coleccionista. Colecciono objetos peculiares. Seguro que te percataste de ello cuando registraste mi casa.

No servía de nada negarlo.

—Sí que me percaté. ¿Y necesitas esa lanza para tu colección? ¿Por diez millones de dólares?

Graves ni siquiera parpadeó.

—Es valiosa para mí.

—De acuerdo. —Kierse apretó los dientes—. Bien. Entrenamiento con armas. Pero ¿tareas formativas? ¿Qué tipo de tareas?

—No me gusta tener que lidiar con personas incultas —le dijo sin más—. Te asignaré libros para que los leas y luego debatiremos sobre ellos.

—Personas incultas —dijo Kierse con la mirada entornada. Graves la observaba como si la retara a que le llevara la contraria. La joven era una ladrona. No podía permitirse el lujo de consumir cultura—. Así que lectura, armas y lecciones de magia.

—Cuando estés lista para ellas, sí.

—¿Y aprenderé cosas sobre tu magia? —le preguntó Kierse.

Los ojos grises de Graves parecían reflejar que estaba impresionado con su audacia.

—Eres entusiasta, eso tengo que admitirlo.

—¿Eso es un no?

Él se levantó y se abotonó la parte delantera de su traje oscuro.

—Si lo que buscas es información, te aplaudo por intentarlo. Soy un hombre con muchos secretos. No hay nadie que los conozca todos. Muy pocos conocen alguno. La mayoría ni siquiera sabe mi nombre o qué aspecto tengo. Tendrás que conformarte con lo que te ofrezca.

—¿Y qué me ofreces?

—Te entrenaré tal y como sé hacerlo. Puede que lo disfrutes o no. Lo que descubrirás sobre ti misma en el proceso está a tu disposición, pero todo lo demás… —Graves agitó una mano como si quisiera decirle que eso lo superaba—. Mis secretos son solo míos.

Kierse se levantó y le mantuvo la mirada, a pesar de sentir que empequeñecía. Graves había entendido perfectamente por qué la joven le hacía aquellas preguntas. Todo iba a ser mucho más difícil de lo que ella había creído en un principio.

—Lo entiendo —dijo ella al mismo tiempo que le extendía una mano.

Él no se la tomó; en cambio, le dijo:

—Ahora te pondré yo mis condiciones.

Kierse dejó caer la mano y esperó a que expusiera sus términos. Salvo por la parte económica, las negociaciones de la joven no habían salido como ella esperaba. Por eso tampoco quería ponérselo tan fácil.

—¿Y cuáles son?

—Debes alojarte en mi residencia. —Kierse abrió la boca para oponerse. No pensaba quedarse allí. Pero él la interrumpió—. Es obligatorio. No puedes quedarte con tus amigos y pretender que vayan a estar a salvo. Te quedarás aquí. —Esperó a que la joven se lo discutiera, pero ella no podía hacerlo.

—Su seguridad es mi prioridad.

Detestaba que Graves tuviera esa información sobre ella. No obstante, ahora eran aliados, aunque a duras penas. Con suerte, eso significaría que sus amigos estarían a salvo.

—Lo comprendo —respondió él—. Mi siguiente condición es que lleves siempre encima un teléfono móvil.

—No tengo teléfono móvil. —Algo que probablemente él ya sabía. Muchas de las torres de telecomunicaciones habían caído durante la Guerra de los Monstruos y, cuando por fin habían comenzado a repararlas, los planes de telefonía habían pasado a ser escandalosamente caros. Kierse no podía costeárselo.

Graves se encogió de hombros.

—Puedo conseguirte uno.

—Dos. Para que pueda darles uno a Gen y a Ethan.

—No. Ellos dos son valiosos para ti, lo que significa que pueden usarlos en tu contra. Lo mejor para ti, y para tus amigos, será que cortes la comunicación con ellos por completo.

—Eso no es negociable.

—¿Quieres que los maten? —preguntó Graves con brusquedad—. ¿Quieres ver cómo Lorcan les pega un tiro? ¿Que uno de sus lacayos te siga hasta que les proporciones su ubicación y los asesinen a sangre fría?

Kierse se tragó la bilis que le subía por la garganta. Detestaba que Graves tuviera razón. La joven jamás sacrificaría a Ethan y a Gen. Estaba aceptando aquel trabajo solo para conseguir seguridad para ellos dos. Pero no podía dejar que sus amigos creyeran que no iba a volver nunca más.

—No puedes prohibirme el contacto con ellos hasta que les informe de que voy a quedarme aquí. De lo contrario, harán alguna estupidez, como intentar dar conmigo —le explicó Kierse.

—Contacta con el temible que conoces y comunícaselo a él. Después de eso, pasarás a trabajar para mí, lo que significa que vivirás aquí y dejarás de poner en peligro sus vidas.

Kierse apretó la mandíbula, frustrada, aunque asintió. ¿Cómo iba a sobrevivir todo ese tiempo sin ellos? Pero ¿acaso no era más importante que sus amigos sobrevivieran, aunque fuese sin ella?

Cuando Graves se dio cuenta de que Kierse había accedido, prosiguió:

—Lo último, pero no por ello menos importante, es que no le contarás mis secretos a nadie.

—¿Qué secretos? —preguntó Kierse con falsa modestia.

Graves la fulminó con la mirada.

—No puedo hacer que tu promesa sea vinculante. Y esta asociación requiere cierto nivel de confianza que no le he concedido a nadie desde hace años. Dame algún motivo para que confíe en ti.

Bien. Kierse se alegraba de que no pudiera obligarla a cumplir sus promesas. Acababa de confesarle otro de los beneficios que traía consigo que la magia de Graves no funcionara con ella. No solo era valiosa. Era un lastre. Él no quería tenerla cerca solo para entrenarla. Quería tenerla vigilada. Ahora, muchas cosas comenzaban a adquirir sentido.

—Tus secretos son solo asunto tuyo —le respondió Kierse.

No obstante, no le hizo ninguna promesa. Y se dio cuenta de que Graves detestaba no ser capaz de obligarla a mantener su palabra. La joven le devolvió esa mirada fría con una sonrisa. Las negociaciones siempre eran cosa de dos.

Graves aguardó a que ella añadiera algo más, pero Kierse cerró el pico. Las llamas revoloteaban en los iris del hombre.

—Con esto tendrá que bastar. —Graves extendió una mano—. ¿Trato hecho?

Kierse estaba cerrando un pacto con el diablo, pero, aun así, aceptó su mano. Ese vínculo entre ambos era como una especie de magia ancestral.

—Trato hecho.



Graves retiró la mano.

—El trato está cerrado.

—Pues empezaremos hoy. —Ahora que la parte más dura había acabado, Kíerse estaba deseando aprender todo lo que pudiera. ¿Cuáles eran exactamente todas esas habilidades interesantes que poseía? ¿Por qué podía atravesar escudos? ¿Qué significaba todo aquello?

Graves se limitó a meterse las manos de nuevo en los bolsillos.

—Podrás empezar después de que hayas dormido.

Kierse estaba cansada. El día anterior había sido… complicado. Entre el robo que había salido mal, la persecución y tener que acudir a Nate, la joven estaba hecha polvo. Habían pasado treinta y seis horas desde que había podido cerrar los ojos durante un segundo. Pero, aun así…, quería respuestas.

—La verdad es que estoy bastante espabilada —le dijo a Graves—. Podría empezar ahora mismo.

—Tal vez —respondió él, mirándola de arriba abajo como si no la creyera—, Pero necesito que tengas la cabeza totalmente despejada para empezar con tu entrenamiento de lanza. Tómate

un par de horas y luego reúnete con Edgar en mi gimnasio.

—¿Y cuándo empezarás a enseñarme magia?

—Ahora tengo otros asuntos que atender. Te acompañaré a tu habitación. Podremos seguir hablando cuando regrese. —Graves le abrió la puerta y ella la cruzó con decisión.

—¿Ya tienes una habitación lista para mí?

—Isolde la ha preparado mientras estabas sentada en los escalones del Met.

La joven arqueó una ceja.

—¿Se supone que debe impresionarme que me hayas seguido?

—Deberías estar más atenta a tu entorno.

Lo cierto era que Kierse había sentido las miradas puestas en ella desde que había abandonado esa casa la noche anterior. No sabía si la seguía él, los Druidas o ambos. Los había sentido, pero sin tener claro cuáles eran sus intenciones hasta que era demasiado tarde.

—¿Es esta mi primera lección? —bromeó la ladrona—. Sé cómo despistar a un perseguidor.

—Por lo que parece, no muy bien. —Graves le recorrió el rostro con la mirada como si no fuera capaz de entender a qué jugaba Kierse. Le hizo una seña hacia el pasillo.

—Eso duele —respondió ella tras llevarse una mano al corazón—. Venga ya. Pareces la clase de tío con el que cada interacción es una lección. —Kierse salió de la estancia y Graves la siguió —. Podrías haber empezado por lo más obvio: ¿qué soy? ¿Qué puedo hacer?

Él no le contestó. Se limitó a encaminarse pasillo abajo.

—¿Sabes? No me has preguntado ni una vez sobre el trabajo.

—Vamos a robar una lanza —replicó la joven—. Eso ya me lo has dicho.

—Pero no te he contado nada más.

Kierse se encogió de hombros.

—No importa.

Podía robarle lo que fuera a cualquiera. Incluso a Graves si era necesario. Los detalles del trabajo carecían de importancia. Eran la menor de sus preocupaciones. La joven sospechaba que alguien como Graves tendría un plan para lo que quería que hiciera. Sería como cualquier otro trabajo. Solo que en este las probabilidades de que acabase muerta eran mayores.

—Yo no pecaría de exceso de confianza —le advirtió Graves.

—Y no peco de eso. El exceso de confianza es lo que acaba matándote. Tengo la confianza justa y necesaria. Soy una ladrona. La mayoría de la gente no considera que eso pueda ser un talento, pero se me da bien. Y eso es lo que necesitas. ¿Por qué si no ibas a contratarme?

Graves no le respondió. Volvió a mirarla a los ojos, estudiándola, tal vez en señal de aprobación.

Kierse adaptó el ritmo a las largas zancadas de Graves mientras la guiaba por la gigantesca escalera en el centro de la mansión. Subieron dos tramos. Si hubiera ido sola, podría haberse perdido, ya que la casa era enorme. Estaba acostumbrada al burdel de Colette. Era muchísimo más pequeño que la mansión de Graves, aunque lo suficientemente grande como para alojar a las mujeres que trabajaban allí. Contaba con todos esos dormitorios. Con todas esas trabajadoras. Pero el lugar en el que estaba ahora… Nadie más vivía allí. Era puro exceso.

—Hay un par de normas de la casa.

—Ya hemos cerrado el trato.

—Esto tiene que ver con vivir en mi casa. Está prohibido el acceso a mi dormitorio, incluso

para una ladronzuela que sabe cómo colarse en todas partes —añadió de forma explícita—. No entres en ninguna habitación cerrada con llave.

Kierse sintió un temblor en los dedos nada más escuchar eso. Decirle a una ladrona que no pusiera en práctica sus habilidades era lo mismo que animarla a hacerlo. Sobre todo, porque ahora hacía que se preguntara: ¿qué tenía Graves que esconder?

Él pareció darse cuenta de ello nada más decirlo.

—He vivido solo durante mucho tiempo, señorita McKenna. Valoro mi intimidad por encima de mis posesiones. Te concederé privacidad a ti siempre y cuando tú hagas lo mismo conmigo.

—Vaya aburrimiento.

—¿Eso es un sí?

—Sí —accedió Kierse.

Graves mantuvo la mirada fija en su rostro, como si intentara analizar lo en serio que lo decía.

—Lo prometo —dijo ella, con la esperanza de parecer franca.

—Bien. —Satisfecho, Graves enfiló hacia el final de un pasillo en la tercera planta—. Esta es tu habitación.

—No estoy cansada, de verdad —le dijo. Había sido una noche larga y Kierse estaba agotada, pero también excitada por todo lo que había pasado—. ¿Tengo acceso a la biblioteca?

—¿A la biblioteca? —le preguntó él para luego asentir con la cabeza—. Puedes leer cualquier cosa de las estanterías.

—Quizás podríamos ir allí ahora.

—Puede que en otro momento. Si tantas ganas tienes de empezar con tus estudios, entonces tendré libros listos para ti para después de tu entrenamiento.

Graves tomó el pomo de la puerta a la vez que Kierse. Se rozaron las manos e, incluso con los guantes puestos, la ladrona pudo sentir la calidez que él desprendía. Era mucho más alto que ella, y para verlo tuvo que levantar la mirada desde debajo de sus pestañas. Entonces se dio cuenta de que sus cuerpos se encontraban muy cerca y tragó saliva. Kierse había estado jugando con él, pero, de algún modo, en ese momento fue ella quien se sintió atrapada en sus ojos.

Graves fue el primero en retirar la mano.

—Te han perseguido, te han disparado y te han obligado a dejar atrás a tus amigos, tu familia, tu hogar. Estás conmocionada. Aunque lo disimulas bastante bien. Necesitas dormir.

—De verdad, prefiero que me cuentes más cosas sobre mí.

—No necesitas más sorpresas por hoy.

—No soy una flor delicada a la que debas temer aplastar entre tus manos.

—No, eres delicada como una bomba.

A Kierse le gustó esa respuesta. Sonrió igual que una criatura salvaje.

Graves dio otro paso hacia atrás, como si la joven hubiese hecho que su fachada de cauteloso control se tambalease.

—Cuéntame solo una cosa más —bromeó ella a la vez que enarcaba una ceja.

—Veo que no será fácil disuadirte, así que empezaré con lo más básico. ¿Te parece bien?

Kierse asintió. Le sorprendió haber conseguido que cediera, ya que estaba segura de que Graves era como una montaña imposible de mover. Si bien eso no iba a evitar que lo intentara.

—Lo que eres es algo sujeto a debate. Tendremos que averiguarlo juntos. Aunque tengo mis

sospechas. Pero lo que puedes hacer es mucho más fascinante. Por lo que he podido observar, eres capaz de anular la magia.

—¿Eso qué quiere decir?

—Parece que cuentas con algún tipo de inmunidad natural. Por eso puedes atravesar mis escudos como si nada. El alcance o la magnitud de ese poder es algo que tendremos que poner a prueba.

—Inmunidad —susurró Kierse, como si estuviera bajo los efectos de una droga potente—. Soy inmune a la magia.

—Eso es lo que creo.

Esas palabras se le quedaron grabadas. Durante casi una década pensó que los monstruos no tenían nada que ver con la magia, pero ahora que sabía que existía y que, contra todo pronóstico, ella tenía poderes… La inmunidad parecía algo increíblemente útil. Sobre todo, si tenía las implicaciones que ella creía.

—¿Soy inmune a ti?

Graves se quedó inmóvil, con el rostro impasible.

—Sí.

Ah, eso a él no le gustaba nada. Atravesar sus escudos y entrar en su residencia sin que él se percatase era una cosa, algo que ya de por sí le molestaba. Pero ¿que su magia no funcionara con ella? Eso era algo disruptivo.

Graves abrió la puerta de la nueva habitación de Kierse y le hizo un gesto para que entrara. La joven lo hizo envuelta en una oleada de conmoción y algo parecido a la euforia.

—¿Cuánta magia hay en el mundo?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿He estado interactuando con ella durante toda mi vida sin saberlo?

—Es muy posible —admitió Graves con su marcado acento—. Eso es algo que descubriremos juntos. Que tengas un buen día, señorita McKenna.

Kierse observó cómo se marchaba mientras se agarraba las manos con fuerza a la espalda. Debería haberlo dejado marchar. Pero, de algún modo, era como si un hilo se extendiera entre ambos, y Kierse sintió la necesidad de detenerlo. Solo una vez antes de volver a perderlo de vista.

—Graves —lo llamó.

Él se quedó inmóvil en el pasillo oscuro y se dio la vuelta para mirarla a la cara una vez más.

—¿Hay más personas que puedan hacer lo que hago yo? —inquirió. Era la única pregunta esperanzadora que podía hacer. Tal vez tuviera familia. Quizás estuviera ahí fuera, solo que desconocía la existencia de Kierse.

—En todos mis años de vida, nunca he conocido a nadie que pueda hacer eso —dijo con solemnidad, de forma casi… amable.

Kierse se encogió ante la dulzura de su expresión. Se sintió desnuda frente a él.

Cerró la boca y volvió a adoptar su gesto de neutralidad. Se negaba a dejar que Graves viera lo mucho que aquello la afectaba.

—¿Y cuánto tiempo es eso?

Graves meneó la cabeza y reemprendió su marcha; aun así, Kierse lo escuchó mascullar:

—Mucho mucho tiempo.



Kierse se despertó con un sobresalto y buscó un cuchillo que no tenía.

De inmediato, se puso alerta. Respiraba agitadamente mientras inspeccionaba su entorno entre confundida y horrorizada. Entonces, cayó en la cuenta. Lo recordó de golpe. Recordó lo que había sucedido con todo lujo de detalles.

Los Druidas. El Five Points. El momento en el que había aceptado el trabajo de Graves.

Comprobó la hora y vio que era por la tarde temprano. Entonces se dejó caer de nuevo sobre la lujosa cama con dosel. Había estado tan agotada que ni se había molestado en echar un vistazo a su alrededor. Había ido directamente desde la puerta hasta la cama, donde había caído rendida. Ahora que ya no contaba con ese subidón de adrenalina, se sentía vacía. Le dolían las costillas. Se encogió al tocar los puntos de sutura que Maura le había puesto con tanto cuidado. Kierse tendría que preguntarle a Graves si contaba con algo para el dolor.

Seguramente, lo mejor sería que se aseara antes. La luz del sol se colaba por las ventanas y Kierse miró boquiabierta la habitación mientras se bajaba de la cama. Era una estancia elegante, pintada de un azul claro y con un mobiliario de madera en tonos crema y gris. La cama le había resultado demasiado blanda en comparación con donde estaba acostumbrada a dormir en el

edificio de Colette. El edredón azul marino era mullido gracias a las plumas de ganso, y contaba con una docena de cojines que había acabado tirando al suelo sin ton ni son.

Se encaminó hacia lo que supuso que sería un baño contiguo. Era más grande que todo su dormitorio en el edificio de Colette. Contaba con una gran bañera empotrada con chorros y bandejas con aceites, pétalos y sales. La ducha consistía en una habitación abierta, enorme y de piedra, con tres cabezales y una cascada que caía desde el techo. El baño también contaba con dos lavamanos, un tocador y otro cuarto separado solo para el inodoro.

Entonces, Kierse dio con el armario. Su tamaño era perfectamente el doble que el del baño y, por lo que podía ver, estaba completamente vacío. Los espacios vacíos eran el culmen de la riqueza. Toda una habitación sin nada en absoluto. ¿Tendría Graves pensado llenarlo? ¿Le habría pertenecido a alguien antes? ¿Por qué estaba ahí?

Pero Kierse no tenía ninguna respuesta para ello, y ese mismo día necesitaba obtener algunas más relevantes.

Primero, una ducha. Si el resto de la casa servía de referencia, no tendría nada que ver con ducharse en el burdel o en el Five Points. Kierse se desnudó y se quitó su preciado collar de reyezuelo antes de introducirse bajo el chorro de agua. En cuanto el calor tocó su piel, se sintió extasiada y disfrutó de los más sofisticados botes de champú y acondicionador. Se frotó con jabón de esencia de lavanda y miel, poniendo especial cuidado en sus costillas malheridas. Incluso abrió una cuchilla y se afeitó a conciencia. El agua no llegó a enfriarse ni agotarse. Podría haber permanecido allí durante horas. Tal vez lo hubiera hecho si su estómago no hubiera comenzado a rugir tan alto.

Las galletas de aquella mañana no habían bastado para reponer toda la energía que Kierse había quemado.

Cerró el grifo de la ducha, convencida de que esa era su parte favorita de la casa. Salió del baño envuelta en una mullida toalla blanca. Llevaba el cabello oscuro cubierto por otra toalla. La ropa de Maura había acabado desperdigada por el suelo de la habitación, pero Kierse no tenía muchas ganas de volver a ponerse esas prendas sucias. Así que se dirigió hacia el armario y abrió algunos cajones. Vacío, vacío, vacío. No había ni una prenda en ese lugar. Nada. Entonces, escuchó cómo alguien llamaba a la puerta.

Se apresuró a salir del vestidor y, con delicadeza, abrió la puerta unos centímetros.

—¿Sí?

Isolde le dedicó una alegre sonrisa.

—Ah, bien. Ya está despierta. Creí que tal vez quisiera esto.

La mujer sostenía un montón de ropa.

—Me salva la vida —le dijo Kierse, tomando el montón que le ofrecía.

—En cuanto baje, serviré la comida en el salón.

A Kierse le rugió el estómago de nuevo y le dedicó a Isolde una tímida sonrisa.

—Enseguida bajo.

La joven cerró la puerta y dejó caer la toalla al suelo. Examinó el montón de ropa *hasta* que encontró el mejor par de pantalones que había visto nunca. No eran del todo unas mallas, sino más bien unos pantalones de deporte. Eran de algodón suave, pero, al mismo tiempo, funcionales. Podría correr con ellos si fuera necesario. El top era del mismo material e iba a juego con una chaqueta deportiva aislante. Era ligera, pero cálida y de mucha más calidad que toda la

ropa que ella poseía. Lo conjuntó todo con un par de calcetines de lana y unas deportivas.

Un atuendo eficiente y práctico. Nada exagerado ni sofisticado. Le sentaba bien. Cumplía su función. Kierse colgó su querida chaqueta de cuero en una percha y la dejó en el armario.

Volvió a ponerse su collar con un suspiro de alivio. Ahora sí que estaba lista.

Siguió el mismo camino que había tomado esa mañana, dejando que su memoria la guiara. Llegó al vestíbulo principal y luego se dejó llevar por su olfato hasta la cocina. El olor era cálido, a canela con un toque de sirope de arce y… ¡Madre mía, beicon!

Isolde se dio la vuelta al escuchar su sonoro gemido. La mujer rio y esbozó una gran sonrisa. Cuando había estado reconociendo el terreno, Kierse había creído que esa señora era insignificante. En ese momento se daba cuenta de que era el pilar de esa casa.

Isolde lucía un vestido negro con un delantal blanco por encima. Unas medias negras y unos prácticos zapatos del mismo tono eran el toque final del conjunto. Llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza y apartado de la frente con arrugas. Era cautivadora, y a Kierse le aterraba pensar qué aspecto habría tenido en su veintena. Tal vez fuera una sirena que atraía a la gente con comida. ¿Era eso posible?

—El salón está detrás de esa puerta, querida —le dijo Isolde, señalando hacia esa dirección.

—¿Él ya está ahí?

—¿El señor de la casa? Aún no. Sigue fuera.

Kierse se acercó a la isla de la cocina y apartó una de las pesadas sillas de hierro con un cojín azul.

—Puedo comer aquí.

Isolde agitó una mano.

—Como quiera. Aunque no estoy acostumbrada a tener a nadie más en mi cocina.

—No molestaré.

La mujer comenzó a servir en las bandejas suficiente comida como para alimentar a un pequeño ejército.

—Ya que ha dormido todo el día, este es el desayuno.

—Tiene una pinta increíble —respondió la joven.

Y era cierto. El estómago de Kierse rugió con más fuerza mientras observaba la comida. Tortitas, huevos revueltos, huevos fritos, beicon y salchichas. Además de croquetas de patata, fruta fresca, pan para tostadas, *bagels* y media docena de tipos de queso para untar. Asimismo, le sirvió zumo, café y té.

Kierse debía de haberse quedado con la boca abierta durante demasiado tiempo porque Isolde le dijo:

—No sabía qué le gustaría, así que he preparado un poco de todo.

—¿Esto… es para mí sola? —jadeó Kierse.

—El señor de la casa comerá algo si no ha cenado fuera.

La joven observó maravillada aquel despliegue. Nunca había visto nada igual. Una cocinera a su disposición, que parecía deseosa de servírselo todo en el plato y que lo devorara.

—No tenía por qué tomarse tantas molestias —dijo Kierse—. Es imposible que vaya a comerme todo esto. ¿Qué hará con lo que sobre?

—Donaremos lo que podamos y ayudaremos a las organizaciones benéficas que atienden a los que pasan hambre.

—Es decir, a todo el mundo —añadió Kierse en voz baja.

Isolde le dedicó una cálida sonrisa.

—Si es algo que le preocupe, dígame qué es lo que le gusta y podemos establecer ciertas horas. La próxima vez no haré tanta comida, pero trabajo mejor con un horario.

Kierse se limitó a parpadear.

—Mmm…, vale. Muchísimas gracias.

Isolde sonrió.

—Verla disfrutarlo es agradecimiento más que suficiente. Ahora, coma. Parece capaz de devorar un caballo entero y seguir hambrienta.

No iba tan desencaminada. Kierse se llenó el plato no una, sino dos veces. Todo estaba riquísimo. Exquisito. Era difícil dejar de comer y hacerle caso a su estómago, que cada vez se expandía más para contener todo lo que estaba consumiendo. Kierse no había pasado hambre viviendo con Colette, llevaba muchos años sin pasar hambre, pero la necesidad de dejar el plato limpio era una costumbre difícil de perder.

—¿Qué es este delicioso olor? —preguntó Graves mientras entraba en la cocina.

Isolde enrojeció exageradamente.

—Nada nuevo, señor.

—Beicon —dijo Kierse mientras daba su último bocado.

—Te has superado —felicitó Graves a Isolde.

—¿Le preparo un plato? —le preguntó la cocinera.

—Por desgracia, no. Ya he comido. Y no volveré a cometer ese error.

Isolde sonrió como una colegiala. Era evidente que disfrutaba de los halagos de su jefe.

—No es un error decidir comer en otra parte.

—Nadie cocina como tú, y estoy seguro de que la señorita McKenna está de acuerdo.

—Sí —respondió Kierse al instante—. Estoy de acuerdo.

—Espero que logremos hacerla coger un par de kilos. Está medio muerta de hambre —declaró Isolde.

Kierse enarcó las cejas.

—No me ha visto muerta de hambre de verdad.

—Pues cualquiera lo diría.

Graves asintió como si estuviera de acuerdo con Isolde. El muy traidor.

La joven sabía qué aspecto tenía cuando estaba medio muerta de hambre. De hecho, en ese momento le parecía que tenía una apariencia bastante sana.

—¿Ya estás listo para responder a todas mis preguntas? —inquirió Kierse con un guiño.

Graves sacudió la cabeza y elevó débilmente la comisura de los labios.

—¿Qué te parece esta noche durante la cena?

—Creía que las lecciones empezarían en cuanto me levantase de la cama.

—Hablaremos durante la cena.

Kierse desplazó la mirada para fijarla en sus oscuros ojos de un gris hipnotizante. Había algo en aquella mirada. Algo que la joven no era capaz de descifrar.

—Vale, pues en la cena.

—Isolde preparará el menú. Será tarde. ¿A las nueve?

—Soy trasnochadora. Cuanto más tarde, mejor —respondió ella—. Tendré que volver a mi

casa a por ropa.

Graves negó con la cabeza.

—Dile a Isolde cuál es tu estilo y ella te comprará ropa nueva. Lo que sea que necesites. Comenzarás a entrenar en el Uso de la lanza con Edgar de inmediato.

—Ya, también quería preguntarte sobre eso. ¿Por qué tengo que aprender a blandir una lanza? —preguntó Kierse con recelo—. Voy a robarla, no a luchar con ella.

—Si algo sale mal, será la mejor arma que tengas a mano para abrirte camino.

A Kierse eso no le gustó ni un pelo.

—Prefiero huir sigilosamente a tener que luchar. Pero, si no me queda otra, optaría por pistolas y cuchillos.

—Me gustaría tener cubiertas todas las posibilidades.

—Muy bien. —Kierse ya había accedido a ello durante las negociaciones, así que entrenaría en el uso de la lanza, pero esperaba con todo su ser no tener que usarla.

—Ya que estaba fuera, te he conseguido algunas cosas —le comunicó Graves.

Salió un momento de la cocina y luego regresó con una mochila ligera y discreta.

—Aquí está todo lo que necesitas. He sacado algo de dinero en efectivo a modo de un pequeño adelante. La mitad de la suma que acordamos ya ha sido depositada en una cuenta bancaria que he abierto para ti. Aquí tienes la tarjeta —le dijo, ofreciéndole una tarjeta negra—. El resto lo ingresaré en el mismo sitio una vez que completes el trabajo.

Kierse aceptó la mochila y la abrió. En el interior se encontraba, en efecto, un montón de dinero y dos armas de fuego completamente nuevas y de última generación, con silenciadores incorporados y munición extra. Además, también había un elegante teléfono móvil con una increíble pantalla táctil. El cacharro solo tenía un número guardado.

—¿Supongo que este es tu número?

—Ese es mi número. Responde cuando te llame.

—¿Me llamarás a menudo? —le preguntó ella.

Graves se metió las manos en los bolsillos.

—Esperemos que no. Por el bien de ambos.

Entonces, Graves le hizo una seña a Isolde con la cabeza y desapareció sin decir ni una palabra más.

Kierse volvió a girarse en su asiento.

—¿Siempre es tan críptico?

Isolde sonrió.

—No te haces una idea.

La joven rio y luego se marchó en busca del gimnasio. Cuando llegó, Edgar ya la estaba esperando y, desde el primer momento en que Kierse cogió la lanza, supo que no le gustaba. No tenía nada que ver con un cuchillo o una pistola. El primero era perfecto para las distancias cortas y la segunda para las largas. Esa lanza no parecía práctica. Estaba diseñada para embestir y asestar, pero no era capaz de pillarle el truco. Edgar y ella trabajaron metódicamente en los movimientos, intentando aplicar los reflejos de Kierse al empuñar un cuchillo en esa lanza mucho más voluminosa. El arma tenía la punta de acero y había sido endurecida con fuego. En el otro extremo del fresno duro tenía hierro carbonizado, lo que hacía que todo el objeto fuese casi irrompible. La fuerza necesaria para ello debía de ser descomunal. Por suerte, los dos estaban

trabajando con lanzas de entrenamiento, así que nadie podía acabar destripado por accidente.

Edgar era un maestro impresionante e implacable, y la obligaba a repetir la misma maniobra una y otra vez hasta que Kierse acababa con la mano llena de ampollas y hecha polvo al mismo tiempo que sus músculos clamaban un descanso. Estaba familiarizada con ese método de entrenamiento. Edgar quería que adquiriera memoria muscular para que no se quedara petrificada en un combate. Pero eso no hacía que fuese menos duro.

Cuando hubo terminado, Kierse recorrió los pasillos de la casa para enfriarse. La mayoría de las habitaciones estaban cerradas, lo que la condujo hacia la única estancia que estaba completamente abierta para ella: la biblioteca.

Recorrió una y otra vez las estanterías cubiertas de acebo mientras admiraba el sinfín de libros y buscaba tesoros escondidos entre ellos. Algún día sería capaz de contemplar ese lugar y no empezar a hacer cálculos de cuál sería su precio o de si allí dentro habría algo que mereciera la pena robar. Algún día.

Escuchó un ligero ruido procedente de las estanterías. No parecía humano. Se quedó inmóvil, preguntándose qué otra cosa viviría en esa biblioteca.

Justo cuando estaba segura de que su imaginación le había jugado una mala pasada, una pequeña gata negra apareció en el otro extremo del pasillo. Kierse rompió a reír. Había estado a punto de salir corriendo por una gata.

—Ven, gatita —la llamó con dulzura. Se apoyó sobre una rodilla y extendió una mano frente a ella.

Cómo no, la gata la ignoró. Se quedó mirándola impasible con esos asombrosos ojos dorados.

—¿Tú también estás atrapada entre estas paredes?

La gata profirió un ruido desconcertante y movió la cola.

—Podemos ser amigas —sugirió Kierse. Una gata era mejor que la soledad.

Así que la joven hizo lo que, tras el tiempo que había pasado en las calles, sabía que funcionaba mejor con los gatos. Ignoró al animal y continuó echando un vistazo alrededor. Pasados diez minutos, la gata se le acercó como si la biblioteca fuera suya y se le envolvió alrededor de las piernas, ronroneando.

—Ah, ya veo cómo son las cosas. Solo me quieres cuando te ignoro —dijo la ladrona con una sonrisa—. La historia de mi vida.

Kierse se agachó y le acarició el lomo. La diminuta criatura bufó, la golpeó con una de sus zarpas afiladas y luego volvió corriendo a la estantería para contemplarla desde lo alto.

—Acabaremos haciéndonos amigas, ya lo verás —declaró.

Más tarde, Isolde la encontró entre las estanterías, justo cuando intentaba hacer que la gata volviera a bajar.

—Ah, veo que has conocido a Ana —dijo la mujer, que sostenía un pequeño libro marrón y un plato con un sándwich de queso a la parrilla.

—Ana —repitió Kierse—. Conque ese es tu nombre.

La gata retrocedió un par de pasos más.

Isolde rio antes de dejar la comida sobre la mesa. Le ofreció el libro a Kierse.

—El señor de la casa me ha pedido que le entregue esto al acabar con su entrenamiento. Espera que se lo haya leído antes de la cena.

Kierse miró hacia el librito con aprensión.

—Muy bien. Haré lo que pueda. —Tomó asiento con el sándwich en la mano y hojeó las páginas hasta que encontró una historia que llamó su atención.

Trataba sobre una niña pelirroja que había sido asaltada por un fuego fatuo. Había visto una luz azul parpadeante y la había seguido inconscientemente hasta el bosque, lejos de sus padres. La chica había tenido que pasar una serie de pruebas para demostrar su valor, entre las que se encontraban eludir a una bruja malvada y ser más lista que un hechicero. Kierse leyó a toda prisa todas las pruebas a las que se sometió la niña, deseando que al final regresara sana y salva con su familia.

Sin embargo, la chica pelirroja jamás volvía a casa. El fuego fatuo no dejó de arrastrarla cada vez más al fondo del bosque hasta que la niña se topó con un oso que se la comió. ¿Cuál era la moraleja de la historia? ¿Que, sin importar cuánto se esforzara uno, nunca se podía escapar del destino? ¿Que la tentación que te hacía salirte del camino también podía llevarte a tu muerte? ¡Mucho cuidado!

Pero debía haber algo detrás de toda esa historia. De lo contrario, ¿para qué iba Graves a sugerirle que la leyera?

Ana dio un salto y Kierse siguió la mirada dorada de la gata mientras se hacía un ovillo en el espacio que quedaba a su lado.

«Todos los cuentos y las leyendas entrañan algo de verdad». Eso era lo que le había dicho Graves. ¿Cómo podían esos cuentos entrañar algo de verdad? ¿Acaso quería que se viera reflejada en la moraleja de la historia que hablaba de no salirse de su camino? ¿O tal vez quería que se centrase en la parte en la que un monstruo se la comía? Kierse ya era consciente de que se había salido de su camino y de que estaba lista para ser devorada.

Aun así, disfrutó de la historia y se la terminó con tiempo de sobra para prepararse para la cena.

A las ocho menos cuarto, regresó a su dormitorio lista para arreglarse, anticipando otra larga y placentera ducha. Sin embargo, cuando entró en la habitación, le sorprendió encontrar el armario atestado de prendas nuevas: vestidos de gala, atuendos formales, vestidos de cóctel, ropa de fiesta, una docena de pantalones y camisetas, ropa de deporte, sujetadores deportivos, ropa para dormir, e incluso ropa interior de encaje. Se apresuró a cerrar ese último cajón. Era tan improbable que se pusiera esos retales que apenas cubrían nada como el vestido de gala.

Tras una fastuosa ducha, se secó el pelo con el mejor secador que había visto nunca, lo que hizo que su cabello, largo y oscuro, brillara y le cayera en ondas por la espalda. Incluso encontró un set de maquillaje que Isolde también debía de haberle comprado (la mujer había pensado en todo). Kierse se sintió como una persona completamente nueva.

Se puso un vestido negro de cóctel. El material era ajustado y se amoldaba a ella como un guante, llegándole a la altura de las rodillas. No era el tipo de prenda por la que solía decantarse, pero, de algún modo, era mejor. Seguramente tendría que ver con su precio. La calidad era suprema. Después, eligió un par de zapatos de tacón de un estante y se miró en el espejo de cuerpo entero. Su collar de reyezuelo quedaba a plena vista gracias al escote pronunciado del vestido.

Con eso bastaba. Solo era una cena. Además, de negocios. No era ninguna cita. No tenía por qué estar nerviosa en absoluto. Aquello no guardaba relación con sus problemas con la intimidad, ni tampoco con el hecho de no haber cenado con nadie desde lo de Torra y su decisión de no

perder el tiempo con cortejos. Lo único a lo que podía entregarse era a la parte física. Después de todo, el sexo solo era sexo. Lo que le resultaba duro era todo lo demás.

Ahora le sudaban las palmas de las manos, lo cual era ridículo.

Ni siquiera se trataba de ese tipo de cena. Sí, Graves le resultaba atractivo. Tendría que ser ciega para no ver lo bueno que estaba. No obstante, además del hecho de que mezclar negocios con placer era una mala idea, tampoco era esa clase de cena. ¿Por qué su cuerpo reaccionaba de esa forma? Podía enfrentarse sin pestañear a Declan mientras le apuntaba con un arma al pecho, pero ¿eso la ponía nerviosa?

Enderezó la espalda y dejó que su rabia la condujera al piso de abajo. Llegó hasta el comedor y se encontró a Edgar aguardando en la entrada.

—Señorita McKenna, esta noche está arrebatadora.

—Al menos estoy mejor que la última vez que me vio. Eso seguro.

—No está mejor, solo diferente.

Kierse asintió.

—Gracias.

Edgar abrió la puerta y, aunque Kierse no había sabido qué esperar, no se había preparado para ver aquel comedor en todo su esplendor. La mesa era de un caoba intenso y oscuro, diseñada para doce comensales, aunque solo había dos sillas colocadas: una en el cabecero de la mesa, donde Graves, oscuro y ardiente, estaba sentado leyendo un libro de piel marrón, y otra a su izquierda. Los candelabros rodeaban la mesa para iluminar el espacio, y unos hermosos arreglos florales se hallaban en el centro. Kierse no tenía ni idea de dónde habría encontrado Graves en la ciudad unos ramos tan intrincados en esa época del año.

Edgar carraspeó.

—Señor, ha llegado su invitada.

Kierse controló los nervios y se adentró en la estancia para encontrarse con su oscuro secuestrador salido de un cuento de hadas. El hechicero que la había hecho desviarse de su camino.



Graves apartó la mirada de su libro como si hubiera estado tan ensimismado que no hubiera escuchado entrar a nadie. Entonces, esos ojos grises se toparon con los de Kierse a través de la estancia. A medida que la fue analizando, sus ojos se fueron oscureciendo de forma considerable. Primero bajaron por el vestido ceñido hasta sus piernas expuestas y luego volvieron a subir para encontrarse con su mirada. Kierse se estremeció por la atención recibida. Graves permaneció indescifrable; aun así la joven sabía qué significaba cuando alguien la miraba igual que había hecho él. Ese hombre también la consideraba atractiva.

Pero «oh» fue todo lo que dijo él antes de volver a centrar la atención en su libro.

Edgar retiró la silla de la mesa y Kierse se sentó, con la espalda erguida contra el delicado cojín.

Intentó ignorar que Graves estaba sentado a su lado, pero era como si la mera presencia de ese hombre llenara toda la estancia. Y, pese a que era peligroso, Kierse no podía evitar admirarlo. Lucía un traje completamente negro, con una camisa blanca inmaculada y una corbata también negra. Sus ojos tempestuosos recorrían con cautela las palabras mientras pasaba las páginas con

un dedo enguantado. Solo había cambiado los de cuero negro de antes por unos de noche. Pero, al fin y al cabo, seguían siendo… guantes.

Kierse carraspeó.

—¿Siempre los llevas?

Graves levantó la mirada un segundo.

—¿Mmm?

—Los guantes. ¿Siempre los llevas?

Entonces, él fijó la mirada en el collar que Kierse lucía en la garganta.

—¿Y tú siempre llevas eso?

La joven acarició el reyezuelo con un dedo.

—Sí. —A Graves había parecido sorprenderle el collar la primera vez que se habían visto—. Ya te has fijado en él antes.

Él asintió y alargó una mano.

—¿Puedo verlo?

Lo último que Kierse quería era quitarse el collar y dejar que él lo tocara.

—Estás eludiendo mi pregunta sobre los guantes.

—Prefiero llevarlos —respondió, ofreciéndole muy poca información. Después, le hizo un gesto para que le entregara el collar y, con un suspiro y a regañadientes, Kierse se lo quitó y lo depositó en la palma de su mano.

Graves estudió la delicada confección del reyezuelo. La forma en la que sus alas se extendían hacia los bordes del colgante circular. La tenue filigrana alrededor de los bordes que conducía hacia el cierre de metal. Era la posesión más preciada de la joven, y verla en manos de Graves la ponía enferma.

—¿Conoces el simbolismo de los reyezuelos, señorita McKenna?

La aludida negó con la cabeza.

—No.

—En algunas culturas, el reyezuelo es el símbolo de la primavera y el renacimiento. Ver a un reyezuelo en invierno es una señal de que la primavera está al caer, de que el invierno no durará para siempre. Es un buen presagio. El día antes de Navidad se conoce como el Día del Reyezuelo. Esas aves son perseguidas y sacrificadas. Las clavan en estacas y las pasean por toda la ciudad. Se cree que eso ayuda a desterrar al dios del invierno.

Kierse abrió los ojos en señal de alarma.

—Caray, nunca lo había escuchado. Entonces, cuando me viste lucirlo, ¿creíste que tenía algún significado?

—Creí que eras un buen presagio de invierno. —Desplazó la mirada hacia ella—. ¿De dónde dices que has sacado esto?

Graves se quitó un guante y Kierse pudo vislumbrar otra vez su tatuaje. Dejó la mirada suspendida sobre él, intentando descifrar qué había oculto debajo de ese traje impecable. Más enredaderas y un atisbo de espinas, pero eso fue todo lo que logró ver bajo la tenue luz. Entonces, los ojos de la joven se desplazaron de la piel tatuada hacia el dedo que Graves estaba pasando por la cara del colgante. Lo arrastraba despacio y con determinación. Era casi obsceno.

—Perteneció a mi madre.

—¿Y de dónde lo sacó ella?

Kierse giró el rostro para que él no la viera. No le gustaba hablar de la madre a la que no había conocido.

—Nunca tuve la oportunidad de preguntarle.

Graves desplazó la mirada hacia ella, dejando el colgante tras percibir la dureza en su voz.

—¿Ha fallecido?

—Murió durante el parto.

Ahora, la mirada de Graves transmitía cierto interés.

—Te acompaño en el sentimiento.

Kierse se encogió de hombros.

—¿Y siempre has tenido este collar? —La joven asintió—. Bueno, tal vez sea la clave para descubrir por qué eres inmune a la magia. ¿Lo has llevado puesto todo el tiempo que hemos pasado juntos?

—Lo llevo puesto a todas partes.

Sin más preámbulos, Graves la agarró de la muñeca. Kierse jadeó al sentir la piel de él contra la suya, por el calor que desprendía y el contacto físico inesperado. Un escalofrío le recorrió la espalda y se le puso la piel de gallina. Graves miró profundamente en sus ojos, como si estuviera pidiéndole que se revelara ante él. Kierse inspiró su calor. Estaba completamente concentrado en ella. Sin rodeos. La ladrona se sintió suspendida en el vacío mientras aguardaba.

Entonces, Graves dejó salir el aliento con un resoplido y la soltó.

Al sentirse liberada, Kierse se reclinó contra su asiento, tomó su vaso de agua y le dio un largo sorbo para disimular.

—Solo es una baratija —le anunció Graves entregándole de nuevo el collar.

Kierse se colocó el reyezuelo en su sitio mientras pensaba cómo era posible que él supiera eso con un solo roce.

—¿Puedes… saberlo solo con tocarme?

—Sí.

Eso significaba que su magia tenía algo que ver con el tacto. ¿Sería ese el motivo de que llevara esos misteriosos guantes? Kierse contempló cómo volvía a ponerse el que le faltaba, sintiendo más curiosidad que nunca.

En ese momento, Isolde y Edgar entraron en la estancia desde la cocina cargando con bandejas llenas de comida. Una vez que los platos estuvieron sobre la mesa, retiraron las tapaderas de plata y los sirvieron. A Kierse se le hizo la boca agua a medida que añadían comida a su plato. Había una especie de ternera con arroz, una guarnición de humeante y cremoso maíz, panecillos crujientes, una ensalada verde e incluso frutos del bosque fuera de temporada. Y cuánto le gustaban a la joven los frutos del bosque. Todo parecía delicioso, pero lo primero que Kierse se llevó a la boca fue una frambuesa. Sabía mejor de lo que recordaba.

Graves se quedó mirándola con un evidente interés.

—¿Qué? —le preguntó ella, tomando otro fruto—. No es la temporada.

Por un momento, Graves no dijo nada. Luego, como si fuera en contra de su buen juicio, comentó:

—No recuerdo haber disfrutado nunca tanto de algo.

—Cuando vives en la calle, aprendes a apreciar lo que te ponen delante. Probablemente no sabrás qué se siente.

—No siempre he tenido lo que ves frente a ti. En el pasado, fui un desecho social, como tú.

Kierse intentó disimular su sobresalto mientras cortaba la ternera. «Desecho social». No se equivocaba. Aunque aquello daba a entender que la joven no era más que basura que alguien había tirado.

—¿Cómo puede alguien deshacerse de ti? ¿De alguien con magia?

—Fácilmente. Y sin remordimientos.

Kierse no sabía qué responder a eso. Tampoco sabía por qué se habían deshecho de ella. No recordaba su pasado. Uno de sus primeros recuerdos era estar tirada en una calle, muerta de hambre. No le había quedado otra opción más que recurrir a los robos. Robar era mejor que morir de hambre, y no había tardado en aprender a hacerlo muy bien. Poco después, la había encontrado Jason. La joven había perdido toda esperanza de descubrir sus orígenes… hasta que había dado con Graves.

Volvió a concentrarse en su comida. Se comió la ternera tan rápido que apenas la saboreó. La carne estaba riquísima y tierna, cubierta por una especie de salsa de arándanos. Nunca había comido nada igual.

—Antes de empezar, quiero que me hables del libro que te he prestado.

—Es un poco siniestro —confesó Kierse—. Todos terminan muriendo en cada uno de los cuentos. Creía que, por lo menos, la historia del fuego fatuo contaría con una moraleja feliz al final.

—¿Por qué? Eso solo pasa en los cuentos modernos.

Kierse meditó esa conclusión. Cuando miró esos ojos grises como las nubes de tormenta, atisbo cierto interés en ellos. Decidió corresponderle con el mismo interés.

—Sentí que comprendía a la niña que se había dejado llevar por el mal camino por culpa del fuego fatuo. En la ciudad, era algo común durante la guerra.

—Ah —respondió él, como si también lo entendiera, Entornó la mirada—. Y querías un final feliz para la niña, pese a que tú no lo tuviste.

Kierse se negó a reaccionar a ese comentario.

—Yo no necesité a ningún salvador. Me salvé a mí misma. Pero otros no tuvieron tanta suerte como yo.

—Así funciona el mundo.

—En efecto. Doy por sentado que querías que me diera cuenta de que podía acabar devorada por un monstruo que me estuviera acechando. ¿Era esa la metáfora?

—Al final, la niña no acaba devorada por el monstruo, sino por un oso.

—Muy bien —reconoció Kierse—. Entonces, el único monstruo de la historia es el oso. —Un monstruo natural, como muchos monstruos humanos que Kierse había llegado a conocer demasiado bien.

—Bueno, el oso y el monstruo que la hizo desviarse de su camino… El fuego fatuo. Ambos la condujeron hacia su muerte.

—La niña nunca tuvo ninguna oportunidad.

—No, no la tuvo.

—Y sigues sin haberme contado nada sobre mí.

Graves carraspeó.

—Bueno, sabemos que tu colgante no tiene nada que ver con tu inmunidad, lo que

seguramente signifique que eres como yo.

Kierse se inclinó hacia delante con ansia.

—¿Como tú en qué sentido? ¿Soy un monstruo?

—Todos somos monstruos. Pero, para simplificarlo, sí.

Soy un tipo de monstruo con el que nunca te has topado. Aunque con tu inmunidad es posible que no te hubieras dado cuenta de lo que estabas experimentando.

—¿Y cómo llaman a los tuyos? —le preguntó la joven. Las etiquetas no siempre eran importantes, pero sentía que darle un nombre era necesario. Tangible.

—Hay varias palabras que describen lo que soy. Los que son como yo deciden con qué nombre quieren que se refieran a ellos. Varía según cuándo hayan nacido o cómo hayan sido criados. Aunque la mayoría de nosotros elegimos una palabra por encima del resto: hechiceros.

—Un hechicero. —A Kierse se le secó la boca. Era real. Esa era ahora su vida—. ¿Y hay más como tú?

—Sí. No muchos. A diferencia del resto de los monstruos que han salido a la luz, nosotros hemos elegido permanecer entre las sombras. Somos muy pocos y demasiado territoriales. —En ese momento pareció sorprendentemente posesivo—. La mayoría de las ciudades no tienen más que un maestro hechicero en un momento dado. Preferimos conservar nuestra privacidad.

—Vale, pero ¿qué significa ser un hechicero?

—Tradicionalmente nos llamaban nigromantes, brujos o hechiceros. La palabra «hechicero» fue la primera en acuñarse, alrededor del año 900. Se creía que significaba «rompejuramentos» o «demonio». La mayoría de la gente de la época era supersticiosa. —Graves cortó su carne en pequeños pedazos con una precisión deliberada, sin molestarse en levantar la mirada mientras proseguía con su historia—. Creían que la magia que percibían era una fuerza negativa. Que era contraria a Dios y a la *naturaleza*. No fue hasta alrededor del siglo XIV cuando surgieron otras palabras para referirse a la magia con un enfoque más positivo: encantador, mago, o incluso astrólogo.

—Entonces, ¿por qué no dejas que se refieran a ti con una de esas últimas?

La mirada de Graves era peligrosa, y antes de que le respondiera, Kierse supo por qué había escogido la palabra «hechicero». Porque él representaba la oscuridad.

Sin embargo, Graves se limitó a encogerse de hombros.

—Escogí reclamar lo que soy.

La joven le dio un sorbo a su vino.

—Entiendo.

Graves se terminó su copa y se sirvió otra.

—En cuanto a ti, todo indica que también puedes ser una hechicera, pero no quiero dar nada por sentado. Es sorprendente que hayas sobrevivido tanto tiempo con magia en tus venas sin haberte dado cuenta. Aunque, quizás, ya que tu poder es negativo, pasivo, no haya intentado abrasarte para salir hacia el exterior.

—¿Abrasarme? —preguntó Kierse, alarmada.

—Cuando los hechiceros desarrollan su poder de forma inconsciente, es probable que este acabe matándolos. Incluso los hechiceros con formación pueden usar su magia demasiado rápido y acabar achicharrados, destruidos desde dentro. No sé por qué tu poder nunca se ha manifestado así. Los poderes de los hechiceros son muy amplios. Algunos pueden hacer una única cosa a la

perfección. Otros tienen una variedad mayor de poderes básicos. Tal vez tú solo hayas tenido suerte.

—¿Y tú? ¿Qué puedes hacer?

Graves le dedicó una sonrisa tensa.

—No estamos hablando de mis poderes.

Menuda forma de eludir su pregunta. Sin embargo, a Kierse ya le daba vueltas la cabeza a causa de toda esa nueva información. Dado lo reticente que había sido Graves hasta el momento, a la joven le había sorprendido que le hubiese desvelado tanto.

Entonces, Edgar entró en la estancia para retirar los platos mientras Isolde les servía un postre, diminuto y delicado, de color blanco. Era un pequeño rectángulo con capas de hojaldre y crema con un toque de chocolate en lo alto. Daba la impresión de que podía cogerlo y comérselo entero de un delicioso bocado.

Kierse le dio un pequeño mordisco al postre y decidió que era su nuevo favorito.

—Un milhojas —respondió Graves antes de que ella pudiera preguntar—. Es un manjar francés.

—Pues me encanta.

Graves le ofreció su porción, y ella no se sintió culpable por aceptarla. La sonrisa que él esbozó cuando la joven le dio un bocado indicaba que también disfrutaba de que Kierse lo saboreara.

—¿Hablamos sobre el trabajo? Ya que es el motivo de que estés aquí —le preguntó Graves mientras ella comía.

—Sí, cuéntame todo lo que necesite saber. —Kierse se terminó el último bocado del milhojas y se inclinó sobre la mesa. La cena había estado muy bien, pero no estaba allí para cenas lujosas ni buenas charlas. Era hora de ponerse serios.

—Como ya te he dicho, vas a robar una lanza.

—Eso lo tenía claro.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento?

Kierse hizo una mueca.

—Solo hay que ver las ampollas sangrantes que tengo en las manos.

—Eso es normal cuando empiezas a entrenar con un arma nueva. Ya le pillarás el truco. No tenemos mucho tiempo, así que tendrás que entrenar a diario hasta acostumbrarte.

—No hay problema. Pero háblame más sobre esa lanza. ¿Dónde se encuentra? ¿Qué tengo que hacer para robarla?

—¿Has oído hablar de la Tercera Planta?

A Kierse se le heló la sangre en las venas.

—He oído hablar de ella —respondió. Torra había desaparecido allí abajo y nunca había vuelto a salir a la superficie. Aquel lugar era básicamente un agujero negro. Un sitio donde la gente como Torra acababa muriendo.

—La lanza está guardada en el centro de la Tercera Planta, en la residencia del líder de los Hombres de Valor.

Kierse sonrió. Por fin una oportunidad de obtener venganza.

—Supongo que también habrás oído hablar de ellos.

—Un grupo formado por todo tipo de monstruos contrarios al Tratado. Sí, es algo que creo

que la mayoría de la gente ha escuchado, aunque nunca se haya cruzado con ellos.

—¿Y tú? —le preguntó Graves.

Kierse no tenía ningún interés en contarle cómo se habían llevado a Torra, conque se limitó a sonreír con picardía.

—Trabajo para una clientela multimillonaria. Ya he visto antes esos broches dorados con alas y flechas.

—Cómo no. La Tercera Planta se encuentra protegida por escudos, igual que la residencia donde está la lanza.

—Y yo puedo atravesarlos.

Graves asintió.

—Sí que puedes. Pero no podrás entrar allí como si nada, llevártela y esperar salir con vida sin *contar con un* plan. Solo tendremos una oportunidad para entrar y salir de allí con la lanza. En el solsticio de invierno, los Hombres de Valor celebran una fiesta en el interior de la residencia de su líder. Las puertas estarán abiertas y cientos entrarán allí. Es ahí cuando atacaremos.

Kierse parpadeó al darse cuenta de que todo aquello iba en serio.

—¿En el solsticio de invierno?

Graves arqueó una ceja.

—¿Supone algún problema?

—Solo quedan un par de semanas.

—Entonces, ¿no lo harás? —le preguntó sin más.

Graves recorrió el rostro de Kierse con la mirada, como si estuviera esperando a que lo rechazara. La joven tendría que enfrentarse a la peor clase de monstruos dentro de una fortaleza enemiga y en un tiempo reducido. Aunque tampoco había esperado que se tratara de un robo cualquiera. No cuando la recompensa era de diez millones.

—Joder, pues claro que lo haré —dijo ella simplemente—. Hay demasiado en juego como para no hacerlo. Solo espero que tu entrenamiento sea lo bastante bueno como para que logre salir con vida de esta.

—¿Lo harás a sabiendas de que es posible que mueras?

—Sabía que podía morir nada más cruzar el umbral de tu puerta —replicó Kierse—. Haría cualquier cosa por mi familia. Lo que sea para mantenerlos a salvo.

Algo cruzó el rostro de Graves, algo que Kierse no fue capaz de interpretar. Arrepentimiento o dolor. Aunque ninguno de esos dos sentimientos parecía encajar con él.

La joven no pudo resistirse a levantar su copa.

—Entonces, brindo por el solsticio de invierno.

Por fin, Graves sonrió, de forma lenta y genuina, y levantó su copa para chocarla contra la de ella.

—Por el solsticio de invierno.



Ahora que Kierse sabía que solo tenían unas semanas para llevar a cabo el robo más imposible de toda su vida, necesitaba poner en marcha su propio plan de contingencia.

Había accedido a no ver a sus amigos, y pensaba cumplir su promesa. Aunque eso la matara por dentro. Graves le había sugerido que llamara a Nate, pero las cosas que Kierse quería decirle no podían decirse por teléfono. Y mucho menos por uno al que Graves tuviera acceso.

No obstante, había otro lugar al que debía acudir antes de reunirse con Nate.

Se quitó el vestido de cóctel y lo cambió por un elegante atuendo deportivo. Luego, se escabulló del edificio de piedra rojiza con la capucha puesta para protegerse del frío y la mochila a la espalda. Detestaba tomar el metro por la noche, pero contaba con un tiempo limitado. Tras pagar el peaje al trol que hacía guardia en la entrada de la Octava Avenida, la joven se deslizó entre las sombras, ignorando los silbidos que le dedicaban los duendes que había reunidos en torno a una pequeña papelera en llamas, y también los de los hombres humanos, que eran igual de babosos. Kierse protegió la mochila de cualquier otro viajero indeseable al tomar la línea B. Llevaba una pistola en el bolsillo. Sentirla contra la palma de su mano le aportaba seguridad. La otra arma la llevaba oculta debajo de la chaqueta. No abultaba nada contra su ropa ceñida.

Por suerte, no se topó con problemas cuando bajó una parada antes de su salida habitual. Ya la habían seguido desde la mansión de Graves en el pasado. Esa noche no quería encontrarse con ningún druida. Había reconocido a un tipo al que había eludido sin dificultad al abandonar la casa del hechicero. Y ahora había dos patrullas alrededor del edificio de Colette. No estaban lo suficientemente cerca como para provocar a los Roulettes, pero tampoco lo bastante lejos como para pasar desapercibidos. Por suerte, Kierse había vivido en el burdel durante años y conocía como la palma de su mano cada entrada y salida de la propiedad, además de todas las calles aledañas.

Eludir a las patrullas fue pan comido. Se coló por una entrada lateral hacia el burdel de Colette. No se activó ninguna alarma. Nadie fue tras ella. Nadie la había visto siquiera. Kierse sonrió para sus adentros. Los hombres de Lorcan le habían llevado la delantera, pero no eran mejores que ella. Solo habían contado con el elemento sorpresa, eso era todo. Quizás el infame Lorcan fuera más profesional, pero no era el caso de su equipo.

Kierse recorrió con sigilo la parte trasera del edificio. En el interior todo estaba tranquilo. Pudo escuchar las cocinas en funcionamiento para las chicas y sus pasos mientras se preparaban para una noche de trabajo. Empezaban a faenar siempre después de la cena, lo que significaba que a Kierse no le quedaba mucho tiempo. Avanzó por el que era su hogar y enfiló hacia las habitaciones de Colette. La casa había sido construida para contar con cuartos de servicio y una red de pasadizos que permitían que los criados pudieran pasar desapercibidos. En ese momento eran muy convenientes. Se dirigió hacia la escalera trasera y entró en el dormitorio de Colette.

Una figura se movió junto a la ventana.

—Si has venido a matarme, tendrás que esforzarte mucho más.

Kierse encontró a Colette con un revolver colgando perezosamente de la mano. La joven sintió un cosquilleo en la columna vertebral, pero no a causa de la presencia de la mujer. Percibió al hombre antes de que este se lanzara a por ella. Kierse se echó a un lado, esquivando el primer ataque y bloqueando el segundo.

—Soy yo —jadeó la ladrona. Reconoció al hombre que la había atacado. Era Carmine, el líder de los Roulettes, lo cual no pintaba bien para ella, ya que había sido boxeador profesional en su juventud.

Kierse intentó apartarse de su trayectoria, pero Carmine la envolvió con los brazos. Era tan fuerte como el tronco de un árbol y no había forma de liberarse de su agarre, a no ser que quisiera hacerle daño, algo que la joven no pretendía.

—¡Espera! —gritó Kierse.

—No, Carmine —dijo Colette mientras se apartaba de la ventana—. Es Kierse.

Carmine la soltó de inmediato, aunque parecía reticente. Se alisó el chaleco del traje y dio un paso atrás mientras se pasaba la mano por su oscuro cabello engominado, maldiciendo entre dientes en español.

—¿Qué estás haciendo aquí, niña? —Colette soltó su pistola en una mesa cercana.

Kierse dividió su atención entre Colette y Carmine, sin sentirse del todo cómoda al compartir información delante de él.

La madame se percató de ello de inmediato.

—Carmine, comprueba la entrada por la que se ha colado Kierse. Asegúrate de que nadie la haya seguido. —La mujer miró una vez más a la joven, y luego añadió—: Y trae a Corey.

Carmine gruñó y le dedicó una pequeña reverencia burlona.

—A su servicio, madame.

Cuando el hombre desapareció por la puerta, Colette cruzó la estancia para envolverla en un fuerte abrazo. La joven se quedó petrificada a causa de la sorpresa, pero acabó por relajarse. Cuando Colette se apartó, abofeteó a Kierse, quien no pudo contener una pequeña risa mientras se llevaba una mano a la mejilla.

—No vuelvas a darme estos sustos.

—¿La gran Colette siente miedo alguna vez?

—No me pongas a prueba —le respondió la madame, aunque lo hizo con ligereza, como si no estuviera muy acostumbrada a mostrarse tan vulnerable.

—No he venido a ponerte a prueba. He venido por esto. —Kierse se quitó la pequeña mochila que Graves le había dado y la abrió.

Colette abrió los ojos como platos cuando vio el montón de dinero.

—¿De dónde has sacado eso?

La joven tomó la mitad y la dejó sobre una mesilla.

—Cuanto menos sepas, mejor. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Esto es para ti. Guárdalo en un lugar seguro. Úsalo para emergencias o… si las cosas se tuercen.

Colette ni siquiera tocó el dinero. Se limitó a mirar a Kierse.

—¿En qué lío te has metido?

—Es un trabajo. Para un hombre muy peligroso. —Sacó de la mochila lo que había comprado con su propio dinero después de salir del metro: un móvil de prepago—. Aquí tienes.

Colette aceptó el teléfono.

—¿Para qué es esto?

—No podré volver aquí. No es seguro.

—Ya sé que no es seguro, Kierse. Cuando uno de los Temibles se presenta en mi burdel con una carta de Nathaniel O'Connor, sé que tengo que ponerme alerta. —Apretó los dientes—. Nate y yo nos conocemos de hace mucho. Al fin y al cabo, fui yo la que te envió a él. ¿Vas a contarme qué es lo que sucede?

—Cuanto menos sepas, mejor —le dijo Kierse—. Este móvil es el modo en el que podrás contactar conmigo si las cosas se ponen feas. No le digas a nadie que lo tienes.

Colette se hundió en el sillón que había junto a la ventana con el pequeño móvil aún en la mano.

—No crees que vayas regresar. —Debía de habérselo visto reflejado en la cara—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Kierse negó con la cabeza. Volvió a cerrar la mochila y se la colgó de nuevo en el hombro.

—Voy a llevarles esto a Gen y a Ethan.

—Entonces, ¿vuelves a trabajar con los Temibles? —le preguntó Colette—. Nate te ha echado de menos.

—Estoy trabajando por mi cuenta. —Kierse le dedicó una sonrisa bravucona—. Siempre voy a mi aire.

La madame asintió en señal de comprensión.

—¿Y mi hija?

—Gen y Ethan están a salvo con los Temibles.

—¿Y no van a regresar? —le preguntó, al tiempo que Corey entraba en la estancia.

—No —dijo el joven—. La seguridad de los Temibles es la mejor que he visto nunca.

Colette parecía ligeramente ofendida por ello.

—Tú trabajas en mi seguridad.

—Por eso puedo admitir que prefiero que mi novio se quede allí si está metido en un lío. —Entonces, Corey miró a Kierse—. Corre peligro, ¿verdad?

Ella asintió una única vez.

—¿Has sido discreto cuando has ido a verlo?

—¿Por quién me tomas? No juego con la seguridad de Ethan. ¿Estará bien?

Colette carraspeó.

—Por supuesto que sí. ¿Quién va a atreverse a meterse con los Temibles?

Corey fijó la mirada en Kierse y aguardó. La joven tragó saliva. No quería mentir.

—Gen y Ethan están bien por ahora, pero este es mi plan de contingencia por si acaso se tuercen las cosas.

Corey asintió a regañadientes.

—Odio todo esto.

Kierse también.

Odiaba la siguiente parte, y sabía que a él tampoco iba a gustarle.

—Tal vez deberías quedarte con ellos. Si se meten en problemas, lo único que tendrán que hacer los Druidas es seguirte hasta que los conduzcas a su ubicación.

Corey maldijo entre dientes.

—Carmine nunca me dejará…

—Yo me encargo de Carmine —declaró Colette.

—¿Crees que las cosas están tan mal? —preguntó Corey.

—Más vale prevenir que curar.

Kierse desplazó la mirada hacia Colette. Le preocupaba tener que convencer también a la madame. Sin embargo, la mujer se limitó a levantar la barbilla.

—Ten cuidado, niña —le dijo en voz baja y solemne—. Veo oscuridad en tu futuro.



Kierse se tomó la advertencia de Colette como lo que era: la verdad. No podía negar que lo que le había dicho lo sentía como una realidad. Y se trataba de una oscuridad hacia la cual se adentraba despacio. Pero, al menos, lo hacía con los ojos abiertos.

Al salir del burdel, volvió sobre sus pasos, eludiendo por muy poco a otra patrulla de druidas. Los capullos estaban por todas partes. Kierse sustituyó el metro por un frío paseo por la calle Houston, donde tomó un autobús antes de que este arrancara. Se apeó en Greenwich Village, desde donde caminó un par de manzanas hasta el lugar de encuentro con Nate. Cambiar sus rutas era otra forma de asegurarse de que nadie la seguía y, para cuando llegó a la cafetería nocturna, tenía la certeza de estar sola.

Sin embargo, Nate no había acudido solo. Los lobos acechaban entre las sombras. La camarera del Five Points, Cara, se hallaba en un rincón, con el cabello rubio recogido hacia atrás en una coleta alta. Su postura era de depredadora y parecía lista para saltar en cualquier momento. A su izquierda se encontraba una mujer de cabello castaño, más alta y con la nariz afilada. Un poco más atrás había otros lobos a los que Kierse no reconocía. Pero había uno al que sí. A Ronan el Flaco, con su cabello negro con la raya en medio y su piel de un tono beis casi

completamente cubierta por el atuendo negro de la manada. De los labios le colgaba un cigarrillo. Se había unido a los Temibles para conseguir protección para su familia durante la guerra, pero esta siempre había anunciado su intención de volver a Corea. Aunque tampoco era que pudieran permitírselo.

Si Ronan estaba allí, su compañero de armas también estaría cerca.

Al acercarse, Kierse se encontró a Finn en la entrada de la cafetería. Tenía el tono de piel como el ónice y un físico musculoso. Sin embargo, mientras que Ronan era el que más intimidaba, Finn, con la energía de un *golden retriever*, era todo amor. Nada más verla, la encandiló con su sonrisa.

—Hola, tú.

Kierse inclinó la cabeza hacia él.

—Finn.

—Me alegro de que estés de vuelta, McKenna. —Y le abrió la puerta.

—Lo mismo digo —respondió la joven al entrar.

Nate ya estaba esperándola en la cafetería vacía, en su reservado habitual. Kierse se sentó en el banco frente a él.

—Qué curioso que nos encontremos aquí —declaró Nate.

Ese había sido el lugar de reunión favorito de ambos cuando Kierse había trabajado para los Temibles. Allí, el dinero y los objetos robados habían cambiado de manos mientras tomaban un café caliente y una tarta casera.

—Encantador —masculló ella.

—Qué bien que esta vez hayas podido mandar un mensaje de texto —dijo Nate profiriendo una risa despreocupada.

No se equivocaba. En el pasado, Kierse no había contado con ningún móvil para comunicarse con él. Cuando había querido reunirse con Nate, había dejado mensajes codificados en la pizarra que había en la entrada. Un mensaje de texto habría sido mucho más sencillo que tener la esperanza de que nadie borrara la pizarra antes de tiempo.

—Madre mía, cómo han cambiado las cosas.

Nate asintió.

—Como tu atuendo. Veo que ahora puedes permitirte ropa de calidad.

—Él puede permitirse hasta la luna si quiere —comentó Kierse—, pero no estoy aquí por eso.

—Supongo que no. ¿Has aceptado el trabajo? ¿Por qué ese mensaje tan críptico?

—He aceptado el trabajo con la condición de no volver a ver a Gen y a Ethan.

Nate hizo una mueca.

—¿Por qué coño era esa una de las condiciones?

—Quiero mantenerlos a salvo. Hay patrullas de druidas por todas partes. Lo último que deseo es que le hagan daño a la gente a la que quiero para intentar llegar hasta mí.

—Podemos lidiar con esa creciente atención de los Druidas.

Kierse no lo dudaba. Si ella lograba eludir a las patrullas, Nathaniel O'Connor no tendría ningún problema. Pero eso no quería decir que la joven fuera a poner en riesgo la vida de Gen y Ethan.

—¿Pueden quedarse contigo? —le preguntó Kierse. Pasó la mochila por debajo de la mesa y Nate la tomó por el otro extremo. Abrió la cremallera y miró en el interior. Arqueó una ceja en su

dirección—. ¿Bastará con eso?

—Claro —respondió Nate tirando de la cremallera para cerrarla.

Kierse tenía la sensación de que el hombre lobo lo habría hecho gratis, pero a ella no le gustaba deberle nada a nadie. Su relación siempre había sido igualitaria, y quería que continuase siendo así.

—Ahí dentro hay un móvil de prepago. Úsalo para contactar conmigo. He revisado el móvil que me ha dado Graves, pero no me fio ni un pelo de él.

—¿Acaso hay alguien de quien te fíes?

Kierse ladeó la cabeza. Por supuesto, se fiaba de sus amigos mucho más que de un hechicero que, sin duda, iba a conseguir que la mataran.

—Bueno, ¿y en qué consiste el trabajo? —le preguntó Nate, consciente de que debía cambiar de tema.

—El golpe tendrá lugar en el interior de la Tercera Planta durante el solsticio de invierno.

A Nate se le salieron los ojos de las órbitas al escuchar esas palabras.

—En la Tercera Planta, Kierse…

—Ya lo sé, pero él puede colarme allí dentro.

—Torra no sigue ahí abajo —dijo el hombre lobo. De repente, su voz pasó a ser suave—. Ha pasado un año.

—Ya lo sé —estalló la joven, para luego obligarse a calmarse—. Sé que ya no está. Pero esto es una cuestión de conseguir justicia. Y quiero saber si me respaldarás si logro colarte a ti también.

Nate apretó los labios.

—¿En el solsticio? ¿Es el día veintiuno?

—Sí.

—Mierda —dijo él—. Esa noche hay luna llena.

—Tienes que estar de coña —masculló Kierse—. Entonces, estaréis confinados.

—Toda la manada —le confirmó—. Al menos, no tendrás que preocuparte por Gen y Ethan. Nadie entra ni sale del Five Points durante la luna llena.

—Ya. —Kierse no sabía por qué se había hecho ilusiones. Por supuesto que tenía que hacer eso sola. Era lo que le había prometido a Graves—. Al menos, ellos estarán a salvo.

—Yo me ocuparé de ellos, Kierse.

La joven intentó dejar a un lado su decepción. Al fin y al cabo, solo podía confiar en sí misma.

—También me ha prohibido revelar sus secretos —le contó a Nate, subiendo y bajando las cejas.

—Ajá —respondió el hombre lobo—. ¿Y cruzaste los dedos mientras hacías esa promesa?

Kierse se encogió de hombros.

—Veré qué me cuenta primero.

Nate se quedó pensativo.

—¿Seguro que puedes con todo esto?

La ladrona se levantó del banco.

—No me hagas preguntas estúpidas.

—Solo intento velar por ti. Alguien tiene que hacerlo.

—Sé cuidarme solita.

Nate se puso en pie y la agarró de la muñeca antes de que se marchara.

—Esta no es como nuestras otras misiones, Kierse. —La ladrona se mantuvo firme mientras se hallaba atrapada entre las garras del lobo. El lado más salvaje de Nate, el que lo convertía en el líder indiscutible de los hombres lobo de Manhattan, era algo que el joven solía ocultar en presencia de Kierse. Su fuego siempre estaba presente, pero en esa ocasión ardía con fuerza al mirarla a los ojos—. Si das un paso en falso, acabarás muerta.

—No tienes que ponerte en plan alfa conmigo —bromeó Kierse, y cambió su sonrisa desafiante por una tímida en un instante, bajando las pestañas. En cuanto se enfrentaba a una amenaza, ponía en práctica todo lo que había aprendido.

—Kierse —gimió Nate—. No tienes por qué hacer eso conmigo.

La joven retorció su propia muñeca para liberarse con facilidad del agarre del hombre lobo.

—Entonces, no me trates como si fuera un lastre y no un activo. Sé exactamente cuál es la misión, Nate. Tú encárgate de mantener a mis amigos a salvo y deja que yo haga el trabajo duro.

Nate asintió una única vez, con cierto reconocimiento reflejado en su mirada, antes de que Kierse pasara por su lado y abandonara la cafetería. La joven tomó el metro hasta el Upper West Side y se coló en el edificio de piedra rojiza por el mismo sitio por el que había salido sin que nadie se percatase. En su rostro se extendió una sonrisa mientras se metía entre las sábanas de satén.

Ya había puesto sus planes en marcha. Ahora comenzaba el verdadero trabajo.



Cuando Kierse bajó al piso de abajo a la mañana siguiente, Graves se hallaba en la entrada con un impecable traje de tres piezas y el rostro enterrado en un libro distinto al que había estado leyendo la noche anterior durante la cena. Kierse ladeó la cabeza un poco para intentar leer el título, pero cuando él sintió que se aproximaba, lo cerró de golpe y se lo colocó bajo el brazo.

—¿Una lectura ligera? —le preguntó la joven.

—Algo así. —Graves le echó un vistazo al atuendo deportivo de Kierse—. Vamos a salir.

—Creía que hoy tenía entrenamiento de armas. Solo nos quedan un par de semanas —le recordó ella.

—Soy muy consciente de cuál es nuestra agenda. Entrenarás cuando regresemos. Esto es más urgente.

Kierse soltó un suspiro.

—¿Adónde vamos?

—Te lo contaré por el camino. —Le hizo una seña hacia la entrada de lo que la ladrona supuso que sería el garaje.

Antes de entrar allí, apareció Edgar y le ofreció a la joven una chaqueta de lana, larga y negra.

—Para el frío.

—Gracias —respondió ella, metiendo los brazos por las mangas. Si se comparaba con Graves, iba muy mal vestida, pero a él no parecía importarle.

Edgar les abrió la puerta y Kierse siguió a Graves hacia un ascensor. Él presionó el botón de la planta baja. La puerta volvió a abrirse hacia una estancia enorme y oscura, lo bastante grande como para dar cobijo a una docena de coches. Una limusina se hallaba arrancada sobre una calzada circular subterránea. El conductor, un hombre de aspecto rudo de unos cincuenta años, aguardaba en posición, vestido con un traje completamente negro y un sombrero. Un tercer empleado al que Kierse jamás había visto durante sus misiones de reconocimiento. ¿Qué cojones?

—George —dijo Graves a modo de saludo.

—Señor —respondió él mientras abría la puerta al verlos acercarse—. Señorita McKenna.

—Gracias, George —dijo ella con una sonrisa educada antes de subir a la limusina.

Graves se acomodó atrás, al lado de Kierse, mientras George les cerraba la puerta y rodeaba el coche para ocupar el asiento del conductor.

—¿George siempre conduce para ti? —le preguntó la joven.

—Así es.

—¿Sabe él lo que eres? —Kierse daba por sentado que Edgar e Isolde sí que lo sabían. Era imposible que le sirvieran todos los días sin percatarse de que había algo raro en él, de que no era normal.

—George lleva muchos años a mi servicio.

Esa pareció ser respuesta suficiente para él, porque luego volvió a centrarse en el libro que había estado leyendo.

—¿Él también tiene magia?

Graves suspiró de forma sonora, como si no estuviese acostumbrado a que alguien lo interrumpiera en su momento de lectura.

—No es un hechicero, si es lo que me estás preguntando.

—Pero hay *otros seres con* magia —insistió ella George se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta ruidosamente detrás de él.

—¿Listo, señor?

—Sí, George. Ya conoces el camino —le dijo Graves para luego volver a la pregunta de Kierse—. Hay más tipos de magia en este mundo. Pero los que trabajan para mí son solo buenos empleados a los que pago generosamente por su tiempo.

—Y por su silencio —aventuró ella.

George tosió en voz baja en respuesta a la impertinencia de la joven mientras sacaba el coche de su aparcamiento y lo conducía por el túnel subterráneo que llevaba al exterior de la propiedad.

—El silencio es preferible, sí —dijo Graves sin rodeos.

Kierse se mordió el labio mientras veía cómo la limusina ascendía hacia la superficie. La puerta automática del garaje se abrió y los tres salieron hacia una calle de la ciudad de Nueva York. La joven estiró el cuello hacia la calle transversal y le sorprendió ver que se encontraban a varias manzanas de distancia de la mansión de Graves. Estaba bien pensado. Nadie habría sospechado nunca que podía haber una mansión a casi un kilómetro al otro lado del garaje por el que habían salido. No era de extrañar que Kierse nunca hubiese visto entrar ni salir a nadie.

—Parece que mi garaje te fascine —le dijo Graves.

—Me gustan las salidas. El primer recurso de una ladrona es su entorno —le explicó ella, reclinándose de nuevo contra el asiento—. A la hora de robar es tanto o más importante saber dónde se encuentran las cosas que lo que quieres obtener.

Graves la escuchó como si tuviera interés en aprender sobre el oficio de Kierse.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, por la arquitectura. Las puertas principales no están hechas para el sigilo. Suelen estar custodiadas. Tienes que ver el lugar como si fuera un plano. Entradas y salidas, ya sean visibles o creadas por ti.

—¿Creadas por ti?

—A veces es más fácil atravesar el techo o romper unas bisagras que forzar una cerradura. Depende de si quieres o no que alguien sepa que has estado allí. —Kierse levantó las manos y las mantuvo a aproximadamente treinta centímetros la una de la otra—. Considéralo desde la perspectiva de una rata. Las ratas no entran por la puerta principal. Escalan las paredes, destrozan el aislamiento, hacen agujeros con los dientes en las superficies. Son unas ladronzuelas ágiles. Ni siquiera sabes que están ahí si ellas no quieren que lo sepas. Solo hay que imitar lo que hacen las ratas. Usar la casa en tu beneficio.

—Mmm. —Graves reflexionó sobre lo que acababa de decirle—. Planos y ratas. Es como si fueras una arquitecta. Tienes que construir la propiedad en tu mente para ganar ventaja.

—Esa es una buena analogía.

—Tendré que meditarlo. Podríamos usar esa cartografía a nuestro favor cuando nos infiltremos en los Hombres de Valor.

—Ahí es donde entra en juego mi parte favorita: la misión de reconocimiento.

—Así es —dijo él, pensativo. Guardó silencio durante otro momento antes de cambiar de tema—. Ahora vamos a un hospital.

—No estoy enferma.

—Aunque todo lo que te he dicho hasta ahora ha sido bastante… mítico, existe una ciencia detrás. A lo largo de los años, los hechiceros han intentado descubrir qué es lo que nos hace ser únicos. Todo de forma encubierta, por supuesto. Aún no sabemos con exactitud por qué podemos hacer las cosas que hacemos. Pero lo que sí sabemos es que existe un gen que contribuye a ello.

—¿Un gen hechicero? —preguntó Kierse.

Sonaba tan ridículo como la existencia de la magia. Y, aun así, si se basaba en sus rudimentarios conocimientos de biología, sabía que las mutaciones de los genes se producían tanto en humanos como en monstruos. A pesar de que los monstruos no querían que esa información se difundiese, unos estudios recientes afirmaban que existía un componente biológico que explicaba por qué los vampiros necesitaban beber sangre, por qué los espectros se alimentaban del alma humana o incluso qué provocaba que los hombres lobo se transformasen durante la luna llena. Así pues, tenía sentido que los hechiceros contaran con científicos, o que ellos mismos lo fueran, para investigar también el origen de su magia.

—No exactamente —respondió Graves—. Dejaré que Emmaline te lo explique cuando lleguemos a La Alianza.

—¿La Alianza?

Graves sonrió con malicia.

—Ya lo verás.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, salieron de la autopista en Queens y aparcaron en la entrada de un precioso edificio de dos plantas. En la fachada, en letra grande y vistosa, estaba escrito La Alianza, con un símbolo debajo que consistía en un círculo y dos lunas crecientes opuestas. Kierse no había entrado en un hospital desde antes de la guerra. Las empresas privadas se habían apropiado de la mayoría con fines lucrativos. Mucha gente había tenido que recurrir a la medicina clandestina o, si tenía una buena relación con alguna banda, normalmente estas contaban con un médico en nómina, como era el caso de Maura. La población o bien acababa endeudada, o simplemente se moría, que era lo más habitual. Y a nadie le importaba. Eso hacía que el dolor de Kierse al añorar un pasado que apenas recordaba fuera casi visceral.

Graves los coló por una entrada lateral del edificio. La joven se sacudió los copos de nieve del cabello y de los hombros de la chaqueta mientras echaba un vistazo alrededor. La pequeña sala de espera estaba vacía, salvo por una mujer vestida con un traje blanco con una etiqueta identificativa en la que se podía leer «Harper», a quien Graves se aproximó.

—Hola —dijo Harper con amabilidad—. Bienvenidos a La Alianza. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Tenemos una cita con la doctora Mafi —respondió Graves con brusquedad.

—Excelente. ¿Su nombre?

—A nombre de Kierse McKenna.

—Ah, Kierse —dijo Harper con una sonrisa, girándose hacia la joven—. ¿Has estado aquí alguna vez antes, querida?

Ella negó con la cabeza. ¿Quién podía permitirse pagar un hospital?

—Necesito que me rellenes esto. —Harper le pasó una carpeta por encima del mostrador—. Responde a las preguntas de las dos primeras páginas y firma la última.

Kierse se dejó caer en una silla y rellenó el papeleo. No sabía cómo responder a gran parte del formulario, como cuál era su dirección actual. No podía anotar la dirección de la casa de Graves, pero tampoco la de Colette. Decidió dejarlo en blanco. La cosa fue empeorando a medida que le preguntaban sobre sus antecedentes familiares. No tenía ni idea de si su madre había padecido cáncer de pecho o de si por parte de padre eran propensos a la hipertensión. Acabó por rendirse, llegó hasta la última página y garabateó su firma.

Le devolvió los documentos a Harper.

—Aquí tienes.

—Gracias, querida. Solo serán unos minutos.

Kierse le dedicó una pequeña sonrisa antes de volver a su asiento. Justo cuando apoyó el trasero sobre el incómodo cojín, se abrió una puerta y una mujer anunció:

—Kierse.

Iba ataviada con un pijama morado oscuro a juego con el de Harper. El color realzaba el cabello negro y los grandes ojos de la mujer. A Kierse le cayó bien nada más verla.

—Esa soy yo —dijo la joven, dando un paso al frente. Graves la siguió de cerca.

—Los amigos deben esperar aquí fuera —se apresuró a decir la mujer. Graves le dedicó una mirada de pura rabia, pero ella apenas parpadeó.

—Puede acompañarme —indicó Kierse.

—¿Estás segura?

La joven asintió.

—De verdad. No hay problema.

Además, Graves probablemente acabara matando a alguien antes de dejar que entrara sola en la consulta. Y mucho menos cuando era él quien lo había organizado y conocía a la doctora. Todo lo demás parecía ser una pura formalidad. Un sinsentido burocrático, la verdad. Kierse hubiera pensado que Graves contaría con un médico que hiciera visitas a su domicilio, y no que la haría pasar por todo eso.

—Muy bien. Bueno, yo soy Jesy —dijo la mujer, sujetando la puerta para que pudieran pasar adentro—. Bienvenidos a La Alianza.

A Kierse le realizaron una serie de mediciones básicas: altura, peso, presión arterial, temperatura, etcétera. Luego, Jesy los condujo a una consulta. Kierse se sentó con incomodidad en una cama cubierta con un papel que crujía bajo su peso. Graves parecía completamente fuera de lugar, plantado al lado de una pequeña silla turquesa en la que no habría cabido. La luz brillaba *con fuerza contra su* cabello *negro* azulado de tal forma que suavizaba sus afiladas facciones. Allí dentro, Graves parecía más humano.

Unos minutos más tarde, otra mujer, quien Kierse supuso que tendría unos treinta y pico años, entró en la consulta. Lucía un pijama negro sobre su preciosa piel de un tono marrón tostado, y un moderno hiyab rojo. Llevaba un pequeño *piercing* en la nariz y tenía unas pestañas kilométricas.

—Ah, hola, Kierse. —Le tendió la mano. A ella le desconcertó el entusiasmo de la mujer mientras se la estrechaba—. Soy la doctora Mafi. Es un placer recibirte hoy en La Alianza.

Graves carraspeó. La doctora Mafi lo miró de refilón.

—Emmaline.

—Graves.

La tensión entre ambos era palpable. O bien eran enemigos natos, o bien eran amantes. Sus expresiones no admitían nada intermedio.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la doctora Mafi—. No creí que volvería a verte aquí. No después de lo de la última vez.

Graves se encogió de hombros; no parecía preocupado.

—He venido por la señorita McKenna, como hablamos.

La doctora resopló.

—Sí, por la señorita McKenna.

—Bueno, pues empecemos.

—Voy a tener que pedirte que esperes fuera mientras hablo un momento con mi paciente.

—No.

—Entonces no puedo ayudarte. Tendrás que buscar a otra persona que te guarde los secretos —dijo la doctora en un tono mordaz.

Dio la impresión de que Graves quería discutírselo. No parecía gustarle que le llevaran la contraria. Kierse había podido darse cuenta de que Graves exigía respeto… No, más que eso. Era un dios para sus subordinados. Lo que no concebía la joven era cómo podía tolerarla a ella. Pero lo que estaba pasando con Mafi parecía ir mucho más allá. La doctora lo estaba desafiando, le estaba dando un ultimátum.

Graves ladeó la cabeza.

—No me olvidaré de esto.

—Estoy segura —respondió la doctora poniendo los ojos en blanco.

En cuanto Graves abandonó la consulta, la doctora se plantó frente a Kierse.

—Bueno, no sé cuánto tiempo tenemos, pero iré al grano. ¿Te haces una idea de en qué te has metido?

—Supongo que la respuesta es no.

—No te conviene trabajar para él. Y estas pruebas…, no puedes querer hacértelas.

—¿Por qué no? —preguntó Kierse—. Creía que el objetivo era buscar la mutación de un gen.

—Así es. Consisten en eso y en un reconocimiento físico, un análisis de sangre, un test de drogas, una prueba de embarazo y…

—Espera, ¿una prueba de embarazo? —preguntó Kierse, confundida—. ¿Para qué?

—Es el procedimiento estándar —respondió la doctora de forma automática.

—A mí eso no me parece estándar.

—¿Has mantenido relaciones sexuales? —le preguntó sin rodeos.

—¿Alguna vez en mi vida?

—¿Recientemente? —se corrigió la doctora—. ¿En el último mes?

—¿No?

—Entonces probablemente podamos saltárnoslo, pero es completamente estándar. —Meneó la cabeza—. Aunque eso no es lo importante. Lo importante es que él tendrá acceso a esa información. Podrás intentar mantenerlo en privado, pero si lo conoces mínimamente, tal y como yo lo conocía en el pasado, entonces sabrás que no existe la privacidad con él. Mete las narices en todo.

Al parecer, Kierse no conocía a Graves tan bien como esa doctora.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

Mafi dejó escapar una risa ahogada.

—Probablemente no debas hacerlo. Pero tampoco debes confiar en él.

—Confío en mí misma.

La doctora no parecía convencida.

—No sé qué te ha contado sobre nuestro hospital. La Alianza fue fundada por un aquelarre de brujas.

Kierse la miró con escepticismo.

—¿Brujas?

—No es lo que piensas. Sobre todo, nos especializamos en hierbas y remedios.

—¿Nada de magia? —preguntó Kierse, dirigiendo la mirada hacia la puerta, tras la que se hallaba otro ser mágico.

—Algo de magia sí que hay. Pero nada que ver con la de los hechiceros —le aseguró Mafi—. Fundamos este hospital como tapadera. Trabajamos con gran parte de la comunidad sobrenatural. Los ayudamos, los sanamos y los escondemos —dijo la doctora, devolviéndole la mirada a Kierse—. Conque si alguna vez necesitas alguno de esos servicios, ya sabes dónde encontrarnos.

Kierse levantó una mano sin dar crédito.

—¿Ayudáis a monstruos?

—Ahora mismo estoy trabajando con Graves —respondió la doctora, frustrada.

—Pero, en plan…, otros monstruos. ¿Lobos, vampiros, espectros y demás?

Ella enarcó una ceja, interrogante.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? Los humanos cuentan con centros en los que sanar a los suyos. ¿Por qué no iban a tener lo mismo los monstruos?

Kierse sabía que era una pregunta totalmente lícita. No obstante, no podía evitar pensar en lo que los monstruos le habían hecho a su mundo. Habían destrozado en un millón de pedazos la ciudad de Nueva York y habían provocado que cada interacción fuese diez veces más complicada. Sí, por supuesto, Kierse tenía ahora algunos amigos que eran monstruos, y trabajaba para otros. No todos eran iguales. Pero la verdad era que le costaba dejar atrás ese odio tan arraigado que sentía hacia los que habían raptado a Torra.

—Ayudáis a los mismos seres que se cargaron nuestro sistema sanitario. Eso sin mencionar que mataron a millones de personas.

—Ya que ahora mismo estás trabajando para un monstruo, daré por sentado que no eres tan ingenua como para pensar que todo es blanco o negro.

—No —dijo Kierse, tensa—. Hay tantos humanos malos como buenos.

—Y también hay tantos monstruos malos como buenos. —La doctora Mafi dirigió la mirada hacia la puerta, indicando de forma evidente lo que pensaba de Graves.

Antes de que pudiera decir nada más, el hechicero cruzó la puerta de la consulta.

—¿Todo listo?

—Todo listo —dijo la doctora con una sonrisa amplia y despreocupada—. Ya hemos tenido nuestra charla de chicas, ¿verdad, Kierse? —Mafi le guiñó un ojo.

La ladrona consiguió esbozar una sonrisa.

—Sí.

—Vale, pues empecemos —declaró la doctora.

Kierse permaneció allí durante otra hora y permitió que la doctora le tomara muestras. Al final, resultó ser mucho más que dejar que le metiera un bastoncillo en la boca para analizar su ADN. Al parecer, la secuenciación del ADN de un hechicero era una tarea increíblemente enrevesada. Tenía que ver con los cambios en las proteínas y los aminoácidos. Kierse no estaba del todo segura. Era algo relacionado con la mutación genética, y sus conocimientos básicos de biología no bastaban para entenderlo.

—Tendremos los resultados en una o dos semanas —afirmó la doctora—. Os llamaré para informaros de lo que descubra.

Graves y Kierse guardaron silencio mientras se encaminaban de nuevo hacia la limusina. La joven le estaba dando vueltas a un millón de preguntas. A pesar de que la advertencia de la doctora aún resonaba en su mente, no podía quedarse callada.

—¿De qué conoces a la doctora Mafi?

Graves soltó un suspiro y no respondió hasta que estuvieron sentados en el interior de la limusina.

—Mantuvimos una relación antes de que terminara sus estudios de Medicina.

—Ah —contestó Kierse—. ¿Y qué fue lo que pasó?

—Se marchó. —Graves abrió su libro y se puso tenso—. Siempre se marchan.



—Me voy a entrenar —dijo Kierse mientras atravesaban el túnel de vuelta a la mansión —. ¿Qué planes tienes tú?

Graves permaneció volcado en su libro.

—Tengo que ir a trabajar.

La joven intentó leer por encima de su hombro, pero él apartó el libro.

—¿A qué te dedicas exactamente? ¿Por qué tienes que trabajar?

—Intercambio el recurso más valioso que existe.

La joven le dedicó una mirada escéptica.

—¿Dinero?

—Conocimiento —le respondió, tras lo que señaló en dirección hacia el libro—. Y esta noche hay algunas cosas que debo aprender.

—¿Eres espía?

Graves rompió a reír con un gesto de genuina sorpresa. —No desde hace muchos años—. Entonces cerró el libro y le devolvió la mirada mientras seguía hablando—. Me encargo de saber todo lo posible sobre cualquier persona relevante.

Empleo ese conocimiento para conseguir las cosas que quiero y así cambiar el curso de la historia.

Kierse lo miró a los ojos.

—Haces que suene a chantaje.

—A veces lo es —replicó él sin ningún atisbo de humor.

—Ah. —La joven asintió como si eso tuviera algún sentido.

Graves sopesó su reacción.

—No pareces sorprendida.

—¿Debería estarlo? Me gano la vida como ladrona. Tú usas a la gente y la información que obtienes para conseguir lo que quieres.

—¿Quieres decir que somos parecidos?

Kierse se rio.

—En absoluto.

—Tal vez nos asemejemos más de lo que crees.

La joven esperó a que añadiera algo más, pero no lo hizo. Estaban dando vueltas en círculos. Cada vez que Kierse sentía que estaba logrando atravesar esa fachada de su persona, Graves cambiaba de tema con tanta soltura como ella.

La ladrona seguía dándole vueltas a la advertencia de la doctora Mafi, aunque no fuera a cambiar en absoluto su plan. Kierse tenía un único objetivo, un único trabajo, e iba a completarlo. No obstante, esa interacción la había inquietado. Aquella era la primera vez en años que más tiempo había pasado sin ver a sus amigos, y ya los echaba de menos. Añoraba tener a Gen, Ethan y Corey a su alrededor. Añoraba recibir una reprimenda de Colette. Echaba de menos su hogar.

Cuando George por fin detuvo el coche, Kierse no esperó a que se apeara y fuera a abrirle la puerta. Lo hizo ella misma sin más y se bajó.

—Buena suerte con tu trabajo —le dijo a Graves mientras se encaminaba hacia el ascensor.

Subió hasta el gimnasio y allí dentro encontró a Edgar esperándola. Cuando el mayordomo terminó de darle una paliza, antes de caer rendida en la cama, a Kierse le quedó el tiempo justo para leer una de las historias del nuevo libro que Graves había dejado para ella mientras engullía la cena que Isolde había preparado de forma impecable.

Al día siguiente fue más de lo mismo: entrenar, leer, comer, y vuelta a empezar. Hasta que le dolieron los músculos y la cabeza, no comenzó a preguntarse si realmente Graves estaría torturándola.

En su cuarto día de entrenamiento, Kierse entró en el gimnasio para quedarse petrificada y con los ojos desorbitados.

Graves se encontraba frente a la armería. La chaqueta de su traje se hallaba tirada sobre el banco. Se había remangado la camisa blanca hasta el antebrazo, lo que dejaba al descubierto partes de su hiedra tatuada. Los fibrosos músculos que podían apreciarse en esas zonas de piel expuesta hicieron salivar a Kierse. Solo apreciaba el perfil del rostro del hechicero, con esa prominente barbilla y las marcadas líneas de sus pómulos bajo la luz. Era una escultura del Renacimiento que había cobrado vida.

La joven sintió que se le retorcía el estómago con algo parecido al deseo. No le gustaba tener que recordarse a sí misma que estaba allí por negocios.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Kierse, quitándose su propia chaqueta antes de recorrer la

esterilla con unas largas zancadas.

Graves la siguió con la mirada.

—Tu entrenamiento en el uso de la lanza hasta el momento ha sido… insatisfactorio.

Kierse pestañeó.

—Edgar me había dicho que estaba mejorando.

—Considero que sus métodos no se adecúan al nivel que espero alcanzar en el poco tiempo que tenemos. —Graves sonrió y ella sintió miedo—. Así que he pensado en encargarme yo hoy de tu entrenamiento.

—Ya veo —respondió ella.

La joven recordaba vívidamente cómo le había dislocado el hombro y la había hecho caer de culo la primera vez que se habían visto. Entonces, él ni siquiera había sudado lo más mínimo ni había necesitado cambiarse de traje.

Graves tomó una lanza de entrenamiento y se la lanzó. La joven la atrapó sin dificultad, ya que se había acabado acostumbrando a sentir ese peso en la mano.

—Creo que te vendrá bien algo de motivación. —Él tomó otra lanza y se la pasó de una mano a otra—. Cada vez que consigas golpearme, te daré una respuesta.

Kierse parpadeó. Esa sí que era una gran motivación.

—¿A cualquier pregunta?

—Sobre esto —le respondió, y sacó un grueso sobre blanco.

Era el tipo de sobre típico para las invitaciones a bodas y funerales. La cara estaba vacía. No figuraba ninguna dirección ni nombre ni sello. Kierse le dio la vuelta y se percató del lacre de un rojo intenso con el dibujo de un ave mirando hacia atrás. La cera parecía haberse escurrido, como si fuera la sangre de una herida.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Eso ya es una pregunta —respondió él con una sonrisa mientras se colocaba sobre la esterilla.

Kierse quería estrangularlo. Era típico de él convertirlo todo en un juego. Pero la joven tenía que entrenar de todas formas. Ya que estaba, podía sacar algo de todo ello.

—¿Lista? —le preguntó Graves, invitándola a acercarse con un gesto.

Mierda.

—Vamos.

—Tú primera, señorita McKenna —la provocó.

Kierse se abalanzó sobre él con la lanza en la mano. Graves se apartó a un lado como si la joven ni siquiera se hubiese movido. Después, le dio un toquecito en el hombro con el extremo afilado.

—Vas a tener que hacerlo mucho mejor.

Ella apretó los dientes e intentó recuperar la concentración. Solo llevaba tres días practicando con la lanza. Era imposible que pudiera alcanzar el nivel de Graves. No obstante, si era capaz de calmar la mente, de acceder a ese plano en el que se movía a cámara lenta, tal vez pudiera acertarle. Estaba segura de ello.

Con un fervor renovado, Kierse se lanzó hacia delante movida por sus singulares instintos. Graves bloqueó el primer golpe y luego se abalanzó sobre ella, apuntándola con su lanza. La punta del arma de entrenamiento apareció en la línea de visión de la joven. Esta abrió mucho los

ojos y llevó su cuerpo al límite, entrando en aquel modo a cámara lenta y esquivando el golpe. La punta de la lanza de Kierse rozó ligeramente la manga de la camisa blanca de Graves.

La expresión del hechicero era de apreciación.

—Pareces haber mejorado con respecto a ayer. —Tomó el sobre y se lo entregó a Kierse—. En cuanto a tu pregunta…

La joven cogió el sobre y lo abrió. Del interior sacó una cartulina dura, decorada con una letra dorada en relieve que ponía:

Montrell e Imani Cato tienen el placer de invitarle a su residencia para un evento de etiqueta en el que celebrarán su unión.

A continuación, aparecía una fecha y una hora, así como la frase: «Puede traer acompañante».

—Una prueba para ti —se limitó a decirle Graves.

—¿Una prueba de qué?

El hechicero volvió a señalar hacia la esterilla.

—¿Seguimos?

Kierse resopló sonoramente. Aquello iba a ser laborioso. Pero Graves no se equivocaba…, sí que estaba mejorando.

La joven levantó la lanza en su mano y luego practicó el empellón en el que Edgar y ella habían estado trabajando el día anterior. El primer intento fue bastante torpe, con los brazos descoordinados. Graves entornó la mirada cuando consiguió golpearla por primera vez con facilidad. Y también en el segundo golpe. Kierse esquivó el tercero por los pelos y estuvo a punto de tirar su lanza al suelo a causa de la frustración. Tal vez el primer golpe que le había acertado a él había sido pura suerte.

Pero no iba a rendirse.

Y la siguiente ocasión en la que Graves se lanzó a por ella, Kierse aprovechó los reflejos que tenía a causa del uso de cuchillos para modificar su empuje y pillar al hechicero con la guardia baja durante solo medio segundo. El tiempo suficiente para poder acertarle.

La joven apoyó las manos sobre las rodillas y levantó la mirada en busca de respuestas.

—¿Una prueba?

—De tu magia. —Graves le ofreció un vaso de agua, que Kierse se bebió de un trago mientras él continuaba hablando, impertérrito—. Ya soy consciente de que puedes atravesar escudos. Cruzas los míos a diario. —¿Era arrogancia lo que destilaba su tono?—. También sé que eres una buena ladrona. Te colaste en mi casa sin ser detectada. He investigado en tu pasado.

Kierse entornó la mirada.

—¿Y qué?

—¿Quieres que te responda a eso? —le preguntó Graves.

Ella apretó los dientes. Tenía preguntas más importantes que hacerle.

—No.

—Hay fuentes que confirman que eres buena en tu trabajo.

—Genial. ¿Y en qué consiste esa prueba?

Graves levantó su lanza y Kierse estuvo a punto de soltar un quejido. Aquello iba a llevarles todo el día. Pero tal vez ese fuera el objetivo. Quizás Graves quisiera alargar su sesión de entrenamiento para poder agotarla y retrasar sus respuestas lo máximo posible. Era una buena estrategia. No, era una estrategia excelente, ya que ahora Kierse sí que se sentía implicada.

Y cuando por fin acertó el siguiente golpe, creyó que iba a desmayarse a causa del esfuerzo que le había supuesto volver a entrar en ese espacio. Era igual de frustrante saber que Graves apenas parecía cansado.

—Tenemos un triple objetivo —comenzó a decirle mientras ella descansaba su cuerpo dolorido—. Primero, pondremos a prueba si tus poderes tienen alguna limitación. Segundo, veremos cómo reaccionas a una gran cantidad de magia. Y tercero, comprobaremos cómo trabajas bajo presión en casa de otro monstruo antes de que te envíe sola a la Tercera Planta.

Kierse consideró aquella respuesta, que generaba más preguntas de las que Graves podría contestarle en una única sesión de entrenamiento. Pero era cierto que le había proporcionado más información de la que la joven había esperado. El lugar al que acudiría contaba con monstruos y magia. Así que probablemente fueran hechiceros. Kierse no sabía qué pensar sobre la posibilidad de descubrir que sus poderes tuvieran limitaciones, pero parecía ser un conocimiento útil.

Solo le quedaba obtener la información que Graves todavía no le había proporcionado.

—¿Vamos a robarles algo? Porque esto es mañana por la noche —declaró la joven.

Graves volvió a empuñar su lanza.

—¿Otra vez?

—Muy bien —masculló Kierse.

Sin embargo, antes de que pudiera empezar, el hechicero se colocó detrás de ella. El calor que emanaba la envolvió en cuanto su cuerpo quedó casi pegado al de ella. Graves apoyó una mano en la lanza y otra en el brazo de la joven. Kierse contuvo la respiración y su cuerpo la delató. Era imposible no reaccionar cuando tenía las manos de ese hombre encima y su aliento acariciándole la piel del cuello. Daba igual cuánto intentara convencerse a sí misma de que aquello no significaba nada, ya que su reacción decía todo lo contrario.

—Usa todo tu peso corporal en lugar de solo los brazos para guiar el arma hacia delante. —Graves la dirigió durante el movimiento. Al principio, Kierse lo ejecutó de forma vacilante, ya que no estaba acostumbrada a tenerlo a él detrás. Después, se relajó y volvió a intentarlo—. Justo así.

Cuando Graves se alejó de ella, Kierse espiró despacio y sacudió los brazos para intentar volver a concentrarse en la pelea.

Esta vez, Graves no esperó a que estuviera lista, sino que se abalanzó sobre ella. Kierse paró el golpe con su propia lanza, exactamente como él le había enseñado, y contraatacó. El hechicero bloqueó su ataque, pero algo hizo que su mirada se iluminase. Kierse estaba mejorando.

La joven sentía como si cada brazo le pesara unos cincuenta kilos mientras se esforzaba con los siguientes golpes y paradas. La punta de la lanza de Graves estuvo a punto de rozarle la

mejilla, pero Kierse la bloqueó en el último segundo, se giró y asestó otro golpe.

—Mejor —afirmó él con un asentimiento de cabeza—. Sí, vamos a robarles mañana por la noche.

—Joder, Graves. No queda nada de tiempo —declaró Kierse—. Tengo programado un robo imposible en el interior de la Tercera Planta para dentro de un par de semanas, ¿y pretendes que mañana lleve otro a cabo? No es factible.

Él no parecía preocupado.

—Conozco el lugar. Tendrás todo lo que necesites. Pero, para acceder al interior, no podrás hacerlo como una ladrona.

Tendrás que entrar como si fueras… —guardó silencio mientras la devoraba con la mirada— mi mascota.

Kierse se quedó completamente inmóvil mientras esa palabra la hacía estremecerse.

—¿Y… en qué consiste ser tu mascota?

Con un gesto, Graves le indicó que se acercara, con las cejas arqueadas y esa expresión con la que decía «ya te gustaría saberlo».

A Kierse le temblaron las manos con las que agarraba la lanza. Sí, sí que le gustaría saber qué significaba ser la mascota de Graves…

Él hizo el primer movimiento, pero la joven contraatacó. Ataque, bloqueo, ataque, bloqueo. Kierse no era tan rápida como él, y no tardó en flaquear. Había empezado con ventaja, pero no sabía si podría mantener el ritmo. Sin embargo, quería obtener esa respuesta. Era necesaria.

Su siguiente ataque fue amplio, y Graves tuvo que moverse a gran velocidad. La mente de Kierse apenas lograba comprenderlo. Los movimientos de ese hombre eran precisos y calculados. Entonces, el hechicero le dio un golpe con el hombro y la lanzó con facilidad por detrás de su espalda contra la esterilla. Kierse se quedó sin aire y jadeante.

Graves finalizó ese movimiento circular y acabó de rodillas cerniéndose sobre el cuerpo de Kierse. A la joven le ardían los pulmones y apenas recuperó el aliento cuando se encontró con esos ojos grises. Por un segundo, Graves la examinó desde arriba. Bajó la mirada hacia sus labios antes de volver a apartarse. Era como si él también hubiera estado pensando en lo comprometida que era la postura que habían adoptado… y en qué otra cosa podrían estar haciendo con él encima de ella de ese modo.

—Estarás a mi entera disposición —respondió Graves a la pregunta, a pesar de que Kierse había fallado. Y el centro de la joven se tensó ante aquellas palabras—. Dejarás que todos den por sentado que mantenemos… —comenzó a decir, y su voz parecía una caricia— una relación física.

Kierse recurrió a su experiencia de todos aquellos años en casa de Colette y dejó salir su encanto por cada poro.

—Eso puedo hacerlo.

Por un segundo, el equilibrio de poder en la sala cambió. Como si, en ese mismo instante, Graves hubiera caído en su trampa. Kierse aprovechó ese momento en el que tenía la guardia baja para revertir sus posiciones y hacerlo caer de espaldas.

—He vivido en un burdel —le recordó la joven.

—Bien. —El hechicero carraspeó y se levantó del suelo con elegancia—. Tendrás que interpretar tu papel a la perfección porque no podemos dejar que descubran que eres inmune a la magia. Y tendrás que hacerlo desarmada.

Graves recogió las lanzas de entrenamiento de donde estaban tiradas y las colocó en su lugar.

Kierse seguía sintiendo mariposas en el estómago cuando dijo:

—Los cuchillos pueden ocultarse bien en los vestidos.

Entonces, Graves volvió a mirarla a los ojos y se sintió atrapada de nuevo.

—El vestido que lucirás no tendrá tela suficiente para esconder ni un solo cuchillo.

La joven abrió mucho los ojos mientras él se encaminaba a la puerta sin despedirse.

Otro reto.

Kierse iba a hacerlo tan jodidamente bien que iba a borrarle a Graves esa estúpida sonrisa de suficiencia de la cara.

INTERLUDIO

Emmaline Mafi soltó un suspiro y se dejó caer en la silla al final de su largo turno en La Alianza. Se quitó las gafas de luz azul que había llevado puestas durante las numerosas horas que había pasado frente al ordenador y contempló con la mirada desenfocada las muestras de sangre que tenía al lado.

Le dolía la cabeza. Se había tomado unas hierbas antes, y después, al ver que eso no le mitigaba el dolor, unos analgésicos. Las hierbas solían funcionarle, pero aquello era distinto. Era un dolor de cabeza diferente. No había sido provocado por pasar demasiado tiempo mirando la pantalla ni por sus pacientes nerviosos ni por las jornadas de doce horas. El dolor había empezado detrás de sus ojos y le atravesaba el cuero cabelludo. Había comenzado a sentirlo cuando Graves la había llamado y había programado una cita para su nueva… En fin, lo que fuera esa chica. Novia. Amante. Aprendiz. Emmaline no estaba segura. Ni tampoco le importaba. O, al menos, de eso intentaba convencerse a sí misma. Tenía muchas otras cosas de las que preocuparse además de Graves.

Y, aun así, él seguía siendo la clave de su problema. Como de costumbre.

El día en el que se habían conocido, el aire había sido templado y puro. Solo unas semanas antes, la economía se había desplomado y el mundo entero se había ido al garete. Por ese entonces, Graves había sido hermoso. Ahora también lo era. Compuesto de aristas duras y rarezas insufribles. Emmaline había sido consciente de que era peligroso. Peligroso y poderoso. Tal y como a ella le gustaban los hombres.

Cuando se habían acostado juntos por primera vez, Emmaline había llegado a creer que podría manejarlo. Que sería ella la que tuviera el control. No había sido así. Eso nunca había pasado. Graves no cedía el control. A nadie. Y ella tuvo que aprender a las malas que era menos que una mota de polvo para aquellos ojos grises.

La había liberado igual que había hecho con el resto y le había dado suficiente dinero como para capear cualquier temporal. Por suerte, a Emmaline solo le había quedado un año para completar su carrera de Medicina, y ese dinero le había servido para poder empezar a trabajar en La Alianza.

El dolor de cabeza no dejaba de intensificarse. Tenía que salir del hospital. Su turno había acabado hacía ya mucho. Y, aun así, no era capaz de dejar de mirar la sangre de Kierse y de

hacerse preguntas.

Se había mordido las uñas hasta dejárselas como muñones. Era un viejo hábito que había creído que podría eliminar. Pero los viejos hábitos eran difíciles de dejar.

Sobre todo porque sabía qué era lo que tenía que hacer.

Las manos le temblaron al coger el teléfono y buscar el número que había guardado allí hacía casi exactamente dos años. «Rey Luis». Un nombre falso, por supuesto. Era solo un apodo para el nuevo tirano. La doctora había sido consciente de que se trataba de un nombre falso cuando había conocido al vampiro, al líder de los Hombres de Valor. Emmaline había estado intentado proteger a su comunidad cuando el rey Luis había entrado en su vida, con sus trajes a medida y aquel poder inconmensurable. Siempre lucía ese maldito broche dorado a la altura de la garganta: unas alas con una flecha que las atravesaba. El símbolo de los Hombres de Valor era tan absurdo como su declaración de principios. Todo se reducía a volver a colocar a los monstruos en lo más alto.

Y Emmaline se había enemistado con él. En una reunión, la había sometido por medio del chantaje y el miedo. La doctora no creía que fuera a dejarla escapar nunca de entre sus garras. Por lo menos, ese no sería el día.

Escribió un mensaje de texto… y aguardó.

«Creo que he encontrado algo».

La respuesta fue casi instantánea.

«¿Una coincidencia?».

Emmaline sacudió la cabeza. No, no creía que se tratara de eso. No sabía qué era lo que tenía delante, y se odiaba a sí misma por enviar aquel mensaje. Kierse no era más que un peón dentro de ese juego. Igual que lo era la propia Emmaline. Pero Graves la había llevado allí por un motivo. Que la chica fuera o no una hechicera no significaba mucho para la doctora. Pero Kierse debía tener algo especial. Graves solo lidiaba con personas especiales.

Emmaline había intentado convencer a Kierse de que no se metiera en esa situación. Había intentado decirle que no le beneficiaba hacerse esas pruebas. Había alegado que era por una cuestión de privacidad. Sí, Graves vería los resultados. Pero Emmaline también, y ella le debía tanto al rey Luis que tendría que contarle los secretos de la joven. No quería hacerlo, pero ¿acaso tenía otra opción?

«Puede ser. Necesitaré algo más de tiempo para determinar si es compatible contigo».

La doctora tragó saliva. Si por algo era conocido el rey Luis era por su impaciencia.

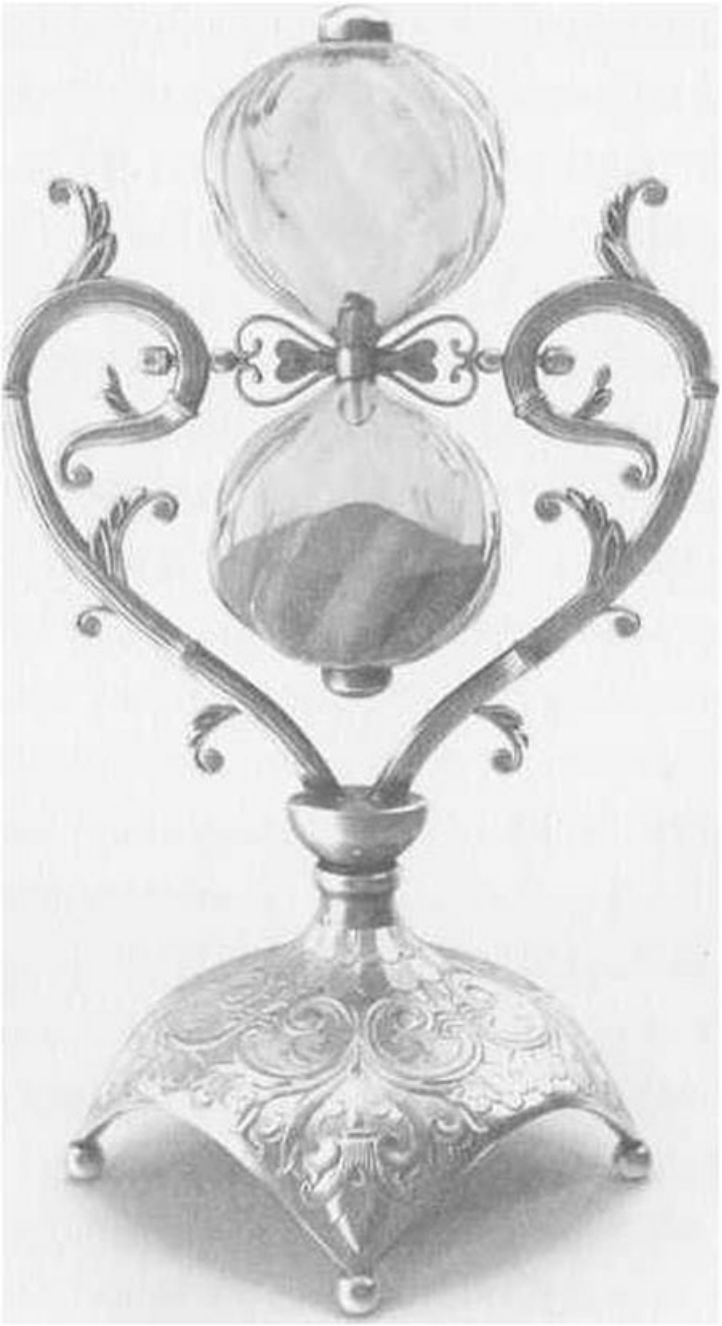
«Enviaré a alguien a buscar lo que tienes de momento. Quédate con lo que necesites para continuar con tu investigación. Cuento contigo, Emmaline».

La doctora se estremeció. Se planteó destruir las muestras de sangre y todo lo demás que tenía sobre la chica. Sería lo más seguro. Pero eso acabaría con Emmaline muerta, y ella no quería morir.

Eso la convertía en una cobarde, pero guardó la sangre, la metió en una nevera portátil para salvaguardarla y luego, con su conciencia pesando sobre ella esa noche, continuó trabajando.

PARTE III

LA INMUNIDAD





Kierse podría haber prescindido de aquel cambio de imagen, pero Isolde había insistido en que las apariencias lo eran todo. Al fin y al cabo, debía ser importante si Graves había contratado a todo un equipo de personas para depilarle las cejas, hacerle la cera y dejarle la piel como nueva. Para cuando acabaron, Kierse estaba tan tersa y lisa como un recién nacido. Hasta sus manos, que se había destrozado durante los entrenamientos, estaban suaves y parecían como nuevas por arte de magia. Tenía el cabello dividido con una marcada raya en el centro y se lo habían alisado y recogido en un moño bajo. El maquillaje era fascinante. Le habían aplicado una capa tras otra de *contouring* hasta que sus facciones estaban tanto potenciadas como sombreadas. Kierse había sido un lienzo en blanco para esos artistas.

Al terminar, Isolde había aparecido con el vestido. Si podía considerarse un vestido a esa prenda. No era de extrañar que Graves le hubiera dicho que no podría llevar armas.

Aun así, Kierse lo combinó con una gruesa chaqueta. Para completar su atuendo, tomó un bolso de mano negro y enjoyado y unos tacones de diez centímetros que, en cuanto comenzó a bajar las escaleras, maldijo haberse puesto. Solo le faltaba su collar de reyezuelo, que Isolde había insistido que dejara atrás. La joven se sentía perdida sin aquel peso familiar contra su pecho.

Se arrebujó bajo el calor de la chaqueta forrada de piel. Menos mal que a Isolde se le había ocurrido dársela. La nieve por fin había dejado de caer, pero en la calle seguía haciendo un frío helador.

Cuando llegó al descansillo de la segunda planta, se percató de que había una luz encendida en una de las habitaciones al fondo del pasillo. Cuando había estado fisgoneando por la casa, había supuesto que, dado que Edgar e Isolde evitaban esa zona, allí debía de estar el dormitorio de Graves. Y aunque entonces había sentido una gran curiosidad por lo que se encontraba detrás de esas puertas, había querido respetar su privacidad.

Ahora, sin pensárselo dos veces, se encaminó hacia la luz y llamó a la puerta. No se oía nada al otro lado. Era como si Graves hubiera dejado hasta de respirar al escuchar esa llamada.

Kierse carraspeó.

—¿Graves? ¿Vamos a tardar mucho en irnos?

Pasó un segundo, y luego otro, hasta que de repente se abrió la puerta. A Kierse se le detuvo el corazón al verlo. Había sido consciente de que Graves era muy atractivo bajo esa dura fachada exterior, pero en aquel traje completamente negro era algo digno de admirar. Pudo vislumbrar también el contorno de un tatuaje alrededor de su muñeca justo cuando se colocaba los guantes sobre esos dedos largos y fuertes.

Graves se aclaró la garganta y Kierse volvió a subir la mirada hacia la de él, con las mejillas enrojecidas.

—Señorita McKenna —la saludó. La joven apenas pudo echar un vistazo al despacho que Graves tenía detrás antes de que cerrara la puerta con determinación—. Estaba a punto de ir a buscarte. George ha salido a hacer un recado. Llegará en cualquier momento para llevarnos al aeropuerto.

Tras escuchar esas palabras, Kierse volvió de golpe a la realidad.

—¿Al aeropuerto?

Graves sacó un móvil, que estaba vibrando, del abrigo de su traje.

—Es él.

Le ofreció un brazo a Kierse. Era un gesto de buena voluntad, pero la joven tenía el estómago revuelto. En ningún momento le había mencionado que irían a la fiesta en avión. Nunca se había subido a uno.

Justo antes de que estallara la Guerra de los Monstruos, las tres aerolíneas más grandes se habían unido formando un monopolio ante el que el Gobierno no había movido ni un solo dedo. Habían pasado a controlar los precios del transporte y acabaron con la competencia que intentaba mantenerse a flote. Después de eso, los aviones habían dejado de volar durante los diez años que había durado el conflicto. El transporte entre ciudades se había visto gravemente reducido. A nivel nacional, y sobre todo a nivel internacional, viajar había quedado descartado. Solo durante los últimos tres años había comenzado a ser habitual viajar de nuevo, y los turistas ricos habían empezado a volver a Nueva York. Ahí fuera había un mundo entero, y ahora… todo parecía posible.

Kierse apoyó la mano sobre el pliegue del codo de Graves y dejó que la guiara hasta el garaje, donde George ya los estaba esperando. Había cambiado la limusina por un todoterreno negro, mucho más práctico, con las ventanas tintadas.

—Toma —le dijo Graves.

Kierse volvió a centrar su atención en él y vio que le ofrecía un ejemplar desgastado de un pequeño libro marrón encuadernado en piel.

—Te he traído esto.

—¿Uno nuevo? —Ella aceptó el libro con alivio.

—Ya te has terminado el último.

La joven ojeó las páginas. Tenía todos los bordes desgastados y casi se deshacía a causa del uso. La encuadernación apenas mantenía unido el deteriorado libro.

—¿Por qué has escogido este?

—Sientes afinidad por los reyezuelos. Ahí encontrarás la mejor historia sobre uno.

El libro acabó abierto por donde el lomo tenía una arruga más profunda, como si esa historia en particular hubiera sido leída una y otra vez.

—«Los reyes Roble y Acebo».

Graves no dijo nada. Una cosa eran los reyezuelos. Kierse siempre había adorado el pajarillo de su collar. Era lo único que le quedaba de su madre. Pero el acebo era el símbolo de Graves. Se encontraba por todos los rincones de su propiedad, en sus escudos, en la biblioteca que lo tomaba como nombre.

Kierse levantó su mirada hacia la de él y esbozó una leve sonrisa.

—Gracias.

—Y cuando lo hayas terminado, tendrás que contarme qué te ha parecido.

La joven asintió, zambulléndose en la historia. George condujo de forma suave hasta el aeropuerto internacional JFK. Entró con el todoterreno hasta la pista y se detuvo frente a uno de los aviones.

—¿Estás seguro de que tenemos que ir en avión? —le preguntó Kierse al tiempo que levantaba la mirada hacia aquella monstruosidad.

Graves centró su atención en ella.

—Vamos justos de tiempo. ¿Cómo vamos a llegar a Chicago si no?

Kierse no tenía una respuesta, y detestaba que el hechicero pudiera vislumbrar el terror que comenzaba a apoderarse de ella.

—No has volado nunca —dijo él al percatarse.

—No —respondió Kierse con gesto exasperado—. ¿Cuándo iba a hacerlo?

Graves se encogió de hombros.

—Antes de la aparición de los monstruos. —Entonces apoyó la mano en la parte baja de la espalda de la joven y su calidez traspasó el abrigo forrado de piel de Kierse. Que la tocara así le transmitía más calma de la que quería admitir—. Todo irá bien. El piloto trabaja para mí desde antes del colapso. Es más seguro que ir en coche, te lo garantizo.

Desplegaron las escaleras para ellos.

—¿Y qué pasa con la nieve? —preguntó Kierse, buscando cualquier excusa.

—Han despejado la pista. La nevada está amainando. Pero, aunque nevara, podríamos volar. ¿Te haría surcar los cielos si pensara que podríamos acabar heridos?

Kierse no estaba tan segura de que fuera a protegerla de esa forma, pero, sin duda, no iba a ponerse a sí mismo en peligro.

—No.

—Así es, no lo haría.

—Pero…

—Todo irá bien, Reyezuelo —dijo Graves en voz baja, pero con una resonancia perfecta. Esa palabra cautivó a Kierse.

La joven le devolvió su mirada férrea. Los ojos de Graves transmitían autoridad, y Kierse obtuvo de ella la fuerza que necesitaba. Nunca antes la había llamado Reyezuelo, y la joven se dio cuenta de que era algo que le gustaba. Tal vez demasiado. Graves ni siquiera la llamaba por su nombre de pila. Solo señorita McKenna. Pero ahora… «Reyezuelo». No eran más que cuentos de hadas y mitos, pero cuando la había llamado Reyezuelo de esa forma, había logrado calmar sus nervios.

Graves debía haberse dado cuenta porque asintió.

—Bien. Vamos.

Se bajaron juntos del todoterreno. Kierse agradeció contar con capucha y cuello alto para protegerse del intenso frío mientras el hechicero la hacía subir los escalones delante de él. Kierse subió cada uno de ellos con cautela a causa de sus zapatos de tacón y disfrutó de la calidez que la recibió en el interior del avión. Solo había visto imágenes de aviones comerciales con filas y filas de pequeños asientos, pero ese era un *jet* privado con unos sofás de lujo y un bar. Era precioso, moderno e increíblemente acogedor.

—Toma asiento donde quieras mientras preparan el despegue —dijo Graves tras embarcar detrás de ella.

Kierse se acomodó en uno de los sillones y movió el pie con nerviosismo.

—¿No hay azafatas?

—No me gusta mucho la gente. Por si no lo has notado.

—Sí que lo he notado —admitió la joven.

Graves se acomodó en el asiento que quedaba junto al de ella.

—Tenemos que hablar de los detalles de última hora antes del robo.

—¿Qué detalles de última hora?

—Cosas que no llegamos a tratar durante nuestra sesión de entrenamiento. —Sus miradas se encontraron y Kierse recordó exactamente lo cerca que habían acabado el uno del otro en aquella sesión.

—¿Y no podrías haberme dado esos detalles entonces?

—Podría, pero las preguntas que me hiciste fueron otras.

Kierse resopló.

—Vale. Dime.

—Imani y Montrell también son hechiceros.

—Me lo imaginaba —admitió la joven—. Basándome en la información que sí me habías proporcionado.

Graves le respondió con una sonrisa genuinamente cálida, como si el hecho de que Kierse hubiese sacado las conclusiones adecuadas de sus palabras hiciera que le cayera mejor.

—Bien. Entonces sí escogiste tus preguntas con cautela.

—Sí, y ahora que no tengo que luchar para poder hacerlas, ¿por qué vamos a colarnos en la propiedad de unos monstruos para robarles?

—Primero: no vamos a colarnos. Nos han invitado. Y segundo: te colaste en mi casa.

—Creía que eras humano —argumentó la joven.

Graves esbozó una sonrisa burlona.

—¿Seguro?

Lo preguntó como si no pudiera concebir tal cosa.

—Bueno, es ahora cuando me doy cuenta de la clase de monstruo que eres. —Graves apretó los labios y no respondió, pero Kierse siguió animándolo a continuar—. Empieza por el principio. Si con esto voy a quebrantar el Tratado de los Monstruos…

—Otra vez, querrás decir —comentó él.

—Entonces voy a necesitar más información.

—Conozco a Imani y a Montrell desde hace mucho tiempo.

—¿Qué puedes contarme sobre sus poderes?

—Imani concede deseos. Ha adaptado sus habilidades para poder introducir sus poderes de concesión de deseos en determinadas sustancias, normalmente para unos deseos muy específicos. A esta sustancia la llaman polvo de los deseos.

—Suena poderoso y ligeramente aterrador.

—No es tan aterrador… Al menos, no con el uso que le da… en la actualidad.

Graves desenfocó la mirada, como si estuviera recordando una época en la que esa mujer no usaba sus poderes de una forma tan benigna.

—Suele centrarse en deseos de… naturaleza sexual. El polvo de los deseos no es peligroso. No es como una droga, aunque su efecto es como el de un subidón. No puedes sufrir una sobredosis de deseo sexual.

—Así que concede deseos sexuales. ¿Eso no se considera… agresión?

A la joven se le encogió el estómago tras pronunciar esa palabra. Sin *duda, todo aquel asunto podría volverse* problemático en cualquier momento. Como la mayoría de las cosas.

—En absoluto. Imani es muy específica con los deseos que concede. No puedes pedirle nada que pueda herir a otra persona. No lo hará. Los deseos no funcionan así.

—Vale. No sé cómo funciona la magia. Si voy a encontrarme con esa mujer, quiero estar preparada.

—Su magia está sometida a ciertas reglas. Todos los que acuden a la fiesta lo hacen tras haber dado su consentimiento. Y los deseos solo pueden ser cumplidos si la otra persona está dispuesta a participar en ellos. Si alguien desea practicar un determinado acto sexual, entonces otra persona que quiera hacer lo mismo será quien ayude a cumplir ese deseo. No todo vale.

Kierse tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper el contacto visual.

—Lo pillo. Entonces, no acabaré metida en ningún lío. Y, si me limito a no pedir ningún deseo, entonces no sucederá nada.

Graves desplazó la mirada hacia su boca para apartarla inmediatamente después.

—Serás inmune la magia de Imani. No tendrás de qué preocuparte.

—Siempre y cuando eso entre dentro de los límites de mi poder —argumentó ella.

—Yo estaré allí —le aseguró.

—¿Y su marido?

Al escuchar esa pregunta, Graves cerro la mano en un puño durante un segundo antes de decir:

—Montrell posee varios poderes básicos de menor importancia. Y, sobre todo, una memoria perfecta.

—Entonces, ¿no es tan poderoso como tú?

Él resopló y su ego inundó la cabina.

—Nadie es tan poderoso como yo.

No lo dijo con fanfarronería, sino como si fuera un hecho.

Kierse dirigió la mirada hacia el libro que seguía teniendo sobre el regazo.

—¿Cuánta información tienes sobre lo que vamos a robar?

—Mucha. Vamos a llevarnos un fajo de cartas. Estoy en posesión de los planos de la casa, así que puedo mostrarte dónde creo que se encuentran.

Era más que satisfactorio. Kierse había trabajado con mucho menos y había tenido éxito. Solo esperaba que ese robo fuera tan fácil como Graves lo pintaba. Iba a robarle de nuevo a unos monstruos, y la última vez no había salido exactamente según lo planeado. Si no funcionaba, acabaría siendo sometida al Tratado de los Monstruos. Tal vez Graves fuera muy poderoso, pero eso no iba a impedir que el Catos la matara.

—¿Qué contienen esas cartas? —preguntó Kierse—. ¿Nos ayudarán a conseguir la lanza?

—Una vez que completemos esta misión, tendré más claro cómo proceder con la lanza.

—De acuerdo —respondió ella. Algo en la forma en la que Graves había dicho eso la hacía sospechar. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo que quisiera ponerla a prueba. Si aquello los ayudaba a conseguir la lanza, mejor—. Muéstrame los mapas.

Para cuando estuvieron sobrevolando el cielo, Kierse se encontraba absorta en toda esa nueva información. Eso hizo que se relajara, aunque no olvidó por completo sus miedos…, ni pudo librarse de la idea persistente de que se estaba adentrando en territorio enemigo con un vestido más fino que el papel y con depredadores rodeándola por todas partes.



Dos horas y un aterrizaje de infarto más tarde, tocaron tierra en Chicago, en la orilla occidental del lago Michigan. Graves se había pasado todo el vuelo leyendo una novela de ficción. Kierse había dejado el libro que él le había prestado sobre su regazo. Ahora que estaban en tierra firme y que se dirigían hacia el norte en otro todoterreno, la adrenalina comenzó a correr por las venas de la joven.

Pasaron otros veinte minutos antes de que se detuvieran ante un sendero largo y arbolado. Subieron por el camino serpenteante hasta que una enorme casa de cristal apareció en lo más alto. Era fascinante y muy poco práctica. Kierse estaba al corriente del aspecto que tendría, gracias a la preparación previa en el avión, aunque no tenía nada que ver con la impresión que causaba ver la casa en persona.

En lo alto de la colina, la mansión parecía ser el doble de grande que la de Graves, con una vista perfecta de todos los espacios desde fuera. Kierse podía ver a la gente dando vuelvas en el interior, bailando y confraternizando. Si no hubiera sabido lo de los paneles ocultos en muchas de las habitaciones, se habría preguntado por la privacidad en ese lugar. Sin embargo, solo los salones estaban completamente abiertos para que todos pudieran verlos, algo que a Kierse le

beneficiaba para lo que estaba a punto de hacer.

El todoterreno aparcó en el camino circular frente a la casa. Graves se apeó primero y luego alargó una mano para ayudar a la joven a hacer lo mismo. Después, la acercó mucho a él y deslizó la mano hacia su cintura. Seductor y posesivo.

Kierse tembló cuando Graves pegó los labios al lóbulo de su oreja.

—Recuerda cuál es tu papel.

La joven no lo había olvidado.

—Que sí.

El hechicero no dijo nada más mientras se acercaban a la puerta. No había nada más que decir. No con tantas miradas y oídos pendientes de cada uno de sus movimientos.

Un hombre los recibió en la puerta antes de que pudieran llamar.

—Invitación, por favor.

Graves la sacó de su bolsillo y se la pasó al hombre.

—¿Nombre?

El hechicero se limitó a sonreír. Fue una sonrisa peligrosa. El hombre lo miró una única vez y profirió un sonidito inteligible. Dio un paso hacia atrás y le devolvió la invitación.

—Por aquí —dijo de forma temblorosa, sosteniendo la puerta abierta.

Y, entonces, pasaron al interior. En el fondo de la última sala, un gran roble se elevaba hasta el techo, mientras que los candelabros proyectaban unas luces vertiginosas por encima de los numerosos juerguistas allí reunidos. Las parejas se frotaban unas contra otras como si se encontraran bajo el hechizo de algún hada sacada de los cuentos, y bailaban para complacer a sus anfitriones. Montrell e Imani se hallaban justo delante del árbol. Contemplaban la fiesta como si fueran un rey y una reina de antaño.

Montrell llevaba la cabeza afeitada, tenía los labios carnosos y la piel tan radiante y única como las playas de arena negra de Hawái. Iba desnudo de cintura para arriba y solo lucía unos holgados pantalones blancos de lino. Imani también llevaba la cabeza afeitada. Su piel de un tono marrón claro estaba cubierta por purpurina dorada que la hacía brillar bajo las luces. Era delgada, con unos pechos pequeños y unas caderas estrechas cubiertas por un largo vestido de gasa blanca. Su porte era el de una diosa, y eso hizo que Kierse se preguntara si se encontraría en presencia de la realeza.

—No te quedes mirando —le advirtió Graves.

—Cuesta no hacerlo. No me advertiste de que los dos eran tan atractivos.

—¿Los dos?

Kierse asintió.

—¿No te lo parecen?

La mirada de Graves irradió calor al observarla.

—En el pasado sí que me lo parecían.

Secretos, secretos.

—¿Me dejan sus abrigos? —le preguntó a Kierse una mujer que acababa de aparecer frente a ellos.

Graves levantó una mano.

—Yo conservaré el mío.

Pero ese era el momento de Kierse. Respiró hondo, con cuidado de no llamar la atención con

su propia incomodidad, y entonces se desprendió de su chaqueta forrada de piel.

Por un momento fue como si todo el mundo fuera a cámara lenta. La estancia se quedó sin aire y las miradas se posaron en ella. En ella y en cada centímetro de su piel expuesta.

El vestido era una única pieza de gasa negra transparente. El escote bajaba entre sus pechos, donde una serie de diamantes resplandecientes le tapaban los pezones. El mismo patrón le recorría el abdomen y bajaba justo para cubrirle esa zona…, aunque a duras penas. No llevaba sujetador, solo un pequeño retal de encaje negro que no le tapaba más que los diamantes. No tenía mangas, por lo que los brazos quedaban descubiertos. A pesar de que el tejido llegaba hasta el suelo como si fuera un vestido de gala, casi todas las partes de su cuerpo se hallaban expuestas.

Kierse escuchó cómo un par de personas más contenían el aliento, y en esa ocasión la joven apartó la mirada de Montrell e Imani, quienes claramente estaban disfrutando del espectáculo, para mirar a Graves. Su nuevo jefe se encontraba un poco más inmóvil de lo que era habitual en él. Se trataba de la quietud de un depredador en acción, justo antes de lanzarse a por su presa. Tenía las pupilas muy dilatadas, su sensual boca medio abierta y una ceja ligeramente enarcada. Con eso no solo expresaba su interés. Era como si quisiera tomar a la joven y reclamarla como suya.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Kierse y se le puso la piel de gallina. Esa mirada de Graves la había descolocado. Ser el centro de tanta atención y saber que estaba allí, de esa guisa, para él. Había intentado no darle vueltas a su propio interés por el hechicero. Había sido casi imposible ocultarlo cuando había tenido la mano de él sobre ella, su aliento contra el cuello y su cuerpo encima durante el entrenamiento. Pero, aun así, en esos momentos Graves no había tardado en apartarse. Ahora, en ese lugar, no lo hizo, y ver el deseo plasmado con tanta claridad en su rostro provocó que todo el cuerpo de Kierse temblara de anhelo. La joven se preguntó si su propio deseo sería así de evidente. No tenía ningún interés en intimar con él, pero no le importaría en absoluto convertirse en su… mascota.

La ladrona tragó saliva, que le bajó incómodamente por la garganta mientras aquel calor se extendía entre ambos. Entonces dejó que sus labios pintados de rojo oscuro se entreabrieran de forma erótica. Graves volvió a rodearle la cintura con el brazo. Bajó un poco más la mano, tanto que llegó a agarrarla de las nalgas. A la joven se le escapó un gemido de entre los labios.

Graves se quedó sin aire.

—¿Listo? —ronroneó ella, empleando la voz más sensual que fue capaz de poner.

El hechicero le apretó el culo y la acercó a él hasta que quedaron pegados el uno al otro.

—Mucho.

La línea entre lo fingido y lo real quedó difuminada.

—¿Hago las presentaciones? —le preguntó Graves.

—Adelante, por favor.



Montrell e Imani aguardaron a que ambos se acercaran al gran roble.

—Nunca creí que volvería a verte la cara —declaró Imani.

—Imani —la saludó Graves con un ligero asentimiento de cabeza antes de girarse hacia su marido—. Montrell.

El hombre tenía los ojos entornados y los labios apretados. —Ha pasado mucho tiempo.

—Cincuenta años —declaró Imani—. Pero nuestra relación no ha sido cordial desde hace ciento cincuenta.

Kierse se quedó atónita. ¿Ciento cincuenta? ¿Tan viejo era Graves? Le había dicho que llevaba mucho tiempo vivo, pero la joven no se había planteado lo que eso podía significar, es decir, que Graves pareciera estar en la veintena, pero que en realidad tuviera cientos de años.

—En efecto —dijo Graves—. Y ya va siendo hora de que nos reconciliemos. De hecho, fui yo quien os presentó.

—¿Reconciliar? —soltó Montrell—. ¿Después de que…?

—Querido —murmuró su mujer con dulzura—, déjalo estar.

Montrell dio un paso atrás y levantó la barbilla.

—¿Quién es tu cita?

Una pregunta sin más que parecía hecha por un amante despechado. Sin duda eso explicaría el lenguaje corporal de todos ellos. Al final, Graves sí que había omitido la información más relevante sobre aquella fiesta.

—Permitidme que os presente a Reyezuelo —dijo Graves, acercándola más a él.

Kierse tragó saliva al escuchar el nombre. Había accedido a no usar su verdadero nombre con los otros hechiceros, pero no había escogido… ese.

Montrell abrió mucho los ojos.

—¿Reyezuelo? ¿En serio?

Graves asintió, y parecieron compartir un cierto conocimiento entre ambos. Algo que Kierse no llegó a comprender.

—Entonces, es tuya —dijo Montrell entre dientes.

—Es mía —le confirmó él. Y sonó igual que si estuviera cerrando un trato.

—¿Novia? —preguntó Imani.

Graves soltó una risa ligera.

—Creía que me conocíais.

Montrell resopló.

—Ese no es su estilo. Es una amante.

—Una muñequita —lo corrigió su mujer—. Bonita y frágil.

—Sigues repitiendo la misma historia —declaró Montrell con sorna.

La hechicera chasqueó la lengua.

—¿Merece la pena por un par de polvos?

Kierse intentó no mostrarle los dientes a la otra mujer. Ese era exactamente el papel que tenía que representar delante de aquellas personas, pero no significaba que le gustara escuchar esas palabras salir de sus bocas.

—Tal vez sea él quien no pueda aguantar más que un par —se le escapó a Kierse.

Graves le apretó la cintura con fuerza. Una advertencia.

Montrell rompió a reír.

—Es peleona. Bien. Así durará más tiempo.

—Me sorprende que dejes que te hable de esa forma —dijo Imani. Bajó un escalón, abandonando la tarima.

A medida que se le aproximaba, Kierse sintió el calor que emanaba la mujer. Era como si estuviera ardiendo desde dentro hacia fuera. Si la ladrona se acercaba más, ¿Montrell también le transmitiría lo mismo? Había llegado a asociar ese calor al hechicero que en ese mismo momento la mantenía pegada a él. Aunque la sensación era parecida a la que le transmitía Graves, no era tan intensa ni absorbente.

—Es nueva —dijo Graves tras encogerse de hombros, como si eso lo explicara todo.

—¿Cómo es leerla a ella? —le preguntó Imani con una ceja arqueada.

¿Leerla? ¿Qué significaba eso?

—Sabes que mis labios están sellados, Imani —respondió Graves con cautela.

—Venga ya, cariño. Quítate esos guantes y déjame entrar un poco.

Él le dedicó una mirada de hastío.

—¿No obtienes ya todo lo que deseas de la fiesta y de tu maravilloso marido?

Imani volvió a dirigir la mirada hacia Montrell y luego se apresuró a fijarla al frente, como si Graves la hubiera desequilibrado.

—Por supuesto que sí.

Conque esos guantes tenían un propósito, tal y como Kierse había sospechado. Aunque desconociera el motivo.

—¿A qué has venido en realidad? —exigió saber Montrell desde donde se encontraba, cerniéndose sobre los demás—. Es evidente que no estás aquí para exhibir a tu nuevo juguetito delante de nosotros.

—He recibido una invitación —dijo Graves con frialdad.

—Es una mera formalidad —replicó Montrell—. Y lo sabes.

—¿Y no puede ser porque quiera veros a los dos?

—No te gusta la gente —declaró Imani—. Deberías haber sabido que íbamos a preguntarte.

Graves suspiró.

—Bueno, tengo un negocio para vosotros.

Montrell soltó una carcajada.

—Ahí está. Negocios. ¿Por qué no me sorprende?

Graves desvió su atención de la formidable pareja y la centró en Kierse. Dejó la mirada suspendida sobre sus pechos antes de subirla por su cuerpo para fijarla en sus ojos oscuros. Ella se mordió el labio mientras se le aceleraban los latidos del corazón.

—¿Por qué no vas a por algo de ponche? —le sugirió.

La ladrona era inmune a la magia de Imani, pero Graves le había advertido que no bebiera el ponche bajo ninguna circunstancia. Estaba cargado con la magia de esa mujer, y el hechicero no podía garantizar que fuera lo único que le hubieran echado a la bebida. Kierse había probado una vez el éxtasis en el Five Points, y entonces Nate la había salvado de sí misma. No obstante, no tenía ningún interés en repetir la experiencia.

La joven hizo un mohín.

—No quiero dejarte.

Graves entornó la mirada.

—Los adultos tienen cosas de las que hablar.

La mirada de Kierse se prendió a causa de la rabia y la indignación ante ese comentario. Pero todo pensamiento racional se desvaneció de su mente cuando él se inclinó sobre ella como si fuera a besarla. La joven se había preparado para ello, pero, en cierto modo, se sentía totalmente desprevenida.

En el último segundo, Graves se dirigió hacia su cuello y dejó los labios sobre el mismo punto en el que Kierse sentía retumbar su corazón. La ladrona se inclinó hacia él. El beso fue suave. No significó nada. Y, aun así, lo fue todo.

Graves le acarició el lóbulo de la oreja con la nariz, lo que la hizo estremecerse.

—Ponche.

Kierse tragó saliva y asintió.

—Sí, ponche.

La joven dio un paso hacia atrás, como si le resultara físicamente doloroso alejarse de él. Podía escuchar la risita de Imani mientras se alejaba, pero ni siquiera le importaba lo que pensara esa mujer. Era como si lo único en lo que pudiera pensar fuera en el ponche. Lo necesitaba para

extinguir las llamas que habían prendido en su interior.

No obstante, en cuanto se apartó de la vista de los hechiceros, sacudió la cabeza para librarse del embrujo que la caricia de Graves parecía haber producido en ella. La joven era inmune a la magia, pero, al parecer, no a él.

Mientras se dirigía hacia la sala contigua, dejó atrás su paripé. Su predilecta sonrisa de ladrona se le extendió por el rostro.

—Toca ponerse a trabajar —susurró.



La misión estaba en marcha. Kierse tenía que robar un fajo de cartas y largarse de allí. Todo lo demás era secundario. Al pasar por delante del bar, recordó el mapa de la casa para poder moverse por ella. Graves no esperaría que regresara enseguida. Distraería a Imani y a Montrell, le conseguiría tiempo para hacer el trabajo. Esa vieja y familiar sensación se extendió por sus extremidades. Kierse intentó reprimir la sonrisa de sus labios. Aún tenía que seguir fingiendo ser el juguete de Graves por si alguien la veía. Pero se sentía de maravilla al poner en práctica sus habilidades. ¿Qué podía decir? Le gustaba robar cosas.

Recorrió con cautela las estancias acristaladas. Por suerte, el resto de los invitados ya habían probado el ponche. Todos se balanceaban borrachos. La joven pasó por delante de una pareja que mantenía relaciones sexuales en un rincón nada discreto y se asomó a una habitación en la que se estaba llevando a cabo una orgía. No era una puritana, pero, aun así, aquello la hizo sonrojarse. El polvo de los deseos en ese ponche debía de ser potente.

Por fin, dio con las habitaciones de Montrell e Imani. El dormitorio era el que se encontraba más al fondo del pasillo, pero había habitaciones alineadas a cada lado. Sabía, gracias a los mapas, que se trataban de sus despachos. Tras echar una mirada cautelosa a los borrachos al otro lado del

pasillo, Kierse se quitó la horquilla que llevaba en el pelo y la introdujo en la cerradura de la puerta de la izquierda. Empujó la hoja para abrirla y se quedó pasmada con lo que vio allí dentro.

Cajas.

Cajas apiladas desde el suelo hasta el techo.

¿Qué cojones era todo eso? Sin embargo, aquello no era lo que estaba buscando. Kierse volvió a asegurarse de que todo estuviera despejado y entonces cerró la puerta de esa extraña estancia detrás de ella. El tiempo apremiaba. Cruzó el pasillo, preguntándose si iba a encontrarse con lo mismo en la siguiente habitación. No obstante, en cuanto forzó la cerradura, un montón de gente pasó por su lado. Kierse no podía comprobar de forma discreta qué había en esa estancia sin que todos la vieran. Ni siquiera podía volver a cerrar la puerta sin llamar la atención.

Conque tuvo que fingir que iba con esas personas y siguió al grupo. Cuando llegó al bar, tomó dos copas de ponche y regresó al lado de Graves.

El hechicero se encontraba ante Imani y Montrell, aunque los dos se habían acercado más a él. Sin lugar a dudas, eran como polillas atraídas por el fuego. Ninguno de ellos se percató de que Kierse había vuelto.

—Pero ¿qué pasa con Kingston? —preguntó Montrell, enfadado.

—Yo me encargo de Kingston —declaró Graves.

—¿Estás seguro de que podrás pasar por encima de él? —inquirió Imani.

—Si alguien puede hacerlo, ese es Graves —dijo Montrell. Tenía los ojos muy abiertos, ávidos.

Kierse se inclinó hacia delante, derramando el ponche como si hubiera estado bebiéndoselo. Soltó una risita.

—Baila conmigo.

Imani le dedicó una sonrisa picarona a Graves.

—¿Cómo vas a negárselo?

Graves tomó las bebidas de manos de Kierse y las dejó en una mesa cercana.

—No puedo negarle nada.

Entonces tomó a Kierse de la mano y la alejó de la charla de negocios. La joven se preguntó si aquello tendría algo que ver con las cajas. Estaba deseando contarle que las había visto, pero no podía hacerlo con toda esa gente alrededor e Imani y Montrell tan pendientes de ellos. Tenían que interpretar su papel. Así que dejó que Graves la tomara entre sus brazos y la llevara hacia la periferia de la gente allí congregada. La joven no estaba segura ni de que ese hombre bailara. No parecía ser de los que lo hicieran. Siempre se le veía muy erguido y con un libro entre las manos. Aun así, allí estaba, sorprendiéndola como siempre.

Kierse movió las caderas al ritmo de la música. Graves deslizó las manos por sus brazos desnudos y la joven sintió la textura de sus guantes suaves contra la piel. Luego, el hechicero la tomó de una mano y la hizo girar lejos de él. Kierse no dejó de moverse, como si siempre hubieran experimentado esa cercanía. Graves desplazaba la mirada de su cintura hacia sus caderas, admirando cada una de sus curvas en ese vestido transparente.

Era un paripé. Un numerito inteligente y cruel. Y, no obstante, Graves la dejaba sentir lo duro que estaba al pegarla contra sus caderas. Aquello era prueba de que lo que Kierse le estaba haciendo era muy real. La joven jadeó. Sintió cómo se tensaba su centro. Graves estaba excitado y era debido a ella. Y, madre mía, Kierse también lo estaba. La ladrona levantó las manos por

encima de la cabeza, meneándose provocativa y descaradamente contra él. Si fuera alguien que estuviera acostándose con él, no le sorprendería tenerlo duro contra su trasero. Kierse estaba disfrutando de ello.

—Reyezuelo —gruñó Graves en su oído.

—Mmm —gimió ella, logrando estabilizarse un poco con ese sonido.

—¿Has bebido el ponche?

Despacio, la joven se dio la vuelta para mirarlo a la cara, dejando sus cuerpos pegados. Pasó una mano por detrás del cuello de Graves y hundió los dedos en su cabello oscuro.

—He hecho todo lo que tú me has dicho.

Era una frase seductora. Como si Kierse estuviera acostumbrada a aceptar órdenes.

Graves buscó en su mirada, intentando dar con señales de embriaguez en ella. Sin embargo, la ladrona estaba sobria.

—¿Y harás todo lo que te diga ahora?

La joven estuvo a punto de quedarse bloqueada, pero recordó dónde estaban y lo importante que era todo eso. Se encontraba en brazos de Graves. Él la estaba provocando. Ella podía hacer lo mismo. Deslizó sus uñas pintadas de rojo por el cuello y el pecho del hechicero. Tiró de su corbata y le acercó el rostro al suyo. Esos hermosos ojos como nubes de tormenta parecían buscar unas respuestas que no podían encontrar.

—Todo y más —bromeó ella con un guiño.

Graves carraspeó y Kierse sintió cómo se frotó contra ella casi de forma involuntaria.

—Entonces, tal vez debamos comprobar a dónde nos lleva esto.

La tomó de la mano y no dirigió la vista hacia otra parte que no fuera ella hasta que abandonaron la estancia principal. A la joven le latía el corazón a toda prisa mientras él la guiaba lejos de Imani y Montrell. Kierse era su juguete. Esa actitud era normal. Pero no se trataba de ningún juego. No del todo. No cuando ella llevaba un pequeño retal de ropa interior para cubrir a duras penas su deseo.

Graves cruzó el pasillo en dirección al estudio. Entonces, susurró contra el oído de Kierse:

—¿Qué puerta?

La joven volvió en sí. Un trabajo. Era solo un trabajo. Estaban allí para robar algo.

—Claro —respondió—. Ya la he forzado. La habitación de la izquierda está repleta de cajas.

Graves asintió y se detuvo frente a ella.

—Tenemos público —susurró en voz muy baja.

Entonces se pegó a ella contra la pared, cubriendo su cuerpo con el suyo. A Kierse se le escapó un gemido exagerado. Podía sentir las líneas del cuerpo de Graves, cómo la traspasaba su fuego.

Público. Lo que significaba que no había ninguna razón para sospechar que iban a entrar en esa habitación para algo que no fuera liarse. Graves ladeó la cabeza sobre su cuello. Kierse sintió su aliento caliente contra la piel. Las manos de la joven agarraban con fuerza la parte delantera de su traje mientras echaba la cabeza hacia atrás de forma seductora, displicente.

—¿Qué eres? —gruñó él en voz baja. Le envolvió la cintura con un brazo—. ¿Una sirena que me conduce hipnotizado hacia mi muerte?

A ella le sorprendieron esas palabras. Eran reales.

—¿Estás hipnotizado?

Por toda respuesta, Graves giró el pomo y abrió la puerta. Asomó la cabeza al interior y Kierse lo siguió hacia la oscuridad. La hoja se cerró con un clic detrás de ellos.

—Aquí es.

Graves asintió. Estaban en un estudio, el de Imani, que era exactamente el lugar que habían estado buscando.

—Ve empezando. Yo vigilaré la puerta.

Kierse se tragó sus sentimientos y se puso manos a la obra. Rebuscó por entre las pertenencias de Imani. Tuvo cautela y fue meticulosa. Pasado un minuto, preguntó:

—¿Puedes sentir algo? ¿Algún tipo de magia en esta estancia que nos indique dónde guarda las cartas?

—No. Toda la casa rezuma magia. Está por todas partes.

Kierse masculló:

—Pues vaya ayuda.

La joven se había acercado a la estantería y estaba sacando de allí los libros con la esperanza de hallar uno hueco cuando Graves maldijo entre dientes. En cuestión de un segundo, se plantó delante de ella. Kierse lo miró, confundida, pero el hechicero se limitó a pegarla contra él. La ladrona entreabrió los labios ante ese repentino cambio de comportamiento. El tiempo se ralentizó de un modo que solo había experimentado cuando luchaba. Entonces, Graves se abalanzó sobre ella.

Al primer contacto de sus labios, Kierse estuvo perdida. No era amable ni reconfortante. Ni siquiera era exactamente algo íntimo. Era posesivo, un alfa exigente y desgarrador. Parecía que con ello dijera «mía, mía, mía». El beso fue esclarecedor. Como si cada beso antes de ese hubiera dejado de existir. No había un momento anterior o posterior a aquel. Allí se encontraba la eternidad.

Graves la hizo apoyar la espalda contra la estantería sin prestar atención a los libros que se le clavaban a Kierse en la columna. Tomó su rostro entre las manos como si fuera una de sus posesiones más preciadas y cubrió su boca con la de él, haciéndola abrir esos labios carnosos y acariciándole la lengua con la suya.

Y, en ese momento, la puerta chirrió al abrirse.



Alguien se aclaró la garganta.

—No pretendo interrumpir.

Graves besó a Kierse durante un segundo más antes de apartarse. Pasó el pulgar sobre el inflamado labio inferior de la joven. El gesto fue casi tierno. Entonces se dio la vuelta para mirar a Imani, que se encontraba en el umbral de la puerta. —¿Podrías dejarnos?

El semblante de Imani daba a entender que eso era justo lo que esperaba encontrarse allí.

—¿Puedo ofreceros mi dormitorio en la segunda planta? —Ya sabes lo mucho que me gustan los libros.

Algo *oscuro* atravesó las facciones de la mujer.

—Soy consciente, pero este es mi estudio. Las visitas no tienen permitida la entrada.

—Bueno, pues vamos, Reyezuelo —dijo Graves, ofreciéndole una mano a Kierse.

La joven dejó que la guiara fuera de la estancia. Imani los estuvo observando, incluso mientras ambos seguían metidos en su papel. Nada de todo aquello parecía importar. La hechicera cerró la puerta con llave al salir. Kierse y Graves no iban a poder volver a entrar allí mientras todavía quedara gente sobria.

En el rostro de Imani la joven pudo ver reflejada la desconfianza que la mujer sentía hacia Graves. Si hubieran tenido más tiempo, Kierse hubiera sugerido que se quedaran en la ciudad durante un par de semanas para ganarse su confianza. Pero solo tenía esa noche.

En lugar de eso, pasaron lo que quedaba de noche bailando y disfrutando de la fiesta. Sin embargo, ese beso había provocado que Kierse regresara a la realidad. Pasó a fijarse más en todo lo que sucedía a su alrededor. Casi deseaba estar borracha para no ser consciente de todas las partes en las que Graves la había tocado.

Hubo un momento en mitad de la noche en el que todo pareció estar en su máximo apogeo. Como si la magia en el ponche hubiera alcanzado su punto álgido. Kierse no lo comprendía. Imani y Montrell no parecían padecer los efectos. Lo vigilaban todo desde lo alto y, de vez en cuando, se acariciaban el uno al otro de forma provocativa para deleite del resto de la fiesta.

Era ahora o nunca.

—Voy a buscar un baño —dijo Kierse, pegando los labios a la oreja de Graves.

—¿Necesitas que te acompañe?

La joven negó con la cabeza.

—Distrae a los anfitriones.

Él arqueó una ceja y luego asintió.

—Date prisa.

Kierse le lanzó un beso mientras se alejaba. No obstante, antes de marcharse, Graves la llamó:

—¿Reyezuelo?

La ladrona se giró para mirarlo a la cara, confundida, y entonces los labios del hechicero se toparon con los suyos. El único pensamiento que pasó por la mente de la joven en ese momento fue el del cuerpo de ese hombre contra el suyo.

—Mucha prisa —dijo Graves con determinación, todavía pegado a sus labios.

La joven sintió que se le nublaba la cabeza de nuevo. Cuando todo eso hubiera acabado, iba a tener que masturbarse. Se mordió el labio para evitar que su expresión la delatase y luego dio un paso atrás. Tenía que ser profesional. Lo suyo con Graves no podía suceder de ninguna manera. Y, sin embargo, lo único que Kierse sentía eran brasas que él avivaba con su lengua. Quizás la joven volviera a centrarse en la realidad cuando no estuviera tan cachonda.

Recorrió toda la estancia sin mirar ni una vez hacia atrás. No se entretuvo en los pasillos. Enfiló directamente hacia la puerta del estudio. Imani había dejado claro que allí era donde debía de encontrarse la información. ¿Por qué si no iba a haberlos echado del lugar con tanta prisa? Tal vez incluso hubiera algún escudo activo en ese estudio que Graves hubiera accionado sin querer. Bueno, si ese era el caso, Kierse podía colarse sin ser detectada.

Usó su práctica horquilla para forzar el candado. Graves le había dicho que la magia estaba por toda la casa. Aunque la joven no podía sentirla igual que él, Imani había dirigido la mirada hacia la estantería que había quedado detrás de ellos, no una, sino dos veces. A Kierse se le daba bien calar a la gente, y eso significaba que lo que Graves y ella buscaban se encontraba allí. Justo allí.

Tras volver a cerrar la puerta tras de sí, se dirigió hacia esa estantería y pasó la mano por los bordes de cada volumen. Nada parecía estar fuera de lugar. No había libros huecos. No existía ningún motivo para pensar que la información que necesitaban se encontraba allí, salvo que Imani había dejado claro que así era.

Entonces, Kierse lo sintió.

Un libro más pequeño en el que su dedo se desvió. Estaba colocado más al fondo que el resto. Y era a propósito.

Kierse fue a cogerlo, pero al tirar de él se produjo un clic. Una puerta oculta se abrió desde detrás de la estantería.

Se quedó boquiabierta. Imani no había estado mirando hacia la estantería porque lo que Graves y Kierse buscaban se encontrara allí escondido, sino porque eso mismo estaba oculto justo detrás de ella. La joven había robado de muchos sitios antes. Se había colado en museos, se había abierto camino a través del hormigón de un almacén y había escalado por un tejado, pero nunca había visto un pasadizo secreto.

Y ahora estaba a punto de aventurarse en uno.



Una risita incontrolable se apoderó de Kierse mientras empujaba la estantería y se adentraba en la estancia oscura al otro lado. Cerró la puerta tras ella, tras pasar la mano por la pared hasta dar con el mecanismo *que* la abría. Necesitaría una vía de escape rápida, y no podía perder su valioso tiempo al salir. Las bombillas resplandecían ligeramente y revelaban un tramo de escaleras de piedra. Al parecer, la casa acristalada había sido construida sobre una estructura ya existente. Lo más probable era que se tratase de una vivienda anterior a la era de los monstruos. Nada de cristal podía haber sobrevivido a aquellos tiempos tan convulsos.

Solo le quedaba una opción: bajar.

Descendió hacia la guarida de la hechicera. Los escalones estaban lisos, como si miles de pies los hubieran recorrido durante siglos, lo que había provocado su desgaste por el centro. La joven percibía ruidos por encima de ella. No eran del todo voces, sino algo que no encajaba allí. Controló sus nervios y disfrutó de cada minuto de desasosiego que se apoderó de su cuerpo hasta llegar al final de los peldaños. Entonces accedió a un vestíbulo que se dividía en distintos caminos. Los ruidos procedían del que quedaba más a su izquierda. A la derecha solo había silencio. Tuvo la certeza de que lo que fuera que estuviera sucediendo allí le aportaría más

información, aunque eso significara adentrarse aún más en las profundidades de la guarida del león.

Sus pasos eran silenciosos contra el suelo de piedra mientras doblaba hacia la izquierda. No tardó mucho en divisar una puerta de madera al final del pasillo. El corazón le latía desbocado en el pecho. Todos los sonidos procedentes de la fiesta habían desaparecido. Solo quedaban Kierse y lo que fuera que la aguardara allí dentro. Giró el pomo y abrió la puerta unos milímetros. Solo lo suficiente para poder echar un vistazo a lo que hubiera en el interior.

Abrió mucho los ojos al percatarse de la enormidad de esa cámara subterránea. Había cajas parecidas a las que había encontrado en el piso de arriba perfectamente ordenadas alrededor del perímetro, y el centro estaba plagado de mesas de autopsia metálicas de casi dos metros de largo. Por suerte, no estaban siendo empleadas para su propósito inicial, sino que los cientos de personas que había allí estaban cortando, envolviendo y embalando un fino polvo rojo sobre ellas.

Kierse podía adivinar qué era aquello: polvo de los deseos. No se trataba de una pequeña operación. Eso era… un verdadero negocio. ¿Estaría Graves al corriente? ¿Tendría que ver con la «charla de negocios» que había mantenido con Imani y Montrell? ¿Sería eso lo que tenían que ocultarle a Kingston? Quienquiera que fuera esa persona…

Más preguntas. Ninguna respuesta. Graves le había dicho que el polvo no era peligroso. Que solo era una extensión de la magia de Imani. Pero, sin duda, era una operación de más magnitud de la que él había sugerido.

Sin embargo, Kierse no estaba allí para eso. Retrocedió sobre sus propios pasos y enfiló hacia el otro lado del túnel. Caminó durante lo que pareció una eternidad, contando los pasos a medida que avanzaba para asegurarse de que sabía lo lejos que había llegado. Tal vez su objetivo no se hallase ni siquiera allí. Quizás Imani y Montrell solo estuviesen protegiendo su negocio.

Entonces dobló la siguiente esquina y se topó con la puerta, alta y abovedada, de una cámara acorazada. Esa monstruosidad había sido construida en la misma piedra. Era probable que toda la estructura de la casa hubiera sido erigida sobre esa hermosa puerta dorada.

Kierse esbozó una sonrisa. Había llegado el momento del espectáculo.

No llevaba más herramientas encima que su horquilla, pero no las necesitaba para colarse en esa cámara. Era antigua. Debía de haber estado allí al menos unos cien años. Ni siquiera se seguían fabricando de ese tipo, lo que era una ventaja para la joven. Forzar una cámara acorazada antigua y abandonada iba a ser pan comido si lo comparaba con el tipo de situaciones en las que Jason la había obligado a meterse y después salir. Al menos, en esta no acabaría rompiéndose un brazo si no la abría con suficiente rapidez.

Los hechiceros deberían haberse percatado de que las espirales y los remolinos, tallados en un lenguaje que Kierse no comprendía, no iban a servir de mucho para desalentar a la gente a alejarse. Esos símbolos eran distintos a los que había en la Biblioteca de Acebo. Los escudos de Graves estaban entremezclados con las enredaderas de acebo, pero este contaba con pequeñas aves en su patrón: un pájaro de cuello largo que miraba hacia atrás y tenía los pies apuntando hacia delante. Kierse había visto ese símbolo en el sello de lacre de la invitación. Si tenía que adivinarlo, suponía que se trataría del escudo de Imani. Ella era más poderosa que Montrell y había querido proteger lo que albergaba ese lugar. Lo que significaba que el acebo era algo específico de Graves. Interesante.

Por suerte, los escudos no funcionaban con Kierse. A Imani y Montrell no se les había pasado

por la cabeza que necesitaran aumentar su seguridad. No habían esperado a alguien como ella. Igual que le había pasado a Graves. No había ningún sistema de seguridad. Nada que desactivar. No había sensores térmicos ni alarmas ni detectores de movimiento. Chapucero. Aunque hasta ahora les había resultado muy efectivo. Graves le había dicho que no existía nadie como ella. Por lo general, con los escudos hubiera bastado, pero no esa noche.

Se agachó delante del mecanismo de cierre y apoyó una oreja contra los engranajes que había detrás. Pese a lo capacitada que estaba, las cámaras acorazadas no solían ser fáciles de forzar, a diferencia de esas pequeñas cajas fuertes ignífugas a las que, a veces, solo tenía que darles un golpe o tirarlas desde lo alto de un edificio para conseguir abrirlas.

El modo más rápido y efectivo de colarse en una cámara acorazada era perforar hasta llegar a ver los pernos y engranajes al otro lado. Así se podía revertir la combinación y volver a introducirla. El problema era que no todo el mundo sabía dónde perforar. La mayoría de las cámaras acorazadas contaban con una función de bloqueo. Si sufrían algún desperfecto, se bloqueaban para que la persona tuviera que desmontar la cámara por completo durante horas para poder acceder a ella. Para entonces, ya habrían llegado los cuerpos de seguridad para detenerla. Era algo que ya le había sucedido en otras ocasiones.

Se estremeció. Era un recuerdo. Uno malo. Jason había dejado que la poli la pillara. Le había dicho que la cárcel no era más que otra cámara acorazada de la que escapar y que Kierse necesitaba practicar. La joven no había vuelto a accionar un mecanismo de bloqueo de una caja fuerte. No desde que Jason le había hundido un puño en la cara.

Pero, cómo no, esa noche ni siquiera contaba con un taladro. Ni Graves ni ella habían anticipado que el Catos contara con una cámara acorazada.

Eso le dejaba una única opción: descifrar el código.

Y, pese a estar entrenada para ello, era una tarea que requería su tiempo. Y aquel era su recurso más valioso. Tendría que romper su propio récord esa noche si quería que no la descubrieran.

Giró el dial e intentó escuchar la pequeña variación en el ritmo que indicaba que había acertado en el movimiento interno de un disco. Memorizó dónde se encontraba y continuó, moviendo el dial hacia delante y atrás, intentando que la caja fuerte le confesara todos sus secretos. Jason solía ser muy rápido haciendo eso, pero ella siempre lo había sido más. Era como si la cámara le hablara directamente y ella fuera la única que supiera cómo escucharla.

Sus escalofríos la mantuvieron alerta. El sótano estaba helado. No contaba con el calor artificial que se extendía por la estancia principal. Lo que empeoraba la situación era que prácticamente no llevaba ropa encima. Le temblaban las manos mientras trabajaba. Daba gracias por la inmunidad que le proporcionaban sus poderes, pero, ahora mismo, en mitad de ese profundo frío, deseaba contar con fuego en sus venas.

El tiempo corría despacio. Con cada momento que pasaba, Kierse esperaba ver bajar a alguien por el oscuro pasillo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí abajo cuando por fin movió la manivela por última vez y se produjo un ruido sibilante mientras se abría la puerta.

Kierse tosió cuando una nube de polvo blanco le cayó sobre el rostro. La disipó a base de manotazos, secándose los ojos para evitar que le ardieran. Conque sí que había existido un último mecanismo de defensa. Y también había sido mágico. La joven estaba segura de que acababa de ingerir polvo de los deseos, pero era de un color distinto al que había visto en las cajas. La magia

no funcionaba con ella, pero no tenía ganas de averiguar qué efectos tenía aquello.

El humo blanco era todo un interrogante. Kierse tenía que darse prisa.

Se colocó el bolso bajo el brazo, abrió del todo la cámara y se adentró en ella. Esta era una especie de rectángulo largo, lo bastante grande como para que ella pudiera entrar, y había tanto dinero como para tener solucionada toda una vida, o diez. Los billetes estaban envueltos y apilados en cantidades asombrosas. Unos lingotes de oro se hallaban alineados a lo largo del suelo como si fuesen ladrillos en una calle. Las joyas y las piedras preciosas estaban expuestas como si eso fuera la cueva del tesoro de Ali Baba. Era deslumbrante.

A la joven empezaron a sudarle las palmas de las manos al contemplar todo aquello, confusa. Estaba helada y, aun así…, sudorosa. Se llevó una mano a la frente y se la notó caliente. De una forma antinatural. Se tambaleó *hacia* delante, consciente de que si la encontraban allí acabarían matándola.

Se apresuró a rebuscar, ignorando el lujo y centrándose en dar con un sobre inofensivo. Miró en unas cajas repletas de joyas y, a medida que se iba sintiendo más débil, dejó de importarle dejarlas desperdigadas por el suelo. Pasó junto a unas máscaras africanas expuestas, bolsas de lo que parecían ser semillas y una especie de máquina de agua. Y, entonces…, allí estaba, sobre la parte superior de un contenedor.

El sudor le resbalaba por la espalda y entre los pechos, formando hendiduras en su piel. Kierse volvió a tragar profusamente. Deseaba contar con algo de agua. Cualquier cosa que mitigara ese bochorno infinito. Antes había deseado entrar en calor, y ahora estaba ardiendo. Tal vez aquella magia sí que funcionara con ella.

Tomó el sobre. Graves se lo había descrito a la perfección. Un pequeño cuadrado casi a rebosar y sellado con una hoja de acebo en cera negra.

Era ese.

Tenía que salir de allí o, de lo contrario, podría quedar literalmente convertida en cenizas en el sitio.



Kierse se guardó el sobre en el bolso y luego cerró la puerta de la cámara al salir. Giró el dial y, cuando hubo terminado, volvió por el mismo camino. Sus pies se movían despacio, cada vez eran más *lentos. Fue pasando la mano a lo largo* de la pared para mantenerse erguida. Se tropezó al dar otro paso y cayó con fuerza a cuatro patas. Maldijo en voz baja mientras se ponía en pie y vio que la rodilla izquierda le estaba sangrando y que tenía las manos cubiertas de arañazos. Se había tropezado con sus propios pies, algo extraño, ya que no era una persona torpe.

Después de lo que pareció ser una eternidad, llegó a las escaleras. Solo gracias a la hiperconciencia que tenía de su entorno, se detuvo antes de comenzar a ascender.

Se oían voces procedentes de arriba.

Kierse dio marcha atrás como pudo y dobló una esquina. Presionó su cuerpo todo lo posible contra la pared. Rezó por no haber activado algún tipo de alarma, por que no fueran a por ella, ya que no estaba en condiciones de pelear. Apenas podía mantenerse en pie.

—¿Es él quien ha dicho que quiere vender? —preguntó una voz que Kierse no reconoció.

—Sí. No es típico de él. —Sin duda, esa era la voz de barítono de Montrell.

—¿Sospechas?

—¿De Graves? —inquirió Montrell, tras lo cual rompió a reír—. Sospecho de todo lo que ese hombre ha hecho en su vida.

—Y, a pesar de todo, ¿piensas enviarle cajas de polvo de los deseos?

Montrell soltó un suspiro.

—Sí, vamos a hacerlo. Solo del polvo rojo. Y lo mantendremos vigilado. A ver cómo se desarrolla todo.

La pareja había llegado al final de la escalera. Kierse contuvo el aliento. El sudor le resbalaba por la frente. Se sentía fatigada y desnutrida al mismo tiempo. Apenas podía concentrarse en lo que esas dos personas estaban diciendo.

—Parece arriesgado.

—Todo lo que tiene que ver con Graves es un riesgo. Después de lo que me hizo…

Pero Kierse no llegó a enterarse de más. Montrell y el otro hombre habían doblado a la izquierda y se encaminaban hacia la cámara subterránea atestada de polvo de los deseos. Esa era su oportunidad. Se apresuró a enfilar hacia las escaleras y a subirlas lo más rápido posible, lo cual no fue a mucha velocidad. Se tropezó dos veces y la mano se le resbaló por la pared de piedra, lo que causó que se cayera por las escaleras.

Para su alivio, nadie custodiaba la puerta de arriba. Tras pasar la mano un par de veces, la joven dio con el pestillo y entró en el estudio.

Le subió la fiebre y gimió mientras sucumbía a ella. Necesitaba llegar hasta Graves.

Ignoró la estantería. Apenas tenía fuerzas para volver a colocarla en su sitio. ¿Y para qué iba a molestarse en hacerlo a esas alturas? Con suerte, pensarían que había sido Montrell quien no la había cerrado del todo.

La joven abandonó el estudio. Volver a la luz de la fiesta fue como acceder a un mundo completamente distinto. Todos estaban sudando de tanto bailar, así que el sudor de Kierse no parecía fuera de lugar. Se tambaleó como el resto de los juerguistas. Casi no podía mantenerse en pie sobre sus tacones. Debería haberlos dejado atrás. Solo eran un estorbo.

Un hombre le cortó el paso.

—¿Quieres divertirte un rato?

La joven pestañeó. Lo veía un poco borroso por los bordes.

—Graves —jadeó Kierse.

—Llámame como quieras, cariño.

—No —replicó ella, apartándolo de un empujón.

Pero había perdido toda su fuerza. Era una ilusión. Todos sus recursos para deshacerse de un hombre adulto se habían evaporado. No era más que una chica humana, pequeña y patética. Y ese hombre no iba a hacerle caso. No dejaba de empujarla contra la pared. Nada tenía sentido. Todos los que estaban en aquella fiesta tenían que dar su consentimiento. Debían querer hacerlo. ¿Por qué con ella no pasaba lo mismo?

Se le bloqueó la mente. Volvió a aquel horrible lugar que había creado para sí misma. Ese lugar en el que se refugiaba, en el que estaba sola y alejada de todos. Allí compartimentaba su dolor hasta que dejaba de sentirlo… Hasta que olvidaba su brutalidad.

En ese momento, una mano agarró al tipo del hombro.

—Te ha dicho que no. —Era una voz violenta y ancestral—. Deberías aprender a respetar la respuesta de una mujer.

—Ah, pero solo nos estamos divirtiendo. Y vestida así…

—Como digas que se lo estaba buscando —comenzó a decir Graves, despacio y con voz profunda—, te rajaré la garganta con mis propias manos.

El tipo reculó y levantó las manos.

—Claro. Claro, *tío*. No hay problema. No pretendía hacerle daño a nadie.

—Es una clara violación de las normas de la fiesta. Informaré a la diosa de esto.

El hombre palideció.

—No pretendía…

Graves había dejado de prestarle atención a él y se había centrado en Kierse. El hombre desplazó la mirada entre ambos y luego se escabulló.

—¿Reyezuelo? —dijo Graves. De algún modo, su voz sonaba distinta. Más suave. Incluso con un toque de preocupación—, Mi reyezuelo, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Calor —susurró Kierse—. Quería entrar en calor y ahora… estoy ardiendo.

—Mierda —espetó él.

Entonces, sin pensarlo ni un momento, levantó a Kierse en brazos. El calor del hechicero se entremezcló con el de la joven. Parecía estar atrayéndolo.

Kierse dejó vagar su mente ahora que sabía que estaba a salvo. Dejó que se marchara muy lejos. Vio a un león alado rugir desde una plataforma hecha de piedra. A un dragón coronado que escupía fuego en respuesta al león. A un rebaño de ovejas listas para el matadero. Todo acabó en muerte, y Kierse cerró los ojos para no seguir sufriendo esa alucinación.

Entonces, lo vio todo negro.

Y luego no vio nada más.



Un fuerte sonido chirriante inundó la cabeza de Kierse.

Sofocó todo lo demás excepto lo mal que se sentía. Iba a vomitar. Iba a echarlo todo. Gimió mientras se movía y, de repente, sintió una mano sobre su hombro. Intentó apartarla, pero no tenía fuerzas. Lo único que pudo hacer fue echarse hacia un lado en dondequiera que estuviese tumbada y vomitar en el suelo.

Oyó a alguien maldecir, pero todo le daba absolutamente igual. Siguió vomitando hasta que no le quedó nada más en el estómago. Luego, sufrió arcadas durante un minuto entero.

—Puaj —gimió la joven mientras volvía a tumbarse sobre su espalda.

—Me estoy arrepintiendo de mi decisión de no haber traído personal —dijo Graves de forma distante.

Kierse apretó los ojos e intentó no volver a vomitar.

—¿Qué… ha pasado?

Graves no dijo nada durante unos minutos mientras limpiaba. La joven estaba segura de que eso era algo que la mortificaría más tarde. Cuando el hechicero hubo terminado de limpiar, Kierse sintió su peso sobre el cojín que tenía al lado.

—Debes haber ingerido mucho polvo de los deseos.

—Ya —respondió mientras sus recuerdos volvían de golpe. O, al menos, algunos de ellos. Eran borrosos. Todo parecía muy inconexo, como si estuviera fijándose en algo que hubiera pasado hacía años en lugar de solo unas horas antes—. ¿Dónde estamos?

—En el avión.

—Bien.

—Bébete esto —le indicó Graves.

Kierse abrió los ojos despacio y lo vio sosteniendo un vaso de agua turbia delante de su cara. La sola idea de tener que bebérselo hizo que le entraran ganas de vomitar otra vez.

—¿Qué es eso?

—Un antídoto. Te ayudará —le prometió.

La joven se apoyó sobre un hombro, intentando controlar las náuseas, y tomó la bebida con su temblorosa mano izquierda. Se obligó a bebérselo entero. Ni siquiera preguntó por qué su desagradable sabor le recordaba al sulfuro. Después, volvió a desplomarse sobre el sofá del avión.

La sensación de que iba a morir a causa de los vómitos menguó, pero aún seguía doliéndole todo. Le ardían los ojos. Tenía el sudor pegado a la piel. El fuego le recorría las venas, aunque, por suerte, el calor se estaba mitigando.

Graves guardó silencio durante otro momento. Su mirada estaba fija únicamente en el rostro de Kierse. Si la joven no se hubiera sentido tan aturdida, habría llegado a pensar que el hechicero estaba preocupado.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él.

—Eso me ha ayudado. —Kierse cerró los ojos—. Gracias.

—Cuando estuviste incapacitada… —Graves guardó silencio y carraspeó—. Eso no debería haber sucedido nunca.

Kierse tragó saliva profusamente.

—Ya.

—¿Puedes contarme cómo ha pasado todo? —inquirió él.

—No lo guardaba en el estudio. Ese lugar conducía a un pasadizo secreto hacia el sótano. Estaban almacenando polvo de los deseos en cajas. Me he colado en su cámara acorazada y he recuperado el sobre. Lo tengo en mi bolso.

—Bien —declaró Graves, a pesar de que frunció el ceño—. ¿Tenían una cámara acorazada?

Kierse asintió.

—Estaba protegida por escudos, pero no supusieron un problema. Una vez que conseguí abrirla, una nube de polvo blanco emanó de la entrada. Me cubrió la piel y lo inhalé.

—Polvo blanco —dijo él, y comenzó a palidecer—. Creía que había dejado de fabricarlo.

—Y yo creía que era inmune a la magia.

—Yo también. —Graves sacudió la cabeza y una sombra atravesó su rostro—. Imani es la personificación del «ten cuidado con lo que deseas». Es una hechicera poderosa, pero ese polvo amplía su alcance. Antes de que Imani perfeccionara esa sustancia para poder comerciar con ella, experimentó con algunas variedades peligrosas. El polvo rojo es el que usa en sus fiestas, es lo que viste que contenían esas cajas en el estudio. Ese es el polvo de los deseos. Se trata del negocio más útil y lucrativo que ha inventado. Pero, para poder obtener esa sustancia segura, tuvo que someter a varios voluntarios a peligrosos deseos. El polvo blanco acaba matando a la gente. A veces, al

instante. Creía que había dejado de elaborarlo.

—Pero ¿cómo es que funciona conmigo? Creía que no era posible.

—Cuando querías entrar en calor, te prendió fuego. Sabía que Imani era capaz de tales cosas, pero estaba seguro de que tus propias habilidades contrarrestarían el efecto. Parecía que antes de entrar en la cámara todo iba bien.

Kierse volvía a sumirse en la inconsciencia. Sentía como si se estuviera hundiendo.

—Entonces, ¿soy o no soy inmune a la magia?

—Debes de serlo —respondió Graves con el ceño fruncido—. De lo contrario, estarías muerta.

—¿Y cómo ha podido afectarme de este modo?

—Tengo la teoría de que, o bien ingeriste una cantidad tan grande que logró superar tu inmunidad, o bien no eres inmune a la ingesta de magia.

—Vale —respondió ella, arrastrando la palabra—. Conque no tienes ni idea.

—Por eso dije que esto era una prueba.

Kierse sacudió la cabeza y el peso de las últimas veinticuatro horas cayó como una losa sobre ella.

—¿Tú tienes poderes similares?

—No —respondió Graves sin más.

—Bueno, algo es algo —masculló Kierse. Se dejó caer contra el sofá y cerró los ojos. Era demasiada información para asimilar en ese momento. Y menos así, cuando no podía concentrarse, moverse o respirar sin sentir dolor—. Deberías dormir un poco más —le dijo Graves.

Le apartó con dulzura el cabello de la cara. Kierse parpadeó hasta cerrar los ojos al escuchar su sugerencia, y su cuerpo respondió a esa caricia relajante.

—Pronto estaremos de vuelta en la ciudad. Podrás recuperarte en casa.

—Esa no es mi casa —murmuró ella mientras caía al vacío.

Las siguientes palabras de Graves fueron tan débiles que Kierse no estuvo del todo segura de haberlo escuchado decir:

—Podría serlo.

INTERLUDIO

Imani dejó a sus acólitos con su desenfreno.

Los polvos de los deseos se habían ido abriendo paso a través de sus sistemas. Cargar esos polvos con sus habilidades la dejaba agotada, pero una vez que los deseos eran concedidos, Imani volvía a rebosar poder. Más allá de la razón. Más allá de lo aconsejable.

No era de extrañar que Graves hubiera huido de la mansión con su juguetito drogado. La hechicera podría haberlo retado en ese mismo momento, henchida de poder gracias a los cientos de personas que contribuían a ello. Graves no habría podido plantarle cara. A Imani se le enturbiaba un poco el ánimo al pensar en él. Tal vez… sí que hubiera podido vencerla. Al fin y al cabo, era de Graves de quien estaba hablando.

Era mejor que se fuera. Para siempre.

Imani iba a dejar de enviarle invitaciones. Le insistiría a Montrell para que él tampoco lo hiciera. Siempre habían supuesto una formalidad. También se las enviaban a Kingston, y él no se había presentado en una de sus veladas para *fastidiarle* la diversión.

Pero así era Graves, un aguafiestas.

La hechicera se quitó una pelusa imaginaria de su virginal vestido blanco y sorteó a la multitud. Los dedos de la muchedumbre acariciaron su piel oscura, anhelando su placer. A Imani le gustaba que fuera así. La naturalidad de las fiestas y la fornicación. Allí los deseos eran así de simples. Solo sexo, alcohol y éxtasis. Todas las cosas que a Imani siempre se le había dado bien proporcionar.

—Por favor, diosa —jadeó una mujer mientras caía de rodillas—. ¡Bendíceme!

Imani contempló a la mujer semidesnuda. Su piel blanca resplandecía a causa de los aceites. Tenía las pupilas completamente dilatadas. Sus mejillas eran rosadas, y su pecho se agitaba y temblaba ante su mirada. Podría decirle a esa mujer que se rajara ella misma la garganta y lo haría. El suyo era un poder puro y desenfrenado.

Pero resistió el impulso de hacerlo y apoyó una mano sobre la cabeza de la mujer.

—Ya está. Ahora ve y disfruta de mi bendición.

La mujer se estremeció. Le cayeron lágrimas de los ojos oscuros. Masculló un agradecimiento y cayó en brazos de otra mujer que la estaba esperando. Se besaron e Imani siguió su camino.

Cuando había conocido a Graves por primera vez, había creído que podría atraparlo con sus

deseos. Entonces había sido joven y estúpida. Lo había llegado a considerar su billete para abandonar la sucia Inglaterra victoriana y lanzarse a la aventura. Una aventura que Imani siempre había anhelado. Entonces, había acertado tanto como se había equivocado. Graves había visto en ella a una potencial hechicera. Había querido cultivarla como si fuera un jardín.

Al principio, Imani se había resistido. Durante mucho tiempo, la joven había querido regresar a su hogar en Ghana y aprender de su pueblo. Pero Graves era un viajero del mundo. Había aprendido magia de personas de todas partes. Imani no se arrepentía de haberlo acompañado hasta su residencia en París, pero su vida hubiera sido muy distinta si no hubiera accedido a ir.

Por aquel entonces, París parecía encontrarse en la cúspide del mundo moderno. Escritores, pintores y artistas de todo tipo ocupaban sus noches. Imani llegó a hacerse muy amiga de Alejandro Dumas mientras este escribía unas novelas increíbles. Cuando llegó la exposición universal en el 1900, todos contemplaron la construcción de la colosal estructura de la Torre Eiffel.

Y con ella llegó Montrell.

Ese poeta que recordaba a la perfección todo lo que había leído en su vida. Había abandonado Nigeria para empezar de cero en París durante la exposición, haciendo uso de su magia para conseguir un pasaje en un navío. Imani lo había conocido en la sensacional exposición de W. E. B. Du Bois de fotografías de las vidas de los afroamericanos. Y desde el primer momento en el que había visto a Montrell, fue como si la magia de él cantara para ella. Su mera presencia parecía acabar con la frustración que había sentido dentro de su ser aquellos últimos quince años que había pasado con Graves.

Debería haber estado satisfecha de que Graves estuviera ayudándola a perfeccionar sus poderes para hacer de ella una maestra por derecho propio. Pero él siempre la había rechazado como amante y le había ocultado sus devaneos. Tenían una relación más íntima que muchos, y aun así Graves no bajaba la guardia con ella. Y cuando Imani se enteró de que tenía una amante, una que ella no había visto nunca, que no era ella, sintió la necesidad de descubrir quién era esa mujer.

Así que conspiró para averiguarlo. ¿Y qué descubrió?

A Graves en la cama con un hombre.

Con Montrell.

Con su Montrell, el que había revivido la magia de Imani, el que conocía su sufrimiento como si fuese el suyo propio.

Una parte de ella había sabido que sumarse a ellos supondría el fin de todo. Aun así, no había sido capaz de resistirse. Y aquello lo había echado todo a perder.

Delante de las narices de Graves…, Imani y Montrell se habían enamorado. Pero una parte de Montrell seguía amando al hechicero. Lo amaba y lo odiaba por dejarlo estar con Imani sin ninguna traba. Por dejarlos ir a ambos…, como si hubiese sido consciente de que un día acabarían abandonándolo. Y los dos le habían dado la razón.

Ese era el principal motivo por el que Imani le había robado sus cartas. Para tener algo con lo que negociar. Nadie dejaba ir a dos de sus mejores alumnos sin tener un plan. Y Graves siempre tenía uno. El muy capullo.

Imani soltó un suspiro al entrar en su estudio. Era mejor que Graves se hubiera ido. Era mejor para Montrell y para ella, para su matrimonio, y para el mundo en general. Nada bueno

podía salir de su coexistencia.

Se detuvo en la puerta. Algo iba mal. La que daba hacia la sala de operaciones de los polvos estaba entornada. No del todo abierta, pero tampoco cerrada. Montrell había bajado para preparar las cajas que iban a enviarle a Graves, pero él no sería tan tonto como para dejar el acceso abierto.

Imani avanzó con una elegancia que no sirvió para ocultar su creciente temor. Bajó corriendo las escaleras. Pudo sentirlo incluso antes de pisar los escalones. Su polvo de los deseos. El humo blanco que había diseñado ella misma para recrear las pesadillas de cualquiera, para hacer que acabara muriendo. Ese olor inundaba el túnel. Su dulce sabor estaba suspendido en el aire. Imani no vendía ese tipo de deseos. Solo los usaba contra sus enemigos. Abrió mucho los ojos a causa del horror. La cámara acorazada.

Se recogió la falda y corrió. No, no, no, no, no. Pero allí lo tenía. El polvo blanco cubría el suelo. En cantidad suficiente como para matar a una persona. Como para apoderarse de sus sentidos y hacer que su último deseo la matara. Estaba suspendido en el aire, mofándose de ella.

Imani sabía qué significaba eso. Antes de abrir la puerta de la cámara y cruzar el umbral ya lo sabía. Antes de mirar dentro de la caja. Antes de darse cuenta de que las cartas habían desaparecido.

Graves le había robado.

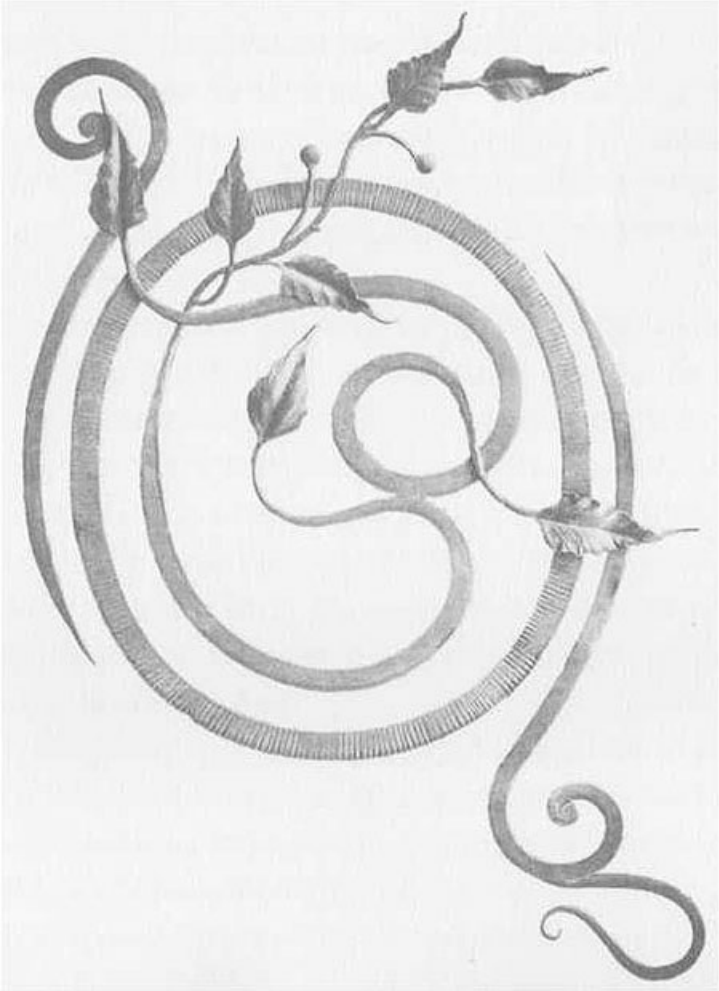
Imani cayó de rodillas, manchándose con su propio polvo y gritó sin parar.

Graves pagaría por aquello.

Vaya que sí se las pagaría.

PARTE IV

LOS REYES ROBLE Y ACEBO





Cuando se despertó de nuevo en su cama en la casa de piedra rojiza de Graves, Kierse no tenía ninguna referencia para saber cuánto tiempo había pasado inconsciente. Sentía la boca como si hubiera comido algodón y tenía la garganta igual de seca. Ya no estaba ardiendo, tan solo sentía un malestar general.

Era exactamente como se había sentido cuando había contraído la gripe. Había enfermado justo después de que comenzara la guerra, cuando se había extendido el peor brote en la historia reciente. Por entonces, había estado trabajando para Jason y su mentor le había dicho que le daba igual que estuviese enferma, que tenían un gran trabajo entre manos y que no podía prescindir de ella. Y Kierse lo había hecho porque había sopesado que las consecuencias de negarle algo a Jason eran peores que la enfermedad.

Había tenido cuarenta de fiebre durante todo el día y había sufrido alucinaciones. Las siguientes tres semanas las había tenido que pasar en cama. Por lo general, solía curarse muy rápido. Debería haber muerto a causa de la gripe. Mucha gente lo había hecho durante la Guerra de los Monstruos. Pero, incluso cuando se hubo recuperado de la enfermedad, había seguido sufriendo las secuelas.

Las consecuencias del polvo de los deseos eran similares.

Tenía que averiguar cuánto tiempo había pasado inconsciente. Iban mal de tiempo y cualquier retraso afectaría directamente a la misión. Mierda.

Se destapó y encontró una sudadera térmica en su armario. Se calzó unas zapatillas de borrego, cogió su collar de reyezuelo de la mesa y se lo colocó de nuevo alrededor del cuello, donde debía estar. Luego, tomó el libro que Graves le había dado y bajó por las escaleras.

La luz de primera hora de la mañana que se colaba por las ventanas del pasillo de su habitación la hizo entrecerrar los ojos. Se subió la capucha de la sudadera hasta arriba y se encaminó hacia la cocina igual que un fantasma. Sentía como si estuviera arrastrando su cuerpo por encima de brasas calientes y, para cuando hubo llegado, por hielo seco. Dos tramos de escaleras eran demasiados para ella.

La cocina estaba vacía, así que se dirigió hacia el fregadero, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió en dos segundos. Después, se sirvió otro. Tembló al sostener el líquido frío entre las manos y encaminarse hacia la sala de estar, cuya puerta se hallaba abierta. En el fondo, esperaba encontrarse solo a Ana allí, hecha un ovillo frente al fuego encendido; sin embargo, se topó con Graves.

Se encontraba sentado en el sillón más cercano al fuego con el fajo de cartas desplegado sobre sus pantalones negros. Lucía un jersey gris ajustado, extremadamente caro y de gran calidad. Era abrumador verlo con ese aspecto casi… normal. El cabello negro azulado le caía sobre los ojos. Seguía teniéndolo húmedo, como si acabara de salir de la ducha. A Kierse le ardieron las mejillas al imaginárselo bajo el agua. Le sorprendió mucho verlo sin sus guantes. Siempre los llevaba puestos, incluso dentro de casa.

Dio un paso hacia delante, como si él la estuviera atrayendo. Graves levantó la cabeza de golpe. Sus miradas se encontraron y el recuerdo del beso que habían compartido apareció de nuevo en la mente de la joven. Igual que el modo en el que la había pegado contra la pared, el momento en el que la había llamado sirena. Todo aquello regresó a ella, subiéndole la temperatura.

Porque aquello le había gustado. Y por la cara que Graves había puesto, a él también.

El hombre se puso en pie.

—Reyezuelo, estás despierta.

Ese apodo hizo que Kierse esbozara una media sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Un día, más o menos.

—Joder —susurró ella—. No podemos permitirnos perder un día. Debería estar entrenando. —Aunque sentía que eso era lo último que podía hacer.

—Olvídate del entrenamiento —le dijo Graves—. Podrías haber muerto. Siéntate.

Kierse aceptó su oferta. La calidez del fuego llegó hasta ella y se dejó llevar, recordando que tener el cuerpo del hechicero contra el suyo le había transmitido la misma sensación.

—Gracias.

Graves se sentó frente a ella y dejó las cartas sobre la mesa auxiliar.

—Me alegra volver a verte levantada.

—Ya. No me sentía tan mal desde hacía siglos.

Kierse dirigió la mirada hacia las cartas y se preguntó qué habría encontrado en ellas, si

contendrían la información definitiva que necesitaban para conseguir la lanza. La joven podía hacer ese trabajo y luego… marcharse. Porque eso era lo que quería. Mientras recorría con la mirada el hermoso rostro de Graves, le costaba asimilar las palabras que se formaban en su mente.

Se libró de tener que darle más vueltas al tema cuando Ana se deslizó hacia el interior de la estancia por la puerta que Kierse había dejado abierta.

Sus ojos amarillos se desplazaron entre los dos antes de saltar sobre una pila de libros y ponerse cómoda.

—Hola, gatita —la saludó Kierse. Le acarició el lomo una vez, y cuando Ana la fulminó con la mirada, volvió a hacerlo.

—Veo que has conocido a Ana Bolena —dijo Graves con cariño—. Es tan impetuosa como su tocaya.

Kierse parpadeó.

—¿No era una reina o algo así?

—Así es. Fue la segunda esposa de Enrique VIII. Es conocida por haber seducido al rey y luego haber puesto el mundo patas arriba debido al poder de su afecto por ella.

—Parece una de las mías.

Graves sonrió.

—Y él le cortó la cabeza por ello.

Kierse no pudo evitar soltar una carcajada breve.

—Cómo no. —Alzó la mirada hacia el techo para luego volver a bajarla—. Sexo y peligro. De ahí es de donde salen las mejores historias.

—Qué perspectiva más interesante —dijo Graves mientras sacudía la cabeza hacia ella y volvía a centrar su atención en el fajo de cartas. Kierse tenía la mirada puesta en la gata.

—No tardaremos en hacernos amigas —insistió la joven.

—No sé si Ana tiene algún amigo.

—Se nota que la gata es tuya —dijo Kierse, devolviéndole la mirada a Graves.

—Sí que lo es —respondió él en voz baja. Ese animal parecía ser la única cosa que lograba ablandarlo. Luego, añadió—: He estado comprobando que estuvieras bien.

—¿Personalmente?

Tal vez la joven se equivocara. Tal vez Graves también estaba ablandándose.

—Sí, personalmente —le contestó, con los ojos clavados en los de ella—. La abrasión de la magia ha afectado mucho a tu sistema. Te di un antídoto, pero no pareció acelerar tu proceso de recuperación. O, al menos, no tanto como me habría gustado. ¿Cómo te encuentras?

—No muy bien —admitió Kierse—. Sigo sin comprender cómo es posible que no fuera inmune. Sé que ya me lo explicaste en el avión, pero no lo recuerdo bien. De hecho, gran parte de lo sucedido después de lo del polvo de los deseos es difuso.

Graves frunció el ceño.

—Creía que eras inmune al poder de conceder deseos de Imani porque este se hallaba en el sistema de ventilación. Es decir, estuviste inhalándolo toda la noche y no pareció afectarte.

Pero ¿de verdad no lo había hecho? Era cierto que no había sentido que ardiera desde dentro hasta el final. Solo había sentido lujuria. Un deseo puro y simple.

—¿Sabías de antemano que lo administrarían a través del sistema de ventilación?

Graves guardó silencio durante demasiado rato antes de decir:

—Tenía que poner a prueba tu inmunidad, y llevaba encima el antídoto.

Conque Graves había sido consciente del peligro y la había dejado correrlo de todas formas. Le había dicho que era una prueba. La había informado de ello desde el principio, pero eso no hacía que Kierse estuviese menos cabreada. No después de lo que había sucedido en la cámara subterránea.

—Podría haber muerto en esa cámara acorazada.

—Pensé que sería una prueba controlada —le dijo. Entonces, la mirada del hechicero se endureció—. Las cosas se descontrolaron.

—Ningún trabajo sale nunca según el plan.

—No, pero nunca tuve la intención de arriesgar tu salud y seguridad, a diferencia de lo que viví yo cuando puse a prueba mis límites —admitió Graves. Luego frunció el ceño, como si no hubiera esperado llegar a reconocer tal cosa—. No me gusta verte sufrir.

A Kierse se le aceleró el corazón al escuchar esas palabras. Su cerebro le decía que un hombre como aquel no podía querer algo así. Jason nunca había tenido en cuenta su salud o su seguridad. De hecho, había llegado a ponerla en peligro a propósito. Su propio mentor había sido el que le había tendido la trampa.

Aun así, Graves parecía sincero. Y, en ese momento, Kierse lo creyó. Ese hombre no había llegado a pensar que la joven fuese a correr ningún peligro. No había querido verla sufrir. Y, de repente, la última pieza de ese planteamiento encajó en su lugar: Graves se había disgustado cuando la había visto enfermar.

—Estoy bien —le dijo Kierse en voz baja—. Ya me siento mejor. Comeré algo y seguramente pueda volver a entrenar mañana.

Graves relajó los hombros.

—Bien.

—Bueno, ¿hemos conseguido la información que estábamos buscando?

La mirada tempestuosa de Graves era oscura, pero la apartó de ella mientras lanzaba como si nada una de las cartas a las llamas.

Kierse se quedó boquiabierta.

—¿Qué estás haciendo?

Él siguió sin mirarla cuando dijo:

—¿Qué información creías que contenían estas cartas?

—Dijiste que nos ayudarían a conseguir la lanza.

—¿Eso dije? —le preguntó él, lanzando otra carta al fuego.

Kierse se devanó los sesos. ¿De verdad le había dicho eso? Sin duda, era lo que había insinuado.

No, no lo había dicho. Era ella quien lo había dado por sentado, y él no la había contradicho. Kierse había caído directamente en su trampa. Había estado tan dispuesta a demostrar su valía, a superar esa prueba, que ni siquiera se había planteado que Graves hubiera estado ocultándole la verdad para sus propios fines.

—Entonces…, ¿qué contienen esas cartas?

—Son de carácter personal. Llevo ciento cincuenta años queriendo recuperarlas.

Kierse asintió y, de pronto, lo comprendió todo. Una sonrisa peligrosa se dibujó en sus labios.

—Me has utilizado para atacar a tus enemigos.

Ah, qué inteligente había sido. Kierse lo habría odiado si no hubiera valorado lo brillantes que habían sido sus maquinaciones bajo aquella fachada oscura.

—Algo así.

—¿Y si hubiera fracasado?

Esta vez fue él quien sonrió, dejando que esa calma letal se apoderara de él.

—Me aseguraste que no lo harías.

—Claro.

—Así es como se hacen las cosas. No iba a dejar que intentaras robar la lanza antes de saber si podrías llegar hasta ella.

Kierse sintió que había algo de verdad en esa afirmación.

—Bueno, al menos estamos un paso más cerca de la lanza.

Graves permaneció impasible ante el tono sarcástico de la joven. Como si por un momento no fuera capaz de saber si su excusa había funcionado o si Kierse iba a gritarle. Se contemplaron el uno al otro a través de la sala de estar, con la mirada del hechicero estudiándola detenidamente.

—Sí que lo estamos.

—Sin embargo, cuando vayamos a por ella, tal vez debas ponerme al corriente de todas las partes del plan.

—Como tú digas —respondió sin más.

Kierse no lo habría creído si no lo hubiera visto derrumbarse ligeramente ante su mal estado. Graves no había querido que ella cayera enferma. Y tal vez le hubiera ocultado la verdad sobre las cartas, pero ¿eso habría cambiado algo? Al mirarlo ahora mismo, Kierse lo dudaba.

—¿Por qué me has llamado Reyezuelo?

—Ah. —Graves ladeó la cabeza—. Quería que supieran que eras mía.

—¿No bastaba con jugar a ser tu mascota?

—Eso parecía más… evidente.

—¿Por qué?

—¿Has leído el libro que te he dejado?

—¿Este? —Kierse lo había empezado, pero entonces Graves la había distraído con la información sobre el robo.

—Ese —le confirmó.

El libro acabó abierto por la historia que Kierse había estado leyendo: «Los reyes Roble y Acebo».

En el cuento, el verano y el invierno eran dioses que se enfrentaban para reclamar el mundo. El rey Roble era el héroe conquistador, la primavera y el verano, el campeón que traía consigo la luz del sol y la alegría. El rey Acebo era la oscuridad, el elusivo dios invernal. Era temido tanto como alabado. Dos veces al año, durante las noches de los solsticios, los dos reyes se enfrentaban. Si perdía el rey Acebo, el rey Roble daba paso a la primavera. Si perdía el rey Roble, el rey Acebo adelantaba el otoño.

A Kierse le había encantado esa historia, cómo explicaban de un modo fantástico el cambio de estación. Pero lo que no sabía era cómo eso iba a ayudarla a entender a Graves. Él era un hechicero, no un dios del invierno.

Sí, el reyezuelo era un símbolo importante para el rey Acebo, igual que lo era el petirrojo para

el rey Roble. Pero Kierse tan solo llevaba un collar con esa ave. ¿Habría elegido Graves el acebo como símbolo debido a esa historia? ¿La llamaba Reyezuelo porque la había considerado un símbolo de renacimiento? ¿Una musa? Era todo muy enrevesado, con las respuestas ocultas en los cuentos de hadas.

Kierse en ese momento no encontraba las palabras para debatir sobre aquello con él. No tras la abrasión de la magia. No después de que Graves la hubiera engañado a conciencia.

El hechicero sonrió y se metió las manos en los bolsillos.

—Léete todo el libro.

Ambos respiraron el mismo aire durante un tenso momento. Ninguno de los dos estaba dispuesto a retroceder o avanzar.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Ahora que sé cuál es tu postura, podemos empezar. Hoy tendré que ausentarme por asuntos de negocios, para buscar lo último que necesitamos para dar el golpe. Cuando te sientas mejor, deberías entrenar con Edgar. Nos reuniremos cuando obtenga lo que necesito. — Entonces dirigió la mirada hacia las cartas, despachando así a Kierse.

La joven lo taladró con la mirada, pero él no volvió a levantarla.

—¿Eso es todo?

—Tendrás que recobrar tus fuerzas. No podremos hacer nada hasta entonces —le dijo, lanzando como si nada otra carta al fuego.

Kierse asintió y apretó los dientes. Muy bien. Leería el libro. Entrenaría. Y no olvidaría que Graves podía jugársela tan bien como ella podía engañarlo a él.



Kierse entrenó hasta que creyó estar a punto de desplomarse. Entonces entrenó un rato más. Había perdido un día entero a causa de la abrasión de la magia y no podía permitirse perder otro. Sin embargo, para cuando cayó la noche, Graves aún no había regresado.

La joven se acababa de plantear meterse en la cama justo cuando sacó su móvil de prepago y vio que tenía un mensaje de Nate en el que le pedía que se vieran. Ahora que Kierse se sentía lo suficientemente bien como para volver a moverse, tenía que salir de la casa y averiguar cómo estaban sus amigos.

Se puso un atuendo completamente negro, se escabulló de su habitación (poniendo mucha atención en eludir las nuevas cámaras que había instalado Graves) y salió de la casa sin que nadie se enterase.

Se encaminó hacia la entrada del metro que quedaba en la calle Ámsterdam, pero cuando le quedaban un par de manzanas para llegar, comenzó a flaquear. No iba a poder llegar muy lejos, y mucho menos adentrarse en el metro en esas condiciones. Entre la abrasión de la magia y el entrenamiento, estaba para el arrastre.

Era un gasto excesivo, pero paró a un taxi para ir hasta Greenwich Village. Pagó al taxista

cuando la dejó en el lugar y salió hacia la fría noche tras soltar un suspiro. Nate había acordado reunirse con ella en la cafetería, pero lo único que Kierse quería era mandarlo todo a la mierda y dirigirse directamente hacia la sede de los Temibles. Echaba mucho de menos a sus amigos. A sus amigos, al ático y a Colette.

Tal vez si aún no hubiera estado recuperándose, habría detectado a los druidas antes de que la acorralaran.

—Hola, Kierse —la saludó Declan con una sonrisa salvaje.

Él y media docena de druidas se materializaron en la oscuridad. En el estado en el que se encontraba la joven, acabarían matándola antes de que pudiera mover un solo músculo.

Kierse sacó a relucir su bravuconería al plantarle cara.

—Declan, ¿qué puedo hacer por ti?

—Es curioso que lo preguntes —le dijo él—. Lorcan quiere hablar contigo.

—En este momento no me viene bien. Tal vez podamos concertar una cita. Puedo hacerle un hueco en mi agenda. —Kierse se estaba riendo de él, pero el druida parecía ir muy en serio. Sin embargo, la ladrona no se sentía con fuerzas para lidiar con ello.

—A Lorcan no le gusta que lo hagan esperar.

Kierse puso los ojos en blanco.

—¿Te estás escuchando? Suenas ridículo.

—O bien vienes voluntariamente o bien te llevamos a la fuerza. —Declan cruzó los brazos sobre su musculoso pecho—. Tú verás.

—No puedes tocarme. Sabes que Graves y Lorcan tienen un acuerdo.

—No vamos a quebrantar ninguna parte de ese acuerdo siempre que tú colabores.

—Colaborar nunca ha sido mi estilo.

Declan entornó la mirada.

—Llevamos siguiéndote desde que saliste de su casa. Apenas puedes caminar. Ahora mismo, no tienes nada que hacer contra mí. Y mucho menos contra todos nosotros.

Kierse ignoró su comentario.

—¿Y qué es lo que quiere Lorcan? ¿Por qué no ha venido él mismo hasta aquí si tanto interés tiene en hablar conmigo?

—Ya lo descubrirás cuando lo veas.

—¿Me das tu palabra de que me dejarás marchar cuando haya escuchado lo que me tenga que decir?

—No es mi palabra la que necesitas, sino la de Lorcan. Pero si quieres marcharte después de haber hablado con él, según el acuerdo, no podemos retenerte.

Kierse guardó silencio para hacerles entender que lo estaba deliberando. Recorrió las sombras con la mirada, buscando a algún lobo escondido entre ellas. No quería que los Druidas pensaran que se entregaba con tanta facilidad, pero basándose en las patrullas que había visto rondando por la casa de Graves, había sido consciente de que aquello era una posibilidad.

—Vale, vamos.

A Declan pareció sorprenderle que aceptara. Debía de haber pensado que tendría que insistir más, seguramente dejarla inconsciente para que le hiciera caso. Kierse iba a conocer al infame Lorcan. Algún día tenía que llegar ese momento.

—¿Avanzamos o vamos a quedarnos aquí parados toda la noche?

—¿No vas a intentar nada raro?

—Es increíble lo que puedes conseguir sin apuntar a una persona con un arma.

Declan rompió a reír. Dio un paso hacia delante y le dio una palmadita a Kierse en la espalda. La joven se tambaleó a causa de la fuerza del golpe.

—Mira que eres graciosa. Venga, vamos.

Ella no se sentía con ganas de bromear mientras aceleraba el paso para seguirle el ritmo al druida. Declan la condujo hasta unos todoterrenos, grandes y negros. La joven se subió a uno de ellos detrás de Declan y se alejaron de esas conocidas calles sin decir nada más. A Kierse le sorprendió que no le vendaran los ojos. Sabía que el territorio de los Druidas estaba en Brooklyn, pero no creía que se sintieran cómodos con la idea de que ella fuese a conocer la localización de su sede. Cruzaron el puente de Williamsburg en silencio, y la ladrona contempló cómo la isla iba quedando detrás de ella mientras se adentraban en Brooklyn.

Finalmente, aparcaron frente a un edificio de ladrillo con unos altísimos robles en la acera, cuyas ramas habían perdido sus hojas hacía mucho. AI otro lado de la calle se encontraba una gran construcción con una cúpula blanca, el antiguo edificio de la Caja de Ahorros de Williamsburgh en Broadway. Declan la sacó del coche y Kierse se zafó de su agarre.

—Puedo caminar sola —le espetó.

—Vale. Por aquí.

Él cruzó la entrada de un restaurante en la primera planta con el suelo de azulejos blancos y negros y cabinas de madera. Caminaba por el lugar como si le perteneciera, y acabaron en un pasillo con ascensor. Uno de los subordinados de los Druidas presionó el botón y, cuando se abrieron las puertas, Kierse los siguió adentro. Declan deslizó una tarjeta de acceso por una ranura y eso les permitió pasar a la planta más alta, en la que solo se leía Equinox.

Las puertas se abrieron hacia un restaurante sorprendentemente elegante. Los candelabros de cristal colgaban de los techos altos. Los suelos eran de madera dura, encerados y pulidos hasta la perfección. La luz de las velas titilaba desde un conjunto de mesas circulares esparcidas por la estancia. Unas cortinas largas y de color verde bosque estaban abiertas para poder apreciar una vista única desde las ventanas: todo el perfil de Manhattan iluminado.

Kierse llevaba semanas viviendo con Graves y, aun así, el lujo seguía asombrándola. Allí, oculto en aquel barrio, se hallaba ese magnífico restaurante, el Equinox. La joven frunció el ceño cuando comenzó a recordar algo. Pero antes de poder pensar en ello, apareció un hombre.

Se movía con la elegancia de un bailarín, de forma ligera y sin esfuerzo. Kierse sabía cómo mover los pies de ese modo. Había tenido que aprender a ser sigilosa y le había llevado años conseguirlo. Ese hombre no era delgado ni corpulento. Parecía estar en la treintena y exhibía unos músculos perfectos debajo del elegante traje de tres piezas. No era llamativo ni vistoso, sino… estiloso, elegante y seguro de sí mismo.

Al acercarse más a ella, Kierse comenzó a fijarse en todos los detalles de su persona. Un reloj dorado que resplandecía sobre su muñeca. Una barba castaña oscura bien recortada. Un andar elegante. Los ojos de un azul cerúleo que le recordaron a un día despejado en Central Park. Pero, sobre todo, se fijó en su sonrisa. En el modo en el que se reflejaba en su mirada sin esfuerzo. Como si ese hombre jamás hubiera conocido lo que era el verdadero dolor.

Se detuvo delante de ella.

—Hola, Kierse. Es un placer conocerte. Soy Lorcan Flynn.



Lorean le tendió la mano como un verdadero caballero, y Kierse se quedó mirándola, interrogante. ¿Acaso creía que eran amigos? Tal vez Graves y él hubieran pactado un alto el fuego, pero la joven no iba a olvidar que había estado a punto de matarla a ella y a sus amigos, además de que acababa de secuestrarla. Lorcan dejó caer la mano.

—Muy bien. Nada de estrecharnos la mano. Es un placer conocerte por fin.

—¿Ah, sí? —le preguntó Kierse.

—Así es. Al menos en mi caso. ¿No piensas lo mismo? Kierse se encogió de hombros.

—Está bien ponerle una cara al nombre.

—Te pido disculpas por las circunstancias, pero era imperativo que nos reuniéramos. —Tenía un ligero acento irlandés. No tan marcado como el de Declan, pero lo justo para que pareciera extranjero.

—¿Y eso por qué?

Lorcan se limitó a sonreír y señaló hacia una mesa al fondo sobre la que se encontraba dispuesta una hermosa vajilla plateada. También había una botella de vino ya abierta, con una generosa cantidad de tinto en cada copa, como si fuera sangre en el festín de un vampiro.

—No voy exactamente vestida para cenar. —De hecho, Kierse llevaba puesto un chándal y deportivas. Tenía el pelo recogido en una coleta. Apenas llevaba maquillaje. Ese lugar era un restaurante de lujo, seguramente con estrellas Michelin en el pasado. Allí estaba muy fuera de lugar.

—Ah, por suerte, al propietario no le importará —dijo Lorcan con descaro. Entonces el hombre se dio cuenta de que Kierse lo miraba fijamente—. Creo que… hemos empezado con mal pie.

—¿Eso crees? —le preguntó la joven—. Has intentado matarme.

—Un error de cálculo. Conmigo estás completamente a salvo.

¿Por qué los hombres siempre decían eso? Como si pensaran que las mujeres iban a creerlos.

—Tienes una forma curiosa de demostrarme que estoy a salvo después de haberme secuestrado.

—Era una invitación —la corrigió Lorcan.

—Con guardias armados —le espetó ella—. Una invitación que podrías haberme hecho tú mismo.

—Graves controla prácticamente todo Manhattan. Era mejor que habláramos en Brooklyn, en mi territorio. De esta forma, puedo garantizar que no nos interrumpan. Pero, después de la cena, mi gente te llevará de vuelta, sana y salva, a donde tú elijas. —Lorcan se llevó una mano al corazón—. Te doy mi palabra.

Desde el umbral de la puerta, Kierse abarcó con un gesto todo el restaurante. No quería tener que comer con él, pero sentía curiosidad sobre su persona y los motivos por los que Graves y él se odiaban. Lorcan parecía sincero en lo de dejarla ir cuando hubieran terminado, pese a que a la joven no le entusiasmaban las circunstancias.

—Supongo que tu palabra tendrá cierto valor —aventuró ella, basándose en el acuerdo que ese hombre tenía con Graves. Lorcan asintió—. Conque si la rompes, te mataré.

Él rio, de forma sonora y sin esfuerzo. Era un hombre acostumbrado a reírse. Muy distinto a ella. Muy distinto a Graves.

—No esperaría otra cosa —afirmó.

Kierse asintió.

—Entonces, cenaré contigo, pero no vuelvas a hacerme esto nunca más.

Lorcan asintió con la cabeza una única vez.

—La próxima vez, iré yo mismo hasta ti.

Kierse puso los ojos en blanco, pero lo siguió hasta la mesa. Lorcan retiró la silla para ella y luego tomó asiento enfrente. Fue en ese momento cuando Kierse lo recordó todo.

—Gregory Amberdash frecuenta este lugar.

Lorcan acercó su silla a la mesa.

—Ah, sí, es uno de mis clientes.

—Me había mencionado este sitio de pasada.

—Típico de él. —Lorcan extendió su servilleta—. Adora el cordero, que, además, da la casualidad de que es lo que hay esta noche en el menú.

—Amberdash es un espectro. No come cordero.

—Los espectros pueden ingerir comida para humanos. Solo que no los alimenta —replicó él.

Kierse hizo una mueca. No quería pensar en eso.

—¿Y ha trabajado contigo?

Lorcan le hizo un gesto.

—Él fue quien me dio tu nombre.

—Maravilloso. —Bueno, aquello explicaba esa advertencia tan misteriosa. Una parte de ella debería haber anticipado que Amberdash se la jugaría, pero se conocían desde hacía tanto tiempo que lo sentía una dolor osa traición—. Entonces, ¿por qué yo?

—Buscaba a alguien que pudiera colarse en casa de Graves. Amberdash me ofreció a un par de candidatos sin éxito antes de decantarnos por ti. Si te hace sentir mejor, no parecía dispuesto a renunciar a ti hasta que se quedó sin más opciones.

No la hacía sentirse mejor.

—¿Eso no va contra tu acuerdo con Graves?

—No del todo —admitió Lorcan.

—¿Y por qué ibas a intentar matarme después de que me colara en su casa? ¿No parece eso contrario a tus planes?

—Saliste por la puerta principal. Creí que te habías visto comprometida.

—Pero ¿ahora que sabes que he estado viviendo allí no quieres matarme?

—Sí, sí que estás viviendo allí —dijo él con una amplia sonrisa y sin revelar nada—. ¿Te gusta el *cabernet sauvignon*?

Lorcan agitó el vino en su copa y le dio un sorbo. Le hizo una seña a Kierse para que probara el suyo, pero la joven apenas había comido nada desde la fiesta. No estaba segura de que beber vino fuese buena idea.

En cambio, tomó el agua. Entonces les sirvieron unas frescas ensaladas verdes y una cesta de pan. Lorcan cogió su tenedor.

—Nada de vino entonces —dijo—. Espero que la ensalada sí que te guste.

Kierse clavó el tenedor en su ensalada con entusiasmo, pero no se la comió.

Lorcan soltó un suspiro y dejó su cubierto sobre la mesa.

—Lo que pasa es lo siguiente. —El tono del hombre se suavizó—. Te estoy dando conversación. Quiero conocerte.

Kierse apoyó los codos sobre la mesa, ignorando los buenos modales.

—¿Por qué?

—Me equivoqué contigo. Cuando te vi saliendo por la puerta principal de la casa de Graves creí que te habría reclutado, que estaríais trabajando juntos o que ese Amberdash me había tendido una trampa. No quería que Graves contara con un nuevo peón. Admito que, en ocasiones, soy impulsivo en todo lo relacionado con Graves. Pero tú y yo no somos enemigos.

Kierse quería preguntarle por qué era tan impulsivo con Graves. Tenía muchas preguntas. Cosas que el hechicero solo había mencionado de pasada, como el zorro demasiado inteligente que era. Y allí tenía a Lorcan, dispuesto a proporcionarle información. Pero ¿a qué precio? Debía andarse con ojo. Tal vez Lorcan pareciera un blanco fácil, pero cualquiera que se enfrentara cara a cara con Graves debía ser astuto.

—Si tú lo dices —dijo Kierse, inclinándose sobre la mesa y probando la ensalada.

Su collar quedó colgando sobre el plato. Lorcan profirió un ruidito desde el fondo de la garganta.

—¿Qué ave es esa que llevas en el collar?

Kierse alzó la mirada y estuvo segura de que el hombre ya conocía la respuesta.

—Un reyezuelo.

Lorcan le dedicó una amplia sonrisa con la que le mostró los dientes.

—¿De verdad? Los reyezuelos son unas aves preciosas.

La joven le lanzó una mirada de exasperación.

—¿Ahora vas a contarme eso de que los matan a todos el día después de Navidad?

—Veo que Graves te ha estado instruyendo —dijo con una mirada penetrante—. Los reyezuelos son una señal de que la primavera se acerca. Del fin del invierno. Del cambio de estación y todo eso.

—Y luego, los matan por diversión.

—Bueno, ya no. Ahora tan solo se celebra una fiesta —dijo él, tras lo que le dio otro sorbo a su vino—. Pero seguro que a Graves le ha resultado muy interesante ese collar. Igual que a mí, pajarillo cantor.

Kierse se esforzó por mantener las manos a los costados, aunque lo único que quería hacer era esconder el collar.

—Ahora, come. Parece que lleves semanas sin comer absolutamente nada.

Eso era absurdo, porque, antes de sufrir la resaca infernal por el polvo de los deseos, había estado comiendo mejor que nunca en su vida. Lo atribuía todo a la enfermedad, y decidió comer. Dio un bocado y luego otro, y otro más. ¿Qué les pasaba a esos hombres con la comida? ¿Cómo era posible que lograran que una ensalada estuviese tan buena?

—Es queso de cabra de mi granja familiar y frambuesas frescas.

—¿Cómo has conseguido frambuesas en pleno invierno? —le preguntó Kierse, tomando una tras otra de la ensalada y dándose el gusto. Tanto Graves como él las tenían en su despensa. El dinero lo conseguía todo.

—Todos tenemos nuestros secretos —dijo Lorcan con un brillo en la mirada.

Cuando se acabaron las ensaladas y Kierse se atiborró con el pan más caliente y crujiente que existía, llegó el plato principal. Tal y como le había prometido, se trataba de cordero con una salsa aromática acompañado de puré de patatas con mantequilla.

—Háblame de ti —prosiguió Lorcan—. ¿Qué te gusta hacer para divertirte? ¿Qué aficiones tienes? ¿Qué música te gusta?

Kierse intentó averiguar qué pretendía. La joven había llegado a pensar que sería gruñón y arrogante. Que la trataría con desdén, que intentaría reclutarla y luego querría matarla si eso no funcionaba. O, al menos, que le advertiría de que Graves era un hombre muy malo, que la reprendería apuntándola con un dedo y todo eso. Salvo que… Lorcan no estaba haciendo nada parecido.

—¿Por qué quieres saber cosas sobre mí?

—¿Acaso no puede resultarme interesante una mujer hermosa? —le preguntó.

La joven se inclinó hacia delante y parpadeó.

—¿Crees que soy hermosa?

—Sabes que lo eres. Y también demasiado interesante por haber sobrevivido tanto tiempo en las calles con tus habilidades.

—Eres un encanto —se burló Kierse.

Él volvió a reír. Hacía que todo pareciera tan sencillo.

—Si crees que ahora soy encantador, espera al postre. No arruinaré la sorpresa, pero es mi favorito. —Lorcan le dio otro bocado a su cordero y terminó de masticarlo antes de volver a hablar—. ¿Y bien? ¿Tus intereses?

—Tú primero —dijo ella, dándole un bocado a la carne más suculenta que había probado en su vida.

—Disfruto de los largos paseos por el bosque y por el páramo. Me encanta navegar y pescar en los días despejados y, cuando llueve, acurrucarme bajo un cenador con nada más que mi guitarra. Me gustan los días de festivales, los rituales y los mercadillos agrícolas. Confieso que soy una persona fácil de complacer —declaró, y dejó su tenedor sobre la mesa. La atravesó con esa mirada azul—. ¿Y tú? ¿Eres fácil de complacer?

La pregunta iba con segundas. Sí, quería saber cosas sobre ella, pero también algo más. Quería saber si tenía un precio. Si podría ganársela poniéndole ojitos, con sonrisas amables y una comida deliciosa. Kierse decidió seguirle el juego para ver a dónde la llevaba.

—Me gusta… entrenar —dijo con un encogimiento de hombros.

—Eso es trabajo —le respondió Lorcan, agitando una mano con desdén—. ¿Qué haces para divertirte?

—Para divertirme… —comenzó a decir ella en voz baja—. Debo admitir que no hago gran cosa.

—Seguro que disfrutas de otras cosas que no sean robar y entrenar.

Kierse bajó la mirada e interpretó el papel de víctima inocente.

—Supongo que me gusta el *babka* de una pastelería judía que hay enfrente del Met.

—¿*Babka*? —preguntó él entusiasmado.

La joven esbozó una leve *sonrisa*.

—*Babka* de canela. Es el mejor que he probado nunca.

—Debes darme el nombre de ese establecimiento. Me convertiré en su patrocinador. —Lorcan se inclinó hacia delante—. ¿Qué más?

—Pues me gusta pasar tiempo con mis amigos. —Kierse frunció el ceño, como si acabara de recordar en qué situación se encontraba—. Con esos a los que intentaste matar.

—Repito que estaba equivocado. Siento el malentendido. —Lorcan levantó las manos—. ¿Podrás perdonarme?

«Ni de coña».

—¿Vas a dejarlos en paz?

—Mi único interés eres tú, querida mía.

Eso no era una promesa, y ambos lo sabían.

—Por favor, continúa —la alentó.

—Me gusta el brandi —confesó Kierse—. Lo probé con dieciséis años, y me parece la bebida más apropiada para celebrar un éxito.

—Cuento con una impresionante colección de brandi. Lo tomaremos durante el postre —le aseguró él—. Cuéntame más.

—Bueno, lo que de verdad me gusta es robarle la cartera a gente rica que no se lo espera.

Lorcan resopló.

—Deberías salir más. Si robar carteras a los ricos es tu concepto de diversión, creo que puedo enseñarte lo que es pasarlo bien.

Y aunque ambos estaban interpretando un papel, Kierse lo creyó. Lorcan no tenía por qué comportarse como el villano que ella había imaginado que sería. Ese hombre no lamentaba nada en absoluto. La joven estaba segura de que todo era una treta para conseguir que ella bajara la guardia, pero… Lorcan ni siquiera parecía peligroso. Sí, Kierse sabía que lo era. Había intentado matarla. Estaba enemistado con Graves. Era el líder de una banda y controlaba todo Brooklyn. Todas esas cosas deberían haber supuesto una gigantesca señal de advertencia: «Peligro. ¡Mantener las distancias!». Salvo que Kierse no lo sentía así.

Les retiraron los platos vacíos y el postre resultó ser un impresionante pudín de pan con canela bañado en *bourbon* y vainilla, acompañado del brandi que le había prometido. Kierse solo dio un sorbo antes de decidir que era el mejor brandi que había probado nunca.

—Gracias por esta maravillosa cena. Puedes volver al Equinox cuando quieras. Invita la casa —le dijo Lorcan.

—¿Por qué? ¿Qué es este sitio?

—Es mi restaurante. «Equinox» significa equilibrio, y ese es un concepto importante para mí. Intento aplicarlo a mi vida, a las estaciones, a mi comida. Así que, durante tres días a la semana, abro el restaurante para los pobres que pasan hambre. Cenas calientes gratis para cualquiera que aparezca por aquí. Y durante los siguientes tres días, abro para los ricos y privilegiados de nuestra sociedad. Para esos que quieren gestionar sus negocios y celebrar sus reuniones lejos de las miradas indiscretas de sus iguales. —Lorcan esbozó una sonrisa completamente inocente—. Proporciono un servicio muy solicitado. Todo legal. Equilibrio.

¿Cuántas veces había necesitado Kierse desesperadamente una comida caliente? ¿Cuántas veces había pasado hambre y había estado con el estómago vacío? Demasiadas como para contarlas, pero eso no cambiaba el hecho de que seguramente Lorcan estuviera jugando con ella, que le estuviera diciendo exactamente lo que quería oír. Tal vez hiciera alguna buena obra, pero eso no borraba todo lo demás.

—¿Por qué odias a Graves?

Lorcan elevó las comisuras de los labios.

—¿No te lo ha dicho?

—Quiero escuchar tu versión.

Él lo meditó un segundo mientras se bebía lo que quedaba de brandi en su copa.

—Deberíamos dejarlo para la próxima vez —dijo al fin—. Porque volverás, ¿no?

—No lo sé —respondió Kierse con una ceja enarcada. ¿Qué más podía contarle Lorcan? ¿Cuánta información más podía sacarle?

La sonrisa de Lorcan se hizo más amplia y se le iluminaron los ojos azul cerúleo.

—¿Y si me llamas cuando estés lista? De esa forma no tendré que enviar a Declan.

Lorcan sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su traje y se la pasó por encima de la mesa. Kierse la tomó. En la cartulina gruesa de color blanco roto estaba grabado su nombre y su número de teléfono en una letra brillante y dorada. El único otro detalle decorativo era una pequeña bellota. La joven se la guardó en el bolsillo. Podía serle útil.

—Tal vez lo haga —dijo, y se levantó.

Lorcan también se levantó de pronto, acercándosele como atraído por ella.

—Le diré a Declan que te lleve de vuelta a la ciudad.

—Perfecto. —Kierse alzó de nuevo la mirada hacia él, lista para sopesar la respuesta para lo

que iba a decirle a continuación—: Voy a contarle todo esto a Graves.

Lorcan asintió.

—No esperaba menos. Aunque no afecta a nuestro acuerdo. ¿Dirías que has sufrido algún daño?

—He sido secuestrada —sugirió la joven, sin dar su brazo a torcer. Sus cuerpos estaban muy cerca. Kierse le devolvió la mirada, empleando un juego de manos para robarle el reloj mientras él le contemplaba embelesado el rostro.

—Te estoy dejando marchar. —La sonrisa de Lorcan desapareció durante un momento. Bajó la mirada con un destello genuino en los ojos—. Aunque admito que lo hago a regañadientes.

—Eres un ligón descarado —le dijo Kierse, y dio un paso hacia atrás para acabar con cualquier tensión que Lorcan estuviese intentando crear. La ladrona se metió la mano en el bolsillo. Qué presa más fácil.

—Sin duda, es uno de mis defectos. —Sin embargo, él alargó una mano y la agarró del brazo —. Eso no está bien. —Le hizo girar la palma de la mano hacia arriba y le abrió los dedos para revelar el reloj que le había quitado de la muñeca—. Creo que esto es mío.

Esa era la segunda vez que alguien se había dado cuenta de que le había robado. Primero Graves y ahora Lorcan. O bien Kierse necesitaba mejorar sus habilidades, o bien sus oponentes eran cada vez más aterradores.

—¿Qué me ha delatado? —preguntó Kierse con curiosidad.

—Te lo diré la próxima vez —respondió Lorcan, guiñándole un ojo mientras se volvía a poner el reloj.

Aquella era otra trampa en la que Kierse no tenía ninguna intención de caer. La próxima vez, las cosas sucederían a su manera.

—Me marcho ya.

Parecía que Lorcan no pudiera dejarla ir del todo.

—Vuelve pronto, Kierse.

La joven le dedicó una última mirada que sugería que tal vez eso fuese algo que le gustaría hacer.

—Quizás lo haga.



Declan ni siquiera se molestó en llevarla hasta casa de Graves. La dejó justo donde la había recogido, dedicándole otra carcajada cuando Kierse le hizo un corte de mangas a modo de despedida. La joven tendría que apañárselas para regresar esa noche a casa del hechicero. Tal vez Lorcan le hubiera prometido que la devolvería sana y salva, pero no parecía que a su segundo al mando le importara especialmente lo «a salvo» que eso fuera.

Kierse aguardó hasta que el todoterreno negro desapareció de su vista antes de soltar un suspiro de alivio.

Hasta nunca.

—Menuda nochecita has tenido —dijo Nate a su espalda. Kierse se dio la vuelta para mirar de frente al hombre lobo.

—Ya, ya —masculló la joven.

Los lobos se hallaban ocultos entre las sombras de la calle. Kierse vislumbró a Cara y a Finn acurrucados. Finn tenía el brazo alrededor de la cintura de Cara, y la joven sonreía por algo que él le había dicho. Ronan dirigió la mirada hacia ellos, en un gesto de evidente fastidio, antes de volver a centrarse en la vigilancia.

—Waters. —Ronan chasqueó los dedos en dirección a una mujer de cabello castaño que asintió—. López, Keller. —Luego señaló a un hombre bajito con la piel morena y a una pelirroja con la piel clara y llena de pecas que estaban al otro lado de la calle. Todos se apresuraron a salir de entre las sombras cuando unos humanos se acercaban a su zona de encuentro. Juntos se encargaron sin problema de despejar el lugar. Se movían como si fueran uno en vez de varios lobos.

—Podrías habernos advertido de que sería esta noche —dijo Nate, lo que hizo que Kierse desviara su atención de la manada de lobos.

—Pero si siempre estás muy preparado —bromeó ella.

Kierse se acercó a él y le siguió el paso cuando recorrieron la calle hacia la cafetería abierta veinticuatro horas.

—¿Cómo ha ido la reunión? No creía que fuera a tener lugar esta noche. Parecías bastante maltrecha cuando te recogieron en la calle.

—Bueno, ese no era exactamente el plan, Nate, pero cuando se presenta la oportunidad…

—Quieres decir que iban a secuestrarte de todas formas.

—Sí, y no estaba en condiciones como para negarme. Me alegró saber que era algo que ya habíamos planeado —respondió ella—, aunque sucediera cuando menos lo esperábamos.

Desde que se había mudado con Graves, la joven había detectado en varias ocasiones a la patrulla que vigilaba la casa. Le había sugerido a Nate llamar la atención de Lorcan, aunque, por supuesto, no había esperado que fuera a buscarla justo esa noche. Y ahora había perdido su oportunidad de ver a Gen y Ethan, pero era mejor descubrir cuál era la jugada del líder de los Druidas.

—¿Entonces qué? —le preguntó Nate—, ¿Has tenido éxito?

Kierse le dedicó una sonrisa traviesa.

—Se lo he sacado todo.

Nate resopló.

—Cuánto te había echado de menos.

El lobo abrió la puerta que daba hacia la cafetería desierta y le hizo una seña a su gente. Estos se desplegaron alrededor del perímetro. Nate se acercó a la atribulada camarera mientras Kierse tomaba asiento en su mesa habitual. El hombre lobo entabló una conversación animada en la barra antes de regresar con las bebidas.

Kierse sopló el líquido humeante.

—Tenías razón —admitió la joven.

—¿Ah, sí? —le preguntó él.

—No hay por qué temer a los druidas cuando hay temibles entre las sombras, ¿eh?

Nate la examinó y luego asintió.

—Es cierto. Me alegra tener a mis hombres cubriéndote las espaldas. Aunque me ha incomodado bastante que entraras en su sede.

—Han metido a un zorro en su gallinero. Ellos deberían estar más preocupados que tú.

Nate rompió a reír.

—Ahí me has pillado. Bueno, cuéntamelo todo.

Kierse le resumió a Nate la conversación que había mantenido con Lorcan. Él fue asintiendo a medida que se lo narraba y ponía los ojos en blanco cuando escuchaba todos los intentos de

Lorcan por encandilar a la joven.

—Pues es un capullo arrogante.

Kierse soltó una carcajada.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Al menos yo lo reconozco. Me hubiera gustado que le hubieras sacado más información sobre Graves.

—Acabará proporcionándomela tarde o temprano —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿No has visto lo desesperado que está?

—Parece que le gustes.

—Extrañamente, sí. No estoy segura de hasta qué punto era todo un numerito, pero sí que se las da de ser el héroe de la historia.

—Probablemente piense que lo es.

—Ya —dijo Kierse. Era tan distinto a Graves, quien claramente se consideraba el monstruo de esa historia—, ¿Qué crees que tendrán el uno contra el otro?

Nate suspiró.

—No tengo ni idea. Pero no me fiaría de ninguno de los dos.

—Yo no me fío de nadie.

Nate le dedicó una gran sonrisa.

—Solo de mí, por supuesto. Por eso me lo estás contando todo.

Kierse sacudió la cabeza. Aunque ese había sido su plan desde el principio.

Primera fase: acercarse a los mandamases de la ciudad y conocer sus secretos, objetivos y futuras jugadas. No era ningún misterio que los monstruos no estaban contentos con el Tratado. Los Hombres de Valor solo eran los que más ruido hacían. Kierse no pensaba quedarse al margen en esa batalla. No cuando contaba con aquella nueva ventaja. No cuando esos capullos se habían llevado a Torra. Ahora había pasado a ser algo personal.

Segunda fase: trabajar con Nate y sus Temibles para convertir esa información en un plan de ataque que, llegado el momento, pudieran usar contra los monstruos. Cuando toda esa rabia acumulada acabara estallando, estarían preparados. Y Nate era su mejor opción. Era su aliado, además de aliado de los humanos. Lo prefería a él a cualquier otra alternativa.

Tercera fase: robar la lanza. Asestarles un golpe a sus enemigos, quienes habían matado a Torra, era su objetivo final. Lo más importante era hacer lo que fuera para evitar que tuvieran ventaja.

Y aunque Kierse había planeado todo eso desde el principio, lo que no había esperado era lo de Graves. Lo que fuera que hubiera entre ellos desde su sesión de entrenamiento conjunta y la fiesta de Imani. Graves le había pedido que no divulgara sus secretos, pero Kierse lo conocía ya lo suficiente como para saber que, si descubría que lo había traicionado para trabajar con los Temibles, se pondría hecho una furia.

—Somos aliados —aseveró ella.

—Amigos —la corrigió Nate.

—Vale, amigos —cedió Kierse, como si esa palabra no significara nada para ella. Nate era su amigo, pero todos los participantes en ese juego la hacían sentirse incómoda en cierta medida. Todos tenían poder sobre la joven por si llegaba a ser necesario ejercerlo. Incluso Nate. Sobre todo él. Al fin y al cabo, el lobo era quien más cosas sabía sobre ella.

—Entonces, esperaremos por Lorcan. Si tan segura estás de que volverá a buscarte.

—Lo hará —le aseguró—. No puede evitarlo. Cree que puede jugármela para llegar hasta Graves.

—Igual que se la estás jugando tú a él —dijo Nate antes de soltar una carcajada.

—Es increíble cuánta gente se rinde y deja de buscar la verdad cuando ven una sonrisa bonita. —Kierse le dedicó a Nate esa misma sonrisa y el hombre lobo rio.

—¿Y qué diantres te ha pasado estos últimos días? Has estado desaparecida.

—He estado haciendo mi trabajo.

—Siempre y cuando estés a salvo.

Kierse resopló.

—Llevo sin estar a salvo desde el momento en el que acepté este trabajo.

Nate frunció el ceño como si no le hubiera gustado esa conclusión, pero solo añadió:

—Esta reunión ya se ha alargado demasiado. Tendrás que volver a su casa antes de que se dé cuenta de que te has ido. ¿Hay algo más sobre Graves que necesite saber?

Kierse se movió incómoda. No era que no quisiera pasarle información a Nate y a los Temibles sobre el hechicero. No se fiaba de Graves. El tampoco de ella, se lo había dejado bastante claro desde el principio. Pero Kierse le había dado su palabra de que no divulgaría sus secretos y, por algún motivo desconocido, quería mantener esa promesa. Al menos, de momento.

Cuando la vio vacilar, Nate enarcó una ceja.

—No me digas que te estás ablandando.

Ella puso los ojos en blanco.

—De blanda tengo poco. —Se levantó de la mesa—. Me pondré en contacto contigo cuando tenga más información.

Nate le dedicó una mirada perspicaz, como si tratara de averiguar si Kierse estaba o no jugándosela a él también.

—Estamos en el mismo bando, Kierse.

—Lo sé —respondió ella.

Y por mucho que la ladrona quisiera que eso fuese cierto, al menos esa vez, solo podía contar consigo misma.



La casa estaba sumida en un inquietante silencio cuando Kierse se coló de vuelta a su habitación en el edificio de piedra rojiza. La calidez del lugar le transmitió una plácida sensación de seguridad. Cerró la puerta sin hacer ruido y se encaminó hacia la cama, quitándose la chaqueta por el camino. No sabía qué la había alertado, pero, cuando levantó la mirada, vio a Graves sentado en una silla de su dormitorio.

Kierse soltó un grito ahogado. Se suponía que el hechicero no debería estar aún en casa. Nate la habría avisado.

—Graves —susurró la joven—. ¿Qué haces aquí?

El hombre se levantó despacio. Era una figura amenazante en todos los aspectos. Kierse tembló debido a su imponente presencia cuando se cernió sobre ella.

—Has salido.

—Sí.

—Has eludido las cámaras.

—Creía que las habías puesto para retarme.

Graves dio un paso hacia ella y redujo sin dificultad la distancia entre ambos.

—¿Es que todo te lo tomas como un reto?

La joven levantó la cabeza para mirarlo a esos ojos demasiado intensos.

—¿No es eso lo que hace que la vida sea divertida?

Graves suspiró de forma brusca.

—Estoy seguro de que entenderás por qué ha sido una mala idea.

—No estoy obligada a permanecer aquí confinada —le recordó Kierse de forma frívola.

Todo el cuerpo de Graves se tensó al escuchar su tono, y de repente algo pareció romperse en su interior.

—Sigues convaleciente —gruñó él en voz baja.

Kierse vio reflejada cierta preocupación en su hipnótica mirada y cómo se le acumulaba la tensión en la mandíbula. Por primera vez, la joven fue consciente de que quizás no estuviera disgustado con ella… Quizás solo estaba preocupado por ella.

Algo hizo que a Kierse se le suavizara el gesto. Había llegado a creer que Graves estaba hecho de piedra. Ni siquiera cuando le había salvado la vida lo había visto tan intranquilo.

—Estoy bien —le aseguró.

—No deberías haberte ido hasta que estuvieras completamente recuperada.

—Tienes razón —admitió. Se le relajaron el cuerpo y la voz al mismo tiempo—. No debería haber salido. Los Druidas me siguieron. Me llevaron al Equinox con Lorcan. Cenamos allí.

—¿Qué? —le preguntó Graves con absoluta incredulidad—. ¿Esta noche?

—Sí, acabo de regresar.

—Eso quebranta expresamente los términos de nuestro acuerdo. —Graves parecía un dragón listo para desplegar sus alas y escupir fuego—. Lorcan pagará por esto.

Kierse le cortó el paso.

—Estoy sana y salva, como puedes comprobar. Simplemente hemos estado hablando.

—No conoces a Lorcan tanto como yo. No hace nada sin un motivo oculto. Y si te ha llevado hasta el Equinox, entonces ha violado las reglas. ¿Debo dar por sentado que te ha reclutado? —preguntó, quedándose muy quieto mientras esperaba la respuesta de Kierse.

—Algo así. —La joven levantó la mirada a través de sus pestañas, sintiendo la vulnerabilidad del momento—. Le he dicho que iba a ponerte al corriente de lo que había hecho. Creo que espera que reacciones de algún modo.

—¿Estás sugiriendo que estoy haciendo exactamente lo que él quiere?

Kierse levantó las manos.

—No tengo ni idea. Solo sé que no se me ocurre ningún otro motivo por el que me secuestraría y luego me soltaría, si no fuera para provocarte.

Graves apretó la mandíbula mucho más, como si comenzara a ver la razón en las palabras de Kierse.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, en realidad —mintió ella. Lorcan le había dado bastante información que procesar, pero no era realmente lo que Graves le estaba preguntando—. Solo quería saber más sobre mí. Creo que me estaba poniendo a prueba más que intentando divulgar nada.

—¿No te ha hablado sobre nuestra relación?

La ladrona negó con la cabeza.

—No. No sé qué sucede entre vosotros dos. No quiso contármelo, y tampoco espero que tú lo

hagas —declaró tras soltar un suspiro.

Los ojos grises de Graves se apagaron. En ese momento, parecía que estaba dividido entre dos mundos. Como si se encontrara en la desembocadura de un cañón, preguntándose si podría saltar al otro lado, pero siendo capaz únicamente de ver el abismo. Al final, muy despacio, le devolvió la mirada a la joven. Kierse podía ver sombras en esos iris oscuros. Sombras del pasado de Graves y de lo que fuera que hubiera sucedido entonces.

—Hace muchos años, antes de que nacieras, Lorcan y yo éramos… algo así como familia —dijo, dirigiendo la vista hacia la ventana cerrada, como si no fuera capaz de pronunciar esas palabras si la miraba a la cara. Kierse contuvo el aliento. No podía creer que Graves fuera a contarle algo, aunque fuera lo mínimo, y temía que acabara asustándose como un gato en un callejón si recordaba que la joven seguía allí—. Éramos un dúo peculiar. Pero, durante un tiempo, él fue la otra cara de mi moneda, mi hermano en todos los aspectos menos en nombre. Cuando se produjo la tragedia, se rompió todo lo que había entre nosotros. Y él me culpó a mí.

Graves guardó silencio durante un momento, y Kierse pensó que tal vez su historia había terminado allí.

—Quizás no se equivocaba al echarme la culpa —prosiguió al fin—. Pero no había forma de compensarlo. Nunca la habrá. Y por ese motivo somos enemigos desde entonces.

El dolor en su voz le llegó a Kierse al corazón. No quería sentir lástima por él, pero no podía evitarlo. Le había contado la historia de una forma tan breve y cargada de dolor que era evidente que, sin importar el tiempo que pasara, aquello siempre le dolería. Sin importar cuál hubiera sido la tragedia y, aunque Lorcan hubiera pasado a convertirse en un enemigo en busca de venganza, esos inicios, cuando aquel hombre había sido la familia que él había elegido, siempre prevalecerían. Nadie podía causar más daño a una persona que su propia familia.

—Graves —susurró Kierse.

Entonces el hechicero pareció volver en sí, casi sorprendido, como si no hubiera pretendido contarle tanto.

—Vamos a la biblioteca. He encontrado lo que estaba buscando.

Kierse quería volver a ese momento de vulnerabilidad, pero ya había quedado atrás. Así que se limitó a asentir y lo siguió mientras abandonaba su dormitorio y se encaminaba hacia la Biblioteca de Acebo. Ana se encontraba hecha un ovillo sobre un cojín en el sofá. Kierse tomó asiento frente a ella y la pequeña bestia se levantó ofendida antes de dirigirse hasta otro sitio vacío.

—Qué carácter —le dijo Kierse a la gata.

La joven hojeó el libro que había sobre la mesa, distraída, mientras Graves se servía una copa. Rechazó la que le ofreció a ella. Y, aunque estaba intentando concentrarse en la lectura que tenía delante, no podía dejar de pensar en Ana Bolena. La gata, por supuesto.

A Graves no parecía pegarle tener una gata. Al fin y al cabo, los gatos elegían a sus amos, y no al revés.

Kierse había conocido a muchos gatos callejeros que le habían cogido cariño y muchos otros que la habían detestado nada más verla. Se había hecho amiga de algunos y les había dado de comer cuando podía, mientras que Gen había intentado colar a uno en el ático sin que Colette se diese cuenta.

Entonces, ¿por qué Ana había escogido precisamente a Graves? ¿De entre todos los

monstruos que había?

El hechicero se sentó al lado de Kierse, sacándola de sus pensamientos.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó ella. No se había dado cuenta de que Graves había estado cargando con un libro todo ese tiempo. Uno verde y pequeño que le entregó a la joven. Kierse lo aceptó y se fijó en la portada, que contaba con tres espirales conectadas a un pequeño triángulo en primer plano.

—Creo que este te gustará. ¿Te has terminado el otro?

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido?

Kierse se pasó el pulgar por el labio inferior mientras meditaba.

—Me gusta la historia de las batallas entre los reyes Roble y Acebo.

—Cómo no.

—¿Cuál se supone que es su significado?

El rostro de Graves parecía una máscara.

—Ya podría haberte gustado la historia de las altas sacerdotisas y sus artes curativas.

Kierse también había leído esa. Arrugó la nariz.

—Por favor, vírgenes que viven en una isla apartadas de los hombres para ayudarlos a controlar el clima por el bien de sus navíos. No, gracias.

Graves se encogió de hombros.

—Era una época distinta. Dime qué fue lo que te gustó de los reyes Roble y Acebo.

Kierse se mordió el labio y se preguntó qué conclusión querría Graves que sacase de esa historia. No podía negar que ciertas cosas se asemejaban a la realidad, aunque no fuera capaz de saber exactamente en qué medida.

—Pues me gusta la idea de que dos veces al año se produzca una batalla para saber si prevalecerá el invierno o el verano. El rey Roble siempre está intentando traer de nuevo la luz, y el rey Acebo siempre intenta traer la oscuridad. Es armonía. ¿Te imaginas qué pasaría si eso no funcionara? ¿Si el rey Roble perdiera en el solsticio de invierno y acabáramos con oscuridad e invierno para toda la eternidad? O, al menos, hasta que volvieran a enfrentarse.

—Has empezado hablando de armonía para terminar con caos —dijo Graves, entretenido—. No hay nada que pueda describirte mejor a ti.

—He vivido gran parte de mi vida sumida en el caos. No sabría ni qué hacer con la armonía. ¿Por qué te gusta a ti esta historia?

Graves tamborileó con los dedos sobre el brazo del sillón.

—Trata sobre la vida. Sobre algo real.

Kierse fue consciente de que la estaba mirando.

—Solo es mitología.

—Eso dicen algunos. Otros dicen que es tan cierta como cualquier otra religión. Solo se convierte en mitología después de que deje de repetirse.

—Es una forma de verlo. —El libro estaba tan desgastado como el otro que le había dejado. Graves debía haber disfrutado mucho de él, dado que contaba con una biblioteca enorme y, aun así, había leído repetidas veces el mismo libro.

—¿Acaso no vivimos cada año el cambio de estación?

—Sí, pero tiene una explicación científica. El planeta se mueve alrededor del sol —dijo

Kierse, para acabar guardando silencio.

—Y, a pesar de todo, tenemos monstruos y magia —replicó Graves— que la ciencia no logra comprender aún.

—Es cierto. —Kierse bajó la mirada hacia el librito verde durante un segundo, haciéndose preguntas sobre la conexión de Graves con el acebo y el cariño que le tenía a esa historia—. El acebo es tu símbolo. Está en tu biblioteca y aparece en todos tus escudos. ¿Lo utilizas en honor a este relato?

Él desenfocó la mirada.

—El acebo es un símbolo de la vida eterna porque permanece verde durante el invierno, y *sus* bayas son venenosas. Me siento identificado con eso.

Graves se levantó y recogió unos papeles. Los esparció por la mesa, dejando a la vista varios planos apilados peligrosamente unos encima de otros, la esquina de lo que parecía otra invitación y dibujos de varias… ¿piezas electrónicas?

—¿Qué es todo esto?

—Esto es en lo que he estado trabajando. En cuanto conseguí a una rompescudos, puse en marcha todas las jugadas que me guardaba bajo la manga.

Kierse asintió en señal de aprobación. Ese era el tipo de trabajo que ella hacía sola o con ayuda de Ethan. Estaba bien que, por una vez, otra persona fuese lo bastante competente como para reunir muchas de las piezas que ella necesitaba en un mismo lugar.

—Cuéntamelo todo.

—¿Has escuchado hablar del vampiro rey Luis?

—Me suena ese nombre —admitió Kierse—. ¿Es el líder del mundo subterráneo o algo así?

—Así es —le confirmó Graves—. Es un apodo en honor al rey Luis XIV de Francia, el Rey Sol, que fue el monarca francés que más tiempo reinó. El vampiro rey Luis fue desterrado tras la implantación del Tratado de los Monstruos y, desde entonces, se ha proclamado el verdadero rey de los bajos fondos. Es el líder de los Hombres de Valor. No se corta a la hora de expresar su desagrado ante lo que considera una represión de los monstruos y cree que él debería gobernar este mundo. De hecho, fue el detractor más notable del Tratado de los Monstruos. Pero a un hombre… Es decir, a un vampiro como ese no lo va a detener un simple tratado.

—Y tiene la lanza en su poder —terminó Kierse.

—Sí. Creo que estaba en manos de su predecesor. Cuando este fue asesinado, un informante me comunicó que se la había transferido al rey Luis.

—Entonces, ¿no la has visto tú mismo?

—No —admitió Graves—. No desde que perdí acceso a los bajos fondos.

Entonces le acercó a Kierse unos dibujos hechos a mano. Mostraban la puerta de una cámara acorazada con un sistema de seguridad. La ladrona entornó la mirada para intentar ver si tenían algo que le sirviera como punto de partida.

—Aquí es donde guarda la lanza. Los escudos serán fáciles de eludir, pero tendrás que entrar en la cámara sin hacer saltar las alarmas.

—No hay problema. Creo que puedo forzar algo así. Sería muy útil conocer el fabricante o el modelo. Cualquier cosa que me ayude a forzarla más rápido.

—Veré qué puedo averiguar. Pero, mientras tanto —dijo Graves, entregándole una fotografía —, este es el rey Luis.

La imagen se veía granulada. Ese hombre era voluminoso y grande, aunque parecía sano. Tenía el cabello espeso y oscuro, y con las manos color alabastro agarraba un bastón. Parecía que quisiera adquirir un aspecto refinado, pero que no lo hubiera conseguido del todo. A pesar de la mala calidad de la fotografía, se discernía su mirada salvaje. Y tenía la boca algo retorcida, lo que parecía transmitir que la vida había sido cruel con él y que por eso pretendía devolverle el golpe con creces.

—Parece que algo no encaje en él. —Kierse supo enseguida que dejar que ese monstruo en particular liderara a cualquiera era una mala idea.

—Así es. Hay muchas cosas que no encajan en él —dijo Graves con solemnidad.

—Pero él no es el motivo de que no hayas podido obtener la lanza. Solo es un vampiro. Los vampiros no pueden crear escudos, ¿no? Entonces, ¿cuál es el problema?

Graves tomó su carpeta y le pasó otra imagen. Cuando la joven la cogió, las manos de ambos se rozaron. Ese mínimo contacto hizo que un fuego interno le subiera a Kierse por el brazo. La joven se estremeció ligeramente e intentó disimularlo al cambiar de postura y observar la fotografía con detenimiento.

En ella aparecía un joven desgarbado con unas gafas grandes de montura negra. Su piel era ligeramente morena, tenía una mata de pelo rizado y castaño y una expresión demasiado ansiosa.

—El problema es él —declaró Graves.

Kierse parecía escéptica.

—¿Este tipo?

—Es Walter Rodríguez. Un hechicero menor que está causando muchos problemas.

—Espera, creía que tú eras el único hechicero en la ciudad.

—Nunca he dicho nada parecido. Simplemente somos territoriales. Solo permito vivir dentro de mi zona de dominio a hechiceros inferiores, siempre y cuando sepan cuál es su lugar.

—¿«Inferiores»?

—Si hay tres niveles de hechiceros: menor, aprendiz y maestro.

—¿Y tú eres…? —Graves la miró fijamente—. Ya, es evidente. —Tenía que ser un maestro hechicero si controlaba quién podía vivir en su territorio. Kierse se aclaró la garganta—. ¿Y cómo es que alguien perteneciente al nivel más bajo está causando tantos problemas?

—Conocí a Walter hace varios años. Le propuse entrenarlo para que fuera mi aprendiz. Trabajamos juntos para perfeccionar sus habilidades. Algunos aprendices acaban convirtiéndose en maestros de su oficio, como Imani. Otros acaban demostrando que todo lo que prometían no era más que la chispa de un fuego que nunca se aviva, como Montrell. La llama de Walter ardía de forma majestuosa.

Kierse asimiló toda esa nueva información. Quería preguntarle qué lugar ocupaba ella en esos niveles, pero no quería desviar la conversación.

—Entonces, ¿por qué ese tipo supone un problema?

—Perfeccionó uno de sus poderes, los campos de fuerza, y se hizo prácticamente intocable. Cualquier hechicero puede crear escudos. Es una habilidad básica.

—¿De verdad? ¿Hasta yo puedo hacerlo?

Graves asintió.

—Sí.

Esa nueva información le generó más preguntas.

—¿Todos los escudos son distintos? ¿El de Walter tendrá un aspecto diferente al tuyo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Graves— inclinándose hacia delante con curiosidad.

—Todos los escudos contienen símbolos. El tuyo es el acebo, ¿y el de Imani es esa ave?

La expresión de Graves fue de asombro.

—Sí, toda magia es única para cada individuo. Y el símbolo de Imani es un sankofa —le explicó—. Es un símbolo de África Occidental que significa «mirar hacia el pasado para construir un futuro mejor».

—¿Y mi símbolo será el reyezuelo?

El hechicero esbozó una sonrisa mordaz y cómplice.

—Supongo que ya lo descubriremos.

Kierse estaba deseándolo.

—Pero volviendo al tema de Walter —prosiguió Graves—. Los escudos se refuerzan cuando les insuflas tu poder. Por ese motivo, los míos son más fuertes que los de Imani, y los de ella más fuertes que los de Walter. Salvo que él ha descubierto un modo de introducir sus campos de fuerza en los escudos, igual que Imani puede introducir sus deseos en ese polvo. Y yo no puedo romper los escudos de Walter.

—Escudos inquebrantables —dijo Kierse—. No me extraña que me necesites.

—Sí, necesito a una rompescudos.

—¿Cómo aprendió Walter a crear esos escudos?

Graves se encogió de hombros.

—Sigo sin saberlo. Yo no se lo enseñé. Debe haberlo averiguado por su cuenta. Cuando lo conocí, era una especie de genio de las matemáticas y experto en tecnología. Creía que podía programar su magia como si fuera un ordenador.

—Muy inteligente. —De pronto, Kierse supo hacia dónde llevaba todo eso—. Encontró un modo de hacerse valioso, y era trabajando con el rey Luis.

—Protegiendo la Tercera Planta y, por tanto, la lanza.

—Tiene sentido.

—Este es el plan que he concebido: te colarás en la fiesta del solsticio de invierno de los Hombres de Valor con esta invitación. Te escabullirás de la celebración, entrarás en la cámara acorazada, cogerás la lanza y huirás de allí. Si las cosas se tuercen, pondrás en práctica lo que has aprendido en el entrenamiento. Podrás abrirte camino luchando con la lanza.

—Parece bastante sencillo.

—Y podrían salir mal miles de cosas distintas. —Graves volvió a fijar la mirada en los papeles sobre la mesa—. Nos queda poco más de una semana para conseguir el resto de las cosas que necesitamos para hacer esto.

Una semana. Joder.

—No queda mucho. ¿Qué más necesitamos?

Graves sacó una pequeña libreta del bolsillo de su traje y comenzó a leer una lista.

—El método más fácil para que atravieses el sistema de seguridad y los escudos y accedas a la Tercera Planta: la invitación que te hará entrar en la propia fiesta. La información sobre la cámara para que puedas forzarla. Un vestido de gala en condiciones. Y una vía de escape.

—Mi parte favorita —canturreó Kierse.

—Sí, la vía de escape será lo más complicado de conseguir. No he dado con ninguna forma de

entrar o salir de la Tercera Planta sin pasar por el puesto de control. No será lo ideal una vez que lleves contigo la lanza.

—Bueno, entonces comencemos con la mejor parte de todo esto: la misión de reconocimiento —dijo Kierse con una sonrisa—. ¿Cuándo empezamos?

La joven no se había percatado de lo mucho que se había acercado a Graves a medida que había ido aumentando su entusiasmo. Tenía el hombro pegado al de él. El calor de Graves se fundía con el suyo. Kierse lo miró a los ojos, preguntándose si el hechicero estaría a punto de romper la tensión y de reconocer lo que fuera que estuviera pasando allí. El estómago le dio un vuelco y supo que era a causa del deseo.

Él abrió la boca como si fuera a decir algo sobre lo que había sucedido la otra noche. Sin embargo, en ese mismo momento, se escuchó un golpeteo en el piso de abajo.

Kierse siguió a Graves mientras abandonaba la biblioteca y bajaba las escaleras hacia el vestíbulo justo cuando Edgar abría la puerta principal.

Se escuchó una atronadora voz británica.

—Edgar, viejo amigo, ¡mírate!

Graves se quedó sin aliento, como si hubiera estado esperando lo peor.

Una figura se adentró en la casa.

—Ahí estás, Graves. ¿En qué diantres te has metido en esta ocasión?

Graves rompió a reír al ver a ese hombre.

—Hola, Kingston.

Conque ese era el infame Kingston.



Graves le sacaba media cabeza a Kingston. El hombre tenía papada y una barriga que sobresalía por debajo de su chaleco. Parecía un caballero salido del siglo XIX con su traje negro y largo, con corbata, un sombrero de copa y un bastón. Se quitó el sombrero y se lo colocó bajo el brazo.

A continuación, le estrechó la mano a Graves con gran entusiasmo.

—¿Has venido desde Inglaterra solo para reprenderme? —le preguntó el hechicero.

Kingston rio entre dientes.

—No tendría que haberlo hecho si hubieras tenido la consideración de venir a casa.

—¿Cuándo he tenido yo consideración? —preguntó Graves en tono cortante.

—Es verdad, tienes razón. En todo el tiempo que te conozco, no la has tenido nunca. —Entonces, Kingston miró por detrás de Graves, donde se encontraba Kierse, incómoda y apartada. El hombre señaló en su dirección con su bastón. Al parecer, lo utilizaba por una cuestión estética, en lugar de para caminar—, ¿Es ella?

—¿Ella? —preguntó Graves. Dirigió su mirada hacia la joven—. Ah, Kingston, permíteme que te presente a mi aprendiza, la señorita McKenna.

Kingston enarcó las cejas con contundencia.

—¿Otra más?

—Me ayuda a pasar el tiempo —respondió Graves sin más—. Este es mi mentor, Kingston Darby.

Graves le hizo una seña a Kierse para que se acercara, pero la joven seguía temblando tras haber escuchado aquella palabra. «Aprendiza». ¿Era la aprendiza de Graves? Convenientemente, él había omitido esa parte cuando habían estado hablando sobre los distintos niveles de hechiceros. ¿Significaba eso que Kierse estaba en el nivel de aprendiz y que Graves iba a entrenarla para que acabara convertida en una hechicera?

La joven se acercó a Kingston con una mano extendida.

—Un placer conocerlo. Puede llamarme Kierse.

Kingston le tomó la mano, pero, en lugar de estrechársela, se inclinó de forma dramática a la altura de la cintura y le besó los nudillos.

—El placer es mío, querida.

La ladrona le dedicó a Graves una mirada de consternación. ¿Ese hombre siempre era tan extravagante? En cambio, preguntó:

—¿Mentor?

Kingston se enderezó y pareció ofendido.

—¿Qué le has estado enseñando a esta chica, si no sabe que fui yo quien te tomó como aprendiz y que te crie para que fueras lo que eres hoy?

Kierse intentó no sonreír, pero fracasó.

—Me cuesta imaginarme a Graves de aprendiz.

—Eso dices ahora, pero él también fue un mindundi que se metía en líos allá a donde fuera.

—La cosa no ha cambiado mucho, entonces —comentó Kierse.

Graves se metió las manos en los bolsillos y dejó que su mentor y su aprendiza se burlaran de él sin hacer ningún comentario.

Por su parte, Kingston rompió a reír y apoyó una mano en el hombro de Kierse.

—Tienes razón. Tienes razón. A ver, ¿dónde tienes tu reserva de *bourbon*, Graves? He recorrido una gran distancia. Y sí tengo que estar en este traicionero país, por lo menos beberé de lo bueno.

—Edgar te mostrará el camino —dijo Graves sacudiendo la cabeza mientras Kingston seguía al mayordomo hacia la Biblioteca de A cebo.

Kierse se colocó a la altura del hechicero y contempló al recién llegado.

—¿Aprendiza?

—¿Acaso no lo eres? —le preguntó él.

—¿Lo soy? No he aprendido ni una pizca de magia.

Graves se enderezó todo lo alto que era. Su mirada fue casi dulce cuando la posó sobre ella. La luz cambiaba de tonalidad su cabello negro azulado. Kierse deseaba poder apartárselo de esos ojos oscuros, pero se obligó a sí misma a esperar su respuesta.

—¿Seguro que no has aprendido nada?

—¿Tanto te cuesta responder a una pregunta con algo que no sea otra pregunta?

En los labios de Graves se dibujó una sonrisa.

—¿Y a ti?

Kierse ladeó la cabeza.

—*Touché.*

—Te advierto que el talento de Kingston es la persuasión, al igual que el de Imani es el de conceder deseos y el de Walter, los campos de fuerza. Será interesante ver si eres inmune a su magia y en qué medida su habilidad se basa más en su fuerte personalidad.

—¿Y cuál es el tuyo?

Graves dejó su mirada suspendida sobre ella.

—El conocimiento.

Le había dicho que su negocio se basaba en eso, no que fuera su talento. Pero ¿acaso no tenía sentido, teniendo en cuenta cuál era su trabajo y el modo en el que había conseguido toda la información para su plan sin que Kierse hubiera tenido que mover ni un dedo?

—Eso explica lo de la biblioteca —declaró ella al fin.

Algo cruzó la mirada de Graves; algo oscuro y voraz. Era una mirada que la joven había visto justo antes de que le comiera la boca en la fiesta del Catos. Kierse entreabrió los labios, con una ráfaga de anticipación subiéndole por la garganta.

—Bueno, ¿venís o no? —preguntó Kingston desde lo alto de las escaleras.

Kierse se sobresaltó y se apartó del lado de Graves. Aunque él no parecía en absoluto azorado. Simplemente se encaminó hacia donde estaba Kingston sin decir nada.

A la joven le latía el corazón a toda prisa mientras los seguía. Necesitaba una copa de inmediato.

En cuanto la ladrona entró en la estancia, Edgar se marchó con una carpeta en la mano que contenía toda la información sobre su misión. La mesa se había quedado vacía. Era posible que el mentor de Graves no estuviera al corriente de que iban a robar la lanza. Interesante.

Kingston ya se había acomodado en uno de los sillones de terciopelo, y apartaba una enredadera de acebo del asiento. Sacó de su bolsillo una pipa y le añadió tabaco. Graves se había acercado al bar. Kierse los observó dubitativa antes de tomar asiento con las piernas debajo de ella en el sofá que casi le había ocasionado una contusión durante su primera noche allí. Contempló cómo Kingston sacaba un paquete de cerillas de otro de sus bolsillos. Aspiró de la pipa un par de veces y luego asintió, satisfecho.

—Bueno, Kierse —comenzó a decir, examinándola más de cerca—. Graves siempre es muy reticente a la hora de dar información. Ni siquiera sabía que tenía una nueva aprendiz. ¿Qué habilidad has manifestado? ¿Cómo recargas tus reservas?

—Pues… —empezó a decir ella, pero luego le dirigió una mirada a Graves para ver si iba a interrumpir la conversación, si no quería que dijera nada. Sin embargo, no pareció importarle. Tal vez sí que confiara en ese hombre—. Cuento con inmunidad.

Kingston levantó un dedo hacia el techo.

—¡Ajá! No me extraña entonces que te quiera para él solito.

—No se trata de eso —dijo Graves, acercándose con una copa para Kingston.

—Gracias, caballero —respondió el hombre.

Graves le pasó otra copa a Kierse, quien le dio un buen y agradable sorbo. El hechicero regresó al bar para recuperar su propia bebida y luego se sentó en el otro extremo del sofá, con un tobillo apoyado sobre la rodilla contraria. Casi parecía sentirse cómodo. Ninguna de sus aristas parecía visible a pesar de la parpadeante luz tenue.

—Inmunidad —musitó Kingston—, Eso es muy excepcional. Aunque algo pasivo. Tal vez no tengas que recargarte.

—No, sí que tiene que hacerlo —aseveró Graves.

Kierse giró la cabeza hacia él. No le había contado nada de eso.

—¿De qué estás hablando?

—De verdad, Graves, ¿quieres que me encargue yo de la formación de esta chica? —preguntó Kingston con una amplia sonrisa. Al ver que Graves no añadía nada más, su mentor pasó a concentrarse en Kierse—. Todos los hechiceros cuentan con, al menos, una habilidad principal. En tu caso es la inmunidad. En el mío, la persuasión. Pero también cuento con una habilidad menor: los portales. De hecho, así es como he llegado hasta aquí. Atravesé la puerta de mi casa y llegué directamente a la de Graves.

Kierse no pudo evitarlo. Se quedó boquiabierta.

—¿Tiene… la habilidad de desplazarse de una ciudad a otra dando solo un paso?

—Así es. Un poder muy práctico. Pero es mi habilidad menor. Ese tipo de poderes requieren más energía para usarlos adecuadamente. Pero toda magia tiene un precio. Te sentirás mucho más débil después de haber usado tus habilidades, y luego tendrás que recargarlas. Lo primero en tu entrenamiento debe ser descubrir tus restricciones, tus límites y tus debilidades. De ese modo, nadie podrá pillarte desprevenida.

Kierse miró a Graves totalmente sorprendida. Había estado… entrenándola todo ese tiempo. Casi había conseguido que la mataran al recuperar esas cartas, pero la joven se daba cuenta ahora de que todo había formado parte de su plan de entrenamiento.

—Podrías habérmelo dicho —siseó ella.

—Ya te había avisado de que era una prueba.

—Ah, ¿ha estado a punto de hacer que te maten? —preguntó Kingston, tras lo que profirió una risa estruendosa mientras chupaba su pipa—. Una técnica clásica para poner a prueba las debilidades.

—¿Usted también estuvo a punto de matarlo a él? —soltó Kierse.

Kingston inclinó su copa hacia Graves.

—Desde luego.

Kierse sacudió la cabeza. Qué personas más absurdas.

—Al mismo tiempo que llevas a cabo ese entrenamiento, deberías averiguar cómo regenerar tus habilidades. Dormir y comer suele ayudar —prosiguió el caballero, dándose unas palmaditas en la barriga—, Pero así tardarás mucho más en recargarte en condiciones.

—Entonces, ¿cómo lo hago?

Graves soltó un suspiro.

—Para cada persona es distinto. A veces tiene que ver con tu pasado. Con algo que hicieras cuando eras niña y que te aportara paz, o con algo que tenga un cierto significado en tu vida adulta. —Graves se quedó con la mirada perdida—. Para Kingston, es el arte. Contempla, analiza, critica y hace arte, y entonces sus poderes se restauran. Tiene una ligera obsesión con los museos.

—Ahora que lo dices, deberíamos hacer una reserva para mañana —comentó el aludido.

—¿Y tú? —le preguntó Kierse.

—Yo leo —respondió Graves sin añadir nada más.

Ah. Bueno, eso explicaba por qué siempre estaba leyendo. Regeneraba sus poderes constantemente.

—¿Y yo?

—Sigo intentando averiguarlo —admitió Graves—. Tardaste en recuperarte más de lo que me hubiera gustado tras lo del polvo de los deseos porque no sabía cómo recargabas tu energía antes de colarnos en la fiesta de Imani y Montrell.

—Chapucero —añadió Kingston.

Ahora todas las piezas comenzaban a encajar. El motivo por el que Kierse había tardado tanto tiempo en recuperarse del efecto del polvo de los deseos era que antes tenía que recargarse.

—Hablando de Imani y Montrell —dijo Kingston en tono sombrío, agitando el hielo que quedaba en el fondo de su copa vacía. Entonces Kierse se percató de que ella también se había terminado la suya.

Graves tomó la botella del bar y la llevó hasta la mesa para volver a llenarles las copas a todos.

—¿Es necesario que hablemos de ellos?

—Son ellos los que me han puesto al corriente de tu pequeño proyecto. Aunque… a ellos no les habías contado que ella es tu nueva aprendiza. De hecho, les dijiste que se llamaba de otro modo. ¿Reyezuelo? —Kingston puso gesto cómplice—. A Montrell casi le da un ataque.

—Ese no es mi problema.

—¿Es un reyezuelo? —El caballero volvió a dirigir su mirada hacia Kierse—. ¿Lo eres?

La ladrona se llevó la mano al collar que tenía alrededor de la garganta.

—La última vez que me miré en el espejo no era un pájaro.

Kingston rompió a reír.

Pero a Kierse no le pareció gracioso. Graves la había llamado Reyezuelo y todos habían reaccionado. Sin embargo, ella no se había percatado entonces de que aquello tenía un significado más profundo. ¿Acaso no era el primer reyezuelo que había trabajado para Graves? Por un segundo, comenzó a sentirse decepcionada, pero enseguida desechó esa sensación.

—Solo era un nombre. Lo empleé para llamar la atención de ambos, y funcionó —respondió Graves de forma brusca.

—Sin duda. Y evitó que le prestaran demasiada atención a la magia de la joven.

—¿Acaso tenía que informarlos? —preguntó Graves, rozando la cólera. No era de los que recibían órdenes, y no iba a dejar que le dijeran cómo tenía que dirigir su imperio.

Kingston se limitó a darle otro sorbo al *bourbon* y a reírse.

—Desde luego que no, pero hay que mantener un equilibrio, ya lo sabes.

—Sí, y eran ellos los que lo estaban rompiendo. Yo lo puse todo en orden de nuevo al recuperar lo que me habían arrebatado.

—Buscarán venganza —dijo Kingston.

La voz de Graves pasó a ser sombría.

—Que lo intenten.

—Eres más poderoso que ellos dos. Maldita sea, hijo, eres más poderoso que cualquier hechicero que haya conocido, salvo yo. Pero no eres invencible.

—Soy muy consciente de ello —dijo Graves sin más.

—En fin, he venido hasta aquí a petición de Imani y Montrell. Ya te he hecho mi advertencia. Oficialmente, ya te he metido en vereda —comentó Kingston con una carcajada,

como si supiera que eso era imposible.

—¿Te han contado lo de su pequeña operación? —preguntó Graves en un tono tan bajo y despreocupado que Kierse dio por sentado que esa pregunta era toda una bomba de relojería.

—Por supuesto. Claro —contestó Kingston, agitando la mano con desdén—. Estoy al tanto de su nueva versión del polvo de los deseos. La verdad es que es muy inteligente.

—Y la está vendiendo.

—En Chicago, Imani es una celebridad.

—¿Y qué pasa fuera de Chicago? —preguntó Graves—. ¿Aquí? ¿Y en Londres?

Kingston se quedó muy quieto.

—Imani no se atrevería.

—No quería que te dijera nada, pero ya que son ellos los que te han mandado aquí para que me reprendas, no veo ningún motivo para seguir guardándoles el secreto.

—¿Qué tiene de malo venderlo en otras partes? —preguntó Kierse.

—Cuanto más alejada está de su creador, más volátil es la magia. Y la magia volátil amenaza a todos los que la poseemos —aseveró Kingston con furia—. Ahora eres una de nosotros, Kierse, así que escúchame bien. Tu prioridad en la vida es mantener oculta tu magia. No somos como los otros monstruos. Revelar que existe un mundo de magia solo puede acabar condenando nuestra forma de vida.

Todos guardaron silencio durante un momento mientras asimilaban esa respuesta. Había un motivo por el que el lema era «monstruos, no magia». La magia era peligrosa en sí misma. Kierse lo había comprobado nada más acceder a ese extraño mundo.

—Tal vez deberías recordarle eso a Imani —declaró Graves.

—Créeme que lo haré —masculló Kingston. Luego, volvió a inclinar su copa hacia su pupilo —. Ya está bien de hablar de negocios. Cuéntame todo lo que ha sucedido desde la última vez que nos vimos. Ha pasado mucho tiempo y tengo intención de acabarme esta botella.

Graves, visiblemente relajado, cambió de tema.

Kierse se reclinó contra el sofá. Tal vez que Kingston estuviera allí era algo bueno. A la joven no le importaba quedarse toda la noche sentada en la biblioteca mientras ese hombre hacía que Graves le revelara más de sus muchos secretos.



Tal vez Kierse tomara varias copas de más. Se despertó de golpe mientras la cubrían con una manta, sin recordar haberse quedado dormida en el sofá. Graves seguía sentado, terminándose lo que quedaba de la botella de *bourbon*. Kingston ya se había marchado. La joven rozaba el muslo de Graves con la cabeza. El pelo de la manta y el cuerpo del hombre le aportaban calor.

—No pretendía despertarte —dijo Graves, que seguía con la vista fija al frente.

—No pasa nada. Debería irme a mi cama si no quiero levantarme con un dolor de cuello horrible.

—Bien visto.

Kierse se sentó y estiró el cuello. Entonces, miró al hechicero. Tan sombrío, tan enfadado. Tan como ella. Era cierto que reaccionaban de forma distinta a las circunstancias, pero eran muy parecidos. Y, en ese instante, Kierse sentía cómo Graves estaba dejándola entrar.

—No le has mencionado lo de la lanza —señaló la joven.

—No, no lo he hecho.

—Creía que querrías que tu mentor estuviese involucrado.

—¿A ti te gustaría que tu mentor lo estuviese?

Kierse se encogió ante esa ida. No era agradable pensar en Jason. Él le había enseñado todo lo que sabía. Había sido su mentor y su peor pesadilla. Se alegraba de que hubiera desaparecido y de no tener que volver a verlo.

—No —dijo ella, muy rígida.

—Kingston y yo tenemos una relación *curiosa para ser* hechiceros —prosiguió—. Somos algo así como amigos con territorios separados. No siempre estoy de acuerdo con sus métodos, ni él con los míos. Y sé que esto no le gustaría.

—¿Por qué no? —insistió Kierse.

—Puede que la lanza sea valiosa, pero también es peligroso poseerla. Kingston cree que el esfuerzo no *merece* la pena. Y no descartaría que acabara interviniendo. Le gusta coleccionar cosas tanto como a mí.

Kierse asintió al comprenderlo. No le diría nada a Kingston. No necesitaban añadir otra complicación más a la misión. Pero al menos eso explicaba por qué Edgar lo había retirado todo antes de que Kingston hubiese entrado a la biblioteca.

La joven decidió cambiar de tema.

—¿Has estado entrenándome todo este tiempo?

—Sí. Desde el principio, di por hecho que eras una hechicera. Tendremos que esperar a obtener pruebas, pero me gusta ir por delante. Mis métodos son… únicos.

—Parecen ser exactamente los que te enseñaron.

—Son similares, pero lo que te sucedió no formaba parte de mi plan.

—¿El qué?

—Que cayeras enferma —dijo Graves, recorriéndola con la mirada—. No me ha gustado verte sufrir.

—Me he recuperado.

—Sí, pero no tan rápido como me hubiera gustado. No te viste cuando estuviste inconsciente. —Graves ladeó la cabeza—. Estabas tan… delicada, tan frágil.

Kierse estuvo a punto de reírse.

—Eso no parece típico de mí.

—No, y por eso no me gustó. Estabas herida y no había nada que yo pudiera hacer para ayudarte.

Graves la atravesó con la mirada, dejando que ella echara un vistazo en el fondo de su ser. Era algo que estaba segura de que el hechicero rara vez dejaba ver a alguien.

—Odio no tener el control.

Kierse tragó saliva. Era consciente de eso. Ella era igual. El control era lo que la mantenía con vida. Había sido algo predecible incluso en sus peores facetas. Había crecido con la expectativa de tenerlo siempre. Pero allí, en esa casa, Kierse no tenía el control. Se había hecho un pequeño hueco en el mundo de Graves y aprovechaba cada ocasión en la que pudiera arrebatarle algo de poder, pero ese era todo el control que podía tener sobre el hechicero. Él era el superdepredador.

Una parte de ella se estremeció al pensarlo. Nunca había estado en una relación en la que ella no fuera la parte dominante. Sintió cómo el calor se concentraba en el centro de su ser y cambió las piernas de posición. Aún se sentía mareada por el alcohol. No tenía ni idea de cuánto habría bebido, solo que había sido lo suficiente como para soltarle la lengua y el cuerpo.

La conclusión era sencilla: deseaba a Graves.

¿Por qué no iba a poder acostarse con él?

Kierse retiró la manta de su regazo y se levantó. Graves posó la mirada en ella con un gesto cuidadosamente neutral.

—¿Te vas a la cama?

—Aún no. —Kierse le quitó la copa de la mano. Todavía quedaba un dedo en ella, y la joven se lo bebió como si fuera un chupito.

El hechicero siguió con la mirada cómo le bajaba por la garganta esa valentía líquida. El ambiente volvió a caldearse cuando se reencontraron sus miradas y Graves se recostó contra el sofá, extendiendo los brazos a los lados y apartando su libro.

—Iba a beberme eso.

Kierse dejó la copa en la mesa de centro y tomó la botella de *bourbon*. Agitó lo poco que quedaba en el fondo.

—Hay justo para una más.

Graves alargó la mano hacia la botella, pero Kierse sonrió y bebió directamente de ella, saboreando ese último trago en la boca. El hechicero gruñó desde el fondo de la garganta. Fue un sonido salvaje. Algo poco habitual en él. Tal vez también estuviese un poco borracho a causa de esa buena conversación con su mentor, la bebida y ese mínimo respiro que se había tomado de sus frenéticos planes.

—Esa botella saldrá de tus gastos. —Graves volvió a echarse hacia atrás y contempló a Kierse con aquellos ojos grises y calculadores.

—Creo que podré permitírmelo. —Volvió a dejar la botella sobre la mesa—. Aunque no es lo que quiero.

La respuesta de Graves consistió en levantar la cabeza y enarcar las cejas. Debía saber a qué se refería Kierse. Debía sentirlo. ¿Cómo era posible que no lo hiciera? Era un asunto que había pendido sobre ellos desde la noche de la fiesta.

—¿Qué es lo que quieres, Reyezuelo? —respondió él, irradiando deseo al final de cada sílaba.

Esa última palabra le trajo a Kierse el recuerdo de otra conversación. «¿Es un reyezuelo? ¿Lo eres?». No sabía qué significaba eso. Sin embargo, a esas alturas había investigado lo suficiente como para saber que el acebo y los reyezuelos estaban entrelazados. Uno representaba al otro. El final del invierno. El comienzo de la primavera. Destinados a estar juntos.

Entonces, según esa lógica, Kierse le pertenecía a Graves.

La joven se puso a horcajadas sobre la esbelta figura de él y se sentó en su regazo. Le rodeó el cuello con las manos. Graves estaba ardiendo. Estaba tan caliente como el fuego, pero no era la misma sensación que cuando el polvo de los deseos la había hecho arder a ella. La abrasaba tal y como ella quería que lo hiciese. Por la forma en la que fruncía la boca, por la tormenta que se formaba detrás de sus ojos y por cómo ladeaba la cabeza, Kierse sabía que estaba intrigado.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que deberíamos haber hecho la noche en la que me besaste.

Entonces acercó su boca a la de él. La boca de Graves, caliente y perfecta, sabía a cada uno de los pecados capitales. Sus labios eran exquisitos, suaves y lisos, a diferencia de las partes más ásperas de su personalidad. Sabía a *bourbon* y canela. Era una combinación tan potente que hizo que a Kierse le diese vueltas la cabeza. La joven sabía que su magia no funcionaba con ella, que

era inmune a ese hombre. Sin embargo, por un momento, también pudo saborear su magia con la lengua. Se estremeció ante el contacto, deseando que la devorase por completo.

Graves se apartó con brusquedad y rompió el beso profiriendo un ruido de descontento.

—No puedo darte lo que necesitas.

—Ah, yo creo que sí —respondió ella con coquetería.

—Lo que te mereces —se corrigió.

Kierse resopló.

—Eso no significa nada.

Graves le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Pequeño reyezuelo, soy un monstruo. Un monstruo con traje, pero con garras igualmente.

—No me importa —dijo ella—. Eso es justo lo que quiero.

—No quieres…

—No me digas lo que quiero. Eso te lo diré yo. Y te quiero a ti. —Agarró la corbata de su traje y lo arrastró hasta acercarlo a ella. Sus bocas se encontraban a un suspiro de distancia cuando la joven le ordenó—: Deja salir al monstruo.

Graves gimió. Se había estado conteniendo durante mucho tiempo, había estado reprimiendo cada parte de su ser que lo convertía en quien era. Por eso, al escuchar esa frase, estalló.

Sus labios volvieron a juntarse, hambrientos y rebosantes de deseo. No se parecía en nada al beso que habían compartido durante la fiesta y, aun así, de algún modo, sí que era exactamente igual. Tal vez Graves, igual que Kierse, no hubiera estado fingiendo entonces. Aquella noche había sido todo un descubrimiento, y allí estaban ahora, terminando lo que habían empezado.

Graves llevó las manos al trasero de Kierse. La otra noche en casa de Imani no había podido quitarle las manos del culo durante toda la fiesta. Y ahora estaba disfrutándolo. La agarró con fuerza, la suficiente como para dejarle un moratón. Joder, cómo le gustaba eso a Kierse. Tanto que no pudo contener el gemido que se le escapó de entre los labios. Había pasado mucho tiempo desde que se había sentido así. Hacía mucho que no estaba tan cómoda como para dejarse llevar y disfrutar solo del momento. Nunca habría imaginado que sería con Graves, pero, joder, qué bien se sentía.

Aquello era lo que ella le había pedido, lo que quería. Sexo. Simple y llanamente. Nada de tediosas emociones ni complicaciones. Esa era la parte fácil, y Kierse lo quería todo. Lo quería a él al completo.

—Reyezuelo —gruñó Graves mientras le recorría la barbilla con los labios.

—Sí —jadeó ella.

Graves la besó en ese punto justo del cuello en el que sintió su pulso, latiendo con furia. Era ahí donde la había tocado la primera vez, cuando Kierse había llegado a pensar que tal vez fuera un vampiro que quería drenarla. Entonces se había planteado permitírselo. Y ahora estaba en sus manos. Estaba dispuesta, muy dispuesta a hacer lo que él le pidiera.

Al mismo tiempo que llegaba con la lengua a su clavícula, le metió las manos por debajo de la camiseta. Esas manos enguantadas no bastaban. Kierse quería sentir su tacto desnudo sobre ella. A pesar de todo, el calor que Graves emanaba era lo suficientemente ardiente como para quemarla. ¿Acaso Kierse tenía posibilidades de sobrevivir a sentir sus manos sin guantes sobre ella?

La joven movió las caderas contra él con una urgencia que apenas pudo disimular. Y no

quería hacerlo. Ya no.

—Joder —gruñó Graves.

Entonces la levantó y la tiró de espaldas contra el sofá, adoptando una posición dominante. Kierse abrió mucho los ojos ante ese cambio tan brusco. Debería haber sentido miedo por tenerlo encima de ella de ese modo, pero ¿cuándo no había tenido Graves el control? Lo había tenido en todo momento. E incluso tras esa leve liberación, ese sensual «joder» que había salido de entre sus labios, era un afrodisíaco más potente que cualquier polvo de los deseos.

El hechicero se pegó a ella y Kierse puso los ojos en blanco al sentir su miembro duro y largo contra el fino tejido de sus pantalones. La joven arqueó la espalda, amoldándose a su ritmo. El cuerpo se le tensó y aflojó al mismo tiempo. Le rodeó la cadera con las piernas y lo único que quiso entonces fue que él le arrancara la ropa. Que la hiciera jirones con sus manos y que la hiciese suya allí mismo.

—Graves —jadeó. Su nombre era una súplica en sus labios.

Él se liberó de ella y dejó caer la cabeza hacia el dobladillo de la camisa de Kierse. Apartó el tejido y la besó por el borde de los pantalones. La joven se retorció mientras él la torturaba con sus labios y su lengua sobre la piel desnuda. A Kierse jamás se le habría ocurrido que fuera así como iba a torturarla.

—Por favor. —A la joven se le escapó la súplica antes de poder refrenarse.

Entonces vio un destello de sus dientes blancos que volvió a abrasarla por dentro. Ah, a Graves le había gustado eso. Que le suplicara desesperada. No era algo que Kierse hubiera hecho antes, pero si él no la poseía en ese mismo momento, era capaz de suplicárselo.

El hechicero agarró la camisa de la joven, tiró de ella hacia arriba y se la quitó. Después, enterró la cabeza entre sus pechos. Kierse no llevaba sujetador y le daba las gracias al universo por no llevar ninguna otra prenda encima. Graves le tiró del pezón con la boca, mordisqueándoselo con los dientes y masajeándoselo con la lengua. Ella se retorció bajo su peso, tirándole del cabello negro azulado. Quería que siguiera, y tal vez que bajara un poco más y lo hiciera todo a la vez. Cuando Graves le pellizcó el pezón, la joven sintió cómo la atravesaba una punzada de dolor, caliente y anhelante. A continuación, le pasó la lengua por el otro pezón, tomándose su tiempo igual que había hecho con el primero. Daba igual cuánto arqueara Kierse la espalda, cómo lo agarrara o cómo intentara acercarlo más a ella, nada de eso evitaba que Graves siguiera seduciendo de forma metódica a su cuerpo.

La poca ropa interior que llevaba puesta la joven acabó empapada.

—No puedo… —murmuró Kierse de forma incoherente.

Él sonrió con picardía.

—¿Cómo?

Entonces introdujo un dedo por debajo de la goma de sus pantalones y Kierse estuvo a punto de explotar. Vio un destello de luz. El batir de unas alas. El principio de la primavera. Y su mundo se vio reducido a ese dedo que le acariciaba el clítoris en círculos antes de acabar desapareciendo.

Graves respondió al jadeo de Kierse con una sonrisa de satisfacción. Después, comenzó a bajar más y más y más. Empezó a besarle el estómago y alrededor del ombligo. La agarró de las piernas y se las colocó alrededor de sus hombros. Kierse no tuvo tiempo ni de tensarse antes de que Graves enterrara la cabeza entre sus piernas. Incluso con los malditos pantalones

interponiéndose entre ambos, la joven sintió cómo su cuerpo se entregaba al deseo.

—Hueles tan bien —gruñó él—. Ahora comprobemos a qué sabes.

Kierse asintió. Sí, por fin, joder.

Graves le bajó los pantalones y la ropa interior por las caderas, y lo lanzó todo por detrás de su hombro. Luego, con un ágil movimiento, volvió a colocarse sobre el cuerpo anhelante de la joven.

—Qué coño tan bonito —dijo, con su aliento caliente sobre ella.

—Graves —respondió Kierse, retorciéndose e intentando acercarlo más.

Entonces, Graves sacó la lengua y le recorrió con ella la zona más sensible.

—¿Es esto lo que quieres?

—Joder —jadeó ella.

—¿Y tus modales? —bromeó Graves.

Kierse tenía ganas de matarlo.

—Por favor —susurró.

—Puedes hacerlo mejor, Reyezuelo.

—Graves —dijo ella con un gemido ahogado—. Fóllame con la boca, los labios, la lengua. Te necesito… —Entonces él le frotó el clítoris con la nariz y Kierse se quedó sin respiración—. Si no me follas, moriré.

—Bueno, eso no podemos permitirlo.

Tras eso, bajó aún más y llevó sus labios hacia su vagina. Le pasó la lengua desde abajo hasta subir a la zona donde se concentraban todos los nervios, y Kierse creyó que iba a entrar en combustión. Todo el calor que había sentido durante la fiesta no era nada en comparación con ese momento.

La ladrona se encontraba en el precipicio, lista para saltar por la cornisa. Por eso, cuando Graves le abrió bien las piernas para tener mejor acceso y le recorrió todo el clítoris con la lengua, a Kierse comenzó a temblarle el cuerpo sin control. El hechicero lamió su centro, saboreando su calor y su deseo. Cuando llegó con la boca al punto clave, Kierse vio las estrellas.

—Dios, sí —gimió la joven.

Agarraba a Graves con fuerza del pelo negro azulado, sintiendo sus mechones sedosos mientras él se introducía en ella con la lengua. Había merecido la pena que se lo suplicara porque ese hombre sí que sabía cómo utilizar la lengua. De lo único que se arrepentía Kierse era de que no se hubiera quitado aquellos malditos guantes. La joven deseaba desesperadamente conocer la sensación que le producirían esos dedos en contacto directo con su piel.

—Guantes —murmuró de forma incoherente.

No obstante, Graves ni siquiera se separó de ella para responderle. Como para demostrar que no necesitaba usar las manos para llevarla al orgasmo. Y joder, tenía razón. No dejaba de presionarle el clítoris con la lengua, dándole en el punto justo para llevarla por completo e inevitablemente al límite. Kierse le agarró la cabeza para que no la levantara, palpitando contra sus labios y soltando un grito. Le daba igual quién pudiera escucharla. En ese momento no le importaba.

Su cuerpo se desplomó contra el sofá. Entonces se encontró con sus hipnóticos ojos grises justo cuando emergió de entre sus piernas. Kierse podía ver la forma de su polla, dura y larga, prieta contra los pantalones de su traje. La mirada de Graves era voraz, y ella estaba deseando

poder complacerlo.

—No he terminado contigo.

—Menos mal, joder.

Graves la levantó a horcajadas y la llevó hacia las estanterías. Las enredaderas de acebo se extendían por toda la superficie, con las bayas rojas visibles sobre las ramas con espinas. Los libros ocupaban los estantes, que parecían kilométricos. Graves giró a Kierse y le golpeó la espalda contra la estantería. A la joven se le clavaron las espinas, y las bayas acabaron aplastadas bajo el peso de su columna. Toda la estantería tembló detrás de ella.

Kierse intentó agarrar a Graves, juntar sus labios y poder saborear su propia excitación en la lengua de él. Hostia puta, qué caliente estaba.

Intentó llegar a los pantalones de su traje, sin querer romper el beso, pero lo necesitaba menos vestido. Logró quitarle el cinturón y soltarle el botón de los pantalones para luego bajarle la cremallera. Cuando le resbalaron a Graves por la cadera, Kierse introdujo una mano y le acarició la polla con los dedos.

Un sonido gutural abandonó los labios de Graves mientras ella le envolvía el miembro con la mano. Apenas podía cerrar los dedos a su alrededor. Se apartó lo justo de él para poder apreciar su tamaño erecto. Al verlo, le tembló todo el cuerpo a causa del deseo. Mientras seguía acariciándoselo, abrió mucho los ojos en señal de apreciación.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Graves.

Kierse se humedeció los labios y le devolvió la mirada.

—Me gustaría más tenerlo dentro.

Por toda respuesta, él la agarró de los muslos y se los colocó alrededor de las piernas. Kierse levantó los brazos y enredó las muñecas entre el acebo, agarrándose bien a la planta para conseguir apoyo. Las enredaderas se le clavaban en la piel, pero no le importaba en absoluto, porque, de una sola embestida, Graves se introdujo en ella.

Kierse dejó caer la cabeza hacia atrás y se agarró con más fuerza a la enredadera. Había estado imaginándose ese momento desde que habían bailado juntos esa primera vez, y no la había decepcionado. Graves hizo que se extendiera todo lo posible, con el cuerpo de ella envolviéndole el miembro. La levantó en el aire como si no pesara nada, con las manos sobre su trasero. Y a Kierse le dio igual, no quiso pensar en la magia que probablemente hacía eso posible o en ninguna otra cosa que pudiera complicar aquello. Solo pensaba en él, en todo su ser. Entonces Graves comenzó a moverse. Salía de su interior con delicadeza y la volvía a embestir con fiereza. Kierse no podía hablar, no le quedaban más súplicas, solo la satisfacción de cada momento. Y ahí fue cuando se preguntó si tal vez Graves no era una bestia ni un monstruo, sino un dios. Un puto dios.

Graves la empujó contra la estantería, tal y como ella quería. Se dejó llevar. El hechicero que había tenido un control absoluto había desaparecido. El hombre, la bestia, el dios estaba allí. Y no mostraba ninguna piedad.

Sus embestidas eran tan implacables como el sol ardiente. Lo único que Kierse podía y quería hacer era dejar que el sol brillara en todo su esplendor. Tal vez ella misma acabara quemándose, pero merecía la pena.

Había estado con otras personas, pero ninguna, ni una sola de ellas, podía compararse con él. Ni aunque pasara otra vida entera rodeada de amantes.

El corazón le latía desbocado a medida que el clímax iba adquiriendo profundidad e intensidad en su interior.

—Ya casi estoy.

—A la vez —le ordenó Graves, y Kierse no pudo contradecirlo.

No era magia lo que la hizo contenerse. Era él. Era una orden que no necesitaba de magia para ser poderosa. Kierse se contuvo y aguantó mientras él seguía introduciéndose en su interior. Entonces, llegó un momento en el que no pudo seguir aguantando. Abrió la boca para decírselo, pero lo único que salió por ella fue un grito al correrse alrededor de su polla.

Graves la siguió de inmediato, rugiendo mientras se vaciaba en su interior. Le agarró el culo con fuerza y ella pudo sentir cada vena, latido y flexión dentro de su cuerpo. Se estremeció cuando él la embistió un par de veces más, llevándola todavía más lejos, antes de terminar del todo.

Los gritos de la joven se transformaron en gimoteos y jadeos mientras bajaba. Liberó las manos de las enredaderas, que se las habían dejado doloridas y amoratadas, y se desplomó contra los hombros de Graves. Dejó la cabeza apoyada contra su pecho. Sus latidos se acompasaron mientras sus pechos subían y bajaban a causa del agotamiento. Graves salió despacio de su interior y la dejó con delicadeza en el suelo. Kierse se tambaleó, ya que sentía las piernas como si fueran gelatina, y el hechicero le rodeó la cintura con el brazo.

—He… —susurró ella, dedicándole una mirada seductora.

El beso con el que él le respondió la dejó sin aliento. Era como si Graves también necesitara otro beso más después de todo aquello. Cuando se separaron el uno del otro, Kierse se quedó contemplándolo, perpleja.

¿Qué le había hecho ese hombre? ¿Había provocado que, a partir de ese momento, el sexo con cualquier otra persona no mereciera la pena?

Un destello en el fondo de su mente le decía que eso no le importaba.

No le importaba en absoluto.



Kingston le dedicó a Kierse una sonrisa de lo más alegre y resplandeciente cuando la joven bajó a desayunar a la mañana siguiente. ¿Y ese brillo en su mirada? ¿Acaso sabía qué había sucedido?

Isolde tarareaba para sí misma por encima del chisporroteo de la parrilla. Graves no estaba a la vista.

Rara vez se despertaba Kierse en la misma casa que la persona con la que se había acostado la noche anterior, y mucho menos solía desayunar con ella. Pero allí estaba…, todavía en casa de Graves. Aguardando y preguntándose si él cambiaría su actitud hacia ella después de lo que había ocurrido entre ambos.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —le preguntó Kingston. Kierse se sobresaltó mientras tomaba asiento frente a él en la barra de desayuno. ¿Sabía que Graves y ella se habían enrollado? La joven comenzó a servirse tortitas y beicon para mantener las manos ocupadas.

—Mmm, sí.

—Excelente. Graves siempre ha sido poco convencional, pero sabe hacer su trabajo.

Kierse estuvo a punto de ahogarse con el primer bocado de tortita.

—Pues sí.

—Menuda estrategia de poder la de no informarte de que habías comenzado con tu formación —le dijo el hombre con una risotada—. Isolde, querida, más café.

Isolde se aproximó. Tenía las mejillas sonrojadas cuando se acercó a Kingston.

—Por supuesto, señor Kingston. ¿Está disfrutando de su desayuno?

—La mejor comida que hay en este lado del charco, querida mía.

Isolde enrojeció aún más y bajó la barbilla mientras se apresuraba a alejarse.

—Deberías centrar tus esfuerzos en averiguar cómo recargar tus poderes una vez que te hayas drenado —le dijo Kingston a Kierse con un guiño—. Una vez que descubras cómo hacerlo, estarás mucho más segura.

—¿Cómo lo averiguó usted?

Kingston le dio otro sorbo a su café y permaneció contemplativo.

—Mi padre era artista. Pero, ante todo, era un caballero, por supuesto. Con título nobiliario y todo eso.

Kierse enarcó una ceja.

—¿Título nobiliario?

—Bah, fue un conde de cierta relevancia durante la guerra de los Cien Años. —Entonces se percató de la expresión perpleja de la joven—. Fue una guerra muy importante entre Gran Bretaña y Francia que tuvo lugar en el siglo XIV.

Kierse no debería haberle dado un sorbo a su zumo justo cuando Kingston le dijo esto. Lo escupió y el jugo le resbaló por la barbilla. Se lo limpió con una servilleta.

—¿Cuántos años tiene?

Kingston se limitó a reírse.

—Soy viejo.

La ladrona abrió mucho los ojos.

—Volviendo al tema en cuestión: mi padre era un conde, pero su verdadera pasión eran las artes. Algo poco habitual en esa época, pero pintaba, esculpía, y se propuso dejar un legado que trascendiera a la guerra. Yo formé parte de ese legado. Me crio para que acabara ocupando su lugar; es decir, que estuve a su lado mientras él pintaba, cabalgaba e iba a la batalla. —Kingston le dio otro sorbo a su café—. El arte siempre me ha revitalizado. Por eso no es ninguna sorpresa que también me ayude con mi magia.

—No pone ningún reparo a la hora de hablar de sus poderes.

—¿A diferencia de Graves, quieres decir? Me crie de una forma muy distinta a él. No me avergüenzo de mis habilidades. Tengo la conciencia tranquila. —Se dio un golpecito en la cabeza —. Gran parte de lo que hacemos es una actividad mental. Y aunque he visto cómo han ahorcado a muchos hechiceros y quemado a muchas brujas en el pasado, a mí nunca vinieron a buscarme. Graves no tuvo tanta suerte.

Kingston se quedó sorprendentemente callado después de eso. Meditativo.

Kierse se terminó su desayuno. Pensar en lo que el hombre le había dicho no hacía más que recordarle a Graves. En otra época, la joven también había presenciado cosas terribles y había sido sometida a ellas. Sabía la humillación que se sentía y cómo podía llegar a destrozar a una persona.

Un momento después, Graves entró en la cocina, recién duchado y con un elegante traje

negro con guantes a juego.

—Buenos días.

Kierse levantó la vista del plato. Se encontró con los ojos de Graves, quien le mantuvo la mirada. La joven creyó que acabaría desviando la vista o, de lo contrario, haría que la situación fuese incómoda. No obstante…, no fue así. Graves se limitó a inclinar la cabeza hacia ella, con una pequeña sonrisa en los labios, igual que siempre. La joven soltó un pequeño suspiro de alivio. Se alegraba de que las cosas pudieran seguir como siempre. ¿O no?

Kingston se terminó su plato y se levantó para estrecharle la mano a Graves.

—Sí que son buenos días. ¿Estamos listos para salir?

—Sí —dijo Graves—. Tenemos hecha la reserva.

Kierse echó su plato hacia un lado.

—¿Yo también tengo que ir al museo ese?

—Desde luego —declaró Kingston con entusiasmo—. Tengo mucho que enseñarte.

—¿Acaso estaba deleitándote con sus conocimientos Sobre historia británica?

Kierse asintió.

—Así es.

—Suele hacer eso —dijo Graves, con un gesto de exasperación en el rostro.

—Sigo sintiendo un gran regocijo cuando el sol no se pone nunca sobre el Imperio británico —comentó Kingston.

Graves hizo una mueca de disgusto, como si no pudiera creer que Kingston admitiera eso en voz alta. Kierse comenzaba a darse cuenta de por qué no invitaba más a menudo a su viejo mentor.

La joven frunció el ceño.

—No sé tanto sobre historia como vosotros dos, pero ¿el Imperio británico no era terrible?

Kingston la miró con recelo.

—Depende de a quién se lo preguntes.

Graves entornó la mirada hacia su mentor.

—Sí. Por ejemplo, si se lo preguntas a todos los países colonizados, coincidirían en que era terrible.

—Qué progresista —masculló su mentor.

—Kingston —dijo Graves con gesto irritado—, no es posible que sigas pensando que lo que dices es cierto.

—Los británicos han hecho muchas cosas buenas por el mundo —respondió el aludido con fanfarronería—. Nos portamos muy bien con vosotros.

Graves tensó el rostro. Si en ese momento hubiera estado mirando de esa forma a Kierse, la joven habría echado a correr en dirección contraria. No obstante, Kingston parecía impasible.

—No diría que «bien» es la palabra adecuada.

—Lo que tú digas —replicó Kingston, poniendo fin a la conversación.

Graves y Kierse intercambiaron una mirada con la que interpretaron lo que pensaba cada uno en cuestión de segundos.

—Vámonos antes de que vuelva a empezar con lo mismo —declaró Graves con una inclinación de cabeza.

Kierse los siguió a ambos hasta el ascensor. George tenía la limusina al ralentí y Kingston se

subió a ella. Graves se acercó a la joven antes de que ella pudiera subir al coche.

—Intenta no robar todo el museo.

Kierse resopló.

—Como si fuera a dejarte ver los tesoros que voy a birlar.

Y le agradó ver que Graves encontraba eso divertido.

El trayecto en limusina hasta el Met fue corto. Kingston no dejó de parlotear durante todo el camino y Kierse observó cómo Graves eludía a su mentor con tanta destreza como a ella. Entonces George aparcó frente al museo y les abrió la puerta.

Kierse había estado en el exterior del Met cientos de veces, contemplando la estatua omnipresente de Coraline LeMort. Había comido en su pastelería favorita, que quedaba a la vuelta de la esquina. Le había robado a la gente rica en esos mismos escalones.

Pero jamás se había imaginado que le permitirían cruzar la puerta principal.

En el pasado, todo el mundo había tenido permitida la entrada al museo. Sin embargo, tras la aparición de los monstruos, varios cuadros valiosos habían sido robados durante los saqueos, así que el museo había cerrado sus puertas al público. Ahora solo se podía acceder con reserva y el precio de una entrada era desorbitado. Prácticamente inasequible para la mayoría. Otro club de élite al que Kierse jamás se había imaginado que tendría acceso.

Pasar junto a las altas columnas blancas, con ese vestido y esos tacones, la hacía sentirse una impostora. Lo único de su vida anterior que llevaba encima era el reyezuelo alrededor de su cuello. ¿Sabrían que estaban dejando entrar a una ladrona en su territorio? Sin embargo, Graves y Kingston irradiaban tanta seguridad que nadie miró siquiera en dirección a Kierse mientras les estrechaban las manos y les dedicaban las cortesías de rigor.

Graves parecía no sentir demasiado interés por el museo en general, pero Kingston volvía a la vida solo por estar allí. Al fin y al cabo, esa era su área de especialización. Kierse dirigió la mirada hacia las blancas paredes de mármol y la intrincada entrada que daba paso a una galería tras otra repleta de obras de arte.

—¿No te parece que está mal privar al resto de la población de todo este arte? —reflexionó Kierse en voz alta.

Graves ladeó la cabeza y la analizó con esos ojos grises, aunque estaba claramente sorprendido por su pregunta.

—Los ricos siempre han coleccionado, catalogado y acaparado el arte. Conque no es ninguna sorpresa que lo hagan aquí también.

—Con los ricos todo es igual.

—Cierto —admitió Graves, colocándose a su lado mientras caminaban. Kierse casi podía rozarle el brazo. El estómago le dio un vuelco ante ese breve contacto físico—. Cerraron el museo porque creyeron que así protegerían el arte, pero lo único que hicieron fue limitar el acceso a él. El arte florece en los tiempos oscuros, con el dolor y la angustia. Tengo la sensación de que muchas de las personas a las que no dejan entrar aquí entenderían estos cuadros de un modo en el que los ricos jamás serían capaces.

—Sí —susurró Kierse—. Si siempre te has ido a la cama con el estómago lleno, ¿cómo vas a comprender lo que es pasar hambre?

—Exacto.

La joven se acercó más a él.

—Siento que estamos perdiendo este día con Kingston. ¿No deberíamos estar con la misión de reconocimiento?

Graves la miró a los ojos y luego, brevemente, a los labios. Kierse podía sentir cómo la calidez que desprendía ese hombre se intensificaba.

—A veces uno obtiene información en lugares en los que no la busca —dijo con un halo de misterio.

Ella lo creyó, pero el solsticio de invierno era como una bomba de relojería a punto de estallar en el fondo de su mente. Se estaban quedando sin tiempo.

—A ver, a ver —dijo Kingston, sacudiendo un dedo hacia ellos—. Dejaos de tonterías. Puedo sentir vuestro calentón desde aquí.

Graves se separó de Kierse, llevándose consigo su calidez. Volvió a adoptar un gesto completamente neutral.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Kingston sacudió la cabeza en dirección a ambos y Kierse enrojeció.

—Vamos, primero quiero ver la nueva exposición. Es egipcia.

—¿No has estado ya en Egipto? —le preguntó Graves cuando le dio alcance.

—Por supuesto.

Kierse escuchaba la charla banal entre ambos mientras deambulaban por el museo. Solo llevaba una hora allí dentro cuando se preguntó por qué había deseado tanto poder entrar en ese lugar. Era evidente que se debía a que había estado prohibido para ella. Y las cosas prohibidas solían ser las que más le gustaban.

Pero, por lo demás, era un lugar increíblemente aburrido. Kingston debía de estar beneficiándose de todo ese paseo sin rumbo, pero lo único que Kierse estaba consiguiendo era que le doliesen los pies. ¿Por qué se había puesto irnos zapatos de tacón cuando habría podido llevar unas buenas deportivas?

Reprimió un bostezo mientras abandonaban el ala de Egipto y se encaminaban hacia una exposición plagada de retratos. Necesitaba que le sacaran conversación o no sería capaz de seguir.

—Sé lo que significa esa expresión en tu cara —le dijo Graves.

Kierse se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué expresión?

Graves enarcó una ceja.

—Vas a robarnos a todos.

—¿Quién dice que no lo haya hecho ya?

Kingston rompió a reír.

—Seguramente nos habríamos dado cuenta.

—¿Dónde está su reloj de bolsillo?

Kingston buscó en su chaqueta para sacarlo y mostrárselo. Pero entonces, se quedó inmóvil. No lo tenía allí.

—Madre mía, he debido de perderlo.

Graves alargó una mano hacia Kierse.

—Ya te dije que no robaras nada.

—Creía que te referías a cosas del museo —dijo ella con una risa delicada mientras dejaba el reloj en la mano del hechicero.

No mencionó los billetes que le había sacado antes a Kingston del bolsillo. No iba a echarlos en falta. Kierse tampoco podía hacer mucho con libras británicas en las que aparecía el rostro del monarca actual en ellas. Se apresuró a cambiar de tema para que Kingston no empezara a preguntarse qué más le habría birlado.

—¿Cómo se conocieron Graves y usted?

Graves soltó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Ah, esa historia.

Sin embargo, la sonrisa de Kingston se ensanchó.

—Es una buena historia.

—Si tú lo dices.

—¡Y tanto que lo digo! —exclamó su mentor. Los condujo más allá de los retratos y entraron en una estancia muy extraña plagada de cuadros abstractos. Kierse no comprendía cómo un círculo con una línea sobre un lienzo podía considerarse arte—. Graves acababa de llegar a Londres después de haberse metido en un lío.

—¿Qué clase de lío?

—De esos que no necesitan explicación —declaró Graves, en voz baja y sin pudor.

Kingston inclinó su sombrero hacia él.

—Eso no importa, pero era un asunto desagradable. Llegó con nada más que la ropa que llevaba puesta y la herida de un cuchillo en mitad del abdomen. Era superficial, pero larga. De aquí hasta aquí —dijo Kingston señalándose de un extremo al otro del estómago—. La gente fallecía a causa de heridas como esa constantemente, sobre todo por aquel entonces.

Kierse se preguntó a qué fecha aludiría ese «entonces». Si Kingston procedía del siglo XIV y Graves conocía a Imani desde hacía ciento cincuenta años, quedaba mucho tiempo entremedias. Pero la joven no insistió. Al igual que a ella, a Graves no le gustaba hablar de su pasado. Kierse se percató de que comenzaba a sentirse incómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Encontré a Graves medio muerto en el exterior de una posada. Estaba suplicándole una cena a la posadera mientras se desangraba en la entrada. Yo iba a intervenir, pero entonces él hizo uso de sus poderes. Toda la magia desprende una sensación, un sabor o un sentimiento. Puedes perfeccionar el modo de enmascararla, pero, para alguien bien entrenado, nunca pasa desapercibida del todo.

—¿Y usted lo ayudó? —inquirió Kierse, pese a que lo que de verdad quería preguntar era qué sensación transmitía y qué sabor tenía el poder de Graves. Cada vez que estaba con él solo sentía su calor.

—No —dijo escuetamente Graves, metiéndose las manos enguantadas en los bolsillos—. No me ayudó.

—Por supuesto que no —confirmó Kingston, como si fuera lo más normal del mundo—. Creía que se trataba de un pilludo callejero ya moribundo.

—¿Lo dejó morir?

Kingston resopló.

—¿Te parece a ti que esté muerto?

—Me dejó en manos de la posadera —le explicó Graves.

—Y la muy bendita se apiadó de ti. Te cuidó hasta que te recuperaste e intentó casarte con su

hija.

—Esa fue… una desafortunada consecuencia. Gracias por recordármelo, Kingston.

—De nada. Es un placer. —Su mentor rio—. Bueno, yo no presencié nada de eso, pero cuando regresé a la posada unos meses más tarde, él prácticamente dirigía el lugar. Incluso había conseguido obtener más ingresos y estaba negociando para comprar la taberna de al lado.

—Sí, sí, a todos nos gusta una historia con final feliz —dijo Graves sombríamente.

—Se labró un futuro, y entonces decidí ofrecerle ser mi aprendiz. El muy desgraciado no creyó necesitar mi ayuda.

Graves se encogió de hombros y una sonrisa apareció en su rostro.

—No la necesitaba.

Kingston le dedicó una sonrisa a Kierse.

—Sí que la necesitaba.

La joven no pudo evitar sonreír mientras volvía a birlarle el reloj del bolsillo.



Pasaron horas deambulando por los pasillos y sin encontrarse a nadie. Llegado un momento, Kierse se rindió y se quitó los zapatos para caminar descalza por los suelos pulidos. No era profesional, pero le daba igual. En cuanto Kingston se marchara, tenían que comenzar con la misión de reconocimiento sobre el rey Luis y lidiar con los escudos de Walter, y no podía hacerlo con ampollas en los pies.

—Una galería más —los animó Kingston.

—No aguanto. Iré a sentarme en las escaleras. Seguid vosotros.

—Kingston tiene que darse prisa —le dijo Graves con una mirada mordaz. Casi parecía estar deseando marcharse. Kierse enarcó una ceja. Al parecer, a él tampoco le entusiasmaban los largos paseos por los museos.

Kingston soltó un suspiro.

—Vale, esta será la última. Veré una más y después podremos irnos.

Kierse sintió un gran alivio incluso cuando volvió a ponerse esos horribles zapatos y salió hacia el helador frío invernal.

—¿Te ha aburrido tanto como a mí? —le preguntó a Graves.

—Más bien he encontrado exactamente lo que estaba buscando —respondió él con una sonrisa cómplice.

La joven quería preguntarle a qué se refería, pero el hechicero apartó la mirada.

Kierse se arrebujó más en su chaqueta mientras bajaban los escalones del Met y se detenían delante de la estatua de Coraline LeMort.

Graves se plantó a su lado, con un brazo rozando el de ella. La joven se estremeció, pero no a causa del frío. El hechicero desplazó su mirada hacia Kierse y, sin mediar palabra, se quitó su abrigo y se lo colocó a la ladrona sobre los hombros.

—¿Mejor?

Ella miró en sus ojos como el mercurio y allí solo encontró calidez. Tal vez la noche anterior sí que había cambiado las cosas. Pero, por el modo en el que el estómago le daba un vuelco, no estaba segura de que eso le importara.

—¿La conocías? —le preguntó a Graves, señalando hacia la estatua de la revolucionaria cuya muerte había iniciado la Guerra de los Monstruos.

—Una vez la escuché dar un discurso —le contó él.

—¿Y cómo era?

Graves se encogió de hombros.

—Demasiado joven para entender que lo único que estaba consiguiendo era acabar con una diana en la espalda.

Kierse frunció el ceño al escuchar eso.

—Todos hablan de ella como si hubiera podido cambiar el mundo.

—Lo hizo, pero no a mejor.

Eso sí que era la pura verdad.

—Si no hubiera muerto, ¿el mundo habría acabado en esta situación?

—Supongo que nunca lo sabremos. —Graves señaló hacia su móvil—. Tengo que cogerlo.

Kierse le hizo un gesto con la mano para que fuera a atender la llamada. Se envolvió aún más su chaqueta alrededor del cuerpo y aspiró su aroma masculino mientras se apoyaba contra la base de la estatua de Coraline. No tenía sentido darle vueltas al pasado. De todas formas, no iban a poder cambiarlo. Seguir adelante era lo único que podía evitar que volviera a suceder.

Ahora mismo, solo podía pensar en el hechicero que tenía detrás de ella. Ese que, sorprendentemente, le había dado su abrigo. Intentó reprimir la sonrisa que aparecía en sus labios, pero no lo logró del todo. Giró el cuerpo para ponerse de cara al sol, cerró los ojos y disfrutó de los últimos rayos de luz del día.

—¿Kierse McKenna? —dijo una voz que no reconoció.

Abrió los ojos y se encontró delante de ella a un caballero caucásico, mayor y frágil, que lucía una kipá. Kierse entrecerró los ojos mientras intentaba recordar de qué le sonaba.

—¿Nos conocemos?

El hombre asintió.

—Trabajo en la pastelería que está a la vuelta de la esquina. Solías venir a menudo.

—Ah, sí. —La confusión y una ligera sensación de pánico le recorrieron el cuerpo. ¿Qué hacía ese hombre allí? ¿Cómo había sabido que ella estaría ahí?—. ¿Puedo ayudarlo?

—Esto es para ti —le dijo. Kierse notó que al hombre le temblaban las manos a causa del miedo mientras le pasaba una bolsa de papel pequeña y blanca.

La joven la tomó entre sus manos antes de siquiera poder procesarlo.

—¿Qué es esto?

—Tu favorito. Él… él dijo que era tu favorito —respondió el hombre para luego marcharse a toda prisa.

Kierse frunció el ceño, confundida. ¿Su favorito? ¿Su qué favorito?

Abrió la bolsa y encontró una hogaza entera de *babka* de canela. Se le hizo la boca agua al mismo tiempo que se estremeció.

Se hacía una idea de quién le había enviado el *babka* de su pastelería favorita.

—¿Qué es eso? —le preguntó Graves, que había terminado con su llamada.

—Un hombre acaba de entregármelo —le explicó.

De inmediato, él escrudiñó a la multitud.

—¿Qué hombre? ¿Y cómo sabía que estarías aquí?

—No estoy segura.

Graves frunció el ceño ante su respuesta y sus ojos grises se oscurecieron y nublaron.

—Señálamelo. Tenemos que interrogarlo.

—Lo conocía. Trabaja en la pastelería que solía frecuentar. —Kierse le mostró la hogaza de pan dulce—. Es *babka*.

—Da igual. Eso significa que tenías cierto grado de confianza con él. Tenemos que saber quién está detrás de esto. Tíralo. No sabes quién lo ha enviado.

—Lo cierto es que… creo que sí lo sé. —Kierse tragó saliva—. Lo ha enviado Lorcan.

Graves se quedó tan callado como la noche y tan tenebroso como las sombras. Apretó la mandíbula. Su mirada era dura e inflexible. Guardó silencio durante un tenso segundo antes de añadir:

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque le dije cuál era mi comida favorita.

Graves cerró las manos en puños. Parecía estar listo para arrebatarle el *babka* y tirarlo él mismo a la basura.

—Parece tener un cierto… interés por ti.

—Sí, eso parece.

—No me gusta —dijo él, mirándola a los ojos.

—Probablemente lo haya hecho por eso mismo —respondió Kierse.

Graves se enderezó y examinó el lugar.

—Seguro que sí.

Y, a pesar de todo, seguía pareciendo furioso.

No, no era solo furia. Parecía estar celoso.

Pero no podía ser posible. No en el caso de Graves. Kierse no tenía ni idea de por qué iba él a sentirse así. ¿Formaba aquello parte de su disputa con Lorcan? ¿O tenía algo que ver con ella? ¿Era por lo sucedido la noche anterior?

Kingston bajó los escalones hasta llegar hasta ellos en la base de la estatua.

—Vaya, vaya, eso ha sido vigorizante. —Entonces pareció percatarse de la tensión entre ambos—. ¿Qué sucede?

—Lorcan le ha enviado un regalo a Kierse —soltó Graves.

Kingston suspiró.

—Bueno, le gusta hacerte rabiar. Ya lo conoces. Es como las flores silvestres que solía enviarte.

Graves fulminó a su mentor con la mirada, pero fue relajando poco a poco la tensión de sus hombros. Su rostro volvió a adquirir esa impasibilidad. No había rabia, ni descontento, ni… celos. Se había enfadado, pero… ¿había sido por el hecho de que Lorcan le hubiera enviado eso a Kierse? ¿O por que estuviera haciendo una demostración de poder?

Kierse no tenía ni idea, aunque sentía que ambas cosas eran ciertas.

—Vámonos —declaró Graves, y se encaminó en dirección a la limusina.

Kierse lo siguió, pensando en la furia enmascarada del hechicero. Lorcan lo había hecho para fastidiarlo. Para fastidiarla a ella. A la joven no le gustaba estar en medio de ese jueguecito. Le gustaba jugársela a la gente y que no se la jugaran a ella.

Cuando pasaron junto a una papelera de camino a la limusina, la joven tiró el *babka*. No quería pensar en absoluto si aquello establecía dónde estaba su lealtad. O por qué el estómago le dio un vuelco cuando Graves miró hacia atrás con gesto aprobatorio.

Kierse tomó asiento a su lado en la limusina y Graves acercó la boca hasta su oreja. A la ladrona se le detuvo el corazón debido a la proximidad entre ambos. Los recuerdos de la noche anterior inundaron su mente.

—No me habías dicho que te gustaba el *babka*.

La joven parpadeó.

—No me lo habías preguntado.

Graves asintió.

—Bueno, ahora ya lo sé.

Se apartó de su lado justo cuando Kingston ocupó el otro lado del asiento trasero y dijo alegremente:

—¡Hora de irnos, amigo Georgie!

Regresaron al edificio de piedra rojiza a última hora de la tarde. Kingston se estiró mientras parloteaba y divagaba sobre acertar con el portal a la primera.

—Tal vez debería hacerlo mañana —dijo el caballero—. Solo para estar seguro.

—Con la edad te has vuelto más cauteloso —le replicó Graves con una ceja enarcada.

A Kingston se le ensancharon mucho las fosas nasales.

—Puedo hacerlo perfectamente. Tampoco hay que ser beligerante.

—Claro —le dijo Graves, aunque desplazó la mirada hacia Kierse, quien le respondió con una sonrisa.

Era obvio que el hechicero estaba deseando que Kingston se marchara. Le estaba metiendo prisa para que lo hiciera.

—No dejaré que pase otro año sin vernos —le prometió su mentor. Alargó una mano y Graves se la estrechó.

—Lo creeré cuando lo vea —respondió su pupilo.

Kingston inclinó su sombrero hacia Kierse.

—Buena suerte con tu entrenamiento.

—Gracias —le dijo la joven.

Entonces dibujó una puerta en el aire. Un segundo, estaba en la acera en el exterior de la casa de Graves y, al siguiente, Kierse pudo ver que se encontraba en un continente distinto. El portal

desapareció por completo detrás de él.

—Esa debe ser la habilidad más útil de la historia —jadeó.

Graves se encogió de hombros.

—Es bastante conveniente.

—¿Bastante conveniente?

—Toda la magia tiene un precio. Cada poder es tanto una fortaleza como una debilidad. Yo me he vuelto inmune a las interacciones entre humanos. Tú te volverás inmune a los peligros de la magia. Kingston es inmune a las consecuencias.

—Sin duda estabas listo para librarte de él —le dijo Kierse.

—Suele pasarme —respondió, encogiéndose de hombros hacia el espacio vacío que antes había ocupado Kingston—. Se me ha ocurrido algo sobre Lorcan.

—¿Quieres que me mantenga alejada de él?

—Tal vez podamos aprovecharnos de su interés para descubrir qué sabe sobre ti, sobre la misión, sobre tus amigos.

La sonrisa de Kierse fue letal.

—Me gusta cómo piensas.

—El sentimiento es mutuo —admitió Graves.

Ese era un gran elogio, teniendo en cuenta que procedía de su reservado hechicero.

—Pero tendremos que hablar de ello más tarde. Mientras estábamos en el museo, me ha llamado Emmaline. Ha encontrado algo interesante en tu sangre.

A Kierse se le desbocó el corazón.

—¿De verdad?

—Sí. Y lo último que quería era que Kingston se fijara demasiado en ti.

Eso sorprendió a la joven.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene la costumbre de cargarse primero las cosas que no comprende y hacer las preguntas después.

—Ah —susurró Kierse.

—Pero ahora que nos hemos librado de él, pongámonos en marcha.



Kierse siguió a Graves fuera de la casa. Las calles estaban vacías mientras recorrían la Setenta y cinco hasta la avenida Ámsterdam. En lugar de miedo, la joven comenzó a sentir anticipación. Ese era su momento favorito del día.

—Deberíamos dar paseos a la hora de las brujas más a menudo. —Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta que le había dejado Graves, alegrándose de no habérsela devuelto aún. Él enarcó una ceja.

—¿Paseos a la hora de las brujas? Al menos sé que te estás leyendo los libros que te he asignado.

—Son buenos —admitió Kierse—. Me gustan las historias que narran.

—¿Qué historia te estás leyendo ahora?

La joven se paró a recordar qué era lo último que había leído.

—Los dioses, los Tuatha Dé Danann.

Graves esbozó una sonrisa.

—Se pronuncia «tew-a-dei-dan-en».

—Ah. Bueno, ¿alguna vez has intentado pronunciar una palabra irlandesa en voz alta? Tienen

muchas vocales.

—El gaélico era mi segunda lengua —respondió él con aire de suficiencia.

—Cómo no —dijo ella, poniendo los ojos en blanco de forma exagerada—. En fin, a mí me gusta Morrigan.

Graves la condujo hacia un garaje en la calle.

—Debería habérmelo imaginado.

—¿Qué mujer en el mundo moderno no querría contar con la cantidad de poder que ostentaba Morrigan? Era una gobernante, una diosa de la guerra, y predecía el futuro. Vale que la mayoría de sus predicciones eran sobre desgracias, pero, aun así…

—Pues sí. —Tomaron las escaleras.

—Además, es representada como tres hermanas. Me gusta la idea de que una sola persona también pueda ser un trío. Del mismo modo que Gen, Ethan y yo somos más fuertes juntos.

—Muy bien visto. Tres es un número sagrado para los irlandeses: la vida, la muerte y el renacimiento.

—Mejor todavía.

Bajaron dos pisos y, una vez allí, Graves le dio una palmadita a un elegante coche negro.

—Ya estamos.

—¿Para qué tienes un coche en un garaje en la calle cuando tienes tu propio garaje subterráneo en casa?

—Para emergencias.

Kierse ni siquiera le preguntó al respecto. ¿Para qué molestarse? Era Graves.

El hechicero revolucionó el motor y salieron de allí, dejando atrás el garaje para recorrer las calles vacías de Nueva York. Graves conducía con la misma seguridad que exhibía en el resto de los aspectos de su vida.

—¿Es eso todo lo que sacaste del último libro? —le preguntó Graves mientras se dirigían hacia Queens—. En esas historias aparecían muchas más cosas que los dioses.

—He leído sobre los druidas.

Graves flexionó los dedos contra el volante.

—Ah, ¿sí?

—También cuentan con magia.

—Son los hechiceros de su propio pueblo —respondió Graves con un encogimiento de hombros.

—Pero son verdaderos sacerdotes —añadió Kierse—. Y hay otras historias en las que aparecen como curanderos y profetas.

—Claro —dijo él como si nada—. ¿Y quién contaba esas historias?

—No lo sé, eres tú quien me dio ese libro.

—Pues, como casi siempre —declaró Graves con seriedad—, la historia la cuentan los vencedores.

Kierse sabía que eso era cierto. La historia de la Guerra de los Monstruos no había terminado de escribirse y algunos ya habían olvidado lo feas que habían llegado a ponerse las cosas. No podía imaginarse qué dirían los libros sobre esa guerra dentro de miles de años.

—El resto del libro es bastante denso. Mucha historia. Los nombres, las fechas y cosas similares me sobrepasan.

—¿No hay nada que te llamara la atención?

—Bueno —dijo en voz baja—, me llamó la atención lo de los días de festival.

Graves resopló.

—¿Por qué no me sorprende?

—A ver, parece que lo pasaban bien —respondió ella con una sonrisa picara—. Se parecen mucho a las fiestas de Imani.

—Así es. —Graves fijó la mirada en ella. Kierse sintió una ráfaga de calor. Ya lo había probado una vez, con eso debería estar más que satisfecha. Sin embargo, no podía evitar admitir que quería más.

La joven carraspeó y apartó la mirada.

—Pero, por lo demás, todo giraba en torno a una deidad u otra. Ah, y las hadas. No puedo olvidarme de las hadas.

—*Sídhe* —la corrigió Graves de nuevo—. O simplemente seres feéricos.

—Y los cuatro artefactos mágicos. Una espada de no sé qué, un caldero, la lanza de Lug…

—De Lugh —la corrigió, mirándola de soslayo—. Se pronuncia como Hugh.

—Bueno, vale. Es evidente que lo estaba pronunciando mal. —Kierse entrecerró los ojos mientras intentaba recordar el último.

—La piedra de Fal —añadió Graves—. Los cuatro tesoros de los Tuatha Dé Danann.

—Eso —dijo Kierse, y entonces se quedó rígida—. Espera, una lanza. —Señaló a Graves—. Habías dicho que toda esta mierda era real.

—Así es.

—Vale —susurró mientras reflexionaba—. Entonces, los objetos mágicos, las hadas… Perdón, las *sídhe*…, los dioses… ¿Todo eso también es real?

—Todas las historias proceden de alguna parte.

Era una confirmación Kierse le estuvo dando vueltas al asunto mientras recorrían Queens y llegaban a la entrada trasera de La Alianza. El edificio estaba a oscuras. Hacía mucho que había cerrado, pero Graves le había dicho que llegarían a tiempo.

El hechicero ladeó la cabeza y entraron en La Alianza. Condujo a Kierse directamente por un pasillo hasta que llegaron a un laboratorio. La doctora Mafi estaba sentada delante de un ordenador, tecleando con frenesí. Esa noche lucía un hiyab de color amarillo mostaza, pero parecía habérselo puesto a toda prisa y de cualquier manera en lugar de colocárselo a la perfección como la última vez. Tenía unas bolsas pronunciadas bajo los ojos y su piel morena estaba cetrina, como si hubiera estado trabajando de sol a sol. La doctora ni siquiera se percató de que ambos habían entrado.

—Emmaline —la saludó Graves.

Ella se sobresaltó. Cerró el documento en el que estaba trabajando.

—Graves, has venido.

—Hemos venido los dos —le respondió.

Entonces, la doctora miró a Kierse de arriba abajo.

—Bonita chaqueta.

La ladrona le devolvió una mirada igual de fría que la suya.

—Hola, doctora Mafi.

—Veo que no te tomas bien que te den consejos.

Graves carraspeó.

—Emmaline, no fuiste muy clara por teléfono. —Dirigió la mirada durante un segundo hacia Kierse, y la joven vio cómo algo que parecía preocupación cruzaba su expresión antes de volver a fijar su atención en Mafi—, ¿Necesitas otra muestra?

La doctora se levantó y se sacudió unas pelusas imaginarias de la ropa.

—Sí. Ven a sentarte aquí, Kierse.

La aludida miró a Graves, y este le dedicó un asentimiento de cabeza. Mafi parecía… alterada. Como si algo la hubiera asustado. Kierse hizo lo que le pidió y la doctora se puso rápidamente manos a la obra, pinchándola y sacándole más sangre del brazo.

—¿Qué sucede, Emmaline? —le preguntó Graves. Se cruzó de brazos con el rostro severo—. Puedo leerte. Sé que algo va mal.

—No me leas —le espetó Mafi.

—Lo tienes escrito en la cara.

La doctora aceptó lo evidente.

—Sí, supongo. Es solo que… —Dirigió la mirada hacia Kierse—. No estoy segura de qué conclusión sacar de las muestras que obtuve. Tengo algunas respuestas, pero necesito más tiempo para analizar qué es lo que está pasando. Nunca he visto nada igual.

—Explícate —le ordenó Graves.

La doctora apretó los dientes.

—Bueno, no es una hechicera.

Kierse estuvo a punto de caerse de la silla. Los ojos se le salieron de las órbitas y se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué? Pero ¡si tengo magia!

Graves no parecía sorprendido. O, al menos, no lo reflejó en su gesto.

—Yo también tengo magia y no soy una hechicera —dijo Mafi.

—Entonces, ¿soy una bruja? —preguntó Kierse, volviendo a tomar asiento, derrotada.

—No. —La doctora se apresuró a acercarse a su mesa y a tomar un trozo de papel. Se lo pasó a Graves y señaló algo en particular—. Esta *es* la secuenciación del ADN de un hechicero. La he sacado de los pocos a los que les he tomado una muestra. Este es el gen aislado al que se le atribuyen vuestras habilidades. Existen un par de variaciones más en las proteínas; la combinación de diferencias del ADN y el ARN, pero este es el aspecto que debería tener. No hay que secuenciar todo lo demás si ya tienes esto.

—Vale —dijo Graves.

La doctora Mafi apoyó otro trozo de papel sobre el primero.

—Este es el aspecto que tiene un genoma humano. —Y luego le colocó otro papel más encima—. Y este es el aspecto que tiene el de ella.

Graves frunció el ceño y desplazó la mirada por toda la página.

—Así que tampoco es humana.

Emmaline se encogió de hombros.

—No. Aunque eso es algo que ya habíamos dado por supuesto. Pero tampoco es ningún otro tipo de monstruo conocido que haya estudiado. —La doctora miró a Kierse con lástima—. Lo siento, no estoy segura de qué es.

—No lo entiendo —intervino Kierse.

—Estás muy pálida. Espera. —La doctora Mafi abrió una nevera que le quedaba cerca y le ofreció a Kierse un zumo en tetrabrik—. Bébete esto.

La joven obedeció y se lo llevó a los labios, bebiendo el zumo de uva con la pajita.

—¿Y qué has sacado de las otras muestras? —preguntó Graves.

—No mucho —admitió Emmaline—. Según casi todos los parámetros, parece humana. Es decir, mírala. Su aspecto es humano.

—Tú también lo pareces —señaló Graves—. Y yo.

—Ya, sí. Me refiero a que…, salvo por su ADN, todo parece ser igual menos otro parámetro. —La doctora tomó una última hoja de papel—. Seguramente no tenga sentido. Para mí, al menos, no lo tiene.

Graves miró el papel. Kierse estiró el cuello con la esperanza de poder echarle un vistazo. Mafi se lo estaba enseñando todo a Graves y no a ella. Muy irónico después de haberle insistido tanto en lo de que protegiera su privacidad. En ese momento la doctora debía de estar muy nerviosa.

—¿Qué estoy mirando?

—Un elevado recuento de glóbulos blancos —dijo Emmaline, señalando una cifra.

—¿Está combatiendo una infección?

—No estoy enferma —les dijo Kierse.

—No, no lo estás —convino la doctora—. De hecho, eres una de las personas más sanas que he visto en mi laboratorio. ¿Has llegado a enfermar alguna vez en tu vida?

Kierse asintió.

—Me contagié de gripe una vez. Justo después del colapso.

—¿Diste positivo en gripe? ¿Sabes qué cepa era?

—Pues no. Era muy joven. Nadie podía permitirse ir al médico. Pero padecí todos los síntomas. Entonces estaba planeando con mí mentor un gran trabajo. Quedaban un par de días para ponerlo en marcha *y no podía* echarme atrás. Así que lo hice de todas *formas*. Y luego, no sé, tuve que guardar reposo durante unas tres semanas.

—Pero ¿qué síntomas de la gripe tenías?

Kierse se encogió de hombros.

—Los típicos. Una fiebre muy alta. Tan alta que comencé a ver cosas, a sufrir alucinaciones. Luego, me desmayé en mitad de una misión de reconocimiento. *Cuando* terminé el trabajo, *estaba muy* débil. Lo más débil que he estado nunca. Tal débil como cuando… Espera.

En ese momento Graves se percató de algo.

—¿Tan débil como lo estuviste después del polvo de los deseos?

Kierse asintió. Todo comenzaba a adquirir sentido.

—Sí, la verdad es que fue justo así.

El hechicero se giró hacia Mafi.

—¿Tienes alguna explicación para ello?

—Su cuerpo consume magia —declaró la doctora.

—¿Disculpa? —soltó Kierse de golpe.

—¿Consume magia? —preguntó Graves, incrédulo. Kierse nunca lo había visto tan confundido—. Explica qué quieres decir con eso.

—Estas son unas instalaciones sobrenaturales. Es una práctica habitual usar la magia para

hacer las cosas más sencillas o más rápidas. Estaba usando algunas de esas técnicas con la sangre mientras la examinaba, y la muestra engulló toda la magia. El recuento de glóbulos blancos es más alto porque, de algún modo, descompuso esa magia. No contaba con suficientes muestras de sangre. Sigo intentando averiguar qué ha pasado.

—No consumo magia —masculló Kierse—. Si lo estuviera haciendo, ¿no lo sabría?

—Su cuerpo no la consume —dijo Graves, despacio. Se llevó un dedo enguantado a los labios. Entonces, cuando volvió afijar la vista en Kierse, se le iluminó la mirada. Había llegado a una conclusión. Lo había averiguado—. La absorbe.

—¿Que la absorbe? ¿Habías oído algo así antes? —le preguntó la doctora Mafi con asombro.

—He oído hablar de alguien con esa habilidad. La magia no se topa con ninguna barrera y el cuerpo la absorbe.

Emmaline juntó las manos.

—Ajá. Sí. Vale, sí. Bien visto, Graves. —Regresó de inmediato a su ordenador y comenzó a teclear—. Analizaré lo que tenemos aquí y volveré a contactar contigo si encuentro algo más.

Después de eso, regresó hacia donde estaba Kierse y le extrajo la aguja del brazo. Tomó la bolsa de sangre y la metió en un congelador.

—¿Has informado a alguien más de esto? —preguntó Graves de inmediato, con la voz teñida de sospecha.

Emmaline parecía ofendida.

—No, desde luego que no.

Graves la fulminó con la mirada y la doctora se la devolvió, desafiante. Kierse no sabía si la creía. Era un hospital grande. Cualquiera podría haber visto lo que la doctora Mafi estaba haciendo. Aunque la joven no tenía ni idea de qué querría decir que podía absorber magia. Pero, si su inmunidad ya era lo bastante valiosa, no podía ni imaginarse el poder que tendría si pudiera absorber la magia de otra gente con su propio cuerpo.

—Emmaline —dijo el hechicero, y su voz sonaba a amenaza—. Nadie puede enterarse de esto.

—Confidencialidad médico-paciente, Graves —le recordó la doctora.

Él volvió a clavar la mirada en Kierse con un gesto que parecía de preocupación. No, sin duda era preocupación. La joven comenzaba a saber interpretar las miradas férreas que le dedicaba. Era evidente que no estaba contento con que Kierse fuese algo que no tuviera explicación. Y, sobre todo, no le gustaba que Mafi también estuviese al corriente de ello.

—No va a decírselo a nadie —intervino Kierse. Le dedicó una mirada a la doctora—, ¿No es así?

Emmaline desplazó la mirada entre ambos, sorprendida. Como si Kierse y Graves fueran ventanas y ella estuviera echando un vistazo a los sentimientos que estaban aflorando al otro lado. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Así es.

—Pues que siga siendo así —declaró Graves—. Te llamaré dentro de un par de días. Para entonces, espero novedades.

La doctora asintió, con las manos temblorosas.

—Me pondré a ello. Gracias por venir.

Graves inclinó la cabeza en su dirección, metiéndose los papeles bajo el brazo y haciéndole

una seña a Kierse para que lo siguiera afuera.

—No me lo puedo creer —dijo la ladrona con un temblor en la voz—. ¿Qué significa todo eso para mí?

—No va a cambiar nada —dijo de pronto Graves. Le apoyó una mano reconfortante en la espalda y ella se dejó hacer—. No eres una hechicera, pero tienes magia. La magia sigue ciertas leyes y normas. Continúas sujeta a ellas, y te entrenaremos como si así fuera.

—¿Significa eso que soy un nuevo tipo de criatura? —preguntó Kierse en voz baja.

Graves guardó silencio durante un momento antes de decir:

—O una muy antigua.



Graves estuvo al teléfono mientras Kierse entraba en la casa delante de él. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. Era una criatura nueva, antigua o diferente, pero no era humana ni tampoco una hechicera. El corazón le dio un pequeño vuelco. No había sido consciente de cuánto se había aferrado a aquella idea hasta que había descubierto la verdad. Ser hechicera significaba que Graves podía entrenarla para que aprendiera a usar su magia, que podía ayudarla a salir viva de ese trabajo.

Al hechicero le había afectado mucho que Kierse hubiera acabado herida en casa de Imani. ¿La enviaría igualmente a la misión sin que supiera controlar su magia? Si no conseguía hacerlo, la joven no tenía ni idea de cómo podría salir de allí.

Necesitaba controlarla. Lo que quiera que fuera Kierse no había importado antes ni tampoco todos esos años que había pasado en las calles. Sobreviviría a eso igual que había sobrevivido a todo lo demás. Y si no lo hacía, al menos Gen y Ethan tendrían toda la vida resuelta.

Kierse enderezó los hombros y levantó la barbilla. Aún tenían que robar una lanza. No iba a suspender la misión solo porque hubieran sufrido un pequeño revés.

—Vamos a la biblioteca —dijo Graves, que apareció repentinamente a su espalda.

Kierse dio un respingo.

—¿Cómo haces eso?

—¿El qué? —le preguntó él. Los ojos le brillaban y rebosaban humor. Algún día, Kierse lograría entenderlo.

La joven entró en la Biblioteca de Acebo y tomó asiento su sillón preferido.

—¿Una copa?

—No, gracias.

Graves se sirvió una copa de *bourbon* y luego se sentó frente a la joven.

—Hazme las preguntas.

Kierse omitió las que la hacían parecer frágil. Necesitaba hechos, no consuelo.

—¿Qué es exactamente eso de absorber la magia? Es decir, sé lo que es absorber algo, pero no entiendo cómo funciona en este caso.

—Bueno, lo que hemos dado por sentado hasta el momento es que, cuando atravesabas mis escudos, eras inmune al chocar contra ellos. Es decir, que la magia no podía afectarte o repelerte. Una habilidad pasiva que no podías controlar —le explicó—. Con la absorción, en lugar de repeler la magia, lo que haces es introducirla en tu cuerpo. Cada vez que cruzas mi escudo, la magia que está ahí para mantenerte alejada penetra en tu piel. Lo que no sabemos es si acumulas esa magia para poder usarla más adelante. Nunca has mencionado que tengas otras habilidades que puedan sugerir eso.

—No tengo más habilidades. —La joven apretó los labios y se enderezó en el sillón—. Espera…

Graves enarcó las cejas.

—¿Sí?

—Nunca lo he considerado una habilidad. Creía que simplemente era una cualidad de mi persona. Soy rápida. No tanto como tú, claro, pero cuando entrenaba con Ethan, él siempre me decía que jugaba con ventaja porque era capaz de ser muy rápida. Aunque no era exactamente velocidad. Puedo… ralentizar las cosas. De ese modo, podía verlo venir hacia mí y reaccionar antes. Lo llamo mi cámara lenta particular.

—Interesante —declaró Graves—. ¿Durante cuánto tiempo puedes hacerlo?

Kierse sacudió la cabeza.

—No mucho rato. Por lo general, me canso muy rápido. Y una vez que he acabado, me vuelvo lenta y me siento mal.

—Has estado usando tus habilidades todo este tiempo sin ser consciente de ello.

—No sentía que fuera magia. Parecía algo natural.

Graves asintió, y su expresión reflejó cómo encajaba ahora todas las piezas.

—Lo entiendo. A mí me pasa igual. —Se bebió el resto de su copa de un trago—. Descubriremos qué más habilidades tienes, Reyezuelo.

Kierse se estremeció al escuchar esa palabra.

—¿Cómo vamos a hacerlo si no soy una hechicera?

—Sé que eso es algo que te preocupa, pero a mí no. He vivido durante mucho tiempo. Podemos averiguarlo.

A Kierse le hubiera gustado tener esa misma fe, pero no había vivido tanto tiempo como él, y la magia le parecía algo abrumador.

Graves se sentó a su lado. La joven podía sentir su fuego contra la pierna, abrasador y delicioso. Por costumbre, una parte de su ser se quedó petrificada ante la proximidad de ese hombre antes de volver a relajarse.

Graves extendió las manos hacia ella. Luego, se quitó los guantes. A Kierse se le aceleró el pulso. Las manos del hechicero. Esos dedos largos y hermosos, esas manos imponentes y poderosas. Las mismas que rara vez tenía la oportunidad de admirar. Más abajo tenía las enredaderas en tinta negra que le rodeaban las muñecas y que desaparecían bajo las mangas. No había podido verlas bien ni cuando se habían acostado juntos. Graves ni siquiera se había quitado los guantes entonces. A Kierse se le enrojeció el rostro al recordar de forma vivida cómo se había desprendido de la chaqueta y la camisa entonces para revelar hasta dónde se extendía la tinta por su cuerpo, lo que había hecho que a ella se le nublara el juicio.

Graves carraspeó y la ladrona volvió a mirarlo a los ojos. Intentó controlar su expresión para que el hechicero no supiera en lo que había estado pensando.

—Soy un experto en lo mío. He perfeccionado más de una habilidad clave y varias menores. —Dejó los guantes a un lado—. En primer lugar, cuento con la capacidad de distorsionar el sonido. Puedo insonorizar una habitación o evitar que alguien escuche a hurtadillas una conversación. —Fijó su mirada en la de ella—. O gemidos.

Kierse abrió la boca ligeramente. Había llegado a pensar que Graves ignoraría lo que había sucedido entre ellos dos, pero allí lo tenía, saliendo de sus labios. La joven procuró no estremecerse.

—Bueno, al menos Kingston no escuchó nada —dijo ella—. Aunque pareció adivinarlo igualmente.

—Así es —le respondió Graves—. Como ya te he contado en otras ocasiones, me baso en el conocimiento. Aunque no te he dado más explicaciones. Mi habilidad principal es la lectura.

Kierse frunció el ceño.

—No dejo de oírselo decir a todos, pero ¿qué significa?

—Mi cuerpo es un arma. —Extendió las manos entre ambos—. Cuando toco a alguien, puedo leerlo. Puedo rozar la superficie de su mente. Leo sus recuerdos y todo aquello que cause más barullo. Normalmente, se trata de sus deseos más profundos y de todo el placer que anhelan. Puede llevarme un instante o, con aquellos entrenados para resistirse, unas horas.

—Ah —dijo Kierse, azorada. Recordaba la mano de Graves alrededor de su cuello durante esa primera noche. La sorpresa en la mirada de él mientras la inmovilizaba. Era obvio que entonces había intentado leerla. Había sido deliberado. Y no había sabido qué pensar de ella—, Pero… ¿a mí no pudiste leerme?

—No —le confesó el hechicero—. No pude leerte. Han sido tantas las veces que he querido saber qué te estaba pasando por la cabeza.

—Ha tenido que ser frustrante.

—No te haces una idea. He pasado gran parte de mi vida descubriendo qué y quién es la gente basándome en un ligero roce con ellos en la calle.

Kierse se mordió el labio.

—¿Es por eso por lo que siempre pareces estar confundido conmigo?

Graves asintió. Su mirada, que solía ser impasible, en ese momento era una ventana abierta.

—No puedo entenderte. Contigo no tengo un contexto. Admito que me había vuelto algo

autocomplaciente con mi habilidad. He tenido que aprender a comprender tu lenguaje corporal, la forma de tu rostro, todas las cosas que dices y también las que no dices.

Le estaba contando todo aquello como si fuese algo que hubiera detestado, pero también parecía todo lo contrario. Era como si hubiera disfrutado de la experiencia de tener que conocerla. Como si no ser capaz de obtener esa información le hubiera hecho apreciar cada cosa nueva que había aprendido sobre Kierse a la antigua usanza.

—Pues me alegro de que no puedas leerme. Eso parece algo invasivo.

—De ahí que lleve guantes —le dijo Graves, que alargó la mano para recuperarlos.

Kierse no sabía qué la empujó a hacerlo, pero apoyó una mano sobre la de él.

—No. —Los hipnotizantes ojos grises de Graves se clavaron en los suyos—. No los necesitas estando conmigo.

—Es la costumbre —admitió él, un tanto inseguro.

—Puedes apañártelas sin ellos. —Kierse retiró la mano.

—De acuerdo. —Él dejó los guantes sobre la mesa—. Ya que te estoy hablando sobre mis poderes, debes saber… que sí que puedo leerte.

—¿Qué? ¿Puedes leerme la mente?

—No leo mentes —le explicó mientras negaba con la cabeza—. No funciona así. Lo que leo son recuerdos. A veces, pensamientos muy recientes. Cosas que la gente prácticamente me grita. En los negocios, empleo mi habilidad para hacer que las respuestas salgan a la superficie a través de preguntas, y luego rebusco en esa parte de la memoria para encontrarlas. No se trata de una ciencia exacta, pero así es como he conseguido tener tanto éxito.

—Empleando tus poderes en tratos comerciales es como has conseguido la información sobre la Tercera Planta y la cámara acorazada.

—Sí.

—Y yo que pensaba que lo habías conseguido torturando a gente.

Graves la miró impasible cuando le preguntó:

—¿Y quién dice que no lo haya hecho?

Kierse estuvo a punto de atragantarse. La verdad era que lo veía capaz.

—¿Y qué recuerdo leíste en mi mente? —susurró la joven, aterrada de pronto por lo que Graves hubiera podido ver.

—Cuanto te tuve entre mis brazos después de lo del polvo de los deseos, no tenía ni idea de cómo ayudarte. Contaba con el remedio, pero no podías bebértelo. Te habrías ahogado. Así que intenté leerte, y doy por sentado que lo que vi eran alucinaciones provocadas por el polvo de los deseos. Era todo un revoltijo a causa de las drogas. Te vi con la garganta y el rosto amoratado. Te sangraba la boca. —A Graves se le ensombreció el rostro—. Estabas tirada en una alcantarilla.

—Ah —dijo Kierse, tragando saliva.

La joven sabía exactamente qué recuerdo había visto. El de la noche en la que Jason casi la había matado cuando ella había intentado dejarlo. Pero no quería que Graves lo supiera. Si le hablaba sobre su pasado, lo haría en sus propios términos.

—Como he dicho, debió de tratarse de una alucinación —continuó Graves al ver que Kierse no decía nada—. Y no he vuelto a intentarlo desde entonces. De hecho, lo de los poderes de absorción tiene sentido, si tenemos en cuenta lo que sucedió el día que ingeriste el polvo de los deseos. Debiste absorber más magia de la que podías procesar. Por eso la magia te sobrepasó y

casi te mata. Por eso pude leerte tan bien. Tenías tanta magia en tu sistema que no podías absorber la mía lo bastante rápido.

Kierse se pasó el pulgar por el labio inferior mientras procesaba toda aquella información. Tenía sentido. Todo aquello tenía mucho más sentido que lo de la inmunidad.

—Entonces, tendremos que poner bien a prueba mis límites. No estábamos teniendo esto en cuenta.

—Exacto. Lo que necesitamos averiguar ahora es cómo restaurar tu magia. De ese modo, podremos entrenarte de forma segura.

—¿Cómo descubriste tú que leer restauraba la tuya?

Graves se paró a pensarlo durante un momento con la mirada perdida.

—Después de que Kingston me tomara como aprendiz, me centré en mi educación. Siempre he querido leer todo lo que tenía a mi alcance, desde mucho antes de haber tenido acceso a la biblioteca de Kingston. Pero no había mucho que pudiera leer un niño pobre por aquel entonces. El libro verde que te he prestado es, de hecho, una traducción de un libro que leí en mi juventud.

Ahora entendía por qué era tan importante para él.

—Durante mi formación con Kingston, volvía de forma rutinaria a mis libros, debilitado y dolorido, y cuando acababa con ellos me sentía más fuerte y estable. Es lo que le sucede a Kingston con el arte. El proceso de hacer algo que siempre me revitalizaba en el pasado ahora también recarga mi magia.

Kierse meditó esa explicación. Tenía que tratarse de algo que la hubiera revitalizado en el pasado. Algo que la hiciera sentirse más fuerte y completa. Algo que la estabilizara cuando más débil se sentía.

—Robar —declaró la joven—. Robar es lo que recarga mi magia. Es lo único que tiene sentido. Es lo único que he hecho durante toda mi vida que me ha hecho sentirme mejor. Y esa vez que creí contraer la gripe, no pude salir ni robar durante semanas. Fue la primera vez en mi vida que no estaba en la calle robando carteras sin más. Salvo el día después de lo de Imani y Montrell.

Graves rompió a reír.

—Cómo no. La ladrona cree que robar carteras es lo que recarga su magia.

—Eso es lo que soy, una ladrona. Igual que tú te especializas en el conocimiento y Kingston jura y perjura que el arte es su propia forma de persuasión.

—Pues nada, entonces lo tuyo es robar —dijo Graves al mismo tiempo que se levantaba.

Regresó un momento después con una simple caja parecida a la que Kierse había abierto aquel primer día allí.

—¿Para qué es eso? ¿Otro truco de magia?

—Te lo explicaré enseguida. Creo que necesitamos cambiar nuestra estrategia para conseguir la lanza.

—¿A estas alturas del juego?

—Antes tenía la impresión de que eras una hechicera inmune a la magia. Lo de la absorción es algo completamente distinto. No es algo pasivo, lo que significa que nos abre un nuevo abanico de poderes que puedo enseñarte a usar. Es más, puedo entrenarte para que aprendas a absorber escudos y que así yo también pueda entrar contigo en la fiesta del solsticio.

Kierse abrió mucho los ojos.

—¿Crees que podré hacer eso?

—Creo que sí, si te entrenamos. Ya has alcanzado un nivel aceptable con la lanza. Ahora podemos ponernos a trabajar en esto.

Kierse casi no podía creérselo. Y no solo lo de su magia. Había estado segura de que el descubrimiento de que no era una hechicera acabaría poniendo punto y final a ese trabajo. Pero si Graves iba a entrenarla de todas formas y, además, iba a acompañarla, quizás tuviera muchas más posibilidades de salir de allí con vida. Y eso era algo que no se había permitido considerar siquiera.

—¿Cuándo empezamos?

—En cuanto a eso… —Graves le pasó la caja que tenía en el regazo—. Empezarás aprendiendo a crear escudos propios para luego pasar a desactivarlos.

Kierse sentía un cosquilleo a causa de la emoción.

—Voy a practicar con magia.

—Probablemente no lo consigas en el primer intento —le advirtió Graves—, pero comenzaremos con lo más básico.

—De acuerdo —susurró la joven con respeto, bajando la mirada hacia la pequeña caja de madera.

—La magia de escudos es como cualquier otro tipo de magia, pero apenas requiere energía. Puedes tener activos varios escudos en todo momento y que tu poder no se drene. —Eso explicaba lo de su casa, ya que siempre mantenía activos sus escudos—. La mayoría de la magia empieza con un pálpito, pero voy a dejar eso para otro día, para otra lección. Lo que necesitas saber ahora mismo es que la magia consiste en la voluntad.

—¿Voluntad? —inquirió Kierse.

—Tienes que decirle a la magia qué quieres que haga, y entonces lo hará.

—Así de fácil, ¿eh?

—En absoluto. Pero, al menos, los escudos son lo más sencillo. Si quisiera proteger esta caja con un escudo, lo único que tendría que hacer es pensar en lo que quiero y luego usar mi magia para hacerlo realidad.

—¿Y eso marcaría la caja con los grabados del escudo?

Graves sonrió.

—No, a no ser que tu voluntad sea que el escudo quede visible. Se pueden enmascarar para que solo yo pueda verlos, pero eso los haría más débiles. Cuantos más grabados posea algo, más fuerte es su escudo. La biblioteca cuenta con escudos más fuertes, ya que están grabados en los marcos. Lo que queremos hacer ahora es un escudo temporal. No necesita durar doscientos o trescientos años.

—Ya veo —dijo Kierse, con los ojos muy abiertos.

—Así que quiero que vuelques toda tu voluntad en esta caja. Quiero que accedas a ella y la cierres a cal y canto.

Kierse lo miró dubitativa.

—¿Y ya está?

—Si no crees que puedes hacerlo, entonces no podrás.

Eso era algo que Kierse no podía aceptar. Sí que podía conseguirlo.

La joven concentró toda su voluntad sobre la caja, sobre ese pequeño cuadrado de madera.

Sobre su cierre metálico. Sobre sus bordes definidos. Esa caja era suya y nadie más iba a poder abrirla. Kierse detendría a cualquiera que intentara acceder a ella. Volcó toda su voluntad en la caja, pero no sucedió nada.

Dejó escapar un suspiro.

—Creo que no ha funcionado.

—No. De lo contrario, lo habrías sentido, pero no espero que lo consigas al primer intento.

Kierse asintió y volvió a concentrarse en la caja. Iba a someter a ese objeto a su voluntad. Así que volvió a intentarlo una y otra y otra vez. No sucedió nada. Sin importar cuánto se concentrara, no lograba ser capaz de forzar su voluntad sobre aquel objeto. Solo era una caja. Ni siquiera contenía nada en su interior.

La ladrona acabó tirándose hacia atrás.

—Agh, no lo consigo.

—Quédate la caja —le dijo Graves con un asentimiento—. Y sigue practicando.

—De acuerdo —respondió ella, decepcionada consigo misma.

—Esto no es lo único en lo que tenemos que trabajar. La siguiente parte te va a gustar.

A Kierse se le iluminó la mirada.

—¿Ah, sí?

—Misión de reconocimiento —declaró Graves con una sonrisa salvaje—. Esta noche iremos a los bajos fondos.

INTERLUDIO

Edgar desempeñaba muchas tareas para su jefe.

La de limpieza era su favorita.

Sabía que, en teoría, debería ser todo lo contrario. A pesar de su nombre, era un asunto turbio. Aun así, la disfrutaba.

Se acercó a la puerta del hospital. El cartel de La Alianza brillaba con intensidad en el lateral de la entrada trasera. Edgar había desactivado las cámaras de vigilancia antes de llegar. Nadie tenía por qué ver lo que iba a suceder a continuación. No perdió el tiempo con sutilezas. El hombre golpeó el manillar de la puerta con un ladrillo y sintió cómo se aflojaba. Abrió la puerta de golpe y se introdujo en ese ambiente recién esterilizado.

A Edgar no le gustaban especialmente los hospitales. Le traían demasiados malos recuerdos. De niño, había sufrido convulsiones, y seguía sufriéndolas de vez en cuando. Pero, en su juventud, sus padres no habían querido ni escuchar la palabra «epilepsia». Sus vecinos susurraban que tenía demonios en su interior. Sus padres eran muy religiosos, y Edgar había sido sometido a un par de exorcismos antes de poder decidir por sí mismo y acudir a un médico. Hasta el día que habían fallecido, sus padres habían creído que algo iba mal con él.

Tal vez fuera cierto, pero no tenía nada que ver con su epilepsia.

Cuando conoció a Graves, huyó de su hogar. Se había hartado de la atención constante que le prestaban a su enfermedad y de la poca hacia su persona. Creía que merecía algo más. Así que se había marchado de su pequeño pueblo y había hecho autostop hasta la gran ciudad.

No llevaba allí ni dos semanas cuando lo habían desvalijado, le habían robado todo su dinero y lo habían atracado a punta de pistola para quitarle hasta los zapatos que llevaba puestos. Estúpido pueblerino. Y lo que era peor, había comenzado a convulsionar cuando los ladrones se habían marchado con toda su ropa. En aquel momento, llevaba sin sufrir un ataque desde hacía casi un año. No había sido lo más oportuno.

Graves salía del teatro cuando había visto a Edgar convulsionar en el suelo. Había apoyado una mano sobre él y así había cambiado su vida para siempre. Graves lo había ayudado a limpiarse y le había dado algo que él jamás había creído anhelar: un propósito.

Edgar había sido un devoto estudiante. Aprendía todo lo que Graves le enseñara, y más aún. No tenía magia propia, pero podía hacer todo lo demás que Graves le solicitaba. Se había

convertido en un recurso valioso. En algo que Graves había estado puliendo durante los últimos treinta y cinco años. No le importaba estar envejeciendo mientras Graves seguía teniendo la misma edad. Edgar no se sentía mayor. Solo lo parecía. Y su jefe no parecía envejecer, pero sí que lo sentía así.

Graves era alguien a quien merecía la pena dedicar su vida.

Y eso implicaba limpiar sus desastres.

Edgar entró en el laboratorio de la doctora Mafi. No sentía ningún remordimiento por lo que estaba a punto de hacer. Quería sentir lástima por la pobre doctora, pero esa mujer simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Examinó el equipo. Unas máquinas grandes y blancas que a saber para qué servían. No era ningún experto, pero parecían caras e importantes. No había ido hasta allí solo para destrozar el lugar con el objetivo de enmendar un error. Graves no cometía muchos de esos.

Encontró el fichero de Kierse. Rebuscó entre las notas y localizó toda la información posible relacionada con Kierse McKenna. Una muestra de saliva, otra de orina, otra de sangre, información sobre su estado físico, su temperatura, su presión arterial y muchas otras pruebas que le habían realizado. Destruyó cada una de ellas de forma individual, reduciéndolas a cenizas. No podía dejar ni rastro de la joven allí.

Al terminar, se dirigió hacia los ordenadores y hackeó el correo electrónico de la doctora. Soltó un suspiro cuando vio lo que Mafi había hecho.

Aquello complicaba las cosas.

Había pensado que podría limitarse a destruir el laboratorio. Pero ahora tal vez también tuviera que acabar con ella. La doctora estaba trabajando para el rey Luis. Por lo que daba a entender su intercambio de correos, el rey Luis la tenía en nómina desde hacía muchos años, y no había sido del todo culpa de la doctora. La mujer le debía una exorbitante suma de dinero. Se lo había estado devolviendo con muestras de sangre que obtenía de pacientes sobrenaturales, buscando en ellas una compatibilidad específica para el rey vampiro. La doctora Mafi no era una mala persona, solo se encontraba en una mala situación. Cómo proceder con toda esa información era cosa de Graves.

Edgar le reenvió todos los correos a su jefe. Aguardó sus instrucciones, aunque ya sospechaba lo que le diría. No sería la primera vez que había matado a alguien siguiendo sus órdenes. La doctora podría suponer un problema si ponía en práctica sus habilidades de bruja, pero Edgar siempre acababa consiguiendo sus objetivos con tiempo y paciencia.

Después de reenviar los correos y de examinar el servidor, borró los discos duros y luego agujereó cada uno de ellos. Hubiera sido más divertido cargarse los monitores, pero toda la información se encontraba en esos dispositivos. No parecía que la doctora hubiera sacado información sobre Kierse de los servidores, pero Edgar tendría que ir a registrar su casa por si acaso. Tenía la sensación de que Mafi no estaría allí. Temería que Graves fuera tras ella. Y estaba en lo cierto.

Entonces, el móvil de Edgar vibró.

—Infórmame —le ordenó Graves.

—Es tal y como sospechaba. ¿Quiere que acabe con ella?

—No —dijo su jefe enseguida—. Nos es más valiosa con vida. Solo encuéntrala. Si puedes, tráela aquí. Seguro que ya se ha dado a la fuga.

—Eso creo, señor.

—¿Has conseguido todo lo demás?

—Lo único que falta es la sangre que le ha extraído esta noche.

Graves soltó una maldición.

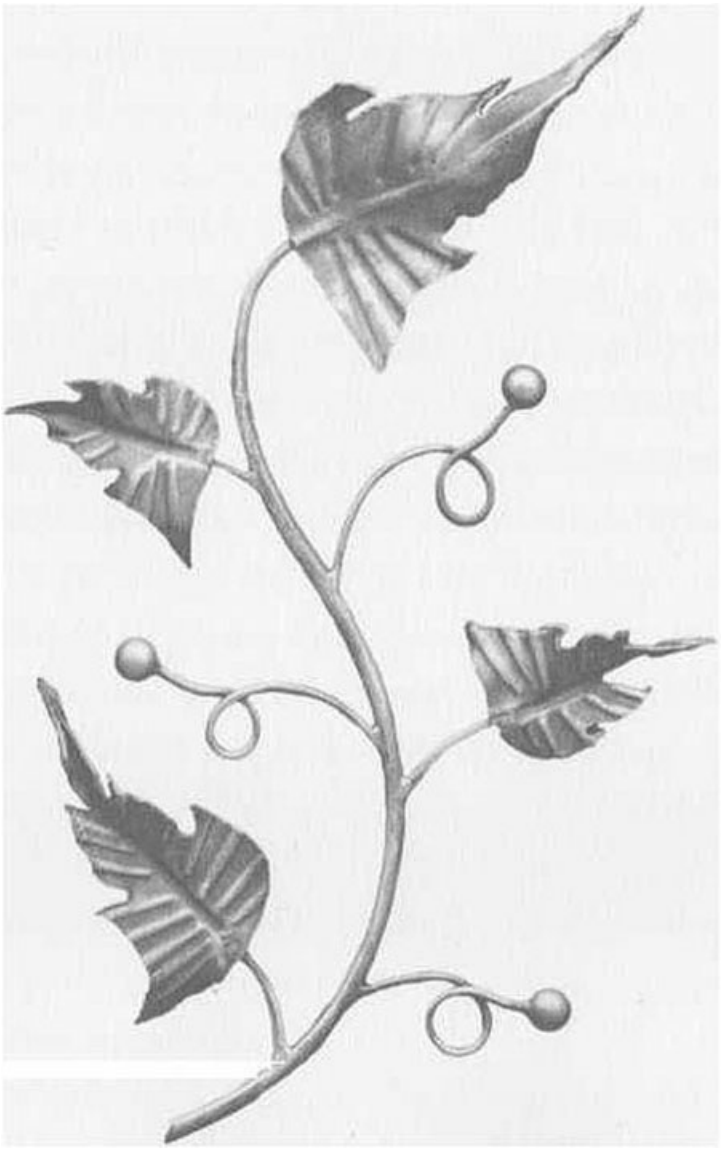
—Creo que sabemos exactamente dónde estará ahora.

—Sí, señor.

Edgar sonrió al finalizar la llamada y echó un vistazo por el hospital. No tenía tiempo para jueguecitos. Se echó la mochila al hombro. Tenía por delante una caza, y ahora mismo su presa llevaba ventaja.

PARTE V

La tercera planta





Graves insistió en armarla hasta los dientes.

Algo a lo que Kierse no se opuso en absoluto.

Apostó por un atuendo negro de la cabeza a los pies. Hasta se había quitado su collar de reyezuelo, a su pesar y seguramente también al de Graves. Se había sujetado bien las dos hermosas pistolas que Graves le había proporcionado cuando había aceptado aquel trabajo. Además, el hechicero le había ofrecido otras dos para que se las guardara en las botas, y dos cargadores extra para que se los escondiera en la chaqueta. La joven ocultó cuchillos bajo las mangas, en las botas y en la chaqueta. También se sujetó el pelo con horquillas por si acaso… Nunca sabía cuándo una de esas horquillas podía salvarle la vida. Se sentía lista para la batalla.

—Deja de poner esa cara —le espetó Graves.

—¿Qué cara?

—Esa de felicidad.

—Moderaré mi energía cuando esté en los bajos fondos. Pero, venga ya. Por fin vamos a tener acción. Estaba deseando que llegara este momento.

—Si hubiera sabido que te entusiasmaría tanto, habría considerado llevarte conmigo a una de

mis reuniones de negocios.

Kierse se quedó muy quieta, sorprendida por que lo hubiera sugerido siquiera.

—No, no lo habrías hecho.

Graves sonrió con picardía.

—¿Estás segura?

Por la expresión en el rostro del hechicero, Kierse supo que se equivocaba. Graves sí que se había planteado llevarla con él. La joven no podía imaginárselo permitiendo que nadie más conociera sus secretos.

—No te olvides de la misión que tenemos hoy. Vamos a encontrar el modo de colarte allí y nos aseguraremos de que puedas atravesar los escudos de Walter.

Kierse dejó escapar el aire y volvió a concentrarse. Al fin y al cabo, una misión de reconocimiento era más divertida que fracasar en su formación mágica, algo que llevaba practicando desde que Graves le había entregado la caja para que la protegiera con un escudo. Tal vez Walter hubiera sido uno de sus aprendices de hechicero antes de que Graves lo dejara ir, pero sus escudos se encontraban reforzados con un campo de fuerza mágico. Estaban bastante seguros de que Kierse podría atravesar sus escudos gracias a su habilidad de absorción, pero ese día lo pondrían realmente a prueba.

—No es tan fuerte como Imani —prosiguió Graves—. Solo queremos colarte en la Tercera Planta.

—Armada hasta los dientes. ¿Qué es lo que crees que voy a encontrar allí?

—Corren rumores sobre el mercado negro bajo el metro. Los monstruos se congregan allí para satisfacer sus más oscuros deseos, para comerciar con armas ilegales y demás. No es un lugar en el que se respete el Tratado de los Monstruos.

Kierse ya sabía todo eso.

—Recuerda que yo no puedo entrar. No tengo acceso a la Tercera Planta desde que Walter pasó a trabajar para el rey Luis. No podré protegerte.

—No necesitaré protección —afirmó la joven—. Puedo apañármelas sola.

Graves la miró fijamente.

—Es un mercado de monstruos, y la moneda de cambio son los humanos. Puede que no seas humana, pero ellos no lo saben. Las armas solo te ayudarán hasta cierto punto.

—Vale, entiendo.

—Si logramos meterte allí de forma segura, el siguiente paso será reconocer el terreno sin que nadie se percate de tu presencia. Luego, comenzarás a buscar otra salida de la Tercera Planta.

—Esta es la parte que mejor se me da —le aseguró Kierse—. Sé cómo jugar a esto.

Graves parecía dubitativo, pero no dijo nada. Se pusieron en marcha, tomando la salida trasera de la propiedad a través del túnel del garaje, que los dejó a unas manzanas al suroeste de la avenida Ámsterdam. Bajaron hasta el metro de la calle Setenta y Dos, y descendieron las escaleras de dos en dos. Abajo del todo, un trol dormitaba en una silla. Kierse dio gracias por no tener que lidiar con él en ese momento.

—Monstruos —masculló Graves con desdén, como si él mismo no fuera uno.

Pasaron por delante del trol y se encaminaron hacia los tornos de entrada. Graves tocó el lector con la mano y luego le hizo una seña a Kierse para que pasase.

La joven escuchó el satisfactorio clic cuando cruzó al otro lado.

—¿Cómo has hecho eso?

—Magia —le respondió como si nada.

—No creía que cogieras el metro.

—No lo cojo. —Graves comenzó a cruzar el sucio andén—. Por aquí.

—¿Adónde vamos exactamente?

—A Times Square.

Kierse parpadeó.

—¿En serio?

—Por desgracia, sí.

Times Square era uno de los últimos lugares dentro de la ciudad en los que la joven querría estar. El otrora glamuroso emplazamiento había sido demolido durante la primera oleada de la Guerra de los Monstruos. Una gran batalla entre dos facciones lo había dejado inservible. Alguna gente había hecho presión para devolver el lugar a su vieja gloria, pero los monstruos habían reclamado la zona, y el progreso era lento. Kierse no había pisado aquel lugar desde hacía por lo menos un año. Evitar Times Square había sido una de sus máximas prioridades.

Aun así, estaba más segura allí con Graves que si hubiera estado sola. Lo siguió hasta la línea tres, que traqueteaba ruidosamente mientras se acercaba al andén. El metro no debería haber estado muy lleno dada la hora, pero era Nueva York así que… estaba atestado. Graves se sujetó con una mano a uno de los postes en el centro del vagón. Kierse se agarró justo por debajo de su mano y se preparó para que el tren arrancara en dirección sur hacia Times Square.

—¿Qué hay en Times Square? Aparte de caos.

Los ojos como el mercurio de Graves recorrieron el abarrotado vagón. Un grupo de ninfas estaban tiradas unas encima de otras en el asiento frente a ellos. Un demacrado conjunto de humanos ocupaba la mayor parte del resto de los asientos. Kierse se percató de la presencia de un duende apoyado en la pared del fondo del vagón. Allí no había nadie con un oído privilegiado, pero tampoco habría importado.

La joven pudo sentir la distorsión del sonido mientras Graves agitaba una mano, usando sus poderes en público, y nadie se dio cuenta de nada. Ni siquiera levantaron la mirada. Los usuarios del metro estaban demasiado preocupados por sí mismos como para pensar que había magia a su alrededor.

—Una entrada a la Tercera Planta.

—¿Hay una en Times Square?

—Debajo —la corrigió Graves—. Es la ruta más directa bajo tierra. Nos llevará hasta un puesto de control que conduce a los bajos fondos.

Kierse se estremeció a causa de la emoción, y aquella sonrisa poco apropiada volvió a su rostro. Graves se limitó a sacudir la cabeza con desaprobación.

—Serás ladronzuela —murmuró.

El metro se detuvo de golpe con un chirrido en Times Square, en la estación de la calle Cuarenta y Dos. Las ninfas se levantaron de su asiento formando un colorido alboroto. Kierse las siguió fuera del tren y se encaminó hacia la salida. Graves la sacó de la corriente de gente y la condujo hacia el andén S. Kierse no pensaba quejarse por librarse de ascender hacia la locura que tenía lugar en la superficie.

Cuando llegaron al andén S, Graves esperó a que apareciera el tren y a que el resto de los

pasajeros subieran a él. Una vez que el andén se quedó completamente vacío y que solo hubo silencio, Graves saltó a las vías.

Alargó las manos desde abajo para agarrar a Kierse.

—Vamos.

—No soy ninguna damisela, Graves.

La ladrona saltó y aterrizó sin problemas, agazapada como un gato sobre las vías. Entonces, se puso en pie y enarcó una ceja hacia Graves.

—Ya veo —le respondió él esbozando una leve sonrisa—. Por aquí.

Entonces, se adentró en la penumbra oscura del túnel del metro.

Kierse se apresuró a seguirle el ritmo.

—¿Y si llega el tren?

—No pasará por aquí hasta dentro de otros cinco minutos. Tenemos tiempo.

—Qué maravilla.

La joven no dejaba de bajar la mirada hacia su móvil. Cinco minutos no era mucho tiempo. Ya habían pasado cuatro desde que había partido el último tren. Y no siempre salían a su hora. De hecho, el metro no respetaba ningún horario establecido desde antes de la aparición de los monstruos. Pero Kierse no quería pensar en eso ahora.

Le dio un golpecito a su móvil cuando pasaron los cinco minutos.

—Graves.

El hechicero se detuvo con brusquedad.

—Ya estamos.

Cuando el hechicero salió de las vías, la oscuridad se lo tragó por completo. Kierse se quedó boquiabierta a causa de la conmoción. Un momento, lo había tenido a su lado y, al siguiente, había desaparecido sin más.

—Por aquí —escuchó que decía Graves a través de la oscuridad.

De repente, el túnel comenzó a temblar. Kierse giró la cabeza hacia un lado y vio las luces del tren que se acercaba a toda velocidad. El miedo se apoderó de ella. No le quedaba otra opción. Respiró hondo y fue tras Graves. La oscuridad parecía ser más una barrera que otra cosa. Una vez que estuvo al otro lado, pudo ver el cableado eléctrico irregular alineado en el techo del túnel e iluminando todo el espacio.

Esa era la entrada a la Tercera Planta.

Kierse espiró despacio.

—Esta zona no debe contar con escudos.

—No. Hay cientos de entradas que permiten el acceso, pero no tantos puestos de control. —Graves pasó por encima del cadáver putrefacto de una rata—. Los túneles se extienden por debajo de la ciudad como una tela de araña. Son incluso más extensos que el metro. Los puestos de control custodian las entradas hacia los dominios del rey Luis. Walter controla esas zonas con sus escudos. Es decir, controla el acceso al mercado y, por consiguiente, al rey Luis.

—Es muy inteligente por su parte. ¿Estás seguro de que hiciste bien al negarle seguir con su formación de hechicero?

Graves le dedicó una mirada.

—Por aquel entonces, era lo correcto.

—Y pensar qüe, de no haberlo hecho, jamás nos habríamos conocido.

Graves frunció el ceño, como si no le hubiera gustado en absoluto esa conclusión.

—Dudo mucho que haya sido por eso.

Ella también lo dudaba. Había algo que los unía. De un modo u otro, Graves habría acabado cruzándose en su camino.

—La Tercera Planta es una ciudad en sí misma. Los puestos de control les permiten cobrar entrada a la gente para acceder a su mercado, para vivir allí, para trabajar allí. No será sencillo encontrar un modo de entrar o salir que no sea atravesando esos puestos.

Kierse asintió.

—Lo pillo. ¿Dónde se encuentra ese mercado?

Graves guardó silencio por un momento antes de decir:

—Debajo de la estación de Grand Central.

—Ah —respondió ella, comprendiéndolo todo de pronto. Tenía sentido. Muy pocos se atrevían ya a aventurarse en Grand Central. Era tan aborrecible como Times Square, aunque hubiera conservado su antigua gloria.

—El mercado de Grand Central sigue activo gracias a una mezcla de mercancías tanto de monstruos como de humanos —le explicó Graves.

—Solo los turistas son lo bastante estúpidos como para ir allí.

—Exacto —convino él—. Este es una mala copia de ese mercado. La Tercera Planta se encuentra ubicada en el sótano que hay bajo el mercado que existe de cara al público. Los pocos humanos que se aventuran allí abajo, o bien invierten mucho dinero para asegurar en cierto modo su seguridad, o bien desean morir.

—Eso parece —dijo Kierse sin emoción.

Los humanos podían llegar a ser tan terribles como los monstruos cuando querían serlo. Sin embargo, la mayoría no había pedido que sucediera nada de eso. Kierse quería que esas personas tuvieran la seguridad que a ella le había faltado de niña.

—¿Y la residencia del rey Luis se encuentra en el centro de la Tercera Planta?

—Lo cierto es que no. ¿Cuánto sabes sobre el sistema ferroviario?

—Que me lleva a donde necesito ir.

Graves le dedicó una mirada divertida.

—Ah, bueno, es una lectura fascinante, si alguna vez quieres probar a leer algo que no sean cuentos de hadas.

—Tú mandas. Eres quien se encarga de asignarme las lecturas —le recordó Kierse.

—Te haré un breve resumen. Cuando se diseñó el sistema ferroviario de Manhattan, se construyó un andén secreto llamado vía 61 en 1910 para transportar a los presidentes en tiempos de crisis. Se puede acceder a él por medio de una puerta de oro cerrada que se encuentra en la calle Cuarenta y Nueve, la cual conduce debajo del edificio Waldorf-Astoria.

—Nunca he estado en ese edificio.

—Ahora está bajo una nueva gestión.

—¿Qué monstruo está al cargo? —Porque Kierse no podía imaginarse que en los tiempos que corrían pudiese haber otra explicación.

—¿Tú quién crees?

—Luis —aventuró la joven.

Graves asintió.

—Compró el edificio, consiguió acceso al andén secreto y, en lugar de establecer su residencia en el ático, se refugió en el búnker.

—Cómo no. ¿Y supongo que la puerta de la calle Cuarenta y Nueve estará protegida con escudos?

—Así es. Tú podrás entrar y salir por ella, pero está sometida a una vigilancia constante. Necesitaremos una salida más segura.

Al menos en eso estaban de acuerdo. Las salidas eran la especialidad de Kierse.

Jason se lo había inculcado por las malas.



—El puesto de control está ahí delante —le dijo Graves, que por fin aminoraba el paso después de varias manzanas. Kierse podía escuchar voces procedentes del fondo del túnel—. Por ahí accederás al mercado de monstruos de la Tercera Planta y conseguirás acceso a la residencia de Luis a través de la vía 61.

Kierse y Graves se detuvieron cuando el puesto de control pasó a ser visible, pero se mantuvieron ocultos. La joven había visto una foto del lugar. Aun así, fue decepcionante. Le hubiera gustado que se tratase de un arco con filigranas, con una luz azul brillante en el interior o algún tipo de sustancia que se desvaneciera ante su contacto. No obstante, se trataba de un simple túnel con monstruos pululando por allí, con guardias patrullando y algún tipo de maquinaria. Si los duendes guardias no hubieran estado allí, Kierse jamás habría adivinado que se tratase de un puesto de control hacia la guarida de los monstruos.

—¿Cómo funciona?

—Walter ha grabado los escudos en las paredes —le explicó el hechicero. Kierse alargó el cuello y vio unas marcas en la pared que podría haber obviado fácilmente bajo circunstancias normales.

—Así que son bastante potentes.

Graves asintió.

—Los grabados siempre son más permanentes. Teniendo en cuenta lo que emplea para controlar todos esos escudos esparcidos por la ciudad, imagino que necesita grabarlos o, de lo contrario, no podría mantenerlos todos.

—O es más poderoso de lo que tú crees.

Graves la atravesó con la mirada.

—Lo dudo.

—Siempre tan seguro de ti mismo.

El hechicero sonrió.

—Y con buenas razones. —Señaló hacia la máquina que Kierse había visto antes—. El ordenador es lo que controla los escudos.

Kierse frunció el ceño. Sabía bastante de tecnología como para acceder al sistema si era necesario. Lo que no entendía era cómo había construido eso, y mucho menos qué tipo de poder había necesitado Walter para canalizar su magia en ese dispositivo electrónico. Ella ni siquiera era capaz de proteger su caja de madera con un escudo.

—¿Cómo controla los escudos?

—No tengo ni idea —admitió Graves a regañadientes, apretando la mandíbula—. Walter también ha diseñado el sistema informático. Necesita un modo en el que la gente pueda entrar y salir de los bajos fondos sin tener que desactivar sus escudos.

—¿Tanto te odia que lo ha protegido todo para que tú seas el único que no pueda entrar?

—Esa es una forma de verlo —dijo Graves en un tono seco.

—¿Y qué otra forma hay? Lo echaste y lo abandonaste en mitad de su formación —le dijo la joven—. No me sorprende que quiera mantenerte alejado.

—Sí, bueno, siempre he dado por sentado que lo hacía porque soy poderoso.

Kierse rompió a reír.

—Seguro que eso tampoco ayuda.

—En fin, al principio Walter dejaba abiertos varios puntos clave para que pasara la gente. Pero había que cachearla, y eso no les gustaba a los visitantes, así que acabaron quejándose.

—Así funciona el servicio de atención al cliente —masculló Kierse.

—Su solución fue lo de la máquina. La máquina registra a la gente, la gente paga una tasa y se le proporciona una tarjeta de acceso. Solo tienen que pasarla por la máquina y ya pueden atravesar los escudos. Es como una tarjeta del metro.

—¿Y nadie se quejó de eso?

—A la gente le gusta la exclusividad.

—Por supuesto. ¿Y tengo que robar una de esas tarjetas? —preguntó mientras examinaba a la multitud que no hacía más que aumentar.

Graves sacó una tarjeta.

—Esa era mi última tarea. Estuve trabajando en ello el día del museo. Conseguí que te hicieran una.

Kierse se la arrebató de la mano con un gesto triunfal.

—¿Esto me ayudará a entrar?

—Mi contacto me aseguró que haría que el sistema te reconociera, pero que no podía hacer

nada con los escudos. Solo Walter puede codificarlos. Cada persona cuenta con su propia tarjeta, pero, al final, son los escudos los que tienen que permitirles el acceso.

—Conque podemos engañar a la máquina, pero no a la magia —musitó ella.

—Correcto. Y el motivo por el que necesitaba a una rompescudos era porque los escudos están grabados y escritos con el objetivo específico de no dejarme entrar a mí.

—La cagaste mucho con Walter, ¿eh? —le dijo Kierse.

Graves se cruzó de brazos y no dijo nada. Ni siquiera podía negarlo.

La ladrona observó el puesto de control durante un par de minutos mientras los monstruos pasaban sus tarjetas y accedían al interior. ¿Acaso los escudos se desactivaban cada vez que alguien pasaba su tarjeta y se aprobaba su acceso? ¿O solo podía pasar el monstruo en particular que ostentara esa tarjeta y esta no era más que una medida de protección? Fuera como fuese, su funcionamiento tenía que ser bastante simple si lo había hecho con un código. La joven sabía cómo *hackear* un código, pero no cómo crearlo. Un programador que también tuviera poderes mágicos seguramente podría hacerlo con gran facilidad.

—¿Reyezuelo? —inquirió Graves.

Kierse parpadeó y lo miró a los ojos.

—Estaba analizando la situación. Tengo que echarle un vistazo más de cerca a la máquina y probar los escudos. ¿Crees que la tarjeta desactiva momentáneamente los escudos o que solo deja que esa persona en particular los atraviese?

Graves se relajó ligeramente al ver cómo Kierse ponía en práctica su especialidad. Como si confiara en que la joven supiera lo que estaba haciendo.

—Lo último —le aseguró Graves—, Activar y desactivar los escudos que están grabados de esa forma es casi imposible, sobre todo por la gran cantidad que mantiene. La máquina es la solución alternativa que ha encontrado para permitirle a la gente que los atraviese.

—Pero Walter no sabe de mi existencia.

—No.

La ladrona esbozó una sonrisa peligrosa mientras escudriñaba a la multitud.

—Entiendo. ¿Y de dónde viene toda esa gente?

Había dos duendes fornidos que portaban unas MI 6. Una mujer ataviada con un vestido lencero se balanceaba sobre sus pies acompañada de un vampiro que lucía un traje del siglo XIX y que la agarraba por la nuca. Una pareja se abrazaba mientras todos los demás mantenían las distancias con ella. Kierse se estremeció un poco cuando se dio cuenta de que se trataba de un súcubo y de un íncubo. Ni siquiera a la mayoría de los monstruos les gustaban los depredadores sexuales, que casi siempre trabajaban en pareja. Por último, vio a un grupo con aspecto de capullos que se reían y hacían el tonto. Eran de esos que tenían más dinero que sentido común.

Kierse no sabía qué perversos apetitos los habrían llevado hasta allí abajo cuando podrían divertirse perfectamente en la superficie. No había más mujeres humanas haciendo cola, solo la que iba con el vampiro.

—La entrada principal se encuentra en un túnel privado en Grand Central, pero hay cientos de túneles que desembocan aquí. Creo que por eso Walter escogió este lugar para establecer uno de sus puestos de control.

Kierse se mordió el labio y luego rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar una goma para el pelo. Necesitaba parecer algo menos femenina. Se retiró las horquillas y se las guardó bajo las

mangas. Se echó el pelo hacia delante, hacia los ojos, para conseguir un aspecto desaliñado, y se ató el resto hacia atrás en una coleta. Utilizó un par de horquillas de las que solía usar para colarse en las casas para sujetarse el resto del cabello. Luego, se subió la capucha de la chaqueta.

El gran problema era su altura. Tenía una estatura media para una mujer, pero era bajita para ser un hombre. Aunque tal vez pudiera pasar por un chaval intrépido.

—¿Qué pintas tengo?

—Parece que vayas a meterte en un lío.

Kierse le guiñó un ojo.

—Por favor, confía un poco más en mí.

Luego, siguió a una figura que pasó por delante de ella.

—Mantén el móvil encendido —insistió Graves.

La joven se dio un golpecito en el bolsillo para indicarle que lo había escuchado. Sin embargo, por lo demás, había desterrado completamente a Graves de su mente. Ya le había contado el plan. Kierse sabía cómo ejecutarlo. Se camufló entre los chavales con aspecto de capullo. Avanzó y se chocó con el que tenía más cerca.

—Ah, perdona.

—Eh, tío, no pasa nada —le respondió el tipo entre risas.

Kierse le apoyó una mano en el hombro y mantuvo la mirada gacha mientras le introducía una mano en el bolsillo trasero.

—Siempre acabo chocando con alguien.

Pero el chaval ya había dejado de prestarle atención. Ni siquiera había sentido cómo le quitaba la cartera. Había estado demasiado concentrado en el empujón, en la mano sobre su hombro. Una distracción. Una mano ágil. Kierse se plantó delante de él y se aseguró de haber perdido de vista a esos chicos antes de registrar la cartera y dar con la tarjeta de acceso. No estaba de más contar con una segunda tarjeta. Además, causaría una distracción detrás de ella cuando el chico se diera cuenta de que la había perdido.

El vampiro pasó por delante de Kierse y pagó extra por la chica que lo acompañaba. La ladrona observó la máquina con una mirada curiosa mientras el dispositivo los dejaba pasar a ambos. No vio que la máquina o los escudos hicieran nada más que mostrar una fotografía de la persona y luego emitir una luz verde para indicar que podía pasar. Y entonces, llegó su turno.

Contuvo el aliento al acercarse a la máquina. Si la tarjeta daba error o no lograba atravesar los escudos, entonces la descubrirían. Tal vez Walter y el rey Luis incluso descubrieran que Graves y ella estaban intentando acceder a los bajos fondos. Pero, si no lo intentaba, nunca sabría si sería capaz de acceder.

Por fin, pasó la tarjeta por la pantalla táctil. Con el corazón en la garganta, contempló cómo aparecía una fotografía suya en la pantalla y luego parpadeaba una luz verde.

—Adelante —masculló el duende que vigilaba el puesto de control.

Kierse sonrió para sí misma. Sin embargo, la verdadera prueba era la que tendría lugar a continuación. El contacto de Graves la había ayudado a engañar a la máquina. Ahora era su magia la que tenía que hacer el resto.

Avanzó por el puesto de control. Casi podía leer los grabados de la pared ahora que sabía lo que tenía que buscar, pero quedaban lejos de su alcance. Los escudos de Walter eran únicos, igual que a los de Graves los representaba el acebo y a los de Imani, el sankofa. Kierse podía distinguir

lo que parecía ser un símbolo solar en su centro. Se preguntó qué relación guardaría Walter con ello.

Tras respirar hondo, aguardó para comprobar si podía sentir cómo su piel absorbía la magia, pero la sensación fue la misma de siempre. No sintió en absoluto los escudos de Walter mientras absorbía la magia y cruzaba al otro lado. Primera prueba superada.

Miró hacia atrás una única vez para ver a Graves observándola. Parecía hambriento. Esa era una victoria para ambos. Y de las grandes.

Ahora, a la Tercera Planta.



Desde el túnel no se accedía directamente al mercado.

Kierse tuvo que dar vueltas durante un rato hasta dar con él. Suprimió su miedo y acabó maravillada por el mercado que tenía delante. Era una caverna subterránea tan grande que no podía ver ni dónde acababa. Era oscura, siniestra y, al mismo tiempo, llena de vida. Y de monstruos. Estaban por todas partes.

Habían construido unas estructuras sólidas alrededor del perímetro, mientras que el interior contaba con carpas y chabolas levantadas a toda prisa. Kierse se desplazó con la muchedumbre mientras se adentraba en el bullicio del mercado. La avenida principal la condujo hacia el centro de la plaza, donde, en mitad de una hilera de comercios, se encontraba una estatua de Coraline LeMort.

La joven parpadeó, confusa. No quería llamar la atención, pero ¿qué leches hacía una estatua de Coraline en los bajos fondos? Esa mujer era un símbolo de la revolución y la paz. Su estatua en el exterior del Met había sido erigida después de la Convención de Coraline, cuando la Guerra de los Monstruos estaba llegando a su fin. Los bajos fondos eran la antítesis de todo aquello. El rey Luis y los Hombres de Valor querían acabar con el Tratado.

La curiosidad la sobrepasó y Kierse se acercó a la estatua para leer la placa que quedaba a los pies de Coraline.

La mejor recompensa es aquella obtenida del sacrificio.
—Coraline LeMort

Conque el rey Luis consideraba la muerte de Coraline un símbolo de esa nueva revolución que tanto anhelaba, la veía como un mal necesario, y había tergiversado sus palabras para que encajaran con su objetivo. Típico.

Kierse apretó los dientes y se dio la vuelta, encontrando así un túnel oscuro bloqueado por unas elaboradas puertas doradas rodeadas por escudos. La joven pudo ver la imagen de un sol en el centro, igual que en el puesto de control. Eran los escudos de Walter. En la parte delantera de la puerta se encontraba el símbolo de los Hombres de Valor: unas alas de ángel atravesadas por una flecha.

Unos trols gigantes a cada lado de la entrada lanzaban miradas de desaprobación a cualquiera que se acercara demasiado. Ese debía ser el camino que llevaba a la residencia del rey Luis. No intentaba mantener ese lugar oculto. ¿Y por qué iba a hacerlo si estaba en la cumbre de su poder?

Con el objetivo de evitar las miradas de los trols, Kierse volvió a mezclarse con la muchedumbre del mercado, reconociendo el terreno tal y como Graves le había sugerido. Se camuflaba bien entre el gentío. Había bastantes hombres o monstruos con la capucha puesta, ocultando su rostro y manteniéndose al margen. Sin llamar la atención, Kierse memorizó todo lo que la rodeaba para contárselo luego a Graves.

Le costaba imaginarse que ese espacio había sido en el pasado un sótano de Grand Central. Era evidente que el lugar había sido reducido a cenizas y reconvertido en ese enorme mercado de monstruos. Pudo ver vestigios del pasado en el sistema de ventilación, por donde salía el aire de la caverna, y antiguos espacios de trabajo humanos que habían sido reutilizados como puestos de venta.

Pasó por delante de un comerciante de carne e intentó que el asombro no se le reflejara en el rostro. El cambiaformas que dirigía el lugar estaba sirviendo carne cruda, y los monstruos sentados en taburetes daban buena cuenta de ella. La joven juraría haber visto algo ligeramente parecido a la carne humana sobre uno de los platos, que no era legal desde la implantación del Tratado de los Monstruos. Pero nadie vigilaba ese lugar.

El siguiente puesto contaba con pociones y elixires. Había un caldero negro de bruja del que salía niebla. Kierse se preguntó si solo serviría para crear una determinada atmósfera en el puesto o si de verdad estaría elaborando algo. También se preguntó lo que opinaría la doctora Mafi sobre ese estereotipo.

Siguió adelante. Vio varias cabezas decapitadas, bolsas de sangre y baratijas de todas las formas y tamaños posibles que prometían a su portador todo tipo de propiedades mágicas. El siguiente puesto llamó su atención y examinó las armas en él con gran placer. Cuchillos, espadas y dagas. Pistolas, ametralladoras e incluso un lanzagranadas.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó el hombre que trabajaba en ese puesto.

Kierse se sobresaltó cuando levantó la mirada. No se trataba de un hombre. Era un fénix. Una

extraña raza de monstruo que podía transformarse en un ave gigante y arder hasta convertirse en cenizas. Lo que omitían las historias de antes de la guerra era que un fénix también podía emplear el fuego para reducir a otros a cenizas.

—Mmm, no, gracias —se apresuró a decir Kierse. Aunque sus dedos anhelaban tomar algo de la mesa, no tenía muchas ganas de acabar achicharrada.

Analizó el mercado y dibujó planos en su mente. Era más grande de lo que había anticipado y podría haberse pasado días recorriéndolo, pero tenía dos objetivos principales: explorar el lugar y encontrar un modo de colar a Graves allí dentro.

Sin embargo, no podía evitar tener un tercer motivo para estar allí abajo. Nate había descubierto que cuando Torra había sido secuestrada la habían llevado a la Tercera Planta, pero nunca habían encontrado el modo de entrar allí. Nate simpatizaba demasiado con los humanos. Había ayudado a la redacción del Tratado de los Monstruos. Nadie iba a dejarlo entrar allí abajo, ni a él ni a ninguno de los suyos, aunque hubieran tenido alguna idea de por dónde empezar a buscar. Ahora adquiría sentido que nunca hubieran podido colar a nadie allí.

Y Kierse sabía que el capullo que se había llevado a Torra era un monstruo llamado Orik Thompson. Había encontrado ese nombre y un número de teléfono en un trozo de papel en el piso abandonado de Torra. Lo había investigado y había descubierto que se trataba de un vampiro conocido por traficar con humanos en la Tercera Planta.

Tal vez lo último que debía hacer era ponerse a buscar a alguien como Orik Thompson, pero quizás esa fuese su única oportunidad para obtener respuestas… o para matar al monstruo que le había hecho eso a Torra.

Con la capucha casi cubriéndole los ojos, ignoró a los monstruos que pasaban por allí y que se encaminaban hacia el bar más cercano. En la superficie, esos lugares solían ser una fuente constante de información, y Kierse dudaba que allí abajo fuera distinto. Un trol torpe estuvo a punto de chocar contra ella. Un sireno musculoso y sin camiseta pasó tan cerca que Kierse percibió el olor a mar. Un hombre lobo caminó al acecho junto a ella. Durante eones, los vampiros y los hombres lobo habían estado librando entre ellos su propia guerra. El Tratado debía de haber cabreado a un montón de monstruos como para que un hombre lobo estuviera en el mercado de un vampiro.

Por fin, Kierse llegó a un bar con un nombre muy acertado: La Sangre. El lugar era exactamente igual que cualquier bar de mala muerte de la superficie, salvo por los monstruos y las jarras llenas de lo que parecía ser sangre humana de barril. Kierse tomó asiento en un rincón y pidió una cerveza que luego se negó a tocar. Permaneció allí sentada el tiempo suficiente como para que el camarero la ignorase y ella pudiera escuchar a un duende que hablaba de más sobre los cuarenta y ocho acres de terreno que el rey Luis tenía allí abajo y que, aun así, no encontraba un espacio para su nuevo negocio de matanzas humanas. No lo formuló exactamente así, pero fue tanto asqueroso como aterrador pensar en el alcance que tendría el rey Luis si había dejado que Walter se encargase de sus casi cincuenta acres de propiedad además de sus dependencias privadas.

Al fin le llegó a Kierse su oportunidad cuando el camarero se acercó a ella para ver si quería beber algo más. La joven le entregó un billete de cincuenta dólares y se inclinó hacia delante.

—Lo cierto es que me gustaría saber dónde puedo encontrar a alguien.

El monstruo aceptó los cincuenta dólares y aguardó expectante.

—Depende de quién se trate.

—De Orik Thompson.

El camarero volvió a extender la mano para pedir más dinero y Kierse le entregó otro de cincuenta. Menos mal que, cuando había ocultado sus armas entre la ropa, también se había guardado dinero en metálico en el bolsillo.

—Claro. Orik trabaja aquí al lado. —El camarero la miró de arriba abajo con grosería—. ¿Por qué? ¿Buscas un empleo?

—No, gracias —respondió ella, entregándole otro billete—. ¿Me indicas cómo llegar?

—El local se llama Terciopelo Rojo. —Sonrió mientras le explicaba cómo llegar hasta allí.

—Vale. ¿Y cómo lo reconoceré? —Otro billete.

—Es imposible no reconocerlo. Bajito y calvo con una gran barba larga y rubia. —El monstruo sonrió y le mostró sus afilados colmillos de vampiro—. Le gustarás, no sé si me entiendes.

La joven temía entender demasiado bien qué le había querido decir. Al menos tenía una pista. La primera desde hacía un año. Era hora de obtener algunas respuestas.

Soltó más dinero en la hucha de las propinas al marcharse.

—Olvida que te he preguntado nada —añadió.

El camarero se despidió de ella como de cualquier otro cliente.

Las indicaciones que le había dado eran buenas, y Kierse no tardó en recorrer el mercado hasta encontrar el lugar de trabajo de Orik. Se le heló la sangre al ver aquel sitio. Había sido consciente de quién era el monstruo y de los crímenes que había cometido, pero verlo en persona hacía que todo fuera mucho más real.

El Terciopelo Rojo era un burdel de vampiros. Los humanos colgaban de las ventanas, con los cuerpos expuestos y exhibiendo los cuellos. El lujoso interior rojo creaba un gran contraste con los tonos negros y grises oscuros del resto del mercado.

¿Era allí a dónde habían llevado a Torra? ¿Había sido vendida a esa gente?

Se ponía furiosa solo de pensarlo, pero ya no podía hacer nada más que aprovechar esa rabia y repulsión.

En primer lugar, había llegado la hora de mantener una pequeña charla con Orik Thompson. Quizás una bala no matara a un vampiro, pero seguramente sí que lo ralentizaría lo suficiente como para que Kierse pudiera cortarle la cabeza.



Orik Thompson era un lacayo.

El hecho de que Kierse hubiera llegado a pensar durante todo un año que se trataba de un pez gordo dentro de ese juego hizo que se le revolviera el estómago. El burdel ni siquiera era suyo. Tan solo secuestraba a gente de la superficie y mantenía un suministro constante de humanos para los vampiros que estaban allí abajo. Era uno de los muchos matones que trabajaban para el verdadero dueño del Terciopelo Rojo.

La joven tardó mucho más de lo que había anticipado en conseguir quedarse a solas con Orik. Lo siguió cuando salió por la puerta trasera del burdel con algunos otros vampiros que gritaban lo bien que se lo habían pasado. Kierse quiso cargárselos en ese mismo instante.

Por desgracia, no podía montar ningún numerito. Hacía eso por venganza, pero tampoco era tonta. No podía poner en riesgo la misión de Graves. Aún tenía que conseguir acceder por sus propios medios a la Tercera Planta y encontrar una salida para ayudar al hechicero a entrar allí abajo. Se estaba quedando sin tiempo, pero ahora que sabían que la joven podía entrar, podía alargar la misión de reconocimiento todo el día.

Los otros vampiros le dieron a Orik una palmadita en la espada y él continuó a solas a través

del mercado. Kierse lo seguía a una distancia considerable. Ese hombre era un vampiro tosco, exactamente como lo había descrito el camarero, de complexión robusta y entrecejo arrugado, como si lo hubieran convertido en vampiro cuando ya había pasado muchos años siendo humano. Sin embargo, eso no lo hacía parecer menos letal.

Cuando entró en un callejón vacío y sacó un cigarrillo, Kierse aprovechó su oportunidad. Comprobó el silenciador de su pistola antes de pegarle un tiro en la pierna.

Orik soltó un chillido, cayó al suelo y se agarró la rodilla. No permanecería mucho tiempo allí tirado. Kierse tenía que darse prisa.

Salió de entre las sombras y se plantó a su lado, liberando toda la energía que había acumulado durante ese último año. No le dio al monstruo ni un segundo para hablar antes de hundirle un puño en la cara. No le hizo suficiente daño. Había un motivo por el que Kierse no solía enfrentarse a los monstruos. No de esa forma. Normalmente apostaba por el sigilo, no por el músculo. Pero esa vez no importaba.

—¿Qué coño? —gritó Orik.

Kierse sacó dos cuchillos, fuertes y resistentes, de la chaqueta. Los colocó cruzados sobre el cuello de Orik.

—Hace un año trajiste aquí abajo a una mujer —gruñó la joven.

Orik rompió a reír. Contaba con una bala en la pierna y cuchillos sobre la garganta, y, aun así, seguía teniendo la osadía de reírse.

—Traigo a muchas chicas hasta aquí.

Tal vez Kierse debería haberlo matado y se acabó. Un capullo menos en las calles. Pero, joder, cuánto deseaba obtener respuestas.

—Una mujer —lo corrigió—. De poco más de metro y medio con el pelo rosa y un corte *pixie*, y los ojos azules.

El vampiro volvió a reír.

—Quizás la traje yo. ¿Quién sabe?

Kierse sintió cómo la furia le recorría las venas. Le pateó la herida de la rodilla y él gritó de dolor.

—Tal vez quieras reconsiderar si lo recuerdas o no.

—¡Hay muchas chicas! También chicos —gritó Orik—. No los recuerdo a todos.

La ladrona entornó la mirada y se preguntó si habría cometido un error. ¿Le estaría mintiendo? ¿Estaría haciendo tiempo para recuperarse antes de abalanzarse sobre ella? ¿Sería simplemente así de despiadado? ¿Podía ser cierto todo eso?

—Torra. Se llamaba Torra Hastings —le espetó Kierse—. ¿Te suena?

Orik abrió mucho los ojos. Ese nombre significaba algo para él.

—Ah, ¿Torra? —preguntó, profiriendo otra estúpida risa—. Pues claro que conozco a Torra.

Kierse parpadeó. Había dicho «conozco». Conocía a Torra. No tenía ningún sentido. Su cerebro era incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo lo bastante rápido.

—¿Qué le hiciste, capullo?

—Se la entregué al rey Luis, por supuesto —dijo con una sonrisa malvada—. Es a él a quien los trabajadores del Terciopelo Rojo le debemos todas nuestras deudas.

El rey Luis.

A Kierse se le heló la sangre. Debería haber sabido que todo eso la llevaría directa a él. Al

verdadero villano y cabecilla de la Tercera Planta y de toda su depravación.

—¿Qué ha sido de ella?

—La última vez que la vi, estaba en su descanso —dijo Orik.

—¿Descanso?

—En el Terciopelo Rojo.

De pronto, todas las piezas encajaron. El vampiro conocía a Torra. No en el pasado, sino en el presente. Estaba sometida al rey Luis. En ese instante estaba en su momento de descanso. En el Terciopelo Rojo. Torra estaba allí ahora. Seguía viva.

Kierse apartó la mirada de Orik y la dirigió hacia la monstruosidad roja que quedaba en la distancia. Torra seguía con vida.

Y en ese momento, Orik la atacó. Gruñó y se abalanzó sobre ella. Sus dientes de vampiro se afilaron y alargaron al utilizar toda su fuerza para intentar derrotar a Kierse.

A la joven la había distraído esa revelación, pero el instinto se apoderó de ella. Pasó a verlo todo a cámara lenta justo antes de que el vampiro pudiera alcanzarla. Se giró hacia él y se echó a un lado antes de que la tocara. El brazo de Kierse siguió la trayectoria del vampiro y, como este no había anticipado que la joven contara con ningún tipo de velocidad sobrenatural, chocó contra él. La fuerza de la cámara lenta de la ladrona colisionó con la rapidez vampírica, y el cuchillo le atravesó a Orik la yugular.

El vampiro formó una «o» de asombro con la boca antes de perder la cabeza.

—Mierda —siseó Kierse.

Se apartó de un salto para evitar que le salpicase la sangre y lo consiguió por unos milímetros. El vampiro estaba muerto. Kierse había *matado* a un *monstruo en territorio de monstruos*. Ese parecía un lugar sin ley, pero tenía que largarse cagando leches de la escena del crimen por si acaso fueran en busca de la persona que se había cargado a uno de los lacayos del rey Luis.

No se arrepentía en absoluto de haberlo matado. No podía arrepentirse. No era solo por Torra, sino por toda la gente a la que Orik había raptado a lo largo de los años. Por todos los humanos a los que había tratado como esclavos. En su honor. Hasta nunca, Orik.

De todas formas, ahora tenía una nueva misión.

Debía encontrar a Torra y sacarla de allí.



Kierse pisó con fuerza el suelo con sus botas mientras volvía sobre sus pasos hacia el burdel. No sabía cuánto tiempo le quedaría antes de que encontraran el cadáver de Orik. O si acaso a alguien le importaría. Era un riesgo. Ahora le tocaba improvisar un plan.

Cruzó la puerta trasera del burdel sin que nadie la detuviese. Había pasado años en el de Colette y sabía que la mejor forma de entrar y salir sin levantar sospechas siempre era por detrás. Los trabajadores eran de más ayuda que los matones. Kierse adoraba a los Roulettes, pero solo eran matones a sueldo. Y los matones a sueldo no dejaban entrar a nadie que pudiera joderles el negocio.

Un grupo de trabajadores se hallaban sentados en una sala en la primera planta. Kierse asomó la cabeza y mantuvo la voz baja y firme.

—Ey —los llamó. El grupo miró en su dirección, se dio cuenta de que no se trataba de una empleada ni de una posible clienta debido a su atuendo, y la ignoró. Entonces, Kierse usó la única baza que tenía—: Orik me ha dicho que Torra está en su descanso. ¿La habéis visto?

—Seguramente esté en su cuarto —dijo un hombre que estaba recostado sobre un diván.

—Segunda planta, tercera puerta a la izquierda —añadió una mujer.

—Gracias —respondió Kierse.

Subió por el tramo de escaleras de la parte trasera del burdel. Ese camino lo usaban sobre todo los trabajadores, pero, por suerte, estaba vacío. Kierse abrió la puerta de la escalera que daba a la segunda planta y echó un vistazo. Esperó hasta que una vampira pasó de largo antes de recorrer a toda prisa el pasillo y llamar a la puerta de Torra.

Hasta ese momento, había estado avanzando movida por pura adrenalina. La noticia de que Torra no solo estaba viva, sino que había estado viviendo allí, en el Terciopelo Rojo, todo ese tiempo le cayó como una jarra de agua fría mientras esperaba a que abriera la puerta. Habían traficado con ella. La habían raptado en su casa y la habían obligado a trabajar en ese burdel sangriento. Y Torra había sobrevivido a ello durante todo un año. Un puto año entero.

Mientras tanto, Kierse había estado en la superficie, viviendo su vida e intentando seguir adelante, creyendo que Torra estaba muerta. Ese pensamiento la dejó destrozada. Una lágrima apareció en su ojo, pero la joven se la secó enseguida. No podía venirse abajo. Aún no. Al menos, no hasta que hubiera sacado a Torra de allí.

La puerta se abrió de golpe y Kierse contuvo la respiración.

Torra estaba frente a ella. Su cabello, que antes había sido rosa, era ahora castaño oscuro con las puntas rubias. Sus ojos azules destacaban contra su piel blanca como la crema, tan pálida que Kierse podía verle las venas que tenía debajo. Era como si ese lugar le hubiera absorbido el color de la piel. Sin embargo, ese balanceo de caderas, esa cautelosa inclinación de cabeza, la turgencia de sus pechos bajo ese corsé rojo. Esas eran cosas que Kierse recordaba con claridad.

—¿Torra? —inquirió con un jadeo.

Torra abrió mucho los ojos.

—¿Kierse?

—Estás viva —le dijo la ladrona, tras lo cual se llevó una mano a la boca.

—¿Qué haces aquí? —Torra la agarró del brazo y tiró de ella para meterla en su dormitorio. Cerró la puerta de golpe y se apoyó contra ella, como si tampoco pudiera mantenerse en pie tras haber visto a Kierse.

La ladrona la recorrió con la mirada como si fuera un fantasma que hubiera vuelto a la vida. Estaba igual y, al mismo tiempo, completamente cambiada. Más frágil, más delicada y con las inconfundibles marcas blancas de mordiscos a lo largo de todo el cuello y de sus finas muñecas. No obstante, seguía siendo ella.

—Torra, estás viva —repitió Kierse.

No pudo contenerse. Avanzó hacia la otra joven y la tomó entre sus brazos. Durante el último año había creído que estaba muerta. Era la última persona con la que había mantenido una relación. Después de ella, había tirado la toalla. Torra y Kierse no habían sido perfectas. Se habían peleado y las pequeñeces siempre acababan haciéndose bola entre ambas. Pero Kierse nunca había querido que muriera. Y tampoco había querido que pasara por todo aquello.

—Estoy viva, estoy viva —dijo Torra, secándole a Kierse una lágrima que le caía por la mejilla.

—No me puedo creer que estés aquí —confesó la ladrona—, Tenemos que sacarte de este sitio. Acabo de matar a un vampiro y…

—¿Que has hecho qué? —jadeó Torra.

—He matado al puñetero vampiro que te hizo esto, Tor. —Se enderezó, obligándose a

calmarse—. He arrinconado a Orik Thompson en un callejón y le he cortado la cabeza cuando ha intentado abalanzarse sobre mí.

—Madre mía. —A Torra le temblaron los labios—. Me alegro de que esté muerto. Me alegro, Kierse, pero en cuanto encuentren su cadáver cerrarán a cal y canto este lugar. Tienes que largarte de aquí.

—¡No pienso irme sin ti! —insistió Kierse—. Voy a sacarte de este puto lugar.

—¿Y adónde vamos a ir? ¿Tienes algún plan?

—Joder —espetó ella.

Sí que había tenido un plan.

El que le había indicado Graves. Y ese plan consistía en encontrar una puñetera salida.

Era importante, siempre había sido lo más importante para el éxito de esa misión. Pero ahora se había transformado en otra cosa. Ahora tenía que sacar a Torra. No había creído que seguiría viva, así que ni siquiera se había planteado que antes necesitaría una salida. La propia Kierse tenía un modo de salir de allí, pero no podía llevar a nadie con ella. Y nunca se había odiado a sí misma tanto por ello.

—Puedo sacarte. Solo necesito más tiempo —le aseguró—. Podemos esconderte hasta que encuentre la forma.

—No puedes esconderme. Estoy bien. Estoy a salvo. Estoy viva.

—Tor —le dijo Kierse mientras se secaba de nuevo los ojos—. Aquí no estás a salvo. Por favor.

—No, escúchame. Tienes que salir cagando leches de aquí y ya luego encontrarás un modo de sacarme a mí. Me da igual que le deba servidumbre al rey Luis y que tal vez me descubra y me mate si me marcho.

—No te encontrará. Voy a matarlo.

Entonces, Torra pareció aterrorizada.

—Te creo, pero antes tenemos que sacarte de aquí. Regresa. Encuentra una salida. Después, te acompañaré. Pero no podré vivir conmigo misma si te atrapan y te meten aquí también. Esto sería mucho peor si tú estuvieras aquí.

Una alarma sonó por todo el burdel. Kierse se sobresaltó a causa del repentino sonido.

—Lo saben. Ya saben que está muerto —declaró Torra. Su tono era desesperado y horrorizado. Empujó a Kierse hacia la puerta—. Vete, por favor.

—Encontraré el modo de sacarte de aquí —le prometió—. Te lo juro. Pienso volver a por ti.

Torra la envolvió entre sus brazos una vez más.

—No mueras, por favor.

Entonces, Torra la agarró y la arrastró consigo fuera de su dormitorio.

Kierse salió de allí detrás de ella. El burdel estaba sumido en el caos, prácticamente igual que la noche del ataque de bandas en el de Colette.

—Por aquí —le indicó Torra.

La ladrona la siguió hasta la escalera que había tomado antes para ir a verla. La bajaron a toda prisa dejando atrás a otros trabajadores nerviosos. Nadie miró a Kierse ni una sola vez mientras estaba con Torra. Pero la joven sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que un vampiro comenzara a interrogar a los trabajadores y la descubriesen allí.

—Por aquí —le dijo Torra.

Tomaron un camino distinto al que transitaba el resto de la gente y llegaron a una salida lateral. «Menos mal que Torra conoce otra salida».

—Ahora, vete.

—Volveré —le prometió Kierse.

—Gracias —respondió ella con lágrimas en los ojos.

Kierse le dedicó un último vistazo a su exnovia. Vio la lágrima que le caía por la mejilla, lo enrojecidos que tenía los ojos, el terror en su rostro y cómo le temblaba el cuerpo demasiado delgado. Memorizó el aspecto que tenía Torra en ese momento porque ese era el verdadero precio del poder del rey Luis.

Esa era su verdadera crueldad. Kierse quería conseguir la lanza por muchos motivos. Por dinero, para obtener seguridad para la familia que ella misma había elegido, para la colección de Graves, para mantenerla alejada del alcance de los monstruos que podrían comenzar una nueva guerra con su poder.

Pero eso… Aquella era la verdadera consecuencia del reinado de ese monstruo.

Kierse había querido conseguir la lanza para terminar ese trabajo.

Ahora la quería para cortarle con ella el puto cuello al rey Luis.



Kierse eludió a los vampiros que hacían guardia y que habían cerrado el Terciopelo Rojo a cal y canto. Sin embargo, el resto de la Tercera Planta parecía continuar como si nada hubiera pasado. ¿Qué importancia tenía un vampiro muerto en un lugar en el que se servía carne fresca y sangre en cada rincón? Kierse estaba afectada, pero al menos debía asegurarse de cubrir su rastro.

No se había manchado de sangre. El callejón había estado oscuro y ella había llevado puesta la capucha. Si hubiera cámaras, tal vez la habrían pillado, pero Kierse no había divisado ninguna en la penumbra. De hecho, no las había visto en ningún sitio salvo en las puertas de la residencia de Luis. Como si lo único que le importara a aquel vampiro en ese mundo sin ley fuese su propio bienestar. El muy cabrón.

Una vez que todo se hubo calmado, la joven le envió un mensaje a Graves para informarle de que estaba de camino y volvió sobre sus pasos por el largo pasillo que conducía al puesto de control. Pasó la tarjeta de nuevo, atravesó los escudos y entonces estuvo al otro lado.

Graves la esperaba en la boca del túnel.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

—No ha salido según el plan —respondió Kierse. No lograba detener el temblor de sus manos.

Graves le vio la cara y el cuerpo tembloroso y le preguntó de un modo casi amable:

—¿Qué ha pasado?

—Aquí no —dijo ella.

Pero apenas fue capaz de pronunciar esas palabras.

Graves se limitó a asentir. Entendía la necesidad de mantener el secretismo más que nadie que la joven hubiese conocido. Incluso más que ella misma. Así que, cuando la guio lejos del túnel, Kierse lo siguió sin decir nada.

Necesitaba recomponerse. No podía venirse abajo. No podía perder el control. Tenía que regresar a la biblioteca, a la seguridad que le otorgaba la casa de Graves. A la seguridad que le otorgaba… el propio Graves.

¿Cuándo había comenzado a pensar en él como un lugar seguro? ¿Acaso no era un monstruo más? Pero en ese momento… no parecía serlo. Eso era todo lo que Kierse sabía.

Confiaba en él. No solo le había confiado su cuerpo la otra noche, sino también su seguridad, y ahora sus… secretos. Podía confiarle los secretos sobre Torra.

—Ya nos hemos alejado bastante —dijo Graves, obligándola a detenerse—. Estás temblando. Cuéntame qué ha pasado.

Kierse se apoyó contra la pared del túnel. Sí que seguía temblando, y no podía parar.

—Hace un año, estuve saliendo con alguien. Se llama Torra.

—De acuerdo —dijo Graves, desconcertado.

—Nos conocimos a través de los Temibles, y las cosas no tardaron en ponerse serias. Quiso que me mudara con ella. Quería una relación, una verdadera vida juntas —le explicó Kierse, recordándolo todo como si hubiera sucedido ayer—. Yo aún no estaba… lista para todo eso. Ella creyó que nunca lo estaría. Tuvimos una pelea gorda y me dejó. —Kierse miró a Graves a los ojos —. Y luego, desapareció.

—¿Desapareció? —le preguntó él.

—En la Tercera Planta.

Graves se quedó inmóvil.

—¿Y la has encontrado?

—Creía que estaba muerta, Graves —dijo con un nudo en la garganta—. Creía que se había ido para siempre. Los vampiros saquearon su piso y se la llevaron. Después de lo sucedido, encontré pistas, pero Nate no podía entrar en los bajos fondos. Y todo porque simpatiza con los humanos. No sabíamos lo de los escudos. Él perdió a un lobo que intentó acceder a los bajos fondos y tuvo que tirar la toalla. Ambos tuvimos que hacerlo.

—Mierda —susurró Graves.

—Así que esperaba encontrar a los responsables de todo y obtener respuestas.

—Nunca lo habías mencionado.

—Lo sé —respondió ella, dejándole ver la desesperación en su expresión, esa vulnerabilidad que rara vez le permitía ver a nadie—. No hablo sobre ella. Ni con Nate ni con Gen ni con Ethan.

—Pero me lo estás contando a mí —dijo Graves, despacio, mientras se iba percatando de lo que significaba.

—Quiero que lo entiendas.

—Sigue. —No lo dijo a la defensiva, sino con un tono reconfortante, como si Kierse pudiera hablar con él, como si las cosas siempre pudieran ser así.

—He dado con el vampiro que se la llevó. Lo he matado.

El hechicero esbozó una sonrisa peligrosa.

—Bien.

—¿No me juzgas?

—¿Por qué iba a hacerlo? Se lo merecía.

—Sí —dijo Kierse, dejando escapar el aire. No era su primer asesinato. Jason se había ganado aquel honor, pero ella siempre intentaba evitar esas situaciones. Nunca iba buscando ese tipo de problemas—. Sí, se lo merecía, y volvería a hacerlo.

—Yo lo haría por ti.

Kierse asintió y un entendimiento mutuo se impuso entre ambos.

—Me contó que Torra seguía viva. Y la vi en el burdel. Está trabajando para el rey Luis. —Sus ojos parecían arder mientras dejaba que Graves contemplara toda su furia. Él le respondió con su propia expresión vengativa—. Le he prometido sacarla de allí. Le he prometido encontrar una salida para ella. Y le he prometido matar al rey Luis cuando lo consiga.

Graves guardó silencio durante un momento antes de asentir.

—Él se lo ha buscado.

—Y tanto, joder.

—¿Y tú? —le preguntó, dando un paso hacia ella.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Estarás bien?

El fuego en la mirada de Kierse acabó extinguiéndose al contemplar los ojos de Graves. No le transmitían lástima, esa horrible palabra que la joven no podía aceptar. Le transmitían comprensión, aceptación, vulnerabilidad. Era un instante en el que ambos habían bajado la guardia tras una tragedia descompensada.

—No lo sé —admitió la joven.

—Ven aquí. —Graves alargó los brazos en su dirección.

Y, por un momento, Kierse no pudo asimilar ese ofrecimiento. No fue capaz de reconocer a ese Graves que le ofrecía consuelo y que no se parecía al monstruo inflexible que había conocido aquella primera vez. No podía creer que pudiera cambiar tanto por ella, o que ella pudiera cambiar tanto por él.

Quería hacerlo.

Quería que eso sucediera tanto como había querido el sexo.

Así que dio un paso hacia delante y dejó que la abrazara. Se estremeció ante el primer contacto, pero una vez que su calidez la envolvió, dejó escapar la última oleada de tensión de su cuerpo y se acomodó entre sus brazos.

Entonces, comenzó a llorar.



Después de otras tres visitas al mercado negro, Kierse no había descubierto nada. No había ninguna salida que no estuviese vigilada por uno de los puestos de control de Walter. Ninguna salida oculta. Ni siquiera rumores sobre cómo entrar sin ser detectado. Kierse siguió al gentío a través de otros tres puestos de control, pero esos no le habían dado más pistas que el que Graves le había indicado. La tarjeta de acceso que la joven había robado esa primera vez tampoco le había servido de nada.

Y se estaban quedando sin tiempo. Faltaban cuatro días para el solsticio de invierno.

Al menos, mientras se hallaba dentro de la Tercera Planta, podía confirmar que Torra seguía viva. Aunque fuese una tortura no poder sacarla de allí. Y si no lograba encontrar una salida a tiempo, todos sus planes se joderían. Graves no podría entrar con ella y Torra no podría abandonar aquel infierno.

Por ese motivo estaba de vuelta en la biblioteca de Graves, intentando dar con un modo de que todo eso funcionase. La puerta chirrió al abrirse detrás de ella y la joven olió la canela incluso antes de levantar la mirada.

—¿Qué es eso? —jadeó, sorprendida.

—Sustento —respondió Graves con una pequeña sonrisa que Kierse sabía que era específicamente para ella. No tenía ni idea de cuándo había empezado a darse cuenta de ello, pero conocía bien todos sus gestos.

—Huele delicioso.

Graves dejó un paquete sobre la mesa, al lado del mapa que Kierse había estado estudiando. En él aparecían cada entrada y cada ruta que el hechicero había descubierto para entrar y salir de los bajos fondos. La joven miró dentro del paquete y vio el *babka* de canela. El estómago le rugió al mismo tiempo que el corazón le daba un vuelco.

—*¿Babka?* —le preguntó.

—Tu favorito.

Así era. Pero Kierse no se había imaginado que fuera a traérselo, a pesar del cabreo que se había pillado cuando Lorcan le había enviado uno. A pesar de que ella había sufrido una crisis nerviosa y había sentido el calor de él como si fuera un bálsamo. Apenas podía creérselo.

—Gracias —susurró mientras cortaba un trozo de *babka* y se lo llevaba a la boca. Emitió un gemido al saborearlo. Había tenido que tirar la porción que le había enviado Lorcan antes siquiera de probarla. Y sabía mejor de lo que recordaba—. Qué bueno está.

Graves le dio un pequeño bocado a su porción y asintió en señal de aprobación.

—Ahora entiendo por qué te gusta.

—Es el mejor de la ciudad. —Kierse dio un par de bocados más mientras observaba el mapa —. Ese pobre hombre.

—¿A qué te refieres?

Kierse levantó la mirada.

—Espero que no lo acojonaras igual que hizo Lorcan.

Graves pareció ofenderse.

—No voy por ahí asustando a ancianitos.

—Eres bastante aterrador.

—Te agradezco el cumplido —le respondió sin interés mientras tomaba otra porción.

—Queremos que siga haciendo este bollo, así que espero que te cortaras un poco.

—Le pagué generosamente. —Graves la miró a los ojos—. Por ti.

Kierse tragó saliva y asintió, centrándose enseguida de nuevo en el mapa. Podía sentir la mirada de Graves fija en ella, pero no dijo nada. Solo aguardó su reacción.

—He estado pensado… —dijo Graves. Se acercó hasta acabar a su lado.

—Eso es peligroso —dijo Kierse.

Desde aquel momento que habían compartido en los túneles, la joven se sentía constantemente conectada a él. Como si entre ambos existiera un cordón que los uniera. Y cuando estaban tan cerca como en ese instante, su corazón comenzaba a latir con fuerza. Ni siquiera podía apartar la mirada de su rostro o del contorno de su cuerpo bajo ese traje.

—Tenemos que dar con esa salida.

—¿Y qué te crees que he estado haciendo? —le preguntó Kierse.

—No intento menospreciar tu trabajo de reconocimiento —le aseguró él.

—Muy bien. Si tienes alguna nueva sugerencia sobre cómo sacaros a Torra y a ti de ese sitio, soy toda oídos.

—Bueno, cuando creía que eras inmune, no estaba seguro de que pudieras usar a voluntad esa

habilidad pasiva. Si hubieras podido hacerlo, entonces podríamos haber probado si eras capaz de proyectar tu inmunidad sobre mí.

—Pues gracias por no habérmelo comentado.

—Una proyección como esa requiere de una magia avanzada. —Le recorrió el rostro con la mirada—. No tenemos tiempo suficiente para que adquieras ese nivel.

—Ni siquiera puedo proteger esa estúpida caja todavía —masculló la joven.

A pesar de haber estado trabajando en su magia durante las horas que no pasaba en los bajos fondos, Kierse no había avanzado nada. Comenzaba a pensar que lo de su absorción debía ser un poder tan pasivo como el resto de su magia. O que, como no era una hechicera, tal vez ni siquiera pudiera hacerlo.

—Quizás nos hayamos estado centrando en lo que no debíamos —confesó Graves.

—¿Acabas de admitir que estabas equivocado?

La sonrisa del hechicero fue breve mientras se inclinaba hacia ella.

—Desde luego que no. Lo que quiero decir es que, tal vez, necesitemos que te concentres en absorber la magia de forma activa. Quiero hacer pruebas para comprobar si tu absorción no solo puede eludir la magia, sino también desactivar escudos.

—¿Y cómo haría eso?

—Ahora mismo, la absorción es pasiva. Atraviesas mis escudos. Estos te dejan pasar como si nada. Absorbes toda aquella magia que te roce y sigues avanzando. Pero ¿y si pudieras absorber más magia de la que te roza? ¿Y si pudieras absorber el escudo por completo?

Kierse frunció el ceño.

—¿Crees que podría hacer eso?

—Si has pasado días intentando crear escudos y no lo has conseguido, entonces merece la pena probar con otra cosa.

—Muy bien. A estas alturas, estoy dispuesta a intentar lo que sea. —Giró el rostro hacia él y lo pilló recorriéndole la boca con la mirada. Entonces Graves se apresuró a apartar la vista como si no hubiera estado haciendo nada—. Y si lo consigo, ¿no crees que pasará lo mismo que con lo de los polvos de los deseos? ¿Que absorberé más de lo que puedo asimilar?

—Tus límites —declaró Graves—. Tendremos que averiguar cuánta cantidad puedes absorber. Cuando comiences a sentirte fatigada, nos detendremos.

—Eso suena muy divertido, pero si intento cruzar los escudos tras haber absorbido demasiada magia, ¿no comenzarán entonces a poder detectarme? Es decir, podría acabar atrapada en el interior de la Tercera Planta sin ningún modo de salir.

—Es posible —admitió Graves, despacio—. Demasiada magia puede anular tu sistema, pero no creo que los escudos de Walter sean tan potentes como para llevarte al límite.

—¿Por qué? Sí que son lo bastante potentes como para mantenerte a ti fuera.

Graves le dedicó una sonrisa con la que le mostró todos los dientes.

—Pero eso es porque me tiene miedo. Desconoce tu existencia. Además, llevas ventaja en esta situación porque sabes cómo liberar tu magia.

—¿Ah, sí? —preguntó Kierse, frunciendo el ceño.

—Puedes ir a cámara lenta, como ya me has dicho, para disipar parte de la magia que puedes absorber. Sospecho que ese es el motivo por el que te desmayaste.

Kierse se enderezó al escuchar eso. No se había planteado aquella opción.

—¿Y crees que funcionará?

—Tenemos que hacer muchas pruebas, así que pongámonos a ello.

Graves le hizo señas para que se acercase al centro de la biblioteca, donde había colocado la elusiva caja que Kierse había abierto la primera vez que se habían visto. La joven deseaba averiguar cómo proteger su propia caja, que ahora estaba en el piso de arriba.

—Ah, ¿vamos a volver a jugar a lo de abrir la caja? —preguntó profiriendo una pequeña carcajada.

—No exactamente.

—Voluntad, ¿no? —aventuró la joven—. Tengo que concentrarme, someter a la caja a mi voluntad para poder absorberlo.

—No, eso es para crear escudos básicos. Esto va más allá. —Graves apoyó la mano en lo alto de la caja—. Kingston te contó parte de esto, aunque no estoy seguro de que le prestaras atención. La magia se siente. Transmite una cierta sensación. Abre algo en tu interior.

—Sí que estaba prestando atención. ¿Qué sensación transmite la magia?

—La magia provoca sensaciones distintas, dependiendo de lo que sea capaz de hacer una determinada persona. Pero la magia en sí misma, la más pura, siempre se basa en la energía. Como cuando el sol te brilla sobre la piel y te calienta o el chisporroteo del fuego. Puedes sentir la energía del fuego, del sol.

Kierse asintió.

—Siento cómo emana la energía de ti constantemente.

Graves enarcó una ceja.

—¿No me digas?

—Tu calor, tu fuego. Ardes sin parar.

La mirada que le dedicó hizo que Kierse se sintiera acalorada de inmediato. Nunca le había dicho que podía sentir lo caliente que estaba cuando se encontraba cerca de ella. El hechicero parecía impresionado.

—Entonces sí que la sientes. Yo empleo constantemente niveles bajos de magia para mantener mis escudos. Siempre estoy caliente, pero es la magia lo que notas. Y va más allá del calor físico. Es la energía de la magia. Cobra vida. A veces, se puede oler. Me han llegado a decir que mi magia huele a cuero y pergamino.

Kierse frunció el ceño y se preguntó si habría olido alguna vez eso en Graves, aunque creía que no.

—Por ahí empezaremos hoy. Quiero que encuentres mi magia. Que la sientas. Y después de eso, trabajaremos en que absorbas mi magia con tu cuerpo de forma activa.

A Kierse la invadió la duda. Nunca había exhibido su magia a no ser que fuera de forma inconsciente. Lo de la cámara lenta era una extensión natural de su ser. Nunca había sido consciente de que se tratara de magia. Ni siquiera sabía que había estado absorbiéndola, y no era capaz de activar ningún escudo. No sabía si sería capaz de hacer eso.

—Respira, Reyezuelo —le recordó Graves, apoyándole las manos sobre los hombros para que volviera a concentrarse. Sus miradas se encontraron y, a pesar de que ese contacto debería haberla hecho sentir incómoda, la relajó.

Kierse soltó el aire y asintió mientras él añadía:

—Es solo una prueba.

—Vale, estoy lista.

Una vez que se hubo calmado, el hechicero la soltó y comenzó a quitarse los guantes despacio. La joven era consciente de lo mucho que le costaba sentirse cómodo sin ellos cuando estaba con ella, pero le encantó que lo hiciera. Adoraba cada pequeño vistazo que podía echarle a ese tatuaje oculto.

—Voy a tocarte, a transmitirte mi energía mientras mi magia intenta leerte. Tú la absorberás automáticamente, pero quiero que te concentres en ella. Siente la energía.

—Lo intentaré. —Vaciló Kierse—. ¿Podrás leerme?

—No, a no ser que mi magia te sobrepase.

—De acuerdo —respondió en voz baja.

—¿Me permites?

Kierse asintió. Esta vez le estaba pidiendo permiso. Qué gran cambio debía suponer eso para un hombre que siempre obtenía toda la información que quería. Incluso, pese a saber que a ella no le sacaría nada, Graves estaba siendo cauteloso. Kierse se lo agradecía.

El hechicero curvó los dedos alrededor de su muñeca y ejerció una ligera presión con la palma de la mano contra su piel. Kierse estaba distraída y se perdió en esos hipnóticos ojos grises. Muy rara vez la tocaba, y eso hacía que a la joven le costara concentrarse. Tenía que fijar su concentración en su entrenamiento mágico.

Kierse intentó sentir algo más que no fuera su tacto y el calor que emanaba de él y que le subía por la muñeca. Entornó los ojos. Debía haber algo. Estaba deseando poder percibir ese olor a cuero y a pergamino nuevo. Saber a qué olía realmente. No solo la imagen que proyectaba hacia el exterior, sino la verdadera persona que había allí debajo. Y por mucho que se esforzara, Kierse solo podía sentir cómo la tocaba.

—¿Hay suerte? —La joven negó con la cabeza y Graves la soltó—. También tengo otras ideas. No te saldrá de forma automática. Sobre todo, porque nunca has puesto en práctica tus habilidades de forma intencionada. Esto es nuevo. Seguiremos trabajándolo.

—De acuerdo —dijo Kierse, decepcionada.

Tampoco había aprendido a robar de un día para otro. No podía esperar aprender aquello de forma automática, aunque quisiera.

—¿Puede ser que no funcione porque no soy una hechicera?

Graves sacudió la cabeza.

—No, creo que solo es porque se trata de algo nuevo. Y únicamente hay una forma de mejorar.

—Con la práctica —añadió ella, y se pusieron de nuevo manos a la obra.

Después de horas de entrenamiento, Kierse seguía igual que cuando había empezado. No podía sentir la magia que estaba absorbiendo. No percibía ningún zumbido, temblor ni nada. Solo a Graves tocándola.

No sentía el escudo que protegía una de las cajas del hechicero, que, al tacto, para ella solo era madera fría. Ni tampoco una pizca de polvo rojo de los deseos que él introdujo en un frasco. Solo con mirarlo le entraron ganas de vomitar. Sin embargo, Graves le aseguro que no era nada parecido al polvo que había inhalado en casa de Imani y añadió, sin tranquilizarla nada, que talvez fuera más susceptible a sus efectos después de lo que había experimentado en el pasado; que sería capaz de sentir su poder.

No pudo.
En cambio, sintió sudores fríos y tuvo que dejarlo para otro día.
Y después de todo eso, volvió a entrar en la Tercera Planta.



Torra se abrazó a sí misma con fuerza entre las sombras del Terciopelo Rojo cuando Kíerse se acercó, tal y como habían acordado.

—No dispongo de mucho tiempo. ¿Has encontrado alguna salida?

Kierse negó con la cabeza. Detestaba tener que dar malas noticias.

—Aún no. ¿Tú te has enterado de algo?

—No quiero levantar sospechas, pero hemos tenido una reunión sobre una próxima fiesta y he intentado preguntar por ahí. —Frunció el ceño—. Siguen bastante cabreados por lo de Orik. No quiero que piensen que estoy planeando mi huida. La gente no escapa de este sitio.

—Tú lo conseguirás —le aseguró Kierse.

No había tenido esperanzas de que Torra encontrara un modo de salir de allí. Si hubiera podido hacerlo, ya habría abandonado ese lugar hacía un año. No, Kierse sabía que tendría que ser ella quien lo encontrara.

—¿Y cuál es esa fiesta que dices que van a dar? —preguntó la ladrona.

—Es la fiesta del solsticio de invierno del rey Luis. La celebra cada año. El año pasado fue… una carnicería —dijo Torra con un estremecimiento.

Kierse tembló. Torra iba a estar en la misma fiesta en la que Graves y ella pensaban robar la lanza. Tenía que sacar a su exnovia de allí antes de la celebración.

—¿Qué? —le preguntó Torra.

—Nada.

—Te conozco. ¿Por qué tengo la sensación de que estarás en esa fiesta?

—Tengo un trabajo allí esa noche —admitió Kierse.

—No lo hagas —le pidió ella—. Además, ¿cómo piensas entrar ahí? Eres humana. Te matarán.

—Tengo una invitación.

Torra la agarró del brazo y el miedo se vio reflejado en su rostro.

—Te matarán.

—Pienso acudir a esa fiesta, Torra, y también pienso encontrar la forma en la que tú no tengas que hacerlo.

—Deberíamos usar la fiesta como tapadera —comentó ella, para sorpresa de Kierse—. Tú encuentra una salida. Puedo meterte de forma segura en la fiesta y crear un pretexto para que no te maten de inmediato. Podemos salir juntas de aquí.

Kierse meneó la cabeza.

—No voy a ponerte en peligro.

—Ya lo estoy —siseó Torra—. Estoy intentando pensar en un modo en el que ambas salgamos vivas de aquí.

—Antes tengo que dar con una salida.

—Pues ponte a ello —la regañó con cariño—. Pero plantéate lo de la fiesta. No sé cómo has conseguido una invitación, pero hazme caso, conozco al rey Luis y no querrás entrar en su fiesta de esa forma.

Torra regresó al Terciopelo Rojo y dejó a Kierse preguntándose cómo habría conseguido Graves esa invitación. Su exnovia llevaba allí abajo el tiempo suficiente para saber cómo funcionaban las cosas. Tal vez estuviera en lo cierto. Quizás Graves y ella tuvieran que repasar el plan.

Pero, antes…, una puta salida.

Kierse rodeó el burdel y se dirigió de nuevo al bar La Sangre. Cruzar las distintas entradas hacia la Tercera Planta no parecía haberle servido de nada, así que decidió llevar a cabo la parte más tediosa de un trabajo de reconocimiento: aguardar, observar y escuchar.

Por suerte, ese día había otro camarero, y a ese duende no parecía importarle lo que Kierse estuviera bebiendo, aunque la joven tuviera la misma copa delante de ella todo el rato. Estaba allí para enterarse de cualquier información pertinente. Pero nadie mencionó nada relevante durante la hora que permaneció allí sentada escuchando conversaciones ajenas. Nada sobre formas de entrar o salir. Nada sobre el rey Luis. Nada de nada.

Ese día había sido un fracaso. Kierse dejó el dinero sobre la barra y se levantó de la silla. Sí, ese lugar estaba a rebosar de monstruos. Un íncubo se inclinaba sobre su pareja súcubo mientras miraban con lascivia hacia un duende que disfrutaba de su cerveza al otro extremo del bar. Una sirena con dos piernas y el cabello del color de las algas hablaba con un cambiaformas sospechoso. Allí todos ellos tenían cabida. Habían sido aliados de los vampiros durante la Guerra de los Monstruos. Lo que la sorprendió fue ver a un grupo de ninfas. Junto con los hombres lobo, ellas

eran las que más se relacionaban con humanos. Había más monstruos en los bajos fondos de los que Kierse había pensado.

Cruzó las puertas dobles, lista para seguir con la misión de reconocimiento, ya que esperar y observar no le había servido de nada. Pero entonces, algo llamó su atención.

Vislumbró a un tipo con unas gafas de pasta negras, una camiseta de superhéroes desgastada y unas Converse negras y sucias. Parecía fuera de lugar entre el caos del mercado, lo que lo hacía destacar. Kierse lo reconoció de inmediato por una fotografía que había visto en la biblioteca de Graves.

Walter Rodriguez.

La joven se apresuró a llegar hasta la esquina del bar. Escudriñó a la multitud y estuvo a punto de chocar contra un espectro.

Retrocedió, apartándose todo lo posible de aquel chupa almas.

—Lo siento —dijo la ladrona, bajando el tono de voz.

Y entonces lo vio. Solo un mechón de su cabello castaño oscuro y rizado.

Y eso fue todo. Desapareció por un callejón lateral.

Kierse corrió tras él. Dobló la esquina y se lo encontró plantado en la salida trasera de un restaurante. La joven se metió en las sombras, ocultándose en la oscuridad de la caverna para escuchar la conversación.

—Ah, ¿ya estás aquí otra vez? —le preguntó a Walter un sireno que arrugaba el rostro a causa del enfado.

—Sí. Ha vuelto a llegar el momento, Ulster —le dijo Walter.

Ulster resopló.

—Tengo a unas cuantas atrás. Le gustan jóvenes, ¿no?

Walter carraspeó.

—Sí. Sí, jóvenes.

—Vale, se las mandaré.

—Bien. Que sea esta noche —añadió el hechicero.

—Cómo no —gruñó Ulster.

El sireno alargó una mano como si fuera a agarrar a Walter del cuello de su camiseta de superhéroe. Sin embargo, cuando estuvo a unos milímetros del cuerpo del chico, su mano rebotó sin sufrir daños. Como si se hubiera chocado contra un muro invisible.

Un campo de fuerza.

Kierse parpadeó. Bueno, eso había sido muy evidente. Acababa de ver cómo funcionaba el campo de fuerza de Walter. Era una barrera invisible alrededor de su persona, a varios milímetros de su cuerpo.

El hechicero chasqueó la lengua y, de repente, dejó atrás su comportamiento incómodo y torpe y enderezó sus largas extremidades.

—Al rey Luis no va a gustarle nada esto. Será mejor que envíes a las chicas de inmediato. De lo contrario, tendré que contárselo.

Ulster dio un paso hacia atrás, acobardado. Incluso allí abajo, la magia aterrorizaba a la gente. Menudo mierdecilla venido a menos. Era el lacayo del rey Luis. Levantaba los escudos, mantenía los puestos de control e incluso le llevaba humanos para que se alimentase.

Kierse se estremeció al pensarlo. Le gustaban jóvenes. Qué asco.

Walter se marchó y la ladrona decidió seguirlo para ver qué tramaba exactamente. El chico se detuvo una vez para recoger su propia cena, que resultaron ser unas empanadas con muy buena pinta que hicieron que a Kierse le rugiera el estómago. La segunda parada la hizo para revisar un escudo defectuoso en la puerta de lo que parecía ser un almacén de armas. Kierse debía de haber cruzado uno de esos escudos en el Terciopelo Rojo sin ser consciente de ello. No era de extrañar entonces que a nadie le preocupara el aspecto de la joven.

Había otra máquina enganchada en la parte frontal de la puerta, y el dueño, un cambiaformas alto y vestido completamente de negro, gesticulaba con frenesí mientras se quejaba de que Walter había tardado mucho en acudir a arreglarle el escudo. Él ignoró al monstruo y se puso manos a la obra, arreglando el problema en cuestión de minutos.

Entonces, por fin se dirigió hacia otro burdel. Ese se parecía más a los que Kierse había visto en la superficie. No era específico para vampiros, pero seguramente también traficara con humanos. Una puta atrocidad.

Las misiones de reconocimiento a veces podían ser muy aburridas. Tanta espera podía parecer inútil. Kierse bostezó y se cubrió la boca con la mano, escabullándose de nuevo entre las sombras mientras un vampiro pasaba demasiado cerca de donde ella se encontraba. Dudaba que Walter durara mucho tiempo dentro con las prostitutas, pero tal vez ellas intentaran alargar el momento. Para ganarse el pan y todo eso. Kierse conocía todos los trucos de la profesión, a pesar de no haberse dedicado nunca a ello.

Sin embargo, Walter salió tan solo unos minutos después. Miró con el ceño fruncido hacia el establecimiento, como si a él también le pareciese un asunto desagradable. Eso resultó ser toda una sorpresa.

Kierse lo siguió más allá del burdel, hacia las afueras del mercado. Cuanto más se alejaban del centro, más sórdido era todo, pero Walter parecía imperturbable. Claro que, al contar con una barrera natural contra cualquier peligro, cualquiera se sentiría así. A Kierse le hubiera encantado acercarse a él y ponerle un cuchillo sobre el cuello solo para ver su cara de sorpresa. Su campo de fuerza no funcionaría contra ella. Y eso hacía que la joven se sintiera como una leona acechando a su presa.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Walter desapareció.

Kierse frunció el ceño. ¿Adónde leches había ido? Lo había tenido delante de sus narices y dudaba que también contara con magia para hacerse invisible. Graves había insistido en que poseer dos poderes fuertes era poco habitual.

Tras un minuto de indecisión, Kierse se acercó hasta la pared delante de la que se había plantado Walter y pasó la mano por su superficie para buscar alguna explicación. Tenía el mismo aspecto que el resto del muro, salvo que no era del todo igual. Era como la entrada oculta que habían atravesado Graves y ella en el túnel del metro. No tenía nada que ver con la invisibilidad.

Tras respirar hondo, Kierse se adentró en otro túnel estrecho. Pasó la mano por la pared y sintió el escudo de Walter. Bingo.

Hizo el menor ruido posible mientras avanzaba. Una entrada secreta al mercado. Estaba entusiasmada. Si esa era una entrada secreta…, significaba que también habría una salida secreta.

Y a Kierse le gustaban las salidas.

No solo eso. Era algo que necesitaba desesperadamente.

Los pasos de Walter resonaban por delante de ella. Una vez que el bullicio del mercado

desapareció, Kierse fue consciente de que Walter caminaba como un idiota arrogante. No sentía la necesidad de caminar con cautela, de aprender a ir con sigilo. No cuando tenía una habilidad como la suya. Graves había dicho que la magia tenía consecuencias. Y Walter había aprendido a no temer al dolor ni a la venganza porque ¿quién iba a poder tocarlo cuando tuviera activos sus campos de fuerza? Por ese motivo, se había vuelto descuidado. Kierse podía aprovecharse de eso.

Lo siguió por detrás hasta que llegaron a una bifurcación. Para sorpresa de Kierse, en ese lugar había una señalización. Escuchó que los pasos de Walter se dirigían hacia la izquierda. Sin embargo, hacia la derecha había un cartel en el que se leía Residencia.

¿Sería la residencia de Walter? ¿O la del rey Luis? ¿Sería aquella la entrada trasera hacia la Vía 61?

El túnel en el que se encontraba la joven indicaba Mercado. Pero el camino que había tomado Walter no contaba con ninguna señal, lo que significaba que Kierse necesitaba averiguar a dónde se dirigía exactamente.

Siguió las sonoras pisadas de Walter. Intentó memorizar los giros y cambios de sentido a través de la oscuridad, pero comenzaba a desorientarse. Si no hubiera sido por el ruido que hacía Walter delante de ella, era posible que hubiera acabado irremediablemente perdida.

Continuaron así durante casi una media hora más. Kierse supuso que habrían recorrido casi kilómetro y medio a ese paso antes de ver una luz al final del túnel. La figura de Walter se iluminó brevemente antes de que el joven subiera por una escalera hacia la superficie.

Tener que seguirlo bajo la luz no era lo ideal, pero Kierse necesitaba ver qué había allí arriba. Aguardó unos cinco minutos y luego avanzó, llegando hasta lo alto de la escalera y saliendo a otro túnel subterráneo. Una luz iluminaba la trampilla. Sin embargo, a no ser que mirara directamente hacia ella, era prácticamente invisible. Kierse reconoció los escudos grabados en la salida. Eso significaba, cómo no, que, aunque otra persona encontrara esa entrada, no podría cruzarla. Salvo ella, claro.

Y si aprendía a absorber los escudos a tiempo, Graves y Torra también podrían atravesarlos.

Se dirigió hacia la puerta y se encaminó hacia el andén del metro que más cerca le quedaba. Por suerte, no había nadie cuando se encaramó al andén dirección sur de la estación de la calle Veintitrés. Según los carteles, por allí pasaban las líneas R y W. La joven se devanó los sesos. La calle Veintitrés y la Quinta Avenida. Ese era el Distrito Flatiron. Había salido justo donde se encontraba el famoso edificio Flatiron.

Kierse sacó su teléfono y Graves respondió al primer toque.

—¿Estás bien?

—He encontrado la salida —le comunicó la joven.

—¿De verdad? —le preguntó él con sorpresa en la voz.

—He seguido a Walter a través de un túnel secreto desde el mercado. ¿Tienes alguna forma de rastrearme para que podamos conseguir la ruta del túnel?

Graves guardó silencio durante un momento.

—Sí.

—Pues hazlo. Voy a volver sobre mis pasos hasta el mercado.

—Hecho —le dijo él—. Ten cuidado.

—Como siempre —respondió Kierse en un tono burlón—. Voy ya hacia el túnel.

—Oye —la llamó Graves antes de que Kierse pudiera bajarse del andén.

—¿Sí?

—Buen trabajo.

La ladrona sonrió y luego colgó.

Con ese pequeño cumplido había conseguido alegrarla. La joven debería haber detestado que la entusiasmaran tanto sus elogios, pero aquello era mucho más dulce cuando sabía que se lo había ganado.



Tardó una eternidad en averiguar cómo volver sobre sus pasos por el túnel. Ahora que no estaba siguiendo el sonido de los pisotones de Walter, se equivocó de camino un par de veces hasta dar con el correcto. Quiso comprobar el desvío hacia la residencia, pero decidió dejarlo para el día siguiente. Aún les quedaban tres días enteros para merodear por allí y pensar en cómo desactivar los escudos para entrar y salir el día del robo. Era poco tiempo, pero tenía que bastarles.

Kierse regresó al primer puesto de control por el que había pasado y que conducía hacia la entrada del metro en Times Square.

Justo cuando se encaramaba a lo que pensaba que era un andén vacío, apareció una mano que la agarró de la muñeca, tirando de ella hacia arriba. La joven gruñó e intentó desenfundar una de sus pistolas. Logró sacarla y apuntó con ella a la cabeza del hombre antes de llegar a reconocerlo.

Pero no bajó el arma en ningún momento.

—Lorcan —dijo Kierse.

—Menuda bienvenida —respondió él con la misma sonrisa encantadora de siempre.

—¿Por qué estás siguiéndome?

—Ya te dije que volveríamos a vernos.

—Sí, pero no creía que fueras a venir tú hasta mí. —No parecía ser el estilo de Lorcan. Aunque fuera eso lo que había dicho la última vez que se habían visto. El *babka* le había parecido más una advertencia que otra cosa.

—Ni yo tampoco —admitió Lorcan—, Pero me siento… unido a ti.

Kierse entornó la mirada detrás de su arma.

—Esfuérzate más.

—Por favor, ¿puedes dejar de apuntarme con esa cosa? He venido en son de paz.

—¿Cómo la vez en la que intentaste que me mataran o la vez que me secuestraste?

—Te he pedido disculpas por lo primero, y el secuestro incluyó una cena. Eso debe contar para algo, ¿no? —Su sonrisa se ensanchó aún más.

—¿Ah, sí?

—Solo quiero hablar. Lo prometo —le dijo, dando un paso hacia delante. Levantó una mano y movió con cautela el cañón del arma para que apuntara a sus pies—. Así está mejor, ¿no te parece?

—Pues no, la verdad.

Lorcan soltó esa risa despreocupada y real, como si no tuviera ni un problema en el mundo.

—Subamos y demos un paseo.

—Ahí fuera hace un frío que pela.

—Te dejaré mi abrigo —le ofreció Lorcan con una ceja enarcada.

—Paso.

—¿Del abrigo o del paseo?

—De ambas cosas —respondió ella—. Acosar a alguien no es nada adorable. Así es como la gente acaba muerta.

—Y lo dice la mujer que va armada.

Graves y Kierse habían acordado aprovechar el interés de Lorcan en su propio beneficio. Del mismo modo en el que la joven se lo había planteado en su momento a Nate. Sin embargo, cuando lo había hecho con el hombre lobo, había sentido que el objetivo era dinamitar los planes del monstruo. Sin embargo, en este caso parecía que Graves le estuviera presentando un modo con el que sacarle información a su propio enemigo. Y aunque Kierse quería descubrir cuánto sabía Lorcan sobre su misión, lo cierto era que le hubiera gustado que dejara de acosarla.

—Vale, iré de paseo contigo con una condición. —Lorcan aguardó como si esperase recibir un golpe—. Accederás a dejar de acosarme.

—Accederé a cumplir tu condición con otra condición. Me darás tu número de teléfono.

—¿Qué? —preguntó Kierse, sorprendida—. ¿Para qué?

—Para así no tener que estar acechándote.

—Insufrible —masculló ella en voz baja—. Sabes que ahí arriba está Times Square, ¿no?

Lorcan sonrió.

—Conmigo estarás a salvo.

Y por algún motivo, Kierse lo creyó.

—De acuerdo —dijo la joven, enfundando su arma y luego dirigiéndose hacia la salida con Lorcan detrás de ella.

Kierse subió las escaleras, pasó por delante del trol y salió hacia el frío de la ciudad. Había

pasado tanto tiempo bajo tierra que era maravilloso respirar aire fresco en lugar del que circulaba por allí abajo. No obstante, estaban en Times Square, y no podía bajar la guardia.

Pese a que había estado muchas veces en el metro que quedaba debajo, no había pisado las calles de Times Square desde hacía al menos un año. Le sorprendió ver que la mitad de las pantallas gigantes estaban otra vez en funcionamiento. Incluso volvían a anunciarse por las calles conocidos nombres de marcas y obras de Broadway. Había un puñado de buenos espectáculos que habían comenzado de nuevo ese año. Eran bienvenidos a verlos tanto monstruos como humanos.

Y los turistas habían vuelto en todo su esplendor. Kierse se había imaginado que estarían en la Quinta Avenida. Los que podían permitirse las *boutiques* de lujo siempre encontraban el modo de acceder a ellas. Sin embargo, no había esperado ver a tanta gente aventurarse en Times Square…, como si las cosas fueran normales.

—¿Ha pasado mucho tiempo desde tu última visita? —le preguntó Lorcan.

—He evitado este lugar a toda costa, incluso desde antes de que se viera diezmado.

Cuando la guerra había dado comienzo, Kierse solo había tenido doce años, pero para entonces ya llevaba unos cuantos trabajando con Jason. Nunca había sido una niña normal en ningún aspecto. Los turistas eran blancos fáciles. Pero, por otro lado, también le provocaban urticaria. La ciudad de Nueva York sin turistas había sido una de las únicas cosas buenas que había traído consigo la guerra.

—Está bien ver que ha vuelto a la normalidad.

Kierse asintió y casi se le escapó una sonrisa.

—Vamos. Por aquí cerca queda una pequeña cafetería que me gusta. Podemos refugiarnos del frío allí. —Se pasó una mano por su cabello oscuro, con esos grandes ojos azules inocentes, y le dedicó una sonrisa. Tenía todos los dientes perfectamente alineados y en su mejilla derecha apareció un hoyuelo.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Kierse—. Estamos en bandos contrarios.

Lorcan pareció ofenderse ante esa afirmación.

—¿Lo estamos?

—Odias a mi jefe.

—No todo es blanco o negro. —Entonces su sonrisa se ensanchó más—. Además, solo te estoy pidiendo que nos tomemos un café.

Ya que estaba, Kierse iba a aprovechar para comprobar qué información podía sacarle.

—Vale, no me vendría mal un café.

A Lorcan le gustaba el sonido de su propia voz, así que continuó parloteando mientras se dirigían hacia la calle Cuarenta y Dos con Bryant Park, donde había una inofensiva cafetería veinticuatro horas. Kierse se pidió un café solo y él, un capuchino con gesto de complacencia. Después de que un camarero algo agobiado les sirviera sus cafés, tomaron asiento en una mesa.

—Si no borras esa estúpida sonrisa de la cara, voy a arrepentirme de haber venido aquí contigo.

Lorcan se llevó la taza de café a los labios, fracasando en el intento de no sonreír.

—He pensado que podríamos retomarlo por donde lo dejamos.

—¿Y dónde fue eso?

—Querías conocer mi historia con Graves —dijo Lorcan como si nada.

Kierse se quedó contemplando su taza. ¿Le había llegado a decir a ese hombre que conocía una parte de la historia? ¿Sería mejor esperar a ver qué tenía él que decirle? ¿Y qué ganaba Lorcan con todo eso? Era evidente que quería que la joven cambiara de bando y trabajara para él, o, como mínimo, intentaba averiguar cuál era el siguiente paso de Graves. Y eso no era algo que Kierse pretendiera confesarle. Pero a la joven no le importaba descubrir cuál era el siguiente paso de Lorcan.

—¿Y por qué iba a fiarme de nada de lo que me dijeras?

—Tienes razón —respondió él, dándole otro sorbo a su café—. Sé que cuesta verlo, pero no soy el malo de esta historia. Graves es el villano que buscas.

Kierse esbozó una sonrisa y se inclinó hacia delante, apoyada sobre los codos.

—¿Crees que enviarme *babka* basta para pasar a considerarte el bueno?

Lorcan se encogió de hombros y soltó una carcajada.

—Creía que te gustaría, eso es todo. No pude contenerme.

—Claro que sí, no tenía nada que ver con Graves.

—Me has pillado —admitió Lorcan de buen humor—, Pero cuando trabajas para alguien así, debes tener en cuenta quién es realmente.

—Un monstruo —supuso Kierse.

—Exacto. —Lorcan se inclinó hacia delante para imitar la postura de la joven, como si estuviesen compartiendo confidencias—. Una chica como tú no debería involucrarse con alguien como él. No sé qué te ha mandado a hacer, pero no puede tratarse de nada bueno. ¿Es ese el motivo por el que has estado entrando y saliendo de la Tercera Planta?

Kierse enarcó una ceja. Sí que estaba intentando sacarle información.

—¿Me has seguido hasta allí abajo? —le preguntó ella.

—¿Hasta ese asqueroso lugar? No, por Dios. —Lorcan arrugó la nariz—. Pero, basándome en la entrada que has tomado, me imagino a dónde ibas. Aunque desconozco el motivo.

Entonces…, Lorcan no sabía nada sobre la lanza. O, al menos, no sabía que pretendían robarla. A pesar de estar interrogándola él a ella, la que más información estaba obteniendo de todo eso era Kierse.

La ladrona lanzó el anzuelo a ver si picaba.

—Tengo a una amiga allí abajo —le explicó, dejando que le temblara un poco la voz mientras fijaba la mirada en su café. No le costaba mucho hacerlo—. Está endeudada. He estado bajando para intentar ayudarla a encontrar un modo de salir de allí.

—Nadie abandona ese lugar mientras tenga deudas pendientes —dijo Lorcan, como si lo supiera a ciencia cierta.

—Ya, eso es lo que dice ella.

—¿Y esa amiga… forma parte del trabajo?

—Ella no es trabajo —estalló Kierse, levantando la mirada hacia él con los ojos llorosos—. Es una persona.

—Lo siento —le dijo Lorcan en voz baja—. No quería parecer insensible.

—No pasa nada —susurró ella, antes de darle otro sorbo a su café caliente.

Tras volver a aclararse la garganta, Lorcan le preguntó:

—¿Todo esto tiene algo que ver con Walter Rodríguez?

Kierse mantuvo un gesto inalterable en el rostro.

—¿Quién es ese?

Lorcan profirió una risa alegre y animada.

—Era el proyecto fallido de Graves. Un hechicero sin escrúpulos que trabaja en el mercado parece algo que Graves querría detener. Y tú vas armada hasta los dientes. Supongo que sirves de… ¿qué? ¿Cebo?

Kierse le dedicó una mirada inocente.

—Nunca he oído hablar de él. Pero parece ser alguien a quien es mejor evitar.

—Por tu seguridad, no deberías juntarte con ningún hechicero en absoluto.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no?

—Nunca es demasiado tarde. Seré franco contigo: Graves y yo teníamos una relación estrecha. Éramos como familia. —Kierse se quedó de piedra mientras escuchaba esa misma historia salir de boca de Lorcan. Y parecía muy triste al relatarla. La joven se preguntaba cuánto de aquello sería fingido—. El único motivo por el que ya no mantenemos esa relación es por su traición. Acabará haciéndote daño igual que me lo hizo a mí, igual que se lo hace a todo el mundo. —Pasó el dedo por el borde de su taza—. No tienes por qué trabajar para él. Otros han intentado hacerlo, igual que tú ahora, pero hay una razón por la que nadie se queda a su lado. No quiero ver cómo te sucede lo mismo a ti. No sé qué tiene en tu contra, pero podrías marcharte de allí. Estarás a salvo con mis druidas.

—Lo tendré en cuenta.

Lorcan volvió a fijar la mirada en ella.

—Parece que quieras volver a atacarme. ¿De verdad es mi compañía tan desagradable?

La respuesta era no. No lo era. Estaba demasiado seguro de sí mismo, pero transmitía calma y sensación de comodidad.

Eso no significaba que Kierse no pudiera ver qué había bajo la fachada. Lorcan intentaba hacer que la joven se replantease su relación con Graves, y justo en ese momento comenzaba a pensar que tal vez tuviera algo de razón.

—¿Tan inseguro eres que me lo tienes que preguntar? —inquirió Kierse.

—Cuando estoy contigo… tal vez lo sea. —Su expresión parecía sincera—. Me desconciertas.

Joder, Lorcan iba a por todas. Lo estaba dando todo. Debía de tratarse de un farol. Tenía que estar actuando igual que lo había hecho ella cuando le había contado esa historia sobre Torra… Debía de estar intentando sonsacarle información. Nadie podía tener tan poca idea.

—¿Porque no me postro ante tus pies?

—Soy un hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere —dijo Lorcan despreocupadamente, frotándose la barba con la mano—. Pero me gusta pasar tiempo contigo. Eres diferente.

—Soy diferente —repitió ella con sarcasmo—. Inténtalo con otra frase. Esa está un poco trillada.

Lorcan soltó una carcajada y levantó las manos.

—Tienes razón, por supuesto, pero eso no cambia lo que siento.

Kierse se aflojó un poco el pelo de la coleta a la altura de la nuca. Le estaba empezando a doler la cabeza a causa de la tensión. O tal vez fuera a causa de esa conversación. O por la hora. Madre mía, qué cansada estaba. Se bebió de un trago el café que le quedaba. La cafeína la ayudaría a mantenerse despierta un minuto más.

—Debería irme. Gracias por el café.

—Espera —le pidió Lorcan.

Kierse estaba medio levantada del asiento cuando él dejó escapar esa palabra de entre sus labios. La joven lo fulminó con la mirada.

—¿Qué?

—Tu número —le recordó.

—No he accedido a dártelo.

Lorcan deslizó su móvil por encima de la mesa hacia ella.

—Venga, compártelo conmigo. Sé que no añadiste mi número a tu agenda. —Y era cierto, Kierse no lo había hecho. Conservaba su tarjeta, pero nunca había tenido la intención de usarla —. Mira, no voy a volver a seguirte. Podemos intentar simplemente… hablar. Ser amigos.

—¿Todos tus amigos amenazan con matarse los unos a los otros?

Lorcan se lo pensó.

—Sí, diría que no vas desencaminada.

Kierse no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en los labios. El cabrón había encontrado un modo de hacerla sonreír cuando ella había querido evitarlo a toda costa. A su pesar, la joven le pasó su móvil mientras metía sus datos en el de Lorcan.

—Que pases una buena noche —le dijo Kierse cuando recuperó su móvil.

Lorcan alargó la mano y la agarró por la muñeca. Como si no pudiera contenerse y tuviera que tocarla una última vez.

—Buenas noches, Kierse.

Con delicadeza, la joven se deshizo de su agarre y abandonó la cafetería. Intentó verlo todo desde el punto de vista de Lorcan. ¿Estaría intentando reclutarla para su causa o simplemente odiaba muchísimo a Graves?

Se alegraba de que hubiera sido Graves quien hubiera propuesto ese ardid. Eso había facilitado dejar que la atraparan y ser capaz de analizar la supuesta sinceridad de Lorcan. Se jugaban mucho al permitir que ese hombre se acercara tanto a su misión. Lo último que Kierse quería era que se inmiscuyera en sus planes.

Además, le gustaba que Graves pusiera sobre la mesa las mismas cartas que ella. Siempre era mejor saber cuál era la postura de tu enemigo.



Cuando Kierse regresó al edificio de piedra rojiza, se lo encontró sumido en el silencio. Pero no era un silencio abrumador ni amenazador. Era algo agradable a lo que volver. Casi como si fuera… un hogar.

Se dirigió al piso de arriba y le sorprendió ver que Graves tenía encendida la luz de la habitación que quedaba frente a su estudio en la segunda planta. Kierse nunca había visto el interior de ese cuarto. Una parte de su mentalidad de ladronzuela quería descubrirlo, pero, por mucho que le interesara, por mucho que quisiera conocer todos sus secretos, quería que fuera él quien se los confiase. Descubrirlos cuando él se los contase sería mucho más satisfactorio.

Por eso, volvió a dirigirse hacia las escaleras, dejando a Graves en paz. Sin embargo, nada más subir el primer escalón, escuchó cómo giraba el picaporte de la puerta. Y cuando miró hacia atrás, vio al hechicero cruzar el umbral con nada más que un par de pantalones para correr.

Kierse contuvo la respiración. Nunca lo había visto con tan poca ropa. Hasta cuando se habían acostado juntos había estado completamente vestido. Incluso se había dejado puestos los guantes. En ese momento Kierse se arrepentía de aquella decisión.

El pecho de Graves subía y bajaba con rapidez, como si acabara de terminar una carrera

nocturna. El sudor le brillaba sobre el musculoso torso, con las gotas acumulándose en cada curva y grieta de sus abdominales marcados. Y por fin el tatuaje pasó a ser visible. Las enredaderas de acebo comenzaban alrededor de sus muñecas y le subían por los antebrazos, firmes y venosos, siguiendo el borde del bíceps y los hombros hasta el pecho. Las enredaderas se contraían alrededor de los músculos y las espinas se le hundían en la piel como si de verdad estuvieran atravesándosela. Era el tatuaje más intrincado, fascinante y realista que Kierse había visto nunca.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Solo con verlo allí parado sentía un vuelco en el estómago y palpitaciones en el centro de su ser. Quería volver a acostarse con él como la otra vez, cuando la había estampado contra las estanterías de la biblioteca. Con dureza y liberando al monstruo de sus ataduras.

Sin embargo, lo más aterrador de todo era desearlo de ese modo. A Graves el hombre, no al monstruo. Y ese sentimiento era completamente nuevo.

El hechicero levantó la mirada y la pilló contemplándolo. Dejó que siguiera haciéndolo.

Kierse tragó saliva, bajó el escalón y se quedó frente a él.

—¿Una carrera nocturna?

—Me despeja la mente —confesó—. Has vuelto tarde.

—Me he encontrado con Lorcan —le explicó, bajando la mirada cada vez más hacia la uve que se le formaba al inicio de los pantalones.

Graves sonrió cuando Kierse volvió a subir la mirada, pero no estaba en absoluto abochornado. Se limitó a acercarse a ella y a llenar el espacio vacío.

—¿Y cómo ha ido?

—Tenías razón. No sabe lo de la lanza. Se ha tragado las medias verdades que le he soltado. Le he dicho que había ido hasta allí abajo para ver a una amiga. Ha supuesto que íbamos a por Walter por su insubordinación.

—Bien —dijo Graves, complacido—. Sabía que podríamos utilizar en nuestro beneficio el hecho de que te estuviera siguiendo.

Kierse dirigió la mirada hacia sus enormes brazos, hacia los bíceps marcados y esos hombros anchos.

—Ajá.

—Pareces agotada —le dijo Graves, acortando la distancia entre ambos.

—Lo estoy —admitió ella con un bostezo. Se cubrió la boca con la mano y deseó haber podido contenerlo. Estaba cansada, pero no le hubiera importado que Graves la mantuviera despierta toda la noche.

El hechicero se acercó aún más y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Por lo general, Kierse habría esquivado ese gesto. Sin embargo, no lo hizo. Y lo que era más importante, no quería hacerlo.

No cuando era Graves quien la tocaba.

Algo había cambiado entre ellos. Y no era algo puramente físico. De hecho, era aterrador, porque no se habían enrollado desde aquella noche en la biblioteca. Aun así, las cosas habían cambiado. Kierse se había vuelto más abierta. Estaba comenzando a ser capaz de calar al hombre que había creído que era imposible de comprender. Y él la estaba mirando…

Madre mía, la miraba como si Kierse fuese algo… muy preciado.

Algo que mereciera la pena proteger.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que la joven había permitido que alguien la protegiera igual que estaba haciendo Graves? Tenía a sus amigos. Y ellos habrían ido al fin del mundo por ella, pero siempre era Kierse la que tenía que protegerlos.

Nate era familia, pero la joven se cubría sus propias espaldas, y él lo sabía. Hasta Colette, que se preocupaba por ella, ante todo velaba por sus propios intereses. Por ese motivo siempre se habían llevado bien. Esa era su gente.

Y, aun así…, Graves sostenía su vida entre sus manos y Kierse confiaba en que la mantendría sana y salva. Sintió un revoloteo en el estómago solo de pensarlo.

—Estás temblando otra vez —le dijo el hechicero, levantándole la barbilla para que lo mirase.

—Nunca te había visto así.

—¿Sin traje? —le preguntó.

—Expuesto —susurró ella.

Graves ladeó la cabeza.

—No me siento expuesto cuando estoy contigo.

Entonces posó sus labios sobre los de Kierse, y la joven se olvidó de todo. Graves sabía a gloria, y ella quería hundirse en él. Quería envolverse en esa sensación para toda la eternidad y no liberarse nunca. Quería rodearle el cuello con los brazos y acercar su piel desnuda a ella. Sentir su calor, los abdominales duros de su estómago y el agarre firme de sus manos sobre la espalda mientras la apretaba contra él.

Durante mucho tiempo, cada caricia amable había tenido un precio volátil, y Kierse no había sabido discernir si aquella sería la ocasión en la que acabaría muerta. E incluso estando con sus mejores amigos, que no serían capaces de hacerle daño nunca, seguía encogiéndose al pensar en alcanzar aquel nivel de cercanía con alguien. Sin embargo, allí, con Graves, todo eso desapareció.

Él no iba a hacerle daño. A la joven se le aflojó todo el cuerpo al ser consciente de ello.

Y entonces, su móvil comenzó a vibrar.

Graves se apartó de ella y entornó la mirada.

—¿Qué es eso?

—Mmm, nada —dijo Kierse, dándose cuenta de cuál de sus móviles acababa de sonar y sucumbiendo al pánico.

Era el de prepago.

Y solo había dos personas que tuvieran ese número: Colette y Nate.

—Si no es nada, entonces déjame verlo. —Alargó una mano. Su mirada se había vuelto dura, como si se hubiera percatado de que Kierse no debería tener ese móvil al mismo tiempo que la joven caía en la cuenta de que él no debería estar al corriente de su existencia.

Kierse llevaba el móvil siempre encima, pero lo dejaba en silencio salvo en caso de emergencia. No había esperado que sonara delante de Graves. O, al menos, había dado por sentado que, en caso de que eso sucediera, le habría dado tiempo a silenciar el móvil y devolver la llamada en otro momento.

Pero esa ya no era una opción.

Sacó el móvil, mostrándole el de prepago, que había dejado de sonar momentáneamente. Pero no tardó en volver a vibrar.

Graves se lo arrebató de la mano y, antes de que ella pudiera detenerlo, respondió a la llamada.

—¡Kierse! —exclamó Nate al otro lado de la línea antes de que Graves pudiera decir nada—. Tienes que venir aquí ahora mismo. Ponle cualquier excusa. Soy el que más cerca estoy de ti. Estaba de misión de vigilancia. Voy a recogerte.

Durante todo el rato que Nate estuvo hablando, Graves mantuvo la mirada clavada en Kierse. Y cualquier rastro de amabilidad y entendimiento que hubiera existido entre ambos se había evaporado ante las palabras que salían de la boca del hombre lobo. Graves comprendió que había estado hablando con ellos, que Nate había estado vigilando su casa, que Kierse le había ofrecido un modo de contactar con ella.

El hechicero trabajaba con la información y el conocimiento. No le costaba deducir el significado de todo aquello.

Kierse había roto el trato.

—Graves —susurró la joven.

Pero Nate seguía divagando.

—¿Kierse? ¿Me oyes? Han drogado a Ethan y a unos cuantos de mis lobos. No sabemos si sobrevivirán.

En ese momento a Kierse dejó de importarle lo que pensara Graves. Ethan estaba metido en un lío y el cerebro de la joven sufrió un cortocircuito. Le arrebató a Graves el móvil de la mano y se lo llevó a la oreja.

—¿Nate? ¿Qué le ha pasado a Ethan? ¿Cómo que lo han drogado?

—Creen que alguien le echó algo en la bebida y está sufriendo una sobredosis.

—¿En la bebida? —preguntó Kierse sin comprender nada. En teoría, Ethan no debía estar en ningún lugar en el que pudieran echarle algo en la bebida.

—Te lo contaré todo cuando llegue ahí —le dijo entre maldiciones—. Sal en dos minutos o entraré por la fuerza en esa puta casa, Kierse.

Y entonces colgó.

Graves tenía las manos cerradas en puños y los ojos fríos como el hielo. Giró sobre sus talones y desapareció. Mierda.

Kierse lo siguió.

—Graves —lo llamó.

No obstante, la joven no se atrevió a cruzar el umbral hacia su habitación. Que la puerta estuviera abierta no era una invitación. No tenía tiempo para esas gilipolleces, pero tenía que decirle algo.

Justo entonces, Graves regresó con una camiseta puesta.

—Has mantenido el contacto con tus amigos y con los Temibles —le dijo con un gélido tono de voz.

—No he estado en contacto con mis amigos.

—¿Y Nathaniel O'Connor?

—Esto no tiene nada que ver con Nate, sino con Ethan.

—Ve a salvar a tu amigo —dijo Graves, señalando hacia la puerta—. Tu hombre lobo llegará en cualquier momento.

—No hagas esto —le suplicó Kierse—. No te cierres en banda ahora mismo. Esto es cuestión de vida o muerte.

—Jamás te mantendría alejada de un amigo cuando te necesita —dijo Graves—. Pero esto no

tiene que ver con Ethan, sino con el acuerdo que has roto. Te dejé muy claro que cualquier contacto con tus amigos o socios pondría en peligro esta misión.

Kierse negó con la cabeza.

—No es eso lo que ha pasado.

Graves abrió la boca, listo para escupir fuego como el dragón que era, cuando unos golpes retumbaron en la puerta de entrada. Hacía mucho que había terminado la jornada de Edgar e Isolde. Y solo había una persona que iba a ir a buscarla.

Kierse le dedicó a Graves una mirada de pánico antes de echar a correr escaleras abajo y abrir la puerta de golpe. Nate se hallaba en los escalones de la entrada con verdadero miedo reflejado en el rostro.

El hechicero la había seguido con un gesto de furia. Nate no podía poner un pie dentro de la casa debido a los escudos, pero de todas formas no era tan idiota como para intentarlo.

—Hola, O'Connor —lo saludó Graves con calma.

Nate le dedicó un asentimiento de cabeza.

—Disculpa la intrusión.

—No te preocupes —le respondió de un modo que dejaba muy claro que sí que le importaba tenerlo en la puerta de su casa—. Nuestro acuerdo ya está roto. —Seguía mirando a Nate como si la furia de su expresión pudiera hacer desaparecer al lobo—. Podéis iros.

—No hablas en serio.

—Sabes que sí.

Kierse le respondió con un gruñido.

—Sé que no, joder.

La joven desplazó la mirada entre los dos hombres. Apenas podía procesar que todo se estaba desmoronando a su alrededor. Justo cuando Ethan estaba al borde de la muerte. Cuando nadie sabía qué iba a sucederle a su amigo. Kierse tenía que estar a su lado.

Siguiera o no adelante la misión. Con traición o sin ella.

No podía quedarse allí cuando una parte de su corazón se estaba muriendo al otro lado de la ciudad.

—Ya hablaremos de esto cuando regrese —le dijo a Graves con fiereza mientras cruzaba el umbral hacia donde se encontraba Nate.

Graves dio un paso atrás.

—Ambos sabemos que no volverás.

Entonces, le cerró la puerta en la cara.

—¡Joder! —gritó Kierse.

No podía haber acabado todo. Ambos se estaban jugando demasiado como para que así fuera.

—Kierse —le dijo Nate con urgencia a sus espaldas. Parecía estar listo para tirar de ella escaleras abajo y meterla en el coche.

Al final, no tuvo que hacer nada de eso. Kierse escogería a Gen y a Ethan por encima de cualquier cosa. Tendría que solucionar lo de Graves más tarde.

La joven giró sobre sus talones y abandonó esa casa tras haber roto el acuerdo.



Kierse se metió en el coche mientras Nate se apresuraba a rodearlo y a ocupar el asiento del conductor. Puso el pie sobre el acelerador y revolucionó el motor.

—No pretendía delatarte —le dijo.

—No quiero hablar de ello. Lo único que me importa ahora mismo es Ethan —respondió Kierse mientras contemplaba cómo la noche caía sobre la ciudad—. Ya lidiaré con Graves más tarde.

—De acuerdo.

—Cuéntame qué coño ha pasado. ¿Estaba Ethan en el club? ¿Qué cojones hacía allí?

—Había empezado a trabajar en la barra con Cara —le dijo Nate, pasándose una mano por los rizos.

—¿Disculpa? —le preguntó ella en un tono amenazadoramente bajo.

—Fue cosa suya —dijo Nate—. Le dije que no pasaría nada si aprendía lo que hacía Cara, pero que no podría trabajar de forma oficial en el club. Es muy duro estar confinado en una habitación, Kierse.

—¡Su vida corría peligro! ¡Lo han drogado!

—Lo sé. Joder, ya lo sé. El lugar debería haber sido seguro. Hay muchas drogas pululando por allí, pero ninguna afecta a mis lobos como a los humanos. Y tres de ellos están muy graves, incluida Cara —le contó—. Así que me lo tomó muy en serio, y lo siento, joder.

—¿Que lo sientes? —estalló Kierse—. Se suponía que los mantendrías a salvo.

—Estaban a salvo —insistió él—. Pero, joder, necesitan vivir. Gen ha estado trabajando con Maura, formándose para ser enfermera. Le va como anillo al dedo.

—¿Ha estado saliendo por ahí con Maura?

—No, no. Lo han hecho cuando Maura ha terminado sus turnos y demás. Gen está a salvo. Lo juro.

—Como Ethan muera, Nate, te juro por Dios que…

El lobo palideció y asintió.

—Lo sé.

Kierse no pudo relajarse durante todo el trayecto hasta el Five Points. Cerró los ojos para calmar el desbocado latir de su corazón. Ponerse de los nervios solo empeoraría las cosas. Necesitaba pensar con la cabeza. Tenía que haber una solución.

Nate metió el coche en un garaje a una manzana del Five Points y juntos atravesaron a toda prisa el territorio de los Temibles. Tras haber pasado despierta las últimas veinticuatro horas, Kierse estaba exhausta, pero tenía que aguantar. Nate la condujo por la puerta trasera, donde se encontraba Finn haciendo guardia.

—Jefe —le dijo a Nate con un asentimiento de cabeza y una sonrisa triste cuando la vio a ella —, Kierse.

—Hola, Finn.

Este les abrió la puerta para dejarlos pasar.

—¿Alguna novedad? —gruñó Nate. Ronan apareció a su lado mientras enfilaban hacia las escaleras.

—Cara, Elijah y Haylee están combatiendo lo que sea que tengan en su sistema, pero el efecto es peor que el que suelen causarnos las drogas a los lobos. —Ronan le dedicó una mirada sombría a Kierse—. Ethan no ha empeorado, pero tampoco ha mejorado. Cuando Mateo se transformó, los llevamos a todos a la sala de conferencias.

Nate enarcó una ceja.

—¿Se transformó?

—De forma involuntaria.

Nate apretó los dientes.

—Joder. ¿Y la droga?

—Hemos interrogado a los camareros, a los porteros y a los clientes habituales que estaban allí cuando pasó todo, pero nadie notó nada fuera de lo normal.

Nate asintió.

—Bien. Regresa a tu puesto.

Ronan inclinó la cabeza en dirección a Nate y luego hacia Kierse antes de desaparecer de nuevo entre las sombras.

Nate condujo a la ladrona por otro tramo de escaleras y entonces abrió de golpe la puerta que daba a la sala de conferencias. La joven entró a toda prisa con el líder de los hombres lobo detrás de ella. La estancia estaba atestada por los dos grandes lobos que yacían sobre la mesa. Cara era la

última loba que aún conservaba su forma humana. Su piel pálida estaba descolorida y temblaba como si estuviera intentando reprimir su transformación.

Ethan se hallaba tendido sobre una de las mesas con Corey agarrándolo de la mano. Estaba amarillento y su cicatriz destacaba contra su rostro enfermizo. Si no hubiera sido por cómo le subía y bajaba el pecho con dificultad, Kierse habría pensado que ya estaba muerto.

—Ay, Ethan —dijo la joven mientras corría a su lado y le tomaba la otra mano.

Gen la envolvió con los brazos.

—Has venido.

—Por supuesto que he venido. —Kierse se echó hacia atrás para mirar a Gen a sus ojos enrojecidos. Parecía más delgada, como si aquello también estuviese acabando con ella—. ¿Cómo está?

—No lo sé —confesó Gen—. La enfermera es Maura. Yo solo soy su aprendiza.

—Y necesitamos un médico —dijo Maura, tensa. Nate apareció a su lado y le dio un beso en la mejilla. La enfermera miró a Kierse con una expresión neutral, pero la joven supo interpretar lo que no estaba diciéndole. Todo eso pintaba mal—. Ethan está vivo. Todos lo están por ahora. Ya les he administrado carbón activo para evitar que absorban las drogas. Pero no está funcionando.

Maura dirigió la mirada hacia Gen, como si buscara una confirmación de su propia asistente. Gen solía causar ese efecto sobre la gente.

—Puedo administrarle otra dosis a Ethan —insistió Gen.

—Pero no podemos hacer eso con los lobos. No sin acabar heridas —dijo la enfermera con rotundidad—. No cuento con el equipo necesario para intubar a nadie y vaciarle el estómago. Tendría que llevarlos al hospital.

—Podríamos llevar a Ethan —sugirió Gen—, Tal vez incluso a Cara. Pero ¿qué pasa con los lobos ahora que se han transformado?

Kierse conocía el hospital perfecto para ello.

—Hay un hospital para monstruos. Está en Queens. Allí podrían tratar a vuestros lobos.

—¿En Queens? —preguntó Maura—. No sobrevivirían. Ni siquiera sé si podemos moverlos.

En ese momento, Cara profirió un grito y todos se quedaron inmóviles cuando de repente unas garras grabaron unas marcas sobre la mesa de conferencias. La joven arqueó la espalda. Abrió mucho los ojos, que pasaron de ser grandes y azules a diminutos en un segundo. Entonces, entre una y otra respiración, se transformó. Su cuerpo se alargó, apareció pelaje y, cuando se derrumbó de nuevo contra la mesa, era una enorme loba del color de la miel con colmillos que podrían partir a una persona por la mitad.

—¡Joder! —gritó Nate—. No deberían transformarse de forma involuntaria. Eso no es natural. ¿Maura?

Kierse sacudió la cabeza y su fachada de calma estuvo a punto de derrumbarse.

Gen se acercó a ella.

—¿Qué hacemos?

Maura cerró los ojos durante medio segundo antes de decir:

—Tenemos que intentar sacarlos de aquí. No puedo hacer más.

—¡Debes hacerlo! —gritó Corey—. Si lo movemos, no sobrevivirá.

—Si no hacemos nada, tampoco —le dijo Nate, apoyando una mano sobre el hombro de Corey.

Maura soltó un suspiro.

—No tenemos tiempo para averiguar qué opción es mejor. Solo debemos llevarlo al hospital.

—Estaba aquí cuando sucedió todo —dijo Corey con tristeza—. Un minuto, Ethan estaba bien y, al siguiente, se volvió loco…, completamente desinhibido. Nunca lo había visto así. Al principio, me resultó muy mono, pero luego…

Kierse pudo ver lo angustiado que estaba Corey. El joven intentaba no llorar, pero tenía la mirada distante, perdida. Como si alguien estuviera arrancándole un pedazo de su ser mientras Ethan yacía en esa mesa. Ver a ese fuerte miembro de los Roulettes viniéndose abajo casi hizo que a Kierse le sucediese lo mismo.

—¿Acaso sabemos qué droga puede causar esto? —preguntó la ladrona—. ¿Cuál puede provocar que los lobos se transformen de ese modo?

Kierse se metió las manos en los bolsillos y se sintió completamente indefensa. Deseaba que Graves estuviera allí. Deseaba haberle pedido que la acompañara. No porque él hubiera podido hacer algo para ayudar. No contaba con poderes curativos. Si hubiera sido así, seguramente habría hecho algo para acelerar su proceso de sanación después de que la magia de Imani hubiera estado a punto de matarla.

¿Qué tipo de droga podía provocar eso? Hacer que una persona se desinhibiera por completo. Hacer que un hombre lobo se transformase de forma involuntaria.

¿Podía ser que no se tratara de ninguna droga?

¿Podría tratarse de magia?

¿Y que fuera ese el motivo por el que los métodos humanos no estuviesen funcionando?

—Nunca he escuchado hablar de nada que pueda obligar a mis hombres lobo a transformarse —declaró Nate.

—Hay una nueva droga en el mercado —sugirió Corey—. Ni siquiera conocemos las consecuencias de sufrir una sobredosis de polvo rojo.

Kierse se quedó petrificada.

—Espera…, ¿polvo rojo? —Tal vez no se tratara solo de magia. Tal vez fuera la magia de Imani en particular—, ¿Esa nueva droga se llama polvo de los deseos?

Nate asintió.

—Sí… ¿Cómo lo sabes?

Kierse sacudió la cabeza. Graves había dicho que el polvo de Imani no era peligroso. Que el producto que elaboraba para sus fiestas tan solo servía para intensificar el deseo sexual. La joven no sabía si todo eso habría sido un ataque por parte de Imani, pero era evidente que alguien había querido hacerle daño a Ethan para llegar hasta ella.

O bien llevaban a Ethan a un hospital, o Kierse tendría que intentar poner en práctica su propia magia. Aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Había trabajado con Graves durante horas sin ningún resultado. No había sido capaz de sentir la magia del hechicero ni una sola vez. Tampoco había podido usar su voluntad para crear un escudo.

Pero si llevaban a Ethan a un hospital y acababa tratándose de polvo de los deseos, entonces, aunque llegaran a tiempo, lo que tenía ínfimas probabilidades de suceder, no habría nada que los doctores pudieran hacer para ayudarlo. Todo habría sido para nada. Podían vaciarle el estómago, pero la magia no se disiparía. Su deseo acabaría matándolo.

Graves hubiera sabido si la *magia tenía algo que ver con* todo eso, pero no tenían tiempo de ir a

buscarlo.

Solo la tenían a ella.



—Dejad que me acerque —dijo Kierse, echando a Maura a un lado para llegar hasta Ethan.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber la enfermera.

—¿Kierse? —le preguntó Gen, como si sintiera el cambio que se producía en su amiga.

Sin previo aviso, Kierse apoyó las manos en el pecho de Ethan y cerró los ojos. La magia estaba allí. Solo necesitaba encontrarla, sentirla y sopesarla. Nunca antes lo había hecho, pero aquello no era ningún ejercicio de práctica. Era una cuestión de vida o muerte.

Así que Kierse penetró cada vez más. Accedió a espacios de su mente en los que nunca había entrado. Todos esos momentos en los que había sido más hábil, rápida y fuerte que otras personas de su edad, e incluso mayores. No debería haber sido más que una niña que hubiera muerto en las calles, pero había sobrevivido. Y eran esos instintos los que la habían mantenido con vida. Eran su propia magia y fuerza las que lo habían conseguido. Y ahora necesitaría ambas para que eso funcionara.

Como un repentino despertar de sus sentidos…, allí lo tenía.

Al principio, fue tenue. Una pequeña pincelada en su conciencia. Una brisa anhelante que le

indicaba que el invierno había acabado y que comenzaba la primavera. Kierse se aferró a esa sensación, a esa curiosa novedad dentro de su mente. Se asió a ella, sacándola hacia afuera hasta que por fin pudo verla con claridad. Una luz brillante en la oscuridad.

Había estado en lo cierto.

La magia emanaba del cuerpo de Ethan. Desde la cabeza hasta los pies, estaba impregnado en ella. Era el receptáculo de los poderes de Imani, y la personificación del calor y el roce de la magia.

Aun así, había algo más: flores. Kierse podía oler las flores. En especial, los lirios. Nunca había sido capaz de oler la magia de otro hechicero, pero ahora estaba completamente segura de que la magia de Imani tenía el dulzón y abrumador olor de los lirios. Kierse estuvo a punto de atragantarse a causa del sabor y su opresivo olor.

Pero se negó a perder la concentración, porque ahora le tocaba la parte más complicada.

Tenía que absorber la magia del cuerpo de Ethan e introducirla en el suyo. Nunca había absorbido magia antes. El miedo nubló sus sentidos. No era miedo a no ser capaz de lograrlo, sino a conseguirlo. A introducir esa magia dentro de sí misma y volver a ahogarse en ella.

¿Podría Kierse sobrevivir a ello? ¿Podría salir viva y reforzada de nuevo después de lo que le había hecho la magia de Imani la última vez? Ahora ni siquiera contaba con el antídoto de Graves para estabilizarla. Abrió la boca y quiso pedirles a los demás que llamaran al hechicero. Dejar que aquella carga recayera sobre otra persona.

No obstante, cuando fue a hacerlo, comenzó a desconcentrarse. Estuvo a punto de perder a Ethan, que comenzó a sufrir convulsiones.

—¡Kierse! —chilló Corey.

Maura intentó abrirse camino a codazos, pero Kierse se mantuvo firme. Cerró los ojos y buscó esa fragancia empalagosa para envolverse en ella de nuevo.

Graves no podía ayudarla ahora. Ella solita tenía que averiguar qué hacer y apañárselas con lo que viniera después.

Le temblaron las manos contra el pecho de Ethan y, por un segundo, sintió como si algo la asiera del centro de su ser. Era como si estuviera completamente inmovilizada a causa de un dolor aplastante. Sentía como si un ladrillo con un peso de diez toneladas le hubiera caído encima, atacándola por todos los flancos e intentando cortar su conexión.

Entonces, una mano le tocó el brazo. Fue el más ligero roce de los dedos de Gen. Y bajo esa caricia, Kierse inhaló hondo una y otra vez. En ese momento, la sintió… Sintió, en cierto modo, la propia magia de Gen. No era la magia de una hechicera. Solo una luz al final de un largo túnel. Esa parte de Gen que siempre la había ayudado a leer las cartas del tarot y a elaborar unos remedios muy potentes. Esa parte de su amiga que recogía a los gatos callejeros heridos y los cuidaba hasta que sanaban. Esa parte de Gen que solo era… Gen.

La caricia de su amiga le indicaba que estaba allí con ella. Que creía en Kierse. Que Kierse podía hacerlo. Gen no necesitaba saber qué estaba sucediendo para confiar en que su amiga lo lograría. Eso era todo lo que Kierse necesitaba. Gen siempre sabía lo que su amiga necesitaba.

Y mientras la ladrona envolvía con su magia esa piedra angular que eran ahora los poderes de Gen y proyectaba ambos combinados hacia Ethan, sintió otra débil respuesta.

Ethan.

Era una luz distinta a la que había en el interior de Kierse o de Gen. La parte de su amigo

que provocaba que pudiera hacer florecer a las plantas. Esa parte de su amigo que lo mantenía optimista incluso en los momentos más oscuros. Esa parte de Ethan que lo representaba.

Todo aquello cobró vida cuando los tres se tocaron y tendieron un puente que culminó su triángulo. Tres. Una trinidad. El principio, el medio y el final. Lo suficiente para mantenerlos unidos.

Con una espiración profunda, Kierse se aferró a Gen y a Ethan, con el convencimiento de que era capaz de hacer aquello. Con la siguiente inspiración, Kierse tomó tanto aire como fue capaz y con él llegó la magia.

La energía que se había instalado en el cuerpo de Ethan comenzó a elevarse cada vez más y más alto, a salir de él… ya introducirse en ella.

Nadie más en esa habitación podía ver la magia. Hasta ese momento, ni siquiera Kierse había podido verla. Pero, de repente, el olor y el fuego de la magia se habían transformado en un leve resplandor dorado que envolvía todo el cuerpo de su amigo. La joven abrió mucho los ojos al verlo. Experimentó la sensación de que todo encajaba, tal y como le había dicho Graves.

A medida que Kierse intentaba apoderarse de ese resplandor dorado, pudo sentir la magia como una marea creciente. Cayó sobre su piel y se abrió camino a través de su cuerpo mientras los lirios la consumían y el fuego la devoraba. «Hola, vieja amiga». Dolía. Se clavaba en ella como si intentara partirle los huesos y romperla en mil pedacitos. El dolor se aferraba a ella, tiraba y se retorcía. Con él llegó la agonía y, entonces, pudo ver el abismo. Pero intentó resistirse. Se negó a dejarse ir.

Quedaba más magia. Mucha más.

Kierse quería vomitar, vaciarse el estómago y deshacerse de ese vil recubrimiento, pero no podía mover las manos. Aunque quisiera hacerlo. Estaban pegadas al pecho de Ethan, absorbiendo cada milímetro de ese resplandor dorado e introduciéndolo en su cuerpo. Le ardían los ojos. Estaban encendidos. Le temblaron las manos, luego los brazos y por último todo el cuerpo. Un zumbido apareció en sus oídos y todo lo demás desapareció de su vista, salvo Gen y Ethan.

El tiempo dejó de tener sentido. Al menos, en el plano en el que estaba trabajando. Desde algún lugar lejano, podía escuchar a sus amigos. Colette por fin había llegado. También otros. Finn y Ronan. Estaban gritando e intentando inmovilizar a los otros lobos.

Pero Kierse no podía detenerse. No hasta que hubiera extraído toda la magia del sistema de Ethan. No hasta que su amigo abriera los ojos y le dedicara su hermosa sonrisa.

No hasta que Ethan viviera. Aunque Kierse tuviera que morir.

—Ya casi estamos —dijo Gen en voz baja.

Era como si la joven supiera lo poco que le quedaba a Kierse. La intuitiva y bella Gen.

Entonces el último hilo de magia se introdujo en los dedos de Kierse. Sostuvo ese último hilo como si fuera una pequeña llama sobre su mano. Luego, la introdujo en su cuerpo y sintió cómo se asentaba en lo más profundo de su ser.

Pero no había terminado. Ahora estaba cargada de poder. Rebosaba en su sistema, y aún quedaba mucho más.

Kierse alargó una mano y la apoyó sobre la garra de Cara. Extrajo la magia del interior de la loba. Estaba decidida a sacársela toda. Entonces, podría ir a cámara lenta y expulsar la magia de Imani. Pero solamente podría hacerlo una vez que hubiera terminado por completo. Porque no

estaba segura de ser capaz de volver a establecer esa conexión de nuevo tan pronto.

Mientras tiraba de la energía que rodeaba el cuerpo de la loba, algo cambió en Cara. Como si estuviera resistiéndose, la joven se revolvió. Nate volvía a gritar, intentando hacer que Kierse se detuviera. Unas garras se le clavaron a la ladrona en la piel y profirió un grito.

El dolor la sobrepasó. Intentó luchar contra él y absorber más magia. Pero la sensación no procedía solo del dolor de su brazo sangrante. También lo provocaba su magia. Se estaba quedando sin capacidad de absorción. No podía albergar más. No era lo suficientemente fuerte.

—No —susurró la joven, resistiéndose al dolor y a la magia—. No.

—Por favor, Kierse. —Gen la agarró alrededor de la cintura y tiró de ella hacia atrás.

Cuando la ladrona perdió el contacto con Cara, cortó la conexión y se desplomó contra Gen.

Ethan ya no resplandecía, pero *Kierse* brillaba tanto como el sol.

—Lo ha salvado —jadeó Gen.

El mundo no paraba de dar vueltas. Todos estaban conmocionados, pero Kierse no lograba decir nada. No podía ir a cámara lenta. Apenas logró pronunciar el nombre de Graves antes de caer el suelo, que la recibió de buena gana.

Y entonces, todo se volvió agradablemente *oscuro*.



Kierse yacía en una cama.

No era tan blanda como en la que solía despertarse. ¿Dónde estaba? Todo parecía borroso y lejano.

Abrió los ojos y parpadeó enseguida a causa de la luz cegadora. Su mirada no se acostumbró lo bastante rápido y, con pereza, se llevó el brazo a los ojos para protegérselos.

—Agh —gruñó la joven.

—¡Kierse! —jadeó una voz.

La ladrona la reconoció. Y entonces se quitó el brazo de la cara y vio a Gen inclinada sobre ella. «¿Gen?».

—¿Qué… qué haces aquí? —le preguntó Kierse.

Su amiga frunció el ceño.

—¿Qué es lo que recuerdas?

Kierse intentó pensar, recordarlo todo, pero estaba en blanco. Había estado trabajando con Graves. Había entrado en la Tercera Planta. Había hablado con Torra. Había visto a Lorcan. ¿Qué había pasado después? ¿Cómo había llegado hasta Gen?

Otro rostro apareció sobre ella. El de Ethan.

Kierse parpadeó con premura. ¿Estaba soñando?

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Estás en el Five Points —le dijo Ethan, tomando asiento en la silla que había junto a la cama de Kierse—. Me has salvado la vida.

La ladrona fijó la mirada en Ethan. Su amigo no tenía aspecto de haber estado a punto de morir.

—¿Eso he hecho?

—Habían drogado a Ethan —dijo Gen en voz baja—. Pero apareciste tú y le sacaste las drogas de su sistema con tus… tus propias manos.

¿Con sus propias manos? ¿De qué estaban hablando? Pero entonces lo sintió… La magia.

—Ay, Dios.

Kierse giró la cabeza y vomitó dentro de una papelera que había junto a la cama. Se quedó con el estómago vacío. Y luego vomitó un poco más.

No se había sentido tan enferma desde lo del polvo de los deseos. Claro. El recuerdo de lo que había hecho regresó a ella de golpe. Eso era polvo de los deseos.

Después de haberse vaciado todo el estómago, volvió a acomodarse en la cama y esperó a que la habitación dejara de darle vueltas. Estaba hecha un desastre, pero, al mismo tiempo, sentía que su percepción había cambiado por completo. Era como si el mundo tuviera una segunda capa dentro de su consciencia. Ahora Kierse no comprendía cómo antes no había sido capaz de verlo. ¿Lo sentiría siempre de forma tan intensa? ¿O en algún momento le parecería normal? ¿Como si el mundo no hubiera sido antes tan anodino?

—Lo recuerdo —les dijo a sus amigos—. Lo recuerdo todo.

Gen y Ethan intercambiaron una mirada.

—Has usado… magia, ¿verdad? —inquirió Gen—. ¿Graves te ha enseñado a hacer eso?

—Sí —respondió la joven, pero añadió—: No. Es decir, ha intentado entrenarme, pero acabo de averiguar cómo hacerlo para salvar a Ethan y al resto.

Gen palideció y Ethan se miró las manos. Había algo que no le estaban contando.

—Los demás… —susurró Kierse—. ¿Qué les ha pasado a Cara y a los otros dos lobos?

Gen tragó saliva.

—No… no han sobrevivido.

Kierse se percató entonces de que tenía el otro brazo vendado. Recordó cómo Cara le había clavado las garras mientras ella había intentado extraerle la magia a la loba. Pero no había sido lo bastante fuerte. No había entrenado lo suficiente y su conexión se había roto.

—Los he dejado morir —susurró, horrorizada.

—Esto no es culpa tuya —se apresuró a decir Ethan.

Kierse sintió que se le acumulaban las lágrimas en los ojos. Pero sí era culpa suya, ¿no? El polvo de los deseos había llegado a la ciudad tras su robo. El polvo de los deseos que había consumido Ethan había sido utilizado para atraer la atención de Kierse. Todo tenía que ver con Graves, pero nada de eso habría sucedido si Kierse no hubiera aceptado aquel trabajo. Si hubiera decidido dejarlo pasar por no contar con suficiente información. Había estado tan concentrada en el premio final que no se había preparado lo suficiente. Y ahora había muerto gente por su culpa.

—Sí que lo es —dijo con la voz ronca—. Es culpa mía.

—Le has salvado la vida a Ethan —le recordó Gen.

—No fui lo bastante fuerte como para salvar al resto.

—No era tu responsabilidad —le dijo su amigo, agarrándola de la mano con delicadeza—. Has hecho lo que has podido, y te estaré eternamente agradecido.

Kierse asintió, cerró los ojos y contuvo las lágrimas. Todo eso era culpa de Imani. Había sido un acto de venganza. Kierse no lo olvidaría, lo usaría para hacerse más fuerte.

Nadie más iba a morir mientras ella pudiera evitarlo.

—Kierse —le dijo Gen—, cuando extrajiste la magia de Ethan… Yo también lo sentí.

La ladrona dejó toda su culpa y su dolor a un lado y abrió los ojos para mirar a su hermosa amiga.

—Sentiste tu propia magia.

—Mi magia —respondió la otra chica, fascinada.

—Y la de Ethan.

Su amigo se quedó boquiabierto.

—Yo no tengo magia.

—Sí que la tienes —le confirmó Kierse—. No sé cómo es posible, pero la tienes.

—Yo también la he sentido —dijo Gen.

—No sé qué podéis hacer ninguno de los dos o qué sois. Aún no tengo respuestas para lo que soy yo, pero las encontraremos juntos —les prometió—. Lo único que puedo deciros es que existe un motivo por el que Gen puede leer las cartas del tarot. —Desplazó la mirada de Gen hasta Ethan—, Y otro por el que tú puedes hacer que las plantas florezcan en invierno.

Ethan fijó la mirada en la docena de nuevas plantas que había estado cultivando por toda la estancia.

—Eso no es magia.

—Es algo —le dijo Kierse.

—Y estamos juntos en esto —declaró Gen.

—Sí —aseveró la otra joven—. Es como un hilo que nos une.

Su amiga parecía esperanzada. Ethan, escéptico. Pero Kierse lo había sentido, tal y como lo había descrito Gen. Sus amigos no eran más humanos de lo que lo era ella.

Y solo había un modo de conseguir respuestas.

Kierse abrió mucho los ojos, alarmada.

—Esperad, ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Tres días —le dijo Ethan.

Kierse se quedó de piedra.

—¿Tres días? —Contó los días mentalmente—. Mierda, ¿estamos en el solsticio?

—En la víspera —le dijo Gen—. La noche del día veinte. La luna llena es mañana. Así que todos los lobos estarán confinados en el club. Nosotros íbamos a reunirnos con Maura en cuanto te despertases.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Kierse, quitándose las sábanas de encima.

Tres. Putos. Días.

—Tengo que ir a buscar a Graves.

—¿Vas a volver? —le preguntó Ethan sin dar crédito.

—Tengo que hacerlo —dijo ella, poniéndose en pie deforma inestable. Se sentía mareada,

pero tenía que llegar hasta Graves lo antes posible.

—Ni siquiera puedes mantenerte en pie. No puedes ir a ninguna parte —le espetó Gen, deteniéndola con una mano—. Tienes que confinarte con nosotros. Estaremos a salvo.

—Os quiero a los dos. He hecho lo correcto al venir aquí a veros, aunque Graves no esté de acuerdo. —Recordar cómo le había cerrado la puerta en las narices seguía cabreándola. Disimuló su enfado cogiendo la ropa que tenía sobre la mesita de noche. Solo llevaba una bata de hospital, y tenía que ponerse ya en marcha—. Me dijo que había roto nuestro acuerdo al venir hasta aquí, pero hay demasiado en juego como para dejarlo todo ahora.

—¿Qué hay en juego? —preguntó Ethan—. ¿El dinero? Nos van bien aquí, Kierse. Al principio tenía mis dudas, pero me gusta estar con los Temibles.

La ladrona sacudió la cabeza.

—No es seguro. Y esto es prueba de ello. No estaremos a salvo hasta que acabe con esto.

—¿Y por eso vas a regresar? —le preguntó Gen—. ¿Por nuestra seguridad?

—Torra está viva —soltó Kierse.

Gen y Ethan la miraron, asombrados.

Gen susurró:

—¿Cómo es posible?

—No puede estarlo —comentó Ethan.

—La he encontrado —dijo Kierse. Se apoyó contra la pared para conseguir equilibrarse. Mierda, tenía que hacer algo para recuperarse—. La he encontrado y le he prometido que la sacaría de allí. Además, este robo va mucho más allá de lo que creía en un principio. Confiad en mí cuando os digo que no podemos dejar ese objeto en manos del rey Luis a no ser que queramos que estalle otra Guerra de los Monstruos.

Ethan se quedó boquiabierto.

—Hablas en serio —susurró Gen, conmocionada.

—Muy en serio.

Kierse se puso la camiseta y luego metió los brazos en la chaqueta ajustada. Profirió una queja mientras se la pasaba por el brazo herido.

—Seguro que puedes descansar al menos un día más.

—No, todo esto tendrá lugar mañana por la noche —les explicó—. Tengo que regresar ahora. Graves debe entrar en razón, hayamos o no roto nuestro acuerdo. —Se mordió el labio y vaciló —. No le queda otra.

La expresión de Gen se suavizó ante esas palabras.

—Quieres regresar con él.

No había nadie como su amiga para interpretar lo que de verdad estaba pasando.

—Sí —dijo Kierse—. Era… distinto. Amable, a su manera.

Ethan se encogió.

—Pero ¿no era un monstruo?

—Eso pensaba yo —susurró Kierse.

Se perdió en sus pensamientos al recordar cómo Graves le había dejado su abrigo, el modo en el que la había agarrado en el túnel, cómo le había colocado el cabello detrás de la oreja mientras la contemplaba con esos inimitables ojos grises. El sabor del *babka* y sus labios sobre los de ella. Esa pequeña sonrisa que Kierse había comenzado a saber interpretar. Todas esas pequeñeces que

habían hecho que, en su mente, Graves el monstruo se hubiera transformado en Graves el hombre.

Gen le tocó la mano.

—Parece que te guste de verdad.

—Es un monstruo, pero es mi monstruo.

Gen y Ethan guardaron silencio ante aquella afirmación. Y esa era la verdad sobre Graves. Toda la verdad. Una que Kierse no estaba segura de haber tenido tiempo de asimilar.

—He estado toda mi vida huyendo de mi pasado. No quiero seguir corriendo. No de él. —Se aclaró la garganta y desvió la mirada de sus amigos—. Os quiero, pero vais a tener que confinaros sin mí porque tengo que irme.

—Sí, debes irte —dijo Ethan cuando al fin lo comprendió todo.

—Una cosa antes de marcharte —comentó Gen, sacando una carta de entre sus pertenencias y ofreciéndosela a Kierse—. He tirado las cartas para ti.

Kierse le dio la vuelta a la carta del tarot y vio que se trataba de la del Mago. «Graves».

—Gracias —le dijo.

Entonces, les dio un largo abrazo a sus amigos, aunó fuerzas y salió por la puerta.

Un peso se asentó sobre ella al abandonar el Five Points. La puerta se cerró a cal y canto desde dentro tras ella. La joven le dio dos tirones para asegurarse de que nadie pudiera entrar después de que se hubiera marchado.

Miró hacia el edificio con resignación. Estaba haciendo lo correcto, pero no se sentía bien al abandonarlos así, indefensos. Si el polvo de los deseos había llegado hasta allí para herir a sus amigos, podía volver a suceder. Tal vez fuese cosa de Imani, o tal vez se tratase de otra persona que intentaba ir a por Graves o a por ella. Pero a Kierse eso le daba igual. No iba a permitir que volvieran a hacerles daño a sus amigos.

Ahora tenía algo que proteger. Algo a lo que envolver con un escudo. Y cuando se concentró en el edificio, su magia acudió a ella con facilidad. Kierse extendió un escudo por todo el edificio. No se detuvo a preguntarse si lo estaría haciendo bien. Acababa de usar su magia de forma intuitiva. Cuando hubo acabado, el Five Points pasó a ser un establecimiento libre de polvo de los deseos. Nadie podría introducirlos en el interior. Sus amigos estaban a salvo.

El zumbido de la magia suponía una mínima vibración en el fondo de su mente mientras veía que en su escudo se imponía la forma de un pequeño reyezuelo.

Ahora sí que podía alejarse de allí.

INTERLUDIO

Isolde llegó pronto a trabajar.

Tenía la sensación de que algo iba mal.

Se había despertado en mitad de la noche sintiendo como si miles de insectos le estuvieran recorriendo toda la piel. No había sido capaz de quedarse dormida después de eso. Ni de pensar en otra cosa.

En cambio, se había vestido y había acudido a casa de Graves antes de que saliera el sol. Había decidido que iba a hornear un par de hogazas de pan. Su jefe adoraba tener pan recién hecho por la mañana. Le encantaba que el olor inundara toda la casa para recibirlo.

Sin embargo, cuando Isolde llegó, se lo encontró sentado en la cocina. Como si su jefe hubiera sabido que ella estaría allí. Delante de él había una copa de cristal vacía. Solo quedaban un par de cubitos de hielo derretidos en el fondo. Graves contemplaba la copa como si pudiera rellenarla con la mirada. O ahogarse en ella.

Esa estampa no era muy distinta a la de la primera vez que Isolde lo había visto. Había estado trabajando de pastelera muy lejos de allí. Graves acudía cada día y le pedía una de sus últimas creaciones. La mujer admiraba su hermosa complexión, pero sabía que había algo oscuro en su interior. Algo que lo reconcomía. Por aquel entonces, Isolde solo tenía veinticinco años. Seguía siendo audaz y temeraria.

Cuando Graves permanecía allí durante horas contemplando su bebida, Isolde le daba conversación. Nunca habían mantenido una relación romántica. Isolde no había tardado en darse cuenta de que ese hombre jamás podría amar a nadie. No del modo que ella quería. Se trataba de un hombre roto en mil pedazos.

Cuando Graves le había ofrecido el trabajo, no se lo había pensado dos veces antes de aceptar. Él necesitaba a alguien que manejara su día a día. A la mujer le resultaba evidente. Y, extrañamente, quería ser ella la persona que hiciera eso por él.

A lo largo de los años, Isolde había presenciado cómo la gente entraba y salía de su vida. Mujeres y hombres que aparecían en su cocina y no tardaban en irse. Pocos se quedaban mucho tiempo mientras Graves los entrenaba.

Si había algo constante en la vida de Graves, eran las despedidas.

La gente en su vida solo era temporal.

Nunca establecía una relación lo bastante estrecha con otra alma que le hiciera sentir algo más que un interés pasajero. Eso cabreaba a la mayoría. Algunos se marchaban tristemente resignados. Tal vez vieran lo mismo que veía Isolde: que un hombre roto no podía amar, y que nadie sería capaz de volver a unir todas sus piezas, ya que estaban muy destrozadas.

Y lo que era peor, ¿quién podría amarlo? Isolde lo quería a su manera. De un modo diligente. Le tenía devoción, pero él solo le mostraba la mejor parte de su ser. Para ser amado, uno también debía exhibir sus peores partes.

Isolde conocía al hombre para el que trabajaba.

Él era el villano de su propia historia.

A la mujer no le importaba. Graves le pagaba, cuidaba de ella, la protegía de todas formas. Pero, por encima de todo, había que aceptar a la gente tal y como era. *Conocer* quiénes eran, ver todas las partes dañadas y querer estar con ellos igualmente.

Cuando Isolde lo vio sentado en su cocina, no le cupo duda de lo que había sucedido.

Kierse se había marchado.

Y él se lo había permitido.

Isolde entró en la cocina sin hacer ruido. Sacó sus ingredientes y, con mucho mimo, mezcló la harina, la sal y la levadura. Lo último que añadió fue el agua, elaborando la masa tal y como le habían enseñado hacía tanto tiempo. Sus ancianos brazos ya casi no podían amasar, pero Isolde consideraba que era mejor hacerlo así que con una de esas máquinas modernas. Que fuera más rápido no significaba que fuera mejor. Ese aparato no lo hacía con cariño.

No fue hasta que volcó la masa sobre la encimera y comenzó a extenderla cuando por fin la mujer preguntó:

—¿Kierse se ha ido?

Graves asintió. Ni siquiera parecía sorprendido.

—Ha regresado con su familia.

—¿Para siempre?

Su jefe volvió a asentir.

—Sí. —Hizo una pausa. Sus facciones parecieron arder durante un momento antes de disipar esa rabia. Como si ya ni siquiera pudiese seguir enfadado. Dejó escapar un pequeño suspiro—. Sus horas aquí siempre estuvieron contadas.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Lo que hago siempre. —Cuando levantó la vista para mirar a Isolde, pareció dolido—. Comenzar de cero. Otra vez.

Isolde vio la verdad que se escondía en esas palabras. Graves se sentía herido. En las últimas semanas había estado muy distinto. Kierse había sido una buena influencia para él. No le aguantaba su malhumor. Bromeaba con él. Tenían intereses similares. Había sido una verdadera bendición verlos a ambos abriéndose el uno al otro. Isolde nunca pensó que llegaría ese día. Por primera vez desde que trabajaba para Graves, había comenzado a preguntarse si estaría equivocada con respecto a su jefe. Si, después de todo, él sería capaz de amar.

—Pero ¿y qué hará Kierse?

—Ella ha tomado su decisión. Siempre lo hacen. Uno tras otro. Y escogen… —Graves agitó una mano para luego tomar la botella y servirse otra copa— lo que sea que consideren importante para ellos.

Más importante que él. Que aprender magia. Que aquella vida.

Isolde podía entender por qué alguien querría una vida más fácil. La magia que Graves ostentaba no tenía nada de sencilla. Era oscura, mortal y peligrosa. La mayoría de la gente no podía soportarlo. Isolde había llegado a pensar que Kierse era distinta.

No pudo evitar expresarlo en voz alta.

—Creía que ella era distinta.

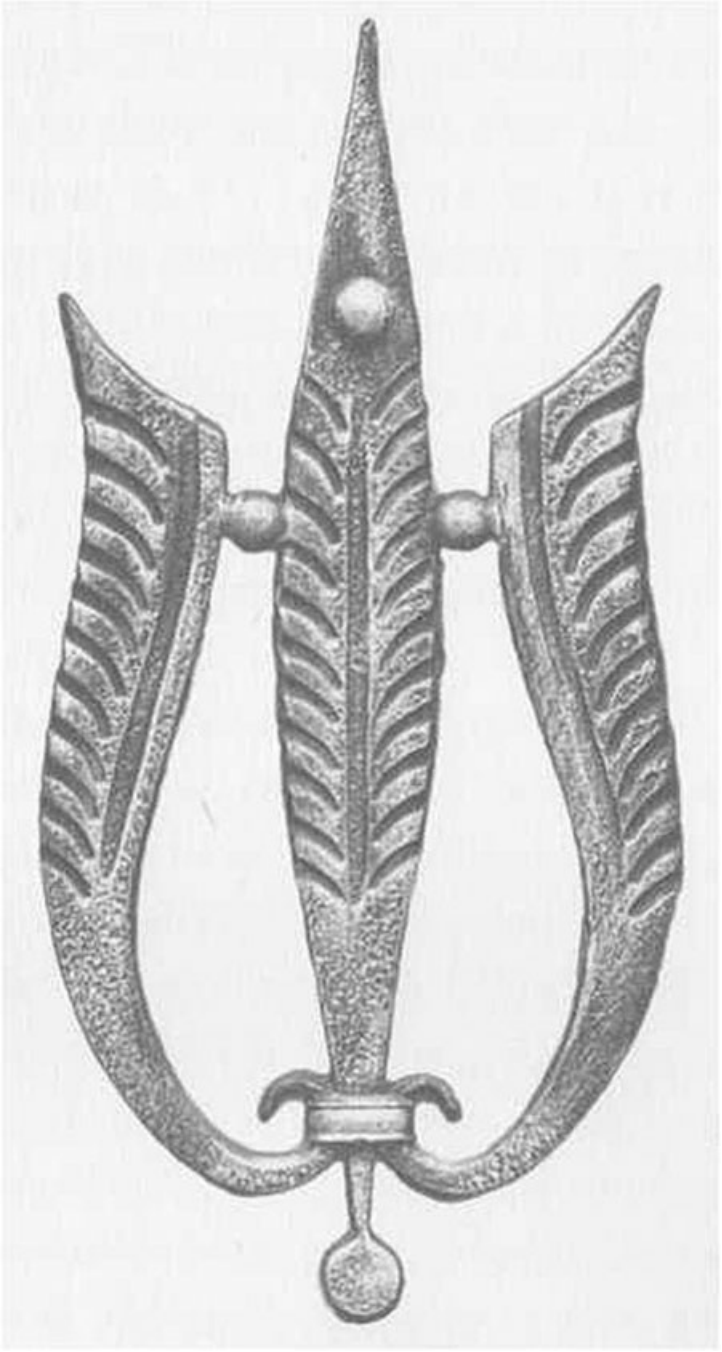
Mientras miraba a su señor, se dio cuenta de algo… Él también había pensado lo mismo.

—Ya —convino Graves.

Y le dolió todavía más caer en la cuenta de que él mismo había estado equivocado.

PARTE VI

EL SOLSTICIO DE INVIERNO





Lo último que Kierse quería era recorrer cincuenta manzanas hacia el norte con ese frío. Pero como los Temibles no podían llevarla en coche ni prestarle dinero para que tomara un taxi, a la joven no le quedó otra opción. Se aventuró a la entrada del metro de la calle Catorce, pagó a un trol particularmente irritado y tomó la línea uno hacia la parte alta de la ciudad. Mientras se abría paso por el andén, robó carteras para recargar su magia y, para cuando salió del metro en el Upper West Side, comenzaba a sentirse mejor. El agotamiento a causa de la magia empezaba a disiparse.

El desdén que había sentido en el pasado por ese barrio había desaparecido por completo. Hasta hacía un par de semanas, se habría burlado de las calles limpias y bien iluminadas, pero ahora aquello le parecía… lo normal.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando tuvo a la vista el edificio de piedra rojiza de Graves. Entre esas cuatro paredes había encontrado muchas más cosas de las que habría podido soñar. Aunque sentía como si estuviera regresando a casa, sus pasos eran vacilantes mientras se acercaba a la puerta de entrada y a su ostentosa aldaba en forma de dragón, siendo consciente la bestia de

fuego que había en el interior. Sonrió al pensar en ello, pero esa imagen desapareció de su mente cuando tomó el dragón y llamó a la puerta con él.

Podría haber cruzado el umbral sin más. La magia de Graves no podía impedirle la entrada. Pero en ese instante la joven se sentía más como una huésped que la última vez que había llamado a esa puerta. No sabía si la recibirían con los brazos abiertos.

El momento se alargó. Kierse volvió a tomar la aldaba y a llamar con ella. Pasó otro momento más, y entonces la puerta se abrió despacio hacia dentro.

Graves apareció frente a ella. Lucía una camisa arrugada y pantalones de vestir. Llevaba los tres primeros botones de la camisa abiertos y se había subido las mangas casi hasta los codos, dejando a la vista sus tatuajes de acebo. En la mano sostenía una botella medio vacía. El cabello le caía sobre la frente y la luz de las farolas se le reflejaba en los mechones de un negro azulado. Sus ojos, que parecían oscuras nubes de tormenta, la escudriñaron dejando la vista fija en ella durante demasiado rato. Parecía haber tenido un día peor que el de Kierse, y eso era mucho decir.

—¿Kierse? —inquirió él con una expresión que solo podía ser descrita como de sorpresa.

La joven nunca lo había escuchado emplear ese tono antes. Ni siquiera lo había escuchado pronunciar su nombre de pila. Siempre se había referido a ella como señorita McKenna o Reyezuelo. Fue desconcertante.

La miró durante un momento más, como si Kierse fuera una compleja ecuación matemática.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo entrar?

—No recuerdo que nunca me hayas pedido permiso para eso. —Graves recuperó su bravuconería durante el tiempo suficiente como para extender el brazo e indicarle que pasara al interior. Luego dejó la botella de *bourbon* sobre la mesa de la entrada mientras cerraba la puerta con el pie detrás de Kierse.

La joven se frotó las manos y sopló sobre ellas.

—¿Por qué hace tanto frío aquí?

—Estoy solo.

Ambos permanecieron de pie en el frío umbral de la puerta. No cruzaron ninguna palabra más. Solo existió el silencio. A Graves le había pillado por sorpresa que Kierse apareciera por allí. La cuerda que se extendía entre ambos estaba tensa y podía partirse en cualquier momento.

Kierse necesitaba decir algo, pero, de algún modo, verlo en ese estado lo había empeorado todo. Ambos estaban entre la espada y la pared. Ninguno de los dos había puesto su fe completamente en el otro. Ni siquiera cuando todo había empezado a cambiar en las últimas semanas que habían pasado juntos. Y ahora, la joven debía encontrar dentro de sí misma la forma de dejar correr todo aquel asunto. Algo que nunca había hecho con nadie.

Antes de que empezara a hablar, Graves le preguntó, tenso:

—¿Para qué has venido?

—He vuelto para… disculparme —logró decir Kierse.

Él enarcó una ceja.

—¿Disculparte por qué exactamente?

—Por lo que ha sucedido con Nate. —La joven bajó la mirada hasta sus propias manos—. ¿Podemos sentarnos y hablarlo, por favor? Tengo mucho que contarte.

A Graves le tembló la nuez al tragar saliva antes de asentir. Se dirigieron hacia la sala de estar,

y Kierse no pudo reprimir la sonrisa. El librito verde se hallaba sobre la mesilla. Las mantas que solía usar ella estaban dobladas a la perfección junto a su sillón favorito. No había ni rastro de Ana, pero la gata aparecía cuando quería.

Graves se aproximó de inmediato al fuego apagado. Por eso la estancia parecía mucho más fría y menos acogedora. Lo encendió en silencio mientras Kierse se acomodaba en el sofá. La calidez que emanaba del fuego no tardó en extenderse por toda la habitación y, poco a poco, la joven comenzó a sentir las manos.

Antes de continuar, Kierse aguardó hasta que Graves se acomodó en el sillón que quedaba frente a ella.

—No *sé cómo* explicarlo —dijo la joven, bajando la mirada e intentando tener la valentía necesaria para sincerarse con él—. Que me guste encontrar salidas tiene una razón de ser. Mi padre me abandonó siendo yo muy joven y tuve que vivir en la calle. Fue una situación terrible —le explicó mientras se estremecía—. Ni siquiera me gusta recordar esos años.

Graves asintió en señal de comprensión. Él también había sufrido abandono. Sabía la carga que ello suponía.

—Entonces fue cuando me acogió mi mentor, Jason. —Kierse inspiró hondo. Detestaba pronunciar ese nombre en voz alta—. Me crie en su gremio de ladrones… Era considerada un prodigio —añadió con desdén—. No puedo decir nada positivo sobre él salvo que me mantuvo con vida. A duras penas.

Kierse quería contarle más cosas, quería detallarle todas las formas en las que Jason la había torturado. Pero el dolor que había tenido que soportar a manos de su mentor seguía sintiéndose como fuego en sus venas.

—La mejor lección que llegó a enseñarme fue cómo escapar. Aunque fuera para huir de él. —Tragó saliva y se obligó a continuar—: Así que, cuando me mudé aquí contigo, solo pude considerar este lugar una jaula.

Graves frunció el ceño.

—Esa nunca fue mi intención.

—¿No lo fue? —le preguntó ella—. Tenía libertad para entrar y salir, pero no para vivir mi vida.

Graves apretó la mandíbula, pero no añadió nada.

—No puedes culparme por repeler esa jaula y no haber tardado en encontrar formas de salvarme a mí misma si todo esto acababa torciéndose. —La joven bajó la mirada hacia sus manos temblorosas. Odiaba cómo sonaban esas palabras—. Estaba lista para morir en esta misión, pero mi cerebro no podía evitar prepararme para cualquier imprevisto. Sin embargo, las cosas… cambiaron.

El hechicero se enderezó al escuchar esas palabras.

—¿En qué sentido?

—¿Acaso no lo sabes?

Kierse se dio en cuenta entonces de que no, no lo sabía. Graves no tenía ni idea de cómo se sentía ella. Ambos se habían cerrado tan en banda que habían sido incapaces de mostrar su verdadero yo. Les habían hecho tanto daño en el pasado que, incluso ahora, admitir que alguien les importaba parecía una odisea.

—Al principio, esto solo era un trabajo. Pero pasaste de ser un monstruo a ser un extraño,

luego un amigo y después… algo más. Te convertiste en alguien en quien casi podía… confiar —aventuró. Siguió hablando—: No solo hago este trabajo por el dinero o para ayudar a mis amigos. Lo hago para sacar a Torra de ese lugar. Lo hago para evitar que el rey Luis siga teniendo la lanza en su poder. Lo hago por ti.

—Creía que no volverías.

Kierse soltó un suspiro.

—No quería que las cosas salieran así, pero tienes que entender que todo era distinto entonces. Debes entender que siempre iba a regresar.

—Has estado fuera tres días —declaró Graves—. Admito que metí la pata, pero creía que ya habías tomado una decisión.

—Lo sé —dijo ella con cariño—. Pero he vuelto. —Sentía el corazón en la garganta. Se estaba desnudando ante él, y no sabía si con eso bastaría. Si había roto la poca confianza que habían establecido entre ellos en las últimas semanas, tal vez nunca pudiera volver a recuperarla.

Al fin, Graves le preguntó con solemnidad:

—¿No era esta tu salida?

—No —respondió ella con fiereza—. No, esta no era en absoluto mi salida. —Y a Graves pareció sorprenderle la vehemencia de sus palabras—. Solo me fui por Ethan.

—¿Y él está bien? —inquirió el hechicero con cautela.

—Sí. No era el tipo de sobredosis que mis amigos creían en un principio. Alguien le metió a él y a otros tres lobos de Nate polvo de los deseos en la bebida. Le extraje la magia a Ethan por medio de mis poderes de absorción, pero los lobos… Ellos han muerto.

El hechicero se puso de pie de inmediato.

—¿Y nadie vino a buscarme? Tengo el antídoto. Podría haber ayudado a sanarlos.

—Cuando Nate vino a por mí, no sabíamos que se trataba de eso. Creíamos que eran drogas corrientes. —Las lágrimas volvieron a sus ojos—. No lo sé, Graves. Todo pasó muy rápido. Para cuando me di cuenta de que se trataba de magia, hice lo que pude.

Graves abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa.

—Sus muertes no son culpa tuya.

—Sí que lo son. No fui lo suficientemente fuerte. —Se secó las lágrimas de los ojos con violencia—. Tengo que hacerme más fuerte. Aprender a usar mi magia para no acabar en otra situación como esta. —Levantó la mirada hacia él con tristeza—. Pero, en resumidas cuentas, ese es el motivo por el que me he ausentado los últimos tres días. Por eso no podía regresar. Me he despertado y he venido directamente aquí…, después de robar a un par de desconocidos ingenuos.

—Me alegro de que hayas regresado —le dijo él, dejando escapar un suspiro áspero—. Me alegro de que hayas salvado a Ethan. Me alegro de que comiences a entender tu magia y sepas cómo recargarla.

Kierse asintió.

—Me siento casi como nueva. Fue como si mis poderes hubiesen estado esperando el momento en el que los necesitara de verdad. Fui capaz de ver y oler la magia. Ahora comprendo lo que querías decir sobre la voluntad. Lo he comprendido todo. Incluso he activado un escudo sobre el Five Points para que nadie pueda introducir polvo de los deseos en las instalaciones.

—Sabía que con práctica lo conseguirías. Por desgracia, a veces la magia solo reacciona

cuando se nos pone a prueba —admitió Graves.

—Al menos ha reaccionado —respondió ella—. Ahora tenemos un montón de cosas que preparar para el trabajo de mañana. Quiero hacerlo. No… Necesito hacerlo. —Tragó saliva profusamente y dejó que Graves viera su vulnerabilidad y sinceridad—. Pienso hacerlo pase lo que pase, pero es mejor cuando estamos juntos. Y tú lo sabes.

Ante esas palabras, la mirada de Graves volvió a iluminarse. Kierse podía ver el nuevo plan que se fraguaba detrás de esos ojos.

—Nos va mejor juntos. —Y esas palabras fueron como música para los oídos de la joven. Suaves y seductoras. Graves se levantó—. ¿Un nuevo acuerdo?

—No necesitamos ningún acuerdo para esto. Lo haremos juntos. Entraremos, cogeremos la lanza, mataremos al rey Luis y saldremos todos de allí.

Graves asintió.

—Hecho.



Con su misión de nuevo en marcha, Kierse se sentía más ligera que nunca con Graves. Más ligera que con cualquier otra persona.

—De verdad creía que te habías ido para siempre —le confesó el hechicero.

—Te cerraste en banda en cuando descubriste lo de Nate. Ya te dije que regresaría. Te juré que hablaríamos de esto.

Graves se pasó una mano por el pelo y, cuando volvió a mirarla, Kierse se dio cuenta de que estaba desconcertado, de que la joven lo había sorprendido, y eso rara vez le sucedía. De verdad había llegado a pensar que Kierse no iba a regresar nunca más. Incluso aunque le hubiera gritado y dicho por activa y por pasiva que volvería, él había creído de forma automática que ella era igual que el resto de las personas que habían pasado por su vida. Que lo abandonaría. Justo después de que Kierse por fin hubiera bajado la guardia con él.

Pero, por supuesto, no tenía ni idea de la importancia que había tenido eso para ella. Kierse nunca le había contado su pasado. Se había cerrado igual que él. Tanto que Graves había creído que se marcharía sin mirar atrás. Eso era lo que transmitía el hermoso rostro de ese hombre. Y todo porque Kierse no se había atrevido antes a compartir su propio dolor, del mismo modo que

él no podía compartir el suyo.

—Intentaré explicarme. Nunca le he contado mi historia a nadie —comenzó Graves—, Verás, nací siendo un monstruo. —Cerró las manos en puños—. El mismo día en el que nací, maté a mi madre. No fue una muerte natural durante el parto. Murió por el hecho de que yo nací.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Kierse.

Graves le devolvió la mirada, que tenía completamente vacía.

—Dar a luz a un hechicero mata a la madre. No pueden sobrevivir a la magia o a la pérdida de esta.

—Ah —susurró Kierse. Entonces, fue consciente de algo—. Por eso diste por sentado que yo era una hechicera. Porque mi madre también murió.

—Sí. Verás, mi madre era irlandesa y huyó de su pueblo para estar con mi padre, alguien a quien su familia jamás habría aceptado. Ella era la luz de su vida. Mi padre habría hecho cualquier cosa por mi madre. Pero, cuando falleció, mi padre me culpó de su muerte.

Graves apartó la mirada después de esa declaración. Kierse quería decirle que no se merecía todo por lo que lo habían hecho pasar. Aunque esperaba que ya lo supiera.

—Ese mismo día, murió el rey Enrique vil de Inglaterra —añadió—. Mi padre también me culpo de ello.

—Eso es absurdo.

Graves asintió como si él también fuera consciente, pero eso no borraba los años de sufrimiento.

—Sí que lo fue. El rey murió de tuberculosis, algo que descubrí mucho más tarde. Fue tan solo una casualidad, un motivo más para que mi padre me pegara palizas durante los seis años que viví con él. —Apretó la mandíbula—. Años más tarde, regresé a mi pequeña casucha en un pueblo que ya no existe para devolverle toda esa amabilidad, pero mi padre ya estaba muerto. —Graves frunció el ceño—. Fue mejor así. No necesitaba mancharme las manos con su sangre, pero nunca lo perdonaré. Verás, acabó vendiéndome.

—Te vendió —repitió Kierse con cautela.

—Sí, como si fuera una vaca.

Kierse había visto y oído cosas terribles a lo largo de su vida. Y siempre se le encogía el corazón cuando sabía de un niño al que sus padres habían vendido. La joven había tenido que apañárselas sola. Y no podía imaginarse el dolor que debía suponer saber que tu padre te había abandonado a propósito.

—Un mercader pasó por nuestro pueblo justo después de mi sexto cumpleaños. Le dio a mi padre una miseria a cambio de mí. Viví y viajé con ese hombre durante varios años antes de lograr escapar. —Su mirada pasó a ser distante—. Fueron tiempos difíciles. Tardé otro par de años en encontrar la forma de subir a un barco que me llevara hasta Irlanda, con el pueblo de mi madre. Creía que ellos me aceptarían sin vacilar, aunque solo fuera medio irlandés.

—¿Y lo hicieron? —susurró Kierse.

—Sí. Durante un tiempo. —Graves le devolvió la mirada, distante y dolida—. Pero esa es otra historia. —El hechicero le había permitido ver al hombre que había debajo de todo ese arrojo. Igual que Kierse había hecho con él—. Fue de mi padre de quien aprendí que nada es para siempre. Con quien más tiempo he pasado en mi vida ha sido con Kingston. Pero incluso

entonces, dos maestros hechiceros no se aguantan entre ellos durante mucho tiempo. Entrábamos y salíamos de la vida del otro. Nadie que se acerca a mí se queda por demasiado tiempo. Todos acaban marchándose. —Graves alargó sus manos despacio y tomó las de Kierse —. Di por sentado que serías la última en una larga lista de decepciones.

La joven tragó saliva.

—Pues estabas equivocado.

El hechicero guardó silencio durante un segundo antes de añadir:

—Sí, me equivoqué.

Y entonces, se inclinó hacia delante y pegó sus labios a los de la joven.

Kierse se entregó a él. Su sabor era tan delicioso y apetecible como siempre. Pero, mientras la magia de la joven se desataba en torno al hechicero, la ladrona sintió por primera vez algo más que el fuego de Graves. Lo sintió a él.

Sintió esa magia que lo hacía tan poderoso irradiando de su ser. Una luz dorada y pura. Interminable, ilimitada, eterna. Parecía infinita. Y entonces, debajo de esa sensación, Kierse pudo olerlo. Ese aroma a almizcle del cuero y de los libros nuevos. Tal y como él se lo había descrito, y mucho más potente. Esos solo eran los aromas básicos. La magia de Graves tenía muchos más matices. Kierse podía percibir el olor a la primera nevada del invierno, a romero y un toque de té. No tenía nada que ver un olor con otro, pero todos eran característicos de Graves.

—Tenías razón —pronunció Kierse con la boca pegada a la de él—. Tu magia huele a cuero… Y me habías dicho que también a pergamino, pero a mí me huele a libros. Como tu biblioteca.

Graves sonrió.

—Tu magia también desprende un ligero aroma.

—¿A qué?

—A primavera.

Kierse arrugó la nariz.

—¿A primavera? Eso no es algo concreto.

—En Irlanda hay un lago. Está oculto de miradas indiscretas y, en primavera, allí florecen miles de flores silvestres. Son de los tonos más brillantes de amarillo, de los violetas más profundos y de los azules más oscuros. La hierba es tan verde que parece el mar. Todo huele a fresco y a nuevo. Como si cualquier cosa pudiera ser posible. A eso es a lo que hueles.

Graves volvió a besarla. Con más intensidad. Kierse sintió que iba a la deriva. Sintió que podía dejar fluir ese momento. Dejar que la consumiera de un modo que nadie más había conseguido.

Pero, en el fondo, no le había dado tanto como Graves a ella. La joven se apartó despacio, detestando tener que separarse de él.

—¿Qué pasa? —El hechicero tenía las manos aún enredadas en la camiseta de ella.

Kierse bajó la mirada y tragó saliva.

—Me identifico con tu historia. Con el abandono. A mí me abandonaron en las calles cuando era muy pequeña. —Graves le soltó la camiseta y la contempló fijamente, esperando a que continuara—. Ya te he contado que Jason me acogió siendo yo muy joven. Que me entrenó para que fuera su protegida. Pero eso no fue todo.

Graves le levantó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Cuéntamelo.

Esa orden la animó a seguir adelante.

—Quiso enseñarme a ser una mejor ladrona y a entrar en su círculo. Aprendí todo lo que pude de él. Jason era un gran ladrón, aunque, para su desgracia, yo era mejor.

Kierse se quedó petrificada al recordar lo que iba a salir por su boca a continuación. Pero la calma de Graves, su presencia tranquilizadora, la ayudó a seguir.

—Jason era… volátil. —Se le escapó una risa áspera—. Por Dios, ¿por qué me sigue costando tanto hablar de él? Era un capullo, horrible e imperdonable.

—Siempre es difícil hablar de aquellos que más daño nos han hecho —afirmó Graves en voz baja, como si él también se identificara con el dolor de Kierse.

—Tal vez se trate de eso. —La joven bajó la mirada, deseando poder borrar a Jason de su memoria para siempre, que nunca más tuviera poder sobre ella—. Como yo era especial, solíamos estar juntos a menudo. Me trataba como si fuera… familia. Y debes entender que, en sus días buenos, era como cuando el sol brilla durante una tarde de verano. Hacía girar el mundo.

—Pero ¿y los días malos?

Kierse se estremeció.

—En los días malos nunca estaba segura de si saldría con vida o acabaría matándome él.

Graves se quedó de piedra.

—¿Te hizo daño?

—¿Si me hizo daño? —Lo miró a los ojos con gran desasosiego—. Durante años, nunca supe cuándo iba a dedicarme una caricia amable o a tirarme de lo alto de un edificio.

—¿Te tiró desde lo alto de un edificio?

—Para que superara mi miedo a las alturas —respondió ella—. Una vez me rompió el brazo por tres sitios distintos. No se me curó bien. Así que volvió a rompérmelo solo para asegurarse de que no sería un impedimento para sus planes. Y mientras sucedía todo esto, el resto de los miembros de su gremio me odiaba porque era su favorita. —Profirió una risa vacía—. Lo que habría dado por ser como el resto. El nivel de abuso al que me sometió…

Casi no podía seguir hablando.

—Entonces, Gen… Gen me encontró. Me salvó —le explicó. La mano de Graves cubrió la suya, tan fuerte y reconfortante—. Quise encontrar una salida para huir de Jason y de su gremio de ladrones. Le llegaron rumores de mi plan de marcharme. Digamos que… no le hizo ninguna gracia. Intenté huir, pero él llevaba en esto mucho más tiempo que yo, y me encontró. Me detuvo. —A Kierse le temblaron las manos y la voz. Las palabras más duras eran las que más verdad encerraban y ella nunca las había pronunciado en voz alta antes.

—No tienes por qué seguir —le dijo Graves, en un tono bajo y amenazador—. No necesito más para querer muerto a ese hombre.

—Tengo que seguir —se obligó a pronunciar Kierse—. Jason me dijo que solo estaba recuperando lo que era suyo. Que yo le pertenecía y que nunca podría marcharme. Que me mataría antes de permitirlo. Y debió de creer que estaba muerta después de la paliza que me pegó, la cual me dejó a las puertas de la muerte, con el cuerpo destrozado y tirada en un callejón vacío. —Soltó un sollozo al pronunciar la siguiente frase—. Incluso muerta, no había salida, no tenía forma de huir de él.

La mirada de Graves se prendió.

—Y luego los monstruos somos nosotros.

Kierse asintió. Los hombres podían ser igual de monstruos o más que los que tenían garras y colmillos.

—Eso fue lo que vi —le dijo Graves en voz baja, como si temiera asustarla.

—¿Cómo dices?

—La única vez que pude leerte, cuando la magia de Imani se apoderó de ti. Te vi ensangrentada y tirada en un callejón. Vi lo que Jason te había hecho. —Cerró las manos en puños.

Kierse tragó saliva.

—Sí.

—Al principio no lo entendí. No estaba seguro de por qué tu mente se había aferrado a esa imagen.

—Ahora ya lo sabes —susurró ella.

—¿Cómo huiste de él?

—Estaba a unas manzanas del burdel de Colette. Gen me acogió —le explicó Kierse—. Al principio, me aterraba que fueran a obligarme a trabajar en el burdel o a hacer recados para la gente. Que cada persona con la que mantuviera contacto se portara bien conmigo solo para engañarme antes de volver a hacerme daño. —Soltó un largo suspiro—. Pero ese no fue el caso. Gen no era así. Tardé mucho tiempo en darme cuenta, pero ella solo quería ser mi amiga desde el principio. Me ayudó a sanar.

—¿Y dónde está Jason ahora? —preguntó Graves con mucha calma.

Kierse sacudió la cabeza.

—Muerto, creo. Le clavé un cuchillo. —Se miró las manos y jugueteó con sus uñas—. Debería haberlo hecho sufrir más, pero cuando fui a vengarme, hice lo que pude.

—Bien —contestó Graves, quitándose los guantes despacio—. No podría haber soportado que siguiera vivo. Lo habría matado yo mismo.

—Su muerte era cosa mía —le dijo Kierse, apartándose el pelo de la cara con manos temblorosas—. Por eso me cuesta tanto aceptar las comodidades, cualquier tipo de cercanía. —Inspiró hondo antes de añadir—: Por eso no podía amar a Torra.

Graves se quedó muy quieto al oír ese nombre.

Kierse no había vuelto a hablar de Torra desde que él la había abrazado mientras lloraba en el túnel del metro. Pero esa era la verdad. La única verdad que ni ella misma había sido capaz de afrontar.

—No tenía fuerzas para querer nada más que sexo sin ataduras. —Kierse lo miró a los ojos para que viera lo mucho que se estaba abriendo a él—. Por eso, cuando me acerqué a ti en los túneles fue… fue distinto contigo.

—Ah —dijo Graves, secándole una lágrima que le caía por la mejilla. El rostro del hechicero se suavizó—. Por eso no podías concebir que creyera que ibas a marcharte.

—¿Cómo iba a dejar a la única persona con la que me he permitido ser vulnerable, la primera persona con la que me he planteado tener algo más?

Graves apoyó una mano sobre la mejilla de la joven.

—Ahora lo veo todo claro.

—Vaya par —dijo Kierse, conteniendo una carcajada.

—Pues sí, vaya par.

Entonces, los labios de Graves volvieron a posarse sobre los de ella. Kierse abrió la boca y dejó que su lengua se encontrara con la suya. Las manos del hechicero, por fin sin guantes, la tomaron de las mejillas y Kierse se inclinó más hacia él. Quería eso. No era una cuestión de sexo. Era mucho más. La joven le había confesado su secreto más oscuro y le había revelado quién era exactamente. Y, aun así, él la deseaba.

Kierse quería mucho más que la suma de todas sus partes. Lo quería entero.

—Graves —susurró—. Quiero esto. Quiero estar contigo.

—¿Estás segura?

—Sí.

El hechicero volvió a pegar sus labios a los de ella.

—Ven conmigo.



Se le aceleraron las pulsaciones cuando Graves la sacó de la comodidad de la sala de estar, subió el primer tramo de escaleras y luego enfiló hacia sus dependencias. En el transcurso de aquellas semanas, Kierse nunca había entrado allí y siempre había respetado la privacidad del hechicero. Mentiría si dijera que no había sentido curiosidad. Pero era una mujer curiosa por naturaleza, y había pocas cosas que siguieran permaneciendo en secreto para una ladrona con un buen kit de ganzúas.

Cuando Graves abrió la puerta, Kierse pudo ver el interior de su dormitorio. Era precioso, tanto por la simplicidad de su mobiliario como por la calidad de las piezas que había escogido. A diferencia de la opulencia del resto de la casa, esa estancia parecía más un santuario. Recordaba a Graves.

—Esto tampoco lo he hecho nunca —admitió él.

—¿El qué?

Tiró de Kierse para que la joven entrara en su santuario. —Traer a alguien a mi dormitorio.

La joven tragó saliva.

—Una experiencia completamente nueva.

—Eso no suele ocurrir a menudo cuando has vivido tanto tiempo como yo.

Kierse recorrió su santuario, analizando esos pequeños detalles que debían ser importantes para él. Las aves talladas en la madera de la parte alta de una cómoda; un ejemplar de *El cuervo* de Edgar Alian Poe sobre su mesilla de noche de caoba oscuro; un puñado de monedas europeas, como si acabara de regresar de un viaje, aunque parecían antiguas; un retrato de la verdadera Ana Bolena con su característico collar de perlas y otro cuadro pintado en colores apagados de dos figuras en un campo de flores silvestres que observaban un pequeño libro verde. Una de ellas bien podría haberse tratado de Graves.

Entonces comprendió por qué su privacidad era tan importante para él. Un lugar en el que nadie pudiera verlo, en el que pudiera ser él mismo. Y estaba dejando que Kierse invadiera ese espacio.

—Me alegro de que me enseñes esto —dijo ella, pasando un dedo por un jarrón de cristal que contenía flores de invierno.

Después, regresó a su lado, lo tomó de la mano y lo acercó a la cama.

—No tenemos por qué…

Kierse le tapó la boca con un dedo.

—Shh… Quiero hacerlo. —Se quitó despacio la camiseta, tirándola al suelo cerca de Graves —, Quiero hacerlo contigo.

El hechicero no siguió oponiéndose, sino que jugueteó con la parte superior de los pantalones de Kierse mientras la empujaba de espaldas contra la cama. Le desabrochó el botón justo cuando posó los labios sobre los suyos. La joven llevó la mano hacia los botones de la camisa del hechicero, abriéndoselos poco a poco.

—Nunca he estado con nadie a quien no haya podido leer antes.

—En la biblioteca no nos fue nada mal.

Graves rompió a reír pegado a su boca.

—Eso fue algo apresurado. Ahora quiero tomarme mi tiempo.

—Yo solo te quiero a ti. —Kierse jadeó cuando las manos desnudas de Graves recorrieron la parte más sensible de la piel de su estómago.

—Voy a tener que aprender qué es lo que provoca que emitas esos increíbles sonidos —dijo él con una sonrisa arrogante y diabólica en los labios.

Graves introdujo los dedos por debajo de la cinturilla del pantalón de Kierse y la acarició perezosamente a lo largo de los huesos de la cadera. Ella gimió e intentó no retorcerse bajo sus caricias. La mirada del hechicero irradiaba curiosidad y estaba muy concentrada en ella.

—Cómo me gusta aprender cosas nuevas —ronroneó Graves.

Le quitó el sujetador con un rápido y fluido movimiento. Los pechos de Kierse quedaron libres y Graves fijó de inmediato la mirada en ellos. Luego, los agarró con las manos de forma autoritaria y firme mientras se familiarizaba con ellos. Kierse echó la cabeza hacia atrás cuando le pellizcó un pezón.

—La última vez ni siquiera me tocaste —le dijo mientras intentaba acercarse más a él.

—Te aseguro que sí te toqué.

Kierse resopló.

—A ver, tenías los guantes puestos.

—Para la mayoría suponen… una medida de protección —le dijo, llevando la cabeza hacia

uno de sus pezones y metiéndoselo en la boca.

—Me gusta sentir tu calor. —Kierse apoyó las manos contra el cálido pecho de Graves—. Y tus manos encima de mí.

Él se quitó la camisa para revelar su pecho musculoso ante el que Kierse se quedó maravillada. Pudo ver el tatuaje en toda su magnitud. Pasó a arrastrar las uñas por las líneas de tinta que conformaban la enredadera de acebo, bajando por las espinas que le atravesaban la piel y alrededor de las hojas que se perdían bajo sus pantalones.

—Tu tatuaje parece tan real —musitó la joven—. ¿Puedo lamer cada centímetro de él?

Graves gimió, pegándose más a ella.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo —le aseguró.

Entonces, el hechicero volvió a reclamar su boca. Él no era el único que estaba aprendiendo algo y, madre mía, cómo le gustaba a Kierse su manera de reaccionar a lo que ella le hacía. Cómo se pegaba a ella, completamente duro, con la sensación de su erección contra sus pantalones.

Con cuidado, Kierse le metió la mano por la parte delantera de los pantalones, agarrándole el miembro. Graves se estremeció contra su mano. «Más». Kierse se separó de su boca y comenzó a besarlo, descendiendo por su pecho perfecto, sobre cada intrincado detalle de su tatuaje, fijándose en las cicatrices esparcidas por el camino.

Se puso de rodillas delante de él y entonces levantó la mirada a través de sus pestañas.

—¿Y si quiero esto?

—Creía que era yo quien tenía que conocer mejor tu cuerpo —declaró Graves entre dientes.

—Hay tiempo de sobra para eso más tarde.

Él tenía la respiración entrecortada mientras Kierse le desabrochaba los pantalones y dejaba que le cayeran por las estrechas caderas. Lo siguiente fueron sus calzoncillos tipo bóxer, con lo que dejó al descubierto la gran magnitud de su miembro. La última vez, la joven apenas había tenido la ocasión de tocarlo. Solo pudo palparlo antes de que él la embistiera.

Ahora quería tenerlo por completo. Le agarró la polla y se la acarició despacio de arriba abajo. Luego, se metió la punta en la boca.

Graves jadeó profundamente desde el fondo de la garganta. Kierse ahondó más, hasta metérsela entera. Cuando volvió a sacársela, las caderas de Graves se balancearon hacia delante como si quisiera volver a estar dentro de ella. Kierse le pasó la lengua por la punta de forma provocadora antes de volver a metérsela entera, aguantando un poco más en la base.

El hechicero hundió las manos en su pelo. No fue exactamente cuidadoso, pero tampoco le estaba haciendo daño. Hizo gala de la elegancia de un depredador cuando comenzó a dirigirle la cabeza contra él.

Si hubiera sido cualquier otra persona la que le hubiera hecho eso, Kierse se habría marchado de inmediato. Siempre prefería a las mujeres antes que a los hombres por ese mismo motivo. Eran mucho menos predecibles. Mucho menos… dominantes. O, al menos, esa había sido siempre su preferencia personal.

Sin embargo, con Graves, aquello parecía ser lo correcto. Era tal y como debía ser. Kierse no era, ni nunca había sido, una mujer sumisa. Pero aquella situación no parecía consistir en absoluto en eso. Era como si Graves estuviera dándole tanto placer como el que él recibía.

Kierse lo sentía dentro, a punto de estallar. Lo sentía caliente en su boca y ella misma estaba a punto de llegar al clímax.

De algún modo, la erección de Graves creció aún más. Era tan grande que la joven estuvo a punto de atragantarse. Entonces, de un movimiento lento hacia fuera, el hechicero salió de su boca. Kierse se sintió inmediatamente vacía. Lo miró a través de sus pestañas húmedas, de rodillas frente a él.

—¿Graves? —susurró.

—Verte así, Reyezuelo… Necesito hacerte mía.

Kierse se estremeció.

—Sí.

Graves la levantó del suelo y Kierse se quitó los vaqueros y sus inútiles bragas. Después, se subió a la cama de espaldas y se abrió de piernas para él. La joven contempló su cuerpo desnudo entre sus piernas. Graves se limitó a quedarse allí plantado, como un dios griego… No, como un dios celta… Y Kierse jadeaba a causa del anhelo.

Se mordió el labio y tiró de él hacia delante.

—Te necesito.

Él se acomodó entre sus piernas, con su miembro apuntando hacia su vagina húmeda. Lo único que Kierse quería era moverse y que él se introdujera en ella una vez más. Entonces, sus miradas se encontraron como atraídas por un imán. Y en esa mirada la joven pudo ver lo preciada que era para él. Algo nuevo en un mundo que siempre había sido igual.

—¿Te quedarás, Reyezuelo? —le preguntó.

Kierse asintió, y ese apodo la recorrió placenteramente.

—Sí, me quedaré.

Graves posó los labios contra los suyos, de forma casi dulce, antes de introducirse en su interior. Kierse arqueó la espalda. Cerró los ojos y jadeó de forma escandalosa. Eso era lo que ella quería. Parecían encajar a la perfección, como si uno hubiera estado esperando por el otro y por fin las cosas fueran como debían ser.

—Mírame —le ordenó Graves—. Muéstrame lo que está oculto.

Kierse abrió los ojos despacio y pestañeó. Graves no podía leerle la mente. No podía usar su magia con ella y, por una vez, no tenía ni idea de qué era lo que Kierse quería de él. Así que la joven mantuvo los ojos clavados en el hechicero mientras él entraba y salía de su interior, a un ritmo constante y sencillo. Kierse quería más. Más fuerte. Más rápido. Y, sin embargo, nunca había experimentado algo así. El sentimiento que existía entre ellos hacía que el sexo fuese muy erótico.

—¿Qué está oculto?

—Todo —le dijo él. Le acarició el labio inferior con el pulgar. La joven abrió la boca y le pasó la lengua por la yema del dedo—. Y ahora puedo verte.

Kierse jadeó cuando Graves se introdujo en su interior con más fuerza. No perdieron el contacto visual mientras la joven recibía sus embestidas. Sus fuegos se entremezclaron, el calor caldeaba la habitación como si estuvieran en un horno. Se acumulaba en el centro de Kierse y, mientras fundían sus cuerpos una última vez, la joven sintió que estallaba. Llegaron juntos al clímax con tal intensidad que pareció que sus cuerpos hubieran liberado una oleada de energía.

Graves cayó encima de ella, presionando la frente contra la suya.

—Mi reyezuelo.

—Mmm —musitó ella sin aliento.

El hechicero volvió a apoyar sus labios sobre los de ella, con mucha ligereza.

—Ahora vuelvo.

Entonces, salió del interior de Kierse, se encaminó hacia el baño y desapareció.

La joven se quedó allí tendida, mirando hacia el techo, maravillada. Conque eso era lo que se había estado perdiendo. El sexo no era solo sexo. Con Graves, era mucho más.

Desde la otra estancia le llegó el sonido del agua, y el hechicero volvió a aparecer para tirar de ella y levantarla de la cama. Kierse estuvo a punto de caer cuando sus piernas cedieron bajo su peso. Graves soltó una carcajada y se la echó con facilidad sobre el hombro. La joven protestó, pero él ya estaba avanzando como si Kierse pesara menos que una pluma.

El baño era casi igual de grande que el dormitorio, con una bañera de obra, que bien podría haber pasado por una piscina pequeña, y un *jacuzzi* climatizado. Con cuidado, Graves la dejó de pie en el borde antes de meterse en el *jacuzzi* e invitarla a acompañarlo.

—Podría haber venido caminando —bromeó Kierse.

—¿Y perder la oportunidad de poder cargarte? —Chasqueó la lengua—. Jamás.

La ladrona sonrió mientras se metía en el agua burbujeante. Estuvo a punto de gemir a causa de la calidez.

Antes de tener la oportunidad de sentarse, Graves la acercó a su cuerpo desnudo. Kierse se acomodó en su regazo y se acurrucó sobre él. El hechicero la envolvió con sus cálidos brazos y la joven cerró los ojos, soltando un suspiro de felicidad.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo él en voz baja contra su cabello mientras le pasaba los dedos mojados por entre el pelo.

—Yo también. —Kierse le acarició el bíceps—. Tengo una pregunta.

—¿Sí?

—¿En qué año murió el rey Enrique VII?

Graves soltó una carcajada.

—En el 1509.

Ella se sobresaltó.

—Oh.

—¿Estás intentando calcular mi edad? —le preguntó Graves—. Los hechiceros tenemos unas vidas especialmente largas.

Kierse lo miró a los ojos.

—Más de quinientos años.

—Y todavía tengo problemas de confianza —dijo él, acariciándole el rostro y haciendo que Kierse levantara la cabeza para que sus labios quedaran muy cerca de los de él—. Pero confío en ti.

—Bien. Entonces, vuelve a besarme.

Y eso hizo, deslizándole la lengua por el labio inflamado mientras todo pensamiento abandonaba la mente de la joven.



—Kierse, deja de moverte —le siseó Torra—. Ya das bastante el cante. Intenta poner los ojos vidriosos y parecer un poco más drogada.

Torra le había sugerido a Kierse colarse en la fiesta del solsticio de invierno del rey Luis con el resto de los trabajadores del Terciopelo Rojo. Aunque hubiera preferido que la ladrona no acudiera, era la mejor oportunidad que tenían para sacar a la otra chica de allí. Además, Torra había estado lidiando con el rey Luis durante un año. Si ella había afirmado que la invitación que Graves le había dado no iba a servir, entonces, Kierse la creía.

El hechicero también había estado de acuerdo y había planeado cruzar el túnel subterráneo con el que había dado Kierse tras seguir a Walter. Se reunirían una vez que estuvieran dentro. Torra huiría por el túnel antes de que se produjera la matanza y se encontraría con Kierse y Graves en la salida después de que ellos hubiesen conseguido la lanza.

Toda la planificación del robo había desembocado en ese momento, con Kierse intentando aparentar de forma convincente que era una chica del Terciopelo Rojo.

Salvo que no lo parecía en absoluto. Había estado al sol y no tenía aspecto demacrado. No

obstante, con mucho maquillaje, ligera de ropa y unas botas de tacón, Kierse creía que podría pasar desapercibida. También era una ventaja que todos los trabajadores estuvieran ataviados con capas blancas del Terciopelo Rojo y cuellos altos mientras los llevaban hacia la entrada trasera. Por el momento, la capa ayudaba, pero Torra había insistido en que le dijera que era nueva a cualquiera que se percatase de la ausencia de marcas de colmillos en su cuello.

Kierse contuvo la respiración e intentó parecer un zombi mientras se acercaba al frente de la fila. El vampiro que hacía guardia la escudriñó.

—¿Eres del Terciopelo Rojo?

Kierse bajó la barbilla y echó la mirada hacia atrás, hacia Torra, con lo que esperaba que fuera timidez y preocupación.

—Soy nueva —susurró de forma casi inaudible.

—¿Cómo dices?

—Que es nueva —espetó Torra, obligando al guardia a centrar su atención en ella—. Es una nueva deudora que espera saldar su puta deuda con el trabajo de esta noche. ¿Podemos avanzar? Quiero que me paguen.

El monstruo fulminó a Torra con la mirada, y Kierse se apresuró a cruzar la puerta. Había lucido muchos disfraces debido a su línea de trabajo, pero ese alcanzaba otro nivel. Existía muy poco margen de error para que todo aquello se torciera y había muchas posibilidades de que todo saliera terriblemente mal.

Torra le tocó la espalda a Kierse y ambas se escabulleron hacia la sala de espera de los encargados del entretenimiento. Allí se encontraba un grupo muy diverso en lo que parecía ser un almacén poco utilizado. Las cajas se hallaban apiladas formando altas columnas contra las paredes y el resto de la estancia estaba atestada de humanos que acabarían convertidos en el plato principal y en el entretenimiento de la fiesta del rey Luis.

—Al menos intenta ir con cuidado —siseó Torra en el oído de Kierse.

—Ya me conoces.

—Por eso te lo digo.

—Me ceñiré al plan —le dijo la ladrona—. Si todo sale bien, estaremos fuera de aquí antes de que termine la noche.

En ese momento se encontraban más cerca de la entrada de la fiesta. Los trabajadores del Terciopelo Rojo se desprendieron de sus túnicas y dejaron al descubierto distintos tipos de diminuta lencería blanca: un picardías blanco de raso, unos calzoncillos blancos de piel combinados con unas pezoneras con borlas, un *body* de encaje transparente… Entregaban las túnicas a uno de los encargados antes de cruzar el umbral.

Torra se giró entonces hacia Kierse. Sus miradas se encontraron. Torra parecía estar sufriendo, como si quisiera decir algo más, pedirle que no hiciera eso, que se marchara de allí. Pero no dijo nada.

Se limitó a asentir con sus ojos de cervatillo bien abiertos. Y entonces, llegó su turno. Torra se deshizo de su bata, dejando al descubierto un *body* blanco de encaje unido a un collar alrededor del cuello y entró en la fiesta por delante de Kierse, a quien no le quedó más remedio que hacer lo mismo.

En cuanto Kierse se desprendió de la bata, se sintió expuesta. Con su masa muscular, la lencería le quedaba demasiado apretada. Había tenido que optar por un corsé blanco que le

levantaba los pechos hasta casi la garganta. Graves había diseñado aquella pieza con huecos para guardar cuchillos, ya que ahora iban a colarse en la fiesta por la entrada trasera. El corsé iba combinado con un conjunto de liguero y braguitas unido a unas medias blancas a medio muslo. Sus botas blancas le llegaban hasta las rodillas, donde había escondido dos cuchillos más adecuados para el combate. Cuando había visto el modelito, Torra había dejado la mirada perdida, asegurando por lo bajo que nadie iba a creer que Kierse era una de ellas.

Ahora ya estaba allí. Y no podía hacer más que simular serlo. Así que Kierse se balanceo hacia delante por el pasillo y se adentró en la fiesta del solsticio de invierno del rey Luis.

La ladrona no había tenido ni idea de que existía algo tan hermoso en los bajos fondos. Todo allí solía ser oscuro y misterioso, con un toque rancio y vulgar. Sin embargo, ese salón de baile no tenía nada que ver. Los suelos de mármol habían sido pulidos hasta quedar relucientes. Unas columnas, altas e imponentes, del mismo mármol blanco, se alineaban a lo largo de la estancia. El techo era algo salido de los cuentos de Graves, con una pintura increíblemente detallada que se extendía a lo largo de toda la cúpula. Mostraba a unos medio ángeles, espectaculares y alados, librando una guerra santa, con la sangre resbalándoles por los cuerpos y el dolor reflejado en sus rostros. También había otros ángeles desnudos tendidos entre confort y lujo. El mensaje era claro. Solo a través de la guerra, la muerte y el sufrimiento podía alguien disfrutar de las comodidades de la vida.

Kierse intentó no acabar embelesada por el resto del salón dorado. Los candelabros de oro colgaban del techo. Los camareros cargaban con copas doradas sobre bandejas doradas. Los monstruos ocupaban la estancia, sobre todo los machos, aunque también había hembras. Cada uno de ellos lucía un broche dorado sobre las solapas. Al fijarse con más atención, Kierse vio un par de alas atravesadas por una flecha. Era la marca de los Hombres de Valor.

La joven había dado por sentado que en la fiesta solo habría vampiros, y aunque estos eran el grupo predominante, no eran los únicos allí presentes. Los cambiaformas se movían por la periferia. Un sireno hizo girar en círculo a una chica del Terciopelo Rojo. Un trol se abrió camino a empellones por el vestíbulo. Un duende se bebió una botella de vino entera con sus compatriotas. Las ninfas bailaban al son de una música que solo ellas podían oír. Y los espectros estaban por todas partes. Allí solo faltaban hombres lobo. Parecía que ni siquiera los monstruos querían tener que lidiar con un lobo durante la luna llena.

Kierse se quedó sin aire cuando se dio cuenta de que reconocía a uno de los espectros. Era Gregory Amberdash.

A la joven se le enrojeció el rostro. ¿Formaba Amberdash parte de los Hombres de Valor? ¿Quería acabar con el Tratado de los Monstruos? A Kierse se le nubló la vista de tan solo pensarlo. Era él quien la había vendido a Lorcan, pero no había creído que sería tan estúpido como para querer algo así.

La ladrona se alejó de Amberdash. Lo último que necesitaba era que ese hombre pusiera en riesgo su misión. No obstante, mientras se giraba para huir de allí, estuvo a punto de chocar contra una vampira. Fijó la mirada en el broche de los Hombres de Valor.

La mujer le dedicó una sonrisa.

—¿Estás admirando nuestro sello?

Kierse se aclaró la garganta.

—La verdad es que sí.

—Sirve para indicar que somos miembros de los Hombres de Valor.

La joven se obligó a seguir sonriendo.

—¿Y qué significa?

La mujer recorrió la mandíbula de Kierse con una uña pintada de rojo.

—Es un recordatorio de que las alas siempre pueden romperse. Que aquellos que intentan volar en libertad pueden acabar cayendo. Y, lo más importante, es un símbolo que nos recuerda qué lugar debemos ocupar… Los monstruos debemos volver a gobernar.

—¿Igual que hacéis aquí?

—Exacto —le respondió al mismo tiempo que le entregaba un cáliz. Kierse pensó que se trataría de sangre, pero vio que solo era vino—. Tómate una copa, ángel mío.

—No tengo alas.

—Ya no —ronroneó la vampira.

Kierse fingió darle un sorbo al vino y luego volvió a entregarle el cáliz a la vampira.

—Gracias. Debo ir en busca de mi benefactor.

—¿Ah? Creía que todas vosotras estabais disponibles. —Y le agarró el culo para poner énfasis en sus palabras.

Kierse tuvo que controlarse para no desenvainar la daga que llevaba bajo su corsé blanco como la nieve y clavársela a la vampira en el cuello.

—Casi todas lo estamos —dijo Kierse con un guiño cómplice antes de apresurarse a alejarse de la vampira.

Por suerte, no la persiguió. Cuando Kierse volvió a mirar hacia atrás, ya estaba entretenida con otro joven. La ladrona se estremeció. Ese chico le recordó a Ethan, y eso no le gustó ni un pelo. Nada de aquello le gustaba.

Tuvo que recordarse a sí misma cuál era el plan. Pero… ¿dónde leches estaba Graves?

Debería haber llegado antes de que Kierse se hubiese visto obligada a rondar por esa fiesta vestida con lencería. Era un disfraz, pero no aguantaría mucho más si Graves no llegaba. Y la joven no tenía ninguna intención de dejar que la mordieran esa noche…, ni nunca.

Kierse recorrió despacio la estancia. Su formación como ladrona le había enseñado a rondar por una sala sin que nadie se percatara de su presencia. Era más difícil mantenerse en las sombras con ese corsé blanco, pero no imposible. La mayoría de los trabajadores querían llamar la atención. En eso consistía su trabajo. Así que Kierse contempló el espectáculo que se estaba desarrollando delante de ella. A la horda de monstruos con sus menús para esa noche. No habían tardado nada en tomar a los trabajadores del Terciopelo Rojo. Sin embargo, no había ni rastro de Torra. Con suerte, eso significaba que la joven ya había logrado escapar.

Tampoco había ni rastro del rey Luis. Tal vez tuviera pensado hacer una gran entrada. Ese parecía ser su estilo. Le gustaba estar envuelto en un halo de misterio mientras lo dirigía todo entre bambalinas.

Kierse apretó los dientes y se adentró más en las profundidades de ese gigantesco salón de baile. Estaba a mitad de camino del fondo de la estancia, cerca de la tarima, cuando una mano la agarró de la muñeca.

—Hola, cosa bonita —le dijo un hombre entre las sombras. Era alto y de piel clara, con los ojos como los de un águila a punto de atrapar a un ratón—, ¿Cómo te llamas?

Kierse se quedó petrificada e intentó aparentar timidez y estar drogada, igual que el resto.

Costaba hacerlo mientras miraba al vampiro a los ojos.

—Hola —ronroneó la ladrona—. Soy Kendra. ¿Y tú eres?

—Wilson Bellack —respondió el hombre con determinación, como si ese nombre debiera significar algo para ella—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—¿Que adónde voy?

—Te estabas escabullendo del salón de baile. ¿Buscas a alguien?

Estaba más cerca de lo que a Kierse le hubiera gustado. Pero ese hombre no tenía ni idea de nada.

—Estoy asignada a alguien —dijo entre jadeos—. A un alto rango de los Hombres de Valor.

—No me digas. Entonces, tal vez lo conozca.

—Quizás —respondió ella. Retorció la muñeca con delicadeza y logró librarse del agarre de ese hombre.

—¿De quién se trata entonces?

—Cuando dé con él, te lo presentaré.

—Me parece a mí que no —respondió en cambio. Entonces, le rodeó la cintura con la mano y la apretó firmemente contra su cuerpo. La joven intentó no estremecerse a causa del frío que irradiaba aquel hombre—. Todas vosotras estáis disponibles. Es culpa suya haber dejado a una rosa como tú floreciendo sola.

Kierse pestañeó.

—Pienso que…

—No te hemos pagado para que pienses —gruñó el hombre.

A continuación, le cruzó la cara de un guantazo.

A Kierse la abrumó más el impacto que el dolor. No le había pegado con el fin de hacerle daño, sino para ponerla en su lugar. Era evidente que ya había hecho aquello muchas veces antes. Seguramente sabía con cuánta fuerza golpear para no dejar ningún tipo de marca. Eso era algo que Kierse sabía bien, ya que Jason le había pegado más veces de las que podía contar. Intentó dejar a un lado el familiar recuerdo de aquellos golpes. Permitió que se marchara muy lejos.

Se llevó la mano al rostro, pero esquivó con cautela la mirada del hombre. Sabía que, en ese momento, sus ojos irradiarían una intensidad sombría que dejaría claro que Kierse era capaz de matarlo allí mismo por lo que acababa de hacer.

—Ahora estarás conmigo. Ya tengo una habitación —le dijo Wilson, agarrándola del antebrazo con más fuerza y tirando de ella hacia la salida.

Kierse estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Sí, una habitación sería estupendo. Eso significaría que podría incapacitarlo en un lugar privado en vez de delante de todo el salón de baile. Solo tenía que asegurarse de no mancharse mucho el corsé de sangre. Aunque, dado quiénes eran los invitados, ¿quién iba a fijarse en eso?

Estaba casi en la puerta cuando una mano apareció sobre el hombro de Wilson, haciéndolo detenerse.

—Wilson Bellack.

Kierse tuvo que esforzarse por mantener un gesto neutral cuando vio a Graves parado delante del vampiro.

—¿Sí? ¿Nos conocemos? —le preguntó Bellack.

—Creo que no —declaró Graves, exhibiendo su superioridad. La fuerza de su magia hacía

que resultara cegador mirar en su dirección. Kierse no se había percatado de que el miedo que inspiraba se debía en parte a su magia. Ahora no le costaba ver el motivo por el que otros se encogían ante él—. Pero parece que tienes algo que me pertenece.

—¿Y quién cojones eres tú?

Graves se limitó a esbozar una sonrisa. Fría y letal.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Eres miembro de los Hombres de Valor?

Como respuesta, Graves señaló el broche de las alas que llevaba en su solapa.

—Y ahora, ¿puedes soltar lo que es mío?

Wilson soltó el brazo de Kierse como si fuera una muñeca. Parecía que iba a decir algo más, pero se limitó a marcharse de allí, furioso.

—Creo que no le caes bien —comentó Kierse.

—No, supongo que no —convino Graves.

—¿Por qué has tardado tanto?

Graves le mostró el broche. Debía habérselo arrebatado a alguien.

—¿Me has echado de menos? —El hechicero acortó la distancia entre ambos. Recorrió con la mirada el indiscreto atuendo de la joven.

—En absoluto —bromeó ella.

—Doy el visto bueno al modelito. ¿Te lo pondrás para mí más tarde?

Kierse no estaba segura de si estaba o no bromeando. Y una parte de su ser se estremeció al pensarlo, pero no podía distraerse con eso ahora.

—Estamos perdiendo el tiempo —le dijo a Graves.

Él asintió justo cuando se hizo el silencio en la sala y las salidas se cerraron. Kierse tragó saliva y miró hacia Graves, quien negó con la cabeza disimuladamente.

—Su alteza real, el rey Luis —anunció un empleado.

Y entonces, el rey de los bajos fondos enfiló hacia el frente de la tarima.



—Saludos, compañeros monstruos —declaró el rey Luis.

Kierse miró a Graves a los ojos y juntos dieron un paso atrás para alejarse de la aglomeración de monstruos. En teoría, deberían haber salido de allí antes del gran anuncio del rey Luis, pero Graves se había retrasado. Y ahora Kierse podía ver por fin a ese monstruo.

El rey Luis era enorme en todos los sentidos. Desde su exagerado traje del Rey Sol del siglo XVII, combinado con un chaleco dorado largo, unas mangas abullonadas, unos calcetines hasta la rodilla y unas botas con tacón, hasta la peluca empolvada, larga y rizada, su aspecto rendía tributo al apodo que había adoptado. Delante de él llevaba un bastón y se acercaba caminando hacia su público, quien le vitoreó con ganas.

Junto a Kierse, Graves soltó un suspiro.

—Ni siquiera ha podido conseguir una peluca que fuera de ese periodo histórico.

Kierse se obligó a mantener una expresión neutral y a intentar no reírse.

—¿Qué?

—Las pelucas no se empolvaron hasta cien años más tarde.

Kierse sacudió la cabeza.

—Solo tú puedes saber eso.

El rey Luis prosiguió, levantando un brazo y gesticulando hacia el aire.

—¡Bienvenidos a mi celebración del solsticio de invierno!

A pesar de la ridícula peluca empolvada, era un personaje formidable. Tenía un toque salvaje en la mirada e irradiaba poder… No costaba darse cuenta de cómo había llegado a gobernar a pesar de sus excentricidades. Su mera presencia rezumaba autoridad y peligro, como si pudiera empezar a asesinar a todos los asistentes solo porque le hubieran mirado mal.

—La noche más larga del año nos pertenece a nosotros —dijo, dando golpecitos hacia delante con alegría—. Nos pertenece a las criaturas de la noche. Los que hemos luchado para reclamar lo que es nuestro por derecho.

Otro vitoreo se extendió por entre la multitud, que anhelaba la aprobación de su rey.

—Y todo para que nos lo arrebataran unas insidiosas manos humanas, para que el insufrible Tratado de los Monstruos limitara nuestro poder. Como si ser más fuertes, rápidos y longevos que los humanos fuera algún tipo de enfermedad en lugar de lo que es en realidad. —Hizo una pausa para aportarle dramatismo—. La salvación.

La respuesta fue ensordecedora. Todo tipo de monstruos lo vitorearon en honor a su gloria y a su promesa de salvación. Eso era lo que los embriagaba a todos. No la promesa de sangre o de entretenimiento, sino reclamar lo que creían que les había sido arrebatado. Y así potenciaba su ansia.

Entonces, Kierse detectó a Walter, que estaba en la base de la tarima del rey Luis, concentrado y con la mirada en alto.

La joven le dio un golpecito a Graves.

—¿Qué está haciendo?

—Está protegiendo al rey Luis —susurró Graves contra su oreja—. Su campo de fuerza los envuelve a ambos.

Kierse entornó la mirada como si estuviera concentrándose en la magia de Walter. Podía vislumbrar un resplandor dorado a su alrededor y también en torno al rey Luis. Tenían que eliminar a Walter antes de poder llegar a su jefe.

—¿Sabías que podía hacer eso?

El modo en el que Graves apretó la mandíbula bastó para indicarle que no. Era otra nueva habilidad. Walter estaba resultando ser mucho más de lo que su mentor había anticipado.

El rey Luis prosiguió:

—Ya sabéis qué opino, cuál es mi postura. Esto no es una campaña en la que recito mis triunfos para que vosotros sepáis lo fuerte que soy. Estoy en la cúspide de la fuerza vampírica, ¡soy el más poderoso de los monstruos! Y no pienso recular. No fracasaré. No como hicieron mis hermanos antes que yo. Lucharé por nuestros derechos, por vivir nuestras vidas como queramos y no cómo les parece justo a esos humanos inferiores. —El rey Luis alzó una mano hacia el público que comenzaba a salivar ante su propuesta—. Quieren que nos postremos ante sus pies cuando nosotros somos los superdepredadores de este mundo.

Kierse se dio la vuelta para centrar su atención en los humanos que había en la estancia. En las «comidas» que esos monstruos habían comprado para esa noche. La mayoría parecían igual de maravillados, pero Kierse detectó a un par de humanos que parecían tan disgustados como ella se sentía. No se merecían eso. Ninguno de ellos.

—¡Somos los Hombres de Valor! No nos postraremos. No nos comprometeremos —le gritó el rey Luis a sus seguidores—. Somos los legítimos gobernantes de este mundo. ¡Es hora de recuperarlo! —La multitud lo vitoreó y el rey Luis habló por encima de ellos—: Festejad esta noche, hermanos y hermanas. Disfrutad del botín de nuestra guerra. Mañana comenzaremos con el verdadero trabajo.

Todos vitorearon al rey Luis, coreando su nombre.

—Las entradas están despejadas —dijo Graves.

Kierse se dio la vuelta para marcharse, pero, de repente, el hechicero se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué?

Y fue entonces cuando la joven vio a la doctora Mafi detrás de Graves, apuntándolo a la columna vertebral con una pistola.

—No tan rápido —dijo la doctora sombríamente.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Emmaline? —le preguntó el hechicero.

—Has venido hasta aquí para matarme.

—No es verdad.

—Mentiroso —siseó Emmaline.

—Suéltalo —gruñó Kierse, sacándose un cuchillo de la bota y colocándolo bajo las costillas de la doctora. Con un sencillo movimiento hacia arriba podría clavárselo en el corazón.

Mafi se quedó petrificada.

—¿Kierse?

—No hemos venido a matarte. Ahora, suéltalo.

—No puedo —susurró la doctora.

Kierse le hundió más el cuchillo.

—No quiero matarte. Vayamos a otro lugar y hablemos de esto.

—¿Y darle una oportunidad de matarme? —gruñó la otra mujer.

—Emmaline, no estoy aquí por ti.

—Enviaste a tu lacayo a por mí —respondió ella con furia—. Cuando me enteré de que me querías muerta, tuve que acudir a Luis.

—Envié a Edgar para que te ofreciera protección.

La doctora profirió una carcajada.

—No te creo.

Pero Kierse sabía que era verdad. Tal vez Mafi lo retuviera a punta de pistola, pero Graves tenía magia. Y la joven no dudaba ni por un segundo de que el hechicero podría haberse librado de ella si hubiese querido. Lo que significaba que quería hablar con ella. Por eso, aunque Kierse no había estado al corriente de que Graves había enviado a Edgar tras la doctora Mafi, tampoco era algo que la sorprendiera. No tenía ningún motivo para mentir.

—Te está diciendo la verdad. No hemos venido aquí a por ti —afirmó Kierse.

—Hemos venido por otra cosa —declaró Graves.

—¿Cosa…, no persona? —preguntó la doctora.

—Eso es —le confirmó Kierse—. Ahora, suelta el arma.

La ladrona pudo ver la batalla interna que libraba la mujer reflejada en su rostro.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—No tienes que confiar en él —declaró Kierse—. Sabes que podría detenerte en cualquier momento. Si no lo ha hecho ya es porque no quiere hacerte daño. Yo tampoco. Por favor, confía en mí.

Mafi miró hacia Kierse y lo que fuera que vio en su rostro hizo que bajara el arma durante una fracción de segundo.

—Tengo una habitación aquí cerca. Os llevaré allí. —Graves se dio la vuelta para mirarla, y Mafi dijo—: Ni se te ocurra leerme.

En ese momento Kierse se dio cuenta de que… Graves no llevaba puestos los guantes.

—Te seguimos, Emmaline —dijo él sombríamente.

Parecía que la doctora Mafi fuera a volver a levantar el arma y a dispararle. Sin embargo, se la guardó entre los pliegues de su *abaya* negra y dorada.

—Por aquí.

Se encaminaron hacia la salida como si fueran fantasmas en plena noche, deslizándose con cautela por los pasillos y recorriendo la amplia residencia del rey Luis. La enormidad del lugar hizo que a Kierse se le encogiera el pecho. No porque no hubiera sido consciente de lo grande que era ese lugar, sino porque cuánto más tiempo pasaban siguiendo a Mafi, más se alejaban de la cámara acorazada.

Por fin, la doctora se detuvo frente a una puerta. Dejó los dedos suspendidos sobre el manillar y pronunció unas palabras. Un chorro de luz plateada emergió de su mano, la cerradura profirió un clic y Emmaline abrió la puerta. Kierse estaba al corriente de que la doctora era una bruja, pero esa era la primera vez que la había visto usar su magia.

—Caray —jadeó Kierse.

—Trucos de salón —resopló Graves antes de acceder al interior de la habitación.

Mafi ya se encontraba dentro, y cerró la puerta detrás de Kierse. El dormitorio estaba medio vacío: solo había una pequeña cama en un rincón, una mesilla de noche y un escritorio en el otro extremo con dos sillas.

—Si no has venido a por mí, ¿qué estás haciendo aquí?

—En primer lugar, ¿podemos hablar del hecho de que hayas vendido tu alma al rey Luis? —inquirió Graves.

Mafi puso cara de querer arrancarle los ojos con sus propias uñas.

—No he hecho tal cosa.

—¿No? ¿Solo has vendido tu integridad médica?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kierse, confusa.

—Emmaline le vendió tu sangre al rey Luis —declaró Graves.

La ladrona sintió náuseas.

—¿Has vendido mi sangre?

Mafi se sentó en la cama frente a ellos.

—No fue así. Llevaba a cabo un trabajo clandestino para unos políticos. Luis lo descubrió y me chantajeó. Hubiera acabado en la cárcel. Me tenía bajo su yugo, no pude hacer nada.

Conque Mafi era igual que el resto de los habitantes del mundo del rey Luis, sometida a él e incapaz de escapar. No servía de excusa por haberle entregado la sangre de Kierse, pero sí que la convertía en otra víctima más.

—¿Qué quería hacer con su sangre? —preguntó Graves.

—Buscaba sangre con propiedades mágicas. Creía que lo haría más fuerte. Lo suficiente como para ganar esta guerra. Así que le dije que buscaría a candidatos con sangre diferente entre las personas que acudían al hospital.

—¿Y esa sangre consigue hacerlo más fuerte?

Mafi puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. La sangre de Kierse es como cualquier otra, pero Luis no quiso escucharme.

Graves se apartó de su lado.

—¿Por qué no acudiste a mí?

La doctora rompió a reír.

—Ya te debía un favor. No podía permitirme deberte un segundo.

Parecía que Graves quisiera añadir algo más, pero Kierse se interpuso entre ambos.

—El mundo es un lugar cruel. Nos convierte a todos en monstruos.

A Mafi le demudó el rostro al escuchar esas palabras.

—Sí, en eso nos convierte, ¿verdad?

—Deberíamos contárselo —le dijo Kierse a Graves.

El hechicero negó con la cabeza.

—Ya hemos perdido bastante tiempo. —Se giró hacia Mafi—. Deberías marcharte de aquí mientras puedas. Ve a mi casa y habla con Edgar. Él te dará todo lo que necesites.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó la doctora con escepticismo—. Solo haces cosas en tu propio beneficio.

Graves dirigió la mirada hacia Kierse y ella asintió, comprendiéndolo todo de golpe.

—Porque debería haber hecho algo más la primera vez.

Mafi reculó a causa de la sorpresa. Desplazó la mirada entre ambos.

—Quizás sea verdad que has cambiado —dijo, pensativa—. Muy bien. Me largaré de aquí. Pero vosotros dos deberíais hacer lo mismo.

—Ese es el plan —afirmó Kierse—. Solo necesitamos una cosa más antes de irnos.

—¿No puedo haceros cambiar de opinión sobre lo que estáis a punto de hacer? —les preguntó Mafi.

Kierse negó con la cabeza.

—Estamos decididos a hacerlo.

La doctora soltó un suspiro y dirigió su mirada hacia Graves.

—¿Cuántos planos de este lugar has podido ver?

—Sé por dónde tengo que ir —le aseguró Graves.

—Cómo no. —Entonces, Mafi se levantó y alargó la mano en dirección al hechicero—. Echale un vistazo a mi mapa solo por si acaso.

Graves bajó la mirada hacia la mano de la doctora como si no pudiera creer que se la estuviera ofreciendo.

—¿Quieres que te lea?

Mafi alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Quiero que puedas salir de aquí para que ella no acabe siendo otro daño colateral.

El hechicero se quedó muy quieto.

—No lo será.

—Entonces, déjame ayudar.

Graves se irguió cuan alto era y luego, despacio, le envolvió la muñeca a la doctora con su mano. Esa era la primera vez que Kierse lo había visto leyéndole la mente a alguien, ya que con ella no funcionaba. Sabía que el hechicero usaba esa habilidad como parte de su trabajo, pero ahora podía verlo en acción.

La luz dorada de su magia cobró vida al contacto con Mafi: un resplandor, un aura hipnótica que emanaba un potente olor a cuero con un toque a papel nuevo. Kierse apenas podía concebir que estuviera leyéndole la mente a la doctora. Aunque Graves le había dicho que eso no era exactamente lo que hacía, que solo podía ver lo que había en la superficie de los pensamientos de la gente. Era evidente que Mafi le estaba mostrando cómo recorrer esos pasillos. Le estaba ofreciendo un mapa de ese sitio con el que estaba familiarizada en lugar del que habían usado ellos para entrar allí.

Pero ¿qué más podría sacar Graves de ese breve contacto? ¿Qué más estaría pensando la doctora sin ser consciente de que el hechicero podía descubrirlo? No era de extrañar que fuese tan poderoso si podía conseguir tener acceso a la mente de cualquiera.

Graves la soltó un momento después. La luz, el fuego y el olor se disiparon a la vez.

—Ah, parece que la información con la que contábamos estaba obsoleta. Pero nuestro camino sigue estando despejado.

—Gracias —le dijo Kierse a Mafi.

La doctora se limitó a asentir con solemnidad.

—Daos prisa. El rey Luis pretende que esta noche acabe en matanza.



Dejaron a Mafi en la entrada hacia su dormitorio y recorrieron el laberinto de pasillos con la calma que traía la experiencia, pasando por delante de los clientes y los de seguridad. Kierse se mantuvo cerca de Graves y comenzó a reconocer la disposición de los pasillos a medida que se aproximaban a la cámara acorazada.

—Me sorprende que Mafi te haya dejado leerla —declaró la joven—. Parecía algo que le había molestado particularmente en el pasado.

—Y tiene todo el derecho a sentirse así. En el pasado, no respeté su confianza —dijo Graves. Entonces tomaron otro pasillo—. ¿Qué más has sacado de ese contacto?

El hechicero frunció el ceño.

—Lo suficiente.

Y ese era el motivo por el que la doctora Mafi no había querido que Graves le leyera la mente desde el principio.

—Nunca he estado tan agradecida de que no puedas leerme la mente.

—Te lo repito: no leo mentes —replicó él, exasperado—. Emmaline casi me ha gritado la disposición del mapa. Ha estado a punto de darme dolor de cabeza. Lo otro es algo que yo ya

sabía. A veces, cuando la gente intenta por todos los medios no pensar en algo en concreto, eso es precisamente lo que hace.

Kierse se estremeció.

—No me extraña que todos te teman.

—De ahí lo de los guantes —declaró Graves, mostrándole sus manos desnudas—. Por aquí, por esta esquina.

Kierse echó un vistazo a lo que había a la vuelta de la esquina y vio a dos vampiros haciendo guardia delante de una puerta.

—Ya hemos llegado a nuestro destino —le indicó a Graves—. Es la única puerta custodiada. Le falta un cartel que diga: «Robad aquí».

—Tienes una mente retorcida.

—Y lo dice el hombre que lee mentes.

Graves se encogió de hombros.

—Soy sincero a la hora de usar mis poderes.

—Y yo también —dijo Kierse mientras desenfundaba el cuchillo que llevaba escondido en el corsé—. ¿Cómo lo hacemos?

—Tú te encargas de uno. Yo del otro.

Kierse respiró hondo. Sabía que podía reducir a un vampiro. Había matado a Orik en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo en un callejón oscuro, golpeándolo a cámara lenta. No obstante, no quería gastar sus reservas de magia antes de llegar a la cámara acorazada. Por suerte, no necesitaba matar a esos vampiros. Solo tenía que noquearlos. Tal vez ir de frente no fuera la mejor opción.

—Tengo otra idea.

—¿De qué se trata?

Kierse rodeó a Graves por la cintura con la mano y se pegó a su costado.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en casa de Imani? ¿Qué tenía que interpretar un papel, ser tu mascota? —Señaló hacia su propio atuendo. La lencería blanca que la identificaba a todas luces como una de las chicas del Terciopelo Rojo.

—Me encanta como piensas —masculló Graves con afecto.

El hechicero aguardó a la señal de Kierse y entonces doblaron la esquina, con la joven desplomándose encima de él. El hechicero la agarraba del culo con descaro mientras avanzaba, simulando estar borracho. Se tambaleaba con violencia y ella profería risitas sin sentido a su lado.

—Eh, vosotros —dijo el primer vampiro. Era fornido. Con la piel bronceada, los ojos oscuros y más músculo que cerebro—. No se permiten huéspedes en este pasillo. Volved por donde habéis venido.

Graves siguió avanzando y les mostró el broche, con su acento británico cada vez más marcado e imponente.

—Soy un miembro de los Hombres de Valor. Puedo… hacer lo que quiera.

Los guardias pusieron los ojos en blanco y se relajaron ante su evidente estado de embriaguez.

—Señor, tenemos que pedirle que busque una habitación. —Entonces fijaron la mirada en Kierse, evaluando su poca ropa y cómo le corría la sangre por las venas—. Y llévese a su… acompañante para que no haya problemas.

Mientras el primer guardia daba un paso al frente para bloquearles el camino, Kierse y Graves

se movieron a la vez. Graves fue a por el guardia fornido mientras la joven atacaba al segundo, que era algo más escuálido. Sin embargo, su adversario tenía una mirada voraz y entusiasta, y los ojos completamente fijos en ella.

La ladrona se abalanzó sobre él mientras desenvainaba el cuchillo de su corsé y apuntaba con él hacia la yugular del vampiro. Su adversario fue rápido. Poseía la velocidad típica de un vampiro. Kierse tenía que ser tan rápida o más que él para sobrevivir. Y todo eso en tacones.

El vampiro se lanzó a por ella, levantando una porra e intentando asestarle un golpe a la joven en la cabeza. Kierse sacó otro cuchillo de su bota mientras se agachaba y esquivaba los golpes. Su adversario tenía más alcance. Ella necesitaba acercarse mucho más a él para poder usar su cuchillo. En esos momentos comenzó a echar de menos su pistola. Era una lástima que no hubiera podido ocultarla en ese atuendo.

El guardia lanzó la porra hacia delante y estuvo a punto de golpearla en la cara, ante lo que Kierse dijo:

—A tomar por culo.

El tiempo se ralentizó. La magia de la joven comenzó a vibrar a su alrededor mientras se dejaba llevar. Se vio envuelta en un remolino de luz dorada que solo ella podía ver.

La porra se dirigía hacia su cara mientras el guardia intentaba partirle la mandíbula con ella. Kierse la esquivó y luego se acercó al vampiro sin darle tiempo a volver a levantar el arma. Le asestó una patada en la espinilla, giró sobre sí misma y le clavó el cuchillo en el pecho. El guardia soltó un grito ahogado, más a causa de la sorpresa que del dolor. A continuación, bloqueó el siguiente golpe de Kierse y lanzó volando el cuchillo fuera del alcance de la joven.

—Hijo de puta —maldijo ella mientras se alejaba a toda prisa del monstruo y dejaba que el tiempo volviera a su ritmo habitual.

—Voy a darme un festín con tu sangre, zorrita —gruñó el vampiro.

Kierse se tiró de rodillas y le puso la zancadilla. Luego, rodó sobre su propia espalda y se levantó. El vampiro había caído con brusquedad al suelo, pero ya estaba intentando agarrarla mientras ella se volvía a poner de pie. Kierse se apartó de su trayectoria, volviendo a ralentizar el tiempo. Sacó el segundo cuchillo de su bota y se lo clavó en el lateral del cráneo con una fuerza contundente.

El vampiro se tambaleó. Abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa, pero permaneció inerte mirando hacia Kierse. La joven tenía que ser rápida y actuar con decisión. Tal vez su cuchillo no lograra atravesar el hueso, pero sí que podía causar daño.

Entonces, justo cuando ella se abalanzaba sobre el vampiro de nuevo, apareció Graves. El hechicero se movía a una velocidad asombrosa, de tal forma que Kierse casi no podía seguirle el ritmo incluso yendo a cámara lenta. Graves era un borrón de calor y luz dorada mientras interceptaba el golpe del vampiro, lo desviaba con su propio antebrazo y luego le retorcía el brazo al monstruo para que la espalda de su adversario quedara contra su pecho. El tiempo se ralentizó más todavía cuando el vampiro se dio cuenta de que lo habían vencido. Entonces, Graves le partió el cuello y lo hizo caer de bruces contra el suelo. Estaba muerto.

Con un respingo, Kierse volvió a un ritmo corriente. No había percibido nada de ruido. Sin embargo, en cuanto volvió a la normalidad, sintió que el sonido del mundo se había magnificado.

—Gracias —dijo con la respiración agitada—. ¿Crees que nos habrán oído?

Graves le lanzó una mirada con la que le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Abre la puerta al otro lado del pasillo.

Kierse se puso manos a la obra. Forcejeó con el picaporte bloqueado e intentó comprobar si estaba protegido con magia, pero no percibió ningún escudo. Entonces, sonrió y puso en práctica sus otras habilidades. Se quitó del cabello su horquilla de confianza y forzó la cerradura con ella en cuestión de segundos. De nada servían los trucos de salón de Mafi cuando Kierse podía hacer lo mismo con una sola horquilla.

Un cuarto. Era un cuarto de la limpieza completamente corriente. Excelente.

Kierse y Graves metieron a los guardias dentro. La joven cacheó a los vampiros. A uno le quitó una pistola, que se guardó en la bota. El segundo llevaba encima una tarjeta de acceso como la que ellos habían usado para pasar por los puestos de control, pero esta tenía el logo de los Hombres de Valor. La ladrona se la guardó en la otra bota, y luego cerró y bloqueó de nuevo la puerta.

Graves activó un escudo alrededor del pomo de la puerta, dejando caer su magia sobre él con un chisporroteo. Una pizca de luz dorada y un olor a cuero y a libros nuevos inundó el aire. En ocasiones, Kierse no podía creer que no hubiera percibido el olor de Graves antes.

—Ahora toca la parte divertida —dijo la joven.

Volvieron hacia la cámara. Parecía relativamente inofensiva. Solo era una gran puerta gris de metal con un manillar y un lector de tarjetas en la pared.

—Te toca —le indicó Graves.

Kierse enderezó los hombros y sintió cómo un torrente de emoción le recorría el cuerpo. Le encantaba esa parte. Hacía que le hirviera la sangre. Estaba a punto de recargar toda esa magia que había gastado. Las manos le vibraban a causa de la excitación, pero la joven no tardó en centrarse y colocarse en posición.

Probó el manillar. Cómo no, estaba bloqueado.

Entonces, dejó salir su magia para intentar detectar escudos. Soltó un suspiro. Walter no había escatimado en esfuerzos. El sistema de escudos era como intentar forzar la cámara acorazada de un banco. Contaba con un patrón y lo que parecía ser una cerradura protegida por combinación. Kierse nunca había visto nada parecido.

—¿Qué sucede? —le preguntó Graves.

—Cuenta con una combinación, como la de una caja fuerte. Tengo que desactivar los escudos en un orden determinado para que puedas entrar conmigo.

—Si no, ¿qué pasaría?

Kierse frunció el ceño.

—¿Te apetece averiguarlo?

—No.

—¿Es necesario que entres conmigo?

Graves le respondió mirándola a los ojos sin más. No había llegado tan lejos como para no entrar en ese lugar.

—Vale —le dijo Kierse con una carcajada—. Encárgate de vigilar.

La ladrona se puso a trabajar mientras Graves permanecía en el otro extremo del pasillo. La joven se calmó y fingió que solo se trataba de otra cerradura de las muchas que había forzado en el pasado. Pasó las manos por los múltiples escudos y reconoció el símbolo del sol grabado en la protección de Walter. Los escudos no la tocaban, ya que la joven los absorbía. Pero si no quería

que la pillaran con las manos en la masa, tenía que descifrar ese código, y rápido. Toda buena ladrona que se preciara debía tener unas manos ágiles, destreza e intuición.

Se planteó el problema desde el punto de vista de Walter. Por las nociones básicas que tenía sobre ordenadores, de la época en la que había desactivado sistemas de seguridad y cámaras de vigilancia, sabía que funcionaban gracias a una serie de ceros y unos. Si se codificaba correctamente, era como un cerebro que resolvía problemas complejos y llevaba a cabo tareas cotidianas. Pero si el código era erróneo, dejaba de funcionar. Kierse necesitaba averiguar cuál era el código del sistema.

Por desgracia, existían infinidad de posibilidades. Si no podía escuchar los clics que emitía la cámara acorazada, no sabía cómo iba a ser capaz de resolverlo. Y no podía probar combinaciones al azar. Así solo conseguiría hacer saltar la alarma.

Recorrió con la mirada las marcas grabadas en la puerta. Debían contar con alguna distinción. Algunos de los escudos eran más oscuros que otros, como si hubieran sido grabados con más intensidad. No entendía a qué era debido. ¿Por qué iba Walter a grabarlos así? Entonces, en las espirales y remolinos, Kierse vio lo que parecía ser algo diferente a lo que había visto antes. Se trataba de un tipo de escudo distinto. Seguramente uno que el propio Walter se hubiera inventado.

Dejó un dedo suspendido sobre el escudo superior, «XII». Números romanos. La joven los siguió con la mirada en orden circular. Pasó al siguiente, «I». Y al siguiente, «II». Y al siguiente, «III». Sin embargo, el que venía a continuación era el «IIII» y no el «IV», que era lo que ella esperaba. Entonces entendió de qué se trataba.

Era un reloj.

Pero ¿por qué solo eran más oscuros ciertos números? Tal vez fueran los que se usaban con más frecuencia. Los que podía ver eran I, III, IIII, V, IX. Y eso, reducía ligeramente sus opciones.

Sacó la tarjeta de su bota. La pasó por el lector como en los puestos de acceso, pero, en lugar de abrirse, apareció la opción de meter un código debajo de la tarjeta.

—Graves —lo llamó—. Los escudos están protegidos con contraseña. No puedo desactivarlos uno a uno. Estoy un noventa y siete por ciento segura de que, de lo contrario, haría saltar la alarma. Necesito la contraseña.

—Genial —gruñó el hechicero, frustrado—. ¿Y qué puedo hacer?

—Conocías a Walter. Piensa en qué contraseña podría usar. Un código numérico que incluya el uno, el tres, el cuatro, el cinco y el nueve. Se me ocurre que puede ser algo relacionado con la tecnología. Un código matemático o algo así.

—¿Y si el código es de Luis? —preguntó Graves.

—¿Tú dejarías que el rey Luis eligiera el código?

—Por supuesto que no.

—Pues dudo que Walter lo haya hecho. Es su sistema. Su código —dijo Kierse, con más convencimiento del que sentía en realidad.

Pasó a pensar en la persona a la que había seguido por el mercado aquel día. Walter estaba muy orgulloso de su trabajo. Era obvio por cómo trataba a su sistema y por la forma en la que lo había reparado entonces. Kierse no creía que fuera a proporcionarle a nadie más control del que tuviera él.

Graves contempló el teclado numérico durante un par de segundos y entonces, sin decirle

nada a Kierse, introdujo una serie de números.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó la ladrona, esperando que la alarma saltara y que apareciera alguien para detenerlos.

Pero entonces, el sistema se desactivó como por arte de magia. La puerta comenzó a abrirse lentamente.

—¿Cómo es posible? —dijo Kierse, aliviada.

—El número pi era el preferido de Walter. Le gustaba que fuese constante. 3,14159.

—Menos mal que tu especialidad es el conocimiento —masculló ella—. Ni en un millón de años habría adivinado yo eso. Todo podría haber acabado en desastre.

Graves se encogió de hombros.

—Me pareció una apuesta segura.

Por suerte, había estado en lo cierto.

La puerta se abrió por fin del todo, soltando un suave silbido. Kierse se quedó sin aliento ante lo que tenía delante. La galería era incluso más hermosa que el salón de baile, con suelos de mármol negro con vetas doradas. Las paredes eran de un rojo sedoso y, alineados sobre la pared, se hallaban unos estantes empotrados de color blanco, abarrotados con todo tipo de objetos como joyería, gemas, una gran corona de oro y un par de libros con aspecto de ser muy antiguos. En la pared de enfrente se hallaba lo que Kierse suponía que eran obras de arte de un valor incalculable. Kingston hubiera matado por estar en esa habitación.

Sin embargo, la joven fijó la mirada en un objeto que se encontraba en el centro.

Una caja negra y cerrada que contenía lo más valioso de ese lugar: la lanza.

Por fin la tenía a su alcance.

Aún tenía que desactivar los escudos para asegurarse de que el sistema no volvía a activarse y que ellos no se quedaran atrapados allí dentro. Ahora podía hacerlo sin hacer saltar la alarma. Walter era más inteligente de lo que Graves había creído. Su sistema era una genialidad.

Con mucho cuidado, Kierse desactivó cada uno de los escudos, absorbiendo el resplandor dorado y percibiendo el olor de la magia de Walter: a incienso y tormentas. La joven no quería que nadie pudiera volver a activar el sistema y dejar a Graves encerrado allí dentro. Esa era su estrategia de huida para una estancia que solo contaba con un modo de escapar.

—Listo —anunció la ladrona con un asentimiento de cabeza.

Entonces, conteniendo el aliento, se adentró en la sala de trofeos. No saltó ninguna alarma. No se produjo ningún sonido. El silencio era absoluto.

—Graves, fíjate en este lugar —dijo la joven, girándose para mirarlo de frente.

Pero el hechicero seguía al otro lado de la puerta.

—¡Sal de ahí! —gritó él justo cuando comenzó a sonar la alarma.

La puerta se cerró de golpe entre ambos antes de que Kierse pudiera cruzar el umbral. Las luces se apagaron y la joven quedó en la más absoluta oscuridad.

Se abalanzó sobre la puerta solo para que unos brazos la agarraran con fuerza por detrás.

—¡No! —gritó la joven, intentando sacar los cuchillos o la pistola que tenía en la bota.

Pero un objeto contundente la golpeó en la sien, lo que hizo que se desplomara contra el suelo, inconsciente.



Sintió el suelo frío contra su mejilla.

Tenía la cabeza embotada, pero, mientras recuperaba la consciencia, pudo escuchar voces. Muchas. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y le indico que no moviera ni un solo músculo. Ya había sentido ese mismo miedo antes al enfrentarse a un monstruo. Pero, esta vez, era algo omnipresente.

Desde su postura, lo único que sabía de quienquiera que fuese quien la había secuestrado era que había sido meticuloso. Le habían quitado los cuchillos del corsé y las botas, así como la pistola que había robado. Estaba desarmada y a punto de enfrentarse a un grupo de monstruos sin contar con una estrategia de huida. Su peor pesadilla.

Al menos, Graves estaba ahí fuera, libre. O eso esperaba. No, el hechicero acabaría presentándose allí. La salvaría.

—Ah, ya está despierta —dijo una voz a su lado.

No tenía sentido seguir fingiendo.

Kierse abrió los ojos mientras un par de vampiros la levantaban con rudeza del suelo. Su mayor temor se confirmó de inmediato. La habían llevado hasta el salón de baile atestado de monstruos, donde el rey Luis se hallaba sentado como un héroe conquistador sobre un trono,

empapado en la sangre de sus víctimas: tres mujeres jóvenes. Una ya estaba muerta, la otra tan drogada a causa del veneno del rey que apenas estaba consciente, y la última… era Torra.

Kierse se quedó sin aliento al ver a su exnovia a los pies del trono. Tenía la cabeza desplomada contra la pierna. Se suponía que ya debería haber estado en la salida para reunirse con Graves y Kierse, y no a los pies del rey Luis con el pecho subiendo y bajando levemente.

Kierse apartó la mirada de ella para confirmar que Walter seguía de pie al frente de la estancia. Un resplandeciente campo de fuerza, que solo podían ver aquellos que poseyeran magia, se extendía alrededor del rey vampiro.

Fue entonces cuando la joven vio lo que había delante del despiadado monstruo: una caja transparente que irradiaba la energía típica de los escudos. Era la lanza de Lugh.

Kierse se abalanzó sobre la caja. Si lograba hacerse con la lanza… Pero antes siquiera de pararse a pensar, alguien tiró de ella hacia atrás y la dejó inmovilizada en el sitio.

Las risas se extendieron por todo el salón de baile y los ojos demoníacos del rey Luis se clavaron en ella.

—¡Nuestra invitada de honor! —exclamó.

Se estiró cuan alto era. Le sacaba a Kierse media cabeza. Tiró a las chicas al suelo con brusquedad. La ladrona le mantuvo la mirada, firme. No se encogió. No lo esquivó. Tenía miedo, pero se negaba a demostrarlo.

—Ah, venga ya. Puedo sentir el latir de tu corazón —dijo el rey Luis en voz baja—. Puedes dejarte de numeritos.

Kierse se negó a hacerle caso. No iba a dejarle ver que tenía miedo.

—Que te den —replicó la joven de forma elocuente.

El rey rompió a reír.

—Las vulgaridades no son necesarias. Esto es una fiesta. Estamos de celebración. —Señaló hacia su entusiasmado público. Los monstruos deseaban hacerla pedazos. Las personas que les habían servido de comida yacían por todas partes a causa de la pérdida de sangre. Como si eso no fuera una vulgaridad—. Al fin y al cabo, me ha costado mucho traerte hasta aquí.

Kierse pestañeó al escuchar esas palabras. Mantuvo la boca cerrada con mucho esfuerzo, pero el rey Luis tuvo que notar su vacilación en su mirada.

—Verás, he estado buscando a pequeños bocaditos como tú. El poder, el verdadero poder, no puede comprarse, crearse o adquirirse. Es inherente a una persona. Como me pasa a mí. —El rey Luis se enderezó, apoyándose sobre su bastón y alardeando—. Pero sí que puede potenciarse. Y tu sangre es el potenciados.

—Y una mierda —espetó ella.

Mafi le había dicho que su sangre no les servía de nada a los vampiros. Era solo sangre. Que fuera capaz de absorber magia no tenía nada que ver con eso.

El rey Luis sonrió.

—¿No? ¿Quieres entonces que lo pongamos a prueba?

En ese momento, se quitó la careta y Kierse pudo ver por un breve instante cómo el instinto asesino se apoderaba de él, cómo dejaba atrás esa pantomima para dar rienda suelta al verdadero monstruo en su interior. Se movió tan rápido que apenas fue una sombra antes de aparecer a su lado. El campo de fuerza de Walter también la envolvió a ella mientras Luis la agarraba de la muñeca con sus dedos rechonchos.

Kierse se encontró con la mirada de Torra, que estaba apoyada contra el trono. Tenía los ojos suplicantes y tristes.

La ladrona movió los labios para decir: «Respira».

Y entonces, sus ojos se abrieron a causa del pánico. No, el vampiro no podía beber de ella. Dirigió la mirada con nerviosismo alrededor para encontrar otra salida.

Graves. ¿Dónde coño estaba Graves? No lo habían capturado. Ni siquiera estaba en esa estancia. Tenía que ser él quien detuviera todo aquello.

Pero no llegó nadie.

No llegó nadie cuando el rey Luis se llevó la muñeca de Kierse hacia la boca. La joven era la personificación del sigilo, la intriga y el secretismo. Podía ralentizar el tiempo, pero seguía mareada después de que la hubieran incapacitado. La mente le daba vueltas y no podía emplear su habilidad con presteza para escapar de sus matones.

Entonces el vampiro hundió los colmillos en su muñeca. Kierse se odió a sí misma por el grito ahogado que escapó de su boca. La sangre le fluía por las venas, y el vampiro ahondó aún más. Esa vez, su grito ahogado se transformó en un chillido mientras el rey Luis le chupaba la sangre.

Tras un suspiro de satisfacción, Luis se retiró. Tenía las comisuras de la boca manchadas con la sangre de Kierse.

El veneno llegó al sistema de la joven como un chupito de café. Donde unos segundos antes había habido dolor, ahora no quedaba nada. A Kierse no la habían mordido nunca, pero había escuchado decir a muchos que la sensación era la misma que la de tomar una mezcla de alcohol y éxtasis. Acababas un poco borracho y muy excitado. Kierse había pensado que nada podía ser peor que el polvo de los deseos. Pero ahora prefería mil veces esa droga al modo en el que aquello le estaba anulando todos los sentidos.

—Deliciosa —declaró el rey Luis. El estridente vitoreo de la multitud devolvió a Kierse a la realidad—. Y rebosante de poder. —Inspiró hondo y abrió los brazos—. Rezuma poder. Contigo y con mi lanza, seré imparable. Acabaremos con el Tratado de los Monstruos. Recuperaremos lo que nos pertenece.

Kierse se balanceó sobre sus pies.

El vampiro se rio de ella y les hizo una señal a sus secuaces con la cabeza. Estos la soltaron y Kierse cayó hacia delante.

—El veneno actúa rápido —la informó el rey Luis—. El mío es particularmente potente, como te habrás dado cuenta. —Y señaló hacia las chicas que había a sus pies.

Kierse tenía la mirada inquieta mientras buscaba una salida. Aún no había visto a Graves. ¿A qué estaría esperando el hechicero?

—Te aseguro que nadie vendrá a buscarte —le dijo el rey Luis en un tono siniestro, como si supiese qué era lo que estaba pensando—. Eres mía.

Entonces apoyó una mano sobre la espalda de la joven. Ella intentó apartarse, pero el agarre del vampiro era firme.

—Vamos, deja que te enseñe mi otro premio. De todas formas, no podrás tocarlo —le explicó el rey Luis—. Nadie puede atravesar los escudos de mi joven aprendiz.

Conque el rey Luis no sabía nada sobre los poderes de Kierse. Solo estaba al corriente de lo que Mafi le había dicho sobre que la sangre de la joven absorbía la magia. Bien.

Kierse necesitaba mantener la cabeza fría. Si hubiera podido pasar al modo cámara lenta y librarse de veneno…, pero no podía. Su magia iba tan despacio como sus sentidos, y lo único que la joven podía hacer en ese momento era seguir al rey Luis hasta la caja.

Se quedó sin aire cuando, incluso en su estado de embriaguez, miró en el interior del cristal transparente y, por primera vez, pudo echarle un buen vistazo a la lanza.

Era más corriente de lo que había esperado, y más grandiosa. La cuchilla tenía aproximadamente treinta centímetros de largo, estaba afilada y no contaba con adornos. Iba unida a un mango de madera oscura que no mostraba señales de deterioro a pesar de todos los años que tenía.

A la ladrona se le aceleró el corazón. Había invertido mucha energía para obtener ese objeto y por fin lo tenía delante.

—Guau —jadeó, muy a su pesar.

—¿No te parece grandiosa?

El rey Luis levantó las manos y comenzó a soltar una diatriba sobre la lanza y su legítima posición como líder de su organización de monstruos maníacos. Kierse apenas podía mantenerse en pie, pero sabía identificar cuándo había llegado el momento de pasar a la acción.

Con una rápida acometida, Kierse atravesó los escudos con el brazo hasta meter la mano en la caja y envolver la lanza con los dedos.

La golpeó un tsunami. El veneno del vampiro en su sistema se evaporó ante el contacto. De repente, sus sentidos adormecidos se aguzaron. Su habilidad de ir a cámara lenta estaba tan en la superficie que prácticamente resplandecía delante de ella entre una niebla de energía dorada. Los filamentos de luz le salpicaban cada milímetro de piel expuesta, permitiendo contemplar toda la magia que Kierse había absorbido. Por un segundo, sintió como si pudiera acaparar toda la magia que había en aquella estancia igual que una aspiradora si se concentraba lo suficiente.

Oh, sí, esa era la lanza que habían estado buscando.

Irradiaba energía sin explotar. Una magia tan superficial que era abrumadora. Como si hubiera rayos atrapados en el interior de la cuchilla, desesperados por ser liberados. Parecía que la hubiera reconocido a ella. La lanza tenía voluntad propia y ahora mismo quería liberar su poder. Kierse tuvo que controlar el deseo de hacer justo eso.

«Usame. Blándeme. Libérame».

Y qué tentador era.

«Cuánto he anhelado que llegaras. Destruye a nuestros enemigos».

¿Cuántas veces había querido Kierse algo que le otorgara el poder de destruir a sus enemigos? Había deseado que sus padres regresaran y la salvaran de la pobreza. Había querido que llegase alguien y detuviera a Jason en sus momentos más oscuros. Había querido que alguien la cuidara después de que acabara destrozada para no tener que seguir robando. Había querido una ciudad segura, unas calles en las que estuviera a salvo y nada de monstruos.

Pero los deseos eran para los débiles.

Kierse se volcó hacia el zumbido… y eso atrajo su energía. La lanza dio una sacudida, enfadada porque la joven estuviera imponiéndole su voluntad. Kierse debía permanecer dura como el acero, crear un escudo impenetrable contra la naturaleza de esa arma. Entonces, cerró la puerta y enterró la energía de la lanza detrás de ella. Por fin acabó calmándose.

Nadie había ido a salvarla.

Kierse levantó la lanza para apuntar con ella al rey Luis, y declaró:
—Sé salvarme yo solita.



La sorpresa en el rostro del rey Luis se transformó casi de inmediato en desdén. El campo de fuerza de Walter había vuelto a aparecer alrededor del vampiro. Creía que estaba protegido. Observó a Kierse a través de sus escudos, todavía confiando en los campos de fuerza del hechicero.

—¿Qué vas a hacer con esa cosa? Seguro que una jovencita como tú no puede blandir la lanza de Lugh.

Pero la verdad era que Kierse sí que podía blandir esa lanza, aunque le estuviera costando lidiar con el peso de su poder.

—Seguro que tu maestro te explicó qué es lo que tienes entre las manos.

Ah, sí, Kierse sabía qué tenía exactamente entre las manos. Graves le había hecho leer todos aquellos libros con el fin de prepararla para ese momento. Y la joven había dado con la respuesta exacta de lo que era la lanza. Aunque eso no la hubiera preparado del todo para blandiría.

No obstante, eso daba igual. Lo único que importaba era que el objeto parecía amoldarse perfectamente a su mano, y nada de lo que el rey Luis pudiera decir iba a hacerla cambiar de

opinión.

—La lanza de Lugh —dijo el rey para su público—. Una asesina. Nunca ha sido vencida en batalla. —El vampiro pasó a provocar a Kierse—. Una niñita no puede esperar atesorar el poder de los dioses. No eres lo suficientemente poderosa.

Era el arma de un dios, pero eso no cambiaba su propósito.

Al fin y al cabo, todas las armas cortaban igual.

Y Kierse tenía delante justo a la persona a la que quería destruir, con Torra junto a su trono y sus otras dos víctimas a sus pies. Dos en una larga cola de cientos, o incluso miles, antes que ellas.

Humanos que no habían tenido la oportunidad de escapar. Personas que había usado como alimento. Kierse podría haber sido una de ellas. Jason había sido su propio monstruo y había abusado de ella más allá de toda comprensión, pero ni siquiera él había dejado un gran reguero de muertos tras de sí. Si Kierse dejaba vivir ahora al rey Luis, ¿cuántas personas más acabarían como Torra? ¿Cómo Mafi? ¿Cuántos más sufrirían a manos de ese vampiro y de sus patéticos Hombres de Valor?

No, Kierse le había prometido a Torra que mataría al rey Luis.

Y cumplía sus promesas.

La lanza se aferró a sus pensamientos, vio lo que había en su corazón y supo qué era lo que la joven quería. Esa vez, Kierse no la disuadió. No ignoró su siniestra voz porque era la misma que la suya.

—No eres ningún rey —declaró la ladrona, dando un paso hacia delante—. Eres un titiritero que mueve los hilos. Tu reinado acaba hoy.

Kierse alzó la lanza y su memoria muscular, adquirida después de tantas horas de entrenamiento, tomó el mando. Nunca se había sentido así de cómoda con un cuchillo o una pistola, pero eso se debía a que había estado esperando toda su vida por esa lanza. El peso era perfecto entre sus manos, y esa voz oscura le susurraba al oído. La joven sabía lo que tenía que hacer.

Atravesó el campo de fuerza, vio la sorpresa reflejada en el rostro del rey Luis y entonces levantó la lanza y asestó un golpe hacia delante. El vampiro lo esquivó por los pelos al mismo tiempo que una alarma comenzaba a sonar por todo el lugar. Los guardias del rey Luis se lanzaron hacia ella, pero Kierse arremetió contra ellos, sin ton ni son, con la lanza. Sintió el crujido nauseabundo cuando partió un hueso. Escuchó un chapoteo cuando la hundió en la piel. Sin desconcentrarse lo más mínimo, volvió a atacar a Luis.

El vampiro levantó las manos para intentar detener el golpe. Kierse le hizo unos cortes profundos en los brazos por los que le manó una sangre oscura. El rey Luis gritó mientras el mundo se sumía en el caos detrás de ellos. La supervelocidad del vampiro entró en juego cuando intentó recular, pero Kierse pasó de inmediato al modo cámara lenta, dejándose envolver por esa habilidad como si fuera una manta. Y, de repente, el rey Luis comenzó a agitar los brazos mientras retrocedía.

Un segundo después, el vampiro estuvo al alcance de Kierse, justo cuando la joven abandonaba aquel ritmo ralentizado. El rey Luis abrió la boca, mostrándole sus resplandecientes colmillos blancos. Tenía los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa y una satisfactoria cantidad de miedo. No podía ganar y, por primera vez, fue consciente de ello. Kierse lo había vencido. Una pequeña humana sin nada ni nadie para ayudarla.

—¿Cómo es posible? —jadeó el vampiro.

—Magia.

Con toda la fuerza que había adquirido durante Su entrenamiento, Kierse hundió la lanza a gran profundidad en el corazón del rey vampiro.

El rey Luis cayó de rodillas y la joven le sacó el arma del pecho.

—¿Quién eres? —masculló él con la sangre manándole de la boca.

—Soy el monstruo de tus pesadillas.

Y entonces Kierse blandió la espada en diagonal y lo decapitó.

La cabeza de Luis se desprendió de sus hombros seguida de un coro de gritos. El resto de su cuerpo cayó hacia delante, salpicando sangre sobre el mármol blanco y empapando la lencería blanca de Kierse.

La ladrona levantó la mirada hacia los monstruos que tenía frente a ella. Walter ya había desaparecido entre la multitud, entre el resto de los seguidores del rey Luis, sus patéticos Hombres de Valor. Esa escoria a la que había dado alas con su propaganda. Esos monstruos que habían pasado toda su vida oprimiendo a los humanos. Merecían un destino similar.

Fue entonces cuando otra figura apareció en la tarima.

Graves.

El hechicero analizó el estado del mundo, como si acabara de desplazarse de su eje para dar cabida a Kierse. Escudriñó la ropa empapada en sangre de la joven, la sonrisa maliciosa en sus labios y la lanza que sostenía con firmeza entre sus manos. Graves asintió una única vez y una sonrisa se *dibujó despacio* en sus irresistibles facciones. El poder fluía de forma implacable a través de Kierse, asentándose entre ambos.

La joven alzó la barbilla para devolverle la mirada. Había aceptado su papel de monstruo. Y a su lado tenía a otro. Con esa mirada, Graves también lo estaba aceptando.

No, no era aceptación. Se estaba deleitando en ello. Devoraba esa sensación. Como si hubieran estado destinados a convertirse en aquello desde el principio.

Graves dio un par de pasos largos por la tarima, ignorando la masacre. Pisó la sangre del rey vampiro muerto, llevó una mano a la nuca de Kierse y la besó con la misma voracidad de un depredador. La joven le devolvió esa intensidad y se negó a ceder. Una lucha, un reto, un desgarro.

Nunca la habían besado como lo estaba haciendo Graves, de pie sobre la sangre de su enemigo común.

Sus bocas encajaban a la perfección. Sus lenguas se disputaban el dominio. El poder los atravesaba a ambos como si fueran un conductor que se prendiera y ardiera, dejando que el resto lo presenciara. La magia de los dos colisionó. Era un resplandor dorado que se entrelazaba entre ambos. No hacía que se fusionaran, sino más bien que se reflejaran el uno en el otro.

Cuando el beso terminó, pareció que el mundo hubiera vuelto a como era antes y que las cosas fueran como siempre habían estado destinadas a ser.

—Mi reyezuelo —dijo Graves.

—Tengo la lanza —respondió ella, alzando el objeto.

La mirada del hechicero se fijó en el arma con sorpresa, como si Kierse lo hubiera cegado tanto que no se hubiera dado cuenta de eso antes.

—Bien. Tenemos que irnos.

—Debemos coger a Torra.

Graves alargó la mano para agarrar la lanza, pero Kierse no podía desprenderse de ella. La lanza no quería que la soltase. Así que dejó a Graves frente a la horda de monstruos y cayó de rodillas ante el trono del vampiro.

—Torra. Tenemos que irnos, Torra. Hay que moverse.

—Kierse —le respondió la joven con voz temblorosa—. Creo que no puedo moverme.

—Sí que puedes. Te ayudaré.

La agarró por debajo y levantó su delgada figura del suelo.

—Lo has matado.

—Ya te dije que lo haría —respondió Kierse.

—Gracias —susurró en respuesta.

—Tenemos que irnos —las apresuró Graves, maldiciendo entre dientes.

—Pues ayúdame, joder.

Graves volvió a maldecir y cogió a Torra en brazos como si no pesara nada.

Habían pasado un par de segundos desde que ella había matado a su rey, había besado a Graves y había liberado a Torra, pero los monstruos ya estaban preparándose para ir a por ellos. Aquello no pintaba bien. La lanza era poderosa, pero Kierse no sabía si podría acabar con todo un ejército de vampiros.

«No me subestimes».

La joven se estremeció al escuchar la voz en su cabeza, sin estar segura de si eran sus propios pensamientos o… los de la lanza.

—Por aquí —le indicó Graves.

Corrieron.

Kierse se llevó la lanza a un costado. Su peso se adaptaba bien a ella. Bien no, perfectamente. El equilibrio era increíble, como si fuese una extensión de su propio cuerpo. Entonces comprendió por qué había tenido que pasar por todo aquel entrenamiento para llegar a ese momento.

Graves no había estado de brazos cruzados. Cada guardia que había entre la salida y ella había acabado incapacitado. Ver la masacre no solo era impresionante, sino también aterrador. Se cruzaron con un par de guardias asustados mientras huían hacia el túnel secreto en la entrada de la residencia del rey Luis. Algunos guardias huyeron nada más verla. Del resto, Kierse se deshizo sin problemas. Torra se desmayó en algún momento durante su huida.

Acababan de doblar la esquina hacia el túnel secreto cuando se encontraron cara a cara con ni más ni menos que Walter Rodríguez, que cargaba con una mochila a rebosar y parecía sucumbir al pánico.

Se quedó boquiabierto.

—¿Graves?

—Hola, Walter.

—Tú —le dijo el recién llegado a Kierse—. Tú… cruzaste mi campo de fuerza.

—Y también tus escudos —respondió ella con una sonrisa peligrosa.

Walter desplazó la mirada, nervioso, entre Graves, Kierse y la lanza, como si no pudiera decidir cuál representaba una mayor amenaza. La ladrona percibió el ligero aroma a incienso y tormenta cuando Walter reforzó sus propios escudos al sentir su rabia. Acababa de admitir que

Kierse podía cruzar sus escudos y, aun así, el joven había reaccionado por instinto.

—¿Qué… qué estáis haciendo aquí?

—Tomar tu salida —dijo Graves como si nada—. Eres un ratoncillo muy listo.

—¿Cómo sabéis de su existencia? —Walter desplazó la mirada entre ambos, caminando hacia atrás.

—Sé todo lo que has estado haciendo para el rey Luis. Escogiste el bando equivocado, Walter. Tu maestro está muerto.

Walter abrió mucho los ojos.

—Yo no escogí ningún bando. Tú te deshiciste de mí como si fuera basura —respondió con la voz temblorosa mientras le plantaba cara a Graves—. Así que me fui con el siguiente mejor postor, y ahora pienso largarme de aquí.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Kierse—. Hay que marcharse.

—Supone una amenaza —declaró Graves.

—No, por favor —suplicó Walter, retrocediendo—. Solo quiero pirarme de aquí. No quiero hacerle daño a nadie.

—Ya lo has oído. Se vio envuelto en esto —dijo Kierse, poniéndose delante de Graves—. Y tú te deshiciste de él porque no viste su potencial.

Graves la miró a los ojos con algo que parecía admiración. Había acabado viendo la verdad sobre Mafi. Y, por primera vez, parecía que se había dado cuenta de que también había cometido un error con Walter.

—Sí, lo hice —dijo Graves—. ¿Has dejado de trabajar para los Hombres de Valor?

—Sí —respondió Walter de inmediato.

—No tenemos tiempo —dijo Kierse, pasando por el lado de Walter—. Vamos, Graves.

Durante un segundo, la joven creyó que el hechicero no la escucharía. Sin embargo, después de dedicarle una mirada a Walter durante un segundo, la siguió. Echaron a correr.

El túnel era largo y sinuoso, pero Kierse recordaba bien el camino. Durante todo el recorrido, mantuvo la lanza agarráda con firmeza, con ese zumbido constante sirviéndole de recordatorio de lo viva que estaba y lo letal que era esa cosa.

—¿Qué coño tengo en mis manos, Graves? Sé que dijiste que se trataba de la lanza de Lugh, pero no tenía ni idea de que transmitiría esta sensación. —Sacudió la cabeza—. Los dioses —masculló en voz baja—. Esta es la lanza de un dios.

—Sí. Eso ya te lo había contado. Por eso teníamos que arrebatársela a Luis.

Había una diferencia entre poseer un conocimiento y conocer la verdad sobre algo, ser consciente de que era cierto. Ser consciente de que la lanza era literalmente una lanza mágica de los dioses. Ser consciente de que todas las historias que Kierse había leído no encerraban solo un poco de verdad, sino que eran hechos verídicos… Entonces, ¿qué era ella? ¿Qué era Graves?

El hechicero empleaba él acebo como su símbolo. Por supuesto que consideraba que el reyezuelo formaba parte de su historia. No le había dicho nada, pero Kierse lo sabía igualmente. Tal vez siempre lo hubiera sabido. Estaban unidos desde aquella primera noche. En cuanto Graves había visto el collar de reyezuelo. En cuanto Kierse había echado un vistazo a su biblioteca. Habían acabado entrelazados por la magia de aquel beso… Un vínculo inextricable.

Pero, aun así, Kierse tuvo que decir lo siguiente en voz alta:

—Eres el rey Acebo.

A Graves le tembló la garganta antes de asentir.
—Y tú eres mi reyezuelo.



El rey Acebo.

En carne y hueso.

Y ella era su reyezuelo.

La joven se estremeció ante esas palabras. Le transmitían lo mismo que cuando Gen hacía una profecía. Las sentía ciertas.

Debía ser imposible que el mito y la leyenda pudieran manifestarse de ese modo, y, sin embargo, no era algo que pudiera ignorar. Tenía delante a su dios invernal, y ese era su día: el solsticio de invierno. No era de extrañar que Kierse hubiera sentido su vínculo. Como si fuera cosa del destino.

—¿Y qué significa eso? —jadeó la joven—. ¿Cómo puedo ser tu reyezuelo? No lo entiendo.

—El rey Acebo es el poder del invierno —dijo él, apretando los dientes—. Es una manifestación de la energía de la propia estación. Alcanzo mi máximo potencial en el solsticio de verano, y este mengua tras el solsticio de invierno.

—Eso ya lo sé. A causa de la batalla con el rey Roble.

—Sí, el rey Roble cuenta con su petirrojo, que es su ave, un símbolo de la llegada del otoño.

Y yo tengo a mi reyezuelo, el símbolo de la llegada de la primavera.

—Pero soy un mal augurio —dijo Kierse—. Soy… el ave que muere después de la Navidad.

—Así es, pero, hasta entonces, potencias mi poder —admitió Graves—. Ahora mismo estoy en mi punto álgido, hasta el final de la noche más larga del año.

—Que es hoy —susurró ella.

—Sí. —Graves dirigió la mirada hacia Kierse mientras doblaban otra esquina y se adentraban más en el sistema de túneles.

—Pero Kingston dijo… que eso no acabaría bien para ti —siguió la joven, intentando encajar todas las piezas que había ido obteniendo a lo largo de las últimas semanas. Lo que otros habían dicho sobre que ella fuera un reyezuelo y que Kierse no había entendido hasta ahora.

Graves volvió a desviar la mirada hacia ella.

—Sí, bueno, ahora yo obtengo más poder. Pero, después del solsticio, tú supones mi perdición.

Kierse parpadeó, atónita.

—Entonces…, ¿por qué has querido trabajar conmigo?

—Nuestra misión terminaba esta noche. Era un riesgo que merecía la pena asumir —admitió el hechicero justo cuando apareció la luz al final del túnel. Entonces se reacomodó a Torra para seguir cargando con ella—. Nunca… —Le costaba encontrar las palabras—. Nunca había creído que me enamoraría de ti. Eso no formaba parte del plan.

Kierse tragó saliva.

—No… no lo entiendo.

—Es poético —dijo él en voz baja—. Enamorarte de quien causará tu propia destrucción.

Kierse tenía muchas más preguntas. Más preguntas que respuestas, como le sucedía siempre con Graves. Pero entonces llegaron al final del túnel.

Graves se echó a Torra sobre el hombro y subió por la escalera. Kierse lo siguió con la lanza en la mano. Cuando llegó arriba, el hechicero la ayudó a encaramarse al túnel del metro.

Continuaron avanzando en silencio, apresurándose para llegar hasta la salida y enfrentarse a la noche más larga del año. El solsticio de invierno. La última noche en la que los poderes de Graves estarían potenciados. Lo habían conseguido. Habían sobrevivido con la lanza en su poder.

Torra se despertó justo cuando salieron hacia la brisa nocturna.

Se movió aturdida.

—Déjame en el suelo.

Graves la dejó con cuidado, quitándose la chaqueta y colocándosela a Torra alrededor de los hombros desnudos.

La joven se tambaleó ligeramente.

—Gracias.

—¿Puedes darnos un minuto? —le pidió Kierse a Graves.

Él señaló hacia el coche aparcado en la calle. Su plan de huida. Kierse asintió en su dirección y observó cómo el hechicero se acercaba al vehículo.

Torra echó la cabeza hacia atrás e inhaló hondo el aire fresco.

—No creía que fuera a volver a ver el cielo.

Kierse frunció el ceño.

—Lo siento muchísimo, Tor.

—Pero si me has salvado. Me has sacado de allí —replicó ella soltando un profundo suspiro —. Nunca seré capaz de recompensártelo.

—No es necesario. Solamente he enmendado una terrible injusticia.

—Y él ha desaparecido para siempre.

Kierse asintió.

—Para siempre.

Torra contuvo las lágrimas.

—Es difícil de creer.

—¿Qué vas a hacer ahora?

La otra joven esbozó una sonrisa, y fue el primer gesto de felicidad que Kierse le había visto en el rostro desde que habían vuelto a encontrarse.

—Lo que quiera. Ahora soy libre.

Torra la abrazó. Kierse le devolvió el abrazo con firmeza, aliviada de que al menos hubiera podido salvar a una persona de toda esa locura. Esperaba que la caída del rey Luis pusiera fin a las maquinaciones de los Hombres de Valor, pero no las tenía todas consigo. Al menos, ese vampiro no podría seguir atacando a inocentes.

—Puedes venir con nosotros —le dijo Kierse—. Graves podría ayudarte.

Torra dirigió la mirada hacia el monstruo que las aguardaba junto al coche negro.

—No creo que ese sea mi camino.

—Entonces, ve con Colette —le dijo Kierse cuando dejaron de abrazarse—. Nate estará confinado durante otra noche de luna llena. Él podrá ayudarte después.

Torra tragó saliva.

—¿Crees que seguirán queriendo ayudarme?

—Todos te hemos echado de menos —insistió la ladrona—. Te ayudarán con lo que sea que decidas hacer.

—Gracias, Kierse. —Y comenzó a quitarse la chaqueta de Graves.

—Quédatela. Estoy convencida de que tiene millones más como esa. —Torra asintió—. ¿Estás segura de que no podemos dejarte en ningún sitio?

—Creo que esta noche quiero caminar —le contestó, y entonces, antes de que Kierse pudiera decir algo más, Torra se dio la vuelta y tomó la dirección contraria.

Kierse detestaba dejar que se marchara, pero sabía que necesitaba dar ese paseo como una mujer libre. Ella ya había hecho lo que tenía que hacer. Había liberado a Torra.

Graves le abrió la puerta a Kierse sin mediar palabra cuando la vio enfilar hacia él. Subieron al coche; una vez dentro, el hechicero dijo:

—Arranca.

El coche comenzó a avanzar. Y el silencio se vio perturbado por los sonidos de sus respiraciones agitadas. Kierse dejó la lanza con cuidado sobre su regazo. Se alegraba de no seguir sujetándola, aunque una parte de ella quería volver a agarrarla. Era como una enfermedad.

—Déjame verla —le pidió Graves.

Kierse negó con la cabeza.

—Creo que no quiere que la suelte.

—¿Te habla?

—Si es que puede llamarse así. —La joven se estremeció—. Parece que quiere imponerme su

voluntad.

—Esa es la esencia de la lanza. Procede de la propia historia de Lugh, quien era tan hábil que engañó al guardián de la puerta para poder entrar en la corte de los Tuatha Dé Danann —le explicó Graves—. Solo cuando los dioses fueron vencidos en una gran batalla eligieron a Lugh como su comandante. Y una vez allí, usó la lanza para masacrar a sus enemigos.

—Bueno, pues no me cabe duda de que eso es lo que quiere hacer ahora mismo —respondió ella mientras acariciaba con los dedos el largo mango.

—Eso significa que también está viva.

Kierse enarcó las cejas mientras sentía algo en la boca del estómago.

—¿Cómo que «también»?

Graves clavó la mirada en la lanza mientras hablaba.

—Ya conoces la respuesta a eso.

La ladrona intentó hacer memoria.

—Ya tienes otra arma como esta.

Pero Graves no le respondió a la pregunta, ya que daba por sentado que Kierse sabía la respuesta. En cambio, le dijo:

—Existen cuatro objetos mágicos: la lanza, la espada, el caldero y la piedra. Tras la marcha de los dioses, los artefactos cayeron en distintas partes del mundo y su paradero fue desconocido durante siglos. Solo se oían rumores de vez en cuando sobre cada uno de ellos. Los relativos a la lanza siempre eran los más numerosos, ya que es prácticamente imparable. He estado buscándolos durante muchos años.

—¿Los cuatro artefactos?

—Sí —respondió él sin más—. Me pertenecen tanto como a cualquier otro. Mi madre era descendiente de un linaje mágico que adoraba a los Tuatha Dé Danann. Cualquier miembro de ese linaje podría reclamarlos. ¿Por qué no iba a hacerlo yo?

Entonces Kierse recordó que le había contado que había ido hasta Irlanda, con el pueblo del linaje de su madre. En aquel momento, la joven no había caído en la cuenta de que se había referido a ese linaje en particular. A devotos mágicos de los antiguos dioses celtas.

Lo cierto era que no podía procesar todo aquello. Lo importante ahora era que Graves contaba con otro artefacto aparte de la lanza. Había completado la mitad de su objetivo.

—¿Y cuál es el otro objeto que tienes? —le preguntó la ladrona.

—La espada —le dijo Graves—. Ahora tú tienes la lanza. Y hay dos más por ahí fuera que aún no se han encontrado.

—¿Y qué vas a hacer con ellos?

Graves se paró a reflexionar durante un segundo.

—Un hechizo.

—¿Y qué hace ese hechizo?

El gesto del hechicero fue completamente neutral ante esa pregunta.

—Una magia muy poderosa.

Y eso era todo lo que Kierse iba a obtener.

A pesar de lo que había ocurrido entre ambos durante las últimas semanas, Graves seguía sin confiarle toda la verdad. La joven había sabido desde el principio que así era como funcionarían las cosas. Había tenido que estar sonsacándole las respuestas, pero él no había dejado de

mantener ocultas sus verdaderas intenciones. A Kierse no debería haberla sorprendido nada de eso, pero, de algún modo, lo hizo.

La joven mantuvo la mano sobre la lanza mientras recorrían en coche las invernales calles de Nueva York hasta el garaje subterráneo.

Cuando el coche se detuvo, Kierse preguntó:

—¿Me enseñarás la espada?

—Si es lo que quieres.

Kierse tomó la lanza, ignorando las tentadoras palabras que le susurraba, y salió del coche. Siguió a Graves hasta una pared del garaje, por donde pasó la mano para revelar una hendidura en la piedra. Primero, el hechicero usó su magia para retirar las protecciones. Luego, tuvo que usar un escáner de retina y poner su huella antes de que la pared se abriera, provocando un soplo de aire, y revelara una estancia secreta. En el interior había una cámara acorazada. Era muy nueva, reluciente e impenetrable. Y además del sistema de alta tecnología, en aquella monstruosidad había escudos grabados. Graves no se andaba con tonterías.

Tras desactivar el sistema de cierres y escudos, por fin quedó al descubierto lo que había en el interior.

Un único objeto: una espada resplandeciente.

—La Espada de la Verdad —dijo Graves, tomándola con una mano.

Kierse abrió mucho los ojos. Podía sentir la luz cegadora, su propia mezcla perfecta de magia. Lo contrario a la lanza que sostenía ella en la mano.

El destino y el poder eran suficientes para hacer que el mundo se tambalease.

—¿Y para qué sirve? —susurró la joven, maravillada. La lanza vibraba en su mano al hallarse tan cerca del otro artefacto.

Graves se acercó la hoja hasta dejarla paralela a su rostro.

—Te muestra la verdad de todas las cosas.

A Kierse le susurraban otra verdad al oído.

«Algo va mal».

Y entonces, lo sintió. La casa estaba muy… silenciosa.

No solo carecía de sonido, sino de magia.

—Los escudos están desactivados.

Graves miró hacia la casa.

—Hay alguien más aquí.

Corrieron para salir de la cámara, con la lanza y la espada en la mano. Tomaron las escaleras de emergencia que conducían al vestíbulo de la primera planta. Luego, subieron el primer tramo de escalones que llevaba a la Biblioteca de Acebo, donde las puertas se encontraban entornadas y un rayo de luz salía entre ellas.

Graves levantó la espada, iluminando así el camino mientras los dos entraban en la estancia a la vez. Kierse estuvo a punto de dejar caer la lanza cuando vio qué era lo que los aguardaba dentro de la biblioteca. Unos druidas retenían a Gen y a Ethan, con unos cuchillos apuntándoles al cuello.

Y en el centro, sentado como si fuera de la realeza, se encontraba Lorcan Flynn.



—¡Gen! —gritó Kierse—. ¡Ethan!

Se encaminó hacia sus amigos, pero Graves la retuvo. Kierse quería, necesitaba acercarse a ellos. Pero no podía. No con Lorcan y esos cuchillos interponiéndose entre ellos. Ni siquiera la lanza serviría. Acabarían muertos antes de que la ladrona pudiera llegar hasta ellos.

—¡Kierse! —gritó Ethan—, Madre mía, Kierse.

—¿Estáis heridos?

—Estamos bien —dijo Gen. Una lágrima le resbalaba por la mejilla. El pecho le subía y bajaba ligeramente—. Todo va a ir bien.

Kierse se giró hacia el druida.

—Lorcan, ¿qué estás haciendo? Son inocentes. Déjalos marchar.

El druida se enderezó tras escucharla. Lucía un traje azul marino de tres piezas, con la corbata anudada al cuello y los zapatos de cuero marrón abrillantados a la perfección. Se había recortado la barba y su cabello oscuro le caía sobre la frente. Kierse vislumbró a cada uno de sus costados una funda para dos pistolas. Lorcan sostenía como si nada una espada negra.

—Hola, Kierse. —Su mirada era afable. Nada tenía que ver con el depredador que

representaba en casa de Graves—. No has respondido a ninguno de mis mensajes.

—Creía que pillarías la indirecta.

—Se coló allí durante el confinamiento de los lobos —dijo Gen entre lágrimas.

—Los Temibles están encadenados por lo de la luna llena. No pudimos hacer nada —añadió Ethan.

—No es culpa vuestra —insistió Kierse—. Lo siento mucho.

—Esto viola nuestro acuerdo, Lorcan —dijo Graves con una calma letal.

—¿Ah, sí? No lo sabía —replicó él con sarcasmo—. ¿Creías que iba a perderme lo de esta noche?

Al hechicero se le marcaron los músculos de la mandíbula.

—¿Qué esperas sacar de todo esto?

—Creía que era bastante obvio. Los artefactos mágicos les pertenecen a los míos. —Lorcan desplazó la mirada de la lanza en la mano de Kierse a la espada en la de Graves—. Sabías que llegaríamos a esto, Brannon.

Graves se encogió al escuchar ese nombre.

—Ah, ¿ya nadie te llama así? —Lorcan rompió a reír, pero era una risa fría y cruel. Como si hubiera sido completamente consciente de cómo reaccionaría Graves ante esa provocación—. No puedes ir por ahí haciéndote con artefactos de los Druidas y esperar que nadie se dé cuenta.

—Sabía que te darías cuenta —gruñó Graves—. Otra cosa es que entres en mi casa sin provocación. Habrá consecuencias.

—Esta noche es la única en la que eso no es cierto.

—¿Por qué? —quiso saber Kierse.

—¿No se lo has dicho? —inquirió Lorcan—, No, claro que no. Siempre con secretos.

—Sí que lo sabe —replicó Graves. Ajustó su agarre sobre la espada—. Todavía no es medianoche. ¿Por qué no vamos fuera?

Lorcan soltó una carcajada.

—No, creo que este es el lugar perfecto para esto. La Biblioteca de Acebo, como la llamas ahora, Graves. Demasiado evidente, ¿no crees?

Entonces Kierse desplazó la mirada entre ambos. Graves, rodeado de acebo y con un reyezuelo a su lado. Enfrente de él, Lorcan durante el solsticio de invierno. La joven recordó los robles alineados a lo largo de la propiedad del druida. La bellota en su tarjeta de visita. El aroma a limpio que percibía cada vez que estaba con él. Lo único que le faltaba era un petirrojo para representar a la perfección al rey Roble.

—Ah —soltó Kierse cuando todas las piezas encajaron en su mente.

Lorcan hizo una reverencia en su dirección.

—El rey Roble a tu servicio.

—¿Cómo es posible? —susurró ella.

—Ojalá lo supiéramos. Da igual lo que hagamos, nunca podemos huir el uno del otro. Por desgracia, ahora tú también formas parte de esto, Kierse. Me gustaría habéroslo ahorrado a tus amigos y a ti. Pero robar algo que me pertenece tiene sus consecuencias. —Lorcan sonrió igual que un zorro mientras volvía a centrar su atención en Graves—. Puedes devolvérmela y no te guardaré rencor.

—Me dan igual vuestras historias, artefactos o vuestra estúpida guerra —le soltó Kierse a

Lorcan, dando un amenazador paso al frente—. Libera a mis amigos. Ahora.

—Si no te importa, entonces entrégamela. —Lorcan extendió una mano.

La lanza. Podía entregarle la lanza y de ese modo recuperar a sus amigos.

Sin embargo, no podía dársela. A pesar del personaje que interpretaba el druida, de lo simpático que era o de la conexión que quería hacerle creer a Kierse que ambos compartían, aquel acto evidenciaba lo que había bajo la fachada. Era un asesino. A esas alturas, Kierse debería haber aprendido la lección. Lorcan haría cualquier cosa para conseguir lo que quería. Y si obtenía la lanza, habría ganado.

El arma vibraba bajo el tacto de la ladrona, impulsándola hacia sus emociones más oscuras. Pero Kierse se sentía con la mente más despejada que cuando había estado corriendo para salvar su vida. Ignoró esos pensamientos. No iba a jugarse la vida de sus amigos.

—Eso creía —dijo Lorcan.

—¿Cómo lo has descubierto? —le preguntó Graves.

—Llevo mucho tiempo sospechándolo. Sabía que tenías la espada. Gracias por conseguírmela —declaró con una sonrisa—. Ya habíamos puesto este lugar patas arriba mientras la buscábamos, pero ahora la tengo delante. Y la lanza… No sabíamos dónde se había perdido. Solo que tú la querías. —Lorcan pasó a fijar la mirada en la ladrona—. Entonces, vi a Kierse desaparecer hacia la Tercera Planta como una ratoncilla y me pareció un tanto… curioso. ¿Y qué es lo que descubrí cuando logré infiltrar a alguien allí abajo? Que el rey Luis tenía la lanza y que iba a celebrar una fiesta en honor al solsticio de invierno.

—Mierda —siseó Kierse.

—Conozco bien tus métodos, Graves —declaró Lorcan, ladeando la cabeza—. Esa era tu jugada. Solo tenía que esperar a que la recuperaras por mí.

La mirada de Graves se ensombreció. Por el modo en el que apretaba la mandíbula, Kierse sabía que detestaba que Lorcan lo conociera tan bien como para tener razón.

—¿Cómo has conseguido desactivar los escudos?

—¿Cómo conseguimos hacer nada, hermano? —Lorcan pronunció esa última palabra como si fuese un insulto.

Graves apretó los dientes. Kierse los miró a ambos, confundida. ¿Hermanos?

—Llevaste a cabo un ritual para desactivarlos, aprovechando ese margen de tiempo para potenciar tus habilidades.

Lorcan hizo el mismo gesto que un golfista al golpear despacio su bola.

—Así es. Escogimos este día por el mismo motivo que tú. La magia es más potente durante un solsticio. Todo es cuestión de equilibrio.

—A la mierda tu equilibrio —espetó Kierse.

—¿Hemos terminado con la ronda de preguntas? —inquirió Lorcan con educación, como si estuviesen tomando el té y la ladrona no viera a sus amigos llorando detrás del druida. Lorcan se levantó, limpiándose el polvo inexistente de su traje—. Me gustaría poder seguir con el espectáculo.

—¿Qué espectáculo? —preguntó Kierse.

Lorcan sacó una pistola de su chaqueta y apuntó con ella al pecho de Ethan.

—Dame la lanza o mato a tu amigo.

Graves se quedó inmóvil.

—Lorcan —siseó.

—¡No! —Kierse estaba desesperada.

Aquello no podía estar pasando. Era una decisión imposible. Y, al mismo tiempo, demasiado fácil. Le entregaría la lanza a Lorcan. Pero… no podía entregársela bajo ningún concepto. Los mataría igualmente.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Kierse—. Podríamos haber trabajado juntos.

—No, no podríamos —declaró Graves sin más.

—Graves y yo llevamos quinientos años enfrentados —explicó Lorcan—. ¿Por qué íbamos a dejar de estarlo ahora? Eso no sería divertido.

—Eres un monstruo —gruñó la joven.

Lorcan entornó ligeramente la mirada. Parecía ofendido.

—El monstruo aquí no soy yo. Sea cual sea la historia que te haya contado, es mentira. Te lo aseguro porque yo estuve allí hace quinientos años, cuando Graves destrozó nuestra amistad. Cuando pasó de ser mi hermano a convertirse en el ser enfermo y retorcido que es hoy en día. Es escoria, y te está utilizando, Kierse. Igual que usa a todo el mundo en su vida. Los destruye poco a poco, día a día. Es un virus, un parásito, una sanguijuela. No es mejor que el resto de los monstruos a los que tanto desprecia. Te drena la energía vital y luego, cuando ya no le eres de utilidad, te aparta.

—Pero ¡Graves no recurre a amenazas de muerte! —gritó Kierse.

—¿Lo ves? Ni siquiera se defiende —añadió Lorcan, señalando hacia Graves—. No puede hacerlo. Lo que te digo es cierto. Es difícil que lo veas desde tu posición, pajarillo cantor, pero yo soy el héroe de esta historia. Los Druidas somos adalides del bien en este mundo. Graves y los suyos son los demonios de la noche, los villanos.

—Si fueras tan bueno, los dejarías marchar.

—Me temo que no puedo hacer eso —dijo Lorcan, casi arrepentido—. Tienes algo que quiero, y conozco a Graves demasiado bien como para creer que puedo persuadirlo hablando con él. Lo único que me queda es actuar. ¿No es cierto, hermano?

—No cambiaré de parecer —convino Graves—, pero tú no eres inocente.

—¿Que no soy inocente? —Lorcan pareció furioso, como si fuera a apuntar al hechicero con la pistola y a dispararle. Desplazó la mirada hacia Kierse—. ¿Quieres saber por qué nos odiamos tanto? Graves asesinó a mi hermana a sangre fría con sus propias manos.

A Kierse le dio un vuelco el estómago. Clavó los ojos en Graves con la duda en su mirada. Pero el hechicero ni siquiera la miró. Toda su atención estaba puesta en Lorcan.

—Emilie tenía dieciséis años y él le arrebató la vida tal que así. —Lorcan chasqueó los dedos —. Y la perdimos para siempre.

Kierse tragó saliva.

—Lo siento. Pero un error no se soluciona cometiendo otro. Si asesinas hoy a mis amigos, entonces no serás mejor que él.

—No me gusta nada tener que hacer esto. Pero no entiendes qué es lo que tienes ahora mismo entre las manos —dijo Lorcan.

—No seas condescendiente. Puedo sentir su poder. Sé lo que es.

—Puedes sentirlo, pero es imposible que sepas nada más. Nunca has estado en Irlanda. Nunca has atravesado los páramos. Nunca has estado allí donde los dioses pisaron nuestras

tierras. Para ti, eso no es más que una simple lanza —gruñó el druida—. Para nosotros…, es nuestro legado. Nuestro hogar.

—Eso no te da el derecho a matar a nadie.

—Los sacrificios forman parte de nuestros rituales, y los rituales generan poder. Conque nada de esto será en vano. Tienes elección. O bien me entregas la lanza, o bien ves morir a tus amigos. Tú decides.

—No, Lorcan —dijo Kierse.

El arma se disparó con un fuerte estallido. La joven gritó, lanzándose hacia delante como si pudiera evitar que la bala alcanzara a sus amigos. Los gritos de Gen y Ethan se entremezclaron con los suyos, pero entonces todos contemplaron cómo el disparo acertó en el suelo, delante de ellos.

—La próxima vez no fallaré —amenazó Lorcan—. ¿Kierse? La lanza.

El miedo la recorrió por completo. Solo habría un disparo de advertencia. El siguiente acertaría en un cuerpo, y no en el suelo.

—De acuerdo —dijo Kierse—. Vale, pero para ya. ¡Por favor!

—Bien —respondió el druida con una sonrisa triunfal—. Mucho mejor. Ahora, entrégamela.

Kierse asintió.

—De acuerdo.

Graves alargó una mano para detenerla.

—No puedes hacerlo.

—Lo sé —le dijo ella, con las lágrimas resbalándole por las mejillas—. ¿No lo entiendes? No puedo perderlos. No puedo perder a mi familia.

El fuego en la mirada de Graves se sofocó. Aun así, el hechicero dio un paso hacia delante.

—No puedes entregársela.

—No puedo sufrir las consecuencias.

—Eso es —intervino Lorcan—. Dame lo que me pertenece. No dejes que él te disuada.

Graves la agarró del brazo con firmeza.

—Escúchame, si le entregas la lanza, matará a todos los que estamos en esta estancia. Ese es el único motivo por el que sigues en pie. No puedes ser tan estúpida como para hacer esto.

Kierse abrió mucho los ojos, que tenía vidriosos, cuando levantó la mirada hacia *él*.

—Tiene a mi única debilidad. Por eso puede hacerlo. Siento que tú no tengas ningún punto débil.

—Mmm —dijo Lorcan en voz baja. Desplazó la mirada entre ambos—, Pero sí que tiene un punto débil. —Se balanceó en el sitio, apuntando entonces la pistola al pecho de Kierse—. ¿Acaso el villano cree que esto es amor?

—Detente —le dijo Graves, en un tono frío y letal.

—¿Crees que mereces sentirte así después de lo que le hiciste a Emilie?

—Esto no tiene nada que ver con nuestro pasado.

—¿Ah, no? —preguntó Lorcan con furia—. Crees que puedes pasar página, que no tienes que seguir sufriendo por lo que me arrebataste a mí, a nuestra gente, al mundo. No te mereces a alguien como ella. No te mereces nada.

—Si le disparas, será el mayor error que cometas en tu vida —gruñó Graves.

A continuación, intentó colocarse delante de Kierse, pero Lorcan disparó a sus pies. La joven

soltó un chillido y dio un salto hacia atrás, alejándose de la bala.

—Eh, eh, no os mováis. —Kierse se quedó petrificada y Graves hizo lo mismo—. No creo que esto vaya a ser un error. Entrégame la espada y no le dispararé. Eso es más justo.

Kierse no podía ni procesar sus palabras. Graves no le entregaría la espada a cambio de su vida. Era imposible.

—Te arrepentirás de esto —le advirtió Graves.

—¿Por qué? ¿Vendrás a por mí?

—Sí —dijo sin más—, Pero no te arrepentirás por ese motivo, sino por este.

Entonces Graves se movió a una velocidad cegadora. Se colocó delante de Kierse con la espada en alto. Por un momento, la joven pensó que iba a atacarla a ella. Que iba a acabar lo que Lorcan había empezado para que no pudiera usarla contra él. En cambio, mantuvo la espada en paralelo al rostro de la ladrona.

—Muestra la verdad —le ordenó Graves a la espada.

Deslizó el arma por el cuerpo de Kierse, en diagonal desde el hombro hasta el ombligo y la cadera contraria. La joven se estremeció bajo el peso del artefacto. Su instinto le decía que usara la lanza para defenderse de la espada. Sin embargo, esos no eran sus pensamientos. Eran los de la lanza. Era el poder que blandía la espada. Era la verdad saliendo a la luz.

Kierse tembló y un sudor frío se le extendió por la piel. Su pulso se aceleró y llegó a pensar que iba a desmayarse. Jadeó y cerró las manos en puños. Tenía los nudillos blancos allí donde agarraba con fuerza la lanza. No era doloroso, pero sí confuso e incómodo. Como si Kierse hubiera estado siempre bajo el agua y ahora hubiera llegado a pisar tierra.

Flexionó los dedos y se sintió ligera como una pluma. Una luz azul intensa entrelazada con oro le envolvió todo el cuerpo. Era un remolino resplandeciente que se desplazaba y vibraba como si tuviera vida propia. Entonces, cuando el último trazo de poder de la espada se adentró en ella, la magia estalló como si fueran fuegos artificiales, partiéndose en millones de pequeños pedazos antes de asentarse de nuevo sobre la piel de Kierse.

Graves había terminado. Y Kierse se sintió más ligera, como si antes hubiera estado encadenada y ahora fuera libre.

—¿Qué… me has hecho? —susurró la joven.

—He revelado quién eres en realidad… Qué eres en realidad.

Lorcan abrió los ojos como platos y dio un respingo.

—No puede ser. Estáis todas muertas.

—Al parecer, no todas —declaró Graves.

—¿Qué… qué soy?

El miedo teñía la voz de la joven. Al fin la respuesta a todas sus preguntas. Y pese a todo, casi prefería no saberlo. No podría soportarlo. Aunque, al mismo tiempo, necesitaba conocer la verdad.

Lorcan bajó el brazo y el arma a un costado. Su voz pasó a ser reverente mientras le proporcionaba la información que Kierse siempre había anhelado conocer.

—Eres un fuego fatuo.



—¿Un qué?

—Un fuego fatuo —le dijo Lorcan. Parecía que fuese a hacerle una reverencia con la cabeza y a jurarle lealtad—. La última de tu especie.

Kierse volvió a posar la mirada sobre Graves.

—¿Un fuego fatuo? ¿Cómo una pequeña bola de luz? ¿Igual que en las historias?

—No, no es una bola de luz. Eso es solo lo que recuerdan las historias…, que los fuegos fatuos atraen a la gente hacia la oscuridad. Pero los verdaderos pertenecen a los seres feéricos.

—¿Seres feéricos? ¿Cómo las hadas?

Kierse se llevó los dedos a las orejas y soltó un grito ahogado. Ya no eran completamente redondas. Tenían los bordes puntiagudos. Pero no era solo eso… Lo sentía todo distinto. Como si todas sus extremidades se hubieran alargado y suavizado. Su piel continuó resplandeciendo como si ahora pudiera ver exactamente cuál era su nivel de absorción de magia en lugar de solo sentirlo.

Graves asintió.

—Son unos seres mágicos muy poderosos que llegaron aquí desde su mundo hace un milenio.

Estuvieron siglos trabajando con los druidas hasta que desaparecieron.

—Fueron masacrados —gruñó Lorcan—. Perseguidos y masacrados. Uno por uno, hasta que no quedó nada ni nadie. —El druida dio un paso al frente, como si necesitara tocar a Kierse para confirmar que era real—, Pero ahora estás aquí. Eres un milagro.

La ladrona dio un paso hacia atrás ante su repentino cambio de actitud. Hacía un minuto había estado listo para matarla, y ahora le transmitía algo entre admiración y devoción. La joven no era capaz de lidiar con eso. No podía lidiar con nada.

Era un fuego fatuo. Y los fuegos fatuos eran seres feéricos. Y… ella era la última que quedaba.

Entonces algo más le inundó el corazón. Una revelación que no se había parado a considerar. Graves lo había sabido y no le había dicho nada. No se trataba de un secreto sobre la historia o el pasado del hechicero. Era un secreto que le pertenecía a Kierse.

La joven se giró hacia él.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Podía ver cómo intentaba buscar alguna excusa, cómo intentaba encontrar un modo de zanjar esa conversación—. ¿Desde cuándo, Graves?

—Lo he sospechado desde que vimos a Mafi esa noche en la que absorbiste la magia.

Para Kierse supuso un mazazo.

—Esa noche ya lo sabías. Me dijiste que habías oído hablar de alguien como yo. ¿Te referías entonces a un fuego fatuo? —Graves apretó la mandíbula y esa fue toda la respuesta que necesitó la joven—. Los fuegos fatuos absorben magia. Y, sin embargo, nunca compartiste tus sospechas conmigo. ¿Por qué?

—Solo lo sospechaba, pero los fuegos fatuos nunca han contado con tus limitaciones.

—Pero podrías haber usado la espada —señaló Kierse.

—No sabía que estabas encadenada. O que tu magia y tu ser habían sido suprimidos por quienquiera que te hiciera esto.

—Quieres decir que no podías confiarme que tenías la espada.

—Eso es exactamente lo que quiere decir —le explicó Lorcan.

—Liberé lo que había dentro y revelé la verdad detrás la mentira —dijo Graves—. Tenía pensado hacerlo esta noche desde el principio.

Encadenada. Graves había roto sus cadenas. Ahora, Kierse era realmente un fuego fatuo, y no solo de nombre. Aun así…, no podía dejar atrás su rabia. La verdadera Kierse, la que había sido abandonada en las calles y de la que Jason había abusado… Esa Kierse seguía furiosa. No sabía si Graves realmente había pensado contarle o no la verdad esa noche, solo que se había guardado esa información a sabiendas.

—Pero sospechabas que era un fuego fatuo —repitió la joven con una calma letal.

—No te lo había contado por un motivo —dijo Lorcan—. Sabía que acabarías intentando averiguar de qué eras capaz.

—¿Por qué? —exigió saber ella, girándose hacia Lorcan en busca de las respuestas que Graves se negaba a darle—, ¿Qué iba a averiguar?

—Que los fuegos fatuos pueden matar a los hechiceros —le confesó el druida.

Kierse abrió los ojos, horrorizada.

—Creías que… sería una amenaza.

—No —respondió Graves de forma automática, con la voz teñida de dolor a causa de la

acusación—. Nunca.

La ladrona dio otro paso atrás. Un paso que la alejaba de esos dos hombres.

¿Cómo había llegado hasta allí? Hasta ese momento en el que el hombre por el que por fin había bajado la guardia, el hombre que le importaba y a quien le había confiado sus secretos, pensaba eso de ella. El hombre que le había ocultado lo único que Kierse había anhelado saber solo por miedo.

—Me da igual vuestra estúpida riña o los motivos que tengáis para mataros el uno al otro. Me da igual que seáis realmente el rey Roble y el rey Acebo —declaró la joven, sosteniendo la lanza en alto entre ambos.

El arma se introducía en sus venas, hacía vibrar su magia, le decía lo poderosa que era y todas las cosas que podían hacer juntas.

«Tú también procedes de mi linaje».

Si lo que decía la lanza era cierto, que los seres feéricos procedían del linaje mágico igual que Lorcan y Graves, entonces Kierse también tenía derecho a reclamar esa arma.

—Los dos me habéis mentido —los acusó—. Si soy un fuego fatuo y formo parte de los seres feéricos, entonces esta lanza es mía. Y Ja reclamo, ya que es mi derecho de nacimiento como parte de los seres feéricos, y ninguno de los dos me la arrebataréis.

—Tal y como debe ser —convino Lorcan de inmediato.

A Graves le ardió la mirada. Durante una fracción de segundo, Kierse creyó que el hechicero iba a arrepentirse de lo que había hecho cuando se diera cuenta de que había perdido la espada, pero él también estaba demasiado volcado en su disputa con Lorcan como para ver que había roto la confianza de Kierse al mismo tiempo que la había liberado de sus ataduras y le había mostrado su verdadera identidad.

—Esto acaba aquí —declaró la joven.

—Esto no ha acabado —ladró Graves, con la mirada aún fija en Lorcan—. Ha roto nuestro acuerdo. Ha secuestrado a tus amigos. No tiene derecho a salir de esta estancia.

—¿Crees que puedes detenerme? —le preguntó Lorcan.

El hechicero entornó la mirada.

—Es hora de zanjar esto de una vez por todas.

—Debería haberte matado por lo que le hiciste a Emilie —dijo el druida—. Mi hermana se merecía algo mejor.

—Esto no tiene nada que ver con Emilie.

—Sí que tiene que ver con ella, ¡y los dos lo sabemos! —gritó Lorcan. Levantó la pistola y apuntó a Kierse con ella—. Estaba equivocado. La usarás y la desecharás como al resto. Eres el mismo de siempre.

Algo quebró la habitual fachada de calma de Graves. Se abalanzó sobre Lorcan. La pistola seguía apuntando vagamente en dirección a Kierse, y él se la arrebató al druida de la mano con un golpe de espada. Se le escapó con un crujido. Gen y Ethan gritaron. Kierse intentó esquivar el disparo, pero este había sido accidental. No le había dado a la joven por poco y había acertado en la estantería que quedaba detrás de ella. Se escuchó el grito de una gata cerca, y Ana salió corriendo de la estantería.

Con la pistola fuera de juego, Lorcan se apartó de la trayectoria de Graves y agarró la empuñadura de la espada negra que tenía a su costado. Con una estocada que indicaba que

llevaba siglos practicando con ella, levantó la espada y se encontró con la de Graves. Ambas armas chocaron.

Había dado comienzo una antigua batalla.

Primavera y otoño.

Verano e invierno.

Luz y oscuridad.

Ese solo era el nuevo catalizador de aquella historia milenaria. El rey Roble y el rey Acebo enfrentados para traer la luz y la primavera o para mantener al mundo sumido en una oscuridad perpetua. Y esa noche parecía que la balanza pudiera inclinarse hacia cualquier lado.

Mientras se hallaban enzarzados en la batalla, Kierse aprovechó su oportunidad. Pasó a moverse a cámara lenta y atacó a los druidas que retenían a sus amigos. Podía sentir la facilidad con la que ponía en práctica sus poderes. El modo en el que la recorrían como si fueran líquidos. Nunca antes los había sentido tan puros. De hecho, fue tan sencillo que estuvo a punto de pasar de largo a sus amigos y llegar a la salida.

La druida que sujetaba a Ethan soltó un grito al ver cómo se movía Kierse. La joven levantó la lanza igual que había practicado en su entrenamiento y bajó el arma hacia la mujer. Esta retrocedió ante la ferocidad de las acciones de Kierse y dejó caer el cuchillo con el que retenía a Ethan. La ladrona lanzó el arma lejos de una patada y provocó que la mujer saliera volando unos metros hacia atrás y cayera contra la mesa de café y unas sillas.

—¡Aisling! —gritó el segundo druida.

—Ve a por ella, Niall —gimió Aisling.

En cuanto se vio liberado, Ethan se dio la vuelta y saltó sobre Niall, que estaba reteniendo a Gen. Kierse estuvo allí un segundo después, saliendo del modo a cámara lenta para golpear a Niall en la cabeza. No sabía qué nuevos estilos de lucha podría poner en práctica, qué velocidad podría alcanzar o qué otras consecuencias traía consigo todo aquello. Solo sabía que tenía que coger a sus amigos y sacarlos de allí con vida.

Niall aterrizó en el suelo. Le resbalaba sangre de la sien a causa de la fuerza del golpe y, por un momento, Kierse temió haberlo matado. No había sido su intención. Cuando el druida soltó un gemido e intentó darse la vuelta, Kierse dejó escapar un suspiro de alivio. La joven no controlaba su propia fuerza.

—¡Cuidado! —gritó Gen.

Aisling se había levantado y los apuntaba con una pistola.

—¡Al suelo! —chilló Kierse.

Sin embargo, Niall se interpuso entre la ladrona y Aisling justo cuando su compañera apretaba el gatillo. Niall soltó un grito ahogado, enmudecido a causa del dolor. Kierse abrió mucho los ojos. El druida acababa de salvarla.

—No…, el fuego fatuo —le dijo Niall a Aisling.

Aisling jadeó, horrorizada, soltando la pistola y levantando las manos.

—No creía que… —Entonces, cayó de rodillas—. Niall.

Pero el druida ya había muerto.

El sonido del choque de las espadas los trajo de vuelta a la realidad. Kierse no podía hacer nada por el druida que acababa de morir por ella. No mientras sus amigos siguieran corriendo peligro.

—Tenemos que salir de aquí —declaró la joven.

—Por la ventana —sugirió Ethan, mirando hacia atrás.

—La caída es demasiado alta para vosotros dos. Os romperíais algo —dijo Kierse, siendo consciente de que hacía unas semanas ella había estado dispuesta a hacer lo mismo. Sin embargo, Ethan y Gen no eran tan fuertes como ella—. Tenemos que pasar junto a ellos para llegar a la escalera.

La batalla histórica se desarrollaba delante de ella y, sin embargo, lo único que le importaba a la joven era escapar.

Kierse le apretó los dedos a Gen. A su vez, Ethan agarró de la mano a Gen. Un trío. Un frente unido. Como siempre.

—Juntos —dijo Ethan.

—Juntos —repitió Gen.

Kierse conocía la biblioteca como la palma de su mano. Había pasado infinidad de horas allí después de las sesiones de entrenamiento, leyendo en la privacidad que le proporcionaban sus estanterías. Y la salida más cercana se encontraba justo al otro lado del enfrentamiento. La peor salida que había era la ventana, con su caída imposible. Necesitaban dar con otra.

—Por aquí —dijo Kierse, alejando a sus amigos de la pelea de espadas. Los dos seres que se encontraban allí ya no eran conscientes del mundo que había a su alrededor.

La ladrona se abrió camino entre las estanterías. En el proceso, encontró a Ana acobardada en un rincón.

—Tú también te vienes, gatita —dijo Gen, que la cogió entre sus brazos.

Kierse la miró boquiabierta. Cómo no, Ana Bolena adoraba a su amiga.

Se apresuraron alcanzar la siguiente unión de estanterías y a llegar al otro lado de la pelea. Sin embargo, la batalla seguía desarrollándose cerca de ellos sin apariencia de parar. No iba a ser fácil esquivarlos, no para sus amigos, pero no quedaba otra opción. O, al menos, ninguna factible.

Kierse tenía que abrir las puertas y salir de allí cagando leches con sus dos amigos y una impetuosa gata negra. Mierda.

—Cuando consiga abrir las puertas, corred lo más rápido que hayáis corrido en toda vuestra vida —les indicó—. Dejad que yo me encargue de Graves y Lorcan en caso de que se acerquen demasiado. ¿Entendido?

Sus amigos asintieron con el terror reflejado en sus rostros.

Entonces, Kierse puso a prueba su rapidez. Sus extremidades apenas procesaron lo que estaba sucediendo cuando corrió hacia la puerta. Todo se ralentizó y, por un momento, casi pudo admirar los detalles más sutiles de la batalla. Esa noche, Graves y Lorcan eran mucho más. Con el solsticio, la luna llena, y que se acercaba la hora de las brujas, las estrellas se estaban alineando para esa batalla.

Era extraño verlos rodeados del resplandor dorado de su magia. El rey Roble y el rey Acebo. El dios del verano enfrentándose al dios del invierno. La oscuridad contra la luz.

A pesar de que Kierse no tenía ni idea de cuál era cada uno. No había ningún tipo bueno en todo aquello. Graves se lo había dicho desde el principio. Solo quedaban las consecuencias de sus actos. Daba igual cuáles fueran sus intenciones cuando el resultado acababa siendo el mismo.

Los dos eran unos mentirosos, unos monstruos y unos asesinos.

Los dos eran capaces de amar, de reír y de vivir.

No había héroes.

No había villanos.

Solo personas bendecidas y malditas con magia.

Igual que ella.

Pero de allí debía salir un vencedor.

Y, el segundo antes de que Kierse saliera del modo a cámara lenta, vio cómo se inclinaba la balanza. Abrió de golpe la puerta de la biblioteca en el mismo momento en el que Lorcan se movió. Apartó la punta de la Espada de la Verdad y le clavó la suya negra a Graves en el hombro.

Kierse soltó un grito ahogado cuando al hechicero se le escapó su arma de la mano. Esta cayó sobre el suelo de la biblioteca produciendo un sonido sobrenatural mientras Graves se desplomaba de espaldas. Lorcan se agachó y tomó su premio. Levantó la espada en su mano, convirtiéndose así en el autoproclamado vencedor. El rey Roble. El portador de luz. Estaba reclamando su victoria igual que había hecho siempre al final de la batalla del solsticio de invierno.

Graves dejó de centrar su atención en su oponente. Para él, Lorcan había dejado de existir en el momento en el que su mirada se encontró con la de Kierse. La joven estaba furiosa con él. Le había mentido, había maquinado y le había ocultado la verdad. Y, a pesar de todo, con esa mirada, Kierse supo que el afecto que le había profesado no había sido fingido. Que, al final de esa batalla, su mirada era solo para ella. En esos iris grises como las nubes de tormenta solo había un gran anhelo y afecto hacia su persona.

—¡Kierse! —gritó Ethan, alargando la mano hacia ella—. Vamos.

—Tenemos que irnos —dijo Gen mientras sostenía a la gata aterrada contra su pecho.

Pero, cuando Lorcan levantó la segunda espada contra Graves, Kierse supo que no podía dejar que aquello terminara así. No podía imaginarse un mundo, su mundo, sin Graves en él. Daba igual lo que hubiera hecho o lo que le hubiera ocultado. Daba igual cómo se sintiera ella en ese momento.

Kierse se movió más rápido de lo que se había movido en su vida. Un momento, estaba junto a las puertas y, al siguiente, levantaba la lanza sobre la cabeza, interponiéndose entre esos dos seres primigenios.

Se encontró con la devastadora estridencia de la espada cuando Lorcan la bajó para ponerle fin a aquella batalla. Chocó contra la lanza, pero toda la fuerza de ese final no residió en esos artefactos mágicos, sino en el poder *del rey* Roble en su victoria.

La magia emanó de él en una explosión de luz blanca que atravesó directamente el corazón de Kierse. La joven profirió un grito ahogado cuando la magia comenzó a inundar sus sentidos antes de emerger de su interior, reverberar a través del edificio de piedra rojiza y salir hacia el mundo exterior.

Lo que quedó de Kierse explotó junto a ello.



Magia de dioses.

Eso era lo que recubría el cuerpo de Kierse. El fuego inconcebible y devastador de la magia de un dios.

Su herencia de ser feérico intentaba por todos los medios seguirle el ritmo. Era una tarea imposible, pero sus poderes de absorción trabajaban a toda máquina. Aunque no había forma de que pudiera absorber la cantidad de energía que había caído sobre ella. Apenas había sido capaz de contener el polvo de los deseos. Ni siquiera con sus nuevas habilidades, fueran cuales fuesen, podría absorber toda la magia del rey Roble en su ascenso al poder.

Como el clic de una caja fuerte al abrirse, Kierse sintió el momento en el que sus poderes se vieron desbordados. Sintió el segundo en el que llegó al límite y acabó abocada a una hoguera de magia fundida. Se estaba quemando viva. Cada terminación nerviosa, cada sensación, cada fragmento de su ser estalló a causa del dolor, y entonces solo quedaron sus gritos guturales mientras acababa partida en dos.

—¡No! —gritaron Graves y Lorcan a la vez.

Kierse podía escuchar los chillidos de sus amigos, pero estaban amortiguados por los suyos.

—Ese ataque no iba dirigido a ti —jadeó Lorcan.

—Es culpa tuya —lo acusó Graves.

Entonces, se arrancó la espada del hombro con un gruñido y la tiró hacia un lado. Levantó su cuerpo dolorido del suelo de madera, con la sangre manando de la herida, y se acercó a Kierse.

—Puedes superar esto, Reyezuelo —le dijo mientras la agarraba por los hombros—. Puedes sobrevivir. Puedes ganar. Solo… pásamelo a mí. Ese ataque iba dirigido a mí.

No obstante, la joven no podía hacer ni decir nada. Solo quedaba el dolor. Solo quedaba un dolor lacerante e interminable.

Kierse había practicado lo bastante con su magia como para crear un escudo, para absorber la magia y para entrar en ese modo a cámara lenta. Pero ninguna de esas habilidades podía ayudarla ahora. Había absorbido demasiada magia. Ni siquiera podía ralentizarlo todo aunque quisiera. No cuando se le había achicharrado el cuerpo desde el interior.

Si tenía la capacidad de pasar sus poderes hacia otra persona, no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Por favor, Reyezuelo —le dijo Graves con la voz entrecortada—. Por favor. Tienes que intentarlo. Tienes que intentar entregarme el poder que iba dirigido a mí. Debía ser mi ruina, no la tuya.

Las lágrimas le resbalaron a Kierse por las mejillas, pero no podía hablar para decirle que no, que ni siquiera podía intentarlo.

—Tú no mueres hasta el día después de Navidad, ¿recuerdas? —Graves tenía la voz ronca. Movió las manos a lo largo de sus brazos hasta llegar al rostro de la joven. Kierse se quedó contemplando su par de ojos grises favorito—. No puedes hacerlo. No puedes irte tan pronto. Tienes que proclamar la primavera.

Kierse buscó en lo más profundo de su ser. Luchó contra esa abrumadora oleada de magia y dolor hasta llegar a su centro.

A la chispa que mantenía toda su magia. Era solo un destello, apenas una brasa. Y la joven la avivó. Intentó obligarse a hacer algo que nunca antes había hecho. A dirigir todo el poder del rey Roble hacia su objetivo principal.

Un filamento de magia se movió. Se desprendió de ella y se enroscó formando un bucle delante de Kierse.

—Sí —dijo Graves—. Sí, dámelo. Puedes hacerlo. Vuelve a intentarlo.

Las lágrimas cubrían el rostro de la ladrona, que pasó a temblar con violencia.

Lo intentaría. Otro filamento de luz escapó de su cuerpo. Kierse lo lanzó hacia fuera, intentando sacarlo de su interior. Llegó a tocar el traje de Graves, chamuscándolo. El hechicero gruñó como si la más leve punzada de dolor fuera a acabar con él.

—Bien —dijo el hechicero.

Kierse no podía seguir. No… era capaz.

—Otra vez —le ordenó él.

Y en esa ocasión posó sus labios sobre los de ella. Un beso que, durante un breve instante, detuvo el dolor. Hizo que todo el mundo desapareciera. La magia de Kierse estaba tan al límite que Graves podía leerla con facilidad, aunque la joven no sabía qué encontraría allí el hechicero aparte del fuego que la estaba atravesando.

Pero entonces, sucedió algo. Un recuerdo apareció en su mente.

No era suyo, sino de Graves.

La joven miraba a través de los ojos de él mientras el hechicero recorría un campo de flores silvestres. A su alrededor podía ver intensos tonos amarillos, azules oscuros y vividos tonos violeta. Y, escondido en el páramo, un lago tan grande y verde que parecía un mar infinito. Graves cargaba con un libro bajo el brazo mientras se dirigía hacia la orilla. El sol brillaba sobre su rostro y sus manos. Tenía las muñecas desnudas. Sin tatuaje. Sin cicatrices. No tenía ningún tipo demarca. Ese era el hombre que había sido antes de convertirse en un monstruo.

«Todo huele a fresco y a nuevo. Como si cualquier cosa pudiera ser posible. A eso es a lo que hueles».

A eso… a eso era lo que ella le recordaba.

A la esperanza.

Y a su hogar.

Entonces la imagen estalló, como si fuera una pompa de jabón, y Kierse volvió a estar en la biblioteca, luchando por su vida. Aprovechó ese momento de distracción para ahondar más en su interior y sacar hacia afuera otra chispa. Esta encontró el camino hacia Graves. Luego sacó otra.

—¿Qué sucede? —preguntó Ethan.

—Decidnos qué está pasando —exigió Gen.

—Lo está haciendo —dijo Lorcan, maravillado—. Le está transfiriendo la magia.

Sí, lo estaba haciendo… a duras penas. Filamento a filamento. Necesitaba más, luchar más. Pero le dolía tantísimo. El dolor era mucho más grande de lo que podía llegar a comprender.

Y lo que era peor, se estaba resistiendo a sucumbir a una completa inconsciencia. Podía sentir cómo caía sobre ella. Kierse era fuerte, pero ¿lo suficiente como para superar aquello?

—No puedo —logró decir.

Le cedieron las piernas a causa del dolor y cayó de rodillas. Graves cayó con ella, gimiendo al golpearse el brazo herido.

—Sí que puedes —le dijo, acercándola a él—. Es mía. Entrégame la magia, Reyezuelo. Deja que acabe con esto.

Kierse volvió a intentarlo, pero la última brasa se apagó. La joven jadeó y los bordes de su visión comenzaron a oscurecerse. Allí estaba. Ese era el final.

—¡Ayúdala, joder! —le gritó Graves a Lorcan—. Haz un ritual, usa tus hechizos, sánala.

—Esa era toda mi magia —gritó el druida, desesperado y dolorido—. El momento de hacer hechizos ha pasado.

—Se está desvaneciendo —dijo Graves, horrorizado—. Kierse. Kierse, puedes hacerlo.

Escuchar su nombre de boca de Graves la despertó. La joven le devolvió la mirada y la sombra de una sonrisa apareció en su rostro. Pero no le quedaban fuerzas para luchar. No mientras la magia de los dioses la estuviera consumiendo.

—¿Ninguno de los dos puede salvarla? —les gritó Gen—. ¡Haced algo!

—¡Por favor! —chilló Ethan—. Se está muriendo.

Y, entonces, Gen se colocó junto a su amiga. Sus suaves manos le tocaron el rostro a medida que a la ladrona se le nublaba la vista. Luego, Ethan enterró el rostro en su cabello. Kierse podía escuchar los sollozos mientras lloraba encima de ella.

Quería decirles a los dos que todo iría bien, que ellos estarían a salvo. Pero no le salían las palabras. No podía decir nada.

—Despedios —dijo Lorcan.

—No —replicó Gen con la voz fría como el hielo—. No. Tal vez vosotros dos no contéis con el poder para salvarla. Tal vez ninguno de nosotros lo tengamos. Pero no voy a dejar de intentarlo.

Gen alargó una mano hacia Ethan.

—Aunque no puedo hacerlo sola.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó el chico.

—¿Juntos? Cualquier cosa.

Ethan asintió y colocó su mano sobre la de Gen. A continuación, las colocaron unidas sobre el corazón de Kierse. En ese momento, un destello de luz salió del interior de Gen. Ese pequeño rastro de magia que Kierse había sentido por primera vez cuando se habían unido para salvar a Ethan después de que lo hubieran drogado con el polvo de los deseos. La magia de Gen atrajo a Ethan y, en ese mismo instante, para sorpresa del joven, se fundió con un pequeño brote de su propia magia, como un arbolito de esos que había estado cultivando todos aquellos años.

Una vez que estuvieron conectados solo pasó un segundo antes de que el triángulo estuviese completo al aferrarse al torrente de magia de Kierse. Pero la joven estaba ya demasiado lejos. La visión se le había oscurecido. Su respiración era superficial y su pecho apenas se elevaba y bajaba. Su corazón… palpitó ligeramente, se pausó y entonces se detuvo.

En ese momento, una nueva luz emergió de ese trío, con su vínculo renovado.

Gen y Ethan soltaron un grito ahogado cuando la magia pareció cobrar vida. El poder sanador de Gen, el don de crecimiento de Ethan y la energía de Kierse fluyeron libremente entre ellos. Se elevó y continuó elevándose hasta que los tres acabaron levantados completamente del suelo. La fuerza de su unión era una magia completamente nueva.

Y gracias a ella, el poder del rey Roble salió disparado hacia arriba como un torrente: una luz blanca cegadora que rasgó el techo de la Biblioteca de Acebo, abriendo un agujero hacia la luna llena.

Todo flotaba, todo quedó suspendido en el aire mientras el último resquicio de energía salía de sus cuerpos hacia el mundo.

Entonces los tres cayeron de nuevo al suelo de la biblioteca. Los escombros se desplomaron sobre ellos y a su alrededor. Y, mientras Gen y Ethan corrían a su lado, el corazón de Kierse volvió a latir una vez más.

La joven gimió, con las secuelas de la magia atenazándole aún los nervios.

Pero estaba viva.

Kierse estaba viva.

Y cuando abrió los ojos, vio cómo a sus amigos les caían las lágrimas por el rostro. Vio a Lorcan mirándola conmocionado. Y vio a Graves.

Graves, que seguía sangrando en el suelo. Graves, que parecía que había visto a un fantasma. Graves, que se arrastró hacia ella y posó los labios sobre los suyos.

El recuerdo de su lago y de las flores silvestres volvió a aparecer en la mente de la joven. Kierse no sabía qué significaba. No sabía ni siquiera que Graves fuese capaz de introducir recuerdos en las mentes de otras personas. O tal vez solo había sido capaz de hacerlo con ella porque había estado al borde de la muerte.

—Estoy bien —le dijo Kierse, apartándose con delicadeza—. Estoy bien.

—Kierse —la llamó Gen, aliviada.

—Estás viva —comentó Ethan, secándose una lágrima.

—Me habéis salvado. No entiendo cómo es posible. Estaba… —No era capaz de decirlo. «Muerta».

—Te has vinculado a ellos —le dijo Graves—. Los tres os habéis convertido en uno, como las tres partes del alma en la mitología celta.

—El tres es nuestro número sagrado —convino Lorcan. Miró hacia Graves—. Era un trisquel. Tú también lo has visto.

—¿Qué es un trisquel? —preguntó Kierse.

—Es un símbolo antiguo, una triple espiral conectada en su centro. Se empleaba para representar cuando un druida, una alta sacerdotisa y un fuego fatuo unían su magia.

Gen se atragantó al escuchar eso.

Ethan se quedó lívido.

—Pero si nosotros no somos…

Kierse desplazó la mirada entre sus dos amigos. Vio la magia que habían ocultado en su interior, igual que ella. Gen había sido capaz de encontrarlos a Ethan y a ella, y salvarlos. Habían crecido juntos, se habían curado los unos a los otros y se habían hecho más fuertes.

Siempre eran más fuertes cuando estaban juntos.

—Sí —dijo Lorcan, mirando a Ethan—. Eres un druida.

—Y yo una alta sacerdotisa —declaró Gen, aturdida.

—Sois de los míos —prosiguió Lorcan—. Vuestro lugar está conmigo. Solo yo puedo ayudaros y entrenaros. —Alargó una mano—. Dejadme que os guíe.

Kierse profirió una carcajada, y le sorprendió no seguir sintiendo dolor. Rodó sobre sí misma para ponerse de pie, tomó la lanza y luego ayudó a Gen y a Ethan a levantarse.

—Como si fuéramos a confiar en ti después de todo lo que has hecho. —Se colocó entre Lorcan y sus amigos—. Antes, tendrás que pasar por encima de mí.

—No soy vuestro enemigo —le dijo Lorcan.

—Abandonarás este lugar y no regresarás nunca —le ordenó Kierse.

Lorcan la recorrió con la mirada como si estuviera viendo algo en su interior por primera vez. Abrió mucho los ojos y su voz se agudizó a causa de la emoción.

—Te he echado tanto de menos.

Kierse hizo girar la lanza.

—Lárgate, Lorcan.

El druida miró la lanza y a Graves, que seguía tirado en el suelo, antes de volver a contemplar a Kierse.

—Volveremos a encontrarnos.

—Y si lo hacemos, reza por que te deje marchar con vida una segunda vez.

Lorcan sonrió y asintió.

—Hasta la próxima, *a chuisle mo chroí*.

Kierse frunció el ceño sin comprender las palabras que salían de la boca del druida. Se preguntó qué querría decir. Pero, entonces, Lorcan asintió y ayudó a Aisling a sacar el cadáver de Niall de la biblioteca.

La ladrona aguardó hasta que por fin se hubieron marchado antes de girarse hacia Graves,

que ya se había levantado.

—¿Qué ha dicho?

—«El latido de mi corazón» —le tradujo él en voz baja.

—¿Y por qué me ha llamado eso?

—Los fuegos fatuos y los druidas están conectados.

Kierse sabía que esa no podía ser toda la historia. En cuestión de un segundo, cuando había descubierto que era un fuego fatuo, de repente Lorcan había pasado a dedicarle un gran respeto. Aquello iba mucho más allá.

—¿Necesitas que Gen le eche un vistazo a eso? —le preguntó Kierse, señalando hacia el hombro de Graves.

—Ahora mismo no sé si podré hacer mucho más que ponerte un cabestrillo —murmuró Gen.

El hechicero negó con la cabeza.

—Estaré… bien. Me curo rápido.

Gen y Ethan desparecieron detrás de Kierse mientras ella miraba a Graves. Le había salvado la vida al hechicero. Él había intentado salvársela a ella. Y nada podría cambiar eso. Pero tampoco podría cambiar lo traicionada que Kierse se sentía.

—¿Pudiste contemplar la visión? —le preguntó Graves.

—¿Los campos de flores silvestres junto al lago?

Él cerró los ojos y soltó un suspiro de alivio.

—Así que lo viste.

—Sí.

Cuando volvió a abrir los ojos, bajó la cabeza.

—La oferta de Lorcan no es la única que tienes. Yo también puedo entrenarte. Puedo enseñarte aquí.

—Creo que, a partir de ahora, tomaremos nuestro propio camino. —Gen y Ethan se colocaron a ambos lados de Kierse, agarrándola de las manos.

Entonces, juntos, los tres abandonaron el lugar, dejando la biblioteca en ruinas detrás de ellos.



Pasaron cinco días y en la ciudad de Nueva York no murió ningún reyezuelo.

Kierse inspiró el frío intenso mientras la nieve se le acumulaba en su melena oscura. Era el Día del Reyezuelo. Su día. Y, después de todo, la joven había sobrevivido, aunque hubiese sido por los pelos.

El coche negro de Nate se detuvo frente a ella. El hombre lobo bajó la ventanilla del copiloto.

—¿Estás lista?

Kierse se llevó una mano al collar de reyezuelo que tenía alrededor de la garganta. El legado que le habían dejado sus padres antes de que les sucediera lo que fuera que les había sucedido. La joven aún no contaba con respuestas, pero pensaba conseguirlas.

—Todo listo —replicó ella.

Abrió la puerta y subió al coche. Nate arrancó y recorrió como una bala las calles abarrotadas. El tráfico de Navidad había regresado en todo su esplendor. Se habían montado mercados navideños de la noche a la mañana. En la plaza Rockefeller había un árbol. Kierse no había podido ver nada de eso desde el santuario del Five Points, pero Colette le había contado todo lo que había estado sucediendo en la ciudad. Era como si esa temporada hubieran redoblado los

esfuerzos para traer de vuelta la magia de la Navidad y la alegría a Nueva York.

Después de todo lo sucedido en el solsticio, Kierse, Gen y Ethan habían vuelto con Colette, quien los había acomodado en otra habitación. Ninguno de los tres lo diría en voz alta, pero no se sentían del todo preparados para volver al ático. Cuando los lobos habían despertado al día siguiente, habían regresado con los Temibles. Nate se había disculpado miles de veces por lo que había sucedido mientras estaba confinado. Pero Kierse no podía culparlo. No estaba segura de que, de todas formas, hubiese podido hacer algo aquella noche para detener a Lorcan.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó Nate.

—Sí.

—Lo siento mucho —repitió el hombre lobo, desplazando sus ojos castaños hacia Kierse—. Por todo.

—No tienes que disculparte, Nate. Todo ha sido muy jodido.

El hombre lobo asintió e hicieron el resto del recorrido en coche en silencio. Nate paró el motor a una manzana del edificio de Colette, aparcando en el primer hueco libre que encontró en la calle cubierta de nieve.

—Sabes que eres bienvenida en cualquier momento, Kierse.

—Lo sé —respondió ella. Y era cierto.

Pero no podía seguir alojándose con Nate. Ni tampoco con Colette. Tenía mucho que hacer, mucho que aprender. Y tenía que empezar ya.

—No dejes que pase otro año sin vernos, ¿de acuerdo? —le dijo él, tras lo que la envolvió en un abrazo. Kierse no se resistió y dejó que su calidez lobuna cayera sobre ella. Ay, cómo habían cambiado las cosas.

—Volveré —le prometió la joven.

Abrió la puerta del coche y ya estaba apeándose cuando Nate le dijo:

—Espera.

Kierse volvió a meter la cabeza dentro del vehículo y el líder de los hombres lobo le entregó un sobre.

—No iba a darte esto. No se merece tener acceso a ti, pero… Joder.

La joven giró entre sus dedos el sobre en blanco y vio que contaba con un sello de cera verde con el símbolo de una bellota. Lorcan. Kierse se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Gracias, Nate.

Después, salió hacia la calle y subió los escalones delanteros del burdel. Corey estaba haciendo guardia allí y la recibió con una gran sonrisa.

—¡Kierse! Me alegro de verte.

—Hola, Corey —dijo ella mientras lo saludaba con la mano. Le sorprendió ver que el chico aún sonreía, teniendo en cuenta lo que Ethan, Gen y ella estaban a punto de hacer. Pero quizás Ethan todavía no le hubiera contado nada y estuviera dejándolo para el último momento.

—Te esperan dentro. —Le abrió la puerta a la joven.

En el interior, Kierse vio a Colette, con su exuberante cabello pelirrojo cayéndole por la espalda en unas preciosas ondas. Lucía un vestido negro que llegaba hasta el suelo, con un visón cubriéndole los hombros. Arqueó una ceja al ver aparecer a Kierse.

—Bienvenida.

—¿Te estás ablandando conmigo? —le preguntó la joven, volviendo a aquel trato familiar que

se dispensaban.

—Nunca. —Entonces, la voz de la madame fue más profunda—. Tan solo me alegro de que trajeras a Génesis de vuelta a casa. Y a Ethan —añadió Colette—. Y, por supuesto, que hayas vuelto tú. Mis tres niños.

A Kierse se le hizo un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Y cuando Colette extendió los brazos, se dejó abrazar por ella. Un sinfín de abrazos para un día de despedidas.

Después, subió por las viejas y familiares escaleras, pasando la mano por la barandilla y escuchando los mismos crujidos de siempre. Se tomó su tiempo, intentando retenerlo todo. Entonces, justo antes de llegar al descansillo del ático, sacó la carta de Lorcan.

No había tenido muy claro si la leería, pero era una persona curiosa por naturaleza.

Kierse:

Sé que no confías en mí. No te he dado ninguna razón para hacerlo. Pero tampoco puedes confiar en él. No voy a hacer leña del árbol caído y enumerar todas las formas en las que te ha engañado. Creo que por fin has visto la verdad del asunto.

Podría ponerme poético sobre lo sagrada que eres para mi pueblo, sobre cómo has cambiado todo mi mundo, pero, por lo poco que nos conocemos, sé que eso no te hará cambiar de opinión.

Así que vete.

Ve a ver el mundo que hay ahí fuera. Obtén las respuestas que buscas, tal y como hice yo. Tal y como hizo él. Y, cuando regreses a casa, te estaré esperando.

L. F.

P.D.: Si fuera tú, empezaría por el Mercado de los Duendes de la calle Grafton en Dublín.

Kierse dobló la carta y volvió a guardársela en el bolsillo. Vaya hombre más arrogante e insufrible. Como si no la hubiera amenazado con matar a su familia y a ella misma en incontables ocasiones después de haberle prometido que no lo haría. Como si Kierse no fuera capaz de ver la red que extendía con sus propios engaños. Ahora estaba arrastrándose porque, de alguna forma, ella representaba algo sagrado para su pueblo. Pero nada de eso bastaba.

La joven apretó los dientes y luego liberó su rabia antes de recorrer los últimos escalones y abrir la puerta al ático.

De algún modo le pareció… más pequeño.

¿De verdad habían vivido los tres allí arriba?

Sus camas eran las mismas contra la pared del fondo. La zona de entrenamiento abandonada en el centro de la estancia. Un espacio reservado para las cartas del tarot y las hierbas de Gen. Un sofá donde podían descansar. Kierse pasó los dedos a lo largo del tocador y se le acumuló el polvo en las yemas. Ethan eran tan ordenado y limpio que costaba creerlo. La mayoría de las plantas habían muerto o sus maceteros estaban vacíos. El arpa de Gen estaba allí abandonada, un proyecto secundario que nunca había priorizado, y que ahora se encontraba en lo alto de una mesa desordenada. La ropa de Kierse seguía en los armarios o tirada por el suelo. Ese era el lugar en el que habían vivido.

—Hola —le dijo Ethan, colgándose una mochila cargada hasta arriba sobre los hombros.

—Kierse —la saludó Gen. Se había dado la vuelta al escuchar sus pasos—. Estábamos haciendo las maletas.

Toda la ropa y las pertenencias de Kierse habían sido enviadas allí la mañana de Navidad en unas cajas ordenadas desde la residencia de Graves. No habían contado con ninguna nota suya. Solo había recibido las cajas y los cinco millones de dólares que le había ingresado en su cuenta bancaria. El pago por el fin de sus servicios.

A Kierse no le sorprendió. La ladrona había sido solo otra persona a la que él había apartado. Una persona más que lo había abandonado.

Por ese motivo, no necesitaba realmente nada del ático. Toda la ropa que le había proporcionado Graves era de mucha más calidad y le quedaba mejor. Eso era todo lo que necesitaba.

—Tienes que decírselo —siseó Gen.

—¿Decirme qué? —preguntó Kierse, volviendo al presente.

—Voy… voy a quedarme —confesó Ethan.

Kierse parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que… —comenzó a explicar el joven, inspirando hondo para luego soltar todo el aire. Temía contarle aquello—. Voy a entrenar con Lorcan.

Esa vez fue Kierse la que se quedó petrificada.

—¿Cómo dices?

—Nos dijo que *podía* entrenarnos… Entrenarme. Soy un… druida —respondió Ethan mientras se pasaba la mano por los rizos, nervioso—. No sé bien qué significa eso. Ni siquiera sé cómo es posible. Pero él tiene respuestas. Y las tiene ahora, Kierse.

—Te la jugará —le dijo la joven. Le costaba mantener un tono de voz tranquilo.

—No es Graves.

—No, no lo es —declaró Kierse, y no lo dijo como si fuese algo bueno.

—Irá, te parezca bien o no —dijo Gen—, así que será mejor que te alegres por él.

—Que me alegre por él —repitió Kierse—. Ha intentado matarte. A los dos. Y estuvo a punto de matarme a mí también.

—Lo sé —intervino Ethan—. Pero quiero hacer esto. Tengo magia. Quiero saber cómo *usarla*. Así que voy a entrenar con él. Tú ya hiciste tu pacto con el diablo, así que ahora déjame hacer el mío.

Kierse no quería que sucediera eso. Quería suplicarle que no lo hiciera, pero no podía decidir por él.

—Por supuesto —dijo en cambio—. Claro, si eso es lo que quieres.

Ethan dejó escapar otro suspiro.

—Tú… también podrías venir conmigo.

—No puedo —respondió ella—. Necesito encontrar mis propias respuestas, y no unas que conlleven ciertas condiciones. Espero que Lorcan te proporcione lo que necesitas y, si te hace daño, recuérdale que lo mataré.

Ethan rompió a reír antes de aclararse la garganta cuando se dio cuenta de que Kierse había dicho eso último muy en serio.

—Sí, estoy seguro de que le encantará oír eso. —Se giró de nuevo hacia Gen—, ¿Y tú?

—Coincido en que debes hacer lo que sea mejor para ti, aunque nosotras no estemos de acuerdo —dijo ella en voz baja—. Pero estoy de acuerdo con Kierse.

Ethan asintió.

—Me lo imaginaba.

—Pero volveremos —insistió Gen—. No puedes mantenernos alejadas durante mucho tiempo.

Gen le hizo un gesto a Kierse para que se acercara y la joven dejó que sus dos amigos la abrazaran. Ese trisquel, como Lorcan lo había llamado, que habían creado entre ellos. Kierse sabía que juntos eran más fuertes. Pensar en que Ethan se iba a ir con Lorcan le parecía… mal. Y, aun así, no podía detenerlo, igual que él no podía detenerla a ella. Pero Kierse se sentía desolada al pensar en la ausencia de su amigo.

Gen le dio una palmadita a Kierse en el brazo y luego acompañó a Ethan hasta la calle.

—Kierse —dijo él por encima del hombro—, hasta la próxima.

La joven le devolvió la sonrisa y contuvo las lágrimas.

—Hasta la próxima.

Cuando se hubo marchado, la ladrona dejó que una lágrima le resbalara por la mejilla. Se la secó con rabia. Ethan había tomado su decisión y no había nada que hacer.

Un crujido en las escaleras la hizo volver a la realidad. La joven se dio la vuelta con la esperanza de que su amigo hubiera cambiado de parecer, pero, contra todo pronóstico, la figura que entró en el ático fue la de Graves.

Kierse inspiró profundamente al verlo. Estaba muy elegante con un traje negro. Su herida debía de haberse curado por completo, ya que ni siquiera llevaba cabestrillo. Nadie habría adivinado que lo habían apuñalado hacía menos de una semana. Pero Kierse sí que lo sabía. Por el modo en el que ladeaba la cabeza, por cómo apretaba la mandíbula, por cómo caminaba. Lo conocía demasiado bien como para no ver lo mucho que le costaba hacer aquello. Ser consciente de ello la afectaba mucho más. Ser consciente de lo bien que lo conocía.

Y sus sentimientos encontrados lo empeoraban todo.

—Nunca creí que fuera a verte aquí —admitió Kierse cuando Graves entró al ático.

—Quería verte antes de que te marcharas.

—¿No has enviado un coche? ¿O no has esperado a que me presente sin avisar?

—He venido yo hasta ti —respondió él sin más.

Kierse apartó la mirada.

—No es mucho, pero era un hogar.

—Entiendo la importancia que ha tenido en tu vida.

—Bueno, ¿vas a pedirme que me quede? —le preguntó la joven, levantando de nuevo la vista hacia él.

La mirada de Graves era dulce.

—¿Serviría de algo?

Kierse se rio levemente.

—Respondes una pregunta con otra pregunta. Muy típico de ti.

—Quédate —dijo él con un toque de súplica en la voz.

—No puedo —le respondió ella.

Kierse había querido escuchar esas palabras de boca de Graves. Había anhelado que la

quisiera de ese modo. Que la necesitara de esa forma. Durante un tiempo, había llegado a pensar que eran iguales. Y, en el fondo, lo eran.

Encajaban no solo porque él fuera el rey Acebo y ella su reyezuelo, sino porque eran dos pedazos rotos del mismo tapiz, y estar con él era como volver a estar completa. No obstante, él los había vuelto a dividir con su espada. Y Kierse no sabía muy bien cómo reparar ese roto.

Por eso sabía que tenía que marcharse. Debía irse y obtener sus propias respuestas. Allí solo formaría parte de la misión de Graves. Solo sabría lo que a él le pareciera bien y no todo lo que ella necesitaba saber. Quería algo más que eso. Pero si en algún momento iba a regresar a la ciudad, a su hogar, con Graves…, entonces quería que fuese bajo sus propias condiciones.

—Lo entiendo. —El tono de Gráves evidenciaba que no estaba de acuerdo.

—Aunque podrías indicarme por dónde empezar —sugirió Kierse.

El hechicero meditó su petición.

—Si fuera yo, empezaría por Dublín —le dijo—. Hay un lugar en la calle Grafton llamado el Mercado de los Duendes. Si no vas a quedarte, esa será tu apuesta segura.

Kierse estuvo a punto de echarse a reír. El Mercado de los Duendes. El mismo lugar que le había sugerido Lorcan. Bueno, si había llegado a dudar que alguno de ellos dos le fuera a decir la verdad antes, obtener la misma respuesta de ambos le confirmaba su veracidad.

—Gracias.

Graves asintió.

—¿Tendrás cuidado?

—Tanto como siempre.

—Eso es lo que me da miedo.

—Qué poca confianza tienes en mí —dijo ella a modo de broma.

—¿Y la lanza? —le preguntó Graves, dubitativo.

—Es mía —le dijo Kierse—. Tu hechizo tendrá que esperar.

El hechicero la tomó de la mano. En ese momento, la joven se dio cuenta de que no llevaba puestos los guantes. Estaban piel contra piel. El calor de él la atravesó.

—Lo que hubo entre nosotros fue real —le confesó Graves—. Al menos, para mí.

—Lo sé. —Kierse lo miró a esos ojos grises, vio unas emociones intensas de forma clara en ellos. Quería dejarse llevar. Quería mucho más de él—. Para mí también lo fue.

La puerta del ático chirrió al abrirse.

—Kierse, Ethan acaba de irse… —comenzó a decir Gen, hasta que vio a Graves en mitad de la habitación—. Oh, ¿vuelvo luego?

Kierse echó un vistazo en redondo al ático que había sido su santuario. Pero ahora solo era una habitación. Lo más importante en su vida eran las personas que había en ella. Gen, Ethan, Colette, Nate. Ellos eran lo único que importaba. Y tal vez… Quizás Graves también.

—No —respondió Kierse—. Creo que ya tengo todo lo que necesito.

Entonces, dejó a Graves atrás, tomó a Gen del brazo y cerró ese capítulo de su vida en el ático.

La voz de Graves le llegó desde el otro lado del umbral de la puerta.

—¿Volverás?

—Nueva York es mi hogar —replicó Kierse—. Aún no he terminado aquí.

INTERLUDIO

Graves se encontraba plantado en mitad de su biblioteca recién renovada. Todos los libros ocupaban de nuevo su lugar. Habían reparado el techo. Incluso Ana había vuelto.

La primavera estaba en pleno apogeo, pero, aun así, tenía frío.

Sentía la ausencia de Kierse en la ciudad.

Recordaba la primera vez que la había visto. Esa ladronzuela que había atravesado sus escudos para robar un diamante. Había estado ligeramente iluminada bajo la penumbra, con su cabello color chocolate recogido en una coleta. Su figura no era del todo delgada, que era un tipo de cuerpo que Graves se había acostumbrado a ver en la ciudad después de que la guerra hubiese terminado. Kierse era más musculosa que la mayoría. Se le habían marcado los pómulos mientras se guardaba el diamante y comprobaba sus alrededores.

Pero a él no lo había visto.

No había previsto su furia. Y cuando la había pillado y la había tenido entre sus garras, el hechicero se había percatado de que llevaba un reyezuelo alrededor del cuello y de que su piel se negaba a darle las respuestas que él tanto anhelaba.

En ese momento había sido consciente de que era poderosa, pero no cuánto.

O de que ese poder lo sometería.

Había vivido mucho, pero nada había merecido más la pena que esas últimas semanas con ella.

Se sirvió una copa y levantó a la gata negra del asiento, quien le gruñó irritada. Ana le mordió la mano y él la soltó. La gata aterrizó a cuatro patas y se tumbó en lo alto del sofá, mirándolo enfadada antes de acomodarse sobre un cojín.

Había estado así desde la noche del solsticio. Y Graves no podía culparla.

—Lo sé. Yo también la echo de menos.

Se acabó su copa y la dejó sobre la mesa. Se inclinó sobre los materiales que había recogido y que trataban sobre el hechizo en el que llevaba trabajando gran parte de su vida. Necesitaba los cuatro artefactos para completarlo. Durante el solsticio, había llegado a tener dos en su posesión. Y ahora, no contaba con ninguno. Volvía a la casilla de salida.

En un momentáneo ataque de ira, pasó la mano por la mesa y tiró todos los documentos y papeles al suelo. La copa cayó detrás, rompiéndose en un millón de pedazos. Graves quería dar

rienda suelta a su rabia. Había perdido ambos artefactos… y también a Kierse. A su reyezuelo. ¿Y qué había recibido a cambio?

Apoyó las manos contra la mesa y dejó caer la cabeza hacia delante, con su cabello negro azulado tapándole los ojos.

Sabía quién tenía la espada.

Sabía quién tenía la lanza.

Eso ya era algo. Era mejor que nada, que era lo que sentía que tenía.

Contaba con conocimiento. Sus poderes podían leer las respuestas a los grandes misterios de la vida, y, aun así, no era capaz de conseguir lo que de verdad quería. El conocimiento de lo que de verdad ansiaba. La mujer a la que de verdad anhelaba.

Y lo que era peor, ahora Lorcan iba a inmiscuirse en ello. Sí, los druidas y los fuegos fatuos habían sido aliados durante milenios, hasta que estos últimos se habían extinguido, pero ese no era el motivo por el que Lorcan quisiera tener a Kierse cerca.

Entonces recordó el momento en el que la había llamado *chuisle mo chroí*.

Casi no había sido capaz de traducirlo cuando Kierse se lo había pedido. Había comenzado a verlo todo rojo. Porque, cómo no, joder, después de todo, Lorcan también iba a entrometerse en eso.

Con el latido de su corazón.

Graves permaneció allí, con la respiración agitada e intentando calmar la rabia que lo recorría. Solo se movió cuando sintió la vibración del móvil en su bolsillo.

Con un suspiro, se apartó de la mesa y respondió:

—¿Diga?

—Graves —dijo una voz ronca al otro lado de la línea.

El hechicero se quedó inmóvil. Era una voz que no escuchaba desde hacía mucho mucho tiempo.

—¿Laz?

—Tengo una pista, si sigue interesándote.

—Eso depende de qué hayas encontrado.

Laz resopló.

—Ya sabes qué es lo que estaba buscando.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Graves mientras se enderezaba.

—Has encontrado el caldero.

—Bingo.

—Cuéntamelo todo.

Cuanto más hablaba Laz, más consciente era Graves de una cosa muy importante: para ese trabajo iba a necesitar a una ladrona muy inteligente.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me senté a escribir esta historia, nunca imaginé el viaje en el que este libro me embarcaría. Los seis años que tardaría en transformar la semilla de una idea en esta preciosidad que tienes entre las manos. Muchas veces vemos el proyecto final y nos olvidamos de todo lo que ha hecho falta para llegar hasta este momento. Así que aquí van las personas que me han acompañado en el camino.

Lo primero y más importante, quiero darle las gracias a mi marido, Joel, que ha estado ahí desde el principio, cuando escribí a Graves. Le planteé que quería crear a un monstruo al estilo de los Vengadores, y no se rio de mí, sino que me animó a hacerlo. Gracias por los años que hemos pasado puliendo este libro hasta convertirlo en lo que es y por escuchar todos los cambios que iba haciendo hasta que ya no podía más. Y, por supuesto, gracias a mi pequeño, que nació y se crio durante los años en los que se fraguó este libro.

A mi agente, Kimberly Brower, que escuchó la idea de Graves y me dijo: «Escribe el libro entero. Este es el bueno». Tenías tanta razón. Ha sido toda una travesía. Un camino largo y sinuoso, pero tú has estado a mi lado todo el tiempo. Has sido mi heroína, la que me ha dejado llorar, desahogarme, me has animado y has saltado de alegría conmigo. Gracias, gracias, gracias. No estaría aquí de no ser por ti.

A mis amigos que han dedicado su tiempo a este libro. A Rebecca Yarros por cada llamada de teléfono de dos horas, mensaje y abrazo virtual que me ha dado durante este viaje juntas. A Nana Malone por estar siempre al otro lado del teléfono cuando te he necesitado. Además, tu lectura de sensibilidad sobre Imani y Montrell me ayudó a aportarle al libro una diversidad de la que me siento orgullosa. A Staci Hart por cada sesión de escritura, ayuda en edición y por tu amistad incomparable. A Diana Peterfreund por recordarme una y otra vez mi valía y por negarse a que me conformara con menos. También debo agradecerte el título, ¡si no fuera por ti, no lo tendría! A Sierra Simone por compartir mis ideas y animarme a llegar a donde quisiera sin contenerme. A Rachel Van Dyken por todos esos largos mensajes que me ayudaron a avanzar en este viaje. A Kandi Steiner por ser siempre mi animadora. Haces de esta industria un lugar mejor. A Amanda Bouchet por tu hermosa reseña y por decir que la pareja protagonista te recuerda a los Barron. ¡Menudo halago! También gracias a Laurelin Paige, CD Reiss, Mari Mancusi, Carrie Ann Ryan, Lexi Ryan, Holly Renee, K. A. Tucker, Adriana Locke, Claire Contreras, Lisa Baker y Virginia Carey.

A mis lectores alfa: Anjee, Becky y Rebecca. Habéis leído tantos borradores de este libro. Os estoy eternamente agradecida por vuestros consejos y ánimos. ¡Lo hemos conseguido!

A mi increíble publicista, Danielle Sánchez. No podría estar más agradecida por contar con tus buenos consejos y por todos los momentos en los que me levantaste el ánimo. A mi maravilloso amigo y asistente, Devin McCain, por todo lo que haces, que es muy valioso. Hacer esto ha sido mucho más fácil gracias a tu ayuda.

A Liz Pelletier y al equipo de Red Tower que defendieron este libro desde el día uno. Os estoy tan agradecida por haberlo leído antes incluso de que se anunciara su publicación y que lo consideraráis digno de tener seis estrellas. A Bree Archer por la hermosa portada. Es todo lo que siempre deseé. A Molly Majumder por sus correcciones perfectas que han dado vida a este libro. A Hannah Lindsey por sus incansables revisiones. A los muchos lectores de sensibilidad, así como a los expertos en folclore celta que me ayudaron con este proyecto.

Gracias a Gillian Green y al equipo de Tor UK por vuestro trabajo entre bambalinas y, sobre todo, por la espectacular portada para Reino Unido. También, muchas gracias a todos los editores extranjeros que están traduciendo esta novela.

Por último, gracias a todos los lectores que han promovido este libro. A cada uno de vosotros que lo ha cogido, se lo ha leído y le ha encantado. Este libro sale de mi corazón, es el que siempre quise leer y ¡espero que tú también!



K. A. LINDE es la autora superventas del New York Times y el USA Today de más de treinta novelas de romance y fantasía. Se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de Georgia y ha trabajado como entrenadora del equipo de baile de la Universidad de Duke. En su tiempo libre, adora leer novelas de fantasía, bailar y viajar a lugares lejanos en busca de inspiración para sus próximas novelas. En la actualidad vive en Lubbock, Texas, con su marido, su hijo y un cachorrito adorable.